ISSN: 0213-2079 – ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441
Vol. 44, n. 1 (2022)

STUDIA HISTORICA

HISTORIA MODERNA

Discursos teológicos y cuestiones económicas: siglos XVI-XVII

Ediciones Universidad Salamanca

STUDIA HISTORICA

HISTORIA MODERNA

ISSN: 0213–2079 – e–ISSN: 2386–3889 – DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441

CDU: 94 – IBIC: Historia moderna: c. W1450/1500–c. 1700 (HBLH) – BIC: Early Modern History: c 1450/1500 to c 1700 (HBLH) – BISAC: History / Modern / General (HIS037030)

VOL. 44, n. 1 (2022)

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FUNDADOR: Manuel Fernández Álvarez.

DIRECTOR: José Luis de las Heras Santos (Universidad de Salamanca).

SECRETARIO: Francisco Javier Rubio Muñoz (Universidad de Salamanca).

CONSEJO DE REDACCIÓN: Juan José Iglesias Rodríguez (Presidente de la Fundación Española de Historia Moderna, Universidad de Sevilla, España); Francisco Fernández Izquierdo (Gerente de la Fundación Española de Historia Moderna. Instituto de Historia, CSIC, España); James Amelang (Universidad Autónoma de Madrid, España); Friedrich Edelmayer (Universidad de Viena, Austria); José Ignacio Fortea Pérez (Universidad de Cantabria, España); Xavier Gil Pujol (Real Academia de la Historia, Universidad de Barcelona, España); Tamar Herzog (Universidad de Harvard, EE. UU.); Juan José Iglesias Rodríguez (Universidad de Sevilla, España); Antonio Jiménez Estrella (Universidad de Granada, España); Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid, España); Alberto Marcos Martín (Universidad de Valladolid, España); Miguel Ángel Melón (Universidad de Extremadura); Fernanda Olival (Universidad de Évora, Portugal); Bernard Vincent (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, Francia); María Antonietta Visceglia (Universidad de la Sapienza, Roma, Italia).

CONSEJO CIENTÍFICO: Francisco Chacón Jiménez (Universidad de Murcia, España); Jaime Contreras (Universidad de Alcalá, España); Enrique Giménez López (Universidad de Alicante, España); Francisco García González (Universidad de Castilla la Mancha, España); Enrique Martínez Ruiz (Universidad Complutense, España); Pere Molas Ribalta (Universidad de Barcelona, España); Didier Ozanam (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, Francia); Joseph Pérez (Universidad de Burdeos, Francia); María Ángeles Pérez Samper (Universidad de Barcelona, España); M.ª José Rodríguez Salgado (London School of Economics and Political Science, Reino Unido); Eliseo Serrano Martín (Universidad de Zaragoza, España); Valentín Vázquez de Prada (Universidad de Navarra, España); Josep Juan Vidal (Universidad de las Islas Baleares, España).

SECRETARÍA DE REDACCIÓN: Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea.
Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Salamanca.
C/ Cervantes, s/n. E–37002 Salamanca (España), Correo-e: kopolo@usal.es

Han formado parte de los órganos directivos de esta revista: Gonzalo Anes; Bartolomé Bennassar; Antonio Béthencourt; Baltasar Cuart Moner; Antonio Domínguez Ortiz; Antonio Eiras Roel; John H. Elliott; Manuel Fernández Álvarez; Antonio García Baquero; Francesco Manconi; M.ª José de la Pascua; Joseph Pérez; Ángel Rodríguez Sánchez; Felipe Ruiz Martín; Francisco Tomás y Valiente.

STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA es una revista científica en español sobre Historia Moderna, de periodicidad semestral y en la que los artículos recibidos son evaluados por revisores externos a la revista mediante el sistema conocido como de doble ciego.

La revista figura indexada en: DIALNET, DICE, Regesta Imperii, Historical Abstracts, Modernitascitas, Periodical Index Online (PIO), Scopus y es evaluada por: CARHUS, CIRC, DOAJ, ERIH, ERIHPLUS, FECYT, LATINDEX, MIAR, RESH, SJR, WoS / ESCI.

Los trabajos publicados pueden consultarse en: «eUSAL Revistas» <http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica>, Gredos <http://gredos.usal.es/jspui/handle/10366/68648>, Dialnet <http://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=1379>

REALIZA: Gráficas Lope, S.L. - ISSN: 0213-2079 -
ISSN electrónico: 2386-3889 - DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo

Ni la totalidad ni parte de esta revista puede reproducirse con fines comerciales sin permiso escrito de Ediciones Universidad de Salamanca. A tenor de lo dispuesto en las calificaciones *Creative Commons* CC BY-NC-ND y CC BY, se puede compartir (copiar, distribuir o crear obras derivadas) el contenido de esta revista, según lo que se haya establecido para cada una de sus partes, siempre y cuando se reconozca y cite correctamente la autoría (BY), siempre con fines no comerciales (NC) y sin transformar los contenidos ni crear obras derivadas (ND).

STUDIA HISTORICA
HISTORIA MODERNA

ISSN: 0213–2079 – e–ISSN: 2386–3889 – DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441
CDU: 94 – IBIC: Historia moderna: c. 1450/1500–c. 1700 (HBLH) – BIC: Early Modern History: c 1450/1500 to c 1700 (HBLH) – BISAC: History / Modern / General (HIS037030)
VOL. 44, n. 1 (2022)

ÍNDICE

DISCURSOS TEOLÓGICOS Y CUESTIONES ECONÓMICAS: SIGLOS XVI-XVII

Vincenzo Lavenia, *Introducción* 7-20
Giovanni Marcello Ceccarelli, *Popularización de la economía. Traducciones, resúmenes y obras menores sobre economía moral (siglos XV-XVI)*. 21-51
Paolo Astorri, *Los primeros teólogos luteranos modernos y el censo redimible: hacia una reformulación de la prohibición del interés* 53-76
Luis Perdices de Blas y José Luis Ramos Gorostiza, *La moral económica de los comerciantes en las obras representadas en los corrales de comedias del Siglo de Oro* 77-113
José Luis Egío, *Los orígenes globales del probabilismo: algunas contribuciones olvidadas en los escritos mercantiles y sacramentales de Vitoria, Mercado y Vera Cruz* 115-151
José Luis Cendejas Bueno, *De lo justo natural a lo justo positivo en el pensamiento económico de la Escolástica española* 153-183

VARIA

Juan José Mateos Diez, *Problemas de interpretación de las fuentes documentales manuscritas e impresas sobre Luisa de Medrano* 187-217
Fernando Serrano Larráyoz, *«Y que es hombre idiota y fuera de toda razón segunt medeçina»: Juan Flor, médico francés, un empírico en la Navarra del siglo XVI*..... 219-239
Josep San Ruperto Albert, *Prácticas mercantiles en el tráfico marítimo del mediterráneo occidental (1620-1650): naves nórdicas y galeras en la articulación comercial de las compañías de negocios* 241-273
José Valenzuela Candelario, *Los cuerpos devastados. Las pacientes de bubas en los Hospitales Reales de Granada (siglos XVI y XVII)*..... 275-309
Ana Díaz Serrano, *Corografías de la memoria. El «discurso de los linajes» de la ciudad de Murcia y la escritura de la historia en la Edad Moderna*.. 311-343
María Núñez-González, *Arquitectura del pan: atahonas y hornos en la Sevilla del Siglo de Oro* 345-365
Manuel Sánchez García, *De castillos a bastiones y retículas desfortificadas: la frontera andaluza como foco de innovación militar y urbana para el Imperio Español* 367-408
Llorenç Ferrer-Alòs, *El gremio cuando interesa. Producción y comercialización de pañuelos de seda en Manresa (Cataluña) en el siglo XVIII* 409-444

RESEÑAS 445-486

Ediciones Universidad Salamanca
FUNDACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA

STUDIA HISTORICA
HISTORIA MODERNA

ISSN: 0213–2079 – e–ISSN: 2386–3889 – DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441
CDU: 94 – IBIC: Historia moderna: c. 1450/1500–c. 1700 (HBLH) – BIC: Early Modern History: c 1450/1500 to c 1700 (HBLH) – BISAC: History / Modern / General (HIS037030)
VOL. 44, n. 1 (2022)

CONTENTS

THEOLOGICAL DISCOURSES AND ECONOMIC QUESTIONS IN THE 16TH AND 17TH CENTURIES

Vincenzo Lavenia, *Introduction* 7-20
Giovanni Marcello Ceccarelli, *Popularización de la economía. Traducciones, resúmenes y obras menores sobre economía moral (siglos XV-XVI)*. 21-51
Paolo Astorri, *Los primeros teólogos luteranos modernos y el censo redimible: hacia una reformulación de la prohibición del interés* 53-76
Luis Perdices de Blas y José Luis Ramos Gorostiza, *The economic morality of the merchants as represented in the comedy corrals of the Golden Age* ... 77-113
José Luis Egío, *Los orígenes globales del probabilismo: algunas contribuciones olvidadas en los escritos mercantiles y sacramentales de Vitoria, Mercado y Vera Cruz* 115-151
José Luis Cendejas Bueno, *From the natural right to the positive right in the economic thought of the Spanish Scholasticism* 153-183

VARIA

Juan José Mateos Diez, *Issues of interpretation of the manuscript and printed documentary sources on Luisa de Medrano*..... 187-217
Fernando Serrano Larráyoz, *«Y que es hombre idiota y fuera de toda razón segunt medeçina»: Juan Flor, French doctor, an empiricist in Navarra in the 16th century* 219-239
Josep San Ruperto Albert, *Sea Trade and Merchant Practices in the Western Mediterranean (1620-1650): Nordic Vessels and Galleys articulating Business Companies' commerce*..... 241-273
José Valenzuela Candelario, *Devastated bodies. Female patients with great pox in the Royal Hospitals of Granada (16th and 17th c)* 275-309
Ana Díaz Serrano, *Chorographies of memory. The «discurso de los linajes» in Murcia city and the writing of history in the Early Modern Period*..... 311-343
María Núñez-González, *Architecture of bread: flour mills and bakeries in 16th-Century Seville* 345-365
Manuel Sánchez García, *From castles to bulwarks and unwalled grids: the Andalusian frontier as source of military and urban innovation for the Spanish Empire*..... 367-408
Llorenç Ferrer-Alòs, *The guild when interested. Production and commercialization of silk scarves in Manresa (Cataluña) in the 18th century*..... 409-444

REVIEWS 445-486

Ediciones Universidad Salamanca

CC BY

FUNDACIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA MODERNA

DISCURSOS TEOLÓGICOS Y CUESTIONES ECONÓMICAS: SIGLOS XVI-XVII

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441720

INTRODUCCIÓN

Introduction

Vincenzo LAVENIA

Universidad de Bolonia
vincenzo.lavenia@unibo.it

Desde hace algún tiempo, quienes se dedican a estudiar los discursos económicos previos al siglo XVIII y el momento en el que se refinó la reflexión sobre el comercio y el dinero, las finanzas y la moneda, las rentas y las tasas, el perjuicio y la ganancia, el juego y el riesgo; intentan evitar aplicar el mismo punto de vista que los pioneros de dicho campo de estudio, que buscaban «antecesores» de la ciencia económica moderna (Schumpeter, 1954; Noonan, 1957; Nelson, 1969; de Roover, 1971). Además, la investigación sobre los presuntos fundamentos religiosos del capitalismo occidental se ha emancipado, al menos en parte, de las potentes construcciones genealógicas de Max Weber o Werner Sombart, dejando de condenar al medievo cristiano como una época hostil al surgimiento del mercado y de la mentalidad económica (Le Goff, 1986). Una gran cantidad de estudios han revisado las páginas escritas por canonistas, predicadores y teólogos tratando de poner de relieve las líneas de continuidad del léxico económico occidental desde el siglo XIII hasta el XVII y más allá, comparando, para el periodo que sigue a la fractura de la Reforma, los escritos de ámbito católico con los de ámbito protestante. Sin tener en cuenta las investigaciones más sistemáticas (Langholm, 1998 y 2003) y las numerosas contribuciones dedicadas a las estrategias financieras de las ciudades italianas tardomedievales (véase a modo de ejemplo Kirshner, 1983), basta con leer los trabajos de Giovanni Ceccarelli (2003) y Giacomo Todeschini para comprender cómo el léxico inventado por los teólogos de las Órdenes mendicantes antes del siglo XVI pasó más tarde a las páginas de la Escuela de Salamanca, o mejor dicho, a las de la segunda escolástica de principios de la Edad Moderna, escritas en su

mayoría por autores españoles y portugueses. Como demuestran las investigaciones de Todeschini, preguntarse sobre el modo en que los frailes teólogos entendían la economía de su tiempo y la práctica de la «usura», estableciendo cuál era la riqueza fértil y cuál la estéril, el bueno y el mal uso de los bienes y el dinero, significa valorar el peso de la influencia de aquel vocabulario en el mundo moderno y comprender mejor los mecanismos de inclusión/exclusión de la sociedad cristiana, la función que jugaban el antijudaísmo y los Montes de la Piedad en la esfera económica y en el proceso de elaboración ideológica del bien común, el modo en que fueron entendidas la ciudadanía y la marginalidad, así como el peso social que tenían la fama y el prestigio derivado del ejercicio de la caridad en contextos urbanos de la Europa occidental tardomedieval (Todeschini, 2002, 2004, 2007, 2011, 2016, 2021). Las dicotomías, metáforas e imágenes utilizadas por la teología económica de las órdenes mendicantes —herederas de la filosofía clásica estoico-aristotélica y de la patrística de la antigüedad tardía, interpretada recientemente por Peter Brown (2012, 2015, 2016)— fueron, al menos en parte, las mismas que se reutilizarían a partir del siglo XVI para analizar la licitud de los intereses, los tipos de cambio y los precios, aunque en un contexto completamente diferente, producto de la aparición del Estado fiscal y de la expansión colonial global de las potencias ibéricas. Incluso quienes, en el siglo XVII, inventaron la idea de que fueron los judíos los primeros en introducir las letras de cambio en las transacciones económicas se basaron en los escritos de la Edad Media, estableciendo un ambiguo y peligroso nexo entre el judaísmo de la diáspora sefardita y el capitalismo financiero, un mito que en los siglos XIX y XX alimentó el antisemitismo racial. El trabajo que mostró la historia de esta genealogía imaginaria (Trivellato, 2019), así como el último libro de Todeschini, permiten destacar continuidades históricas en un largo periodo de tiempo; tanto es así que no podemos sorprendernos al descubrir que célebres metáforas económicas como la colmena de Bernard de Mandeville o «la mano invisible del mercado» (atribuida a Adam Smith) tienen, en realidad, orígenes remotos; tan remotos que, probablemente, tendrían sus orígenes en el cristianismo de la antigüedad tardía (Agamben, 2007).

La proliferación de textos, manuscritos e impresos sobre materias económicas entre los siglos XIII y XVII no se debió, exclusivamente, a la enseñanza de la teología y el derecho en las universidades, también se vio favorecida por la práctica de la confesión auricular que el Concilio Lateranense IV (1215) convirtió en obligatoria para todos los fieles al menos una vez al año (canon 21, *Omnis utriusque sexus*): un precepto reiterado en el Concilio de Trento. ¿Cómo debía comportarse un sacerdote cuando escuchaba los pecados cometidos contra el séptimo mandamiento? ¿Qué debía ser considerado hurto, y hasta qué punto el confesor debía juzgar como graves los pecados de simonía, usura, fraude o manipulaciones de precios? Paolo Prodi ha reflexionado sobre este problema, remarcando cómo el conflicto entre derecho eclesiástico y derecho secular, pecado y delito, consciencia y mercado, produjo fructuosos debates a partir de las *summae* para confesores (Prodi, 2009). No es

esta la ocasión para analizar en detalle su propuesta interpretativa; basta decir que, como Todeschini, Prodi ha subrayado un hecho: a partir del siglo XII el cristianismo occidental contribuyó a valorar los intercambios económicos desde una perspectiva religiosa que dictaminaba el buen y el mal uso de la riqueza en nombre del bien común de la *civitas*. Además, dado que el sacramento de la penitencia obligaba a los fieles a declarar aquellos bienes que poseía injustamente (*male ablata*), la doctrina de la *restitutio* permitió elaborar una teología útil para el mercado que, por un lado acabó legitimando el préstamo con intereses —suavizando la prohibición de la usura—; mientras que por otro lado intentó regular los monopolios, los precios, los contratos, las letras de cambio, las inversiones sobre deudas públicas, el consumo de artículos de lujo y la fiscalidad secular. A estas cuestiones se fueron añadiendo otras como, por ejemplo, el uso de los conocidos como bienes comunes, en buena parte privatizados a lo largo de la Edad Moderna. ¿Hasta qué punto era lícita una decisión que dañaba a las clases más desfavorecidas que, por tradición, gozaban lícitamente de los recursos del bosque, los cursos fluviales o los prados abiertos? Por no hablar del tráfico colonial: si bien la casuística, según Prodi, perdió importancia en el arco temporal en el que nace la «República global del dinero», hasta la primera mitad del siglo XVII la escolástica católica había elaborado un análisis sofisticado de la riqueza, del dinero y el mercado. Manteniendo las distancias con la tesis de Weber (como también ha hecho, con mayor claridad, Vismara, 2004), Prodi sostiene que en la esfera económica la reflexión teológica católica se mantuvo más viva que la protestante, o al menos más capaz de establecer los límites morales de la empresa económica, dado que en la Iglesia de la Reforma se abolió el derecho canónico y se responsabilizó al poder secular de la tarea de regular el mercado. Más allá de este juicio, que debe ser discutido, conviene subrayar que las páginas de Prodi —capaces de trazar la historia de la teología económica desde el siglo XIII hasta el surgimiento del discurso ilustrado y liberal sobre el «dulce comercio»— están teñidas de un gran pesimismo sobre la suerte del capitalismo que hoy, en todo el mundo —también en Occidente—, no encontraría una fuerte oposición moral y política cuando pretende imponer las razones de las finanzas y el dinero sobre el bien común.

Aunque no faltan estudios individuales (véase, por ejemplo, Kerridge, 2002; Jones, 2004; Munro, 2012; y, especialmente, Vigo Gutiérrez, 2006 y Astorri, 2019; la cuestión ha sido algo descuidada en Faccarello, 2020), la comparación entre la teología católica y la protestante sigue esperando una interpretación integral, a la que este número trata de contribuir. Por el contrario, cuando nos acercamos a la historia de las obras de la Escuela de Salamanca las investigaciones son más abundantes, como los trabajos que en el siglo XX buscaron trazar una línea de continuidad entre la enseñanza teológica ibérica y el pensamiento de los economistas liberales (véase Grice-Hutchinson, 2005 y la introducción que abre esta traducción del volumen). Además, en los últimos cuarenta años la interpretación del léxico económico de principios de la Edad Moderna ha favorecido la comunicación entre historia del

derecho y antropología (véase Clavero, 1991) y ha producido una gran cantidad de estudios e instrumentos de investigación que sería imposible citar en su totalidad, tan siquiera limitándonos a la historiografía española (véase, por ejemplo, Gómez Camacho, 1998; Muñoz de Juana, 1998; Fuentes Quintana, 1999; Chaufen, 2003; Alloza Aparicio y Cárceles de Gea, 2009; Barrientos García, 2011; Monsalve, 2014; Gómez Rivas, 2021). Para quien quiera conocer la historiografía sobre el tema, le bastará con leer una reseña crítica reciente (Cendejas Bueno, 2020) y una obra de referencia sobre la escolástica española que contiene más de un ensayo sobre temas económicos (Braun, De Bom, Astorri, 2022). Ojeando este último volumen se puede confirmar un hecho difícilmente discutible: seguramente, en ningún otro contexto europeo como la España y la Portugal de los siglos XVI y XVII (unidas bajo la misma dinastía entre 1580 y 1640, pero siempre conectadas a través de la circulación de maestros entre universidades de ambos reinos) los teólogos, no menos que los juristas, jugaron un papel político de primer orden, no solo en los *consejos* y en las *juntas ad hoc* (Sánchez González, 1993; Baltar Rodríguez, 1998), también en la Corte como confesores del rey, de la reina y, más tarde, de los validos (Rurale, 1998; Poutrin, 2006; Martínez Peñas, 2007; Reinhardt, 2016). No sorprende, por tanto, que en 1609 el jesuita Juan de Mariana se enfrentase a un proceso inquisitorial cuando publicó su tratado sobre la moneda que criticaba las decisiones de Lerma (Fernández de la Mora, 1999); aunque un tema aún más candente fue el de los impuestos desde el advenimiento de los Habsburgo hasta la Guerra de los Treinta Años. En este dossier no trataremos de este aspecto de la reflexión económica, pero conviene recordar que las *summae* para confesores, los tratados de *justitia et iure*, los cursos de teología moral y las colecciones de casos dedicaron una atención continua a la cuestión fiscal. En muchos de aquellos textos — como sucedía en los escritos tardomedievales que se opusieron al surgimiento del Estado fiscal — la teología ibérica buscó convertirse en intérprete del derecho consuetudinario y del lamento de las clases sobre las que recaían las imposiciones fiscales, en lugar de limitarse a servir como caja de resonancia legitimadora de las decisiones fiscales tomadas por una monarquía acosada por las deudas y los costes de la guerra (Gelabert, 1997; Fortea Pérez, 2003; Menjot y Sánchez Martínez, 2011; Giannini, 2015; Lavenia, 2020).

Ahora bien, hablar sobre la teología económica de principios de la Edad Moderna no significa limitarse a leer los textos elaborados en España y Portugal. El estudio de la producción contemporánea de los maestros de Lovaina (Decock, 2012) ha puesto de manifiesto que el debate intelectual sobre algunas cuestiones —gracias, en parte, al uso generalizado del latín y el género de escritura escolástica— no tenía fronteras en el circuito de las universidades católicas, por no hablar del impacto en las reflexiones protestantes (piensen en Grotius) y en el Nuevo Mundo. En la Bogotá del siglo XVII los jesuitas enseñaban la doctrina de la *restitutio* sin muchas diferencias respecto a la que se enseñaba en la universidad de la madre patria (Eusa, 2019). Pero no debemos dejarnos engañar: más allá de la repetición de algunos esquemas

expositivos escolásticos, la globalización católica comportó grandes novedades en la reflexión teológica española y portuguesa, ya sea para definir la licitud del comercio con infieles y paganos, edulcorando anatemas papales que se remontaban a la época de las cruzadas (Marcocci, 2011), o de justificar la compraventa de esclavos y la actividad económica de las órdenes religiosas fuera de Europa (véanse, como mínimo, Andrés-Gallego y García Añoveros, 2002; Quenum, 2008; Zeron, 2009; Tardieu, 2016; Onyemechi, 2017; Colombo, 2018; Fattori, 2020; Rothman, 2021).

Los aportes del presente dossier —que no pretende abarcar la totalidad— se limitan a los siglos XV-XVII y su análisis histórico se detiene antes de que la crisis de la hegemonía española (en Europa y en el más amplio espacio colonial), el ascenso de la espiritualidad francesa y el avance rigorista de la segunda mitad del siglo XVII, que afectó al llamado laxismo y probabilismo (Quantin, 2000; Gay, 2011; Tunino, 2018; Schüßler, 2019), provocasen una cesura en el vocabulario de la escolástica moderna y un relativo empobrecimiento de la reflexión cristiana sobre los intercambios económicos, provocada también por la marginalización de los teólogos y la teología en la esfera político-social en la época de la crisis de conciencia europea, por el fin de las antiguas representaciones estamentales y por la consolidación de las monarquías nacionales y sus sistemas fiscales. Los cinco ensayos comparten la intención de analizar la teología económica de principios de la Edad Moderna dando una especial importancia a los modos en que circulaban los discursos escolásticos, más allá de las barreras confesionales y de los límites impuestos por un género rígidamente formalizado como el de los tratados de teología moral.

La aportación de Giovanni Ceccarelli traza un puente entre la escolástica de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna, es decir, entre el tiempo que precede a la introducción de la imprenta y los años posteriores, que no se pueden separar en absoluto si se quiere comprender cómo se formó el léxico teológico de la economía del Antiguo Régimen (¿Podrían acaso existir las páginas escritas por Martín de Azpilcueta sin las del fraile Angelo di Chivasso?). Además, siguiendo la estela de la historiografía más reciente, extiende el análisis a una serie de textos menores, algunos de ellos anónimos, a su circulación manuscrita y a la traducción en lengua vulgar de las *quaestiones* teológicas dedicadas a los bienes, los contratos y la riqueza. ¿Cómo comunicaron y transmitieron el léxico económico cristiano predicadores, confesores y docentes universitarios antes de la aparición de la imprenta? ¿Cómo se registraba en los sermones (o en sus esbozos), en los manuales para la administración de la penitencia e incluso en los documentos de los tribunales que se ocupaban de la censura? ¿Qué función tenía la rúbrica alfabética de las materias en algunos escritos que buscaban simplificar el orden del discurso de los grandes maestros de la escolástica? ¿Qué teólogos y qué temas tenían más éxito? Ceccarelli concentra su análisis en una región generalmente descuidada (los dominios de la República de Venecia, entre los que se encontraba Padua y su importante universidad)

para demostrar que entre los siglos XIV y XVI la circulación manuscrita sobre cuestiones económicas, presente en decenas de códices (uno de los cuales viene analizado en detalle), fue más intensa de lo que sospechamos. Algunos de estos códices recopilaban o reunían los escritos de diferentes maestros, pero sin limitarse a transcribirlos, algunas veces reduciendo sus argumentos en forma de sentencias. En definitiva, los autores y los lectores sabían remodelar la tradición textual según sus exigencias de un modo para nada pasivo, reflexionando sobre leyes suntuarias y sobre numerosas materias de naturaleza económica. Un segundo aspecto sobre el que Ceccarelli se concentra, aprovechando la lección de Peter Burke, es la circulación de libros impresos en lenguas vernáculas, que transmitían (normalmente adaptándolo y transformándolo) el vocabulario económico de la teología entre los confesores que no sabían latín, no solo en el ámbito católico. Además, las pesquisas llevadas a cabo por la Santa Congregación del Índice sobre libros conservados a finales del siglo XVI en las bibliotecas de los claustros de la península italiana ponen de manifiesto que autores como Mercado, García e Azpilcueta, algunos de los cuales no solo escribieron en latín, sino también en español, tuvieron una amplia circulación gracias a las tradiciones italianas. Es cierto que el fenómeno de las traducciones aún debe ser reconstruido a escala europea, como observa Ceccarelli; pero su artículo ofrece muchas ideas estimulantes que animan a llevar a cabo una investigación sobre el tema, subrayando que si se quiere comprender bien cómo se transmitió el léxico económico-teológico en la Edad Moderna, debemos ir más allá de la idea del autor y del éxito de los textos impresos más célebres, sin proyectar sobre el pasado una imagen sistemática del pensamiento económico propia de épocas posteriores.

Paolo Astorri nos conduce al interior de las discusiones protestantes sobre la economía, en comparación con las católicas, a través del análisis de las respuestas teológicas a los problemas planteados de una forma particular de inversión, el contrato conocido como *widerkaufflicher Zins*, que desde tiempos de Carlos V garantizaba legítimamente un 5% de remuneración a los inversores de las ciudades alemanas más dinámicas (Colonia y la Liga Hanseática). Sabemos que la Iglesia romana continuó interviniendo sobre la cuestión de la usura aún en la segunda mitad del siglo XVI con la controvertida constitución *Cum onus* de Pio V (1569) y que existía una larga tradición de reflexiones teológico-canonistas sobre los límites de los intereses que precedía a la Reforma (utilizando las categorías de *damnum emergens* y *lucrum cessans* y la actualización de la materia en la tratadística del siglo XVI, analizada por Astorri). Para demostrar su desprecio por la escolástica y el derecho de la Iglesia latina, en 1520 Lutero quemó en una plaza pública la *Summa Angelica* de Angelo da Chivasso. No obstante, en mayor o menor grado, el mismo Lutero y los teólogos Melanchthon, Johannes Brenz, Johannez Aepinus, Urbanus Rhegius, Martin Chemnitz, Aegidius Hunnius y Johan Gerhard, tuvieron que partir de las reflexiones precedentes para elaborar las respuestas a las preguntas sobre la licitud de los contratos. Pero como observa Astorri las diferencias con la tradición escolástica

se fueron haciendo cada vez más marcadas, al menos en autores como Rhegius y Brenz. En definitiva, para los teólogos luteranos no se trató tanto de establecer qué tasas determinaban la usura y qué inversión era lícita per se, sino de limitar el riesgo (y el beneficio) derivado de los contratos como el ya mencionado aplicado a las clases pudientes con la intención de impedir que los pobres y las personas con menos recursos se arruinasen (o, aún peor, se enriqueciesen sin trabajar). Además, para los protestantes una inversión no comportaba pecado si no perjudicaba al prójimo. Finalmente, las leyes seculares debían ser aceptadas si no contradecían directamente al derecho divino, como el caso de la norma de Carlos V que, de modo totalmente lícito, autorizó el *widerkaufflicher Zins*. Más original (o quizás más tradicional) fue la posición de Melanchthon, que recurrió en mayor medida a la doctrina aristotélica y a la propia escolástica, evitando en todo momento poner en duda lo escrito en la Biblia (que prohibía cualquier forma de «usura») y lanzando al mismo tiempo anatemas. Melanchthon llegó a una posición equilibrada incluyendo el contrato del 5% en la categoría lícita de los *census*, sacándolo de la de préstamos a interés. En resumen, el análisis de Astorri permite comprender hasta qué punto la teología luterana había buscado regular los asuntos económicos sin pretender que la Biblia sugiriese normas precisas sobre las operaciones financieras, reiterando que el poder político —al que cualquier cristiano debía prestar obediencia— era el único legitimado a declarar si ciertas formas de inversión eran o no lícitas. Al simple cristiano le correspondía el deber de escrutar su propia conciencia, sin la mediación del clero, para evitar caer en la culpa con el enriquecimiento obtenido del perjuicio al prójimo.

Si el texto de Astorri nos ofrece una perspectiva desde la que observar la evolución de la teología económica más allá del mundo católico, el trabajo de Luis Perdices de Blas y José Luis Ramos Gorostiza va más allá de la transmisión de las ideas económicas de la segunda escolástica en la historia del pensamiento económico para comprender cómo estas fueron difundidas en el Siglo de Oro en los escritos no reservados a los expertos. Si los teólogos de principios de la Edad Moderna escribían de economía, fue la literatura la que jugó el papel de dar a conocer las cuestiones que se estaban debatiendo en los cursos universitarios, en las *summae* y en los tratados, a un público más amplio que recibió los debates sobre la usura, los cambios, los precios, las tasas y el dinero a través de un medio no escolástico. Se trata de una perspectiva muy original, que se conjuga con una reciente tradición de estudios (véase Strosetzki, 2018) a la que los mismos autores han querido hacer su propia aportación. Dadas las altas tasas de analfabetismo en España y en la Europa de Antiguo Régimen, los autores han decidido centrarse en el teatro, ya que los textos representados daban a conocer antiguas doctrinas y nuevos lenguajes teológico-morales a través de la comunicación oral, que rompía las barreras entre instruidos y analfabetos. ¿De qué modo los autores de textos teatrales se aproximaron a una economía mercantil que la tradición aristotélica, conocida en parte a través de la escolástica, parecía estigmatizar? ¿Cómo se difundió el esfuerzo de adaptación de la doctrina llevado a cabo

por los teólogos desde la Baja Edad Media? ¿Cómo fue recibida la reflexión de un teólogo-economista como Tomás de Mercado? A través del análisis de ocho obras del Siglo de Oro, (*El mercader amante* de Gaspar Aguilar; *Las firmezas de Isabela* de Luis de Góngora; *El anzuelo de Fenisa* y *El amigo hasta la muerte* de Félix Lope de Vega; *La nave del mercader* y *El gran mercado del mundo* de Pedro Calderón de la Barca; la anónima *El mercader de Toledo* y *La industria y la suerte* de Juan Ruiz de Alarcón), el texto reflexiona sobre la relación entre el honor nobiliario y el poder del dinero, el robo y la restitución, el riesgo y la actividad mercantil, y demuestra que la estigmatización del mercader no era el horizonte en el que se movían la mayoría de estos autores. En cada una de las seis primeras comedias que acabamos de citar se advierte el eco del vocabulario de los escritos más recientes de teología económica y se atisba una cierta valorización moral del mercader, que disputa a la nobleza el prestigio del honor, de la riqueza y de la virtud. Pero esto no sucede siempre y en un texto como el de Ruiz de Alarcón la imagen del mercader —que hace ostentación de su riqueza y usa cualquier estrategia posible para prevalecer sobre un noble pobre en una disputa amorosa— es totalmente negativa. Por último, los autores sugieren que una comparación entre las obras teatrales inglesas y españolas escritas entre los siglos XVI y XVII podría ayudarnos a explicar cómo, más adelante, se habrían diferenciado los debates económicos en ambos países, donde la teología moral jugó un papel considerable e influenció a la literatura y al teatro (piénsese, por ejemplo, en los dramas de William Shakespeare).

El tema que aborda Egío en su contribución tiene que ver no sólo con la casuística económica, sino también con el surgimiento del probabilismo, preguntándose si esta corriente teológica no hubiese nacido antes de las reflexiones del dominico Bartolomé de Medina, a quien se le suele atribuir su origen (1577). Teniendo en cuenta los textos teológico-jurídicos que precedían al célebre autor, la respuesta de Egío es que, en el fondo, la tendencia del probabilismo se puede encontrar antes de que se le diese nombre y que el fomento de la lenta formación de esta actitud en el ámbito teológico-moral fue, sobre todo, el impulso de afrontar la incertidumbre moral derivada de la extensión global de las relaciones económico-financieras en la época del primer colonialismo. Especialmente interesante es la parte en la que Egío analiza las páginas de Francisco de Vitoria dedicadas a asuntos económicos en las lecciones que dedicó a comentar a Tomás de Aquino y Pietro Lombardo. Estas no se pueden comprender sin entender la relación con la doctrina sacramental del maestro dominico; una doctrina que el estudiante Tomás de Chávez epitomó en una *Summa sacramentorum* de gran éxito. Siendo él mismo proveniente de una familia de mercaderes, Vitoria fue consultado por el provincial dominico de Sevilla, el padre Miguel de Arcos, por su hermano y algunos empresarios de Burgos sobre los escrúpulos morales derivados de sus inversiones y formuló diferentes *pareceres*, demostrando una actitud laxa, dictada también de la conciencia que no todas las preguntas de los fieles podían recibir una respuesta exacta e inequívoca. Lo mismo

puede decirse de otro célebre dominico como Tomás de Mercado, que se formó en la Ciudad de México con estudiantes vitorianos que se trasladaron al Nuevo Mundo, y más tarde en España en contacto con Pedro de Sotomayor, Mancio de Corpore Christi, Juan de la Peña y Luis de León. Los escritos de Mercado reflejan la extensión de la Escuela de Salamanca más allá de los confines de la madre patria y la capacidad de los teólogos de la generación sucesiva a la de Vitoria de conectar doctrina y praxis con el fin de evitar que la enseñanza teológico-moral se tornase excesivamente abstracta e incapaz de interpretar las dudas concretas de los fieles dedicados al comercio, las inversiones y la banca. Para dar respuestas a las preguntas de los confesores y penitentes, Mercado decidió escribir en vulgar (como Martín de Azpilcueta) y, aún sin declararse probabilista, de facto fue un perfecto reflejo de las incertidumbres derivadas de una práctica económica cada vez más globalizada que corría el riesgo de generar demasiados escrúpulos y de paralizar la iniciativa personal. La tercera figura analizada por Egío es la de Alonso de la Vera Cruz, quien se ocupó del matrimonio: también él fue una muestra de los vínculos entre la escolástica de la madre patria y la de las colonias. En definitiva, Egío analiza obras como las de Saranyana (1999-2005) y la reciente literatura sobre el probabilismo, remarcando que aquella postura teológica, «surgida» de la práctica sacramental de la penitencia, no sería comprensible sin considerar las dudas planteadas desde la esfera económica y de la extensión de la escolástica ibérica en el mundo colonial.

El dossier concluye con el ensayo de José Luis Cendejas Bueno, que aborda la tratadística jurídica y teológica sobre los contratos (desde Azpilcueta hasta Juan de Lugo) para reflexionar sobre los derechos subjetivos y el concepto de dominio sobre las cosas y las personas: un campo en el cual la escolástica española — como ya señaló Brian Tierney — tenía mucho que decir, aún más tras la conquista del Nuevo Mundo, haciendo de intermediaria entre la tradición de carácter nominalista, minoritaria en la Baja Edad Media, y el iusnaturalismo del siglo XVII, que no habría sido posible sin los precedentes de Vitoria, Soto, Vázquez de Menchaca o Covarrubias. Para Vitoria, el *dominium* como propiedad y ejercicio del derecho se basa en el *jus naturae* y termina por coincidir con el presupuesto mismo de la comunidad política. Al contrario, la teoría del precio justo, que está en el corazón del ensayo, pone en cuestión el *jus gentium*, de carácter positivo, porque para los escolásticos españoles el valor del dinero, es decir, el valor de las cosas, es mutable y regulado por convenios de carácter utilitario. Para que una economía funcione, en sustancia, es necesario evitar el fraude y conservar la confianza, pero no establecer a priori el valor objetivo de las cosas. Como escribe con mucha claridad Covarrubias, continuamente citado en el ensayo, el valor de un bien depende de la estima humana, aun cuando la estimación sea absurda. A partir de esta lectura, que retrotrae sus orígenes al derecho romano, los teólogos y los juristas de la segunda escolástica española fueron capaces de interpretar la economía de su tiempo y de comprender la oscilación de los precios calculando el riesgo al que se exponían los inversores

o la abundancia o carestía de bienes. Si de un lado advirtieron a las autoridades políticas para que evitasen cualquier alteración monopolística en la circulación de las mercancías (una estrategia fraudulenta que beneficiaba a unos pocos); por otro lado, sugirieron que no se fijasen precios legales demasiado bajos, tan siquiera para los bienes de primera necesidad. Según los intérpretes de la escolástica el precio justo debía concebirse como una horquilla y no ser demasiado rígido. Cendejas Bueno muestra como no se trató de meras reflexiones teóricas, sino que se tomaron posiciones que tuvieron fuertes implicaciones políticas, como el ejemplo del techo legal impuesto al precio del pan, que algunos intérpretes (Azpilcueta, Molina, Pedro de Valencia) denunciaron precisamente en nombre de la teoría del precio justo. Tal como observa el autor, la reflexión sobre los tipos de cambio y la moneda también se benefició de esta visión dinámica, positivista y no iusnaturalista de la vida económica, hasta el punto de que Mariana llegó a criticar las intervenciones de la Corona y del valido Lerma que establecieron un valor alterado y artificioso a la moneda en el célebre tratado del 1609, por el cual acabó en prisión.

Hoy en día, la inflación vuelve a dominar el discurso público, en tiempos de guerra, de crisis alimentaria y de cambio climático. Y quién sabe si la teología moral de principios de la Edad Moderna podría tener alguna cosa que decirnos también a nosotros que vivimos en otro mundo; en un tiempo en el que la tarea de analizar la economía parece pertenecer solo a los economistas, los cuales no siempre mantienen una perspectiva de largo recorrido a la hora de interpretar la relación entre las necesidades humanas y el mercado, la pobreza rampante y la riqueza desmesurada de unos pocos.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, G. (2007). *Il Regno e la Gloria. Per una genealogia teologica dell'economia e del governo (Homo Sacer 2.2)*. Vicenza: Neri Pozza.

Alloza Aparicio, A. y Cárceles de Gea, B. (eds.) (2009). *Comercio y riqueza en el siglo XVII. Estudios sobre cultura, política y pensamiento económico*. Madrid: CSIC.

Andrés-Gallego, J. y García Añoveros, J. M. (2002). *La Iglesia y la esclavitud de los negros*: Pamplona, EUNSA.

Astorri, P. (2019). *Lutheran Theology and Contract Law in Early Modern Germany (ca. 1520-1720)*. Leiden-Boston: Brill.

Baltar Rodríguez, J. (1998). *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Barrientos García, J. (2011). *Repertorio de moral económica (1536-1670)*. Pamplona: EUNSA.

Braun H.E., De Bom E. y Astorri P. (2022). *A Companion to the Spanish Scholastics*. Leiden-Boston: Brill.

Brown, P. (2012). *Through the Eye of a Needle: Wealth, the Fall of Rome, and the Making of Christianity in the West 350–550 AD*. Princeton-Oxford: Princeton University Press.

Brown, P. (2015). *The Ransom of the Soul: Afterlife and Wealth in Early Western Christianity*. Cambridge Mass.-London: Harvard University Press.

Brown, P. (2016). *Treasure in Heaven: The Holy Poor in Early Christianity*. Charlottesville-London: University of Virginia Press.

Ceccarelli, G. (2003). *Il gioco e il peccato. Economia e rischio nel tardo medioevo*. Bologna: Il Mulino.

Cendejas Bueno, J. L. (2020). Síntesis bibliográfica del pensamiento económico de la escolástica española. *Revista Fe y Libertad*, 3, 331-358.

Chafuen, A. A. (2003). *Faith and Liberty: The Economic Thought of the Late Scholastics.* Lanham: Lexington Books.

Clavero, B. (1991). *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*. Milano: Giuffrè.

Colombo, E. y otros (eds.) (2018). *Schiavitù del corpo e schiavitù dell'anima. Chiesa, potere politico e schiavitù tra Atlantico e Mediterraneo (sec. XVI-XVIII)*. Milano: Biblioteca Ambrosiana.

Decock, W. (212). *Theologians and Contract Law: the Moral Transformation of the Ius Commune (ca. 1500-1650)*. Leiden-Boston: Brill.

de Roover, R. (1971). *La pensée économique des scolastiques: doctrines et méthodes*. Montreal-Paris: Institut d'Études Médiévales-Vrin.

Eusa, M. de (2019). *Controversia sobre la obligación de reparar las injusticias y los daños causados contra cualquier clase de bienes humanos*, Estudio introductorio de C.A. Arias. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Faccarello, G. (ed.) (2020). *Political Economy and Religion: Essays in the History of Economic Thought*. London: Routledge.

Fattori, M. T. (2020). «Licere-Non licere». La legittimità della schiavitù nelle decisioni della Sede apostolica romana tra XVII e XIX secolo. En *Rivista Storica Italiana*, 132, 393-436.

Fernández de la Mora, G. (1999). El proceso del padre Mariana. En E. Fuentes Quintana (ed.), *Economía y economistas españoles*, vol. 2. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 341-354.

Fortea Pérez, J.I. (2003). Doctrinas y prácticas fiscales. En R.J. López, D.L. González Lopo (eds.), *Balance de la historiografía modernista. 1973-2001*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 489-513.

Fuentes Quintana, E. (ed.) (1999). *Economía y economistas españoles*, vol. 2. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Gay, J.-P. (2011). *Morales en conflit. Théologie et polémique au Grand Siécle, 1640-1700*. Paris: Cerf.

Gelabert, J. E. (1997). *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*. Barcelona: Crítica.

Giannini, M. C. (ed.) (2015). *Fiscalità e religione nell'Europa cattolica. Idee, linguaggi e pratiche (secoli XIV-XIX)*. Roma: Viella.

Gómez Camacho, F. (1998). *Economía y Filosofía Moral: la formación del pensamiento económico europeo en la Escolástica española*. Madrid: Síntesis.

Gómez Rivas, L. (2021). *La Escuela de Salamanca, Hugo Grocio y el liberalismo económico en Gran Bretaña*. Pozuelo de Alarcón: Universidad Francisco de Vitoria.

Grice-Hutchinson, M. (2005). *La escuela de Salamanca. Una interpretación de la teoría monetaria española 1544-1605*, estudio introductorio de L. Perdices de Blas y J. Reeder. Salamanca: Caja España-Obra Social.

Jones, D. W. (2004). *Reforming the Morality of Usury: A Study of Differences that Separated the Protestant Reformers*. Lanham: University Press of America.

Kerridge, E. (2002). *Usury, Interest, and the Reformation*. Aldershot: Ashgate.

Kirshner, J. (1983). Storm over the 'Monte Comune': Genesis of the Moral Controversy over the Public Debt of Florence. *Archivum Fratrum Praedicatorum*, 53, 219-276.

Langholm, O. (1998). *The Legacy of Scholasticism in Economic Thought: Antecedents of Choice and Power*. Cambridge: Cambridge University Press.

Langholm, O. (2003). *The Merchant in the Confessional: Trade and Price in the Pre-Reformation Penitential Handbooks*. Leiden-Boston: Brill.

Lavenia, V. (2020). La teología y la evasión fiscal (siglos XVI-XVII). En J.I. Fortea Pérez, Á. Galán Sánchez y J.E. Gelabert (eds.), *Siete siglos de fraude fiscal en Europa*. Santander: Ediciones Universidad de Cantábria, 81-116.

Le Goff, J. (1986). *La bourse et la vie. Economie et religion au Moyen Age*. Paris: Hachette.

Marcocci, G. (2011). *L'invenzione di un impero. Politica e cultura nel mondo portoghese (1450-1600)*. Roma: Carocci.

Martínez Peñas, L. (2007). *El confesor del rey en el Antiguo Régimen*. Madrid: Editorial Complutense.

Menjot, D. y Sánchez Martínez, M. (eds.) (2011). *El dinero de Dios, Iglesia y fiscalidad.* Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Monsalve, F. (2014). Late Spanish Doctors on Usury, and the Evolving Scholastic Tradition. *Journal of the History of Economic Thought*, 36, 215-235.

Muñoz de Juana, R. (1998). *Moral y economía en la obra de Martín de Azpilcueta*. Pamplona: Eunsa.

Munro, J. (2012). Usury, Calvinism and Credit in Protestant England: from the Sixteenth Century to the Industrial Revolution. En F. Ammanati (ed.), *Religione e istituzioni religiose nell'economia europea. 1000-1800 / Religion and religious institutions in the European economy. 1000-1800*. Firenze: Fup, 249-278.

Nelson, B. (1969). *The Idea of Usury: From Tribal Brotherhood to Universal Otherhood*, 2. ed. Chicago: University of Chicago Press.

Noonan, J. T. (1957). *The Scholastic Analysis of Usury*. Cambridge Mass.: Harvard University Press.

Onyemechi, A. P. (2017). *The Popes, the Catholic Church and the Transatlantic Enslavement of Black Africans 1418-1839*. Hildesheim-Zürich-New York: G. Olms.

Poutrin, I. (2006). Cas de conscience et affaires d'État: le ministère du confesseur royal en Espagne sous Philippe III. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine,* 53, 7-28.

Prodi, P. (2009). *Settimo non rubare. Furto e mercato nella storia dell'Occidente*. Bologna: Il Mulino.

Quantin, J.-L. (2000). Le Saint-Office et le probabilisme (1677-1679): contribution à l'histoire de la théologie morale à l'époque moderne. *Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, 114, 875-960.

Quenum, A. (2008). *Les églises chrétiennes et la traite atlantique du XV^e^ au XIX^e^ siècle.* Paris: Karthala.

Reinhardt, N. (2016). *Voices of conscience: royal confessors and political counsel in seventeenth-century Spain and France*. Oxford: Oxford University Press.

Rothman, A. (ed.) (2021). The Jesuits and Slavery. Special Issue. *Journal of Jesuit Studies*, 8.

Rurale, F. (ed.) (1998). *I religiosi a corte. Teologia, politica e diplomazia in Antico Regime*. Roma: Bulzoni.

Sánchez González, D. (1993). *El deber de consejo en el Estado Moderno. Las Juntas* ad hoc *en España (1471-1665)*. Madrid: Polifemo.

Saranyana, J. I. y otros (eds.) (1999-2005), *Teología en América Latina*, vols. I/1-2. Frankfurt a.M.–Madrid, Vervuert-Iberoamericana.

Schüßler, R. (2019). *The debate on Probable Opinions in the Scholastic Tradition*. Leiden-Boston: Brill.

Schumpeter, J. A. (1954). *History of Economic Analysis*. London: Allen & Unwin.

Strosetzki, C. (ed.) (2018). *El poder de la economía: la imagen de los mercaderes y el comercio en el mundo hispánico de la Edad Moderna*. Madrid-Frankfurt a.M.: Iberoamericana-Vervuert.

Tardieu, J.-P. (2016). *Les penseurs ibériques et l'esclavage des noirs (XVIe-XVIIIe siècles). Justifications, réprobations, propositions*. Paris: L'Harmattan.

Todeschini, G. (2002). *I mercanti e il Tempio. La società cristiana e il circolo virtuoso della ricchezza fra Medioevo ed Età Moderna*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2004). *Ricchezza francescana. Dalla povertà volontaria alla società di mercato*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2007). *Visibilmente crudeli. Malviventi, persone sospette e gente qualunque dal medioevo all'età moderna*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2011). *Come Giuda. La gente comune e i giochi dell'economia all'inizio dell'epoca moderna*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2016). *La banca e il ghetto. Una storia italiana (secoli XIV-XVI)*. Roma-Bari: Laterza.

Todeschini, G. (2021). *Come l'acqua e il sangue. Le origini medievali del pensiero economico*. Roma : Carocci.

Tutino, S. (2018). *Uncertainty in post-Reformation Catholicism: a History of Probabilism*. Oxford: Oxford University Press.

Trivellato, F. (2019). *The Promise and Peril of Credit: What a Forgotten Legend about Jews and Finance Tells Us about the Making of European Commercial Society*. Princeton NJ: Princeton University Press.

Vigo Gutiérrez, A. del (2006). *Economía y ética en el siglo XVI. Estudio comparativo entre los Padres de la Reforma y la Teología española*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.

Vismara, P. (2004). *Oltre l'usura. La Chiesa moderna e il prestito a interesse*. Soveria Mannelli: Rubbettino.

Zeron, C. A. (2009). *Ligne de foi. La Compagnie de Jésus et l'esclavage dans le processus de formation de la société coloniale en Amérique portugaise (XVI-XVII siècles)*. Paris: Champion.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo20224412151

POPULARIZING ECONOMICS. TRANSLATIONS, ABRIDGMENTS, AND MINOR WORKS ON MORAL ECONOMY (15TH-16TH CENTURIES)

Popularización de la economía. Traducciones, resúmenes y obras menores sobre economía moral (siglos XV-XVI)

Giovanni CECCARELLI

Università di Parma
giovannimarcello.ceccarelli@unipr.it

Fecha de recepción: 25/10/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

ABSTRACT: This article explores pre-modern moral economy from an unconventional perspective. Instead of focusing on major thinkers and celebrated texts, it addresses lesser known sources and unoriginal authors, shifting the analysis from the production of economic ideas to their transmission and reception. Two specific domains are targeted. On the one side, an exemplary set of minor and unedited works made of short compositions, abridgments, and collations; on the other, texts deviating from academic canons by writing about moral economy in vernacular instead of Latin. These sources provide insights on how economic vocabularies and conceptualizations developed within the intellectual sphere, when coming into contact with a larger public, were reworked and adapted.

Keywords: moral economy; usury; reception; cultural translation.

RESUMEN: Este artículo explora la literatura económica bajomedieval y altomoderna desde una perspectiva no convencional. En lugar de centrarse en los pensadores mas celebrados y los textos mas conocidos,

aborda fuentes poco notas y autores sin originalidad, desplazando el análisis de la producción de ideas económicas a su transmisión y recepción. Se abordan dos ámbitos específicos. Por un lado, un conjunto ejemplar de textos menores e inéditos hecho por composiciones breves, compendios y colaciones; por otro, textos que se apartan de los cánones académicos al escribir de moral económica en lengua vernácula en lugar del latín. Estas fuentes permiten comprender cómo, al entrar en contacto con un público más amplio, los vocabularios y las conceptualizaciones económicas desarrolladas en los circulos intelectuales fueron reelaborados y adaptados.

Palabras clave: moral económica; usura; recepción y transmisión del pensamiento económico; traducción cultural.

1. NEW APPROACHES TO MORAL ECONOMY

Over the past decades there has been an increasing interest for scholastic writings on economic topics. Even a leading economist like Thomas Piketty (2020) now acknowledges that «la plupart des notions économiques que nous associons au capitalisme industriel et financier moderne trouvent en réalité leur origine dans des constructions intellectuelles développées dans l'Occident chrétien entre le XIe et le XVe siècle» (2017: 7).

For a long time, mainstream scholarship has interpreted these texts essentially in two ways. On the one side, an approach *à la* Jacques Le Goff (1960) was followed, as if these writings were an attempt to moralize the beginnings of commercial capitalism by ecclesiastical institutions that mistrusted any form of profit. On the other side, the point of reference was Joseph Schumpeter (1952), and therefore historians considered these texts as forerunners of a modern and scholarly oriented vision of economics.

Our understanding of the cultural framework in which late medieval and early modern economy flourished has however increased greatly, leading to the questioning of old interpretations and the emergence of new ones. Scholarly reconstructions are no longer conceived as surveys on ecclesiastical prohibitions on usury, nor as searches for economic concepts that can be labelled as «modern». Currently historians tend to see these writings as the effort to describe and codify what was occurring in everyday economy, combining conceptual categories matured within the Christian tradition with those inherited from the Greco-Roman culture, as well as innovating them.

Giacomo Todeschini (2001; 2002) has shown the lasting impact had on later Scholasticism by a centuries long strain of texts mostly conceived to guide the economic functioning of ecclesiastical institutions. The piling up of vocabularies,

metaphors, and concepts related to the economy and finance has heavily oriented what thinkers wrote between the 13th and the 16th century. This process is best exemplified referring to the numerous treatises on usury and the just price authored by Franciscans (Langholm, 1992: 345-373, 403-446). When writing on these topics, these friars used (and transplanted) words, ideas and categories developed to speak and regulate the vow of poverty of Saint Francis (Todeschini, 2004). Joel Kaye (1998; 2014), while confirming the substantial influence played by Aristotelian ideas on late-medieval discussions on the economy, showed a much richer textual tradition coming from Greco-Roman world. Innovative views on the 13th century's thriving European market society are ascribable to medieval medical commentaries on Galen's writings, at least as much as to those on Aristotle's *Ethics* and *Politics*. More recently, Francesca Trivellato (2019) has clarified how this literature was decisive in the framing of later economic structures, pointing particularly to the building of stereotypes on Jews. Her work puts the emphasis on the long lasting implications deriving from an economic language that was molded by late medieval scholasticism.

This substantial reassessment went along with the progressive broadening of the documentation taken in analysis. This made it possible to explore in depth the origin of the key concepts of late medieval discussions on economic matters and to better reconstruct their meaning. In the 1930s, Amintore Fanfani (1932) could be satisfied by reading Thomas Aquinas and a few other thinkers. Twenty years later, the field of study was revolutionized when Raymond de Roover (1957) dubbed Bernardino of Siena and Antonino of Florence as the «two great economic thinkers of the Middle Ages.» Yet, in the 1970s, scholars discovered that most of these «great economic thoughts» were extensively copied from the works of an obscure (at that time) Franciscan friar named Peter John Olivi (Todeschini, 1980; Kirshner, Lo Prete, 1984; Spicciani, 1976). Since then, the sources considered have significantly increased, and now scholars must consider a very broad array of genres and domains. Research can now include the economic metaphors extant in the Gospel (Todeschini, 2002: 13-28), as well as some *quaestiones disputatae* addressed by obscures theologians in mid-14th century Catalonia (Hernando Delgado 1990-1991); it can range from the study of Carolingian Capitularies to that of late 13th-century *quodlibets* (Toneatto, 2012; Ceccarelli, 2006); it can encompass juridical advises on the *Mons Pietatis*, as well as treatises of commercial arithmetic (Amadori, 2007; Ceccarelli, 2022); it can comprise the economic content of sermons expanding to the ideological framework that accounting records of Franciscan convents reveal (Evangelisti, 2020; Lenoble, 2013).

But the overall impression is that our knowledge is still partial. Among others, a case in point is provided by unedited handwritten sources. How many documents still unknown and not studied are in the libraries? And what kind of material is it? Is there maybe a new Olivi waiting to be found?

2. INCLUDING THE RECIPIENTS IN THE NARRATIVE

Holding on these recent trends in scholarship and taking advantage of the increased spectrum of sources, I suggest a broader shift in order to enlarge the field of analysis from the production of economic ideas to their transmission and reception. A change of approach capable to encompass not only those who constructed this economic language — and, by doing this, deeply innovated it — but also those who were their recipients and employers. To the extent allowed by the existing sources, the focus should go on those outside the intellectual sphere of the university, whose economic lives were however affected by these intellectual innovations. To do so, one needs to look beyond what scholasticism wrote and argued about usury or just price, to target the body of simplified and «popular» writings that made these views comprehensible to the clergy and a broader public. These sources reveal a wider perspective if addressed following an approach experimented by scholars of book history and cultural historians in seminal works such as those by Robert Darnton (1982) or by Lisa Jardine and Anthony Grafton (1990).

In this article I explore the potential of two specific categories of materials. On the one side, a substantial body of minor unedited writings made of short compositions, adaptations, and collations, which have so far been overlooked by scholars and still awaits careful analysis. On the other, those texts that have chosen not to discuss about economic topics in the language normally used in academic circles (i.e. Latin), but to embrace linguistic innovation and write in vernacular.

These are not, however, the only available sources to explore, at the crossroads of the late Middle Ages and early Modernity, this «middling» and «average» view of the economy and finance. Relevant parts of this narrative can also be found in written sermons, confession manuals, and even inquisition records.

A first and well known case is provided by preaching, being late medieval sermons the outcome of a strong interplay between the author and its audience (Muessig, 2002). Extant transcriptions by those who witnessed a preacher speaking to the public provide priceless information about the set of techniques adopted, including dramatic gestures, bonfire of the vanities, and theatrical machineries (Izbicki 1989: 211-234; Mayne Kienzle, 2002). An effective preacher was expected to bridge the distance with the recipients, as is well exemplified by the widespread use of vernacular instead of the learned Latin, to better convey preaching (Delcorno, 1995). In order to be on the same page with their audience, sermons were under a constant remodeling thanks to preparatory drafts, notebooks, and simplified compilations of major scholarly works that preachers carried with them from one city to another (Amadori, 2007: 41-48). The economic content of these sources was recently put under scrutiny suggesting variations between what a theologian orally preached and wrote on the same topic (Ughetti, 2020).

Manuals for confessors, which experienced a boom in the 14th century, are another example of the push toward a vulgarized and thus more conveyable literature on economic subjects. This literary genre changes over time, passing from being closely related to canon law, to serve as a practical tool of pastoral care and instruction of the clergy (Michaud-Quantin, 1962; Grossi, 1966; García y García et al., 1992). This transition often coincides with the attempt of rephrasing in a less elitist fashion canonical and theological doctrines developed within academic circles (Arquero Caballero, 2014/15). The *Summae* by John of Freiburg or Astesanus of Asti provide for instance an accessible reworking of Aquinas' or Duns Scotus' views on a number of subjects, including economic ones (Boyle, 1974: 245-268; Ceccarelli, 2001: 15-58). This choice reveals an adaptation process, visible since the late 13th century, to meet the demand coming from the larger audience that manuals for confessors targeted. Other writings, such as those by Monaldus of Capodistria and Bartolomeo of San Concordio, show the same effort, by organizing their internal structure through alphabetical entries that allow readers to easily access the topics they are interested in (Durissini, 1994: 217-258). Between the 15th and the 16th century, the alphabetical structure will become the rule, confirming the tendency of trivializing earlier scholastic thinking. Far from simply witnessing a lack of understanding of economics as Langholm argued (2003: 263-265), if properly handled, these sources have the great advantage of shedding light on the public they were conceived for.

A last, but less explored topic, concerns trials and public enquiries on usury. These become more frequent after the Councils of Lyons (1274) and Vienne (1311-1312) threatened to excommunicate or hit with ecclesiastical interdict any authority tolerating the presence of manifest usurers on their lands (Dorin, 2013). Sources related to the implementation of these ecclesiastical decrees can offer invaluable insights on how agents creatively reworked the official views of the Church (Dorin, 2014). An interesting example is provided by a trial, held in early 14th century Bologna, concerning two Florentines who claimed that lending at a yearly interest of 20% was not a sin. To clear themselves, the two cite the Digest revealing a defense strategy capable of exploiting the inconsistency between canon and civil law (Giansante, 2008: 9-10). This and the previous cases show how highly intellectualized ideas, when coming into contact with the larger audience, underwent adaptations and even bottom-up re-elaborations.

3. MINOR WORKS FROM THE VENETIAN REGION

The existing body of handwritten works by minor and often anonymous authors has been up to now essentially overlooked by most scholars, who were interested instead in studying thinkers who were capable of a high level of conceptualization. Nonetheless, extant copies of these seemingly unimportant texts are commonly to

be found in library collections. Exploring the potential of such materials, which often are not even mentioned by the catalogues, requires a preliminary survey of the available handwritten sources. This clearly implies to address specific samples that can provide evidence of a broader tendency.

In this article I have decided to focus on a case-study, namely the analysis of the 13th and 14th century manuscripts of a specific geographical area: the Venetian region. This is an interesting case, given that the main centers of this region — essentially Venice and Padua —, unlike other cities like Bononia, Paris, Florence and Genoa, are usually considered to be scarcely concerned with economic doctrine (Lane, 1966). Somehow revealing of this peripheral condition is the repeated reference to a native of Dubrovnik, Benedetto Cotrugli, when scholars comment on the Venetian contribution to moral economy (Tucci, 1990; Favero, 2017; Sangster, 2020). Nonetheless, several studies reveal that clerics and friars were not only attentive to the growing economic and financial dynamism of this area, but also had an important role in it (Rigon, 2002).

As it will be seen, this is clearly reflected by the documentation taken into analysis. The investigation is based on a survey carried out at the University Library of Padua, on almost 2,300 codices, which has allowed to detect more than 150 handwritten volumes containing works related to economic topics. This material can be considered as good sample of the entire region, since many of the codices are coming from convents and monasteries of other cities, which were suppressed during the Napoleonic period, including Venice, Udine, Feltre, Belluno (Humphreys, 1966; Meneghin, 1993; Pantarotto, 2003).

To better frame our understanding of minor works extant in these library collections, two preliminary issues should be mentioned. First, the survey unveiled the existence of an unedited text of some relevance, such as the *Summula contractuum*[1] written by the Observant friar Giovanni of Prato. This almost unknown treatise, which can be found in a significant number of copies in several Italian and European libraries, should be included with full rights among the sources of medieval economic thought.[2] In this work, which dates back to mid-15th century, Giovanni of Prato not only provides a brilliant and noteworthy synthesis of the so-called

1. Padua, University Library, 694, fols. 141r-172r.

2. Bologna, University Library, Lat. 1755; Bologna, University Library, Lat. 4218; Brussels, Royal Library, 2601 (II.2419); Florence, Laurenziana Library, Ashb. 145; Leiden, Public Library, 1812; London, Soane Museum Library, 10; Manchester, Rylands Library, Lat. 202; Mantova, Municipal Library, H.I.8; St. Bonaventure NY, University Library, 13; Olomouč, National Library, MI 184, fols. 209r-240v; Bibl. Oxford, Bodleiana Library, Canon. Script. Eccles. 22; Parma, Palatina Library, Parmense 1440; Pavia, University Library, Aldini 64; Terni, Municipal Library, 273.

«Franciscan school», but also proves to be original on a variety of economic topics (Bacchelli, 2001).

The second point concerns, the handwritten circulation of single works before the spreading of printed books. While manuscripts of Bernardino of Siena[3] and Antonino of Florence[4] prove to be as widespread as their later printed versions of 16th century books, for other reputed medieval thinkers the picture seems to be different. In the 15th century libraries of the Venetian region it was very rare to find texts of the leading theologians of the 13th-14th century, like Thomas Aquinas[5], Albert the Great, John Duns Scotus, or Richard of Middleton[6]. On the contrary, all the major handbooks for confessors written in the same period — like those of Monaldus of Capodistria, John of Friburg and Bartolomeo of San Concordio — were kept in a number of copies.[7] This confirms the argument stated above, namely that manuals for confessors greatly contributed to convey the ideas of major theologians. In doing this, however they acted as cultural brokers between these scholastic thinkers and a larger audience, adapting their message to the recipients of it.

Furthermore, works traditionally neglected by scholars seem to have had a broad circulation that, in many cases, went way beyond the libraries of the Venetian region and Northern Italy, spreading up to those of Northern Europe. The writings of two 15th century Observant friars perfectly fit this frame-work. On the one side, the *De usuris, de restitutionibus et de excommunicatione* written around 1440 by the Bolognese Francesco Piazza[8] (Piana, 1982: 268-269); on the other, the two treatises *de contractibus* and *de restitutionibus*, dating approximately to 1480, by Angelo Carletti of Chivasso[9] (Ceccarelli, 2012). These writings, are far more abundant than 20th-century scholarship recognized, proving that our understanding of late medieval and early modern discussions on finance and economy is biased. What publishers decided to print (or not to print) in the 16th century, when most of the «major» works found their way into print, had a substantial consequence.

3. Padua, University Library: 424, 475, 920, 944, 998, 1182, 1192, 1311, 1502, 1511, 1514, 1695, 2099, and 2105.
4. Padua, University Library: 424, 459, 474, 490, 564, 586, 637, 694, 736, 778, 944, 1076, 1133, 1288, 1318, 1373, 1511, 1502, 1576, 1786, 1818, 2036, 2037, 2097.
5. Padua, University Library: 936, 1124, 1442, 1456, 1457.
6. Padua, University Library: 685.
7. Padua, University Library: 607, 608, 618, 980, 1169, 1251, 1695, 2107, 2158, 2202.
8. Padua, University Library: 586, 735, 766, 773, 1159, 1182, 1182, 1518, 1549, 2142, 2205.
9. Padua, University Library: 586, 694, 1786.

4. ECONOMIC «ANTHOLOGIES» IN THE MAKING

When taking a closer look to the body of «minor» sources, a first element that should be emphasized is the existence of several manuscripts dealing exclusively with economic topics. Moreover, these codices tended to gather in the same volume a selection of different works devoted to one specific issue. The internal structure of these collections may vary with reference to their written content, but in general terms it seems to have followed a quite defined logic. The core is made up of major works — one or more treatises on contracts, usury and restitution, or a manual for confessors with a dense economic content. To this core part is added a series of *quaestiones* or short treatises on more specific subjects: buying on credit, partnerships for cattle breeding, money-changing, credit connected to land lease, to name some. Compilations as such are often completed by excerpts containing the economic sections of larger works (which are not included in the manuscript), or by alphabetical tables listing the *quaestiones* in which these latter were arranged[10].

The structure of a manuscript of the third quarter of the 15th century coming from the Franciscan convent of San Francesco in Padua provides a case in point (Pantarotto, 2003: 112-113). It is made of three main texts: the treatise on contracts by Angelo of Chivasso[11], the *Confessionale*[12] by Antonino of Florence, in the version known as *Defecerunt*, integrated with a *De restitutionibus* by the same author, later perfectioned in his famous *Summa*[13]. These texts are interposed by two short treatises, the author of which is not specified (and to which I will come back later) that discuss a contract combining credit and land lease (*contractus livellarius*)[14]. The manuscript moreover includes: a collection of canon law cases attributed to Chiaro of Florence[15], several *additiones* very likely written by Giovanni of Prato[16], and a series of *dubia*[17] concerning confession by Govanni of Capestrano. The last part of the handwritten volume includes three texts that are not directly linked to economic matters, like the *De excommunicationibus* by Francesco Piazza[18], the *De Ornatu et habitu mulierum* by Antonino of Florence[19] and a legal advice — a *Consilium* — on Jewish food precepts[20] by the jurist Angelo de Castro.

10. Examples in Padua, University Library: 475, 586, 694, 1159, 1182, 1786.
11. Padua, University Library, 586, fols. 1r-32r.
12. Padua, University Library, 586, fols. 82r-153v.
13. Padua, University Library, 586, fols. 33r-58r.
14. Padua, University Library, 586, fols. 77r-77v.
15. Padua, University Library, 586, fols. 78r-81r.
16. Padua, University Library, 586, fols. 62v-68v.
17. Padua, University Library, 586, fols. 164r-171r.
18. Padua, University Library, 586, fols. 154r-163v.
19. Padua, University Library, 586, fols. 61r-62r.
20. Padua, University Library, 586, fols. 174r-176v.

The degree of selectivity these compilations reveal is at times extremely sophisticated, as shown by the case of four quodlibetal questions by Petrus de Trabibus that can be found in a manuscript from the second half of the 15th century. The choice made by the copyist, who decided to transcribe, among the eighty questions discussed by this Franciscan theologian at the end of the 13th century (Lambertini, 2020a: 267-276), only the four that address economic topics, is revealing of an active intervention[21]. The selection made when assembling this type of handwritten compilations suggests that, in the Late Middle Ages, topics with an economic background were perceived as sharing common traits (Considine, 2015). Copyists and readers, independently of the specific author discussing them and the literary genre adopted, felt these compositions as connected. A closer analysis of the manuscripts reveals agency in the use of these materials. Alongside the standard marginal notations written by the readers, there are also small details revealing that these texts were addressed in a manner far from being passive (Acheson, 2019: 8). It is not uncommon to find cross-references among different works transcribed in the same codex, clearly showing the conceptual link made by the reader (Ziegler, 2019). For example, in a manuscript coming from the Observant convent of Feltre there is an extant copy of an unauthored short *quaestio* on buying and selling on credit. Besides transcribing this anonymous composition, the copyist also felt the need to insert three marginalia to make a cross-reference to the section of the codex where he copied the treatise on contracts by Angelo of Chivasso[22]. But manuscripts might also contain diagrams drawn by copyists or readers in order to clarify the content of economic writings (Acheson, 2013: 51-88). A good example is provided by a graph summarizing the complex variety of contracts addressed by Bernardino of Siena in his treatise *De contractibus*[23].

By analyzing in more detail how these volumes are arranged, we also see the tendency to assemble in a single sequence writings concerning a specific subject. In this way, something similar to a «thematic collection» took shape, with the gathering of different genres and authors in the same part of a codex. Under some respects, these collections represent an alternative to the standard treatises, where a single thinker carried out a systematic analysis on several topics. Once again, the impression one gets is that recipients of economic texts approached the matter in a way that did not coincided with well-established literary rules. These «anthologies» confirm the degree of awareness achieved by those in charge of transcribing the texts, from one manuscript to the other.

21. Padua, University Library, 694, fols. 139r-140v; cp. Florence, National Library, Conv. Sopp. D.6.359, fols. 112rb-va.
22. Padua, University Library, 1786, fol. 344r.
23. Padua, University Library, 1182, fol. 138r.

As several incunabula editions suggest, their impact went well beyond the circulation the original handwritten versions granted. As a matter of fact, it is not uncommon to see manuscript «anthologies» reproduced with minor or no changes in late 15th printed materials. One of the best known examples is provided by the collections on the *Mons pietatis* that, not by chance, was published in Venice by Giovanni da Tridino[24]. It essentially reproduced the writings that Franciscan preachers like Bernardino of Feltre gathered to support this new charitable institution during their sermons (Muzzarelli, 2000; Melchiorre, 2012; Lambertini 2020b). Another interesting example coming from the Venetian region is provided by the *Summa* by Bartolomeo of San Concordio. Not only it includes the enlargement (the *Supplemtum*) to the original handbook completed by Nicholas of Osimo in mid-15th century, but it also comprises two other minor works. While the first one, written by Astesanus of Asti, is extremely short and mostly concerned with penitential procedure, the second one focuses on credit, being made of a series of juridical advices on Jewish pawn-broking in Padua[25]. The author of these legal *consilia* is Alessandro da Nevo, a civil law professor from Vicenza, who taught at the local University (Murano, 2016). Given the reputation this latter had in the region, it seems no coincidence that, of the ten extant early editions that are organized according to the above mentioned structure, printed between 1476 and 1485, eight are published in Venice[26].

5. A REGIONAL VIEW ON MORAL ECONOMY?

Handwritten thematic collections also make it possible to shed light on the ongoing trends in economic writings in the Venetian region, as well as at a broader geographical level. These anthologies provide insights on the prevailing genres used

24. *Pro Monte Pietatis. Consilia sacrorum Theologorum ac collegiorum Patavii et Perusii. Clarissimorumque doctorum dd. Ioannis Baptistte Rozelli et Ioannis Campegii. Cum bulla ac brevi dato fratri Bernardino Feltrensi Sacratissimi Pape Innocentii Octavi*, Venice, Johannes Tacuinus de Tridino, between 1494-1498. The book assembles nine different compositions of different genre and lenght.

25. I make reference to the first edition, namely Nicolaus de Ausimo, *Supplementum Summae Pisanellae*, Venice: Franciscus Renner, 1476. Bartolomeo's *Summa* with the enlargements by Nicholas of Osimo are at fols. 1r-317v, followed by a table of content, at fols. 318r-331v. The *Canones poenitentiales* by Astesanus are at fols. 331v-334v and the five Consilia by Alessandro da Nevo at fols. 335r-355v.

26. Four editions are printed by Franciscus Renner (1476, 1477, 1482, and 1483), the others by Leonard Wild (1479), by Andrea Torresano, Bartolomaeo de Blavis, and Maffeo de Paterbonis (1481), by Giorgio Arrivabene and Paganino de Paganini (1485), and a last one was printed in 1479/80 without the publisher's name. The only two non-Venetian editions are printed in Milano (1479) and Vercelli (1485).

to address such topics, as well as on the issues that routinely concerned the local clergy. Focusing on these sources, it is possible to detect what types of response to these issues was given, not by academics teaching theology in some major European university, but from theologians and canonists who operated in the region.

A first thematic area revolves around partnerships for cattle breeding or agistment, as it was technically called. The guiding reference on the topic appears to be the treatise by Angelo Perigli, a jurist from Perugia. This work, which also discusses commercial partnerships and will be published in the *Tractatus Universi Iuris* in the 1580s[27], is extant in five copies[28]. There are codices where the *Tractatus de societatibus* of Perigli is transcribed together with other compositions on the same subject, including a peculiar series of canon law cases (*declarationes*)[29] ascribed to Clarus of Florence. This latter assembly is extant in another manuscript, originally kept in the Observant convent of Feltre, where another selection of *casus* on agistment, inspired by (yet not identical to) the treatise *De contractibus* by Bernardino of Siena, is also transcribed[30].

A different body of writings, which is less relevant for the subject I address here, focuses on the display of female luxuries and other sumptuary issues. This topic will be organically addressed by Antonino of Florence in the treatise *De ornatu mulierum* (Izbicki, 2004: 142-161). The success of Antonino's text is confirmed by the large number of handwritten copies extant in the Venetian region[31]. As usual, this major work is often transcribed together with other 15th century writings giving birth to an anthology on this subject. A good example is provided by the official reply given on this matter by Pope Eugene IV[32] to the theologian Francesco Piazza (Henquinet, 1939: 13), as well as by a letter of Ludovico Barbo, the Bishop of Treviso[33], on the topic of female hairstyles. Other codices assemble together less successful works on this subject, including a short treatise by Giovanni of Capestrano[34], and several minor (often anonymous) compositions, written in Padua[35].

A further topic that comes up frequently among these handwritten sources of the Venetian region is that of sales on credit. The most interesting work, though

27. Angelus de Periglis, de Perusio, *De societatibus,* in *Tractatus universi iuris*, vol. VI-1, Venetiis: Franciscus Ziletti, 1584, fols. 130vb-132vb.
28. Padua, University Library: 424, 474, 1288, 1520, 2029.
29. Padua, University Library, 1288, fols. 147vb-148rb.
30. Padua, University Library, 723. fols. 14v; 35r-46v and 24r-28r.
31. Padua, University Library: 454, 586, 1159, 1288, 1504, 1518, 1576, 1695, 2029.
32. Padua, University Library, 1159, 185r-186r.
33. Padua, University Library, 1288, 114r-114v.
34. Padua, University Library, 773, fols. 91r-128v.
35. Padua, University Library: 723, 773, 1035, 1887.

anonymous, is extant in four different codices[36] coming from the Observant convents of Feltre (Santo Spirito) and Padua (San Francesco). It has also been transcribed in several other manuscripts and circulated outside the Venetian region. A first one, originally from Curtatone in Lombardy, is now among the University of Chicago's[37] holdings; a second one is in the Ambrosiana Library[38] of Milan (Izbicki, 1983); the last codex is currently in the Czech Republic[39], but was earlier kept in a Franciscan convent of Basel (Bohácek, 1994: 110-111). It is written in form of a *quaestio*, a genre that became fashionable after Thomas Aquinas used it to address the topic of buying and selling on credit (Capitani, 1958). The unknown author explicitly states to aim at offering a simplified summary of the most famous opinions on the matter. In the beginning, if we except Thomas Aquinas, only Franciscan theologians are mentioned as authorities, including: Alexander of Alessandria, Duns Scotus, Richard of Middleton, Landolfo Caraccioli, Bernardino of Siena, and Francesco Piazza.[40] The composition is datable around mid-15th century, thanks to the reference to Piazza, who was active in the 1440s (Todeschini, 2002: 184), and the possession note in one of the manuscripts, making reference to the year 1462.[41]

In the body of the first composition, the promise of making accessible to a larger public a broader tradition of writings is abundantly fulfilled. Giovanni of Capestrano and Francesco Piazza are mentioned but used indirectly, while the main sources are Alexander of Alessandria and John Duns Scotus, at times summarized and at times copied verbatim. Nonetheless there are also parts of the composition revealing that the author is capable of independence thought. It is therefore a text summarizing the standard Franciscan views on the credit sales but, at the same time, there is an attempt of updating them with personal views. A marked character in addressing the matter leaves no doubt about the fact that the author was a Franciscan friar, likely active in the Venetian region, as business terms locally adopted suggest.

The trend of summarizing the most important works, writing compendia that condense in few pages the previous tradition on a given economic topic, seems to be a distinctive feature of this period. It is not an isolated case, since another short *quaestio* on credit sales[42] beginning with a very a similar statement, is extant in

36. Padua, University Library: 586, fols. 186r-187v; 694, fols. 183r-184v; 736, fols. 67r-70v; 1159, fols. 172r-175v.

37. Chicago, University Library, ms. 689, fols. 56v-60r.

38. Milan, Ambrosiana Library, ms. E 73 sup., fols. 64va-67rb.

39. Olomouc, Research Library, M I 184, fols. 184r-188r.

40. Padua, University Library: 586, fol. 186r: «Qualiter potest uendi ad credentiam ex dictis Alexandri de Alexandria [Duns] Scoti Landulphi [Caraccioli] Thome [Aquini] Ricardi [de Mediavilla] Santi Bernardini et Francisci de Platea.»

41. Padua, University Library, 736, fol. 117r.

42. Padua, University Library, 1786, fol. 344.

another manuscript; in this case the anonymous author only refers to Giovanni of Capestrano, Francesco Piazza, and Alexander of Alessandria.

Coming to the fourth theme, namely money-changing, these handwritten compilations provide a glimpse of what appears to have been a vivid debate in 15th-century Venice. The main character of the dispute was Francesco Pola, a Venetian civil lawyer; from his writings we learn that he was asked by some aristocrats and merchants of the city to give a legal advice, a *consilium*, on this matter[43]. Thanks to Reinhold Mueller (1997: 340-345), we know in detail the contents of this debate, as well as those who took part to it. The main opponent of Francesco Pola, was a Dominican theologian, named Leonardo Mattei, whose work did not emerge in my survey, but is extant in a codex of the Vatican Library (Visnjevac, 2018)[44]. It is worthwhile noticing that even in this case the recurring pattern of combining local contributions with major works, typical of these collections, returns once more. It is clearly not by chance that in the manuscripts containing Pola's legal advice, his *consilium* is transcribed together with excerpts devoted to money-changing from the treatise on contracts of Bernardino of Siena and from the *Summa* of Antonino of Florence[45]. Another element to underline regards the fact that abridged versions of Pola's *consilium* circulated as well; one of them can be found in a manuscript coming from a convent of Udine, the city where Leonardo Mattei was active[46].

It is when addressing credit contracts related to land property that thematic compilations reveal how complex these collections could become. The survey has allowed to detect five distinct codices, all extant in Padua[47], that contain a sequence of works, all different if one looks at their genre and their authorship, targeted at discussing this very specific form of credit, called the *contractus livellarius* (Corazzol, 1979). They concerned what was the Venetian variant of a widespread class of agreements that essentially resulted from a sale, combined with the usufruct or a long rent of a parcel of land. The owner could sell this parcel for a given amount of money, to then lease back its usufruct (*ad livellum*), paying in return an annual sum to the new holder. In a nutshell, these agreements allowed to acquire a flat sum of money while paying it back over a long period of time. Nonetheless, their connection (even when extremely feeble) with land property made them appear as something different from a loan on interest (Veraja, 1960: 5-26; Munro, 2003).

The Venetian collection can be schematically subdivided into four subsections, not always assembled in the same way. The first one is made of a short treatise on contracts[48], with the following incipit *Circa materiam contractuum*; the treatise is

43. Treviso, Municipal Library, 439.
44. Vatican Library, Chigi B.V.86.
45. Padua, University Library, 1502, fols. 156r-171r.
46. Padua, University Library,1288, fols. 155v-156r.
47. Padua, University Library: 586, 694, 1159, 1182, 1786.
48. For example, Padua, University Library, 694, fols. 172r-180r.

divided into three articles: a theoretical part (*de contractum quidditate*), a central part, in which contracts are classified (*de contractuum varietate*), and a final part where their moral lawfulness is addressed (*de contractuum vitiositate*). In the second one, another treatise[49] is transcribed, whose incipit is *Circa materiam livellorum*. This work, in turn, is made of three parts, each of which could originally have been a separate composition: one discussion on the *contractus livellarius*, one on commerce, and a last one on just price. The third subsection contains the only work whose authorship is clear: it is a legal advice given by the already mentioned Alessandro da Nevo[50]; the time bracket in which this *consilium* was given is between 1459 and 1471, though very likely it dates to the later years of the bracket. The collection is completed by a *distinctio* on the topic of just price in land lease and *contractus livellarius*, which sometimes was copied separately form the other subsections. This last composition is clearly derived from a renowned text on credit contracts and land sales, written by the most celebrated lawyer in the Venetian region, namely Bartolomeo Cepolla (Muzzarelli, 2000: 145-153)[51].

Notwithstanding this clear local imprint, this assembly of texts was transcribed in manuscripts that circulated well beyond the area of Venice, and that now are among the holdings of American, Dutch and Czech libraries[52]. A systematic study of all the existing manuscripts should allow to fully reconstruct how this complex collection, made up of short treatises, *distinctions*, and *consilia*, took shape. This is a task that goes beyond the goal of this article, but some preliminary observations are however possible. The core of the collection is made of texts coming from the area of Padua, later enjoying a broader circulation in the direction of Lombardy (Mantova, Milano) and German speaking regions (Basel, Olomouc). The codices are all coming from libraries of Observant convents, a feature providing more than one clue to identify the possible authors or collectors of these texts. Many elements suggest that the person who, in one way or another, gathered these works is Niccolò Grassetti of Padua, a canon lawyer who joined in the Observance around mid-15th century (Amadori, 2007: 124-127). It would be however improper to ascribe all the anonymous works forming this anthology to this Franciscan canonist. Nonetheless, it is clear that it was Grassetti who inspired the compilation, not only assembling

49. For example, Padua, University Library, 586, fols. 77r-77v and1182, fols. 105ra-106vb.

50. For example, Padua, University Library, 694, fols. 185v-194r and 1159, fols. 177v-178r. ms.

51. For example, Padua, University Library, 694, fols. 194r-200r and 1786, fols. 240r-244v. Cp. Batholomaeus Caepolla, *Tractatus de contractibus emptionum et locationum cum pacto de retrovendendo simulatis*, in *Tractatus universi iuris*, vol. VII, Venetiis: Franciscus Ziletti, 1584, fols. 2r-15r.

52. Chicago, University Library, ms. 689; Leiden, Public Library, 1812; Olomouc, Research Library, M I 184.

together different texts on this subject, but also being able to involve in the discussion the most prominent jurists of the area. It was in fact him to ask for the legal advice of Alessandro da Nevo, which is included in the collection, as we can learn from the *incipit* of two extant copies[53] of this *consilium*.

Along with other unedited and never studied works (that go beyond the aim of this article), this latter compilation is a striking example of an existing Venetian literature related to economic topics. These texts, often dubbed as minor, partially dismiss the *cliché* that considers this area as a cultural environment scarcely interested in economic doctrine. In Padua and Venice locally confined debates tend to develop just like they did in Florence (Caferro, 2020; Armstrong, 1999), Genoa (Kirshner, 1977), Barcelona (Hernando Delgado, 1989), and Valencia (Puchades i Battaller, 1999), suggesting that this tendency was common to most European cities. Interestingly, these Venetian discussions develop in ways that most scholars, mainly focused on the issue of authorship and originality of content, have largely deemed as irrelevant. Much the contrary, these minor works and anonymous assemblages are invaluable sources, since they can shed light on the recipients of this literature.

6. THE VERNACULAR «BOOM» IN THE 16TH-CENTURY

In this perspective, another field of investigation that can provide precious information concerns a body of works that clearly diverge from the mainstream approach to economic topics. I refer to those sources that, instead of using the linguistic medium traditionally adopted in academic circles, namely Latin, embrace vernacular. These writings can provide invaluable evidence on how economic concepts, initially developed by within academic circles, could be popularized and made comprehensible to the lower clergy and the larger public.

As cultural translation studies show, the shift in language from Latin to the vernacular is an act of cultural brokerage and active appropriation, in which adaptation to the public on many levels was a major concern (Burke, 2007). The production and circulation of vernacular texts resulted from complex collaborative dynamics, involving authors, copyists, translators, readers, printers, and booksellers (Newman, Tylus, 2015: 2; Coolahan 2020: 1). Therefore, these sources can provide a perspective on a reading culture in which recipients are not passive, but become «makers of meaning» as noted by Peter Burke (2015: 25).

The 16th century promises to be a particularly fitting ground for this investigation. Clearly, economic texts in vernacular appear earlier, becoming increasingly common over the 14th and 15th centuries. A well-known case is provided by Francesc

53. Chicago, University Library, ms. 689, fol. 74r; Olomouc, Research Library, M I 184, fol. 194r.

Eixemenis, a Franciscan theologian who wrote several texts addressing economic matters in Catalan, including a *Tractat d'usura* and a *Regiment de la Cosa Publica* (Hernando Delgado, 2015: 244-266). But it is only later that both translations and original works in vernacular massively rise in number, partly because of a booming printing industry, partly because of a growing political use of vernacular languages connected to state-building, and partly because of intensifying religious rivalries (Burke, 2015: 16; Bauer and Marroquin Arredondo, 2019; Patton, 2019). The 16th century has often been characterized as a transitional period, and the rapid growth of vernacular learning and the emergence of a linguistically polycentric culture most certainly contributed to the scale of this transition.

As cultural translation studies stress, the departure from Latin generated a spectrum of incredibly rich sources, but in the economic sphere these have been virtually neglected. But the 16th century sources reveal a picture that is markedly different, with a number of examples concerning many different European languages in which economic texts were written, including Italian, Castilian, French, English, and Portuguese. A good example is provided by the translation from Latin to modern English, made by John Man, of the writings on usury[54] by Wolfgang Musculus, a Reformed theologian, that were published in London in 1563.

An expanding body of electronic resources and digitized book collections, together with a substantial printed literature and bibliographic repertories can open the way to surveys aimed at measuring the extent to which vernacular texts and translations on economic subjects spread during this period.

If properly handled, these resources can clarify several important questions. How often are vernacular texts chosen to tackle economic subjects? Are translations more popular than the original Latin writings on which they are based, or is this not the case? Is it possible to detect specific trends in publishing, reading, and thinking on economic questions on a geographical or chronological basis? Is the history similar for all European vernacular languages? Are there genres more commonly translated than others?

In this essay I explore the potential of a quantitative approach as such, by referring to a specific case, namely the book holdings of convents and monasteries in late 16th-century Italy. To do so I take advantage of the RICI (*Le Biblioteche Ordini Regolari in Italia a fine XVI secolo*) databank that was built using the entries of the surveys carried out by the Sacred Congregation of the Index (Borraccini, Granata and Rusconi, 2013).

While similar databases like the Incunabula Short Title Catalogue and Edit 16 (*Censimento nazionale delle edizioni italiane del XVI secolo*) are unrivaled regarding

54. Wolfgangus Musculus, *Of Usurye* in *Common places of Christian religion …*, London, Reginald Wolfe, 1563, fols. 579r-587v.

the number of editions printed in the late 15th and during the 16th centuries, they offer little information on how many copies of a given title were available to the readers. Though limited to the niche readership of Italian monks and clerics, RICI allows to bypass this bottleneck, since it does not only provide a list of the editions of a given title, but it offers an estimated picture of which titles and editions circulated more than others.

The astonishing amount of entries the dataset offers requires to adapt the working sample of this investigation to a narrow definition of what to consider as economic texts. I therefore selected only works mentioning in their title very specific subjects, including usury, contracts, partnerships, *contractus livellarius*, money-changing, while I have not included more general ones. This should avoid the risk of statistical biases, over-representing the share that economic-related literature had in Italian 16th century convents and monasteries. Most handbooks for confessors, collections of sermons, or theological *Summae*, are thus not taken into consideration, as well as manuscripts and other handwritten materials, which are listed in the RICI database.

7. THE VERNACULARIZATION OF MORAL ECONOMY

Notwithstanding this narrowly delimited sample, the number of volumes listed in the database is impressive, totaling more than 1 800 copies. These correspond to almost 180 editions of books and 20 manuscripts addressing economic topics, which in the vast majority of cases were written in Latin. However, the share of vernacular works is not at all irrelevant as the results show (see Table 1). Slightly more than 15 per cent of the editions held by the libraries of convents and monasteries were written in Italian, as well as in Castilian, by authors ranging from Mauro Antonio Berarducci to Tomás de Mercado, from Serafino Razzi to Tommaso Buoninsegni. The share greatly increases if one considers the number of copies corresponding to these editions, totaling 35 percent of the overall books touching economic subjects.

Going more in detail it is possible to trace a first distinction between editions that were directly written in vernacular and titles that are a translation. The latter category has the larger share, with 19 editions, representing more than two thirds of the total editions, while only 10 fall in the former group. In terms of copies however, the overwhelming majority of texts, 543 out of 631, is made of translations from Castilian to Italian. Among the books directly written in vernacular the greatest share is in Italian, five editions for a total of 82 listed copies; however, the presence of 5 editions in Castilian is far from being marginal, although corresponding to only 6 copies among the library holdings.

Table 1: Vernacular texts on economic subjects in late16th century Italian convents and monasteries

Author	Title	Year of print	Printer	Place of print	Language	Type	Copies
Bartolomé de Albornoz	Arte de los contractos	1573	Pedro de Huete	Valencia	Castilian	original	1
Martín de Azpilcueta	Trattato d'usure	-	Stamperia del Popolo Romano	Rome	Italian	translation	1
Martín de Azpilcueta	Comentarii resolutorii dell'usure, de' cambii, della simonia, della offesa del prossimo et del furto notabile. Trad. Niccolò da Guglionesi, F. Turchi	1556	-	-	Italian	translation	1
Martín de Azpilcueta	Manuale de' confessori et penitenti. Trad. Niccolò da Guglionesi	1569	Gabriele Giolito De Ferrari	Venice	Italian	translation	44
Martín de Azpilcueta	Manuale de' confessori. Con cinque commentarii, cioe de' cambi, dell'usure, della simonia, della difesa del prossimo, del furto notabile, & una questione della irregolarita. Cur. F. Turchi & Trad. Niccolò da Guglionesi	1575	Gabriele Giolito De Ferrari	Venice	Italian	translation	28
Martín de Azpilcueta	Commentario delle usure	1583	-	Milan	Italian	translation	1
Martín de Azpilcueta	Manuale de' confessori. Trad. Niccolò da Guglionesi	1583	Giovanni Giolito De Ferrari	Venice	Italian	translation	12
Martín de Azpilcueta	Manuale de' confessori, et penitenti. Trad. Niccolò da Guglionesi, G.M. Tarsia	1584	Andrea Muschio	Venice	Italian	translation	57
Martín de Azpilcueta	Compendio del manuale del Navarro. Cur. P. Calanna. Il compendio delle usure e de' cambij, fatto da Girolamo Giovannini	1592	Bernardo Basa	Venice	Italian	translation	127

Author	Title	Year of print	Printer	Place of print	Language	Type	Copies
Martín de Azpilcueta	Manuale de' confessori et penitenti. Trad. C. Camilli. Commentario delle usure et de i cambi	1592	Giorgio Angelieri	Venice	Italian	translation	71
Martín de Azpilcueta	Manuale del Navarro. Cur. P. Alagona Trad. C. Camilli. Compendio del trattato delle usure. Commentario de silentio	1594	Girolamo Franzini	Venice	Italian	translation	9
Martín de Azpilcueta	Compendio del Manuale. Cur. P. Calanna. Compendio del Trattato dell'usure et de' cambii	1599	Bernardo Basa	Venice	Italian	translation	22
Martín de Azpilcueta	Compendio del Manuale. Cur. P. Calanna. Compendio del Trattato dell'usure e dei cambii	1595	Bernardo Basa	Venice	Italian	translation	99
Mauro Antonio Berarducci	Trattato circa li cambii mercantili, cavato dalla Somma corona de' confessori	1584	Orazio Salviani	Naples	Italian	original	17
Tommaso Buoninsegni	De i cambi	1573	Giorgio Marescotti	Florence	Italian	original	3
Francisco de Borja [but Francisco Garcia]	Tractato de tutti li contratti e commezzij humani sogliono hoccorre	-	Pietro Maria Marchetti	Brescia	Italian	translation	1
Francisco Garcia	Trattato de' contratti in lingua spagnola	1583	Juan Navarro	Valencia	Castilian	original	2
Francisco Garcia	Trattato di tutti i contratti	1589	Pietro Maria Marchetti	Brescia	Italian	translation	35
Francisco Garcia	Trattato di tutti i contratti che nei negotii et commertii humani sogliono occorrere	1596	Pietro Maria Marchetti	Brescia	Italian	translation	8
Francisco Garcia	Trattato de tutti li contratti	1599	Pietro Maria Marchetti	Brescia	Italian	translation	1
Tomás de Mercado	Summa de tratos y contratos	1571	Fernando Diaz	Seville	Castilian	original	1
Tomás de Mercado	Sopra tratti et contratti	1583	Fernando Diaz	Seville	Castilian	original	1

Author	Title	Year of print	Printer	Place of print	Language	Type	Copies
Tomás de Mercado	Summa de tratos y contratos	1587	Fernando Diaz	Seville	Castilian	original	1
Tomás de Mercado	Trattato de' negotii, et contratti de mercanti, et de negotianti	1591	Pietro Maria Marchetti	Brescia	Italian	translation	14
Serafino Razzi	Cento casi di coscienza con la gionta d'alcuni casi de' cambii et un trattato de' censi	1586	Ventura Salvador	Venice	Italian	original	50
Luis Saravia de la Calle	Institutione de' mercanti che tratta del comprare et vendere, et della usura che puo occorrere nella mercantia insieme con un trattato de' cambi	1561	Bolognino Zaltieri	Venice	Italian	translation	11
Alfonso de Ulloa	De' cambi	-	-	-	Italian	translation	1
Antonio Maria Venusti	Compendio utilissimo di quelle cose, le quali a nobili e christiani mercanti appartengono	1561	Giovanni Antonio degli Antoni	Milan	Italian	original	11
Cristoforo Zabata	Dialogo de' cambi	1573	Cristoforo Bellone	Genoa	Italian	original	1

Source: *Le Biblioteche Ordini Regolari in Italia a fine XVI secolo* (RICI)

The survey shows that 16th century translations are not simply a matter of converting Latin into a modern language; among the economic works written in vernacular, some are translated into other vernacular languages, while others are rendered into Latin. Two famous Spanish works exemplify this complex interplay. The first is the *Treatise on contracts* by the Dominican Francisco Garcia that was originally written and published in Castilian, but shortly after translated in Italian. In the database entries we find both the original edition, printed in Valencia, and the translation, extant in two different reprints by the same publisher, Pietro Maria Marchetti[55]. In terms of copies, this treatise covers more than 7 percent of the overall sample, with 47 references to library holdings distributed all over Italy.

55. Francisco Garcia, *Tratado utilissimo y muy general de todos los contractos quantos en los negocios humanos se suelen offrecer*, Valencia, Joan Navarro, 1583; Francisco Garcia, *Trattato di tutti i contratti che nei negotii, et commertii humani sogliono occorrere*, Brescia, Pietro Maria Marchetti, 1589 and 1596. The RICI database also includes two inaccurate registrations

The second is provided by Martín Azpilcueta who in the 1550s published in Portuguese and in Castilian an extremely influential *Manual de confessores y penitentes*, which contained a commentary on usury and money-changing. This book was not only reprinted in Latin twenty years later, but enjoyed various translations in Italian that are extensively included in the RICI database.[56] The number of references to this work, either in its original full version or in the abridgment made by Paolo Cavanna with 221 and 248 copies respectively, has by far the largest share of the sample, proving how influential it was.

It might be useful to give an example that is reversed if compared to the previous ones, namely the translation of economic writings into Castilian. A case in point is provided by the above mentioned *Confessionale Defecerunt* by Antonino of Florence, an «all-time best sellers of the genre» with an extremely dense economic content if compared to the other versions the theologian wrote (Langholm, 2003: 133). The *Confessionale* is extant in hundreds of manuscripts versions and over seventy incunabula, of which one out of six is in vernacular[57]. An edition dating 1499 is particularly relevant since the printer, Friedrich Biel, decided to add to the confessional the translation of the *De restitutionibus*, one of Antonino's most important economic works. Not by chance Biel was active in Burgos, at that time the main financial center of the Kingdom of Castile with extremely strong connections with Florence and its businesses (Dini, 1995; Ammannati, 2014; Casado Alonso, 2017).

The overall impression is that the printer targeted a specific public: an audience unable to read Latin or at least more at ease with Castilian, who was looking for abridged teachings on the confession, with particular reference to the economic side of it. This aim becomes clear if one looks at the first few lines introducing the translation where a clear reference to lay and uneducated readers is made. To reduce the difficulties of this type of public, Biel decides to depart from the original by expunging any legal reference from the translation. A choice as such does not appear to be an isolated case, given that other Castilian versions of Antonino's

---

by those in charge of drawing them: one does not specify the date of publication, the other clearly miswrote 1599 instead of 1589. The same Italian printer in 1579 published as well a Latin translation of Garcia's work, cp. Franciscus Garzia, *Tractatus De contractibus*. Brixiae, apud Petrum Marinum Marchettum, 1579.

56. Martín de Azpilcueta, *Manual de confesores y penitentes o Enchirindion confessariorum*, Coimbra, João Barreira, João Álvarez, 1549; Martín de Azpilcueta, *Manual de confesores y penitentes*, Salamanca, Andrea de Portonariis, 1556; Martín de Azpilcueta, *Enchiridion, sive Manuale confessariorum et poenitentium*, Rome, Victorium Romanum, 1573; Martín de Azpilcueta, *Manuale de confessori et penitenti*, Napoli, Raimondo Amato, 1567.

57. ISSC lists 73 editions, being the first published in Cologne in 1468; the first translation in Italian and Spanish were printed in 1492, respectively in Florence and Seville.

works do the same[58]. This is a further sign that, when it came to economic topics, the use of vernacular tended to favor simplified versions, with clear implications on the readership.

Looking more closely at some of these vernacular works, we discover that translations implied selection and reassembly of Latin texts, originating something that is surprisingly similar to the handwritten «thematic collections» earlier taken into analysis. A good example is provided by the *Cento casi di coscienza con aggiunta d'alcuni casi de' cambii et un trattato de' censi*[59] assembled and translated from Latin by the Dominican friar Serafino Razzi.

A change of language frequently implied significant deviations from the original, including insertions and commentaries by the translator. Abridged versions were also extremely common, making the watershed between translation and adaptation extremely feeble. A case in point concerns Azpilcueta's writings, which are mostly printed in form of a summary, as the *Compendio delle usure e de' cambi* made by Girolamo Giovannini[60], another Dominican friar, clearly shows (Ridolfi, 2001). A further example, not referring to the RICI database, is provided by *La Petite Dyablerie*[61] a French version of a sermon where Bernardino of Siena discusses risk and economic activity, heavily reworked while translated by Noël Béda and Thomas Varnet (Farge, 2008: 149).

Elsewhere, authors rewrote in vernacular their own Latin compositions; yet, in doing so, they often finished making an adaptation of their original work rather than translating it. At times, vernacular was the opportunity for lesser-known writers to freely cut and paste Latin texts by more highly reputed thinkers. An example of the first type is provided by Godschalck Rosemondt's *Confessionale*[62] whereas

58. Antonino of Florence, *Summa de confession llamada Defecerunt*, Burgos, Friedrich Biel, 1499, fol. 2r: «E por evitar empachos a los letores, mayormente a los legos y no letrados, haveys de notar que las allegaciones y cotas del presente libro estaran todas sacadas por las margines». Cp. Antonino of Florence, *La summa de confession llamada Defecerunt*, Salamanca, Juan Giesser, 1500 ca., unnumerated folio: «por evitar empachos a los letores, specialmente a los legos y no letrados, haveys a notar que las allegaciones y cotas del latin que en presente libro estaran todas sacadas de fuera».

59. *Cento casi di coscienza. Raccolti dal r.p.f. Serafino Razzi; dell'Ordine de' predicatori, ristampati di nuovo con la gionta d'alcuni casi de' cambij, & un trattato de' censi*, Venice, Ventura de Salvador, 1586.

60. *Compendio del manuale del Navarro, composto dal rev. p.f. Paolo di Calanna … Aggiuntovi il Compendio delle usure e de' cambij fatto da m. Girolamo Giovannini, dell'Ordine di San Domenico*, Venetia, Bernardo Basa, 1592.

61. Bernardin de Sienne, *La Petite Dyablerie aultrement apellée Lesglise des mauvais dont Lucifer est le chef et les membres sont les joueurs inicques et pecheurs reprovuez*, Paris, Alain Lotrian, Denis Janot, 1528 and 1534.

62. Godschalc Rosemondt, *Oefeninghen in die seven bloetstortinghen*, Delft, C.H. Lettersnijder, 1516; *Godschalc Rosemondt*, *Confessionale sive libellus modum confitendi pulcherrime complectens*, Antwerp, Michaelem H. Hoochstratanum, 1518.

Jacopo Mazza's *Lucerna confessionis*[63] well exemplifies the second one (Langholm 2003: 98, 200-201).

The increasing use of vernacular to conceptualize economic matters is revealing of how partial is our understanding of this body of literature. It clearly calls for a deeper study of what happens when Latin terms, considered as crucial in the development of economic ideas, are relocated in a different linguistic context. Do keywords like *usura*, *pretium*, *bonum commune*, *interesse* acquire new meanings when translated in Italian, English, Castilian or French? Do they lose their legal and religious medieval rooting in favor of a simplified, but more usable and common sense meaning? And lastly, to what extent did changes related to language translation pave the way to later conceptions of economy? These questions go beyond the aims of this article but clearly need to be considered. A preliminary indication comes from the Spanish translations of Antonino of Florence seen above, which willingly marginalized their juridical references in favor of a lesser educated audience. While this choice made it easier for some to grasp the basics, it clearly eradicated from the text a backbone element, altering the deep sense that references to a centuries-long canon law tradition provided. This case shows that, exploring vernacular writings, the economic concepts they contain, and the reasons why they were made, can improve our understanding of how ordinary people learned new ways to approach their decisions in the spheres of economy and finance.

8. CODA: THE RECEPTION AND REWORKING OF MORAL ECONOMY

This article suggests a change of perspective in the study of late medieval and early modern theorization of the economy. Recent scholarship has eventually provided an approach capable of going beyond an evolutionary reconstruction of economic thought, centered on authorship and the thinking of single authors, which identified this time period as a «primitive cradle», where modern and scientific ideas were hinted at. Exploring how an economic language and economic ideas came into being over a centuries-long period of time, as well as how they were molded by an intellectual process that crossed disciplines and cultural traditions, allows to put this study in a proper historical context. I believe that our understanding would greatly increase by adding to this framework the subject of reception, transmission and reworking of these economic vocabularies and conceptualizations.

I provided an extensive outline regarding which material could allow to tackle the issue from this broader point of view, showing that a large body of sources can be usefully exploited to address it from a bottom-up perspective. Focusing on minor

63. Iacobo Maza, *Tractatu preclarissimo et utile nominato Lucerna confessionis*, Naples, [no publisher], 1519.

unedited writings, on one side, and on vernacular texts and translations, on the other, reveals that economic literature was conveyed through a process that actively involved those who used these texts. Manuscripts often provide the remnants of an intense work carried out on them, made of marginal annotations, cross-references, table of contents, diagrams and graphs. They also witness that transcription went along with a selection of what to copy and how to do it, giving birth to thematic collections that prove intellectual awareness of those who were in charge of making these assemblages. This distinctive feature of handwritten sources is shared with vernacular writings, revealing that both adopted an interactive approach when it came to transmitting existing texts (Burke and Hsia, 2007: 3). A further confirmation of the existing connections between the two types of materials is provided by the abundance, both in translations and in manuscripts, of abridgments and summaries.

These forms of textual interaction have been since long explored by scholars of in intellectual history (Acheson, 2019; Coolahan, 2020) providing a sound methodological framework that can be transferred to study the reception of economic concepts. This latter field of research points out, in particular, to the role of cultural intermediation played by copyists, translators, adaptors, as well as those who inspired and designed thematic anthologies. The holding of the convents and monasteries of the Venetian region show that in the 15th century the «classics» economic text of academic scholasticism are seldom at hand, while adaptations, reductions and assemblages prevail. A trend that is visible as well for 16th century published materials, where the increased availability of «bestsellers» on economic topics, goes along with a significant presence of books that are the result of selective translations and abridgements. What are the implications of these dynamics on the way the economy was understood? What does it mean to acknowledge that, rather than reading the complete works of some renowned theologian, monks, friars, and clergymen were trained in economic matters by a mix of simplified texts, whose authorship tended to be negligible? Keeping in mind that day-to-day business and finance were in that same period of time becoming increasingly articulated and technically complex matters, I think that this process of cultural intermediation resulted in the popularizing of the economy. It was a dynamic that, under many circumstances, is comparable to what was occurring when preachers delivered their sermons in the city squares, or the clergy was performing its duty in the confessionals. Trivializing the vocabularies and ideas that sedimented over the centuries, while certainly did not weakened their juridical and theological rooting in the mind of theologians and confessors, it unintentionally ended up doing so in the eyes of their public, perhaps loosing part of their embedded meanings.

A further element this perspective suggests is that is worth investigating about authorship. Library holdings include few writings authored by those who held the chairs of theology at the Universities of Paris or Oxford, but a constant reference to

their authority and ideas emerges when considering printed and handwritten abridgements. They acknowledge, a significant reference to the two 15th-century eminent «economists» Bernardino of Siena and Antonino of Florence, but their presence often does not coincide with their major text. Rather, they are transcribed in form of excerpts that are mingled with minor works of local nature, as well as in vernacular versions that select and adapt what to translate. Once again, it makes sense asking ourselves the reason why major scholastic authors are seldom transmitted in ways that would allow readers to fully appreciate their thinking? I have the impression that authorship was a smokescreen used as a tool to legitimize heavily reworked versions, thematic collections in their entirety, or even compositions written by minor thinkers, who in this way were able to put forward their personal views in an authoritative manner. It is a mechanism that echoes the strategies adopted by public preaching, when theologians displayed to the audience writings and books by some celebrated thinker to make their point more convincing.

A last consideration involves the interplay between ideas and their physical rooting. As we have seen, anonymous compositions, minor writings, adaptations and selective anthologies often reveal a strong connection with the local economy. Manuscripts may thus include discussions on business tools specific of a geographical area, which are not in use elsewhere. However, codices do not always remain confined where they were first written, they can circulate, bringing locally-based discussions to places quite distant from their original setting. For example, the thematic collection designed by Niccolò Grassetti, travelled from Padua, to Lombardy and nowadays Switzerland, eventually ending in libraries that are in current Netherlands and the Czech Republic. In a minor way, displacement might concern vernacular editions as well. As revealed by the survey carried out on the RICI database, among the holdings of Italian 16th century convents there are several books written in Castilian. Is there perhaps an indirect and unexpected consequence of this circulation? Are there any conceptual implications due to the detaching of a locally confined discussion from its economic background? One consequence could be supportive of conceptualizations abstracting from specific cases general rules. Yet, when reading these compositions, the impression one gets is that of being very distant from a way of reasoning aiming at discovering some abstract and universal laws of economics. Rather than being the result of a rationalization, evolving ideas from one brilliant intellectual to another, they recall a series of collective precepts to follow.

REFERENCES

Acheson, K. O. (2013). *Visual Rhetoric and Early Modern English Literature*. Farnham: Ashgate.

Acheson, K. O. (2019), Introduction: Marginalia, Reading, and Writing. In K. O. Acheson (ed.), *Early Modern English Marginalia*. London-New York: Routledge.

Amadori, S. (2007). *Nelle bisacce di Bernardino da Feltre. Gli scritti in difesa dei Monti di Pietà*. Bologna: Editrice compositori.

Ammannati, A. (2014), The Astudillo Partnership and the Spanish «Nation» in Sixteenth-century Florence, in A. Caracausi and C. Jeggle (eds.), *Commercial Networks and European Cities, 1400-1800*. London: Pickering & Chatto.

Arquero Caballero, G. F. (2014/15). Si dio a usura pública o secretamente: aproximación a la usura en los manuales de confesores de la Castilla bajomedieval, *Baética: Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, *36-37*, 157-179.

Armstrong, L. (1999). The Politics of Usury in Trecento Florence: The *Questio de monte* of Francesco da Empoli. *Mediaeval Studies*, *61*, 1-44.

Bacchelli, F. F. (2001). Giovanni da Prato. In *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 56. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana.

Bauer, R. & Marroquin Arredondo, J. (2019). Introduction: An Age of Translation, In J. Marroquin Arredondo, R. Bauer (eds.), *Translating Nature: Cross-Cultural Histories of Early Modern Science*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Bohácek, M. (1994). *Beschreibung der mittelalterlichen Handschriften der Wissenschaftlichen Staatsbibliothek von Olmütz*, Köln: Böhlau.

Borraccini, R. M., Granata, G., Rusconi, R. (2013). A proposito dell'inchiesta della S. Congregazione dell'Indice dei libri proibiti di fine '500, *Il Capitale culturale. Studies on the Value of Cultural Heritage*, *6*, 13-45.

Boyle, L. E. (1974). The *Summa Confessorum* of John of Freiburg and the Popularization of the Moral Teaching of St. Thomas and some of his contemporaries, in A. A. Maurer (ed.), *St. Thomas Aquinas, 1274-1974: Commemorative Studies*, vol. 2. Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval Studies.

Burke, P. & Hsia, R. P. (2007), Introduction. In P. Burke, R. P. Hsia (eds.), *Cultural translation in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Burke, P. (2007), Cultures of translation in early modern Europe. In P. Burke, R. P. Hsia (eds.), *Cultural translation in early modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Burke, P. (2015). Translating the Language of Architecture. In K. Newman, J. Tylus (eds.), *Early Modern Cultures of Translation*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Caferro, W. (2020). Premodern European Capitalism, Christianity, and Florence. *Business History Review*, *94*, 39-72.

Capitani, O. (1958). La *venditio ad terminum* nella valutazione morale di san Tommaso d'Aquino e Remigio de' Girolami. *Bullettino dell'Istituto storico italiano per il Medioevo*, *70*, 299-363.

Casado Alonso, H. (2017). Redes mercantiles españolas entre Europa, África, Asia y América: el protagonismo del Atlántico. In A. M. Bernal, *Modernidad de España apertura europea e integración atlántica*. Bilbao, Madrid: Iberdrola España, Marcial Pons Historia.

Ceccarelli, G. (2001). Usura e casistica creditizia nella Summa Astesana: un esempio di sintesi delle concezioni etico-economiche francescane. In B. Molina and G. Scarcia (eds.),

Ideologia del credito fra Tre e Quattrocento: dall'Astesano ad Angelo da Chivasso. Asti: Centro Studi sui Lombardi e sul credito nel Medioevo.

Ceccarelli, G. (2006). «Whatever Economics»: Economic Thought in Quodlibeta. In C. Schabel (ed.), *Theological quodlibeta in the Middle Ages: The Thirteenth Century*. Leiden-Boston: Briil.

Ceccarelli, G. (2012). Angelo da Chivasso. In *Il contributo italiano alla storia del pensiero. Economia*.Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2012.

Ceccarelli, G. (2022). Risky Narratives: Framing General Average into Risk-management Strategies. In M. Fusaro, A. Addobbati and L. Piccinno (eds.), *Sharing Risk: General Average and European Maritime Business (VI-XVIII Centuries)*. London: Palgrave Macmillan.

Considine, J. (2015). Cutting and Pasting Slips: Early Modern Compilation and Information Management. *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, *45*(3), 487-504.

Coolahan, M.-L. (2020), The Cultural Dynamics of Reception in Early Modern Europe. *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 50 (1), 1-12.

Corazzol, G. (1979). Fitti e livelli a grano. Un aspetto del credito rurale nel Veneto del '500. Milano: Franco Angeli.

Darnton, R. (1982).What Is the History of Books?. *Daedalus*, *111*(3), 65-83.

de Roover, R. (1974). *Business, Banking, and Economic Thought in Late Medieval and Early Modern Europe*. J. Kirshner (ed.), Chicago: Chicago University Press.

Delcorno, C. (1995). The language of preachers: Between Latin and vernacular. *The Italianist*, *15*(1), 48-66.

Dini, B. (1995). Mercanti Spagnoli a Firenze (1480-1530). In B. Dini, *Saggi su una economia-mondo: Firenze e l'Italia fra Mediterraneo ed Europa, secc. 13-16*. Pisa: Pacini.

Dorin, R. W. (2013). Canon law and the problem of expulsion: The origins and interpretation of *Usurarum voraginem* (VI 5.5.1). *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Kanonistische Abteilung*, *99*(1), 129-161.

Dorin, R. W. (2014). L'expulsion des usuriers hors de France à la fin du XIII^{e} siècle. Hypothèses, *17* (1), 57-166.

Durissini, D. (1994). La voce «usura» nel *Supplementum Summae Pisanellae* di Niccolò da Osimo, *Studi Medievali*, *35*, 217-258.

Evangelisti, P. (2020). Messi in forma di parola. Moneta, denari e mercato nei sermoni di Bernardino da Feltre (1493-1494). *Archivio Storico Cenedese. Studi e ricerche tra Piave e Livenza*, *5*, 3-58.

Fanfani, A. (1933). *Le origini dello spirito capitalistico in Italia*. Milano: Vita e Pensiero.

Farge, J. K. (2008). Noël Beda and the defense of the tradition. In Erika Rummel (ed.), *Biblical Humanism and Scholasticism in the Age of Erasmus*. Leiden-Boston: Brill.

Favero, G. (2017). A New Edition of Benedetto's Cotrugli The Book of the Art of Trade. In B. Cotrugli, *The Book of the Art of Trade*. London: Palgrave Macmillan 2017.

García y García, A., Cantelar Rodríguez, F., & Alonso Rodríguez, B. (1992), Libro de las confesiones de Martín Pérez, *Revista Española de Derecho Canónico*, *49*, 77-129.

Giansante, M. (2008), *L'usuraio onorato: credito e potere a Bologna in età comunale*. Bologna: Il Mulino.

Grossi, P. (1966). Somme penitenziali, diritto canonico, diritto comune. *Annali della Facoltà giuridica di Macerata*, n. s., *1*, 95-134.

Henquinet, F. M. (1939). Clair de Florence, canoniste et pénitencier pontifical vers le milieu du XIII[e] siècle. *Archivum Franciscanum historicum*, *32*, 3-48.

Hernando Delgado, J. (1989). Quaestio disputata de licitudine contractus emptionis et venditionis censualis cum conditione revenditionis. Tratado sobre la licitud del contracto de compravenda de rentas personales y redimibles. Bernat de Puigcercós, O. P. (siglo XIV), *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, *10*, 9-87.

Hernando Delgado, J. (1990-1991). Un tratado sobre la licitud del contrato de compraventa de rentas vitalicias y redimibles ('violaris'). Allegationes iure factae super venditionibus violariorum cum instrumento gratiae. Ramon Saera (siglo XIV), *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, *11-12*, 9-74.

Hernando Delgado, J. (2015). «El tractat sobre la usura», Francesc Eiximenis (c. 1330-1409): el context i l'obra d'un gran pensador català medieval. In Antoni Riera i Melis (ed.), *Actes de les jornades celebrades a Barcelona els dies 16 i 17 de desembre de 2009*. Barcelona: Institut d'estudis Catalans.

Humphreys, K. W. (1966). *The Library of the Franciscans of the Convent of St. Antony, Padua at the Beginning of the Fifteenth Century*. Amsterdam: Erasmus.

Izbicki, T. M. (1983), Legal and Polemical Manuscripts, 1100-1500, in Biblioteca Ambrosiana, Milano, *Quaderni catanesi di studi classici e medievali*, *5*, 147-176.

Izbicki, T. M. (1989), Pyres of vanities. Mendicant preaching on the vanity of women and its lay audience. In Th. L. Amos (ed.), *De ore Domini: Preacher and Word in the Middle Ages*. Kalamazoo: Medieval Institute Publications.

Izbicki, T. M. (2004), The Origins of the *De ornatu mulierum* of Antoninus of Florence, in *Modern Language Notes*, *119*(1), 142-161.

Jardine, L. & Grafton, A. (1990). 'Studied for Action:' How Gabriel Harvey Read His Livy. *Past and Present*, *129*, 30-78.

Kaye, K. (1998). *Economy and Nature in the Fourteenth Century: Money, Market Exchange, and the Emergence of Scientific Thought.* Cambridge: Cambridge University Press.

Kaye, K. (2014). *A History of Balance, 1250-1375: The Emergence of a New Model of Equilibrium and its Impact on Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kirshner, J. (1977). The Moral Problem of Discounting Genoese «Paghe». *Archivum Fratrum Praedicatorum*, *47*, 109-154.

Kirshner, Julius e Lo Prete, Kimberly (1984). *Peter John Olivi's Treatises on Contracts of Sale, Usury and Restitution: Minorite Economics or Minor Works?*, *Quaderni fiorentini*, 13, 233-286.

Lambertini, R. (2020a). L'usura tra Santa Croce e Santa Maria Novella: Pietro de *Trabibus* e Remigio de' Girolami a confronto. In Vedere nell'ombra. Studi su natura, spiritualità e scienze operative offerti a Michela Pereira. Firenze: SISMEL-Edizioni del Galluzzo.

Lambertini, R. (2020b). I Monti empi. Osservazioni su di un dibattito. In P. Delcorno and I. Zavattero (eds.), *Credito e Monti di Pietà tra medioevo e età moderna: un bilancio storiografico*. Bologna: Il Mulino.

Lane, F. C. (1966). Investment and Usury. In F.C. Lane, *Venice and History: Collected Papers*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Langholm, O. (1992). *Economics in the Medieval Schools. Wealth, Exchange, Value, Money and Usury, according to the Paris Theological Tradition. 1200-1350*. Leiden-Boston: Brill.

Langholm, O. (2003). *The Merchant in the Confessional: Trade and Price in the Pre-Reformation Penitential Handbooks*. Leiden-Boston: Brill.

Le Goff, J. (1960). Au Moyen Âge: Temps de l'Église et temps du marchand. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, *15*(3), 417-433.

Lenoble, C. (2013). *L'exercice de la pauvreté. Economie et religion chez les franciscains d'Avignon (XIII^e^-XV^e^ siècles)*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

Mayne Kienzle, B. (2002). Medieval Sermons and their Performance: Theory and Record. In C. Muessig (ed.), *Preacher, Sermon and Audience in the Middle Ages*. Leiden-Boston: Brill.

Meneghin, V. (1993). *Il convento di S. Spirito di Feltre e la sua biblioteca*, Venezia: Tipografia LIEF.

Melchiorre, M. (2012). *A un cenno del suo dito: Fra Bernardino da Feltre (1439-1494) e gli ebrei*, Milano: Unicopli.

Michaud-Quantin, P. (1962). *Sommes de casuistique et manuels de confession au moyen-âge (XII-XVI siècles)*. Louvain-Lille-Montréal: Nauwelaerts.

Mueller, R. C. (1997). *The Venitian Money Market: Banks, Panics, and the Public Debt, 1200-1500*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Muessig, C. (2002). Audience and Preacher: *ad Status* Sermons and Social Classification. In C. Muessig (ed.), *Preacher, Sermon and Audience in the Middle Ages*. Leiden-Boston: Brill.

Munro, J. H. (2003). The Medieval Origins of the Financial Revolution: Usury, Rentes, and Negotiability, *The International History Review*, *25*, 505-562.

Murano, G. (2016). Alessandro Nievo (1417-1484). In Giovanna Murano (ed.) *Autographa I/2: Giuristi, giudici e notai (sec. XII-XV)*. Imola: La Mandragora.

Muzzarelli, M. G. (2000). *Il denaro e la salvezza: l'invenzione del Monte di Pietà*. Bologna: Il Mulino.

Muzzarelli, M. G. (2005). *Pescatori di uomini. Predicatori e piazze alla fine del Medioevo*. Bologna: Il Mulino.

Newman, I., Tylus, J. (2015). Introduction. In K. Newman, J. Tylus (eds.), *Early Modern Cultures of Translation*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Noonan, J. T. (1957). *The Scholastic Analysis of Usury*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Pantarotto, M. (2003). *La biblioteca manoscritta del convento di S. Francesco Grande di Padova. Padova*: Centro Studi Antoniani.

Patton, E. (2019). Praying in the Margins across the Reformation: Readers' Marks in Early Tudor Books of Hours. In K. O. Acheson (ed.), *Early Modern English Marginalia*. London-New York: Routledge.

Piana, C. (1982), L'evoluzione degli studi nell'Osservanza francescana nella prima metà del '400 e la polemica tra Guarino da Verona e fra Giovanni da Prato a Ferrara (1450), *Analecta Pomposiana*, *7*, 249-289.

Piketty, T. (2017). Introduction. In G. Todeschini, *Les Marchands et le Temple. La société chrétienne et le cercle vertueux de la richesse du Moyen-Âge à l'Epoque moderne*. Paris: Albin Michel.

Piketty, T. (2020). *Capital and Ideology*. Cambridge Mass.: Harvard University Press.

Puchades i Battaller, R. J. (1999). *Als ulls de Déu, als ulls dels homes. Estereotips morals i percepciò social d'algunes figures professionals en la societat medieval valenciana*. València: Universitat de València.

Ridolfi, R. M. (2001), Girolamo Giovannini. In *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 56. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana.

Rigon, A. (2002). Frati Minori, inquisizione e comune di Padova nel secondo Duecento. In E. Bonato (ed.), *Il «Liber contractuum» dei frati Minori di Padova e di Vicenza (1263-1302)*. Roma: Viella.

Sangster, A. (2020). Accounting Education and Ethics in the 15th Century. In M. M. Pinheiro, A. J. Costa (eds.), *Accounting Ethics Education: Teaching Virtues and Values*. London-New York: Routledge.

Schumpeter, J. A. (1952). *History of economic analysis*. London: Allen & Unwin.

Sherman, W. (2008). *Used Books: Marking Readers in Renaissance England*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Spicciani, A. (1976). *Gli scritti sul capitale e sull'interesse di fra Pietro di Giovanni Olivi. Fonti per la storia del pensiero economico medievale*, *Studi Francescani*, *73*, 289-316.

Todeschini, G. (1980). *Un trattato di economia politica francescana: il «De emptionibus et venditionibus, de usuris, de restitutionibus» di Pietro di Giovanni Olivi*. Roma: Istituto Storico per il Medio Evo.

Todeschini, G. (2002). *I mercanti e il Tempio. La società cristiana e il circolo virtuoso della ricchezza fra Medioevo ed Età Moderna*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2004). *Ricchezza francescana. Dalla povertà volontaria alla società di mercato*. Bologna: Il Mulino.

Todeschini, G. (2017). *Les Marchands et le Temple. La société chrétienne et le cercle vertueux de la richesse du Moyen-Âge à l'Epoque moderne*. Paris: Albin Michel.

Todeschini, G. (2021). *Come l'acqua e il sangue. Le origini medievali del pensiero economico*. Roma: Laterza.

Toneatto, V. (2012). *Les Banquiers du Seigneur*: *Evêques et moines face à la richesse* (IV^{e}-début IX^{e} siècle). Rennes: Presses universitaires de Rennes.

Trivellato, F. (2019). *The Promise and Peril of Credit: What a Forgotten Legend about Jews and Finance Tells Us about the Making of European Commercial Society*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Tucci, U. (1990). Introduction. In B. Cotrugli, *Il libro dell'arte di mercatura*. Venice: Techné.

Ughetti, L. (2020). La *reportatio* come fonte economica. Proposte di lettura dell'economia francescana attraverso le prediche di Bernardino da Siena, *Studi medievali*, 3rd s., 61(2), 667-687.

Veraja, F. (1960). *Le origini della controversia teologica sul contratto di censo nel xiii secolo*. Roma: Edizioni di storia e letteratura.

Visnjevac, S. (2018). Law as the Sermon: The «Sermones quadragesimales de legibus» of Leonardo Mattei da Udine (c. 1399-1469). In L. Gaffuri and R. M. Parrinello (eds.), *Verbum e ius: predicazione e sistemi giuridici nell'Occidente medievale. Preaching and legal frameworks in the Middle Ages*. Firenze: Firenze University Press.

Ziegler, G. (2019). Lady Anne Clifford Reads John Selden. In K. O. Acheson (ed.), *Early Modern English Marginalia*. London-New York: Routledge.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo20224415376

EARLY MODERN LUTHERAN THEOLOGIANS AND THE REDEEMABLE *CENSUS*: TOWARDS A REFORMULATION OF THE INTEREST PROHIBITION

Los primeros teólogos luteranos modernos y el censo redimible: hacia una reformulación de la prohibición del interés

Paolo ASTORRI[1]

University of Copenhagen
Paolo.Astorri@jur.ku.dk

Fecha de recepción: 26/07/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

ABSTRACT: In sixteenth-century Germany, a particular financial operation called *widerkaufflicher Zins* or five percent contract sparked massive legal and theological controversies. This contract produced effects like a loan and therefore countered the interest-taking prohibition. Martin Luther (1483-1546), Philipp Melanchthon (1497-1560), Johannes Brenz (1499-1570), Johannes Aepinus (1499-1553), Urbanus Rhegius (1489-1541), Martin Chemnitz (1522-1586), Aegidius Hunnius (1550-1603), and Johann Gerhard (1582-1637) addressed this issue. They ended up reformulating the prohibition on interest and mapping out a set of rules for the right use of this contract. This article will survey their opinions paying attention to the points where their teachings resembled the Catholics or where they took a different path.

Keywords: usury; interest; five percent contract; lutheran theologians; catholic theologians.

1. The author thanks the anonymous peer-reviewers for their helpful comments. This research was funded by the Danish National Research Foundation (DNRF 138).

RESUMEN: En la Alemania del siglo XVI, una operación financiera particular llamada widekaufflicher Zins o contrato del cinco por ciento provocó controversias legales y teológicas masivas. Este contrato producía efectos similares a los de un préstamo y, por tanto, contrarrestaba la prohibición de cobrar intereses. Martín Lutero (1483-1546), Philipp Melanchthon (1497-1560), Johannes Brenz (1499-1570), Johannes Aepinus (1499-1553), Urbanus Rhegius (1489-1541), Martin Chemnitz (1522-1586), Aegidius Hunnius (1550-1603) y Johann Gerhard (1582-1637) abordaron este tema y terminaron reformulando la prohibición de intereses y trazando un conjunto de reglas para el buen uso de este contrato. Este artículo examinará sus opiniones, al tiempo que prestará atención a los aspectos en los que sus enseñanzas se asemejaron a las católicas o en las que tomaron un camino diferente.

Palabras clave: usura; interés; contrato del cinco por ciento; teólogos luteranos; teólogos católicos.

1. INTRODUCTION

In 1555, in a paragraph on usury (*Vom Wucher*), a territorial law (*Ausschreiben*) issued by the electoral prince August of Saxony (1526-1586) condemned those who earned a profit on a financial operation above five percent per annum. This law was part of a body of ordinances that aimed to enforce the Lutheran Reformation in Saxony, and it covered many different subjects (schools, tribunals, visitations, and so on). The paragraph on usury charted the directives included in an imperial ordinance of 1530 (repeated in 1548) issued by the Catholic Emperor Charles V (1500–1558), which allowed his subjects to receive a profit of no more than five percent annually through a contract called the *widerkauffs gülten* (Weber, 2002: 156). The *widerkauffs gülten* redeemable census was a special form of the *census* (annuity), a contract originating in the Middle Ages and characterized by the sale of goods arising from land. The Church forbade all loans at interest but allowed sales contracts; being classified as a sale and not a loan, the *census* thus escaped the prohibition on interest. The lender/investor was presented as a buyer who purchased the *census* (annual income from a certain plot of land) and in return provided the seller—actually the borrower/entrepreneur—with the necessary capital (Schnapper, 1957; Veraja, 1960; Schnapper, 1965: 965-995; Schmelzeisen, 1978: 229-236; Gilomen, 1984; Munro 2003; Landi, 2004; Leone, 2008: 137–160; Munro, 2013: 235-249).

Originally designed to provide a perpetual income from a piece of land, the *census* contract gradually developed sophisticated clauses: the *census* could be linked to a person instead of land (a personal *census*), or could be associated with multiple lands; it could be redeemed after a certain period of time by the seller, the buyer, or both. Not all of these clauses were unanimously accepted, and theologians debated their lawfulness, but they certainly permitted this contractual form to be used for various financial operations. Indeed, the *widerkauffs gülten*—also called the redeemable *census* (*widerkaufflicher Zins*)—was one of the contractual schemes adopted to justify the five percent contract or German contract, a widely practiced financial operation. The five percent contract was not a new or peculiar type of contract; it was simply the name adopted to identify a multiform financial operation. In this operation, the buyer / investor bought the right to receive five percent of the invested sum on annual basis (Van Roey, 1902: 901-946; Noonan, 1957: 238-239). However, unlike with the traditional *census* contract, the seller / entrepreneur could use the money for any business whatsoever, because the contract was detached from any specific real estate. The seller's obligation was to pay a five percent annuity, and the annuity could be redeemed by either the seller or the buyer.

The redeemable *census* was only one of the possible ways to conclude the five percent contract. Indeed, the scholastic theologian Johannes Eck (1486-1543), professor at the University of Ingolstadt, defended this financial operation as the sum of three different contracts: a contract of partnership, where an investor provided an entrepreneur with a certain capital; a contract of insurance of the capital; and a third contract by which the right to obtain an uncertain profit was sold in exchange for a certain profit corresponding to five percent of the capital (Wurm, 1997; 2014; Decock, 2016). Moreover, later in the sixteenth century, other theologians claimed that the five percent profit could be earned via titles of *interesse* (compensation for loss) such as *lucrum cessans* (ceasing profit) and *damnum emergens* (emergent damage), which were applicable under certain conditions to the contract of loan and other similar contracts. The titles of *interesse* pivoted on specific circumstances that allowed the claiming of a sum of money in addition to the principal (for more details, see Van Houdt, 1995; Monsalve, 2014; Van Houdt/Monsalve, 2022: 475-497).

The five percent contract was widespread (mostly in commercial cities such as Augsburg and Cologne, and in the Hanseatic region), and it sparked massive legal and theological controversies. It is beyond the scope of this article to examine all of these controversies. Instead, I focus on some controversies regarding the redeemable annuity or *census* (*widerkaufflicher Zins*). Notwithstanding its classification as a sale, the contract had features that made it practically identical to a loan at interest, thereby evading the prohibition on usury. Two bulls, issued by Pope Martin V (1369-1431) and Pope Callixtus III (1373-1458) (*Extrav. Com.* 3.5.1 and 3.5.2) in 1425 and 1455 respectively, admitted the lawfulness of the annuity on real estate.

They allowed the clause of redeemability by the seller and recognized that it was a widespread contract (Noonan, 1957: 160; Vismara, 2004: 53). But the five percent contract was detached from specific real estate. Pope Pius V (1504-1572), in the bull *Cum onus* of 1569, established that every *census* should be constituted on «a fruitful, immobile good, specifically designated to pay the census returns»; if not, it would be condemned as a usurious contract. But no country received the bull, and only a few Catholic theologians defended it (Noonan, 1957: 237).

The five percent contract was also disputed in the Lutheran lands. August of Saxony's *Ausschreiben* was an example of the territorial ordinances that allowed it (for instance, Ordnungen, 1597). These ordinances followed the directives set out in Charles V's ordinance, which created many problems for the Lutheran theologians. How to reconcile the prohibition on lending at interest with the practice of the five percent contract as allowed by imperial ordinance? Lending at interest had been forbidden for centuries, and Martin Luther (1483-1546) followed suit, rejecting the contract regardless of the ordinance that had established it. Yet the issue persisted, and in his later writings Luther granted an exception for a few categories of people. Several disputes arose between theologians and jurists. Some theologians were more conservative and condemned the five percent contract, while others sought ways to justify it. With the notable exception of Martin Chemnitz (1522-1586), the Lutheran theologians who will be examined in this article—Philipp Melanchthon (1497-1560), Johannes Brenz (1499-1570), Johannes Aepinus (1499-1553), Aegidius Hunnius (1550-1603), and Johann Gerhard (1582-1637)—sought ways to reformulate the prohibition on interest and justify the imperial ordinance. In doing so they gradually laid the foundations for a theory of interest.

This theory started from the doctrines of the Catholic theologians and canonists, which for centuries had forbidden usury and regulated financial transactions. Yet it diverged from them on three principal points. First, the theory focused not on the formal classification of the agreement (as a sale or loan), but on the categories of people involved: beggars, people who were able to work but lacked money, and the rich. Only those in the third category were allowed to practice this contract. Second, lending at interest was not completely forbidden; it was forbidden only when one's neighbor was damaged by it. Christians were required to decide according to the circumstances of the case. The rich could be charged a moderate amount of interest. Third, Christians were called to obey the magistrate's ordinances as long as they did not breach either divine or natural law. As the ordinance of Charles V did not breach divine or natural law, it was binding in conscience, and therefore Christians could lawfully enter into such contracts.

This article will survey the development of these teachings, paying attention to the discursive traits around which Lutherans and Catholics converged or diverged. For reasons of space, the article will focus on selected contributions by the theologians

mentioned earlier, although Lutheran jurists also took part in the debate (Nelson, 1949: 89; Elert, 1953: 466–492; Astorri, 2019: 490-555), as did theologians and jurists of other Reformed confessions (Nelson, 1949; Kerridge, 2002; Jones, 2004; del Vigo Gutiérrez, 2006). Moreover, the analysis will revolve around the lawfulness of the five percent contract in the form of redeemable *census* and the reformulation of the prohibition on interest, leaving the in-depth examination of other contracts to further research. Finally, it will not examine medieval or early modern Catholic authors in detail, but will only offer an overview of their positions, drawing on the general tenets teased out in the secondary literature.

2. THE REDEEMABLE *CENSUS* AND THE FIVE PERCENT CONTRACT AMONG THE CATHOLIC THEOLOGIANS

Before we delve into the opinions of the Lutherans, a few notes are necessary to outline the basic teachings on the *census* contract among medieval and early modern scholastics. The *census* contract was originally designed as a perpetual annuity, but additional clauses were gradually developed, including the redeemability of the seller, the buyer, or both. These clauses were analyzed in light of the prohibition on interest and the just price theory, which constituted the cornerstones of scholastic economic theory. In the fifteenth and sixteenth centuries, the University of Tübingen was the cradle of the most liberal economic trends, and it is therefore no surprise that Gabriel Biel (1420–1495) and Conrad Summenhart (1455–1502), both leading professors there, defended the redeemable *census*. For Biel, the redeemability was allowed by Scripture (Leviticus 25) and did not affect the essential elements of the sale contract, which would have transformed it into a loan. The power to redeem did not change the nature of the contract, which remained a sale, and thus the redeemable *census* was lawful. Biel also argued that the price for the *census* had to be reduced to comply with commutative justice. The buyer / investor had to suffer extra obligations, because the seller / entrepreneur could redeem the contract, whereas in the perpetual *census* this option was excluded (Biel, 1527: lib. IIII, d. XV, q. XII, c. 4). Summenhart approved not only the *census* redeemable by the buyer / investor and the mutually redeemable *census*, but also the personal *census* (Summenhart, 1580: q. 83, q. 84, c. 5).

These liberal trends were not limited to Tübingen. In Paris, the Scottish theologian John Mair (1467–1550) also allowed the mutually redeemable *census*, on the condition that there was equality between the obligations of the parties; if the seller or the buyer carried more obligations, then the price had to reflect that (Mair, 1519: lib. IV, q. XIV, d. XV, q. 23 and 24). The Spanish theologian Juan de Medina (1490–1546), professor at the University of Alcalà, held that the redeemable *census* was not usurious because it was a real sale and not a loan, since there was both price

and merchandise. Targeting the medieval principle according to which profit was only lawful if the risk was shared, Medina also claimed that if the *census* expired before the redemption, the buyer's right to get back the good likewise expired. However, the crucial point for Medina was that the redeemable *census* was lawful, but the price had to be adjusted accordingly. The redeemability made the contract more favorable to the seller, and thus the contract would be unequal if there were no just compensation for the buyer. Similarly, the seller would need compensation if the *census* was redeemable by the buyer, as this clause would make the contract more favorable for the buyer (Medina, 1581: 355). In the mutually redeemable *census* the price had to be reduced, because the ownership of the census was diminished by the fact that the *census* could be redeemed, and so the buyer bought not a full right of ownership (as in the unredeemable *census*) but a limited right. Thus, the contract could be justified only if one of the parties decided to accept a reduction in price, or to accept it at the same price, because of liberality (Medina, 1581: 356–357).

Not all forms of *census* were accepted indiscriminately. For example, Martìn de Azpilcueta (Dr. Navarrus, 1491–1586), whose *Enchiridion confessorium* (first published in Portuguese in 1552, then in Spanish 1553, and finally in Latin in 1573) became immensely popular, was a strong opponent of the personal *census*, the *census* redeemable by the buyer, and the clause of insurance, as they would make this contract usurious. He claimed that because of natural law, every *census* should be on a fruitful, immobile good. This position was followed by Pope Pius V in the bull *Cum onus* of 1569, but as already stated above, the bull failed to stop the circulation of the new forms of *census* contract (Noonan, 1957: 237-238). In particular, as the redeemable *census* was suitable to accommodate various economic transactions, it was adopted as a platform for the five percent contract. Gregorio de Valencia (1549–1603), a Spanish Jesuit and professor at the University of Ingolstadt, discussed the five percent contract, including in the form of the mutually redeemable *census*. Gregorio appealed to Biel, Summenhart, Major, and Medina, but he also drew upon a theological consultation held in Rome in 1581. Indeed, in Bavaria, where the five percent contract was widely practiced, a rigorous new approach had been introduced by the Jesuits, leading to fierce criticism. In 1575 Egolphus, the bishop of Augsburg, had endorsed this approach and declared that people who earned five percent interest should not receive absolution. This order triggered massive dissent, and the bishop was forced to interpret it in a restrictive sense, as referring not to the practiced business but only to the usurious contracts forbidden by the law (for a more extended account, see Noonan, 1957:212-217). Later, in 1581, the Congregation of the Jesuits in Rome, captained by Superior General Claudio Aquaviva (1543-1615), decided that the five percent contract could be lawfully concluded only under certain conditions (Zech, 1751: 167-169).

Quoting the 1581 decision, Gregorio permitted the real *census* (on the fruits of the land) but not the personal *census*. The personal *census* was not illicit per se, but the addition of a redeemable clause in favor of the buyer and an insurance clause made it too similar to a loan at interest (Valencia, 1603: 1321). Moreover, the price of the *census* should be equal, quite apart from the requirements of the law. In the lands where Charles V's imperial constitution was in force, the parties should be very careful in determining the price. Indeed, a five percent annual income, as set out in the ordinance, was not the right price for the mutually redeemable *census*, because this ordinance only referred to the *census* redeemable by the seller. The mutually redeemable *census* should have a major price because, by giving the power to redeem to the buyer, the seller had to endure higher obligations. In the lands where this constitution was not effective, the price annuity should instead be determined by the market.

Another important issue that Gregorio touched upon was that the mutual redeemability was not allowed by Pius V's *Cum onus* or Charles V's ordinance of 1548 (which was based on the abovementioned ordinance of 1530). In line with the 1581 decision, Gregorio argued that the mutually redeemable *census* was not tolerable in the territories where *Cum onus* and Charles V's constitution were in force, as these forbade the *census redimibilis* on the side of the buyer. However, as stated above, the papal bull had met with widespread rejection, and Gregorio contended here that these laws were only binding in *foro externo*, and not in conscience, because they were founded on the presumption that there was an intention to dissimulate usury. If no such intention existed, then these laws were not binding in conscience. To justify this stance, Medina referred to a doctrine already professed by Sylvester Mazzolini (1456-1523) and Dr. Navarrus, according to which a law was promulgated only on the tacit condition that it was accepted by the community. If the majority of the community did not accept the law, then it should not be binding (Valencia, 1603: 804-805). Thus, he claimed that human laws were not binding if they were not sufficiently promulgated and accepted by a larger part of the community, and if they were not abrogated by the contrary practice of the majority of the community. The imperial constitution, he noted, was not promulgated and received in all the provinces of the empire (Valencia, 1603: 1319-1320).

Thus, as this brief outline shows, among medieval and early modern scholastic theologians the redeemable *census* was mainly defended on two grounds: the prohibition on interest and the just price theory. If the added clauses had affected the nature of the contract and transformed it into a loan, then it would have been usurious, as the prohibition on interest forbade all interest-bearing loans. But this contract had all the elements of a sale—price and merchandise—and the added clauses did not change that. However, to be accepted, the price of the *census* should reflect the obligations of the parties. The value of the unredeemable *census* was

higher than that of the redeemable *census*, because the acquired right of ownership suffered limitations. The price should reflect the obligations of the parties, and therefore even if Charles V's imperial constitution set out five percent for a *census* redeemable by the seller, the value of the mutually redeemable *census* should be higher than the unredeemable *census* in consideration of the obligations. At the same time, even if this constitution and the papal bull *Cum onus*—which forbade the *census* redeemable by the buyer—were in force, they might not be binding in conscience, and the parties could conclude the contract anyway.

3. LUTHER AND MELANCHTHON: CONFLICTING VIEWS?

Martin Luther fulminated against bankers such as the Fuggers of Augsburg, and he quarreled with both the Catholic theologian Johann Eck (1486-1543), and the Anabaptist Jacob Strauss (1480–1533), who propounded evangelical communion. Luther published popular sermons on the lawfulness and application of the redeemable *census* and other commercial transactions (Singleton, 2011: 683-698; Lapp, 2012: 91–107; Becker, 2014: 39-40; Schmoeckel, 2014: 186-212; Rieth, 2014: 383-396; Pawlas, 2021: 318-389), mostly reiterating the substance of the Scholastics' teachings. However, these sermons also laid the basis for a transformation of the doctrine on usury that would be realized by subsequent theologians (Astorri, 2019: 341-344). Luther lambasts the *Zinskauf*, by which he meant the purchase of annuities, and labels it usurious. The *Zinskauf* goes against natural law and love for one's neighbor, he writes, because the business is not conducted for the sake of the seller, but only for the sake of the buyer. The buyer, Luther continues, does not aim to benefit his neighbor, but looks only to his own profit (Luther, 1520: 52-53). When the buyer takes the annuity, he no longer risks losing his capital (Luther, 1520: 53-55). Thus he is safe, and the seller/borrower alone takes the risk. In other words, following the medieval dogma that profit was only lawful when the risk was shared, Luther claims that both parties had to share the risk; otherwise, one of the parties would gain more and the other less. As a final motivation against this contract, Luther also adds the sterility of money, a classic argument shared by medieval theologians and canonists (Doherty, 2014 59-61). Later, in the admonition *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen* (1540), Luther grants exceptions for special categories of people such as the elderly, poor widows, and orphans who have no other means of support except the *Zinskauf* (Luther, 1540: 331-424). He explains that this does not constitute interest (*Wucher*), but should be considered «an interest out of need» (*ein Notwucherlin*), a small form of interest in circumstances of necessity (Luther, 1540: 372). This exception constitutes a formidable picklock with which other theologians would undo and reformulate the prohibition on interest.

Melanchthon, Luther's intimate friend and most important follower, did not share Luther's approach. He charted a different path, looking at the sale of annuities through an amalgamation of Scripture, Aristotelian teachings, and the opinions of medieval theologians and canonists. Melanchthon's teachings on usury and annuities are scattered among various writings. They are mostly to be found in his *Prolegomena in officia Ciceronis* (1530), *Commentarius in epistolam Pauli ad Romanos* (1532), *Philosophiae moralis epitome* (1538), *Ethicae doctrinae elementa* (1550), and *Dissertatio de contractibus* (1545). Melanchthon condemns lending at interest, but he permits the «contract with the clause to resell» (*contractus cum pacto de revendendo*), which seems to include the real *census* contract and the redeemable *census* (*widerkaufflicher Zins*). In his *Philosophiae moralis epitome* (Melanchthon, 1538: 131), Melanchthon faces an objection formulated by Strauss, one of the agitators in the Peasants' War (Strauss, 1523; Nelson, 1949: 36-45). He notes that Strauss condemns every contract, and he suggests that Christians should follow the authority of the magistrate:

> The following useful rule must be kept: Christians can use contracts that are approved by the laws and the authority of the magistrate, that is by a good, wise judge or jurist. Christians can indeed use political ordinances. Such ordinances are not only valid because of reason, but also because of the authority of the magistrate, which God approves (Melanchthon, 1538: 131; Astorri, 2019: 348).

The stress on the role of the magistrate is a direct consequence of Lutheran political theory. According to this theory, which was sketched by Luther in various forms, God governs the world via two kingdoms. Every Christian is simultaneously the citizen of both a physical and temporal kingdom, the «earthly kingdom,» and a spiritual kingdom, the heavenly kingdom irradiated by the Word of God. He is born under law and sin in the earthly kingdom, where he is called to obey secular authority and accept its justice based on external force. However, through faith, the Christian is also a citizen of the heavenly kingdom. Here he is renewed by grace, justified, and bound by the Gospel. He is educated by Scripture, and as a member of the Church he joins the community of saints, imperfect in this world and perfect after death (Witte, 2002: 85-118). As magistrates regulate the redeemable *census*, Christians can use this regulation in good conscience, because God empowers the magistrates.

Medieval and early modern theologians and canonists allowed the *census* contract by classifying it as a sale and not a loan (Noonan, 1957: 159). Melanchthon imitates this strategy. He argues that the contract with the clause to resell is not a loan but a true sale, and therefore the prohibition on interest does not apply. He builds on the substantive elements of the contract, taking inspiration from a typical medieval discussion (Grossi, 1986: 593–619; Birocchi, 1990: 243-273, 287-304). Melanchthon

singles out three forms of the contract with the clause to resell: 1) when an estate is purchased; 2) when the incomes produced by a certain estate are purchased; 3) when the incomes produced by several estates are purchased. In Melanchthon's assessment, the first two forms are true sales, because the clause to resell does not eliminate the nature of the sale (Melanchthon, 1545: 499). The third form of the contract with the clause to resell—where an income produced by several estates is sold—is more debated. However, Melanchthon posits that the merchandise is the right to receive the income. This idea is taken from Pope Innocent IV (1195-1254), according to whom this contract constitutes an income on goods and not an income on people, and income can be considered merchandise to sell (Innocent IV, 1579: 517, X 5.19.5). Since the merchandise is the right to receive the income, the contract is not usurious: there is a price and merchandise, and it is licit to sell such goods (Melanchthon, 1538: 131).

Here we see that Melanchthon re-elaborates medieval strategies to justify various forms of the sale of annuities. However, he is slightly more innovative when he examines another type of financial operation that was also popular in practice and was commonly discussed in medieval and early modern Catholic circles: compensation for loss (*interesse*). The term *interesse* indicates the compensation a creditor should receive if he suffers damage from a loan. To look at this operation in detail would take us too far afield (see, for further details, Bauer, 1958; Astorri, 2019: 350-354). However, it is worth noting that when analyzing this contract, Melanchthon formulates an important distinction between the loan in accordance with duty (*mutuatio officiosa*) and the loan that is not in accordance with duty (*mutuatio non officiosa*). This classification emphasizes the moral duty to lend (Melanchthon, 1562: 579). The first type of loan is made to help one's neighbor as long as the lender can do so without impoverishing his own resources (Luke 6:35). With this loan, it is unjust to give or expect anything beyond the principal, except in the case of a serious *damnum emergens* or *lucrum cessans* where the borrower has caused damage (Melanchthon, 1545: 505-506). Loans that are not in accordance with duty are loans for economic use (*usus oeconomicus*). In this case, Melanchthon grants that a moderate compensation complies with equality and may be lawfully assigned (Melanchthon, 1545: 506).

Melanchthon's division between dutiful and non-dutiful loans emphasizes the profit or nonprofit aims of such loans. Compensation for *damnum emergens* or *lucrum cessans* should not be claimed in the case of dutiful loans, because the lender has not broken into his own savings but has directed some of his assets toward helping his neighbor. With the other loans, the lender borrows above his own capacity to assist his neighbor in a financial operation. In this case, the *interesse* pushes the debtor into a prompt return and should be demanded. Here, we see that the prohibition on interest seems to be somewhat flexible, demanding more than

the principal in the case of loans made for business. This is a gambit that, together with the stress on the role of the magistrate, will be pursued by other theologians.

4. BRENZ AND AEPINUS: THE PROHIBITION ON INTEREST ONLY CONCERNS LENDING TO THE POOR

In two homilies published in 1541, Johannes Brenz, professor at the University of Tübingen and counselor of the Duke Ulrich of Württemberg and then his son, Duke Christoph (Ehmer, 2002: 124–139; Estes, 2007), tackles the question of whether the *census* contract is usurious (for a detailed examination see Astorri, 2019: 354-369). Melanchthon interpreted Luke 6:35 (lend hoping for nothing in return) restrictively, as only applicable to indigents. In this way, he eliminated business transactions from the remit of the prohibition on lending at interest. Brenz encompasses this opinion when he interprets Luke 6:35 as an expression of the rule of love for one's neighbor. The precept of loving one's neighbor, like the precept of lending while hoping for nothing in return, is directed toward two categories of people. The first precept, loving one's neighbor, concerns enemies and friends. Hence, as with the rule of love, the rule of lending while hoping for nothing in return is directed toward two categories: the rich, who own estates, and the poor, who have nothing (Brenz, 1541: 183). Brenz transfers the distinction between the two categories of people from the precept of love to the precept of lending. He explains that while love is a very general precept, in the case of lending there are two specific categories: the rich and the poor (Brenz, 1541: 183).

If the rule of Luke 6:35 only concerns the poor, the question remains of how to understand the law for the rich. The rule of love does not require reciprocity. Justice requires reciprocity, but the passage in Luke negates reciprocity. Lending while expecting nothing in return is an action that flows from charity toward one's neighbor and is not a rule of justice. But where it is possible to receive something in return, the precept of free lending no longer applies. Love toward one's enemies is different from love toward one's friends. By the same token, lending to the poor is different from lending to the rich. With the rich, Brenz continues, Christians do not have to observe the rule to lend hoping for nothing in return; rather, they should follow the rule not to defraud one's neighbor in business (1 Thessalonians 4:6), which was also required by the Scholastic theologians (see for instance Decock, 2013: 538). In this way, Brenz separates the regulation of loans to the poor from business contracts for the rich. The conjunction between love for one's neighbor and the rule of Luke 6:35 casts new light on the prohibition against lending at interest and clarifies that it only applies to the poor. The rich come under the remit of 1 Thessalonians 4:6, which concerns business.

In addition to this interpretation of Luke 6:35, Brenz formulates another argument in favor of the sale of annuities: Scripture teaches that unlawful contracts

ought not to be practiced, but it does not say which contracts are unlawful. This is a task for the public authority via laws and ordinances (Brenz, 1541: 184). Hence, Brenz insists, the magistrate's civil ordinance (he refers to Charles V's ordinance mentioned above) is to be considered a «*divine ordinance*» (Brenz, 1541: 553). In this ordinance, it is clear that the contract, by which an annual income from a certain estate or good is purchased, is considered to be a just and lawful contract with a maximum annuity of five percent of the capital. Therefore, Brenz concludes that the magistrate has authorized this contract; and the Holy Spirit commands that Christians obey the magistrate. As Paul says in Romans 13:1, this is a divine ordinance, so he who resists it resists God (Brenz, 1541: 185).

Brenz unites a reinterpretation of the prohibition on interest with a justification of the political ordinance. He reaches this conclusion by using Scripture as a primary criterion of judgment. Luke 6:35, 1 Thessalonians 4:6, and Romans 13:1 are the Scriptural framework that supports his stance. Luke 6:35 only regards the poor, 1 Thessalonians 4:6 is applicable to financial transactions among the rich, and Romans 13:1 decrees that the imperial ordinance must be respected. Thus, the redeemable *census*, also in the form of the five percent contract, is lawful.

Johannes Aepinus, superintendent of Hamburg from 1532 until his death in 1553, was another protagonist in the debate on the lawfulness of the purchase of annuities (Astorri, 2019: 354-369). His work became very influential among early modern theologians and jurists. This was probably because the renowned French jurist Charles Du Moulin (1500-1566) quoted him in his seminal treatise on usury and interest (Du Moulin, 1584: 101; Nelson, 1949: 73; Savelli, 1993). Aepinus expanded on the difference between rich and poor previously drafted by Brenz. He added a third category: people who were not absolutely poor but could work. In his *Auszlegung vber den XV. Psalm Davids*, also published in Latin as *In psalmum XV commentarius* in 1543, Aepinus affirms that some people are absolutely poor; because of inescapable poverty, they beg or pray for God's will. They must live on alms and cannot give back what they receive. Then, some other people are also destitute but still strong, and healthy; members of this group can work. They need help, but not forever—only until they can stand on their own two feet and return the sum received. Finally, a third category concerns those who possess goods. They have enough for their own sustenance and needs in this life. They do not require help (Aepinus, 1543: 68a). The prohibition on interest only applies to members of the second category: the poor who can work. All of the biblical laws about loans and interest (*usura*) refer not to people in general, but only to this second category (Aepinus, 1543: 69a). Loans given to these people cannot bear interest. Instead, the rich have the option to employ business contracts. Finally, loans are not to be given to members of the first category, the poor and destitute, either with or without interest; monies given to them are to be regarded as gifts.

Similarly to Melanchthon and Brenz, Aepinus also writes that Christ did not set out ordinances or laws for the secular world, but left this task to the magistrate (*Obrigkeit*). Christians must obey the magistrate's ordinances and consider them to be divine ordinances that can be used in good conscience (Aepinus, 1543: 69–70). The kingdom of Christ is not of this world, and therefore Christ does not formulate rules of good policy for secular business, but designates and entrusts public authorities with this task (Aepinus, 1543: 70a). Brenz argued that it was a task of the magistrate, not of Scripture, to determine the regulation of contracts. Aepinus also insists on the necessity of magistrate law because Scripture does not contain the full regulation of contracts. The Gospel does not provide the secular kingdom with contract law, and for this reason Christians have to keep the magistrate's ordinances. The imperial ordinance is not against natural law, because it does not damage the common good (Aepinus, 1543: 77b). Natural law represents the criterion by which to judge the magistrate's ordinance (Aepinus, 1543: 78a-78b). Since natural law is not against the magistrate's provisions, Aepinus concludes that Christians can practice these contracts with a clear conscience (Aepinus, 1543: 78a-78b).

5. CHEMNITZ: LIMITING THE NEW TRENDS ON THE INTEREST PROHIBITION

If Brenz and Aepinus certainly leaned toward a 'liberal' view of the prohibition on interest, Chemnitz did not. Martin Chemnitz, named «the second Martin» because of his reputation, remained close to the traditional perspective that interest-bearing loans were always forbidden, regardless of the subjects involved or the absence of offense against one's neighbor. However, he did not wholly brush aside the new ideas flourishing in Lutheran circles: he repurposed Aepinus's three categories of people, and he sharpened the requirement that the parties comply with the rule of charity as the driving force in the negotiation and performance of contracts (Astorri, 2019: 379-395).

Chemnitz was theological adviser to Duke Julius of Braunschweig-Wolfenbüttel (Kaufmann, 1997: 183–254; Kolb, 2002, 140–153; Mahlmann, 2007: 509-510). His dogmatic treatise, the *Loci theologici*, published five years after his death (vol. I–II, 1591; vol. III, 1592) by Polycarp Leyser (1552–1610), ran to more than ten editions (Preus, 1970: 92–98). Here Chemnitz gets to grips with Aepinus's and Brenz's suggestion that the prohibition on interest only concerns lending to the poor. He holds that Scripture (Psalms 15:5; Ezekiel 18:8; Luke 6:35) forbids the charging of interest, with no distinctions among people. From the clear content of Scripture, conscience cannot be sure of this difference between the poor and the rich. Thus, Chemnitz supports the idea that the traditional definition of the prohibition on interest, which concerns everybody, must be retained (Chemnitz, 1653: 162).

However, Chemnitz accepts Aepinus's distinction between three categories of people (the poor, the poor who can work, and the rich), and he adds two rules. First, he invites Christians to remember that the promises attached to alms and free loans are much greater than those of other contracts, which concern the promises of the seventh precept of the Decalogue. God will grant much greater blessing to the Christian who give alms and free loans than to the Christian who uses sale, *census*, partnership, and other contracts. Second, charity as the master and moderator (*magistra et moderatrix*) must always come first (Chemnitz, 1653: 164).

Chemnitz authorizes the people in the third category, the rich, to employ the contract with a clause of redemption (*contractus redemptionis*) in order to gain profits. This contract is characterized as the sale of an estate or of the income from several estates with a clause to resell (Chemnitz, 1653: 164). Like Melanchthon, Chemnitz insists on its characterization as a sale and not a loan, so the contract does not constitute a breach of the prohibition on interest. This bears striking similarities to the medieval Catholic view. However, Chemnitz points out that the parties also have to consider the requirements of charity while performing the contract. The precept of charity shows that among the third category of people, if an obligation overtaxes and oppresses the neighbor, the debt must be remitted (Chemnitz, 1653: 164). In general, charity implies that the creditor should remit the debt if the debtor is unable to repay.

6. HUNNIUS: REINTERPRETING LENDING AT INTEREST IN THE LIGHT OF 2 CORINTHIANS 8:13

Despite Chemnitz's critique, the rethinking of the prohibition on interest persisted. Another important example is found in the work of Aegidius Hunnius. Hunnius studied theology at the University of Tübingen. In 1574, he was deacon in Tübingen; two years later, he became professor of theology at Marburg. In 1592, he was appointed professor of theology and provost at the University of Wittenberg (Russel, 1996: 276; Matthias, 2004; Matthias, 2009: 344). Hunnius published a large number of polemical treatises and commentaries, including his commentary on Paul's second letter to the Corinthians, published in 1605, where he presented his analysis of the lawfulness of the *widerkaufflicher Zins*. Hunnius's approach centered on the precept of Paul in 2 Corinthians 8:13: «For I do not mean that other men should be eased and ye burdened, but that there be an equality». He reads the Old Testament passages against charging interest—Exodus 23, Leviticus 25, Deuteronomy 23, Psalms 15:5, and Ezekiel 18—as grounded on 2 Corinthians 8:13. This rule sets out that Christians do not have to enhance their neighbor's position to their own detriment. According to Hunnius, the Latin words *relaxatio* (ease) and *adflictio* (affliction) play a special role:

> The reason of the prohibition is clear, since in this kind of interest, the loan is given to the neighbor so that the lender surely gets a life of ease (relaxatio), but for the borrower there is affliction (adflictio), because his resources are reduced little by little and eventually exhausted (Hunnius, 1605: 245; Astorri, 2019: 396).

Thus, Paul's rule in 2 Corinthians 8:13, which states that Christians must not ease their neighbor's situation with their own suffering, is the building block of Hunnius's understanding of the prohibition on interest: lending at interest is embedded with aggressive behavior toward one's neighbor.

Paul's rule in 2 Corinthians 8:13 is also used to defend the obligation to return the sum in a loan and in the *widerkaufflicher Zins (redeemable census)*. In the *widerkaufflicher Zins*, the debtor returns not only the principal but also something more: the five percent annuity. According to Hunnius, Paul's rule sets out that the investor does not have to benefit the entrepreneur to his own disadvantage, because in this case he would be defrauding his own relatives. Hunnius stresses the buyer's necessity to look after his family (Hunnius, 1605: 251). A similar approach was indicated by John Mair in the famous case of the «Merchant of Rhodes» (Decock, Hallebeek, 2010: 117–118).

Hunnius discusses redeemability by the buyer: he declares that it is not usurious if the *census* does not exceed the price established by law (five percent). This price is paid for the disadvantage that the buyer/lender suffers, as he cannot dispose of the money (Hunnius, 1605: 250). The *census* redeemable by the buyer is lawful if the parties comply with the price established by the law. However, they are to estimate the amount of the given sum according to geometrical and not arithmetical proportion. The creditor might lend a small sum, but the annuity will consequently be reduced; or he might lend for one year, so the annuity should be regulated (Hunnius, 1605: 252–253). Thus, in the negotiations between merchants the official amount established by law may be adjusted, but it is important that the profit should be reciprocal, so that the amount of the annuity corresponds to the time and amount given. With the *census* redeemable by the buyer, it is not unequal that the buyer pays more than with the regular *census*. However, the merchants must pay attention to charity, which is the rule and supreme moderator of the contract (Hunnius, 1605: 253).

Hunnius's elucidation of Scripture starts from 2 Corinthians 8:13, and through this rule he reads the prohibition on interest, the necessity to pay the *census*, and the proportionality of the relationship between the parties so that there is reciprocal benefit. For Hunnius, the *census* redeemable by the buyer is permitted if the annuity does not exceed the price established by law (five percent), although this price can be adjusted to the needs of the parties. This is only a brief synthesis of Hunnius's work, which also concerns other biblical passages (see Astorri, 2019: 395-398; 404-406). For instance, he uses Leviticus 25:35—«and if thy brother be

waxen poor, and fallen in decay with thee; then thou shalt relieve him: yea, though he be a stranger, or a sojourner; that he may live with thee»—to insist that the creditor must partially or totally remit the debt if the debtor is reduced to poverty through adversity (Hunnius, 1605: 251). The focus, Hunnius points out, must absolutely be on the fact that none of the parties should breach Christian charity, which is the moderator of the parties, so that none of them are encumbered or oppressed (Hunnius, 1605: 251).

7. GERHARD: FOUR TYPES OF LOAN

The trend that reconfigured the prohibition on interest as only affecting certain types of transactions gained the upper hand at the turn of the seventeenth century. Gerhard, one of the most famous members of the Lutheran orthodoxy, gathered and systematized the results of the previous analyses. For him, the distinction between a sale and a loan was no longer crucial, as it had been among the medieval theologians. The prohibition on interest was redesigned in the sense that there was no usury when there was no offense against one's neighbor, and the precept of Luke 6:35 only applied to the poor. Gerhard was professor of theology at the University of Jena, where he remained until his death. Among his numerous writings, he authored the *Loci theologici*, which boasted twenty-three volumes, and in which the keystones of Lutheran theology were expounded and commented on in detail (Honecker, 1983: 448-453; Wallmann, 2009: 362-363). In the fourteenth volume, locus XXV (*de magistrato politico*), he tackled the issues of usury and annuities (on the topic of the magistrate, see Schmoeckel, 2017: 20-35; on usury, see Schmoeckel, 2019: 542-556).

Gerhard identifies interest with aggression toward one's neighbor. He holds that in Luke 6:35 Christ does talk about the prohibition on interest, but only in relation to the poor. Luke 6:33, 6:34, and 6:35 clarify that Christ is not referring here to the loan according to duty (*mutuum officiosum*), where a certain amount of money is given to one's neighbor on condition that the same amount will be returned but is referring only to the «alms loan» (*mutuum eleemosynarium*), where the capital is donated to a poor neighbor (Gerhard, 1885: 399-400). While Melanchthon used the term «*mutuum officiosum*» but did not speak about «*mutuum eleemosynarium*,» Gerhard makes a further distinction. The gratuitous loan or loan according to duty (*officiosum*) only requires the borrower to return the capital. With an «alms loan» (*mutuum eleemosynarium*), the creditor remits the capital and the annuity (*census*).

To be more specific, Gerhard singles out four types of loan. The first is the «alms loan» (*mutuum eleemosynarium*), in which the *census* and the capital are remitted. The second type is the «gratuitous loan» (*mutuum gratuitum*) or «loan according to duty» (*mutuum officiosum*), where the capital is given without the *census*. The third is the «compensatory loan» (*mutuum compensatorium*), where

the *census* is demanded along with the money given. The fourth is the «usurious loan» (*mutuum usurarium*), where illicit and immoderate interest is demanded, the neighbor is burdened, and his income is taken. For Gerhard, the fourth type involves the interest that is prohibited by the laws (Gerhard, 1885: 399-400).

The compensatory loan (*mutuum compensatorium*) refers to the *widerkaufflicher Zins*, which is not classified as a sale but as a loan. This classification is possible, Gerard posits, because in Luke 6:35 Christ does not refer to loans given to the rich, but to loans taken out by the poor. Thus, whether the *widerkaufflicher Zins* is a sale or a loan does not matter; what matters here is that this contract can only be negotiated between the wealthy (Gerhard, 1885: 390). Gerhard reiterates Aepinus's distinction between three categories of people. The *widerkaufflicher Zins* is lawful only for the third category, that is, the rich. Yet Gerhard suggests that Christians can use it by complying with four rules. First, there must be a financial goal: the annuity cannot be requested from people who do not use the money for business or profit but to support themselves and their family, and who can barely return even the principal of the loan. Orphans, widows, and the elderly, who cannot use their resources without diminishing them and are less suitable for business, deserve to be treated leniently, because they want to spend the money on their own sustenance and not for business purposes (Gerhard, 1885: 393).

The second rule establishes proportionality between the annuity and the lent sum. Following Hunnius, Gerhard contends that the annuity must be calculated on the basis of the time and amount of the lent sum, and it must be a multiple of the sum according to geometrical proportion. It is necessary, Gerhard writes, to distinguish between major and minor amounts of money being requested and short or long periods for the restitution of the sum. If the amount is small and the time is short (for instance, one or two months), the annuity should not be requested (Gerhard, 1885: 393-394). Moreover, the amount must be judged according to the wealth of the investor and following geometrical proportion (Gerhard, 1885: 394). Although the magistrate has to determine the maximum amount of the annuity that can be charged, the official figure established by the laws may be adjusted in negotiations between merchants. It is important that the profit should be reciprocal, so that the amount of the annuity corresponds to the time and amount given.

The third rule concerns the remission of debt when the debtor experiences adversity. If the burden is too heavy for the debtor because he has suffered damage through unforeseen circumstances, charity pushes the creditor to remit both the principal and the annuity. Charity must be reciprocal, which means that both parties must seek to benefit each other, including in this contract (Gerhard, 1885: 391). Reciprocal charity is not observed when the risk of losing the capital is run only by the debtor who is conducting business with the creditor's money. The annuity must not be requested from people who have received money for business purposes and

subsequently been reduced to indigence through a fortuitous event such as a fire, shipwreck, etc., rather than through any fault of their own. If they are reduced to the second category, the loan to them must be gratuitous. Gerhard here is applying the precept of reciprocal charity to the three categories of people (Gerhard, 1885: 391). Finally, drawing on Chemnitz, Gerhard holds that alms and loans carry wider divine promises. The other contracts are included in the promises of the seventh precept of the Decalogue. Thus, Christians must employ loans and alms first and foremost, and only secondarily resort to the *widerkaufflicher Zins*. They should not focus on that contract alone as if it were the only or primary option.

Gerhard also enumerates other arguments in favor of the *census* contract, such as the necessity to obey the imperial ordinance as it is in accordance with natural law, and the social utility of this contract (Astorri, 2019: 398-415). However, the main point was the reinterpretation of the prohibition on interest. The rich could lawfully practice business contracts such as the *census*, but they had to comply with certain rules, which Gerhard honed using the previous discussions: the contract had to be practiced among the rich and have a financial goal; there had to be proportionality between the sum lent and the annuity; in the case of unforeseen unfavorable events, the annuity and the principal had to be remitted; commercial contracts such as the *widerkaufflicher Zins* should only be used as a second option; alms and loans were to be preferred.

8. CONCLUSION

In defending the redeemable *census*, also in the form of the five percent contract, Melanchthon, Brenz, Aepinus, Hunnius, and Gerhard ended up reformulating the prohibition on interest in the sense that it was not absolute, but flexible, depending on the absence of offense and on the categories of subjects involved. The medieval Church had mapped out a rigid prohibition and granted exceptions, mostly based on the legal nature of the contract as a sale and not a loan. As seen above, this argument was compelling for several medieval and early modern Scholastic theologians. Although the character of the contract still played an important role during the first years of the Reformation, it later lost this position. Indeed, the point was not to escape the prohibition by showing that it was a different kind of contract, because the prohibition on interest concerned only certain types of loan where one's neighbor was offended, such as loans to the poor, and not all loans at interest in general. The analysis shifted from the strictly legal aspects of contractual schemes to the less normative duties of charity toward one's neighbor.

I have not been able to include all the authors who considered this issue. The Lutheran theologians examined in this article overhauled the prohibition on interest because they mainly elaborated their arguments by starting from Scripture. Medieval

and early modern scholastic theologians and canonists had used a combination of sources (Church Fathers, Aristotelian Thomistic philosophy, canon law), and Scripture was not prioritized. But the Lutherans raised Scripture to prominence, and through its interpretation they came to modify the prohibition on interest. The interpretation of Scripture was also at the root of a set of rules for the governance of the five percent contract, and of the *census* contract more generally: the categories of people involved, proportionality between the annuity and the lent sum, the preference for other types of relationship, and finally the remission of debt. The prohibition against defrauding one's neighbor (1 Thessalonians 4:6) was also a crucial rule in these negotiations. Medieval and early modern Catholic authors had proposed exactly the same precept, but it had been based not only on Scripture but also on commutative justice, which was not at the forefront for the Lutherans.

The primacy of Scripture brings us to another cornerstone of the «Lutheran» approach to the redeemable *census* and the five percent contract. Scripture did not include any detailed regulation of financial transactions but left this task to the political authority. The ordinances of the political authority that were not in conflict with natural law (Matthew 7:12) had to be obeyed in conscience (Romans 13:1). Although Romans 13 was also used in the Catholic context (Ross, 2015), if we add it to the other elements of the Lutheran theory of interest we can glimpse another difference from the Scholastic theologians. In the Catholic lands, the Church as a political authority also had the power to regulate financial contracts (see the above-mentioned bulls by Pope Martin V, Pope Callixtus III and Pope Pius V). For the Lutherans, this position was entrusted to the magistrate, and Christians were called to apply it according to their conscience. They were required to practice financial contracts without damaging their neighbor and only among certain categories of people. This had to do with Lutheran political theory, which was rooted in the two kingdoms doctrine.

What is missing from the teachings of the Lutheran theologians is a detailed analysis of the price of this contract. Hunnius and Gerhard tackled this problem but their analysis did not reach the same level of accuracy as the medieval and early modern Catholic theologians. As seen above, from Biel to Gregorio de Valencia, the price of the redeemable *census* was a crucial factor if the contract was to be allowed. The price should reflect the obligations of the parties, and thus the unredeemable *census* had a higher value, while the redeemable *census* was cheaper. The value of the unredeemable *census* was higher than that of the redeemable *census* because the right of ownership was limited. Charles V's imperial constitution set out five percent for a *census* redeemable by the seller, and therefore this could not be the price for a mutually redeemable *census*, where the buyer also had the right to redeem. The Lutherans did not examine the clauses of redeemability (redeemability by the buyer, the seller or both) and their impact on the price of

the *census*. This was coherent with their approach, which centered on general tenets. The legal and economic analysis of individual contractual clauses was left to the jurists or the parties themselves.

BIBLIOGRAPHY

Aepinus, J. (1543). *Auszlegung D. Johannis Epini vber den XV. Psalm Davids*. Franckfurt am Meyn.

Bauer, C. (1958). Melanchthons Wirtschaftsethik. *Archiv fur Reformationsgeschichte*, 49 1/2, 115-160.

Becker, H.J. (2014). Das Zinsverbot im lateinischen Mittelalter. En M. Casper, N. Oberhauer, y F. Wittreck (Eds.), *Was vom Wucher übrigbleibt. Zinsverbote im historischen und interkulturellen Vergleich* (15-45). Tübingen: Mohr Siebeck.

Biel, G. (1527). *Repertorium generale et succinctum*. Lugduni.

Birocchi, I. (1990). Tra elaborazioni nuove e dottrine tradizionali, Il contratto trino e la natura contractus. *Quaderni fiorentini*, 19, 243-322.

Brenz, J. (1541). *In evangelii quod inscribitur secundum Lucam, duodecim priora capita homiliae centum et decem*. Francofurti.

Brenz, J. (1541). *In evangelii quod inscribitur, secundum Lucam, duodecim posteriora capita, homiliae octoginta*. Francofurti.

Chemnitz, M. (1653). *Loci theologici.* Francofurti et Wittembergae.

Decock, W. & Hallebeek, J. (2010). Pre-contractual duties to inform in Early Modern Scholasticism. *Tijdschrift voor Rechtsgeschiedenis*, 78, 89-133.

Decock, W. (2013). Theologians and Contract Law. The Moral Transformation of the ius commune (ca. 1500-1650), Leiden: Martinus Nijhoff.

Decock, W. (2016). In Defense of Commercial Capitalism: Lessius, Partnerships and the Contractus Trinus. En Bram Van Hofstraeten and Wim Decock (Eds.), *Companies and Company Law in Late Medieval and Early Modern Europe*, Leuven: Peeters, 55-90.

Des Durchlauchtigsten Hochgebornen Fürsten und Hern, Herrn Augusten, Hertzogen zu Sachssen ... Ausschreiben, Etzlicher Artickel, so S. C. F. G. auff derselben Landtschafft underthenigen Rath und bedencken, inn Sachen Policei, und anders, belangend, zu abwendunge der angegebenen Landgebreche, Dresden, 1555.

Doherty, S. (2014). *Theology and Economic Ethics. Martin Luther and Arthur Rich in Dialogue*. Oxford: Oxford University Press.

Du Moulin, C. (1584). *Tractatus commerciorum et usurarum, redituumque pecunia constitutorum et monetarum*. Coloniae Agripine.

Düfel, H. (1977). Aepinus, Johannes. *TRE*, vol. I, 535-544.

Ehmer, H. (2002). Johannes Brenz (1499-1570). En Carter Lindberg (Ed.) *The Reformation Theologians. An Introduction to Theology in the Early Modern Period* (124-139). Malden: Blackwell.

Elert, W. (1953). *Morphologie des Luthertums*. vol. II, München: C.H. Bech.

Estes, J.M. (2007). *Christian Magistrate and Territorial Church. Johannes Brenz and the German Reformation*. Toronto: CRRS Publications.

Gerhard, J. (1885). *Loci theologici.* Lipsiae.

Gilomen, H. J. (1984). *Der Rentenkauf im Mittelalter*. Habilitationsschrift, Universität Basel. Recuperado de http://www.hist.uzh.ch/fachbereiche/mittelalter/emeriti/gilomen/publikationen/Rentenkauf.pdf.

Grossi, P. (1986). Sulla 'natura' del contratto (qualche nota sul 'mestiere' di storico del diritto, a proposito di un recente corso di lezioni). *Quaderni fiorentini*, 15, 593-619.

Honecker, M. (1983). Gerhard, Johann (1582-1637). *TRE,* (XII), 448-453.

Hunnius, A. (1605). *Commentarius in posteriorem epistolam D. Pavli Apostoli ad Corinthios*. Witebergae.

Innocent IV, Pope Sinibaldo Fieschi (1579), *In quinque libros decretalium commentaria absolutissima*. Francofurti ad Moenum.

Jones, D. W. (2004). *Reforming the Morality of Usury: A Study of Differences that Separated the Protestant Reformers*. Lanham: University Press of America.

Kaufmann, T. (1997). Martin Chemnitz (1522-1586) Zur Wirkungsgeschichte der theologischen Loci. En H. Scheible (Ed.) *Melanchthon in seinen Schülern* (183-254). Wiesbaden: Harrassowitz.

Kerridge, E. (2002). *Usury, Interest, and the Reformation*. Aldershot: Ashgate.

Kolb, R. (2002). Martin Chemnitz (1522-1586). En C. Lindberg (Ed.) *The Reformation Theologians. An Introduction to Theology in the Early Modern Period*. Malden: Blackwell, 140-153.

Landi, A. (2004). *Ad evitandas usuras. Ricerche sul contratto di censo nell'*Usus Modernus Pandectarum. Roma: Fondazione Sergio Mochi Onory.

Lapp, M. (2012). «Denn es ist geld ein ungewis, wanckelbar ding». Die Wirtschaftsethik Martin Luthers anhand seiner Schriften gegen den Wucher. *Luther: Zeitschrift der Luther-Gesellschaft* 83(2), 91-107.

Leone, M. (2008). The Theologian and the Contracts: Henry of Ghent and the emptio-venditio reddituum*. Recherches de Théologie et Philosophie Médiévales* 75 (1), 137-160.

Lessius, L., Decock W. & De Sutter (Trans.) (2014). *De iustitia et iure ceterisque virtutibus cardinalibus libri quatuor, On Sale, Securities, and Insurance*. Grand Rapids MI: CPL Academic.

Luther, M. (1520 [1888]). Ein (Grosser) Sermon von dem Wucher. *D. Martin Luthers Werke*, vol. 6. Weimar.

Luther, M. (1524 [1899]). Von Kaufshandlung und Wucher. *D. Martin Luthers Werke*, vol. 15. Weimar.

Luther, M. (1540 [1914]). An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen. *D. Martin Luthers Werke*, vol. 51, Weimar.

Mahlmann, T. (2007). Chemnitz, Martin. *RPP* (II), 509-510.

Mair, J. (1519). *In quartum sententiarum quaestiones*. Parisiis: J. Badius.

Matthias, M. (2004). *Theologie und Konfession. Der Beitrag von Ägidius Hunnius (1550-1603) zur Entstehung einer lutherischen Religionskultur*. Leipzig: Evangelische Verlagsanstalt.

Matthias, M. (2009). Hunn (Hunnius), Aegidius. *RPP,* Vol. VI, 344.

Medina, J. (1581). *De poenitentia, restitutione et contractibus praeclarum et absolutum opus*. Ingolstadii: Davide Sartori.

Melanchthon, P. (1530 [1850]). Prolegomena in officia Ciceronis. En K.G. Brentschneider and H.E. Bindseil (Eds.). *Opera quae supersunt omnia* vol. XVI. Halis Saxonum: Schwetschke.

Melanchthon, P. (1532). *Commentarii in epistolam Pauli ad Romanos*, Marpurgum.

Melanchthon, P. (1538 [1850]). Philosophiae moralis epitome libri duo. K.G. Brentschneider and H.E. Bindsei (Eds.) *Opera quae supersunt omnia*, vol. XVI. Halis Saxonum: Schwetschke.

Melanchthon, P. (1545 [1850]). Dissertatio de contractibus. K.G. Brentschneider and H.E. Bindseil (Eds.) *Opera quae supersunt omnia*, vol. XVI. Halis Saxonum: Schwetschke.

Melanchthon, P. (1550 [1850]). Ethicae doctrinae elementorum libri duo. K.G. Brentschneider and H.E. Bindseil (Eds.) *Opera quae supersunt omnia*, vol. XVI, Halis Saxonum: Schwetschke.

Monsalve, F. (2014). Late Spanish Doctors on Usury, and the Evolving Scholastic Tradition. *Journal of the History of Economic Thought*, 36 (2), 215-235.

Munro, J. H. (2003). The Medieval Origins of the Financial Revolution: Usury, Rentes, and Negotiability. *The International History Review*, 25 (3), 505-562.

Munro, J. H. (2013). Rentes and the European 'Financial Revolution'. En G. Caprio (Ed.), *Handbook of Key Global Financial Markets, Institutions and Infrastructure* (235-249), London, Waltham, San Diego: Elsevier.

Nelson, B. N. (1949). *The Idea of Usury. From Tribal Brotherhood to Universal Otherhood*. Princeton: Princeton University Press.

Noonan, J. T., Jr. (1957). *The Scholastic Analysis of Usury*. Cambridge Mass.: Harvard University Press.

Ordungen Hertzog Ernsten (...), Dressden, 1597

Pawlas, A. (2021). *Vom Wucherzins zur ethischen Geldanlage. Wirtschaftsethische Etappen und Aufträge aus christlicher Sicht*. Berlin : Lit Verlag.

Prien, H. J. (1992). *Luthers Wirtschaftsethik*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Rieth R. (2014). Luther's Treatment of Economic Life. En R. Kolb, I. Dingel, L. Batka (Eds.), *The Oxford Handbook of Martin Luther's Theology* (383-396). Oxford: Oxford University Press.

Ross R. J. (2015). Binding in Conscience: Early Modern English Protestants and Spanish Tomists on Law and the Fate of the Soul. En *Law and History Review*, 33, 803-837.

Russell, W. R. Hunnius, Aegidius (1996). En H. J. Hillerbrand (Ed.), *The Oxford Encyclopedia of the Reformation* (276), vol. 2. Oxford: Oxford University Press.

Savelli, R. (1993). Diritto romano e teologia riformata: Du Moulin di fronte al problema dell'interesse del denaro. *Materiali per una storia della cultura giuridica*, XXIII, 291-324.

Scheible, H. (2007), Aepinus, Johannes. *RPP*, I, 73.

Schmelzeisen, G. K. (1978). Zinsvertrag und Rentenkauf. *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte* Germ. Abt. 95, 229-236.

Schmoeckel, M. (2014). Das kanonische Zinsverbot und die Konfessionalisierung. En W. Decock, J. J. Ballor, M. Germann y L. Waelkens (Eds.) *Law and Religion, The Legal Teachings of the Protestant and Catholic Reformations* (186-212). Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.

Schmoeckel, M. (2017). Ein Denker des Ausgleichs. Die Rechtslehre des Johann Gerhard. En M. Friedrich, S. Salatowsky, L. Schorn-Schütte (Eds.), *Konfession, Politik und Gelehrsamkeit. Der Jenear Theologe Johann Gerhard (1582-1637) im Kontext seiner Zeit* (20-35). Stuttgart: Franz Steiner.

Schmoeckel, M. (2019). Johann Gerhard and the Good Use of Usury. En *Journal of Markets and Morality* 22 (2), 539-556.

Schnapper, B. (1957). *Les rentes au XVIe siècle. Histoire d'un instrument de crédit*. Paris: S.E.V.P.E.N.

Schnapper, B. (1965). Les rentes chez les théologiens et les canonistes du XIIIe au XVIe siècle. En *E'tudes d'historie du droit canonique dédiées à Gabriel Le Bras* (965-995). Paris: Sirey

Singleton, J. D. (2011). «Money is a Sterile Thing»: Martin Luther on the Immorality of Usury Reconsidered*. History of Political Economy*, Winter 2011, 43 (4), 683-698.

Summenhart C. (1580). *Tractatus de contractibus licitis atque illicitis.* Venetiis: F. Ziletto.

Strauss, J. (1523 [1957]). Haubstuck unnd Artickel Christlicher leer wider den unchristlichen wucher. En J. Rogge (Ed.), *Der Beiträge des Predigers Jakob Strauss zur frühen Reformationsgeschichte*. Berlin: Evangelische Verlagsanstalt.

Valencia, G. (1603 [1930]). Commentariorum theologicorum tomi quatuor. Lugduni: Guichardus Iullieron.

Van Houdt, T. (1995). Money, Time and Labour. Leonard Lessius and the Ethics of Lending and Interest Taking. *Ethical Perspectives*, 2 (1), 11-27.

Van Houdt, T. & Monsalve, F. (2022). Usury and Interest. En H.E. Braun, E. De Bom y P. Astorri (Eds.), *A Companion to the Spanish Scholastics*. Leiden: Brill, 475-498.

Van Roey, E. (1902). Le contractus germanicus ou les controverses sur le 5% au XVIe siecle en Allemagne. *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, 39, 901-946.

Veraja, F. (1960). *Le origini della controversia teologica sul contratto di censo nel XIII secolo*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.

Vigo Gutiérrez, A. del (2006). *Economía y ética en el siglo XVI. Estudio comparativo entre los Padres de la Reforma y la Teología española*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.

Vismara, P. (2004). *Oltre l'usura: la Chiesa moderna e il prestito a interesse*. Soveria Mannelli: Rubbettino.

Wallmann, J. (2009). Gerhard, Johann*. RPP*, (V), 362-363.

Weber, M. (2002). *Die Reichpolizeiordnungen von 1530, 1548 und 1577: Historische Einführung und Edition*. Frankfurt am Main: Klostermann.

Witte, J. Jr. (2002). *Law and Protestantism: The Legal Teachings of the Lutheran Reformation*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wurm, J. P. (1997). *Johannes Eck und der Oberdeutsche Zinsstreit 1513-1515*, Münster: Aschendorff.

Wurm, J. P. (2014). Johannes Eck und der oberdeutsche Zinsstreit. En Jürgen Bärsch and Konstantin Maier (Eds.), *Johannes Eck (1486-1543), Scholastiker-Humanist-Kontroverstheologe*, Regensburg: Friedrich Pustet, 41-55.

Zech, F. SJ (1751). *Rigor moderatus doctrinae pontificiae circa usuras.* Ingolstadii et Augustae Vindelicorum: J.P. Schleig.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo202244177113

LA MORAL ECONÓMICA DE LOS COMERCIANTES EN LAS OBRAS REPRESENTADAS EN LOS CORRALES DE COMEDIAS DEL SIGLO DE ORO

The economic morality of the merchants as represented in the comedy corrals of the Golden Age

Luis PERDICES DE BLAS

Universidad Complutense de Madrid
perdices@ccee.ucm.es

José Luis RAMOS GOROSTIZA

Universidad Complutense de Madrid
ramos@ccee.ucm.es

Fecha de recepción: 21/11/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: Uno de los propósitos de la línea de investigación Economía y Literatura es analizar la transmisión y divulgación de las ideas económicas, desde aquellos que reflexionaron en profundidad sobre las cuestiones económicas hasta el público en general. Precisamente, el presente trabajo profundiza en cómo se plasmaron las ideas de los escolásticos españoles sobre moral económica en una serie de obras dramáticas del Siglo de Oro. Se trata de piezas representadas en los corrales de comedias, a los que asistía un amplio y muy variado público, y entre cuyos autores están Calderón, Góngora, Lope de Vega, Ruiz de Alarcón o Aguilar.

Palabras clave: comerciantes; moral económica; escolástica española; Tomás de Mercado; teatro del Siglo de Oro.

ABSTRACT: One of the purposes of the Economics and Literature line of research is to analyze the transmission and popularization of economic ideas, from those who reflected in depth on economic issues to the general public. Precisely, this article delves into how the ideas of Spanish scholastics on economic morality were embodied in a series of dramatic works from the Golden Age. These are pieces represented in the comedy corrals, which were attended by a large and very varied public, and among whose authors are Calderón, Góngora, Lope de Vega, Ruiz de Alarcón or Aguilar.

Keywords: merchants; economic morality; Spanish Scholasticism; Tomás de Mercado; Spanish Golden Age theatre.

1. INTRODUCCIÓN

La transmisión de las ideas de los economistas o de aquellos que reflexionaron en profundidad sobre cuestiones económicas —como los teólogos españoles del Siglo de Oro, a los que se hace referencia en el presente trabajo— ha sido una de las líneas principales de investigación de la Historia del Pensamiento Económico en España desde los años ochenta del siglo pasado. Así, se han publicado numerosas monografías sobre la recepción de las ideas de importantes economistas foráneos, como Adam Smith, Karl Marx o John M. Keynes, por resaltar tres ejemplos representativos. Los últimos trabajos publicados sobre la escolástica española también plantean hipótesis sobre su posible influencia en autores europeos, en particular en Smith, con la finalidad de enlazar las ideas de los escolásticos españoles con las de los fundadores de la ciencia económica del siglo XVIII. Tales investigaciones, por tanto, se han centrado en cómo se transmiten las ideas de unos economistas a otros, dentro de la profesión[1].

Sin embargo, en las dos últimas décadas también se ha estudiado cómo se han trasmitido las ideas económicas desde los economistas a aquellos no profesionales en asuntos económicos, y de ahí al público en general[2]. Esta es precisamente una

1. Sobre las historias nacionales del pensamiento económico, véase Lluch y Cardoso en Fuentes Quintana (1999-2004, I: 435-484). En los tomos segundo al séptimo de Fuentes Quintana (1999-2004), se recogen diversos trabajos sobre la recepción en España de economistas foráneos, desde la Edad Moderna hasta el siglo XX.

2. Con anterioridad, había sido objeto de estudio la transmisión de las ideas de los economistas a los políticos y su reflejo en las medidas de política económica.

de las tareas de la línea de investigación Economía y Literatura[3]. Fuera del mundo académico y profesional, la mayoría de los individuos —tanto en el pasado como en la actualidad— no han adquirido sus conocimientos económicos consultando los textos de los economistas más sobresalientes. Muy pocos, por ejemplo, son los que en nuestros días han leído alguna obra de los galardonados con el Nobel de Economía. En cambio, la mayoría está hoy familiarizada con los temas económicos a través de la prensa, la radio, la televisión o las redes sociales. Pero tradicionalmente, en este proceso de transmisión de las ideas económicas al gran público, las obras literarias de ficción también han desempeñado un papel principal, en especial a través de las ideas sostenidas sobre estos temas por los protagonistas de sus tramas. Es más, como apuntan Santos Redondo y Ramos Gorostiza (2006: 29), «si al tratar un problema económico las grandes obras de la literatura se alejan del rigor profesional, ese alejamiento sigue siendo un importante objeto de estudio, porque las ideas económicas que subyacen en las obras de arte llegan con fuerza a la mentalidad popular». En el pasado, y sobre todo en el Siglo de Oro, cuando los niveles de alfabetización eran bajos y no se contaba con los medios de comunicación actuales —aunque hubiera pasquines ilustrados, coplas satíricas, etc.—, las obras dramáticas representadas en los populares corrales de comedias cumplían un papel muy significativo en la transmisión de las ideas. En algunos casos, incluso tenían la intención de adoctrinar de forma sutil a los espectadores sobre determinados temas políticos, religiosos y morales.

José Antonio Maravall ya apuntó en 1975 que el siglo XVII fue «una época de masas, la primera, sin duda, en la historia moderna, y el Barroco la primera cultura que se [sirvió] de resortes de acción masiva» (Maravall, 1975: 221). En otras palabras, los «de abajo se [habituaron] a ver, a oír, a enterarse, a formarse criterios sobre muchas materias que antes les eran por completo ajenas. Y esto [dio] lugar a la aparición del fenómeno de formación de una opinión pública que cada vez [era] más amplia y se expresa[ba] con más fuerza» (Maravall, 1975: 218).

En los corrales de comedias se representaban obras de dramaturgos que contenían ideas sobre la conducta moral de los comerciantes, entre otros temas relacionados con los asuntos económicos[4]. Si en la actualidad, como queda apuntado, la transmisión oral de las ideas desempeña un papel principal (pese a la

3. Los estudios sobre Economía y Literatura en España se han multiplicado en los últimos tres lustros, desde monografías como las de Perdices de Blas y Santos Redondo (2006) —que recoge diversos trabajos de economistas sobre la obra de escritores que van de Cervantes a Borges y Cortázar— o Bermejo Cabrero (2011), hasta el más reciente libro de Martín Rodríguez (2020) sobre Poesía y Economía en España entre los siglos XVII y XIX.

4. Sobre el dinero y la comedia española, véase Pedraza Jiménez, González Cañal y Marcello (2016). Sobre la esclavitud de los indios americanos en Tirso de Molina, Félix Lope de Vega y Pedro Calderón de la Barca, véase Perdices de Blas y Ramos Gorostiza (en prensa).

generalización de la prensa, la facilidad de acceso a los medios escritos y visuales, y el predominio de la imagen), más todavía lo desempeñaba en una sociedad con una alta tasa de analfabetismo. Aunque los sermones fueron la vía tradicional de transmisión de la moral en el Siglo de Oro, las piezas representadas en los corrales de comedias —donde la escenografía tenía un papel relevante— cumplieron una misión similar, y ello pese a que dichos lugares fueran denostados por los moralistas, que incluso propusieron su cierre en numerosas ocasiones[5]. Las obras representadas en estos teatros populares iban dirigidas a un público muy amplio y variado, que incluía comerciantes y trabajadores manuales, así como letrados e iletrados. En este sentido, habría que recordar —como apuntan Greer y Junguito— las palabras de Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias* (1609): «Yo escribo por el arte que inventaron / los que el vulgar aplauso pretendieron, / porque, como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle gusto» (Greer y Junguito, 2004: 35).

Entre las cada vez más numerosas monografías sobre Economía y Literatura en el Siglo de Oro, para el objeto de este trabajo cabe destacar la editada en 2018 por Christoph Strosetzki, con el título *El poder de la economía: la imagen de los mercaderes y el comercio en el mundo hispánico de la Edad Moderna.* Incluye varios artículos sobre la figura del mercader en las obras dramáticas de dicho siglo, y además el editor aporta un interesante estudio sobre el perfil del mercader en Aristóteles, Tomás de Mercado y Martín de Azpilcueta[6]. Precisamente, el presente trabajo profundiza en cómo se recogieron las ideas de los escolásticos españoles sobre moral económica en una selección de obras dramáticas del Siglo de Oro[7]. Se

5. No obstante, como señala Sanz Ayán (2001: 57), muchos de los teatros comerciales se toleraron porque estaban vinculados a la financiación de la asistencia social.

6. Otro reciente trabajo del mismo autor, como coeditor y autor, es Lütge y Strosetzki (2019).

7. El criterio de selección de las obras analizadas en este trabajo responde a dos condiciones: primero, que sean piezas que gozaron de éxito y/o cuyos autores fueron creadores destacados del teatro del Siglo de Oro; y, segundo, que los aspectos económicos tengan —de uno u otro modo— una presencia significativa en su trama. A su vez, sobre cada una de estas condiciones cabe hacer una matización importante. Por un lado, es evidente que no podemos disponer de datos concretos de la "penetración" en el público de los textos teatrales. Pero sí tenemos indicios indirectos: se sabe, por ejemplo, que algunas obras —como *El mercader amante* de Gaspar Aguilar— tuvieron muy buena recepción en los corrales de comedias, que eran los lugares de los "espectáculos de masas" de la época; y se sabe también que determinados autores —como Lope— se distinguieron precisamente por su gran capacidad para conectar con el público. Por otro lado, cuando hablamos de aspectos económicos lo hacemos en un sentido amplio, aunque con especial referencia a lo relacionado con el mundo del comercio. Es cierto que en alguna de las obras teatrales seleccionadas no se plantean cuestiones económicas "puras" o propiamente dichas, sino conflictos entre riqueza y honra, o contrastes entre hidalguía y mercadería. Pero esto último entraría también dentro de la citada perspectiva amplia de *lo económico*, y así se

trata de piezas que se representaron en los populares corrales de comedias y cuyos autores —Calderón, Góngora, Lope o Ruiz de Alarcón— tuvieron una influencia considerable en los escenarios. Es decir, este artículo analiza si el comportamiento de los comerciantes protagonistas en las obras dramáticas seleccionadas se ajustaba o no a las normas de conducta señaladas por los escolásticos en sus manuales de tratos y contratos, entre los que sobresale el de Tomás de Mercado. En definitiva, ¿eran los comerciantes descalificados por dedicarse a una profesión peligrosa desde el punto de vista moral que apenas podía distinguirse de la de logreros y usureros, o bien eran elogiados o tolerados por desempeñar su «delicada» actividad bajo las directrices de la justicia conmutativa señaladas por los escolásticos?

Al margen de esta introducción y del apartado de conclusiones, la exposición está dividida en dos grandes secciones. Por una parte, se dará cuenta de las principales ideas de los escolásticos sobre moral económica, comercio y comerciantes. Entre estos especialistas, que eran mayoritariamente teólogos o juristas, se destaca en particular a Tomas de Mercado, que describió el mundo de los negocios en Sevilla, principal plaza comercial de la época y donde se desarrolla la trama de alguna de las obras seleccionadas. Mercado escribió además su libro con fines divulgativos, como lo demuestra el hecho de que se publicara en español. Por otra parte, se examinará si los mercaderes, en los textos seleccionados (de Aguilar, Calderón, Góngora, Lope, Ruiz de Alarcón y un autor anónimo), seguían las pautas morales apuntadas por los escolásticos. En suma, ¿plasmaron estos dramaturgos las enseñanzas de los teólogos escolásticos en las obras que estrenaron en los corrales de comedias?

2. LA MORAL ECONÓMICA DE LAS TRANSACCIONES COMERCIALES

En el ámbito rural, la vida económica se ha asociado tradicionalmente con la sencillez, la honra, la virtud, el trabajo pausado, la buena voluntad en la consumación de las transacciones económicas, y la agricultura, actividad digna incluso de nobles. Por contraste, la vida económica urbana, sobre todo comercial, se ha calificado de artificial y peligrosa porque podría derivar en la perdición moral de sus practicantes. Esta visión negativa del comercio aparece ya claramente proyectada en numerosos pasajes de la Biblia, así como en los textos de filósofos paganos de la Antigüedad, como Aristóteles.

En la Biblia pueden identificarse versículos que mantienen claramente esta tesis crítica con la ciudad y sus actividades económicas, en especial en referencia a urbes icónicas como Sodoma, Gomorra, Babilonia e incluso Jerusalén. Por

entiende generalmente en los estudios sobre economía y literatura del Siglo de Oro, como los recogidos en el libro de referencia de Strosetzki (2018).

ejemplo, en el Génesis, tratando sobre Sodoma y su destrucción, Abrahán interpela al Señor diciendo: «¿Es verdad que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás el lugar por los cincuenta inocentes que hay en él?»[8]. Es decir, Abrahán plantea el dilema moral de salvar a los justos para que no pagasen por los pecadores, aunque da a entender que en una ciudad como Sodoma los justos no se prodigaban. Babilonia, junto a Sodoma y Gomorra, era la otra gran ciudad asociada al pecado y la perdición, calificada como «madre de las prostitutas y las abominaciones de la tierra»[9]. Precisamente, su caída se explica «porque del vino del furor de su prostitución han bebido todas las naciones, los reyes de la tierra fornicaron con ella, y los mercaderes de la tierra se enriquecieron con el poder de su opulencia»[10]. Incluso el famoso Templo de la ciudad sagrada de Jerusalén —a la que se llegó a proclamar «Ciudad Fiel»[11]— no se libró de la corrupción. En este lugar sagrado se desarrolló una de las escenas de la vida del Mesías más citada y representada —como en el famoso cuadro del Greco depositado en la National Gallery—: Jesús, después de las bodas de Caná en Galilea, va a Jerusalén y encuentra en el Templo a vendedores de bueyes, ovejas y palomas, así como a cambistas; escandalizado, les increpa diciendo: «Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre»[12]. La importancia de esta escena es tal que fue descrita con detalle por los cuatro evangelistas, dejando grabada en la mente de muchos cristianos una imagen perdurable, recelosa con el comercio y el comerciante[13].

Los filósofos paganos, que vivieron en ciudades-estado como Atenas, matizaron el contraste entre campo y ciudad. Aunque la vida campestre se presentaba en principio como más virtuosa que la urbana, lo más importante para dilucidar la calidad moral de una actividad era fijarse en su objetivo. Con tal fin, Aristóteles, en la primera parte de su *Política*, distinguía entre economía y crematística. Pastores, labradores, pescadores o cazadores trabajaban con los productos de la naturaleza, y no adquirían «su alimento mediante el cambio y el comercio» (Aristóteles, 1951: 14); por lo tanto, estas actividades se incluían en la economía porque dedicarse a ellas formaba parte del «arte adquisitivo natural propio de los que administran la casa y la ciudad» (Aristóteles, 1951: 15). Sin embargo, había otro arte adquisitivo —la crematística— para el cual no parecía «haber límite alguno de la riqueza y la

8. Génesis, 18:23-24.
9. Apocalipsis, 17:5.
10. Apocalipsis, 18:13.
11. Zacarías, 8:3.
12. Juan, 2:17.
13. Mateo, 21:12-17; Lucas, 19: 28-48; y Marcos, 11: 11-19. En este mismo sentido, cabría hacer referencia a fuentes teológicas adicionales, pero, dadas las limitaciones de espacio propias de un artículo, valgan al menos las ya citadas.

propiedad» (Aristóteles, 1951: 15). Se refería sobre todo a aquellas transferencias económicas asociadas al dinero y no dirigidas a proveer el bienestar de la familia o la ciudad: «Esta crematística comercial parece tener por objeto el dinero, ya que el dinero es el elemento y el término del cambio, y la riqueza resultante de esta crematística es ilimitada» (Aristóteles, 1951: 17). En suma, la economía doméstica tenía un límite y las prácticas comerciales incluidas en la misma eran actividades necesarias, laudables, naturales y que no tenían por objeto la adquisición ilimitada de dinero; por el contrario, la crematística propiamente dicha se relacionaba con el exceso, el dinero, la desmedida riqueza y la utilización de todos los medios a su alcance de forma antinatural. Por si esto fuese poco, un principio general de la crematística —bajo cuyo amparo estaban los préstamos y el comercio— era conseguir, «siempre que [fuera] posible, el monopolio» (Aristóteles, 1951: 22).

Una segunda contribución de Aristóteles a las reflexiones sobre los intercambios comerciales fue su teoría de la justicia, recogida en la *Ética a Nicómano*. Distinguió entre la justicia distributiva (de honores, fortuna y todas aquellas ventajas que puedan obtener los miembros de la ciudad), y la justicia conmutativa (que regulaba las condiciones legales de los contratos o de las relaciones civiles, ya fueran voluntarias —como la compraventa o los préstamos— o involuntarias —como el hurto y el adulterio) (Aristóteles, 1999, libro V). Esta distinción entre justicia distributiva —que no tiene el mismo significado que en la actualidad— y justicia conmutativa —cambiar igual por igual— es el armazón teórico sobre el que luego discurrirían los escolásticos, permitiéndoles elaborar una teoría del precio justo dirigida a salvar al comerciante que se gobernase por unas pautas morales.

En suma, el legado de Aristóteles fue doble: tanto su distinción entre economía y crematística y su relación con la búsqueda ordenada de la felicidad (satisfacción de necesidades frente a búsqueda ilimitada de la riqueza), como sus reflexiones sobre la justicia conmutativa relacionada con los contratos, entre ellos los comerciales. Como subraya Strosetzki, Aristóteles instaló a los mercaderes «en los márgenes de la sociedad y no en su centro», pues destacó que «la riqueza y la abundancia» no favorecían «un comportamiento virtuoso» (Strosetzki, 2018b: 172). Este estigma fue difícil de superar, aunque el préstamo y el cambio de moneda —objetos también de la justicia conmutativa— planteaban aún más problemas morales que la actividad comercial propiamente dicha.

Los escolásticos medievales fueron los que, con sus reflexiones sobre los asuntos comerciales, intentaron conciliar valores morales y económicos utilizando fuentes variadas. Entre ellas, los textos bíblicos y los de los filósofos griegos de la Antigüedad, con la recuperación de Aristóteles por —entre otros— Tomás de Aquino. Pero también bebieron de la Patrística, del derecho romano —en la regulación de contratos y propiedades—, y de otros escolásticos —según fue avanzando en el tiempo esta corriente de pensamiento. Todo ello les permitió

clarificar más las pautas morales de la actividad económica tras el florecimiento urbano, comercial y manufacturero de los siglos XII y XIII, llegando a desarrollar una visión más positiva del comerciante que la de los mencionados textos bíblicos y aristotélicos. Dicha reactivación económica vino acompañada de la difusión, extensión y creciente complejidad de las prácticas comerciales (letras de cambio, seguros marítimos, constitución de sociedades mercantiles de mayor tamaño y capital, etc.) que precisaban ser sometidas a una cuidadosa revisión moral para dilucidar cuáles pasaban el filtro de los preceptos morales.

En esta labor conciliadora de lo económico con la moral desempeñó un papel especialmente relevante Tomás de Aquino (1225-1274), discípulo de Alberto Magno y difusor —como queda apuntado— de Aristóteles. Las cuestiones 57 a 61 de su enciclopédica obra *Summa Theologica*, compuesta entre 1265 y 1273, se referían a la justicia, distinguiendo —como el Estagirita— entre distributiva y conmutativa. En esta última era «preciso igualar cosa a cosa» (Aquino, 1956: 354). Asimismo, como Aristóteles, diferenciaba entre las conmutaciones no voluntarias y las voluntarias, como la compraventa. Por tanto, la regla en los contratos de compraventa era la igualdad entre lo que se daba y lo que se recibía.

La cuestión 77 de la *Summa Theologica* todavía era más relevante, al centrase en el precio justo. Esta fue una de las aportaciones sobresalientes de la escolástica medieval que cambió la percepción del mercader profesional. Rotundamente Aquino afirma que «[u]tilizar el fraude para vender en más de lo que vale [una mercancía], es absolutamente un pecado» (Aquino, 1956: 665)[14]. No obstante, el precio justo no está siempre «exactamente determinado, que más bien se fija por medio de cierta estimación aproximada, de suerte que un ligero aumento o disminución del mismo no parece destruir la igualdad de la justicia» (Aquino, 1956: 367-368). Por otra parte, una venta es ilícita si el vendedor oculta el desperfecto de lo que vende, o hay defectos en la cantidad o calidad del producto. Sin embargo, si el desperfecto es manifiesto y, además, el vendedor rebaja el precio en proporción a la falla, no está obligado a descubrir la tara de lo vendido porque es obvia y no incurre en engaño (Aquino, 1956: 674). Asimismo, si el vendedor desconoce los defectos de su mercancía no actúa de mala fe (Aquino, 1956: 676). En definitiva, la importancia de vender a un precio justo radica en que permite el funcionamiento normal de la comunidad al no dañar a ningún individuo y evitar el engaño en los intercambios comerciales. Precisamente, las obras dramáticas más críticas con el comercio —que se analizarán en el epígrafe tercero del presente trabajo— no captaron estas matizaciones y tendieron a identificar al comerciante con un embustero, falsario o engañador.

14. Sierra Bravo (1975: 159-188) realiza un buen resumen de la teoría del precio justo de los escolásticos.

Asimismo, en cuanto al beneficio del comerciante, Tomás de Aquino expuso que no era incompatible con ser un buen cristiano: «el lucro, que es el fin del tráfico mercantil, aunque en su esencia no entrañe algún elemento honesto o necesario, tampoco implica nada vicioso o contrario a la virtud» (Aquino, 1956: 677). Es lícito aquel beneficio orientado al sustento de la familia, a socorrer a los necesitados, o «cuando alguien se dedica al comercio para servir al interés público» (Aquino, 1956: 677). Igualmente, es lícito el beneficio cuando se ha mejorado en algo el producto vendido, o porque «el precio haya variado según la diferencia del lugar o de tiempo, ya por exponerse a algún peligro al trasladar [la mercancía] de un lugar a otro o a hacer que sea transportada» (Aquino, 1956: 678). En definitiva, el precio justo concilia lo económico y lo moral, pero dejando un margen suficiente de actuación al comerciante.

Si Tomás de Aquino reflexionó con el fin de conciliar la moral y las nuevas prácticas comerciales durante el resurgimiento económico de los siglos XII y XIII, los escolásticos españoles hicieron lo propio tras el descubrimiento de América, en un segundo ajuste entre moral y nuevas prácticas mercantiles. La intención era permitir que los comerciantes desarrollasen su actividad con cada vez mayor escala y complejidad[15]. En este sentido aperturista, es representativa la conclusión a la que llegó Martín de Azpilcueta (1965: 105) al analizar la naturaleza de los cambios de moneda y las ganancias lícitas de los cambistas, conclusión que también era extrapolable a las prácticas comerciales: «Hasta aquí a mas tirar se pueden extender las ganancias dellos. Hemos la extendido, quanto es posible, para defender justamente almas, honras y haciendas de tanta, tan principal y honrada gente. Desseamos que los que están fuera de este trato, ninguna envidia tengan a los que por el biben, aun muy sublimados». En este mismo sentido, Tomás de Mercado advertía que el confesor o teólogo no debía —cuando analizaba los asuntos comerciales— «ser tan amigo de sus conceptos que tenga todos los otros por borrados, sino ser discreto, discernir entre lo que hay evidencia o sola opinión y probabilidad, y no tener cada cosa en más de lo que es, aunque le incline y mueva afición» (Mercado, 1977, I: 89).

El gran maestro de la Universidad de Salamanca, Francisco de Vitoria, junto a sus discípulos y a los que estuvieron bajo su influencia, ensancharon el margen de

15. Este artículo no entra en el debate sobre si estos escolásticos españoles formaron una escuela, ni —en caso afirmativo— sobre cuáles serían sus miembros y cómo se debería denominar (Escuela de Salamanca, Escolástica hispana, Escolástica tardía o Escuela Ibérica de la Paz). Sobre este tema véanse Fuentes Quintana (1999-2004, t. 2, segunda parte) y Perdices de Blas y Revuelta (2011). Entre la extensa bibliografía sobre el pensamiento de estos escolásticos españoles se pueden entresacar las seis siguientes monografías clásicas: Barrientos (2011), Gómez Camacho (1998), Grice-Hutchinson (1995) y (2005), Sierra Bravo (1975) y Vigo (1997).

actuación de los que se dedicaban al comercio y al préstamo. Para ello se apoyaron en el Estagirita y, sobre todo, en Tomás de Aquino, pero siendo críticos con ambos y mejorando algunas de sus conclusiones. Así, rectificaron al primero en temas tan importantes, para algunos comerciantes, como la esclavitud y la trata de seres humanos (cuestión principal de la primera parte de la *Política*, en la que, como queda apuntado, se exponía también la distinción entre economía y crematística). Vitoria comentó explícitamente los argumentos aristotélicos sobre la esclavitud natural, despejando dudas no aclaradas por Tomas de Aquino:

> Aristóteles ciertamente no quiso afirmar que los que tienen poco entendimiento son por naturaleza esclavos y que no tienen dominio sobre sí y sus cosas. Esta es la servidumbre civil y legítima que no hace a nadie siervo por naturaleza. Tampoco quiere decir el filósofo que puedan ser privados de sus bienes, reducidos a esclavitud y vendidos aquellos que por naturaleza son cortos y de escasa inteligencia. Quiso decir que hay en ellos una necesidad natural de ser regidos y gobernados por otros, siéndoles muy provechoso el estar sometidos a otros, como los hijos necesitan estar sometidos a los padres y la mujer al marido (Vitoria, 1967: 30-31).

El pensamiento de los escolásticos medievales se había expresado tradicionalmente bajo la forma de sentencias —como en el caso de Pedro Lombardo— o de sumas teológicas —como en el caso de Tomás de Aquino. Pero entre los escolásticos españoles del Siglo de Oro fue más frecuente la publicación de tratados de la justicia y el derecho. En las sumas y las sentencias, el pensamiento socioeconómico se encontraba desperdigado; en cambio, en los tratados de la justicia y el derecho las cuestiones sociales se independizaban y eran tratadas con mayor libertad y flexibilidad. No obstante, todos estos formatos tenían un perfil académico y resultaban farragosos para los no profesionales de la Economía, entre los que se encontraban los dramaturgos. De hecho, en el proceso de divulgación de las ideas económicas resultaban más interesantes obras más accesibles, como los manuales de confesores, dirigidos a los párrocos que tenían que absolver de sus pecados a sus feligreses. Entre dichos manuales destaca el de Martín de Azpilcueta, pero muy especialmente el de Tomás de Mercado, publicado en lengua vernácula bajo la denominación de *Suma de Tratos y Contratos*.

La obra de Tomás de Mercado contó con tres ediciones (1569, 1571 y 1587), siendo a partir de la segunda cuando se fueron ampliando los temas tratados como respuesta a la cada vez más compleja vida comercial de las gradas sevillanas[16].

16. El dominico Francisco García también publicó en Valencia, en 1583, un tratado completísimo sobre los contratos (*Parte primera del tratado utilísimo y muy general de todos los contratos, cuantos en los negocios humanos se suelen ofrecer*). Su finalidad era superar al editado diez años antes por Bartolomé Frías de Albornoz (*El Arte de los contractos* [sic], 1573).

Arrancaba su argumentación aseverando que los preceptos morales recogidos en su libro no «ataban» más al mercader cristiano que al turco o árabe, porque se basaban en «una doctrina muy llana, escrita en nuestra alma y en la ley de la naturaleza» (Mercado, 1977, I: 45), es decir, accesible a todo tipo de público. A ello añadía la importancia de la justicia —porque «ni sin manjar podemos vivir, ni sin la justicia bien vivir» (Mercado, 1977, I: 48)—, subrayando en particular la relevancia de la justicia conmutativa en asuntos de tratos y contratos, objeto de sus reflexiones. El extenso libro segundo, dedicado precisamente al arte y trato de los mercaderes, se iniciaba señalando que el pecado original había dado lugar al reparto de los bienes y a la propiedad, y —como consecuencia— a la necesidad de los intercambios. De esta forma, había surgido el mercader profesional y la necesidad de marcarle unos preceptos morales para que pudiera «ganar de tal modo su vida que no [perdiera] la futura» (Mercado, 1977, I: 77). Es decir, el fin era que el comerciante ejercitase con justicia su arte, «que de suyo no [era] mala» (Mercado, 1977, I: 78). En la misma línea que Tomás de Aquino, sostenía que el fin del trato del comerciante —y de ahí su ganancia— era proveer a la república, darle la posibilidad de ejercer la caridad, y conseguir lo necesario para el sustento de su familia.

Mercado, previamente a su exposición sobre cómo se formaba el precio justo, reunía en un capítulo —el quinto del segundo libro— siete «buenos consejos» dirigidos a los comerciantes, que les darían «gran reputación y buena opinión en el pueblo», y excusarían «muchos gastos dañosos a la bolsa y no muy honrosos a la persona» (Mercado, 1977, I: 84). Así, debían:

1. Ser moderados en los signos externos de su riqueza (casa, joyas, otras pertenencias superfluas y criados), porque de otro modo los ciudadanos sospecharían que todo despilfarro y lujo salía del engaño en el ejercicio de sus tratos: «vivir modesto excusa costa, ahorra dineros y hácese bienquisto y acreditado» (Mercado, 1977, I: 84).
2. Ser templados en el hablar y de pocas palabras.
3. Aborrecer jurar por costumbre.
4. Practicar la caridad, como el resto de los ciudadanos, pero con más ahínco, porque los comerciantes «mercando y vendiendo a la continua, no pueden tanto apurar el justo precio que no pequen por carta de más, a las veces, el que vende, o por de menos, cuando ve algún lance, el que compra, do se incurren

El tratado de éste, a diferencia del de García, tuvo escasa difusión. Frías de Albornoz estudió en la Universidad de Salamanca y ocupó una cátedra en la Universidad de México. Tenía por tanto rasgos en común con Mercado: ambos escribieron un libro en español sobre tratos, se formaron en Salamanca, y vivieron en Nueva España (México). No obstante, Frías de Albornoz —que era seglar— escribió un tratado menos interesante que el de Mercado, como apuntó García.

sin sentirlo dos mil carguillos de restitución, de los cuales se descarga con la limosna» (Mercado, 1977, I: 85-86).

5. Ser aficionados a los buenos libros, porque la lectura ejercería como de «despertador del alma» y les induciría «a ser mercaderes en otro género de trato más subido y provechoso», como era la salvación espiritual (Mercado, 1977, I: 86-87).
6. Oír misa diariamente.
7. Tener como confesor un «hombre de ciencia y conciencia» y algo entendido en negocios, «sin ser demasiado escrupuloso, que, cierto, el letrado corto, falto de experiencia y cargado de escrúpulos no es convenible al mercader» (Mercado, 1977, I: 87). Estas palabras de Mercado eran muy ilustrativas de su empeñó en reprender a aquellos que estigmatizaban a los mercaderes incluso cuando se regían por adecuados preceptos morales.

Partiendo de estas recomendaciones, Mercado realizaba un análisis minucioso del precio justo, ya fuera el tasado por la autoridad o el que corría por la plaza, formado por la estimación común de compradores y vendedores. En dicho análisis mostraba un gran conocimiento de las prácticas cotidianas de los negocios en Sevilla —primera plaza comercial a ambos lados del Atlántico—, señalando siempre hasta dónde podía llegar el mercader en sus tratos sin incurrir en comportamientos inmorales. De ahí que algunos dramaturgos se interesasen por su obra como fuente para plantear sus tramas.

Por ejemplo, si fuera necesario tasar una mercancía, la tasa no debía ser perpetua para no perjudicar al mercader; por supuesto, la autoridad tendría obligación de atender en primer lugar al interés de los ciudadanos, pero también a «la ganancia de los mercaderes, para que, con el cebo del interés y el gusto, insistan y trabajen mejor en proveer la ciudad» (Mercado, 1977, I: 107). En definitiva, la preocupación de Mercado fue encontrar la receta magistral para equilibrar el afán del mercader (comprar barato y vender caro) y el del ciudadano (adquirir productos baratos y de calidad)[17].

Por consiguiente, la labor de los escolásticos fue precisamente alejar con sus reflexiones la visión negativa e impactante sobre el mundo mercantil de algunos textos bíblicos o de Aristóteles —como los citados a principio de este epígrafe—, e incluso modernizar algunos de los temas tratados por el Estagirita, reivindicando al

17. El esfuerzo de los escolásticos españoles por conciliar la justicia conmutativa y las nuevas formas de hacer negocios que aparecieron tras el descubrimiento de América (buscando no despreciar el comercio y al comerciante, sino determinadas formas de ejercer su actividad), se asemeja al esfuerzo de los economistas actuales que tratan de delimitar la responsabilidad social de la empresa. En este tema se profundiza en diversos trabajos incluidos en Lütge y Strosetzki (2019).

comerciante que actuaba bajo unas determinadas pautas morales. En este sentido, la teoría del precio justo pretendía conciliar los valores comerciales y los morales. De ahí que los escolásticos españoles le dedicasen muchas páginas, ampliando y perfeccionando los primeros planteamientos medievales. Pues bien, la pregunta que se intentará responder en el siguiente apartado es esta: ¿Captaron los dramaturgos las reflexiones de los escolásticos sobre la conducta de los mercaderes y el precio justo, que abrían la posibilidad de realizar prácticas comerciales bajo preceptos morales, o se quedaron con las referencias más negativas sobre el comercio de los textos bíblicos y aristotélicos, que encajaban con los prejuicios aristocráticos contrarios a todo lo relacionado con la crematística? En definitiva, ¿percibieron la meticulosa labor llevada a cabo por los escolásticos, tanto en la Edad Media como —sobre todo— en el Siglo de Oro?

3. LA MORAL ECONÓMICA EN LAS PIEZAS TEATRALES DEL SIGLO DE ORO

Una imagen estereotipada y simplista del Siglo de Oro nos puede conducir a asociar dicha época únicamente con la sublimación del fervor religioso y los valores asociados al linaje —que la hubo—, y con el consiguiente aborrecimiento o desprecio de todo lo relacionado con el comercio —que también existió. Por ejemplo, Francisco de Quevedo, como apunta Arellano (2018: 25), llegó a confundir en algunas ocasiones prácticas usureras y comerciales[18]. De hecho, en este perspicaz literato se pude encontrar el poso de la vieja idea del dinero como origen de la corrupción de los seres humanos, que además permitía la movilidad social, pues los comerciantes enriquecidos compraban sin problemas tierras y títulos (Arellano, 2018: 2019)[19]. También el teatro, como apunta García Hernán, «nos muestra por doquier la imagen de incontestable superioridad que entrañaba la riqueza», reconociendo la importancia social de los comerciantes «en un mundo que se pretendía teóricamente estamental» (García Hernán, 2018: 83-84). En definitiva, «el mercader no era, ni mucho menos, un ser despreciable ni en la literatura ni en la vida del Siglo de Oro» (García Hernán, 2018: 86), y está «claro que, si bien están presentes los arquetipos propios de la sociedad estamental, no lo están menos los nuevos criterios de ensalzamiento del mérito personal, el esfuerzo y el trabajo, la riqueza como premio a ese esfuerzo, e, incluso, la productiva figura —también en el orden de la ética social, no sólo del mundo de la crematística— del mercader» (García Hernán, 2018: 89).

18. Sobre Quevedo y el dinero, véanse también Geisler (2013) y Marigno (2018).
19. El tema del dinero y la movilidad social se trata con mayor extensión en los trabajos incluidos en Pedraza, González y Marcello (2016).

Por tanto, estamos ante una época en la que convivían visiones contrapuestas sobre el comercio y el comerciante, al igual que sobre materias políticas o artísticas. Tales visiones contrapuestas eran típicas de un contexto cambiante derivado del impacto económico del descubrimiento de América: nuevos mercados y productos, desplazamiento del centro de gravedad del comercio europeo del Mediterráneo al Atlántico, subida del nivel general de precios por la afluencia de metales preciosos a Europa (la llamada «revolución de los precios»), nuevas formas de organizar el comercio ultramarino en grandes compañías, y cambios en los hábitos de consumo y las mentalidades.

Precisamente, este trabajo tiene por objetivo desentrañar si los autores de las obras dramáticas seleccionadas absorbieron el enfoque aperturista del comercio y los comerciantes elaborado por la escolástica (tanto en la Edad Media como, sobre todo, en la Moderna). Cabe insistir en que lo importante no es ver si los dramaturgos seleccionados analizaron los complejos temas de la compraventa con rigor profesional, sino examinar si percibieron el cambio de perspectiva de los escolásticos a la hora de desestigmatizar la labor del comerciante.

Las ocho piezas teatrales seleccionadas y firmadas por autores sobresalientes de la escenografía del Siglo de Oro se exponen agrupadas en cuatro secciones: 1º) *El mercader amante* de Gaspar Aguilar y *Las firmezas de Isabela* de Luis de Góngora; 2º) *El anzuelo de Fenisa* y *El amigo hasta la muerte* de Félix Lope de Vega; 3º) *La nave del mercader* y *El gran mercado del mundo* de Pedro Calderón de la Barca, así como la anónima *El mercader de Toledo*, que en un primer momento le fue atribuida; y 4º) *La industria y la suerte* de Juan Ruiz de Alarcón.

3.1. El mercader amante *de Aguilar* y Las firmezas de Isabela *de Góngora*

El mercader amante —escrita antes de 1605— y *Las firmezas de Isabela* —compuesta en 1610— están interrelacionadas: la primera inspiró a la segunda, pues la de Aguilar tuvo éxito comercial (Roncero López 2018a: 202)[20]. La prueba de su popularidad es que se cita en la primera parte del *Quijote* (capítulo 48).

Aguilar —nacido en la comercial ciudad de Valencia— demuestra estar familiarizado con el mundo de los negocios desde la misma loa introductoria a su obra, en la se refiere con naturalidad a las letras de cambio y al dinero. La trama de su obra se centra en la argucia desarrollada por el mercader Belisario, que finge su ruina para dirimir a quien elegir por esposa entre dos mujeres con cualidades aparentemente semejantes. De este peculiar y heterodoxo modo —que la elegida reprobará al final de la obra— quiere averiguar qué dama tiene

20. Un análisis de esta obra de Aguilar en Roncero y Ferrer (2018).

firmeza de carácter, aunque su pretendiente pierda su hacienda en el ejercicio de su actividad comercial. En su texto, Aguilar reflexiona sobre la honra de los comerciantes, pero también sobre la de las mujeres tradicionalmente acusadas de volubles, la de los nobles engreídos que despreciaban cualquier actividad económica, la de la gente humilde —como los criados— que se envalentonaban con el enriquecimiento súbito, e incluso la de aquellos padres que a la hora de casar a sus hijas dudaban si elegir «duques» o «ducados» (haciendo referencia a la valiosa moneda de oro española) (Aguilar, 2014: acto I, vv. 996-997). En definitiva, plantea la cuestión del «poder de la riqueza» (Aguilar, 2014: acto I, v. 458), que podía derivar en conductas inmorales, tanto en los de arriba como en los de abajo, tanto en hombres como en mujeres.

El mercader quiere pasar por pobre para conseguir una buena esposa y no hace ostentación de su riqueza —cualidad elogiada por Tomás de Mercado en un comerciante. Y ello a pesar de «que en tesoro exced[ía] al próspero Fúcar», le traían «barras de oro por la barra de Sanlúcar» (Aguilar, 2014: acto I, vv. 319-323), y era respetado por la nobleza local.

Belisario declaraba con humildad en qué consistía su profesión: «comprar y vender, / que es mi verdadero trato» (Aguilar, 2014: acto I, vv. 664-665). No obstante, su contrincante en amores —con tratamiento de don— le definía como «mercader ordinario», de pobre linaje y que «solo entiende de los cambios» (Aguilar, 2014: acto I, vv. 565-576). Además, Belisario no parecía de fiar (Aguilar, 2014: acto I, v. 587), pues su riqueza la había adquirido en corto espacio de tiempo, lo que suscitaba sospechas (Aguilar, 2014: acto III, v. 2964). Incluso algún personaje ponía en duda que fuera cristiano viejo, dando rienda suelta a los perjuicios contra los judíos como usureros (Aguilar, 2014: acto I, vv. 792-798)[21]. Por tanto, estamos ante un mercader que se ocupaba en el lucroso comercio transatlántico, que Aristóteles hubiera calificado de crematístico, y sobre el que los escolásticos españoles reflexionaron con menos prejuicios.

Aguilar demostraba que había absorbido las enseñanzas de los escolásticos porque no rechazaba el comercio en gran o pequeña escala, sino que su preocupación era si éste se realizaba honrosamente, que en el caso de un mercader no podía ser de otra forma que cumpliendo unos determinados preceptos morales[22]. Así, subrayaba cómo algunos perdían la cabeza por ganar de dinero de cualquier forma:

21. Sobre la representación de los judíos en el teatro del Siglo de Oro, véase Pedraza (2001).

22. Sobre la estima en que tenían su honra los españoles, véase Roncero López (2018a: 212-213), que cita un representativo texto de Domingo de Soto (1964: 98): «son los españoles de tal condición que premian más la honra que la vida, y terminan por padecer hambre que publicarla».

y que muchos suele haber
que, como el tener es honra,
dan la honra por tener
y hacen cosas que jamás,
sino porque el bien les sobre,
hicieran (Aguilar, 2014: acto I, vv. 467-472).

Era la futura esposa del Belisario quien exponía con consistencia cómo se podía ser mercader y honrado:

pues si es rico, siendo honrado,
no por eso vale menos,
que la riqueza en los buenos
es como el oro esmaltado.
Dices que suele tomar
y dar a cambio su hacienda,
y no dices que sin prenda
la suele a todos prestar,
y que en las calamidades,
que parecen sus intentos,
toma a cambio pensamientos
y da a cambio voluntades (Aguilar, 2014: acto I, vv. 507-518).

Por lo tanto, se resaltaba la importancia de adquirir la riqueza con honra, es decir, siguiendo una conducta moral, que los escolásticos contemporáneos de Aguilar entendían como aquella que se ajustaba a la justica conmutativa. En este sentido, el mercader retribuía al final de la obra —no con un sueldo, sino con una parte de su hacienda— a su criado por el buen trabajo realizado, con lealtad y sin cegarse con el poder del dinero. Con claridad, exponía su deseo de pagarle lo que era «justo»:

entiende que por mi gusto
tanta parte de mi hacienda
te daré, que el mundo entienda
que te pago lo que es justo (Aguilar, 2014: acto III, vv. 150-153).

El comerciante, además, haciéndose pasar por pobre, mostraba su fortaleza:

¿No es mejor dar a entender
que en mi pecho hay fortaleza
para ganar y perder? (Aguilar, 2014: acto I, vv. 746-748).

Como apunta Ferrer, se perfilaba así el carácter de Belisario unido a la serenidad: «un buen mercader cuyo oficio le tiene acostumbrado a los riesgos y a los vaivenes

de fortuna» (Ferrer, 2018: 185). Asimismo, el comerciante no se demoraba en pagar sus deudas, otra buena práctica en el mundo de los negocios (Aguilar, 2014: acto I, vv. 905-910).

La integridad de la conducta moral del comerciante, por tanto, se mostraba en no querer aumentar su patrimonio casándose con una mujer con gran dote —como por otra parte hacían algunos hidalgos, tal como se expondrá en otras obras analizadas en este epígrafe—, en no utilizar su dinero para comprar el amor de una dama, y en renunciar a su propia fortuna —aunque fuera de forma fingida, porque la pobreza es «insufrible» (Aguilar, 2014: acto II, 1173)— para emparejarse con una esposa de carácter firme y no cegada por las ansias de riqueza. Esta idea, aplaudida por Mercado y relacionada con no dar muestras de ostentación de la riqueza y no obsesionarse con la misma, la expone con contundencia y de forma extrema Labinia, futura consorte del comerciante, al rechazar el matrimonio con el criado de Belisario, que fingía haberse enriquecido y la ponía a prueba pidiendo su mano:

> ¿Yo he de querer el tesoro,
> padre, que nunca he querido?
> ¿Yo que a los ricos olvido?
> ¿Yo que la pobreza adoro?
> ¿Yo que menosprecio ya
> de tal suerte la riqueza,
> que me agrada la pobreza
> por un sujeto en que está?
> Un hombre rico me das,
> yo quiero tomalle pobre,
> y como el valor le sobre,
> que le falte lo demás;
> y por mi satisfacción,
> quiero escogelle y tomalle
> tan pobre que pueda dalle
> de limosna el corazón (Aguilar, 2014: acto III, vv. 2444-2459).

Por tanto, el mercader Belisario, que se había enriquecido rápidamente en el comercio transatlántico, actuaba bajo pautas morales en sus negocios. No era mezquino (no intentaba comprar el amor), era buen pagador, tenía fortaleza de carácter y era justo en sus actuaciones. Su futura mujer tampoco estaba cegada por el dinero y tenía a gala dar limosna. En suma, Aguilar mostraba haber absorbido gran parte de las enseñanzas de los escolásticos españoles, como Tomás de Mercado.

Góngora compuso *Las firmezas de Isabela* en 1610 inspirado en la obra de Aguilar, pero con la peculiaridad de que los protagonistas de su trama son los miembros de cuatro familias de mercaderes asentados en tres grandes plazas

comerciales: 1º) Octavio —mercader de Toledo— y su hija Isabela; 2º) Fabio —también mercader de Toledo— y su hermana Violante; 3º) Emilio —mercader de Granada— y su hijo Marcelo; 4º) Galeazo —mercader de Sevilla— y su hijo Lelio/Camilo. A final, todos quedan emparentados: Isabela con Camilo/Lelio y Violante con Marcelo.

En esta obra se quiere probar la firmeza de Isabela para sostener su amor por un empleado de su padre (Lelio/Camilo), que en realidad era hijo de un rico comerciante sevillano[23]. A diferencia de *El mercader amante*, no se presenta el dilema entre un pretendiente hidalgo y otro comerciante: toda la trama se dirime principalmente entre Fabio, un acreditado comerciante de Toledo, y Camilo/Leilo, un empleado al servicio del padre de Isabela que ocultaba su verdadera identidad. Fuera de este círculo de comerciantes y sus criados, sólo aparece una campesina, tratada con desprecio, como personaje secundario. Cuando Isabela, en un momento de la enredada trama, se hace pasar por esa labradora, Galeazo —su futuro suegro— se pregunta horrorizado: «¿Yo labradora por nuera?» (Góngora, 1999: acto III, v. 1171).

A pesar de que Góngora describe un círculo endogámico de comerciantes en el que al final todos se casan entre sí, Ferrer mantiene que no los reivindica: «implícitamente revela un conformismo, un prejuicio de clase de raigambre clásica, al aceptar que los mercaderes pertenecen al ámbito de la comedia, en el que no da cabida a personajes vinculados con la nobleza» (Ferrer, 2018: 191). No obstante, como también señala Ferrer, Góngora «nos muestra en su obra a mercaderes que actúan, sin ser juzgados o despreciados por su oficio» (Ferrer, 2018: 191). En este último sentido se podría añadir que, al describir con toda naturalidad y detalle los negocios de los comerciantes y cómo habían llegado a ser ricos sin perder su honra, se percibe la influencia de las enseñanzas de los escolásticos. Este es el caso de los cuatro patriarcas protagonistas de la trama, como Fabián y el padre de Camilo/Lelio, tal como se expondrá a continuación a modo de ejemplo.

El primero era un mercader curtido y viajado, apodado «el Corzo de Toledo» —«por las riquezas que tiene / en trato, en muebles y en joyas» (Góngora, 1999: acto I, vv. 810-811)—, que no tenía dudas en expresar su gran admiración por el esplendor de Sevilla:

> gran Babilonia de España,
> mapa de todas naciones,
> donde el flamenco a su Gante
> y el inglés halla a su Londres;

23. Sobre esta obra se pueden consultar Dolfi (2003) y Jammes (1994), pero sobre todo Cavillac (2014), Ferrer (2018) y Roncero (2018a).

escala del Nuevo Mundo,
cuyos ricos escalones,
enladrillados de plata,
son navíos de alto borde (Góngora, 1999: acto I, vv. 488-495).

Galeazo, el padre de Lelio/Camilo, es descrito ensalzando su honra y su riqueza adquirida con la actividad comercial:

No pisó un tiempo las Gradas,
ni ahora pisa la Lonja,
mercader de más caudal,
ciudadano de más honra,
que Galeazo en Sevilla (Góngora, 1999: acto I, vv. 722-726).

Y así de detalladamente se describen sus negocios en diferentes plazas:

Tus casas son principales
en la calle de Bayona;
de renta sobre la almona
tienes quince mil reales;
dos casas en Caldescobas,
adonde de aceite haces
dos almacenes capaces
de catorce mil arrobas;
gran trato con Marcelino
en Cazalla y en Jerez,
de donde cargas tal vez
seis mil botijas de vino.
No invió flota el Perú
con razonables sucesos,
que de cuarenta mil pesos
no la descargases tú.
Correspondencia en Sanlúcar
tienes con julio asentada,
y con Grimaldo en Granada
de las sedas y el azúcar.
Aquí, en Toledo, treinta años
con el padre de mi novia [Octavio],
y con Laurencio en Segovia
de todas suertes de paños.
¿Quiés que sea más prolijo? (Góngora, 1999: acto I, vv. 421-445).

La historia de Camilo/Lelio, narrada por el mismo, también muestra cómo el hijo de un mercader sin la tutela de su padre se gana honradamente la vida sirviendo

a otro mercader. Llegó a Toledo, buscó la casa de Octavio, se ofreció como cajero, decidió cambiar su identidad tomando el nombre de Camilo, y se enamoró de Isabela que le correspondió. Y ésta, por si esto fuera poco, expresa con un lenguaje muy comercial su amor por Camilo/Lelio:

> […] Fía de mí,
> que debajo de mi mano
> ya, Camilo, has de vivir.
> No te acobarde tu estado,
> porque, desde que te vi,
> un Fúcar alemán eres,
> un ginovés Lomelín.
> Para igualar tu humildad
> no tengo un maravedí;
> para alentar tu esperanza
> mi dote es un Potosí.
> Tuya soy, tuya he de ser (Góngora, 1999: acto III, vv. 230-241).

Góngora, junto a esta descripción de la honrosa actividad comercial, también acentúa la confianza como base de la misma. Confianza que estaba presente en los negocios que realizaban las dos casas comerciales, la toledana del padre de Isabela y la sevillana del padre de Camilo/Lelio, aunque sus miembros no se conocían personalmente. Y confianza confirmada cuando los patriarcas de ambas familias decidieron emparentarse casando a sus respectivos vástagos:

> Muchos años ha que tiene [Galeazo]
> correspondencias muy hondas
> con Octavio, aquí en Toledo,
> persona bien caudalosa;
> invidiado en el lugar,
> no por sus riquezas solas,
> sino por la de sus dichas,
> si lo son hijas hermosas.
> Tiene la hija más bella
> que se conoce en Europa,
> Isabela, cuyo nombre
> es beldad del Tajo y gloria.
> Deseando, pues, los viejos,
> como prudentes personas,
> el trato hacerle deudo
> y vincular sus memorias,
> por cartas se convinieron,
> porque entre esta gente toda

no sólo efecto las firmas,
mas las palabras son obras (Góngora, 1999: acto I, vv. 730-749).

Otro aspecto positivo de los comerciantes que Góngora subraya es su asistencia a misa, un hábito del buen mercader destacado por Mercado. En concreto, el padre de Isabela expresa claramente su necesidad de asistir a misa:

que buscar misa querría,
porque en Dios comience el día,
para que se acabe en Dios (Góngora, 1999: acto I, vv. 891-894).

En cambio, una conducta que reprende —como Mercado— es la de jurar. Así, Tadeo regañaba a su amo Camilo/Lelio porque, en un momento de nerviosismo y duda del enredo amoroso, pretendía jurar a la ligera ante la cruz de su espada (Góngora, 1999: acto I, vv. 369-377).

En suma, Góngora coincide con Aguilar en transmitir que la actividad comercial es honesta siempre que se conciba bajo unos preceptos morales, aunque el segundo describe mejor dichas pautas morales, percibiéndose que asimiló más hondamente la doctrina de los escolásticos.

3.2. El anzuelo de Fenisa *y* El amigo hasta la muerte *de Lope de Vega*

En estas dos obras seleccionadas de Lope de Vega se aprecia también la influencia de las reflexiones de los escolásticos[24]. El argumento principal de *El anzuelo de Felisa* (1617) gira en torno a la bella siciliana Fenisa, quien, con argucias, intenta infructuosamente «pescar» el dinero del comerciante valenciano Lucindo, que finalmente le devolverá el engaño con creces. La obra está ambientada en una época en la que España dominaba Sicilia y, desde el activo puerto de Palermo, donde transcurre la acción, se proveía del grano que tanto necesitaba. De hecho, la figura del comerciante Lucindo, ligada a esa provisión necesaria, se presenta de forma positiva, como alguien que asume variados riesgos para el beneficio público (motivo suficiente, según Tomás de Aquino y Tomás de Mercado, para recibir un

24. Un análisis de estas obras de Lope de Vega en Armas (2018), Campbell (2018), Komorowska (2018) y Oleza (2018). Este último contabiliza las obras de Lope de Vega cuyos protagonistas son mercaderes, señalando la influencia recibida de los «novelllieri», cuyas obras se ambientan en ciudades comerciales. Sin embargo, apunta: «Un Lope que tiene la audacia de llevar a escena una auténtica revolución popular, liderada por los oficios, como la que en la corona de Castilla protagonizaron las Comunidades y en la de Aragón las Germanías, deja fuera de representación a los mercaderes y banqueros genoveses, tan famosos y tan satirizados en España, quién sabe si por no ser capaz de imaginar su papel o por no llegar o querer llegar a verlo» (Oleza, 2018: 302).

beneficio por la actividad comercial, como quedó apuntado en el epígrafe segundo de este artículo). Lucindo es plenamente consciente de los innumerables avatares a los que se enfrenta en su profesión, aunque cree que para un mercader puede ser aún más peligroso dejarse llevar por los encantos de una mujer, como también mantiene Aguilar en *El mercader amante*:

> Sé bien que es gran enemigo
> del trato del mercader.
> Ni el porfiar, ni el fiar,
> ni derechos, ni quebrar,
> ni el no pagar los señores,
> ni el morirse los deudores,
> ni la tormenta del mar
> igualan a que se arroje
> un mercader a querer (Lope de Vega, 1803: 10).

Además, el comerciante Lucindo es presentado como un buen mercader, honesto, prudente e inteligente, que no sucumbe a las sutiles artimañas de Fenisa, y que finalmente se muestra incluso más astuto que ella. El mundo de los negocios es complejo, siempre sometido al peligro del fraude, las falsas apariencias y los excesos de confianza, y Lucindo sabe moverse en él. Fenisa, con experiencia en el embuste, lo ve inicialmente presa fácil: «No ha venido forastero / a Palermo en muchos años / mercader o caballero / donde puedan mis engaños / pescar tan lindo dinero. / Una nave trae cargada / de paños, medias y rasos» (Lope de Vega, 1803: 12). Y, cuando por fin cree que ha consumado el engaño, dice: «¡Con qué astucia le he engañado! / ¡hay hombre tan mentecato! / ¿Destas bestias cría España?» (Lope de Vega, 1803: 35). Pero poco después, Fenisa descubrirá, en el almacén donde esperaba encontrar valiosas mercancías, que ha sido efectivamente estafada; de hecho, el propio Lucindo, antes de regresar a España, se lo ha dejado explicado en una carta:

> Cajas con papel de estraza,
> muy aseadas y limpias;
> seis varas de tafetán,
> te mostrarán por encima.
> ¡Qué de pasas, qué de arroz
> te recreará la vista!
> Mas por debajo hay granzones,
> palillos, trapos y chinas.
> Los paños y terciopelos,
> son de fábrica exquisita;
> mas sirven de tapaderas
> de asquerosas aljofifas (Lope de Vega, 1803: 37).

En definitiva, esta comedia de Lope refleja bien al menos dos aspectos de la forma en que el escolástico Tomás de Mercado entendía la actividad mercantil. Por un lado, se ha visto que Lope mostraba al mercader asumiendo importantes riesgos para llevar a cabo una actividad que beneficiaba a la colectividad. Esto estaba perfectamente en línea con lo señalado por Mercado, que consideraba que el comercio contribuía al «bien común y al aumento del estado público», pues era «necesario y provechoso […] proveer la república de los bastimentos, ropa o mercerías que le faltan» (Mercado, 1977, I: 78-79, 81). Pero, a la vez, el proceloso mundo mercantil ofrecía «grandes y continuas ocasiones» para un comportamiento malicioso, dejándose llevar por el «agua de la codicia» (Mercado, 1977, I: 74-75); por eso mismo, resultaba meritorio, desde el punto de vista del peligro moral, adentrarse en él: «se atreve a mucho quien se ocupa y derrama en tantos negocios pegajosos y cuidadosos […] porque cualquiera de ellos basta para apartarse de la senda y vereda de la justicia» (Mercado, 1977, I: 76). Pero, tal como pedía Mercado a los comerciantes, Lucindo —en la obra de Lope— se muestra honesto, y únicamente utiliza el engaño para responder, en justa correspondencia, al intento de engañarle.

El tema de la *Comedia famosa del amigo hasta la muerte* (1618) es el fuerte vínculo de la amistad entre dos personajes —Sancho y Bernardo— por encima de la libertad e incluso de la propia vida. Es decir, trata de cómo la verdadera amistad acaba prevaleciendo ante las más duras pruebas[25]. Por tanto, en esta obra no aparece en primer plano la cuestión del comercio, a pesar de estar ambientada en Sevilla. Pero sí hay referencias a la idea, muy extendida en la época, de la superioridad del honor y la nobleza, valores firmes e imperecederos, sobre el dinero y la riqueza, derivados de los volubles negocios mercantiles. En este sentido, Campbell plantea que la obra trata de la asimilación mercantil a la nobleza; la paradoja radica «en el fundamento de la nueva integración nobiliaria: a la nobleza se suman la virtud y la riqueza proveniente de los negocios» (Campbell, 2018: 284). Además, se apunta que el ámbito de los sentimientos amorosos no debe ser objeto de mercadeo, como también sostenía Aguilar. Así, en un momento dado, Ángela —hermana de

25. Sancho parte hacia Sevilla porque Ángela, la hermana de su amigo Bernardo, que está enamorada de él, no tiene medios para garantizarse un matrimonio adecuado a su cuna. Pero, cuando navega por Lisboa, Sancho es hecho prisionero por los piratas. Bernardo se entera y se va a Argel para ofrecerse como esclavo a cambio de la liberación de su amigo. Ello, además, le impide en principio casarse en secreto con su amada Julia —hermana de Sancho— para evitar su matrimonio de conveniencia con el acomodado Octavio. Al final, cada uno de los dos amigos se acabará casando con la hermana del otro. Pero antes habrá una difícil prueba para su amistad: Sancho mata a Federico, hermano de Bernardo, por estar acosando a Julia, y Bernardo no sólo no se lo tiene en cuenta, sino que llega incluso a acusarse a sí mismo del crimen para cubrirle; pero Sancho quiere asumir su responsabilidad. Al final todo se arregla con la intervención del mismísimo rey Felipe II, que está de visita en Sevilla.

Bernardo— se rebela frente un matrimonio de conveniencia basado en el dinero, diciendo que su padre:

> acaba de recibir
> dos cartas de un caballero
> o mercader extranjero
> que compra mi libertad,
> […] Es rico y no es a mi gusto.
> Y, sin gusto, no hay riqueza
> porque la naturaleza
> se contenta con lo justo (Lope de Vega, 1618: 151).

Bernardo, que ya antes le había aconsejado algo parecido, le da la razón:

> que casarte a tu disgusto
> con este rico extranjero
> es venderte por dinero,
> y no por el precio justo (Lope de Vega, 1618: 151).

Y Ángela se refirma en esta misma idea, concluyendo:

> que el dinero no es razón
> que, con las almas, se mida.
> […] Porque yo más me acomodo
> a nobleza que a riqueza.
> La bien nacida pobreza,
> hacienda puede buscar,
> mas no la hacienda comprar
> la verdad de la nobleza (Lope de Vega, 1618: 151).

Este debate sobre el matrimonio de conveniencia es importante porque Lope de Vega introduce el concepto de precio justo, que, como ya se ha apuntado, fue una aportación principal de los escolásticos —y en particular de los escolásticos españoles, como Mercado— con la que se trató de conciliar los valores morales y los comerciales[26].

3.3. La nave del mercader *y* El gran mercado del mundo *de Calderón de la Barca, y la anónima* El mercader de Toledo

En esta tercera sección se da cuenta de dos obras de Calderón de la Barca y de una tercera pieza anónima que en un primer momento le fue adjudicada, pero que

26. A esta misma conclusión llega Komorowska (2018: 266).

en asuntos económicos tiene un enfoque doctrinal diferente, como se expondrá más tarde[27].

La nave del mercader (1674) es un complejo auto sacramental alegórico, que transmite el poder que tienen Cristo y la Eucaristía para rescatar al Hombre de su constante tendencia al pecado y la culpa. Curiosamente, Calderón elige la figura de un bondadoso Mercader para representar a Cristo. El Hombre, en vez de seguir la difícil senda de «cambrones, zarzas y espinos» (Calderón, 1996: 101) que le indica el Mercader —a instancias del Amor—, o de hacerse a la mar con el Mercader en la nave (de la Iglesia) en busca de la Eucaristía, es arrastrado por el Deseo hacia un placentero camino de vida cortesana lleno de artificios, lujo y sensualidad[28]. Los secuaces de la Culpa —el Mundo, la Lascivia y el Demonio— deciden entonces lanzarse a despojar al Hombre de los dones que ha recibido prestados (Calderón, 1996: 114): los cinco Sentidos y las Potencias (Voluntad, Memoria y Entendimiento) (Calderón, 1996: 107-108, 111-113). Más tarde, cuando el Tiempo viene a cobrarse los citados dones, el Hombre no puede devolver nada porque ya nada tiene, y es hecho cautivo (Calderón, 1996: 145-147). Entonces, el Mercader abona la fianza ante el Tiempo (Calderón, 1996: 160) y el Hombre es liberado y desaparece. Pero al Mercader fiador se le exige la restitución completa de los dones o deudas del Hombre y, al no poder pagar, sufrirá castigo físico (Calderón, 1996: 167-168). Finalmente, el Amor ofrecerá como pago el pan de la Eucaristía, que será aceptado (Calderón, 1996: 171).

Es muy revelador que Calderón eligiese la figura del buen Mercader para representar a Cristo, pues ello indica que, pese a los recelos sociales frente al mundo mercantil —derivados de los numerosos peligros y tentaciones que planteaba para el buen comportamiento cristiano—, no había negación o condena radical del comercio ni del comerciante. Como había dicho Aquino —y ratificaron los escolásticos españoles— el comercio, siempre que no buscara simplemente el lucro y la mera acumulación material, era una actividad «natural» y perfectamente lícita, además de necesaria y socialmente útil.

Ana Suárez Miramón considera que el otro auto sacramental seleccionado en este apartado —que lleva el pomposo título de *El gran mercado del Mundo*— tiene gran interés económico por su amplio vocabulario y por enlazar con temas que eran candentes en la España de la época, tales como los problemas de la moneda, la condena de la mendicidad o los mayorazgos (donde Calderón se alinearía con

27. Un análisis de estas obras en García Hernán (2018) y Suárez Miramón (2018).

28. Responde el Hombre a la invitación del Mercader: «¿yo al páramo de las ondas / cuando puedo ir al abrigo / de las ciudades? ¿Yo a ver / tribulaciones, peligros / y tormentas cuando sé / que en las delicias del siglo / hay músicas y saraos / banquetes y regocijos?» (Calderón, 1996: 103).

Mateo López Bravo, quien, para que no fuesen fuente de ociosidad, lujo y pobreza, proponía que se basasen en el mérito y la virtud). En definitiva, este auto sacramental sería «un referente inigualable de la importancia que adquirió la economía cuando aún no se conocía la ciencia económica» como disciplina independiente (Suárez Miramón, 2018: 67)[29].

En *El gran mercado del Mundo* (c.1635-1640), el Buen Genio y el Mal Genio (que representan la buena y la mala moralidad, respectivamente) compiten por la Gracia. El Padre de Familias la promete en matrimonio a aquel que mejor emplee sus talentos en el gran mercado del mundo, que ha sido convocado por la Fama. Distintos personajes alegóricos van interactuando con el Buen Genio y el Mal Genio (Gula, Lascivia, Culpa etc.), hasta que ambos acaban yendo al mercado acompañados de la Inocencia y la Malicia. Allí, para bien y para mal, todo tipo de cosas se venden, virtudes y vicios. Entre los vendedores están la Herejía, la Soberbia, la Humildad, la Fe o el Desengaño. Al final, tras las compras, cada uno de los Genios enseña lo adquirido, pero sólo el Bueno demostrará que ha sabido emplear bien sus talentos, haciéndose merecedor de la Gracia ante Padre de Familias (que representa al género humano).

En la obra no se condena la actividad mercantil, sino que —al contrario— se utiliza como metáfora: el mundo es como un gran mercado donde todo se intercambia y cada cual elige libremente, aprendiendo a utilizar de forma adecuada su caudal o talentos: «En él se vende de todo; / pero atended y advertid / que el que compra bien o mal / no lo conoce hasta el fin» (Calderón, 2003: 272). Así, el Padre de Familias encomienda a los dos Genios: «al gran Mercado habéis de ir / del Mundo; talento igual / daré a los dos, y advertid / que el que mejor le empleare, / y vuelva después aquí / con más adquiridos bienes, / esposo será de Gracia, y no solamente / mi heredero […] Así / emplead bien el caudal» (Calderón, 2003: 278-279). El mercado es punto de encuentro social donde, como en la vida misma, conviven el engaño y los abusos con la buena provisión de las cosas necesarias. Como señala la Música, «vicio y virtudes / ferian sus premios. / ¡Oh, felice el que emplea / bien sus talentos!» (Calderón, 2003: 298).

En suma, en la obra de Calderón el comercio o el intercambio es un mero instrumento, con ventajas, pero también peligros, pues puede ser puesto al servicio de distintos fines, como señalaban los escolásticos. Por otra parte, las virtudes que elige el Genio Bueno —como caridad, fe, humildad o «pensamiento»—, se adecuarían precisamente a las que serían deseables en los propios mercaderes, según el escolástico Tomás de Mercado (1977, I: 84-87): llaneza, honestidad, recato, afición a los buenos libros, práctica de la limosna y religiosidad. Por el contrario, muchos

29. Un análisis muy detallado de esta obra de Calderón, desde el punto de vista puramente literario, en Díaz Balsera (1997).

de los vicios por los que opta el Genio Malo, como la ostentación, la codicia o la soberbia, debían ser especialmente evitados por los comerciantes.

La obra anónima titulada *El mercader de Toledo*, *vara de medir, y acción del mejor testigo,* atribuida en un primer momento a Calderón y de la que se desconoce la fecha de edición, no comparte el enfoque de los dos anteriores autos sacramentales calderonianos. De hecho, se posiciona en contra del mundo comercial[30]. La trama gira en torno a Teodora, una mujer bella, discreta e hidalga, pero pobre, que es acusada por Guiomar —hija de un comerciante— de flirtear con su marido (Don Pedro) y su hermano (Don Juan). Guiomar denuncia la conducta escandalosa de Teodora y la amenaza con el destierro, lo que muestra el poder de los comerciantes en Toledo. Finalmente, le propone que se conforme con Don Juan (que según ella se gastaba su fortuna en Teodora). Aunque dicho galán promete casarse con Teodora, esquiva cumplir su palabra y sólo acaba cumpliéndola cuando media Cristo crucificado.

Claramente en la obra hay dos bandos, con dos mentalidades diferentes: los hidalgos (Don Pedro, Teodora, su hermano Diego y su padre) y los hijos de un rico mercader de Toledo (Guiomar y Don Juan). Teodora afirma con rotundidad que su «noble pobreza» la suple la «voluntad» (Anónimo, s.a.: 2), y hace ostentación ante a la hija del comerciante de su hidalguía y de los «muchos escudos soberbios» que exhibe su casa, y que informan de la «estirpe de quien provengo» (Anónimo, s.a.: 3). Reconoce que su padre perdió su fortuna en juegos y lujos, pero de ello se benefició el progenitor de Guiomar: su padre compraba ricas telas al comerciante, y así éste se «fue enriqueciendo» hasta el extremo de comprar a un yerno hidalgo (Don Pedro), dejar a sus hijos una cuantiosa fortuna puesta en «casas, juros y censos», y hacer que fueran incluidos entre las «señoras» y «caballeros» de Toledo (Anónimo, s.a.: 4). Es decir, Teodora tiene una visión negativa del comercio como si fuese un juego de suma cero: unos ganan a costa de otros.

La orgullosa y pobre protagonista también marca con claridad los diferentes valores que guían a una familia hidalga frente a otra de comerciantes: su familia no se vende por dinero («en mi sangre no vendemos / al oro la voluntad») a diferencia de Guiomar y su estirpe («Tú conforme la costumbre / de tu humilde nacimiento / puedes inclinar al oro / tu apetito y tus deseos»). Guiomar se defiende diciendo que sus antepasados lucharon en la Vega de Granada, a lo que Teodora añade con desprecio, aludiendo al título de la obra: «yo lo creo / si la vara de medir / fue la pica de dos hierros» (Anónimo, s.a.: 4). Es decir, la altiva Teodora se empeña en sostener que la familia de un comerciante no puede tener un origen hidalgo (Anónimo, s.a.: 20).

30. Sobre esta obra se puede consultar el artículo de Gutiérrez Sebastián y Rodríguez Gutiérrez en Pedraza Jiménez, González Cañal y Marcello (2016: 171-203).

El autor anónimo de la obra asocia engaño y comercio, que precisamente es lo que habían intentado desligar los escolásticos al reflexionar sobre el precio justo. Así, los dos hijos del comerciante son presentados como personas que llevan el engaño casi en los genes: Don Juan no cumple la promesa de casarse con Teodora, y Guiomar encubre a su hermano y levanta falsos testimonios contra su futura cuñada. Es decir, se asocia al comerciante con el engaño, aunque Don Juan y Guiomar viven realmente de las rentas del patrimonio que les dejó su padre en herencia. Teodora, por una parte, recrimina a Don Juan que «un buen nacido» no «engaña a una mujer» (Anónimo, s.a.: 19), mientras Don Pedro, por otra, mantiene la misma tesis cuando afirma que las mujeres nobles «ni engañar, ni mentir saben» (Anónimo, s.a.: 23) (a diferencia de lo que ocurre con las hijas de los comerciantes, como su mujer).

Se da la paradoja de que Don Pedro —que siempre está del lado de Teodora y en contra de su propia esposa, a la que incluso amenaza con la muerte— no se ruboriza al declarar que se casó con la hija de un mercader por su escasa fortuna, cuando estaba predestinado a hacerlo con una hidalga. Pero también critica a los hidalgos derrochadores, como el padre de Teodora (Anónimo, s.a.: 21-22). Por su parte, Guiomar reprocha irónicamente a Teodora que una mujer que presume de linaje se humille pidiendo matrimonio al hijo de un comerciante («no es bien que tenga por marido / un hijo de un mercader» (Anónimo, s.a.:19)). Por consiguiente, tanto Don Pedro como Teodora, aunque presumen de su alcurnia y de que sus familias, se acaban vendiendo por dinero: realmente su pobreza les conduce a casarse con los hijos de los comerciantes. Es más, Teodora, cuando la intervención divina de Cristo delata la falta de palabra del hijo del mercader, no duda en aceptar inmediatamente casarse con él.

3.4. La industria y la suerte *de Ruiz de Alarcón*

En *La industria y la suerte* (1628) se percibe claramente que su autor, el novohispano Juan Ruiz de Alarcón —que, como Tomás de Mercado, vivió a ambos lados del Atlántico— no absorbió las enseñanzas de los escolásticos sobre las prácticas comerciales[31].

La trama de esta obra, como en *El mercader de Toledo*, gira en torno a dos pretendientes, un noble pobre —Don Juan de Luna— y un comerciante rico —Arnesto—, que cortejan a la misma dama —Blanca. Todo ello da lugar a un complicado enredo que se dirime entre el engaño del comerciante y el valor del noble, asociándose así engaño con «industria» (o arte del mercader), y linaje con «suerte». El comerciante engaña y emplea toda su «industria» y su dinero para ganar en asuntos amorosos

31. Sobre esta obra se puede consultar Roncero (2018b).

contra el pobre noble, que al final sale vencedor. La disputa se plantea en términos de David contra Goliat, entre un pretendiente sin recursos, pero cuyas «nobles y buenas» cualidades se estiman más que «las Indias» (Ruiz de Alarcón, 1990: acto III, vv. 577-578), y un comerciante a quien se define como «un hombre solamente / fabricado de dinero» (Ruiz de Alarcón, 1990: acto I, vv. 249-250), el «Midas de Andalucía» (Ruiz de Alarcón, 1990: acto III, v. 702). Además, la pugna entre los dos galanes se sitúa en Sevilla, plaza en la que el dinero manda indiscutiblemente, comprando honores y nobleza:

> Te certifico [a Don Juan]
> que en la tierra donde estás,
> es el linaje del rico
> el que a todos deja atrás.
> No se opone a la riqueza,
> si es pobre, aquí la nobleza;
> que si he de decir verdad,
> dineros son calidad...
> Y la pobreza es vileza.
> Mira, no te desenfrenes
> fiado en tu sangre noble;
> porque él [comerciante], si a contienda vienes,
> más amigos tendrá el noble
> que gotas de sangre tienes.
> En la corte son factores
> aquellos grandes señores,
> con razón, de la nobleza;
> que como en ellos se empieza,
> defiéndenla sus autores;
> mas como en este hemisferio
> es el uso más válido
> tratar y buscar dinero,
> a todos es preferido
> aquél que lo halla primero.
> Y así, mientras pobre fueres,
> el ardiente orgullo doma,
> y pues que tan cuerdo eres,
> mientras en Roma estuvieras,
> vive a la usanza de Roma (Ruiz de Alarcón, 1990: acto I, vv. 252-280)[32].

32. En este sentido también se expone: «Algunas casas nobles considero / al señoril dosel entronizadas, / que de ellas fue el autor solo el dinero. / Las edades presentes y pasadas

No obstante, también se puntualiza lo efímera que puede ser esta riqueza conseguida por el ejercicio del comercio, en contraposición a la hacienda heredada y disfrutada con honestidad:

> Por ser tan rico Arnesto, me procura
> merecer la opinión: yo la confieso;
> mas no hay hacienda en mercader segura.
> Sin medida es su crédito; mas eso
> es la misma ocasión de su ruina,
> pues a gastar le obliga con exceso (Ruiz de Alarcón, 1990: acto II, vv. 912-917).

Por cierto, la práctica de gastar en exceso —a la que se hace alusión en el último verso— fue recriminada por Tomás de Mercado en todo buen comerciante.

La trama se dirige a mostrar la mala «industria» o arte del comerciante para alcanzar sus objetivos, quien al mismo tiempo no quiere perder su buena reputación, base de cualquier negocio comercial, y más si se quieren seguir los preceptos morales apuntados por los escolásticos:

> […] por mi reputación
> Me detengo acobardo;
> Que ésta es la Lonja, y recelo
> lo que en Sevilla perdiera
> de crédito, si riñera
> con ese pobre mozuelo (Ruiz de Alarcón, 1990: acto I, vv. 11-16)[33].

La cobardía del comerciante le lleva a utilizar su dinero y el engaño. Persuadido de que es un buen partido, cree que Blanca se fija en él y lo expresa en términos comerciales:

> Amar, o no amar, depende
> de la voluntad del uno,
> y aquél que comprar pretende,
> no tiene derecho alguno,
> hasta que quiera el que vende.
> Y así, aunque di mi querella
> yo después a Blanca bella,
> con justa causa os impido,

/ togas, armas y púrpuras sin cuenta / han visto con dinero conquistadas» (Ruiz de Alarcón, 1990, acto II, vv. 930-935).

33. Don Juan se dirige al comerciante en los siguientes términos despectivos: «No haréis, no, / no temo bríos bastardos, / el noble nunca temió, / ¿pensáis que es deshacer fardos: / matar hombres como yo?» (Ruiz de Alarcón, 1990, acto I, vv. 180-184).

pues haberme ella querido
me ha dado derecho en ella (Ruiz de Alarcón, 1990: acto I, vv. 140-149).

Entiende que con dinero no sólo va a persuadir a Blanca y a su padre, sino que puede incluso mandar matar a su contrincante sin la necesidad de batirse en duelo. Así, ante el desafío de Don Juan, el comerciante le responde:

¡Ojalá que no tuviera
yo más que vos que perder,
y que un hombre pobre fuera,
que mi valor os hiciera
con esta espada entender!
Y así, don Juan, no me asombro
de vos, ni animoso os nombro,
que en perderos, ¿qué perdéis,
supuesto que no tenéis
más que la capa en el hombro?
Por esto no me conviene
mataros yo, que otro habrá,
que por mí esa lengua enfrene,
que este privilegio da
el dinero a quien no tiene (Ruiz de Alarcón, 1990: acto I, vv. 185-199)[34].

No sólo hace ostentación de su riqueza, algo tan denostado por Tomás de Mercado, con la que puede comprar vidas y amores, sino que emplea el engaño —esa es su verdadera «industria»— para conseguir su objetivo. Así, ronda a su amada en la oscuridad de la noche haciéndose pasar por Don Juan. El criado del comerciante incluso considera que engañar es una «buena razón de estado» (Ruiz de Alarcón, 1990: acto II, v. 849). Además, cuando el comerciante cree que su treta ha funcionado y ha conseguido a Blanca, se regodea de los buenos resultados de su mala «industria»:

Ve, ¿será la vez primera,
que se ve engañado un Ángel,
y yo el primero ladrón,
que el cielo por hurto alcance? (Ruiz de Alarcón, 1990: acto III, vv. 595-598).

Pero cuando finalmente se descubra el engaño, Blanca no dudará en asociar el arte de engañar con el del comerciante:

34. Más adelante el comerciante repite abiertamente su vergonzosa intención: «muertes y heridas, que quiero / hacer sin riesgo al dinero / homicida de don Juan» (Ruiz de Alarcón,1990, acto I, vv. 785-787).

> […] sin duda que ha sido
> Arnesto quien me engañó.
> Claro está, no pudo ser
> tan cobarde un caballero (Ruiz de Alarcón, 1990: acto II, vv. 543-546).

El desenlace de la obra es categórico en contra del comerciante: Blanca y Don Juan se casan, pues los dos son del mismo linaje. Por otra parte, la prima de Don Juan —enamorada de este— es castigada por actuar deshonestamente —a pesar de su alcurnia— y se casa con el comerciante. A ambos les une el ser urdidores de engaños. Finalmente, el comerciante, resignado, acepta casarse con Sol de Guzmán:

> Pues ya he visto cuán en vano
> la suerte quise vencer
> con industria y con engaño.
> Yo soy vuestro (Ruiz de Alarcón, 1990: acto III, vv. 899-902).

Por tanto, las cualidades del comerciante retratado son el negativo de lo que debe ser un buen mercader según lo apuntado por Tomás de Mercado, y con ello se percibe con claridad que en Ruiz de Alarcón no calaron las enseñanzas de los escolásticos.

4. CONCLUSIÓN

Los países europeos de la vertiente atlántica empezaron a tener cada vez mayor importancia comercial desde el siglo XVII. Este fue el caso de las Provincias Unidas de los Países Bajos que, independizadas de la Monarquía Hispánica, vivieron una época dorada, eclipsando incluso a las tradicionales ciudades comerciales del norte de la península itálica, en donde se habían ambientado numerosas piezas literarias de la literatura española y, en general, europea. No obstante, sería Gran Bretaña la que empezaría a experimentar los cambios económicos más relevantes y profundos, que le acabarían conduciendo a protagonizar la primera Revolución Industrial a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, ya en el XVII se la consideraba una nación de comerciantes o tenderos, como despectivamente afirmaría luego Napoleón. Precisamente, sería en la Pérfida Albión donde se publicaría, durante los siglos XVI y XVII, una amplia literatura sobre temas comerciales cuyos autores (como Thomas Mun, Gerard de Malynes, Josiah Child o Wiliam Petty), englobados en la corriente de pensamiento mercantilista, intentarían explicar el intrincado mundo del comercio sin realizar valoraciones morales.

Este resurgimiento comercial y de la literatura económica coincidió con el de la dramaturgia inglesa. Allí también se representarían piezas teatrales cuyos

protagonistas eran comerciantes, como *El mercader de Venecia* (1600). En esta emblemática obra de Shakespeare se contrasta la buena conducta del mercader Antonio, que tiene su capital invertido en barcos en el extranjero, con la reprensible del usurero Shylock. Es decir, en dicha obra se separa claramente la conducta del mercader cristiano de la del usurero judío, pese a que Aristóteles había incluido a ambas dentro de la crematística, poniéndolas bajo sospecha[35]. En suma, es importante tener en cuenta que el análisis realizado en este trabajo para el caso español tiene un amplio recorrido, pues se puede llevar a cabo con fines comparativos en referencia a otros países para el mismo periodo.

En España las obras protagonizadas por mercaderes, como *El mercader de Venecia*, fueron firmadas por autores de la talla de Calderón de la Barca, Góngora, Lope de Vega o Ruiz de Alarcón, pero en un contexto en que ciertos teólogos —como Tomás de Mercado— divulgaron las reflexiones morales de los escolásticos sobre la vida comercial. No obstante, también hubo, como en Gran Bretaña, algunos autores no preocupados por los aspectos morales, llamados arbitristas[36].

De las ocho obras analizadas, una de ellas muestra muy claramente que su autor había absorbido las enseñanzas de los escolásticos —*El mercader amante* de Aguilar—, pues perfila a un comerciante que actúa justamente; y otras dos —*El mercader de Toledo* de autor anónimo y *La industria y la suerte* de Ruiz de Alarcón— presentan al mercader asociado con las malas prácticas morales y el engaño. En cuanto a las otras cinco piezas —*Las firmezas de Isabela* de Góngora, *El anzuelo de Fenisa* y *El amigo hasta la muerte* de Lope de Vega, y *El gran mercado del mundo* y *La nave del mercader* de Calderón de la Barca— se posicionan prácticamente en la misma línea que *El mercader amante.*

Aunque los textos analizados no exponen el mundo económico como lo haría un profesional, sí son importantes —al margen de su indiscutible calidad literaria— desde un punto de vista económico, pues permiten rastrear cómo calaron las ideas económicas de los escolásticos en los dramaturgos, que a su vez las transmitieron al gran público en los corrales de comedias. De hecho, de las ocho obras estudiadas, seis captan el gran paso hacia adelante dado por los escolásticos (respecto a determinados textos bíblicos y aristotélicos) a la hora de equilibrar los valores morales y los económicos. Y es que, en el Siglo de Oro, en el que tanto se exaltaron los valores espirituales y el linaje, también se divulgaron ideas que incidían en que las actividades comerciales profesionales eran susceptibles de ser guiadas por preceptos morales y, por tanto, podían desarrollarse de una forma honesta y provechosa para

35. Un análisis de Carlos Rodríguez Braun sobre esta obra, desde el punto de vista económico, en Perdices de Blas y Santos Redondo (2006: 109-141).

36. Sobre el comercio y estos últimos autores, véase Allorza Aparicio y Cárceles de Gea (2009), cap. 1.

los ciudadanos de a pie. Es decir, el poder de lo espiritual y el linaje convivieron con el poder de lo económico, como plasman de forma realista estas obras de la época de esplendor de la literatura española.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, G. (2014) [1616]. *El mercader amante*, edición de R. Durá Celma. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1k172.

Alloza Aparicio, A. y Cárceles de Gea, B. (eds.) (2009). *Comercio y riqueza en el siglo XVII. Estudios sobre cultura, política y pensamiento económico*. Madrid: CSIC.

Anónimo (s. a.). *El mercader de Toledo, vara de medir, y acción del mejor testigo*. Sevilla: Imprenta de Joseph Padrino. http:// https://archive.org/details/A25009606.

Aquino, T. (1956). *Suma Teológica*, t. VIII. Madrid: BUC.

Arellano, I. (2018). Dinero, mercaderes y oficios productivos en la sátira de Quevedo. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 13-49). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Aristóteles (1951). *Política*, edición bilingüe y traducción de J. Marías y M. Araujo. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Aristóteles (1999). *Ética a Nicómano*, edición bilingüe y traducción de J. Marías y M. Araujo. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Armas, F. A. de (2018). El mercader y la cortesana: arte, cuerpo y comercio en *El anzuelo de Fenisa* de Lope de Vega. En C. Strosetzki, (ed.), *El poder de la economía* (pp. 229-246). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Barrientos García, J. (2011). *Repertorio de moral económica. La Escuela de Salamanca y su proyección*. Pamplona: Eunsa.

Bermejo Cabrero, J. L. (2011). *Economía y hacienda a través de la literatura española: de Berceo a Cervantes*. Madrid: FUE.

Calderón de la Barca, P. (1996) [1674]. *La nave del mercader*, edición de Ignacio Arellano. Pamplona: Universidad de Navarra — Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO).

Calderón de la Barca, P. (2003) [c. 1635-1640]. *El gran mercado del mundo*, edición de Ana Suárez. Pamplona: Universidad de Navarra — Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO).

Campbell, Y. (2018). De la mentalidad mercantil al pensamiento dominante: dos perspectivas generacionales en *El amigo hasta la muerte* de Lope. En C. Strosetzki, C. (ed.), *El poder de la economía* (pp. 269-288). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Cavillac, M. (2014). El discurso del *mercader* y sus incidencias literarias. *Criticón*, 120-121,41-56.

Díaz Balsera, V. (1997). La nave del mercader y la economía de la violencia. En V. Díaz Balsera, *Calderón y las quimeras de la culpa* (pp. 125-147). West Lafayette: Purdue University Press.

Dolfi, L. (2003). El teatro de Góngora: imágenes y enigmas. *Criticón*, 87-88-89, 277-286.

Ferrer, T. (2018). Entre mercaderes anda el juego: *El mercader amante* de Gaspar Aguilar, *Las firmezas de Isabela* de Góngora y la anónima *El mercader de Toledo*. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 181-198). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Fuentes Quintana. E. (ed.) (1999-2004). *Economía y economistas españoles*, 9 tomos. Barcelona: FUNCAS-Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.

García Hernán, D. (2018). La visión estamental de la nobleza y la imagen del rico y del mercader en la literatura del Siglo de Oro. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 69-91). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Geisler, E. (2013). *El dinero en la obra de Quevedo. La crisis de identidad en la sociedad feudal española a principios del siglo XVII*. Kassel: Edition Reichenberger.

Gómez Camacho, F. (1998). *Economía y Filosofía Moral: la formación del pensamiento económico europeo en la Escolástica española*. Madrid: Síntesis.

Góngora y Argote, L. de (1999) [c. 1610]. *Las firmezas de Isabela*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc4x552.

Greer, M. R. y Junguito, A. (2004). Economies of the Early Modern Spanish Stage. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 29(1), 31-46.

Grice-Hutchinson, M. (1995). *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*. Madrid: Alianza.

Grice-Hutchinson, M. (2005). *La escuela de Salamanca. Una interpretación de la teoría monetaria española 1544-1605*, estudio introductorio de L. Perdices de Blas y J. Reeder y traducción de J. L. Ramos-Gorostiza. Salamanca: Caja España-Obra Social.

Jammes, R. (1994). La figura del donaire en *Las firmezas de Isabela* de Góngora. *Criticón*, 60, 61-68.

Komorowska, A. (2018). El arte de negociar el *iustum pretium*. Mercaderes, amigos y amantes en *El amigo hasta la muerte* de Lope de Vega. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 247-268). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Lope de Vega, F. (1618). *Comedia famosa del amigo hasta la muerte*. En *Onzena parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio* (pp. 147-174). Madrid: Viuda de Alonso Martin de Balboa.

Lope de Vega, F. (1803) [1607]. *El anzuelo de Fenisa*. Madrid: Librería de González.

Lütge, C. y Strosetzki, C. (2019). *The Honarable Merchant-Between Modesty and Risk-Taking. Intercultural and Literary Aspects*. Cham (Suiza): Springer.

Maravall, J. A. (1975). *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Madrid: Ariel.

Marigno, E. (2018). Los mercaderes en las jácaras de Quevedo. *Hipogrifo*, vol. 1 (extraordinario), 233-243.

Martín Rodríguez, M. (2020). *Poesía y economía en la literatura española de los siglos XVII a XIX*. Granada: Universidad de Granada.

Mercado, T. de (1977) [1569]. *Suma de tratos y contratos*, edición de Nicolás Sánchez-Albornoz, 2 tomos. Madrid: IEF.

Oleza, J. (2018). Lope y los mercaderes. Un viaje de ida sin vuelta desde la Italia de los *novellieri*. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía: la imagen de los mercaderes y el comercio en el mundo hispánico de la Edad Moderna* (pp. 287-304). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Pedraza, F. B. (2001). Los judíos en el teatro del siglo XVII: la comedia y el entremés. En I. M. Hassán y R. Izquierdo (coords.), *Judíos en la literatura española* (pp. 153-212). Cuenca: Ediciones Universidad de Castilla La Mancha.

Pedraza, F. B., González, R. y Marcello, E. E. (coords.) (2016). *El dinero y la comedia española. XXXVII Jornadas de Teatro Clásico. Almagro 10, 11 y 12 de julio de 2014*. Cuenca: Ediciones Universidad de Castilla La Mancha.

Perdices de Blas, L. y Ramos Gorostiza, J. L. (en prensa). La estela del debate sobre la esclavitud de los indios americanos en Félix Lope de Vega, Tirso de Molina y Pedro Calderón de la Barca**.** *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*.

Perdices de Blas, L. y Revuelta, J. (2011). Markets and Taxation: Modern Taxation Principles and the School of Salamanca. *EsicMarket. Revista Internacional de Economía y Empresa*, 138, 91-116.

Perdices de Blas, L. y Santos Redondo, M. (eds.) (2006). *Economía y Literatura*. Madrid: Instituto de España-Ecobook-Comunidad de Madrid.

Roncero, V. (2018a). El mercader y su mundo en *El mercader amante* y *Las firmezas de Isabela*. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 199-228). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Roncero, V. (2018b). «Fabricado de dinero»: el deshonroso mercader en *La industria y la suerte* de Ruiz de Alarcón. *Hipogrifo*, vol. 1 (extraordinario), pp. 265-290.

Ruiz de Alarcón y Mendoza, J. (1990) [1628]: *La industria y la suerte*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-industria-y-la-suerte--0/html/

Sâmbrian, O. A. (2018). La figura del mercader en el teatro del Siglo de Oro. *Hipogrifo*, vol. 1 (extraordinario), pp. 291-304.

Santos Redondo, M. y Ramos Gorostiza, J.L. (2006). Introducción metodológica. En L. Perdices de Blas y M. Santos Redondo (eds.), *Economía y Literatura* (17-34). Madrid: Instituto de España-Ecobook-Comunidad de Madrid.

Sanz Ayán, C. (2001). Economía, negocio y teatro en los siglos XVI y XVII. En R. Castilla Pérez y M. González Dengra (eds.), *La teatralización de la historia en el Siglo de Oro español: Actas del III Coloquio del Aula-Biblioteca «Mira de Amescua» celebrado en Granada de 5 al 7 de noviembre de 1999* (págs. 53-79). Granada: Universidad de Granada.

Sierra Bravo, R. (1975). *El pensamiento social y económico de la escolástica. Desde sus orígenes al comienzo del catolicismo social*, t. I. Madrid: CSIC-Instituto de Sociología Balmes.

Soto, D. de (1964) [1545]. *Deliberación en la causa de los pobres*, Madrid: IEF.

Strosetzki, C. (ed.) (2018a). *El poder de la economía: la imagen de los mercaderes y el comercio en el mundo hispánico de la Edad Moderna*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Strosetzki, C. (2018b). Sobre el mercader en Aristóteles, Tomás de Mercado y Martín de Azpilcueta. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 169-180). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Strosetzki, C. (2019). El mercader: de la patrística al concepto de *honnête homme* de Savary. En C. Lütge y C. Strosetzki, *The Honarable Merchant-Between Modesty and Risk-Taking. Intercultural and Literary Aspects* (pp. 3-18). Cham (Suiza): Springer.

Suárez Miramón, A. (2018). El gran mercado del mundo, expresión de la teoría económica barroca. En C. Strosetzki (ed.), *El poder de la economía* (pp. 51-68). Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Vitoria, F. (1967). *Relectio de Indis o libertad de los indios*, edición de L. Pereña y J.M. Pérez Prendes. Madrid: CSIC.

Vigo, A. del (1997). *Cambistas, mercaderes y banqueros en el Siglo de Oro español*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441115151

THE GLOBAL ORIGINS OF PROBABILISM: SOME NEGLECTED CONTRIBUTIONS IN THE MERCANTILE AND SACRAMENTAL WRITINGS OF VITORIA, MERCADO AND VERA CRUZ

Los orígenes globales del probabilismo: algunas contribuciones olvidadas en los escritos mercantiles y sacramentales de Vitoria, Mercado y Vera Cruz

José Luis EGÍO

Goethe University Frankfurt
egiogarcia@em.uni-frankfurt.de

Fecha de recepción: 16/03/2022
Fecha de aceptación: 19/05/2022

ABSTRACT: In contrast to traditional historiography which, until recently, has generally explained the origin of probabilism based on works written in the European academic context, this article explores pragmatic works written mostly by —and for— experienced actors making practical use of their knowledge in fields such as trade, commerce and sacraments within the new global horizon of the Hispanic Monarchy. I propose a new, more global explanation of the progressive emergence of probabilism as a theological doctrine and method for the resolution of cases. Particular attention is granted to the use of probabilistic arguments in works of American missionary literature and writings of moral theology produced in the changing context of the central decades of the sixteenth century. This analysis allows us to understand their focus on evaluating probable alternatives in unfamiliar contexts and with unforeseen doubts that already existed in Vitoria's ideas on economy and mission. As I show in this article,

this emerging focus is a tendency that later Salamancan disciples such as the *novohispano* theologians Alonso de la Vera Cruz (1509-1584) and Tomás de Mercado (1523-1575) went on to radicalize by appealing to the need to follow merely probable opinions in a growing range of cases. Both of them adapted European moral and religious norms to a wide range of specifically early modern problems. The evaluation of the family or marriage customs of the indigenous American peoples and of frequent practices in the transatlantic economy such as money exchange and sale on credit were among the most discussed.

Keywords: probabilism; probable opinion; moral theology; confession; merchants; transatlantic commerce; contract, money exchange; marriage; Francisco de Vitoria; Alonso de la Vera Cruz; Tomás de Mercado; Bartolomé de Medina.

RESUMEN: Frente a una historiografía tradicional que, hasta fecha reciente, ha tendido a explicar el origen del probabilismo a partir de obras escritas en el contexto académico europeo, este artículo explora obras y ámbitos de diversa índole. Concede, en particular, en una nueva explicación global de la emergencia progresiva del probabilismo como doctrina teológica y método para la resolución de casos, una gran atención al uso de los argumentos probables en obras de la literatura misional americana y escritos de teología moral producidos en el contexto cambiante de las décadas centrales del siglo XVI. El análisis realizado permite al lector entender, en primer lugar, la centralidad que ya en el pensamiento económico y evangelizador de Vitoria presenta la evaluación de alternativas probables a la hora de enfrentarse a contextos poco conocidos y dudas inéditas. Como mostramos en este artículo se trata de una tendencia que discípulos salmantinos posteriores como los teólogos 'novohispanos' Alonso de la Vera Cruz o Tomás de Mercado radicalizarán apelando a la necesidad de seguir opiniones meramente probables y, en ocasiones, mayoritariamente refutadas por sus colegas europeos, a la hora de traducir a una amplia serie de problemáticas específicamente modernas (como la evaluación de las costumbres familiares o matrimoniales de los pueblos indígenas americanos o de prácticas frecuentes en la economía transatlántica como el cambio o la venta al fiado) la normatividad moral y religiosa precedente, de cuño marcadamente europeo.

Palabras clave: probabilismo; opinión probable; teología moral; confesión; mercaderes; comercio transatlántico; contrato; cambio; matrimonio; Francisco de Vitoria; Alonso de la Vera Cruz; Tomás de Mercado.

1. INTRODUCTION. THE BIRTH OF PROBABILISM. SOME BREACHES IN TRADITIONAL HISTORIOGRAPHICAL EXPLANATIONS

The most recent books on the history of probabilism repeat the traditional historiographical perspective according to which Bartolomé de Medina's (1527-1581) influential *Expositio in primam secundae Angelici Doctoris D. Thomae Aquinatis* —first printed in Salamanca in 1577-78 (Medina, 1578)— is considered the ground zero in the history of probabilism (Schüßler, 2019: 91; Tutino, 2018: 42). For the first time in history, and contrary to the tutiorist and probabiliorist approaches, which were the dominant approaches to moral advice on ill-defined issues —within or outside the realm of confession— during the late medieval period,[1] a Christian author admitted that an opinion or criterion of action could be chosen even if the opposite opinion or pattern was more probable.[2] A slight deviation from the accustomed and well-trodden approach to moral counsel, hidden away in an erudite textbook for theology students at Salamanca,[3] launched an 'intellectual revolution' that affected moral philosophy and theology as well as secular and ecclesiastical law.

Medina almost immediately found followers of his approach, which set the foundations of a deep methodological transformation in moral advice and in the practice of confession. Progressively, moral theologians divided themselves into two conflicting factions. While, for the followers of Medina (particularly abundant within the Jesuit order (Maryks, 2008; Tutino, 2018: 52-88)), the Salamancan master had paved the way for a new moral theology in accordance with the contemporary

1. While tutiorism «obliged the agent to follow the course of action that best ensures that the agent would avoid sin» (Tutino, 2018: 1), the probabiliorist approach recommended that «if two opinions had unequal support by truth-tracking reasons, only the more probable ought to be endorsed as a premise of action and could be held as true» (Schüßler, 2019: 147). A brief account on Medieval scholastic attitudes to the variety of opinions, including tutiorism and probabiliorism (Schüßler, 2019: 32-40).

2. «Si est opinio probabilis, licitum est eam sequi, licet opposita probabilior sit» (Medina, 1578: q. 19, a. 6, 309).

3. In a very humble way, Medina presented himself in the «Argumentum Operis» as a mere interpreter and fulfiller of Aquinas doctrine, as well as a compiler of the commentaries to the *Summa theologiae* dictated by his predecessors at the Faculty of Theology of the University of Salamanca. The book should help Medina's pupils and listeners to recognize and desire the salvific light of Saint Thomas' doctrine. «De me verò, qui huius sum interpres & enarrator, nihil vobis possum polliceri, nisi diligentissimam diligentiam, laborem assiduum, bonam mentem, desiderium denique bonum, ac rectum; orauique, atque oro vnum Deum meum, per quem omnia, in quo omnia, vt in tradenda atque edocenda veritate Christiana, det mihi mentem pacatam, & tranquillam, & magis de discipulorum vtilitate atque profectu, atque Dei gloria, quam de honore huius mundi cogitantem. Item oro Deum meum, vt audiuet auditors meos intuentes, & verum quaerentibus lumen accendat interius» (Medina, 1578: [s.p.]).

practice in different spheres (economic, social, military, political, etc.), the zealous defenders of rigorism or probabiliorism rapidly denounced probabilism as a too lax method to address moral problems on confession, allowing penitents to follow almost always their own will and criteria. Besides, the use of probable opinions also became common in juridical argumentation during the 17th century (Salgado de Somoza [1629], 1759: P. II, C. XIV, § 297, 299), which resulted in the same kind of fierce debates as in moral philosophy and theology. Evidence and diverse degrees of probability were envisaged as different criteria for the difficult act of judging (Garriga, 2009: 67)[4]. As one can read in the different histories of probabilism, the controversy did not cease until one of the contending parties achieved a series of clear victories in late 17th century. Probabilistic approaches to moral theology could only be defended in a mitigated way after Popes Alexander VII (1599-1667), Innocent XI (1611-1689) and Alexander VIII (1610-1691) condemned several probabilistic propositions as scandalous and opposed to evangelic simplicity (Quantin, 2016: 125-130; Martel Paredes, 2005: 50).

According to the common opinion of historians, probabilism emerged in the erudite sphere of the Salmantine academic theology, written in Latin, where it was used to train future confessors. From there, it was introduced into the political councils of the Hispanic monarchy by the clergymen who served as confessors and advisers (Reinhardt, 2016: 77-86). The hypothesis seems convincing, to the point that it has been upheld for centuries without alternative opinions. In fact, when Delumeau (Delumeau, 1992: 133), Tutino (Tutino, 2018: 42), Poutrin (Poutrin, 2019) and Schüßler state that probabilism was «a doctrine invented in Salamanca by the Dominican friar Bartolomé de Medina in 1577» (Schüßler, 2019: 25), they adhere to an opinion which was already consolidated in the first encyclopedic history of probabilism, written as a polemical denunciation of probabilism and their proponents. I am referring to the famous *Della Storia del Probabilismo, e del Rigorismo*, written by Daniele Concina (1687-1756) (Concina, 1743). In the first book of this influential *History of Probablism and Rigorism*, Daniele Concina had already considered the

4. Garriga considered, in fact, probabilism and casuistry as the main characteristics of the juridical order of the Hispanic monarchy during the *Ancien Régime*. In his perspective, its «casuistic and probabilistic configuration» is crucial to understand the complex relationships between metropolitan (King, Council of Indies, *Casa de la Contratación*,…) and overseas institutions (*Audiencias*, Viceroys,…). «Como puede observarse, muy de acuerdo con la configuración casuística y probabilista de aquel orden jurídico, por toda solución general se impone una vía para llegar al establecimiento de soluciones particulares (esto es, atentas a las circunstancias del caso), que en último término supeditan el gobierno a la justicia, toda vez que apoderan al presidente para decidir la naturaleza (gubernativa o judicial) de las cosas o causas dudosas, pero con apelación a la Audiencia si las cosas de gobierno devienen causas de justicia (lo que desde luego incluye la decisión sobre su admisión o no, es decir, la calificación del grado)» (Garriga, 2009: 67).

Expositio of Medina on Aquinas *Ia-IIae* to be the first Christian «testo» to hold such an opinion and approach to morals and confession (Concina, 1743: 17-18).[5]

The consolidated approach to the origin of probabilism disregards at least two breaches in the same foundational sources which are always mentioned as textual proofs. On the one hand, Medina himself presented his work as contiguous with the methods taught at the Faculty of Theology of Salamanca since the arrival of Francisco de Vitoria. According to his perspective, Medina's role would have been that of the humble compiler and fulfiller of the great commentaries on the *Summa theologiae* written by his predecessors at the main chairs of the Faculty of Theology in Salamanca (Vitoria, Soto, Cano, Sotomayor, Peña, Mancio, etc.) and used, during three generations, as supporting teaching materials.[6]

The second important flaw in the traditional account of the origin of probabilism can be found in Concina's own foundational statements. Written in a tone of vehement denunciation, Concina was not always consistent in his references to sources and authors in his *Della Storia del Probabilismo, e del Rigorismo*. While many passages in his text are insistent and repetitive, some important nuances and information pass almost unnoticed in his extensive account of almost 1,500 pages. It is not surprising then, that Concina considered Medina to be the «inventor» of probabilism as no theologian before him «insegnata cotesta sua opinione», also pointing to 1577 as the «epoca della nascita del Probabilismo […], comunemente accordata da tuti' i Teologi, anche Probabilisti», and then some pages later, he refers to Luis López (1520-1596) as the second probabilist Dominican friar, only to

5. «La epoca del Probabilismo sorto tra' Cristiani cominciò nel 1577, nel qual anno il P. Bartolommeo Medina pubblicò il suo tomo sopra la prima della seconda parte di S. Tommaso» (Concina, 1743: 17-18). Concina referred to the probabilism originated among Christians, in order to distinguish it from the Pagan holders of probabilism in Early Christianity. Concina pointed to the «secta de los Academicos»—targeted by Augustin of Hippo in his *Against the Academics*—as the real creators of a perverted approach to knowledge and morals that is not, in fact, compatible with Christian values (Concina, 1743: 15).

6. «Sed neque in his, a me ante commemoratis, desiit diuinae sapientiae radius: floruerunt namque apud nos sapientißimi Magistri, Sotomayor, Peña, Mantius, quos honoris gratia nomino. Hi omnes in doctrinam D. Thomae annotations reliquerunt, non quidem integras & perfectas, neque typis mandatas, sed in albeolis manuscriptis a discipulis exceptas. Quibus nos, qui pie illis in Christo defunctis supersumus, semper de nouo addimus, semper aliquid ex D. Thomae fonto perenni exhaurimus (…). Patres igitur nostril quasi a longo somno expergefacti; quippe qui & omnes honores, & omnia honorifica ne pili quidem faciant ; mihi, omnium Theologorum minimo, in commodum Reip. Christianae hanc provinciam demandarunt, ut haec literarum monimenta, simul cum eis, quae ego excogitaueram, ordinarem, complerem, & perficerem». Dedicatory letter to the General Master of the Dominican Orden, Seraphino Cavalli, «Reverendissimo, ac dignissimo Patri nostro Seraphino Cavalli Brixiensi, totius Ordinis Praedicatorum Magistro Generali» (Medina, 1578: [s.p.]).

introduce a third name, a certain Del Mercado, whose status and role in the origin of probabilism is not clarified at all by Concina in his long dissertation:

> Il secondo Domenicano difenditore della sentenza del Medina, e del Mercado, è il P. Lodovico Lopez. Questi verso il 1585. Pubblicò la sua Instruzione della coscienza, nella di cui prima parte scrive: scio comunem esse sententiam Soti, Corduba, Cajetani, Conradi, & Navarri non satis ese probabilem opinionem sequi, sed Probabiliorem ese seguendam. Egli però difende la contraria, perlochè il P. Escard nel la Biblioteca degli Scrittori dell'ordine, osserva, che il Padre Lopez è censurato da alcuni Autori, come di troppo propenso verso le opinioni larghe (Concina, 1743: 20-21).

Did López follow Medina and Del Mercado, or only Medina? If López was the second Dominican supporting Medina's opinion, what then was Del Mercado's position in the timeline of the origin of probabilism? Who was this Del Mercado? Did he write before or after Medina? This information is impossible to find in *Della storia del probabilismo e del rigorismo*. In fact, Del Mercado (*sic!* De Mercado), who sided with Medina and López in this bizarre and unclear statement is mentioned only once more in the book and there, again, as a theologian having played a certain, yet unspecified role in the origin of probabilism.[7]

In this article I will examine some clear probabilistic passages of Tomás de Mercado's (1523-1575) *Tratos y contratos de mercaderes*—the work that Concina or some of the non-quoted sources on which he relied could have had in mind when he confusedly included Mercado among the first proponents of the probabilistic doctrine. With these passages and sources, I will try to resolve the mystery unleashed by Concina's negligence. Surprisingly, contemporary scholars of probabilism have tended to synthetize previous and historiographical explanations gathered over the long-term rather than to challenge them by a direct reexamination of classical scholastic sources.

First published in 1569, Mercado's *Tratos y contratos de mercaderes* offers a start to the story line of the origin of probabilism almost a decade before traditional historiographical perspectives. Importantly, it offers the possibility to reconstruct the early history of probabilism whose origin is not limited to the erudite realm of the university teaching. In challenging the pre-established philosophical account of the emergence of probabilism as the intellectual 'invention' of a brilliant master of thought, I aspire to provide a more historically and contextually embedded explanation that points to its gradual and progressive emergence. This new account of the origin of probabilism contextualizes the 'intellectual revolution' that occurred in

7. «L'autorità gravissima del Medina, del Mercado, del Lopez, del Banez, del Valenza, dell'Azorio, dell'Enriquez, del Salas, del Suarez, e del Sanchez fu uno stimolo efficacissimo agli altri posteriori Teologi per dichiararsi del partito Probabilistico» (Concina, 1743: 23).

the fields of moral philosophy and theology within the wider context of the economic and social transformations that affected the Iberian world at this time, especially within the mercantile and missionary spheres. From this point of view, probabilism and the probabilistic approach to moral counsel appear not as a sudden creation or invention, but as a process of emergence related to the growing complexity and the entanglement of early modern business ethics and sacramental theology.

As is the case for the explanations of state-building, contemporary legal codifications or international law, where Eurocentric perspectives prevail in legal history (Duve, 2020a), the global dimension of the historical changes that contributed to the emergence of probabilism in the early modern period has usually been overlooked. The discovery of the New World and «the development of an international market fueled by financial transactions» (Tutino, 2018: 3) are mentioned in the books of Tutino, Schüßler and others,[8] but only in passing and without establishing solid explanatory links between this kind of introductory considerations and scholastic sources.

In order to develop a new global perspective on the emergence of probabilism in early modernity, I will focus on the use of «probable arguments» in some of the writings that the Dominican theologians Francisco de Vitoria (1483-1546) and Tomás de Mercado dedicated to what we call nowadays mercantile ethics. Nevertheless, the discovery of America implied not only a revolution in business practices and their normative regulatory regimes, progressively imbedded by uncertainty and provisionally admissible resolutions, but also in the related field of sacramental theology. Given that the missionary confrontation with a vast range of unforeseen social, familial or sexual customs also contributed to made the use of probable arguments more important than ever, I will include in my analysis some references to the writings on infidel baptism and marriage by Francisco de Vitoria and one of his early disciples, the Augustinian friar Alonso de la Vera Cruz (1507-1584). Having attended the courses of Francisco de Vitoria from 1528 to 1532 (Ramírez González, 2007: 641), Vera Cruz spent most of his life in Mexico as a missionary (Lazcano, 2007). In 1556, he published the book *Speculum coniugiorum* (Vera Cruz, 1556), a very important treatise for the history of theology and canon law. It was not only

8. Offering a general perspective on the reasons behind the consolidation of probabilism in 17th century and not focusing exclusively on the American dimension of its emergence, Esteban Llamosas underlines the importance of its economic factors: «La explicación del triunfo y pervivencia del probabilismo, al menos hasta su vinculación a la laxitud, se relaciona al intento de conciliar las exigencias de los cambios modernos, especialmente los económicos, con los mandatos de la moral cristiana. El préstamo a interés, el crédito, la creación de riqueza por estos medios, exigían mayor flexibilidad en los moralistas que hasta ese momento los habían condenado» (Llamosas, 2011: 286).

the first book on these fields of knowledge published in America, but also the first treatise on marriage written with a specific 'American' focus[9].

The role that Vitoria, Mercado and Vera Cruz played in the rise of modern probabilism has gone almost unnoticed by the historians of moral theology until now. For example, in the thousands of publications dedicated to Francisco the Vitoria, the famous 'founding father' of the School of Salamanca, there is not a single article dedicated to the way in which Vitoria resorted to probable argumentation in his writings and lessons. In the case of Mercado, only José Ignacio Saranyana—in his impressive *Teología en América Latina*—, referred to him incidentally as a theologian who employed the probabilistic approach prior to Bartolomé de Medina for the resolution of moral dilemmas (Saranyana, 2005: 186). For Saranyana, even if Bartolomé de Medina was the first acknowledged proponent of probabilism, the principle upon which the new moral system was founded was known before, having been recommended to confessors and religious advisers by moral theologians such as Tomás de Mercado. Given the encyclopedic nature of Saranyana's work, he limited his mention of the link between Mercado and the origin of probabilism to a few words. He did not develop this promising line of inquiry to challenge an abundant and repetitive historiography.

2. AZPILCUETA AND ANTONINUS FLORENTINUS AS PREDECESSORS. RISKS OF A PURELY TEXT-BASED GENEALOGICAL APPROACH TO PROBABILISM

As is generally acknowledged, probabilism and the use of probable opinions were in an «embryonic phase» in the late middle ages and early modernity, but became crucial in the 17th century. Even if the experts on the history of probabilism tend to locate the proper birthdate or 'Big Bang' of probabilist reasoning in the *Expositio in primam secundae Angelici Doctoris D. Thomae Aquinatis*, first printed in Salamanca in 1577-78, there had been complementary hypotheses about writings

9. Francisco de Salazar, professor of Rhetoric and colleague of Vera Cruz at the recently created University of Mexico, where the Augustinian friar held the prestigious chair of Saint Thomas (Pavón Romero, 2009), considered *the Speculum coniugiorum* to be the salvific tool that would allow the missionaries working in the Viceroyalty of New Spain and other regions of the Empire to escape unharmed from the complex «labyrinth of Daedalus» represented by the Natives' familiar, marital and sexual customs. «Quae tu damna candide lector, nisi oscitas, & stertis, hoc uno libro comparator, tam facile vitabis ut in re difusißima, & labirintho Dedali implicatori tutius, ac certius quam Theseus, provintiam matrimonialem (perpaucis quidem obviam) & adire & superare poteris cuius laboris compendium», Francisco Cervantes de Salazar, «Franciscus Cervantes Salazarus artium magister, iuris pontificei & sacrae Theologiae Candidatus in academia Mexicana Rhetoricae professor: candido lectori. S.» (Vera Cruz, 1556: 6-7).

and authors that could be considered as early modern precedents to probabilism. In this sense, some scholars speak of different books and figurs who influenced the way in which, since the late 1570s, probability was envisaged by Bartolomé de Medina and later, clearly probabilistic authors.

Stefania Tutino, for instance, suggests that the core of the innovative probabilistic doctrine, which allowed the actor to choose an opinion or course of action different from the safest one, was already present in Azpilcueta's manual for confessors, notably in a paragraph dedicated to the problem of scruples of conscience[10]. This passage had been part of the manual for confessors since its first edition, originally published in Spanish in the 1550s (Azpilcueta, 1556; Bragagnolo, 2020).

Indeed, Azpilcueta stated that «it is not always necessary to choose the safest alternative, because it is usually sufficient to choose a safe action»; yet placed within the general order of Azpilcueta's exposition in chapter 9 of his *Manual de confessors*, it becomes obvious that he considered it necessary to follow the safest alternative in all matters related to the salvation of the soul, in particular those related to the principles of the faith and customs. And just before the sentence to which Tutino misleadingly points, Azpilcueta also stated that «the doubtful conscience regarding whether something is or is not a mortal sin, compels us to choose the safer alternative if we do not want to sin». In fact, the kind of scruples which Azpilcueta referred to when he partially permitted to follow a safe, but not the safest option, are related in this sentence to minor matters and ceremonial precepts such as what kind of non-physical activities could be undertaken on a holiday—one of the typical matters where in the absence of a safer position, to act according to a probable determination would be enough in order to avoid sin[11].

10. Tutino quotes chapter 27 of the manual, according to the Latin edition printed in Rome in 1584 «Addo, non semper esse necessarium partem tutiorem eligere, quia satis est quo ad praecepti implementum tutam eligere, ut late in d. cap. Si quis autem a num. 34 probavimus, etiam in his quae ad fidem & mores pertinent; in aliis enim nec de consilio quis tenetur eligere tutiorem, ut ibidem probatur» (Azpilcueta, 1584: 1006).

11. «XVI. Que la consciencia dudosa especial sobre algo, si es o no pecado mortal, obliga a escoger la parte mas segura so pena de pecado. M. porque otramente se pone a peligro de pecar mortalmente, como lo diximos en otra parte l l In. d. c. Si quis autem. n. 42., dando exemplo del que duda si es pecado mortal, o no tener dos beneficios, aunque sean simples: ca si los toma dudando, peca mortalmente m m Thom. in quoli. 8. ar. 13. Y se puede poner del que duda de algun pecado, si es mortal, o no. Ca peca mortalmente, sino lo confiessa. Lo qual procede, aun quando la consciencia no es del todo dudosa, por parecerle mas verdadera la vna parte, que la otra si en ninguna assegura, como lo prouamos largo allí. Diximos (especial) porque la general, no basta para esto: como lo diximos alli, del letrado que duda en general, si es licito aconsejar el dia de fiesta. Pero no duda, antes tiene por cierto, que le es licito al que lo haze. Lo qual mesmo se podria dezir dela consciencia cierta general, y de su contraria especial. No se dize empero la consciencia dudosa, porque algunos escrupulos sienta en si contra lo que determina de hazer, si cree, o tiene opinion prouable, que es bueno, por ley, authoridad, o

It has often been said that these types of positions were, in fact, not exceptional and could be found in *summae* and manuals for confessors even in the Late-Middle Ages. For example, in *L'aveu et le pardon*, Delumeau (Delumeau, 1992: 129) referred to a passage of Antoninus of Florence's *Summa theologica* (written in 1449 and first printed in 1477-79)[12], considering it to be a clear precedent of probabilism. Yet, Daniele Concina in his famous *Storia del probabilismo, e del rigorismo* had already denounced the proto-probabilist interpretation of this paragraph[13], noted by the authors of the first historiographical retrospective on probabilism in the 17th century (Gonet, 1671: 296[14]; De la Font, 1701: 486-488), as a perverse manipulation: Antoninus did not affirm that to choose the safest way was not a precept, but that to choose monastic life was not a precept (Concina, 1743: 372).

Concina's interpretation is, in fact, coherent with the doctrines contained in the *Titulus Tertius*, *Capitulum Decimum* of Antoninus' *Summa*. The safest option must be followed whenever a mortal sin might be involved[15]. Besides, with regards to other minor matters, the abandonment of the safer alternative was only legitimate

---

razon sufficiente, para tenerlo assi, a juyzio de varon de sciencia, y consciencia, puesto que la mayor parte delos doctores tengan lo contrario. Que no se sigue desto, ser siempre necessario escoger la parte mas segura: porque comunmente basta escoger la segura, como lo prouamos largamente en otra parte: mas solamente se prueua, que ello se ha de hazer enlas cosas que son dudosas, y necessarias a la saluacion del alma, quales son las dela fe, y costumbres» (Azpilcueta, 1556: 792-793).

12. «Sed ad hoc respondetur quod eligere viam tutiorem consilii est non precepti. Alias oporteret multos ingredi religionem in qua tutius vivitur quam in seculo. Non ergo de necessitate oportet tutiorem eligere, quanto etiam alia via potest eligi tuta. Sicut enim diverse vie tendunt ab unam civitatem. licet una tutior alia sit. Sic ad civitatem celestem alius sic alius sic vadit et tute. licet aliquis tutiori modo» (Florentinus, 1477, 111-112).

13. According to which, in order to avoid the total inaction to which excessive scruples of conscience could follow, Antoninus would have admitted that, in case of contradicting opinions about a certain practical issue, it was legitimate to follow a mere safe option. He would have even considered that to follow the safer way was not a precept when there were other safe ways, proving his opinion by *reductio ad absurdum*: if the safer option had always to be chosen, everyone would become a friar or a nun, avoiding the secular life.

14. Who, interestingly, referred to this paragraph of Antoninus and the above-mentioned passage of Azpilcueta's manual for confessors as traditional authoritative support for anti-tutiorist early modern perspectives. «Non est etiam praetermittendum, plures ex Authoribus, quos Adverarii citant pro sua sententia, non loqui de opinione probabiliori, sed de tutiori, solumque docere inter duas tutas non necessario tutiorem esse sequendam. Ut patet praecipue de D. Antonino, & de Navarro: primus enim I. p. tit. 3. Cap. 10. § 10. sic ait : […]. Secundus vero in Manuali cap. 27. num. 279 haec scribit: […] », (Gonet, 1671, 296).

15. «Sed ad hoc respondetur. quod utique ille qui agit scienter id de quo dubitat esse mortale permanente dubitatione mortaliter peccat. etiam si illud in se non esset mortale. sumendo proprie et stricte dubitationem. videlicet prout rationes sunt eque ponderantes ad utramque partem nec magis declinat quis ad unam quam ad aliam» (Florentinus, 1477, [112]).

if there was a more probable one, endorsed by many doctors, and if in accordance with the testimony of the Bible and the traditional interpretation of the Church[16]. That is to say that Antoninus could be considered at most as a probabilioristic, but not a probabilistic author, as different interpreters looking to support for their own theses had suggested. Whichever value we give to those late medieval or early modern excerpts, it is clear that they are only related to the discussions on tutiorism and that they admitted only occasional disregard for the safest way under specific circumstances. The core of the probabilistic doctrine cannot be found in any of the above-mentioned passages.

The same considerations would apply for other authoritative quotations, often manipulated by scholars who were fiercely opposed in one of the most acrimonious early modern intellectual debates and who sought above all to defend their own positions. In fact, when contemporary scholars point to previously neglected sources and paragraphs, they generally follow a sterile and well-traveled path in trying to prove these sources and paragraphs to be the true predecessors of the probabilistic doctrine in late medieval period.

3. VITORIA'S *DE INDIS* IN THE LIGHT OF THE EMERGENCE PROCESS OF PROBABILISM. THE AMERICAN DILEMMAS AS A KEYSTONE OF THEOLOGICAL KNOWLEDGE

Francisco de Vitoria holds a key position in the history of the Spanish second scholasticism. His introduction of the *Summa theologiae* became the foundation for the teaching of theology at the University of Salamanca and contributed to developing theologians' engagement with legal issues. Last but not least Vitoria has been associated with the emergence of international law based on a solid juridical and moral normative framework structured around the concepts natural law and law of nations (Haggenmacher, 2017: 50). This master narrative has at times reduced preceding Spanish and Salamanca scholastics to mere antecedents of Vitoria's solid Thomism, while later authors and their conceptual developments are noted as minor footnotes to Vitoria's pioneer reflections and methodological approaches.

Within this general historiographical trend, probabilism and the reinforcement of the use of probable arguments in moral theological reasoning since the mid-16th

16. «Sed si dubitet leviter quis. et per modum scrupuli. sicut dubitat seu formidat habens opinionem de aliquot. quia ita inheret ipsi sententie quod tamen formidat de opposito. Sic agendo contra tale dubium non peccatur. dum adheret opinioni alicuius doctoris. et habet rationes probabiles pro ipsa magis quam pro opposita opinione. etiamsi ipsa opinio quam tenet non esset vera; et hoc nisi ipsa opinio sumpta esset contra manifestum testimonium scripture vel determinationem ecclesie» (Florentinus, 1477, [112]).

century is perhaps one of the topics that, until now, have escaped the overwhelming presence of Vitoria. On this point Stefania Tutino notes:

> […] the Dominican theologian Francisco de Vitoria was intellectually very close to many probabilist theologians and was uncommonly attentive to the political, epistemological, legal, and moral repercussions of the discovery of the New World, and yet he did not demonstrate any significant interest toward moral probabilism despite being steeped in the Aristotelian-Thomistic tradition to a greater extent than many theologians of his generation (Tutino, 2018: 4).

Contrary to Tutino, Rudolf Schüßler in his book *Moral im Zweifel* (2003) reserved a discrete place for Vitoria in the prehistory of modern probabilism. According to his reading, although Vitoria cannot be considered, *stricto sensu*, a probabilist thinker, writings such as the famous *Relectio de Indis prior* have to be understood within a new, evolving context in which moral theologians were grappling with an unforeseen and previously unknown degree of moral uncertainty (Schüßler, 2003: 123). Convincingly Schüßler identified Vitoria's hesitant evaluation of the Amerindians *amentia*—insanity or idiocy—as one of the novel 'American' dilemmas to which Vitoria could neither give a solid answer, nor even a more probable opinion. Vitoria's perplexity is evident in an exceptional passage in which he acknowledged his lack of knowledge:

> There is one further title which may be mentioned for the sake of the argument, though certainly not asserted with confidence; it may strike some as legitimate, though I myself do not dare either to affirm or condemn it out of hand. It is this: these barbarians, though not totally mad, as explained before, are nevertheless so close to being mad, that they are unsuited to setting up or administering a commonwealth both legitimate and ordered in human and civil terms (Vitoria, Pagden, Lawrance, 1991: 290)[17].

The subjective way in which Vitoria expressed his claim, which *de facto,* allowed the Spaniards to continue with the process of conquests until the viability of an autonomous Indian rule could be proven, has at times been understood as personal perspective and deliberately vague answer. In fact, twentieth-century scholars such as Antony Anghie have looked critically at what they consider an intentionally perverse evaluation of the rational capacity of Indians by Vitoria to justify their subjugation.

17. In the Latin original edition: «Alius titulus posset non quidem adseri, sed revocari in disputationem et videri aliquibus legitimus, de quo ego nihil affirmare audeo, sed nec omnino condemnare, et est talis: Barbari enim isti, licet (ut supra dictum est) non omnino sint amentes, tamen etiam parum distant ab amentibus; ita videtur quod non sint idonei ad constituendam vel administrandam legitimam Rempublicam etiam inter terminos humanos et civiles» (Vitoria, 1557: 371).

According to Anghie, by conceding that indigenous people generally had the gift of reason, while underlining repeatedly that, for the time being, Indians were only capable of a very barbaric use of their potential abilities, almost undistinguishable from *amentia*, Vitoria represented the Indian as a kind of «schizophrenic, both alike and unlike the Spaniard» (Anghie, 1996: 327).

Schüßler holds a different opinion on this issue: avoiding a teleological interpretation of Vitoria in the light of contemporary controversies on colonialism, he suggested that the paragraph of the *Relectio de Indis prior* needs to be read within the «Hintergrund der scholastischen Unsicherheitskasuistik» (Schüßler, 2003: 123). Given that the alleged imbecility of the Native Americans had not been proven, it was not possible to justify a war on this basis: the casuistic principle *in dubiis melior est conditio possidentis* was in favor of the Indians (Schüßler, 2003: 123-124), who as current possessors of goods and jurisdictions should not be deprived of their belongings based on uncertain reasons. The interpretation of Vitoria's arguments within their proper context of enunciation, shows that he thought it would be unreasonable to consider the alleged Natives' amentia and, by extension, their assumed barbarism and deficient use of reason, a legitimate title for conquest.

Independent from the question about Vitoria's actual intentions, it is clear that in this passage of *De Indis prior*, Vitoria admitted his lack of expertise on the crucial issue as to whether Native Americans were able to rule themselves, a point on which others —the missionaries, for example, who had first-hand experience— were better placed to judge. Vitoria's hesitant evaluation of the *amentia* of the Indians is representative of the way in which empirical and practical knowledge about doubtful moral matters, especially in the missionary field and in uncertain transatlantic contexts, was increasingly appreciated. Over time, such considerations became an indispensable complement of the classical literary training received by moral theologians in colleges and universities.

There is no doubt that for Vitoria the consultation of a learned and experienced theologian was an obligation whenever a lay person was confronted with a doubtful moral matter[18]. The advice of theologians, whether they were acting as counselors or confessors, was considered mandatory for penitents and advised laypeople. Whether they were kings with scruples about the justice of an anticipated war, or women unable to discern if her décolleté and make-up were sinful or could invite others

18. «It must be so, because in matters which concern salvation there is an obligation to believe these whom the Church has appointed as teachers, and in cases of doubt their verdict is law» (Vitoria, Pagden, Lawrance, 1991: 235). «Tenetur enim credere in his quae expectant ad salutem his quos Ecclesia posuit ad salute et ad docendum. Et in re dubia arbitrium illo modo est lex» (Vitoria, 1557: 289).

to sin[19], the consultation and obedience to the confessor was deemed imperative. Nevertheless, there is a great difference between the above-mentioned dilemma of the Indians' *amentia* and these traditional cases, whose resolution could be established by theologians in a wide range of sources, preexisting examples, and criteria. Contrary to these traditional cases, the *amentia* of Native Americans of a large and still largely unexplored continent could not be assessed so easily.

4. THE USE OF PROBABLE OPINION IN VITORIA'S SACRAMENTAL THEOLOGY

As I mentioned in the previous section, Francisco de Vitoria is considered to have played no role in the increasing use of probable arguments in 16th century. On this issue, we face a historiographical fact which deserves further explanation. Why, if Vitoria is always considered as the initiator of every single theoretical or methodological movement in Salamanca and Iberian scholasticism, has his *a priori* potential importance for the prehistory of probabilism not been evaluated?

This gap in previous historiography, in my view, is linked to the inattention paid to his writings on mercantile and financial practices (sales, contracts, different forms of exchange, usury, etc.), and sacramental theology. In the exceptional monographic approaches to Vitoria's economic ideas (Vitoria, Zorroza, 2006; Cendejas Bueno, 2018; Iparraguirre, 1957; González Fabre, 1998; Gómez Rivas, 2015; Castillo, Zorroza, 2015) and his doctrines on the sacraments (Repgen, 2014; Borobio, 2006; Borobio, 2007; Borobio, 2008; Lanza, Toste, 2015; Lavenia, 2004), the issue of probabilism is not mentioned. In fact, an important part of Vitoria's thinking on these issues cannot be found in his famous and well-studied *Relectiones*, but in his commentaries to Aquinas's *Summa theologiae* and Peter Lombard's *Sentences*. While Vitoria's comments to questions 77-78 of Aquinas' *IIa-IIae* —the part of the *Summa theologiae* in which Aquinas analyzed contracts, change and usury— are crucial to understand his thoughts on economics, his comments on the distinctions of Lombard's *Fourth Book of the Sentences,* from which only the manuscript annotations made by one of his pupils has survived to the present,[20] are the essential to reconstruct his sacramental theology. The latter part of Vitoria's intellectual pursuits was also epitomized and redistributed (Egío, 2021) by Tomás de Chaves, one of the lesser-known of Vitoria's pupils (Cuervo, 1914; Barbosa Machado, 1752; Díaz Díaz,

19. «Women are obliged to obey the experts in all matters necessary to salvation, and they place themselves in danger of damnation if they commit acts which in the opinion of wise men are mortal sins» (Vitoria, Pagden, Lawrance, 1991: 237). «Nam femina tenetur credere in his, quae sunt necessaria ad salute, peritis, et exponit se periculo faciens contra illud, quod secundum sententiam sapientium est mortale» (Vitoria, 1557: 291).

20. Biblioteca de Ajuda, Lisbon, Ms. 44-XII-20, ff. 463-696.

1983; De los Hoyos, 1966) in a book called *Summa sacramentorum*, first published in 1560 (Vitoria, Chaves, 1561). Looking at this manual for the administration of the sacraments, a number of probable arguments or alternative solutions emerge which Vitoria carefully evaluates to solve some problematic cases of sacramental theology. Although only partially conserved in the epitomized book derived from his lessons on Peter Lombard's *Sentences*, their number was so high that late sixteenth-century editors feared they might confuse readers and lead to misunderstandings[21]. Trying to make Vitoria's *Summa sacramentorum* more pragmatic and less problematic, they redirected readers to special text boxes in which each doubt was exposed and answered succinctly and with great clarity[22].

As we will also see while analyzing Alonso Vera Cruz's *Speculum coniugiorum*, one problematic area in which many doubtful cases arose in the writings that Vitoria dedicated to sacraments was marriage. Vitoria humbly recognized that in some doubtful cases there was no clear answer or solution, with an opinion and its contrary being probable at the same time. An example in point was the case of a wife who, after her husband having consummated their marriage forcefully by violating her, decided to become a nun.

> It is asked, can the wife enter into religion against the will of the husband if the husband consummated the marriage by force? It seems not to be the case, because the marriage has already been consummated. On the other hand, because of him having offended her, it seems that such an offense should be repaired: and if she could enter into religion before being offended, she should also be able to do it afterwards. I cannot see anything determined by law in such a matter. Therefore, both positions are probable. And that is what Durandus believes, even if for him it seems more probable that she cannot enter into religion because there is already not only a carnal link, but also a spiritual one. Even if the man behaved poorly, he should not be punished with such a sanction. She should have taken care or have entered into religion before. Palude holds it to be more probable that she can enter into religion. Both opinions seem probable to me[23].

21. Something to be especially avoided in this literary genre of manuals for confessors and priests.

22. Compare, for example, the presentation of the *dubium* «Quaeritur, vtrum amentes, & furiosi sint baptizandi?» in one of the first editions of the *Summa sacramentorum* published by printer Sebastián Martínez in Valladolid (Vitoria, Chaves, 1561: ff. 18v-19r) and in the 1595 edition by the Venetian printer, Domenico Farri. In Farri's publication a box -not included in the editions published during Tomás de Chaves's life- was added to facilitate the easy consultation of the resolution of the *dubium* by readers. «Conclusio. Amentes, qui numquam habuerunt, vsum rationis, debent baptizari; si autem habuerunt, & tunc nolebant, non sunt baptizandi, si volebant, sunt baptizandi» (Vitoria, Chaves, 1595: ff. 20v-21r).

23. «QVÆritur, si sponsus vi consumauit matrimonium, an possit illa transire ad religionem eo inuito? Videtur quod non, quia iam matrimonium est consumatum. In contrarium est

In evaluating his doubts, Vitoria did not use the term *aeque probabile* (equally probable), but he clearly pointed in the direction of equi-probabilism[24], which was proliferating in the sixteenth century (Schüßler, 2019: 52)[25]. It was an attempt to deal with the increasing social, religious and economic complexity, but it could also be applied as Vitoria did here, to classical marital casuistry. As Schüßler stated «the growing use of equi-probability after 1500 may therefore have been one of the factors that contributed to the probabilistic revolution in the second half of the seventeenth century» (Schüßler, 2016: 55). In fact, rather than an abrupt break or discovery, the spread in moral theology and sacramental literature in the first half of 16th century of such equi-probabilistic approaches to doubtful cases might have prepared the ground for the slow emergence of probabilism in the second half of the century.

Vitoria was also compelled to evaluate probable opinions in some doubtful cases concerning baptism. Here, the topic of the *amentia* (imbecility, madness), so important in his *Relectio de Indis prior*, appeared again with view to to the administration of sacraments in his lessons on Peter Lombard's *Sentences*. As mentioned above, in his *relectio* Vitoria had been unable to judge whether Indians should be considered *amentes*. Yet, if that was the case, did insanity or idiocy make them unable to exert a political *dominium*? This is one of the few occasions in which the usually self-assured and confident Salamancan master felt he was unable to find a solid answer or even a more probable opinion. In his lesser-known references to *amentia* in the manuscript of his courses on Lombard's sentences, later epitomized in the *Summa sacramentorum*, it is possible to discern that Vitoria remained deeply interested in this topic throughout the years, but also that his doubts on such borderline cases persisted, forcing him to resort to probable argumentation. Against the majoritarian position of the learning community of his time, Vitoria considered, for example, that *amentes* and *furiosi* could receive grace through baptism. Nevertheless, it is

---

quia ille fecit iniuriam, ergo videtur quod talis iniuria debeat reparari: & cum ipsa ante iniuriam possit ingredi, poterit etiam post acceptam contumeliam. De hoc nihil vidi in iure determinatum. Ideò probabilis est vtraque pars. Et ita putat Durandus licet ei magis probabibile videatur quod non potest ingredi religionem, quia iam est ibi vinculum carnale & non tamen spirituale. Et licet vir malè fecerit non tamen debet hac poena puniri. Caueret ipsa sibi, vel intraret anteá religionem. Palude reputat magis probabile quòd possit transire. Vtraque opinio videtur mihi probabilis» (Vitoria, Chaves, 1561: ff. 182r-182v).

24. Another equi-probabilistic resolution in *Relectio De Augmento Caritatis* [1557] (Vitoria, Osuna Fernández-Largo, 2017: 950-954).

25. Schüßler mentioned the *Summa silvestrina* (1515), a treatise on penitence written by the Spanish Hieronymite Bernabé de Rosales (1540) and Antonio de Córdoba's *Quaestionarium theologicum* (1569) as important milestones in the development of equi-probabilism. It is quite enlightening for the later history of probabilism, that those pioneer approaches took place within the realm of the literature for confessors (Schüßler, 2016: 67-68; Schüßler, 2019: 76-78).

important to underline that in these cases, Vitoria was conscious of defending a minority position, and he explicitly presented his opinion as not «determinate» (as a determination or resolution) but «probabile» (as a probable opinion):

> But, what if such [a madman] gets baptized, does he receive grace? Doctors say unanimously no, because for such a person baptism would not be of any benefit. I do not dare to say the contrary in a determined way, but I consider it nevertheless to be probable, given that baptism exists as a remedy for sinners and is efficient in anyone who is attrite and in mortal sin. And he can be baptized even if being originally a madman, because if baptized, in this case he would be saved. We must not exclude anybody from the path of salvation. I think that this is very probable[26].

Why was the topic of *amentia* so relevant for Vitoria? The epitomized and decontextualized way in which the doubts of the baptism of *amentes* and *furiosi* appear in the *Summa sacramentorum* does not provide any clue about Vitoria's motivation. Nevertheless, if we look at the related section in the surviving manuscript of Vitoria's courses[27], the context and horizon of enunciation become much clearer. It is obvious that he had in mind the same transoceanic and missionary context to which he referred when discussing the problem of *amentia* in his *Relectio de Indis*. Moreover, the above-mentioned question of whether or not to baptize adults in a potential state of incidental or permanent lack of understanding could only be found at that moment in time when pagan peoples were being converted to Christianity in America.

With this context in mind Vitoria addressed some very specific and difficult questions, which his disciple Tomás Chaves later dropped in the *Summa sacramentorum.* For instance, does the baptism of an accidentally imbecilic infidel fall within a missionary purpose, even if the Father does not know if the infidel really wanted to convert before losing his mind? Should an infidel married to his sister who, having use of reason, wanted to be baptized in this state of public mortal sin, be baptized after going crazy?[28] These omitted cases and contextual precisions are

26. «Si autem talis de facto baptizetur, vtrum consequatur gratiam? Doctores concorditer dicunt, quòd nihil sibi proficeret baptismus. Nec ego oppositum auderem determinatè dicere, probabile tamen existimo, cùm baptismus sit in remedium peccatorum, quòd habet efficaciam erga attritum qui est in mortali. Et potest etiam baptizari cum sit in originali talis furiosus, quòd si baptizetur in casu dicto saluabitur, ne ponamus aliquem in via extra statum salutis. Hoc credo multum probabile» (Vitoria, Chaves, 1561: ff. 18v-19r).

27. Containing the commentaries that Vitoria, teaching in Salamanca, dedicated to Lombard's *Fourth Book of the Sentences* during the academic years 1529-31 and 1538-39. *Commentaria in quartum librum sententiarum*, Lisbon, Biblioteca da Ajuda, 44-XII-20, ff. 463-696.

28. «Sed circa tertium dubitatur, nam volo quod talis amens sit ex aliqua Provincia quae tota modo ad deum convertatur an talis fine esset baptizandus cum Pater nescit illum baptizari

extremely important. They give insight into Vitoria's doubts which led him to step away from many traditional theological opinions, uncontested for centuries. In these interesting 'American' cases, Vitoria make use instead of probable opinions based on the information he had gathered through the contact with missionaries working in America.

5. VITORIA'S PROBABLE RESOLUTIONS CONCERNING DIFFERENT COMMERCIAL AND FINANCIAL PRACTICES

Vitoria's self-awareness about an epochal change fostered by the discovery of countless infidels overseas and the parallel development of global commercial networks can also be appreciated in his writings on contracts, loans and money exchange. We know, thanks to Bartolomé de Albornoz's *Arte de los contractos*, first published in 1573, that Vitoria and the theologians of Paris used to be consulted about these topics by the merchants of Vitoria's hometown, Burgos. As Albornoz stated in his reference to Vitoria, Burgos led the commerce in Castille over four centuries, almost until the discovery of the Indies and the emergence of Seville as a global commercial seaport:

> La ciudad de Burgos ha muchos años que en estos Reinos tiene este trato de lanas, y sola tuvo en Castilla el de la mercadería mas de. CCCC. años, hasta que (parte por el nuevo descubrimiento de las Indias, parte por hauer dexado los hijos el exercicio de sus padres, y dadose a la cavalleria) se passo a Sevilla donde ahora esta. En esta ciudad los mercaderes antiguos tuvieron por costumbre, qualquiera caso que parecía dudoso, comunicarle con la buena memoria, de el mui reverendo maestro de todos el gran frai Francisco de Victoria, y quando en el caso havia mas duda, despachaban posta a Paris, a consultarlo con los Theologos de maior nombre de aquella Universidad, y con esto conservo tanto aquella ciudad su credito (en la limpieza de la mercancía) que bastava hazer un mercader Burgales una contratación, para entender los de otras partes, que sin otra diligencia la podían hazer, y tener por buena (Albornoz, 1573: f. 81v)[29].

The role of Vitoria as the main advisor to the merchants of his homeland is not surprising, especially if we take into account that he was a descendant of a merchant family from Burgos. The Vitorias sold wool to Flanders, linens to Rouen and different merchandise to Nantes (López Mata, 1948: 149, Beltrán de Heredia, 1972:

---

licet iste ante nolluisset in usu rationis […] Praeterea quaerit an si quis habuisset sororem per uxore et vellet baptizari nollens eam dimittere et postea cadat in amentiam cum tali voluntate et proposito an sit baptizandus», Francisco de Vitoria, *Commentaria in quartum librum sententiarum*, f. 514r.

29. On this issue, see (González Ferrando, 1991).

94). As attested by contemporary sources, Vitoria's family was also quite used to doubtful practices such as buying on credit (Albornoz, 1573: f. 82r)[30]. Even if only some of Vitoria's *pareceres* on contracts have been preserved to this day (Barrientos García, 2011: 119-120), it is quite probable that after leaving the city to undertake university studies, Vitoria continued advising people he knew from his social and familiar milieu.

Most of Vitoria's opinions about different types of mercantile contracts can be found in the manuscripts of the lessons he gave at Salamanca on Aquinas' *IIa-IIae*, qq. 77-78 (Beltrán de Heredia, 1952; Zorroza, 2006)[31]. Some of his commentaries to *quaestiones* 62, 63 and 66 (*IIa-IIae*) also contain reflections on important economic topics such as restitution and tributes (Barrientos García, 2011: 117-118).

During the spring of 1536, when he held the chair *Prima de teología* in Salamanca, Vitoria commented on the questions 77-78 of Aquinas' *IIa-IIae* which concerned sales, contracts and usury. Interestingly, he did not limit himself to contrasting the opinions of Aquinas and other legal and theological authorities on these problematic issues. Rather, he linked traditional debates with many living discussions of his time, showing his extensive knowledge of the practices of merchants, money lenders and exchangers in Castilla, Italy, Flanders,[32] and Seville.

In some of these cases we can also see an exceptionally fragile and doubtful Vitoria in action. He seems quite unsure about how theologians ought to proceed while evaluating practices such as term purchases or sales on credit. He knew, of course, that the traditional position of the Church on such issues was quite restrictive. For example, an additional gain for a sale on credit was always considered to be a usurious practice. Nevertheless, Vitoria was conscious that by maintaining such a rigorous position, moral theologians would severely reduce the profits obtained by merchants. This would hinder commerce[33] and ultimately alienate merchants from

30. «He referido esto [about buying on credit] para mostrar la dificultad de esta question, que si por ser Trato de Burgaleses (que tan recatados son en sus conciencias) y por ser trato tan publico de estas dos ciudades [Burgos and Segovia], y tan gruesso, de el qual no podían pretender ignorancia estos famosos hombres (que he nombrado) por que los padres, hermanos, parientes, y vecinos de ellos mismos, tenian este trato, y bivian de el, no es de creer que si le tuvieran por malo, no los desengañaran, y por no lo haver hecho, son vistos haver lo aprobado expresamente con la obra» (Albornoz, 1573: f. 82r).

31. First edited by Beltrán de Heredia, they were translated into Castilian and critically edited by Idoya Zorroza. On the relationship between these commentaries and Vitoria's general teaching program, see (Zorroza, 2006: 61-63).

32. During his courses, Vitoria made frequent mention of some of the consultations he had received from many distant regions and cities of the Spanish Empire, for example, from Flanders (Zorroza, 2006: 133).

33. By this time, as other contemporary sources attested, transatlantic commerce was totally dependent on sales on credit. «Lo segundo en nueua España comunmente se vende

confessors and religious normativity. Considering all these conflicting motivations, Vitoria tried to find middle ground and, together with Domingo de Soto, instructed his brother Diego de Vitoria per letter about the possibility of «justifying» a practice that according to «the clear determination of the Church», «could not be done». The conciliatory tone of Vitoria and Soto and the epochal dimension of the dilemma they faced are quite clear in their own words:

> Toda la dificultad está en cómo lo querrán entender los tratantes, que cada uno procurará de lo glosar a su provecho e interés; los teólogos no queremos cerrar la puerta a las negociaciones, ni atajar el interés y fruto razonable y conveniente de los tratantes, pero tampoco podemos dar mayor licencia de la que dieran, no sólo los doctores pasados, sino los sumos pontífices que determinaron particularmente este caso, no sólo una vez sino muchas. Ha de quedar siempre a salvo que por fiar no se puede la mercaduría vender más cara porque ésta es la determinación clara de la iglesia; pero, no obstante, esto se puede justificar, como en este parecer va declarado (Zorroza, 2006: 268).

Vitoria would find a way to redirect and conciliate the opposing pressures exerted by a rigorous tradition and the ambitious merchants he used to advise. Always prudent, he developed most of these pragmatic positions not in his courses but in private letters addressed to friends such as Miguel de Arcos. As the Provincial of the Andalusian Dominicans, Arcos asked Vitoria's advice several times about certain types of sales on credit being practiced in contemporary Seville.

Adapting Aquinas' ideas on fair price and custom, Vitoria elaborated his advice for Arcos. He argued that wholesalers (*vendedores por grueso* or *al por mayor*), such as the ones selling their merchandise at trade fairs—a commercial phenomenon increasing in the Early Modern period—could ask for a higher price if selling on credit. A sale on credit was the consuetudinary way of selling merchandise at trade fairs; therefore, it was legitimate to consider the price on credit as the fair price of a certain good, even if higher than the cash price for the same good:

> Santo Tomás en la *II-II*, como vuestra paternidad sabe, dice que *duplex est pretium justum rei, scilicet aut lege constitutum, aut consuetudine*. Si algunas mercaderías hay que comúnmente se venden al fiado, aquél es su justo precio, aunque al contado se vendiesen por menos, como son las mercaderías que se venden por grueso en las

---

fiado en tierra firme, aunque se solia vender de contado, que era vna de las buenas calidades, o la mejor que tenia aquella negociacion, ya se va introduziendo tambien el fiado, porque es ya tanta la gente, y tan grande la cantidad y multitud de ropa que va, que no puede el Peru con toda su riqueza acaudalar para pagar toda vna flota, que comunmente es muy gruessa en numero de naos» (Mercado, 1569: f 54v).

> ferias, que casi todas se venden al fiado; ni se podrían vender al contado: que no hay tanto dinero en la feria (Zorroza, 2006: 263).

Vitoria was able to satisfy the opposite pressures coming from the duty of keeping the normative patrimony of the Church concerning usury and the merchants' natural goal to obtain financial benefits with these kinds of conciliatory innovations. Yet, he felt unable to solve many doubts about other contemporary mercantile practices. For example, Vitoria admitted to his incapacity to draw clear criteria regarding retail sales (*venta al por menor* or *por menudo*) on credit if higher prices were asked than when paying cash. Just as the famous donkey of Buridan, Vitoria remained undecided on this issue. He was unable to choose between a total condemnation of this practice and a toleration of it if the price increase was moderate.

> En fin, quien por menudo vende a dos precios: uno, al contado, y otro, al fiado, yo no sé cómo le excusar de la condenación de la iglesia, si no fuese alguna cosa muy poquita: como dos o tres por ciento a lo más (Zorroza, 2006: 269).

6. TOMÁS DE MERCADO'S *TRATOS Y CONTRATOS* (1569). A MERCANTILE AND VERNACULAR EMERGENCE OF PROBABILISM IN MORAL THEOLOGY

We can find even more interesting material to help us understand the emergence of probabilism, and the social and economic historical context in which this process of emergence took place, in Tomás de Mercado's *Tratos y contratos de mercaderes y tratantes* (Mercado, 1569). Born in Sevilla in the 1520s, Tomás de Mercado moved to New Spain, today Mexico, as a child. An important part of Mercado's family resided in Mexico City where they took part in different economic activities: sales and purchase of goods, money lending, administration of merchants' companies, money exchange, shipping of silver to Sevilla, etc. (Bernal, 2015: 47-49). These comprise all the activities about which this Dominican friar and theologian would later write. As I mentioned while writing about Vitoria's family, Mercado's case was not exceptional at the time. In fact, many other scholastic theologians also came from wealthy families of merchants who understood university studies as a way of social advancement.

Mercado entered the Dominican order in Mexico City in 1552, where he studied arts and theology. Also residing in the convent of the Dominicans during this period were Pedro de Pravia (Cazares, 2007: 355; Saranyana, 1991: 667-668) and Bartolomé de Ledesma (Beuchot, 1991: 253). They were disciples of Francisco de Vitoria at Salamanca and later masters of Theology in the recently created University of Mexico where they taught arts to their fellow friars. In the 1560s, Mercado returned to Spain, lived between Sevilla and Salamanca, and deepened his theological studies

at the University. During the academic years 1563-64, 1566-67 and 1568-69 (Bernal, 2015: 74), he counted as teachers Pedro Sotomayor, Mancio de Corpus Christi, Juan de la Peña and Luis de León who were the main figures of the generation preceding Bartolomé de Medina. (Barrientos García, 2018).

Mercado's manual for merchants and confessors of merchants was written in Mexico and Sevilla in the 1560s and published in Salamanca in 1569. He tried to give confessors some methodological recommendations about how to address the complex labyrinth of norms and options in which the practice of contracts, loans and money exchange had evolved since the late Middle-Ages (Schüßler, 2019: 12). In the Hispanic context, the discovery of the New World, quickly followed by the opening of commercial networks on a planetary scale and the integration of Castile into the complex pan-European Empire of the Hapsburgs, added even more complexity to an already problematic panorama. Mercado had a clear historical conscience about the singular period in which he was living. He knew that Sevilla, like many other coastal and riparian cities had been always an important destination for traders, but as he noticed:

> […] Pero de sesenta años a esta parte, que se descubrieron las Indias occidentales: se le recrescio para ello una gran comodidad y una ocasion tan oportuna, para adquirir grandes riquezas: que combido y atraxo a algunos de los principales a ser mercaderes, viendo en ello pujantissima ganancia. Porque se avian de proveer de aqui muchas provincias. La ysla Española, Cuba, Honduras, Campeche, nueva España, Guatemala, Carthagena, tierra firme, con toda la grandeza del Peru (Mercado, 1569: ff. 1v-2r).

In Mercado's work there is a parallel concern about the rapid and connected evolution in the field of commercial practices that were getting out of moral and religious control. He was conscious, for example, about the fact that money changers, previously «an accidental and accessory profession» had proliferated «because of the universal extent» of commercial networks[34]. The interconnection of cities resulted

34. «Los de Burgos tienen aqui sus factores, que o cargan en su nombre, o aseguran a los cargadores, o resciben, o venden, lo que de Flandres les traen. Los de Italia tambien han menester a los de aqui: para los mesmos effectos: de modo que qualquier mercader caudaloso trata el dia de oy en todas las partes del mundo, y tiene personas que en todas ellas les correspondan den credito y fee a sus letras, y las paguen, porque han menester dineros en todas ellas. En Cabouerde para los negros, en Flandes para la merceria, en Florencia para las raxas: en Toledo y Segouia para los paños: en Lisboa para las cosas de Calicut. Los de Florencia y los de Burgos tienen necessidad dellos aqui, o para seguros que hizieron, y se perdieron, o de cobranças de la ropa que embiaron, o cambios que en otras partes tomaron remitidos aqui. Todos penden vnos de otros, y todo quasi tira, y tiene respecto el dia de oy a las Indias, Sancto Domingo, Sancta Martha, tierra firme, y Mexico, como a partes do va todo lo mas gruesso de ropa, y do viene toda la riqueza del mundo. De modo que qualquiera destos de gradas (con quien

in commerce on a planetary scale and led to an extraordinary and quick evolution in business practice that was complicated and entangled. Mercado recognized that many confessors lacked knowledge and practical experience on these matters. They were totally ignorant of the challenges and risks associated with the profession of the merchant and could neither examine their penitents' actions *in foro conscientiae*, nor assess them about better ways to keep on doing business in a safe manner:

> En este opusculo me parescio quasi necessario escreuir con la Theorica destos negocios, juntamente la practica y hecho dellos, porque la saben los vulgares, y acaesce ignorarla alomenos no entendella cumplidamente los muy doctos […] Y como el derecho en estos contratos se funda en el hecho, no raro dan algunos padres Theologos mill leguas del blanco, y atinan tan mal, que los mesmos mercaderes los jusgan por ciegos. A cuya causa me parescio conuenible, gastar algun pedaço desta obrilla, en dezir que traça, medios, y arte tienen oy los cambiadores en negociar. Porque sabido, sera facil jusgar, y ver quanto se suele negociando acertar, o errar. Y no deue a los cambiadores serles tedio leer, lo que ya se saben, porque quise hazer este seruicio a los padres confessores, que con su gran recogimiento, no pueden alcançar el praxis de negocios tan enmarañados, que los mesmos tratantes se hallan, no pocas vezes cortos y atajados sin saber darse mano, ni salir de do entraron (Mercado, 1569: ff. 84v-85r).

In a world of changing practices, Tomás de Mercado and other leading figures of the Dominican order clearly envisaged the risk of a total rupture between commerce and morals[35]. Mercado seems to tell his fellow friars: if we wish to avoid an irreversible detachment of practice and norms, we have first to simplify theoretical doctrines. Secondly, it is urgent to abandon the contemplative withdrawal from external world. Thirdly, to be able to judge traders correctly *in foro conscientiae*, we have to conduct research on the contemporary practice of the matters upon which we have to judge.

The publication in vernacular should also be considered as an important part of the strategy aimed at preventing the normativity of moral theology from becoming a sterile jargon. To avoid or, at least, to minimize the growing disconnection between

---

particularmente hablamos) tiene necessidad de tener dineros en todas partes, o para comprar, o pagar, o cobrar, porque en todas deuen, y les deuen. Y este ser su trato tan vniuersal, fue causa principal vuiesse cambiadores […] De modo que lo que accidental o accessoriamente antes se hazia, entre solos mercaderes, començo a ser particular, y principal negociacion de algunos» (Mercado, 1569: ff. 85v-86r).

35. For example, the Dominican Diego Rodríguez, Chair of Saint Thomas at the University of Salamanca, recommended in his prefatory letter the reading of *Tratos y contratos* because, in his opinion, it was a book containing doctrines «muy necessarias para remediar la quiebra de la justicia, que anda tan desterrada en nuestros infelices tiempos, en todo genero de negociacion» (Mercado, 1569: [s.p.]).

the world of facts and the world of moral and religious values and precepts, some jurists[36] and moral theologians had implemented a series of editorial strategies, among which the publication in Spanish (Castilian) was a fundamental one. That is why Mercado wrote *Tratos y contratos* in vernacular and in an epitomized and anti-erudite style. He defended it as pleasant to merchants, who were focused as the intended public of his mercantile moral speculations instead of contemporary academic communities[37]. Mercado was conscious that his choice would be probably criticised by «this kind of unbearable people» who were the Grammarians, humanists following Erasmus as their model. In any case, he decided to take the risk to achieve a greater goal[38].

Closely connected to the pedagogic approach mentioned above, there is also a clear call in Mercado's work to transform, or at least adapt, the practice of confession itself. He sought confession that could better fit the high degree of uncertainty that distinguished the profession of merchants, money changers and bankers. These fields of business made it difficult for both confessor and penitent to determine a safer/safest —*tutior*— or more probable *probabilior* —course of action. Consequently, rigorist and probabiliorist approaches had to be abandoned. He argued that confession and theological consultation on these delicate matters should become, instead, a kind of exchange of probable opinions between penitents and confessor. The authority of the moral advisor itself seemed to dissolve, as this authority was less informed about penitents' practices than penitents themselves. It remains, of course, *de iure*, but considering the previously mentioned growing and almost insurmountable gap of knowledge, Mercado insisted on recommending confessors of merchants to be «not such a friend of their own concepts» and to avoid the imposition of their own criteria to the penitent:

36. The influential *Arte de los contractos* written by the jurist Bartolomé de Albornoz, disciple of Diego de Covarrubias at the University of Salamanca, was almost contemporary to Mercado's *Tratos y contratos*. Bartolomé de Albornoz (1573). *Arte de los contractos*. Valencia: Pedro de Huete.

37. «[…] con toda la breuedad posible, tratare del estado y condición de los mercaderes, mayormente de los desta republica y de sus negocios y tratos: porque para su utilidad y cómodo, especial y particularmente lo escreui y publique en su lengua materna y vulgar, do sin interprete lean y entiendan como han de vender y comprar, celebrar sus compañías, lleuar sus encomiendas; embiar y sortir cargazones, partir costas, interesses y ganancias», (Mercado, 1569: f. 2v.).

38. «Esto entienden bien los que algo entienden de buena doctrina, solo ladran sin cessar un genero de gente intollerable, que jamas puso pie fuera de Gramatica, cuyo principal intento en genero de letras es parecer leydos no serlo. Tan enamorados de buenas palabras que por encaxar en vna razon dos buenos términos, o hazer la sentencia rodada, cortaran por medio vna verdad substancial, o la expicaran confusamente. El mesmo texto Euangelico les enfada con ser catholicos por faltarla la facundia Ciceroniana», (Mercado, 1569: «Prologo», [s.p.]).

> […] sino quiere ser reglado, ni seguilla [la regla dada por el confesor]: y la que sige es probable, y tiene sus razones, fundamentos y autores: basta aconsejarle, lo que tiene por mas cierto, o mas le agrada, pero si al penitente le desagrada: y lo que haze, se puede hazer y lo apruevan muchos autores aprobados: gran tochedad y arrogancia seria: porque el lo repruebe, no absolvelle: sino desiste dello: aviendo en un contracto por una parte y por otra opiniones buenas entre doctos: cada uno es libre para seguir la que escogiere: lo mesmo en substancia entiendo, quando fuera de confesion se propone al theologo un negocio, que si por entrambas partes ay opiniones: y lo uno, y lo otro se puede hazer y seguir sin peligro (dado que el aya escogido una dellas por mas probable) no deve atar con ella al que pregunta, sino dezirle de plano su parecer: avisandole: que haziendo lo contrario no es peccado: porque ay muchos doctores que lo tienen por licito: tengo este consejo por muy importante en negocios de mercaderes que comunmente son de interes (Mercado, 1569: f. 15r).

Mercado's position is not explicitly probabilistic. But his perspectives on how the practice of confession had to evolve in order to conform to the new demands of commercial globalization and the high degree of complexity of mercantile and financial contracts, must be considered as intrinsically probabilistic. In fact, even if Mercado did not say precisely that a less probable opinion about a certain moral matter could be followed, he assumed and underlined that for many newly arisen practices in commerce and banking, there were no clear criteria for distinguishing a safer, more probable, more legitimate, and reasonable course of action. Therefore, if the penitent or the layman receiving the advice of the theologian insisted on defending his own criterion and this criterion had a certain probability —the degree of which was not specified by Mercado—, it had to be admitted as a probably licit course of action. It is clear that absolute truth and moral good, considered to be unattainable in certain practical spheres, lose relevance in Mercado's approach. The «certa scientia» of an omniscient and irrefutable confessor was clearly replaced by the fallible knowledge of a very human moral advisor who was subject to error and put on an equal footing with the person he was supposed to guide.

I think, therefore, that Mercado's economic reflections, almost neglected until now by the historiography on probabilism, should be integrated as one of the most important steps in the history of the emergence of probabilistic thinking (Saranyana, 2005: 186; Egío, 2020). His writings represent a clear step forward to the more systematic methodological developments of Medina, Suárez, Avendaño, that took place from the late 1570s onwards. It is important to consider, too, that a position concerning the practice of confession such Mercado's was far from being unanimous before the consolidation of probabilism in late 16th century. For example, in his contemporary *Manual de confessores*, Azpilcueta did not want to venture answers «about the question whether a confessor had to absolve against his own opinion or only when in doubt» (Schüßler, 2019: 460).

Moreover, working in a more traditional perspective, Vitoria had supposed the theologian to be always better informed than the layman. That is the reason why he considered it mandatory for laymen to always follow the advice of their confessors or theological advisors—unquestionable living authorities. Even if the historiography on the *Relectio de Indis prior* has always interpreted this imperative in relationship to war and geopolitical matters, there are also some references to the economic sphere of deals and contracts in the text:

> Therefore, it is not enough in conscience for a man to judge by himself whether his actions are good or bad. In cases of doubt, he must rely on the opinion of those authorized to resolve such doubts. It is not sufficient for businessmen merely to abstain from those contracts which they know to be illegal, if at the same time they continue to make contracts of dubious legality without consulting the experts[39].

If we go back to Mercado's *Tratos y contratos*, the book profiles what we can consider a specific *Berufsethik*. In fact, the relatively lax perspective he developed was not intended as a general recommendation that applied to every layman, but for the specific *gremium* of merchants:

> […] el letrado, corto, falto de experiencia y cargado de escrupulos, no es convenible para el mercader […]. Y no se yo porque, preguntándome uno si podra ganar en esto: concediendole muchos authores graues y doctos la ganancia, se la e de quitar yo, o vedar por solo que soy de contrario parecer, destos casos ay cien mil en theologia moral […]. Por lo qual deue el confessor, y theologo no ser tan amigo de sus conceptos: que tenga todos los otros por borrados sino ser discreto, discernir entre lo que ay euidencia, o sola opinion y probabilidad, y no tener cada cosa en mas de lo que es (Mercado, 1569: f. 14v-15v).

So, *In dubio melior est opinio mercatoris*. Those are, evidently, words that Mercado did not say, but I think he would agree with this particular rewriting of the famous Latin adagio *In dubio melior est conditio possidentis.* He was extremely conscious that too scrupulous and rigorist an approach to merchants' activities would be fruitless and even counter-productive for the spiritual goals pursued by religious advisers and moral theologians. Strict and overly orthodox approaches could only lead to a drastic decrease of commercial relationships that impose on merchants' conditions and make every business unprofitable. More probably, an excessive rigorism would make moral theology a sterile jargon, devoid of any connection with

39. (Vitoria, Pagden, Lawrance, 1991: 236). In the original Latin text: « Itaque non satis est ad securitatem vitae et conscientiae, ut quis putet se bene agere, sed in rebus dubiiss necesse est, ut aliorum, ad quos expectat, autoritate nitatur. Nec enim negotiatoribus satis est, ut nihil faciant, quod ipsi illicitum putent, si alias sine consilio peritorum illicitus contractus faciant » (Vitoria, 1557: 290).

real life and practice. Facing these two extreme positions, Mercado tried to adapt what we could call Christian traditional normativity concerning different mercantile and financial practices to the specific moral challenges faced by contemporary merchants. The abundance and degree of specificity of Mercado's moral advice was so clear that we could say he developed a kind of professional ethic applicable to the *gremium* of merchants[40].

In order to conform to a normative framework that could still have practical relevance in his time, Mercado decided also to explicitly step away from the task of «persuading and exhorting to do what it is better and safer», that is, the classic tutiorist/rigorist approach. Instead, he set himself the more restrained objective of distinguishing licit from absolutely illicit practices. Interestingly for the definition of moral theology itself in the Early Modern period, he considered this kind of pragmatic analysis of cases as one to be presented by a proper moral theologian. In contrast, the idealistic or tutiorist approach should be led to preachers, who were responsible for educating the general Christian flock in a more rigorous moral standard[41].

It is important to mention, lastly, that the writing and publication process of *Tratos y contratos* was not an isolated initiative by Mercado 'the genius'. Rather, it is possible to understand Mercado's manual as a kind of common initiative of the Faculty of Theology at the University of Salamanca. In the «Epistola nuncupatoria» that Mercado wrote as an introduction to his book, he explicitly pointed to the main teachers of the Faculty and the other distinguished theologians who had read it and approved it as its co-authors[42]. From the five masters holding chairs of scholastic

40. Of course, this effort of adaptation does not apply exclusively to the profession of the merchant. Western philosophical and theological tradition had always taken into account the specific commitments of rulers, ambassadors, and lawyers, among many other professions. It seems to me, in any case, that these dynamics of normative differentiation increased in the Early Modern period, as new genres such as the political literature on reason of state attest.

41. «[…] yo no quise en este opúsculo ser predicador, sino doctor, no rethorico facundo y elegante, sino theologo moral, claro y breve, asi no escrivo persuadiendo y exhortando lo mejor y mas seguro, sino enseñando lo que es licito e ilícito: en lo demas, cada uno se aconseje con su confessor: y pues el trato (dado que es ocasionado para mal) se puede (aunque con dificultad) exercitar bien: mi fin será mostrar que intento deve tener el mercader en sus negocios, que medios a de escoger, para que pueda ganar de tal modo su vida, que no pierda la futura: lo demas que es persuadirles se aparten totalmente del trato, no me quise agora detener en hazerlo, lo vno viendo que no an acabado cosa los que en ello se han detenido, lo otro y principal considerando la suspensión en que quedo el glorioso S. Augustin, començando vna vez a persuadir esto en el psal. 70» (Mercado, 1569: ff. 9r-9v).

42. «Por lo qual desseando la utilidad y honrra verdadera de essas gradas procure, que dado yo solo compusiesse la obra, muchos varones mas antiguos en dias, y letras, que yo casi fuessen autores della (conuiene a saber) todos los cathedraticos en Theologia desta universidad de Salamanca, y otros muchos maestros, de gran erudicion, como abaxo van nombrados,

Theology at the Faculty, four praised the book in positive written censures, among them, Mancio de Corpus Christi and Luis de León who were without doubt, the two most eminent theologians of their generation. In my opinion, that would imply a common support by the corporation of the Salamanca theologians not only of the contents of the book, but also of the key methodological assumptions put into practice by Mercado in his treatise.

7. PROBABLE ARGUMENTATION IN ANOTHER *NOVOHISPANO* MORAL THEOLOGICAL TREATISE. ALONSO DE LA VERA CRUZ'S *SPECULUM CONIUGIORUM* (1556)

Exhaustive research on the pre-history of probabilism should also consider the role of probable arguments in the writings of the prominent theologians who gave their intellectual support to Mercado's *Tratos y contratos*. Unfortunately, a full inquiry about such a complex topic is beyond the scope of this article. Among the leading masters of Mercado's time who wrote positive letters of censorship, the only one not holding a chair of Theology at the University of Salamanca or an ecclesiastical benefice in the city, was Alonso de la Vera Cruz. He was another crucial figure in colonial Mexican or *novohispano* scholasticism who, during this period of his life (1562-71), was residing in the Augustinian convent of El Escorial (Lazcano, 2007: 68-88). As already mentioned in the first section of this article, his *Speculum coniugiorum* was one of the first books printed in America and, in fact, the first 'American' treatise of moral theology, published in Mexico City in 1556. Vera *Cruz's Speculum* is particularly important for tracing the impact of Vitoria's use of probable argumentation in his lessons on the *Fourth Book of the Sentences*. As mentioned above, it was specially in these courses that Vitoria integrated in a very pioneering way some 'American' cases, echoing some questions he and other Dominicans had received from overseas. On the other hand, this adaptation was specially intended for those disciples who, like Vera Cruz, would begin to work in the missionary fronts just after their theological training in Salamanca.

The 'discovery' of a myriad of Pagan peoples in the Americas with different and, sometimes, unheard-of customs, forced missionary theologians and canon lawyers to adapt what we could call a classical normative framework to local practices and customs (Aznar Gil, 1985; Rípodas Ardanaz, 1977). As already mentioned in the sections dedicated to Vitoria's sacramental theology, probable argumentation was

---

examinandola ya compuesta, y aprobando su doctrina, cada uno de los quales la passo por si, y la censuro, de manera que se pueden asegurar con ella, y holgarse de tener resueltos y determinados sus contratos, por toda esta famosa universidad do al presente, y siempre se conservo, y florescio toda doctrina verdadera, ansi natural y moral, como divina» (Mercado, 1569: [s.p.]).

decisive in this complex process of adaptation of preexisting normativities. In order to avoid excessive confrontation with native lords and peoples, non-majoritarian arguments—and clearly not the safer and most probable ones—gained ground in a localized moral theology. For example, missionaries were forced to tolerate, for the time being, matrimonial and sexual practices that would hardly have been admitted in the European context (Castelnau L'Estoile, 2009, 96; Egío, 2021).

Working in close contact with the *purepecha* populations of the present Michoacán (Mexico), Vera Cruz undertook the challenge of linking coherent guidelines to some of these problematic local customs. He tried, in fact, to draw a clear line between the conceptions, practices, customs and rites that could be tolerated after the conversion of the Pagan inhabitants of the Americas to Christianity, and the indigenous traditions that should be eradicated (Zaballa Beascoechea, 2019; Assimakópulos, Contreras, 2017). In his attempt to introduce Christian marriage in what we could call a soft way, he avoided as much as possible any conflict with Native Americans being Christianized. He resorted to mere probable arguments that could be used in order to justify some local practices. Vera Cruz tried, above all, to defend that even if far away from European customs and important Christian precepts on marriage, the unions contracted by the Amerindians «in the time of their infidelity» should be considered as true marriages and contracted in accordance with natural law. The opposite position would have led to a forced separation of many couples and to a complicated process of celebration of new marriages under the Christian ritual. That would have been, of course, traumatic for the neophytes and logistically impossible for the few missionaries working in the Indies. Both imperatives explain the flexibility of the normative framework constructed by Vera Cruz, the distance he took vis-à-vis traditional canon law and common theological assumptions, and the way in which he made use of probable argumentation throughout his treatise.

Lacking time for a detailed analysis, I will only mention three clear examples of the use of probable arguments related to consent, repudiation and marriage among siblings. Among the doctrinal points defended by Vera Cruz, there was the opinion that Native infidels' unions, contracted in most cases without verbal consent, should nevertheless be considered as true marriages. Vera Cruz founded his theological position on the fact that the signs or a mere internal consent —such as a non-explicit disagreement— would be sufficient to validate a marriage. The authority to which Vera Cruz resorted to endorse this problematic position was a «non-improbable» opinion given by John Mair in his commentary to Lombard's *Sentences* (Mair, 1519 : d. 26, qq. 1-3).

Even if Vera Cruz was conscious that the opinion of Mair about a consent internally revealed by God was quite marginal and that it was neither the most probable nor the safer option, Vera Cruz insisted on defending his validity in the American context. The fact that this position was not completely improbable and

had some support among European theologians, seemed to be enough to legitimize its consideration. It was a probable valid resolution for the missionary context in which he and other fellow friars were operating[43].

Another very problematic practice was divorce, designated as repudiation in this time, and remarriage. Vera Cruz was conscious that canon law considered these practices as cases of bigamy and adultery, and as crimes that made null and void any marriage contracted after the first and legitimate one[44]. Nevertheless, considering that repudiation and remarriage was a deep-rooted custom among infidel and even baptized Amerindians, and that they mostly ignored the idea of this practice being a crime, Vera Cruz held the opinion that the impediment of crime by bigamy would not properly apply to American infidels and neophytes:

> Therefore, it seems probable that those who repudiated according to their customs before, did not sin. In fact, even if we said before that the staying together of man and woman until the complete education of their offspring belongs to the first principles of natural law, I understand that to be true among political Peoples, but not among very ignorant Peoples, that almost don't know anything but to be born and to die. But it is true among the Peoples who use reason, expect and believe in another life and educate and direct their children towards it. Nevertheless, if anyone does not like this sentence, I don't contradict him. If he proves the contrary in a clearer way, I will agree with pleasure[45].

43. «Et dicere quod sufficit solus interior consensus ad matrimonium est error damnatus Vuitcleff. Non tamen improbabile puto quod Maior ait in 4. quod si constasset per Dei reuelationem interior consensus, ipsis contrahentibus, non essent verba, vel signa necessaria, quamvis alij putent esse falsum. Sed contra diffinita in isto articulo sese offert quod interior consensus sufficiat, primero, Innocentius in capitulo citato Tuae fraternitati, videtur dicere, cum ait solum per ecclesiam requisitum. Ergo alias stando in iure divino sufficit, et sic saltim novi orbis incolae ante baptismum contrahentes per solum interiorem actum, vere contraherent» (Vera Cruz, 2009: 94-95).

44. Knowing that this position was the majoritarian one among theologians, Vera Cruz quoted Pierre de La Palude commentaries to Lombard's *Sentences* in this sense. «Hanc sententiam tenet Palude in 4. D. 27. Vbi loquens de bigamia, quae non tollitur per baptismus, dicit. Neque obstat, quod Ecclesia non iudicat de his, quae foris sunt: quod verum est, quamdiu foris sunt, sed postquam intrauerunt, iudicat eos, etiam secundum ea quae foris habuerunt, vt patet in conuersione infidelium. Haec Palude» (Vera Cruz, 2009: 455).

45. «Quare probabiliter videtur tales ante tempus hoc repudiantes, secundum suam consuetudinem, non peccasse. Nam dato supra dixerimus, quod manere simul virum, et foeminam vsque ad perfectam prolis educationem, sit de iure naturae de primis principijs, intelligo id verum esse apud Gentes politicas, et non apud Gentes ignorantissimas, quae nil aliud fere habent, quam nasci, et mori. Sed ita verum est id esse apud Gentes vtentes ratione, quae aliam vitam spectant, et tenent, et ad ipsam educant prolem, et dirigunt. Si tamen aliquis sit, cui ista sententia displiceat, non contradico. Si clarius contrarium probet, assensum praebeo libenter» (Vera Cruz, 2013: 200).

Vera Cruz's flexibility concerning the practice of repudiation among the American infidels came to the point of being defensive. It could not be considered a sin among them, even if husbands or wives abandoned their spouses during their children's upbringing and even though this violated a clear fundamental principle of natural law. In any case, Vera Cruz was open for further discussion and reflection, and was somehow conscious of the fragility of his own position and thus, defended it as a mere probable opinion.

A third polemical set of cases in which Vera Cruz intervened against a clear majoritarian position of canon lawyers and theologians was the marriage contracted between siblings, a customary practice of Native elites in areas such as Peru. Vera Cruz argued as a probable opinion that the vicious character of this kind of union, not clearly forbidden by the first principles of natural law, could be easily ignored by Native Americans. That was, at least, what the experience of many missionaries working in different regions of the New World had shown. Using as his main authority this practical experience directly gathered on the ground, Vera Cruz dared to oppose some of the important theologians who had held a different position on this point in ancient and contemporary times:

> From that it appears as probable that if among some [Peoples] there was the custom of marrying between siblings, that would not be against the first precepts of natural law: and they should not be separated if they converted [to Christianity], but tolerated. Nevertheless, the Pope would need to be consulted, as it is a serious matter. In fact, against this kind of precepts of natural law, custom or law can prevail […]. And so, those who say that marriage between siblings was prohibited in natural law, as Soto says (lib. 2. *De iustitia et iure*, q. 3. art. 1. et 8), have to be understood as referring to the second degree of natural law, not to the first […]. However, the opposite sentence, that it is prohibited by [the first precepts of] natural law, has its probability[46].

It is interesting to underline that, on this specific point, Vera Cruz explicitly opposed one of the most prestigious Salamanca masters, Domingo de Soto. In his *De iustitia et iure*, first published in Salamanca in 1553, Soto had held the opposite opinion. Indeed, Vera Cruz was clearly conscious that on the issue of marriage

46. «Ex quibus probabile videtur dicendum, quod si apud aliquos esset consuetudo, vt coniungerentur fratres inter se, non esset contra prima praecepta iuris naturae: et non essent separandi, si conuerterentur, sed tollerandi. Esset tamen consulendus Papa qui res grauis est: nam contra talia praecepta iuris naturae praeualere potest consuetudo, vel lex […]. Et sic qui dicunt de iure naturae prohibitum esset fratres coniungi, vt Soto lib. 2. de iure et iustitia q. 3. art. 1. et 8. Debent intelligi, quod in secundo gradu, et non in primo gradu iuris naturae […] Contraria tamen sententia, scilicet, esse iure naturae prohibitum, suam habet probabilitatem» (Alonso de la Vera Cruz, 2009: 336-338).

between siblings, as well as on topics such as non-verbal consent and repudiation, there were only conflicting probable opinions. Consequently, the Augustinian friar defended his opinion cautiously. He showed himself again open for better arguments or for the intervention of a superior authority —namely, the Pope—, underlining that such an intervention from above would surely put an end to the long and fierce discussion among peers[47].

8. CONCLUDING REMARKS

In conclusion, it is important to reflect on the above-mentioned paradox in Vitoria's *Relectio De Indis prior*. The famous Salamancan master began his text by highlighting that the consultation of a learned and experienced man (theologian/confessor/moral advisor) was an obligation every time someone was confronted with a doubtful moral matter. This obligation applied to all laypersons: for the king with scruples on the justice of an anticipated war as well as for the woman 'unable' to discern if her outfit could be sinful or invite others to sin. Nevertheless, this clear ambition of extending the rule of theology or the theological supervision to every doubtful moral matter ended in the same *Relectio De Indis prior* with the undeniable fading of Vitoria's pretention: at the very end of the *Relectio*, Vitoria was forced to recognize his lack of knowledge and expertise to decide on such a crucial element as the ability of Native Americans to rule themselves.

Cases such as the ones represented by women's dress codes were traditional. Vitoria had at his disposal a great variety of sources and examples to answer such questions. On the contrary, the hypothetical *amentia* of a large and still largely unexplored continent's inhabitants could not be decided so easily. That is the main reason why Vitoria concluded his evaluation by suspending judgment and humbly recognizing his doubts.

As I tried to show in this article, during the Early Modern period, these kinds of doubts increased insofar as the universal regulatory aspirations of theologians and canon lawyers dealt with many other issues and problematic fields. Among the most complex were how to work with the discordant normative frameworks of the newly 'discovered' Pagan peoples in America and the emerging commercial and banking practices, fields in which innovations were frequent and positive regulation was constantly evolving (Jonsen, Toulmin, 1988: 144).

47. An intervention that never took place. As Charlotte de Castelnau L'Estoile pointed out in his systematic outlook to the 16th century pontifical interventions on the subject of the Christian marriage of unbelievers, Paul III, Pious IV, Pious V and Gregory XIII limit themselves to exempt neophytes from impediments of affinity and consanguinity in third and fourth degrees (Castelnau L'Estoile, 2009, 98).

Within this volatile and vague context, the use of probable arguments was only one of the many different strategies put into practice by theologians, moral philosophers and canon lawyers working in missionary and mercantile fields. Depending on the context and case, they tried to accommodate, adapt or translate the normativity contained in classical sources to new and even unforeseen contexts.

We see such a progressive occurrence of different strategies and methodological approaches to solve doubtful cases in early modern pragmatic literature that did not belong to the academic realm (Duve, 2020b). Theological experts such as Vitoria, Vera Cruz and Mercado were trying, above all, to regulate different commercial and financial practices and solve complex doubts related to the administration of the sacraments to Native Americans. Examination of their writings can help us, firstly, to widen the number and typology of sources on which scholars have been focusing their attempts to locate a 'ground zero' of probabilism. Secondly, such a diversification of theological sources, topics, and contexts of intervention would help us to better understand the birth of probabilism as a process of progressive emergence, rather than as a kind of abrupt break or discovery made by the isolated 'genius' Bartolomé de Medina in 1577/78.

BIBLIOGRAPHY

Albornoz, B. de (1573). *Arte de los contractos*. Valencia: Pedro de Huete.

Assimakópulos, A. & Contreras, S. (2017). Matrimonio y derecho natural en Alonso de Veracruz (1507-1584). Revista de Estudios Histórico-Jurídicos, 39, 173-193.

Aznar Gil, F. (1985). *La Introducción del Matrimonio Cristiano en Indias: Aportación Canónica (s. XVI), Lección inaugural del curso académico 1985–1986*. Salamanca: UPSA.

Azpilcueta, M. de (1556). *Manual de confessores y penitentes*. Salamanca: Andrea de Portonaris.

Barbosa Machado, D. (1752). *Bibliotheca lusitana historica, critica e cronologica*, Vol. IV. Lisboa: Ignacio Rodrigues.

Barrientos García, J. (2011). *Repertorio de moral económica (1536-1670)*. Pamplona: EUNSA.

Barrientos García, J. (2018). *La Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca a través de los libros de visitas a cátedras (1560-1641)*. Madrid, Porto: Sindéresis.

Beltrán de Heredia, V. (1972). Ensayo biobliográfico sobre el P. Diego de Vitoria, O. P. Fundador de la Cofradía del Santo Nombre. En: V. Beltrán de Heredia, *Miscelánea Beltrán de Heredia* (tomo II, pp. 93-112). Salamanca: OPE, 1972.

Bernal, A. M. (2015). Tomás de Mercado y las 'negociaciones' con las Indias. En: T. de Mercado, *Tratos y contratos de mercaderes y tratantes. Edición facsimilar* (pp. 43-69). Salamanca: Universidad de Salamanca.

Beuchot, M. (1991). Bartolomé de Ledesma y su Suma de sacramentos. *Estudios de Historia Novohispana*, 11, 253-265.

Borobio, D. (2006). *El sacramento de la penitencia en la Escuela de Salamanca: Francisco de Vitoria, Melchor Cano y Domingo Soto*. Salamanca: UPSA.

Borobio, D. (2007). *Sacramentos en general: bautismo y confirmación en la Escuela de Salamanca: Fco. Vitoria, Melchor Cano, Domingo Soto*. Salamanca: UPSA.

Borobio, D. (2008). *Unción de enfermos, orden y matrimonio en Francisco de Vitoria y Domingo de Soto*. Salamanca: UPSA.

Bragagnolo, M. (2020). Les voyages du droit du Portugal à Rome. Le 'Manual de confessores' de Martín de Azpilcueta (1492-1586) et ses traductions. En : J. L. Fournel, I. Paccagnella (eds.), *Traduire dans l'Europe de la Renaissance/ Tradurre nell'Europa del Rinascimento*, Genève: Droz.

Carrillo Cazares, A. (2007). Un tratado perdido de fray Pedro de Pravia. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 16, 355-360.

Castelnau L'Estoile, C. (2009). Le mariage des infidèles au XVIe siècle : doutes missionnaires et autorité pontificale. *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, 121:1, 95-121.

Castillo, G. & Zorroza, M. I. (2015). Actividad económica y acción moral. Una revisión del supuesto antropológico moderno en la descripción del mercado de Francisco de Vitoria. *Revista Empresa y Humanismo*, 19:1, 65-92.

Cendejas Bueno, J. L. (2018). Justicia, mercado y precio en Francisco de Vitoria. *Revista Empresa y Humanismo*, 21:1, 9-38.

Concina, D. (1743). *Della Storia del Probabilismo, e del Rigorismo. Tomo Primo.* Venecia: Simone Occhi.

Cuervo, J. (1914). *Historiadores del convento de San Esteban de Salamanca*. Salamanca: Imprenta Católica Salmanticense.

De la Font. M. (1701). *Les principes de la theologie morale […]. Par lesquels on peut aisément decider les cas de conscience les plus difficiles sur toute sorte de matière*, Tome I. Paris: Pierre et Imbert Debats.

Delgado de Hoyos, F. (1985). Apuntes para la historia de la Escuela de Salamanca. *Anthologica annua*, 32, 387-412.

Delumeau, J. (1992). *L'Aveu et le Pardon. Les difficultés de la confession. XIIIe- XVIIIe siècle.* Paris: Fayard.

Díaz Díaz, G. (1983). *Hombres y documentos de la filosofía española*, Vol. 2. Madrid: CSIC.

Duve, T. (2020a). What is global legal history? *Comparative Legal History* 8:2, 73-115.

Duve, T. (2020b). Pragmatic Normative Literature and the Production of Normative Knowledge in the Early Modern Iberian Empires (16th–17th Centuries). En: Duve, T., Danwerth, O. (eds.), *Knowledge of the Pragmatici: Legal and Moral Theological Literature and the Formation of Early Modern Ibero-America* (pp. 1-39). Leiden / Boston: Brill.

Egío García, J. L. (2020). Tomás de Mercado y la transfretación global de bienes y normas. Emergencia del probabilismo y una ética mercantil diferenciada. *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas*, 15, 169-201.

Egío García, J. L. (2021). En torno a una copia inédita de la primera edición frustrada de la Summa sacramentorum (1541). El epitomizador Tomás de Chaves y la circulación manuscrita de las lecciones de Francisco de Vitoria In IV Sent. *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, 26, 75-106.

Florentinus, A. (1477). *Summa theologica*, Vol. I, Nürnberg: Anton Koberger.

Garriga, C. (2009). Gobierno y justicia. El gobierno de la justicia. En: M. Lorente (dir.), *La jurisdicción contencioso-administrativa en España. Una historia de sus orígenes* (pp. 47-113). Madrid: Consejo General del Poder Judicial.

Gómez Rivas, L. (2005), Economía y guerra: el pensamiento económico y jurídico desde Vitoria a Grocio (y después). *Studia historica. Historia moderna*, 27, 135-159.

Gonet, J. P. [1659-69] (1671). *Clypeus theologiae Thomisticae*, Vol. III. Köln: Johann Wilhelm Friesse, 1671.

González Fabre, R. (1998). *Justicia en el mercado. La fundamentación de la ética del mercado según Francisco de Vitoria*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

González Ferrando, J. M. (1991). Apostillas al dictamen de los hermanos Coronel en materia de 'Cambios y contratos'. *Revista de Historia Económica*, 9:2, 395-401.

Haggenmacher, P. (2017). Sources in the Scholastic Legacy. En: S. Besson, J. d' Aspremont (eds.), *The Oxford Handbook on the Sources of International Law* (pp. 45-63). Oxford: Oxford University Press.

Iparraguirre, D. (1957). *Francisco de Vitoria. Una teoría social del valor económico*. Bilbao Publicaciones de la Universidad de Deusto.

Jonsen, A. & Toulmin, S. (1988). *The Abuse of Casuistry*. California: University of California Press.

Lanza, L. & Toste, M. (2015). The Sentences in Sixteenth-Century Iberian Scholasticism. En: P. Rosemann (ed.), *Mediaeval Commentaries on the Sentences of Peter Lombard* (Vol. III, pp. 416-503). Leiden / Boston: Brill.

Lavenia, V. (2004). *L' infamia e il perdono. Tributi, pene e confessione nella teologia morale della prima età moderna*. Bologna: Il Mulino.

Lazcano, R. (2007). *Fray Alonso de Veracruz (1507-1584). Misionero del saber y protector de indios*. Guadarrama: Revista Agustiniana.

Llamosas, E. (2011). Probabilismo, probabiliorismo y rigorismo: la teología moral en la enseñanza universitaria y en la praxis judicial de la Córdoba tardocolonial. *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, 14:2, 281-294.

López Mata, T. (1948). Vitorias y Compludos. *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos y de la Institución Fernán González de la Ciudad de Burgos*, 104, 145-149.

Mair, J. (1519). *In Libros Sententiarum primum et secundum commentarium*. Paris : Josse Bade.

Martel Paredes, V. H. (2005). *La Filosofía Moral: El debate sobre el Probabilismo en el Perú (Siglos XVII-XVIII)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Maryks, R. A. (2008). *Saint Cicero and the Jesuits. The Influence of the Liberal Arts on the Adoption of Moral Probabilism*. London: Routledge.

Medina, B. de (1578), *Expositio in primam secundae Angelici Doctoris D. Thomae Aquinatis*. Salamanca: Matthias Gast.

Mercado, T. de (1569). *Tratos y contratos de mercaderes y tratantes discididos y determinados, por el Padre Presentado Fray Thomas de Mercado, de la orden de los Predicadores*. Salamanca: Matthias Gast.

Pavón Romero, A. (2009). La Universidad de México en tiempos de fray Alonso de la Veracruz. En: A. Velasco Gómez (ed.), *Alonso de la Veracruz: universitario, humanista, científico y republicano*, México: UNAM, 47-62.

Poutrin, I. (2019). Morale, justice et restitution chez les grands seigneurs espagnols. En: I. Poutrin, C. Duhamelle et al. (eds.), Conversion/Pouvoir et religion. https://pocram.hypotheses.org/2658

Quantin, J. L. (2016). Catholic Moral Theology, 1550-1800. En: U. L. Lehner, R. A. Muller, A. G. Roeber (eds.), The Oxford Handbook of Early Modern Theology, 1600-1800 (pp. 119-134). Oxford: Oxford University Press.

Ramírez González, C. I. (2007). Alonso de la Veracruz en la Universidad de Salamanca: entre el tomismo de Vitoria y el nominalismo de Martínez Silíceo. *Salmanticenses*, 54, 635-652.

Reinhardt, N. (2016). Voices of Conscience. Royal Confessors and Political Counsel in Seventeenth-Century Spain and France. Oxford: Oxford University Press.

Salgado de Somoza, F. [1626] 1759. *Tractatus de regia protectione vi oppressorum appellantium à Causis et Judicibus Ecclesiasticis*. Lyon, Frères de Tournes.

Repgen, T. (2014). Der Summenkommentar des Francisco de Vitoria. En: D. Kästle, N. Jansen (eds.), *Kommentare in Recht und Religion* (pp. 249-275). Tübingen: Mohr Siebeck.

Rípodas Ardanaz, D. (1977). *El matrimonio en Indias: realidad social y regulación jurídica*. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Saranyana, J. I. (1991). Pedro de Pravia († 1590), teólogo académico mexicano. Scripta Theologica 24:2, 667-682.

Saranyana, J. I. (dir.), Alejos-Grau C. J. (coord.) (2005). *Teología en América Latina. Volumen II/I. Escolástica barroca, Ilustración y preparación de la Independencia (1665-1810)*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.

Schüßler, R. (2003). *Moral in Zweifel. Band I. Die scholastische Theorie des Entscheidens unter moralischer Unsicherheit*. Paderborn: Mentis.

Schüßler, R. (2016). Equi-Probability Prior to 1650. *Early Science and Medicine*, 21, 54-74.

Schüßler, R. (2019). *The debate on Probable Opinions in the Scholastic Tradition*. Leiden, Boston: Brill.

Tutino, S. (2018). *Uncertainty in post-Reformation Catholicism: a History of Probabilism*. Oxford: Oxford University Press.

Vera Cruz, A. de la (1556). *Speculum coniugiorum aeditum per R. P. F. Illephonsum a Vera Cruce Instituti Haeremitarum Sancti Augustini, artium ac sacrae Theologiae doctorem, cathedraeque primariae in inclyta Mexicana academia moderatorem*. México: Pablo Bricense.

Vera Cruz, A. de la & Barp Fontana, L. (ed.) (2009). *Speculum coniugiorum. Espejo de matrimonios. Primera parte: Matrimonio y familia*, México: La Salle.

Vera Cruz, A. de la & Barp Fontana, L. (ed.) (2013). *Speculum coniugiorum. Espejo de matrimonios. Segunda parte: Matrimonio verdadero*. México: La Salle.

Vitoria, F. de [1529-39?]. *Commentaria in quartum librum sententiarum*, Lisboa, Biblioteca da Ajuda, 44-XII-20, ff. 463-696.

Vitoria, F. de (1557). *Relectiones theologicae*. Lyon: Jacques Boyer.

Vitoria, F. de & Chaves, T. de (1561). *Summa sacramentorum*. Valladolid: Sebastián Martínez.

Vitoria, F. de & Chaves, T. de (1595). *Summa sacramentorum*. Venezia: Domenico Farri.

Vitoria, F. de, Pagden, A. & Lawrance, J. (eds.) (1991). *Francisco de Vitoria. Political Writings*. Cambridge, Cambridge University Press.

Vitoria, F. de (1952). Disensiones sobre ciertos tratos de mercaderes. En: V. Beltrán de Heredia (ed.), *Comentarios a la Secunda secundae de Francisco de Vitoria* (Vol. VI, 512-517). Salamanca, San Esteban, 1952.

Vitoria, F. de & Zorroza, M. I. (ed.) (2006), *Francisco de Vitoria. Contratos y usura*. Pamplona, EUNSA.

Vitoria, F. de & Osuna Fernández-Largo, A. (dir.) (2017). *Relecciones jurídicas y teológicas*, Vol. 1. Salamanca: San Esteban.

Zaballa Beascoechea, A. de (2019). El matrimonio indígena antes y después de Trento. Del matrimonio prehispánico al matrimonio cristiano en la Nueva España. *Rechtsgeschichte — Legal History Rg* 27, 90-104.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441153183

DE LO JUSTO NATURAL A LO JUSTO POSITIVO EN EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE LA ESCOLÁSTICA ESPAÑOLA

From the natural right to the positive right in the economic thought of the Spanish Scholasticism

José Luis CENDEJAS BUENO

Universidad Francisco de Vitoria
jl.cendejas@ufv.es

Fecha de recepción: 13/02/2022
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: En este trabajo se analiza el razonamiento jurídico sobre cuestiones económicas de los escolásticos españoles de los siglos XVI y XVII. En dicho razonamiento concurren dos tradiciones: una primera romanista, específicamente jurídica, y una segunda, teológico moral, que recoge inquietudes franciscanas en torno a una acción humana más próxima al mensaje evangélico. En este contexto se enmarca la teoría sobre el *dominium*, motivada por la renuncia franciscana a toda propiedad, situada en los orígenes de la teoría moderna del derecho subjetivo, y de la que Francisco de Vitoria hará un uso innovador. Por otra parte, la reflexión sobre el precio justo y el dinero, también innovadora en aspectos fundamentales, desarrolla en ámbito económico el principio romanista de equidad natural. La naciente ciencia económica surge de la reflexión en torno a instituciones de *ius gentium* como la propiedad, el comercio y el dinero, instituciones que permiten conjugar necesidad natural y voluntad humana.

Palabras clave: derecho natural; *ius gentium*; pensamiento económico de la escolástica; Escuela de Salamanca; precio justo.

ABSTRACT: This paper analyses the legal reasoning on economic issues of the Spanish Scholasticism of the 16th and 17th centuries. Two traditions concur in this reasoning: a first Romanist, specifically legal, and a second, moral-theological, which includes Franciscan concerns about a human praxis closer to the evangelical message. The reflection on the *dominium* is framed in this context, motivated by the Franciscan renunciation of all property, located at the origins of the modern theory of subjective rights, and of which Francisco de Vitoria will make an innovative use. On the other hand, the reflection on the just price and money, also innovative in fundamental aspects, develops the Romanist principle of natural equity in the economic field. The nascent economic science arises from the reflection around institutions of *ius gentium* such as property, trade and money, institutions that allow combining principles such as natural necessity and human will.

Keywords: natural right; *ius gentium*; economic thought of Scholasticism; School of Salamanca; just price.

1. INTRODUCCIÓN: LA REFLEXIÓN ESCOLÁSTICA SOBRE LA JUSTICIA EN EL ORIGEN DE LA CIENCIA ECONÓMICA

Los fundamentos del derecho y de la economía (*los tratos y contratos* de la Escuela de Salamanca) ocuparon un lugar destacado en la reflexión escolástica tardía como parte de una teología moral preocupada por todos los aspectos de la convivencia humana. El pensamiento escolástico combinaba la herencia aristotélica de la *Ética* y la *Política* con el Derecho romano. En este ámbito acabó proporcionando una teoría sobre el origen y legitimidad de las instituciones que hacen viable la vida en sociedad que influyó poderosamente en el pensamiento político y jurídico moderno. Los orígenes del poder político (dominio sobre personas) y la propiedad (dominio sobre cosas) estaban en el centro de tales reflexiones debido al Descubrimiento, que planteó la pregunta sobre los derechos de los pueblos americanos, como también a los conflictos políticos derivados de la Reforma. La disciplina que actualmente denominamos como economía, en su origen griego, se refería al gobierno familiar de bienes y de personas, mientras que la crematística, el arte —*techne*— de adquirir bienes útiles para la casa (*oikos*), es lo que ha terminado identificándose de hecho con la economía (Cendejas, 2017). Desde el pensamiento griego y continuando con la tradición escolástica, los asuntos económicos en su sentido actual (esto es, los relativos al comercio, el dinero, los precios, el crédito, la producción, etc.) se abordaban en relación a la virtud de la justicia, por tanto, como parte del derecho.

En esta consideración influyó de modo determinante la *Suma de Teología* (*STh* en adelante) de Tomás de Aquino, quien acudió a este respecto a la fuente secular por excelencia, que era el Derecho romano (Aubert, 1955), que el Aquinate concilió con las aportaciones de naturaleza especulativa sobre la justicia contenidas en la *Ética* y la *Política* aristotélicas. Estas fuentes, asumidas o criticadas de diverso modo, constituyen el sustrato del pensamiento jurídico y económico de la escolástica. Tomás de Aquino abordó el estudio de la ley, la justicia y el derecho en las partes I-II de la *Suma* (dentro de la *Prima Secundae*, cc. 90 a 108, o tratado *De legibus*) y en la II-II (*Secunda Secundae*, dentro de la cual se encuentra el tratado *De iustitia et iure*, cc. 57 a 79). Tanto Francisco de Vitoria como los doctores escolásticos que enseñaron Teología tomando la obra del Aquinate como referencia, trataron dichas cuestiones siguiendo generalmente el mismo orden de la *Suma*, pero no así, por ejemplo, los jesuitas Luis de Molina, en su *De iustitia et iure* (Libro I: Cuenca, 1593) y Francisco Suárez, en su *De legibus* (Coímbra, 1612). Además de Vitoria, de quien se conservan manuscritos de sus alumnos[1], comentaron la *Secunda* de la *Suma*, entre otros, Domingo de Soto, primero en escribir, en 1553, un tratado *De iustitia et iure* separado del resto de los comentarios a la *Suma*.

El nuevo orden económico que se inicia en el siglo XVI con la expansión comercial europea descansaba sobre la posibilidad de acumular una propiedad creciente basada en la libre transmisión de bienes y derechos. Como consecuencia de ello, el estudio de la naturaleza de los contratos en los tratados *De Contractibus* y similares, y también en los manuales de confesores, tenía por objetivo principal analizar su eventual carácter usurario para lo cual se procedía a un auténtico análisis económico de interés aún en nuestros días. Dentro de los manuales de confesores es preciso mencionar el *Manual de confesores y penitentes* (Coímbra, 1552) de Martín de Azpilcueta cuya tercera edición, de 1556, incluye los apéndices *Comentario resolutorio de usuras* y *de cambios*. Los manuales de contratos tenían también la intención de servir de ayuda al mercader penitente o al confesor, desconocedor de las prácticas mercantiles habituales en la época. Dentro de esta categoría se incluyen los manuales de los sacerdotes Cristóbal de Villalón, *Tratado de cambios y reprobación de usura* (Valladolid, 1542) y de Luis Saravia de la Calle, *Instrucción de mercaderes* (Medina del Campo, 1544), así como el del franciscano Luis de Alcalá, *Tratado de los préstamos* (Toledo, 1543). Añádase al dominico Tomás de Mercado con su *Suma*

1. Francisco de Vitoria explicó el tratado *De iustitia et iure* en los cursos 1527-28 y 1535-36, y el *De legibus* en los cursos 1533-34 y 1541-42. Entre otras ediciones, disponemos de las de Frayle (1995, 2001), ambas basadas en la de Beltrán de Heredia, que incluyen el tratado *De iustitia*, tomado del manuscrito 43 de la Universidad de Salamanca del bachiller Francisco Trigo, y el tratado *De legibus*, tomado del códice Ottoboniano latino 1000 de la Biblioteca Vaticana. Del tratado *De legibus* contamos también con las ediciones de Langella (2011) y Langella *et al.* (2010).

de tratos y contratos (Salamanca, 1569), a Bartolomé Frías de Albornoz y su *Arte de los contratos* (Valencia, 1573), y a Francisco García con su *Tratado utilísimo y muy general de todos los contratos* (Valencia, 1583). Otro grupo de tratados, de naturaleza académica y escritos en latín, formaban parte de los *De iustitia et iure* y comentaban y desarrollaban extensamente las cuestiones correspondientes de la *Suma de Teología* de Tomás de Aquino[2]. Por ejemplo, proveniente de los apuntes tomados en clase por el bachiller Francisco Trigo, los comentarios a las cc. 77 y 78 de Francisco de Vitoria y el apéndice *Dictamina de cambiis*[3]. Muy posteriores, citemos también a los jesuitas Juan de Salas y su *Commentarii in secundam secundae D. Thomae: de contractibus* (Lyon, 1617), Luis de Molina[4], Leonardo Lessius (*De iustitia et iure ceterisque virtutibus cardinalibus*, Amberes, 1606) y Juan de Lugo (*Disputationes de iustitia et iure*, Lyon, 1642), cuyas obras tuvieron gran repercusión sobre el pensamiento jurídico y económico secular posterior. Es relevante señalar que el principio romanista de libre consentimiento, sobre el que descansa la plena validez contractual, fue reinterpretado y potenciado, sobre todo en los tratados elaborados por jesuitas (Decock, 2013), por un voluntarismo de raíz teológica franciscana que se había ido extendiendo desde el medievo tardío.

Advertido por Bernard W. Dempsey, S. J., que completó su doctorado en torno a 1940, Joseph A. Schumpeter (1954) puso de manifiesto la importancia del pensamiento económico de la escolástica tardía de origen español en el Capítulo 2 de la Parte II de su monumental *History of Economic Analysis* titulado «The Scholastic Doctors and the Philosophers of Natural Law». Dicho capítulo venía a revisar por completo la historia del pensamiento económico anterior a Adam Smith pues situaba los orígenes del análisis económico en la filosofía moral, primero de autoría escolástica (teología moral en consecuencia) y luego iusnaturalista secularizada, y no en las ideas mercantilistas como había sido habitual hasta la publicación de la *History* y lo es aún después. No obstante, el 'redescubrimiento' de la economía escolástica, incluida la española, había comenzado antes (Grice-Hutchinson, 1983)[5]. Conforme a esta nueva perspectiva de la historia del pensamiento económico, este partía de Aristóteles, redescubierto en el medievo gracias a las traducciones latinas de los siglos XII y XIII, y siguiendo el modelo de la *Suma* de Tomás de Aquino e integrado en los tratados *De iustitia et iure* y similares de los doctores escolásticos, principalmente españoles, de los siglos XVI y XVII, había pasado a los iusnaturalistas

2. Una recopilación exhaustiva de estos tratados y de los manuales de confesores es la elaborada por Barrientos (2011).

3. Edición de M. I. Zorroza con el título *Contratos y usura* (2006).

4. Del cual disponemos de las ediciones de Francisco Gómez Camacho (1981, 1989, 1991) de las cuestiones relativas a precios, préstamos y cambios.

5. En ámbito español, anteriores a la *History* de Schumpeter es preciso referirse a Ullastres (1941) y a Larraz (1943).

protestantes Hugo Grocio, Samuel Pufendorf y John Locke, recibiéndolo de estas manos Francis Hutcheson, maestro de Adam Smith en la Universidad de Glasgow, ya en plena Ilustración escocesa. La pretensión de validez universal del análisis de los doctores escolásticos y los iusnaturalistas, la formulación de principios generales derivados de la ley y el derecho naturales, en definitiva, los inicios de una auténtica teoría económica, permitirían, según Schumpeter, situar ahí el origen de la ciencia económica. Entre los escolásticos españoles, en una lista que posteriormente se ha ampliado sustancialmente, Schumpeter cita a Martín de Azpilcueta, Domingo de Soto, Juan de Medina[6], Tomás de Mercado, Luis de Molina, Juan de Lugo y Juan de Mariana[7]. En fechas cercanas a la publicación de la *History* de Schumpeter, profundizando en dicha línea de investigación, es preciso mencionar también los trabajos de Raymond De Roover (1955) y, sobre todo, a Marjorie Grice-Hutchinson (1952). Desde estas contribuciones iniciales, se han sucedido en número creciente los estudios sobre el pensamiento económico de la escolástica española[8], y numerosas obras[9] dan por buena la secuencia histórica de Schumpeter. Entre estos trabajos ocupa un lugar destacado Murray N. Rothbard (1976, 1995) quien lleva la influencia de la economía escolástica, más allá de la Ilustración escocesa, hasta los orígenes de la Escuela Austriaca de Economía a finales del siglo XIX.

2. PERSPECTIVAS DE 'LO JUSTO' EN EL PENSAMIENTO ESCOLÁSTICO

Como quedó dicho, el pensamiento escolástico, tanto el medieval como el tardío, abordó los asuntos económicos desde la Teología moral, como parte de su investigación sobre la virtud de la justicia. Tomás de Aquino define la justicia siguiendo a Ulpiano[10] como «el hábito según el cual uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada uno su derecho»[11]. Para Francisco de Vitoria la justicia se extiende a «conseguir la igualdad en orden a otro»[12]. Como virtud debe hacerse conscientemente y por

6. Autor del manual de confesores *Codex de poenitentia* (Alcalá, 1544) ampliado con el *Codex de restitutione et contractibus* (Alcalá, 1546).

7. Si bien Schumpeter se refiere a su *De rege et regis institutione* (Toledo, 1599) y no a su *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* (*De monetae mutatione*, Colonia, 1609).

8. Una aproximación bibliográfica puede encontrarse en J. L. Cendejas (2020a).

9. Para introducirse en el tema, véanse los trabajos de L. Perdices, P. Tedde, A. García Sanz, M. Grice-Hutchinson, F. Gómez Camacho, O. Popescu, N. Sánchez-Albornoz, A.-M. Bernal, V. Martín y G. Fernández de la Mora incluidos en el segundo volumen de la colección *Economía y Economistas españoles* de E. Fuentes Quintana (1999).

10. «*Iustitia est constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*» (*Dig.* 1.1.10pr) y «*Iuris praecepta sunt haec: honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*» (*Dig.* 1.1.10.1).

11. *STh* II-II, c. 58, a. 1.

12. Comentario de Francisco de Vitoria a *STh* II-II, c. 57, a. 1.

libre decisión, con firmeza y por su propia finalidad. La justicia atiende a lo que es debido, no a quien le es debido. Por ejemplo, es indiferente que el que compra sea rico o pobre con tal de que dé lo equivalente, dice Vitoria. Por contraste con el mundo actual donde se ha impuesto el positivismo jurídico, es preciso recordar que para la escolástica, ley y derecho no son lo mismo. La ley ha de ser justa, de otro modo ni es ley ni obliga en conciencia, mientras que el derecho, por su propia naturaleza, es lo justo. Y lo justo no proviene en exclusiva de la voluntad humana. Continuando la tradición griega, la exigencia de lo justo proviene de dos fuentes, la naturaleza (*lex naturalis*, *ius naturale*) o la voluntad humana (*lex positiva*, *ius civile*), a la que el mundo cristiano añade la voluntad divina manifestada en las leyes Antigua y Nueva. La ley (y el derecho) natural tiene vigencia en todas partes y no está sujeta al parecer humano[13], mientras que la ley y el derecho positivos lo son en virtud de su promulgación, humana o divina, o por aplicarse a casos particulares mediante una sentencia judicial por ejemplo.

El derecho admite un 'nivel intermedio' de determinación: además del *ius naturale* y el *ius civile*, la escolástica, como herencia del Derecho romano, admite la existencia de un *ius gentium*. Este último va a ocupar un lugar destacado en la escolástica tardía española (Cendejas 2020b, 2022). El *ius gentium* tiene, en el mundo romano, un origen jurisprudencial al provenir de los edictos del *praetor peregrinus* con el fin de resolver los contenciosos entre ciudadanos romanos y entre extranjeros, o bien entre estos últimos. Por su parte, el concepto de *ius naturale* tenía un origen especulativo de inspiración estoica, griega y romana (Kroger, 2004). No había acuerdo sobre su contenido ni tenía tampoco relevancia jurídica. Se suponía que había sido el derecho vigente en un primigenio *status naturae* en que se habría encontrado la humanidad antes del surgimiento de las instituciones civiles. Este derecho es inmutable e independiente de la voluntad humana. Según las *Institutiones*:

> Las leyes naturales (*naturalia iura*), que por igual se observan entre todas las gentes, establecidas por cierta providencia divina, permanecen siempre firmes e inmutables; pero las que una ciudad cualquiera constituye para sí, suelen cambiarse a menudo o por tácito consentimiento del pueblo, o por otra ley posteriormente dada (*Inst*. 1.2.11).

El derecho de gentes, aunque también común a todo el género humano, había nacido para satisfacer las necesidades humanas una vez se había abandonado el *status naturae*:

> Pues por exigirlo el uso y por las necesidades humanas, las naciones humanas constituyeron para sí cierto derecho; mas estallan las guerras y se originan las cautividades

13. Aristóteles, *Ética* V, 7, 1134b 20-25.

> y esclavitudes, que son contrarias al derecho natural (pues por derecho natural todos los hombres al principio nacían libres); y de este derecho de gentes han sido introducidos casi todos los contratos, como la compraventa, el arrendamiento, la sociedad, el depósito, el mutuo y otros innumerables (*Inst.* 1.2.2).

Así que los contratos, que presuponen la propiedad (dominio sobre cosas) o la esclavitud (dominio sobre personas en el seno de la comunidad familiar) se consideraban instituciones de derecho de gentes, mientras que el *ius civile* era el legislado o el consuetudinario propio de cada comunidad política: «es evidente que es más antiguo el derecho natural, que la naturaleza de las cosas produjo con el mismo género humano; pues entonces comenzaron a existir los derechos civiles, cuando empezaron a fundarse ciudades, a crearse magistrados» (*Inst.* 2.1.11).

El desacuerdo respecto a cómo considerar el *ius gentium* queda recogido en el *Digesto*. Ulpiano establece la división tripartita (natural, de gentes, civil), mientras que Gayo, como Aristóteles, sólo considera el derecho natural y el civil. Sin embargo entre los canonistas y los teólogos prevaleció la clasificación de Ulpiano pues determinadas instituciones contaban con una presencia universal (el poder político, la propiedad, la esclavitud) por lo que no podían atribuirse al *ius civile* romano. Sin embargo, desde una perspectiva cristiana no se admitía en ellas la absoluta necesidad que las habría caracterizado de pertenecer al derecho natural, especialmente en lo referido a la esclavitud o la propiedad. La universalidad y cierta necesidad o conveniencia presentes en el *ius gentium* permitía explicar la presencia de instituciones similares en distintas naciones (*gentes*) que se oponían a las instituciones propias del derecho natural. Estas últimas quedan recogidas en la recopilación del derecho canónico que Graciano llevó a cabo en torno a 1140. En el *Decretum*, se afirma que:

> El derecho natural es común a todos los pueblos, existe en todas partes por el instinto de la naturaleza, no por constitución alguna. [Incluye] la unión de hombre y mujer, el reconocimiento de los hijos y su educación, la posesión común de todas las cosas (*communis omnium possessio*) una libertad para todos (*omnium una libertas*), la adquisición de lo que se toma del cielo, la tierra y el mar; también incluye la restitución de las cosas depositadas o del dinero confiado y repeler la violencia con la fuerza. §. 1. Esto y lo que a esto se asemeja nunca es injusto, sino que ha de tenerse por justo natural (*Distinctio* 1, *c.* 7)[14].

Libertad[15] y común posesión quedaban derogadas (circunstancialmente, no de modo absoluto) por las instituciones del gobierno y la propiedad, características

14. Reproducción literal a su vez de lo recogido por San Isidoro en las *Etimologías* (ca. 634), libro V, 4.

15. Por derecho natural todos los hombres nacen libres: *Dig.* 1.1.4; 1.5.4.1; 12.6.64; 40.11.2; 50.17.32; *Inst.* 1.3.2.

del derecho de gentes y del estado civil. Además de la institución familiar, común posesión y libertad, pertenecen a lo justo por naturaleza la adquisición de los bienes no apropiados (antes comunes a toda la humanidad), la equidad en los contratos[16] y la legítima defensa, dicho en términos actuales. En consecuencia, podemos afirmar que el *ius naturale* incorpora dos principios heterogéneos: un estado natural de la sociedad con ausencia de gobierno y de propiedad particular, ambos derogados circunstancialmente por el derecho de gentes y el civil; y un principio normativo de equidad natural en los tratos[17], sean voluntarios o involuntarios, no solo en vigor, sino de extraordinaria relevancia en lo que a la economía se refiere, como comprobamos al hablar de la determinación del precio justo y de la naturaleza del dinero. Antes de pasar a lo dicho es preciso decir algo más sobre el lugar que ocupa el concepto de dominio en el origen de la concepción moderna del derecho como derecho subjetivo.

3. 'LO JUSTO' COMO *DOMINIUM* O DERECHO SUBJETIVO

La contribución del pensamiento jurídico de la escolástica más influyente sobre el pensamiento moderno ha sido la que tiene por origen el concepto de *dominium*. El *dominium* sobre las cosas creadas fue otorgado por Dios al conjunto de los hombres para su provecho en régimen de comunidad de bienes. Por razones *casi necesarias* (aquí está el núcleo de la explicación) las cosas hubieron de ser divididas y asignadas por los propios hombres. Asignación que se sobreentiende lo fue a las familias, la comunidad natural que analiza Aristóteles en el Libro I de la *Política.* Al explicar las razones de dicha división, la escolástica elaboró una teoría sobre el origen de la propiedad que, en buena medida por mediación de John Locke[18], será la predominante en el pensamiento secular posterior. Las razones que los doctores escolásticos alegaban para la división y segregación de las cosas desde la originaria comunidad de bienes constituyeron sólidos argumentos para sostener el predominio de la propiedad privada sobre la propiedad común. Si bien dicha división no resulta

16. Para Celso el derecho es el arte de lo bueno y lo equitativo (*Dig*. 1.1.1pr) afirmando Paulo que el derecho natural siempre lo es (*Dig*. 1.1.11).

17. Para Vitoria el derecho natural afirma cierta igualdad y justicia como «devolver lo prestado», o «no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti». Por el contrario, el derecho de gentes se entiende como algo que es adecuado a otro en orden a otra cosa, como la división de las posesiones que no se refiere directamente a la igualdad y la justicia sino que se ordena a la paz entre los hombres (comentario a *STh* II-II, c. 57, a. 3). El derecho de gentes no es equitativo por sí mismo, sino por un estatuto humano fijado racionalmente, y resulta *casi necesario* para la conservación del natural. Por ejemplo, podría subsistir un mundo sin propiedad particular, como así rige en las órdenes religiosas, pero habría discordias y guerras.

18. *Second Treatise of Government* V.

absolutamente necesaria, resulta muy conveniente[19], o empleando el término anterior, que puede aplicarse a la totalidad del derecho de gentes, *casi necesaria*.

La legitimidad del dominio sobre cosas (la propiedad) o sobre personas (el poder político o gobierno civil) se asienta en la existencia de derechos naturales o innatos de tipo subjetivo. Sin un desarrollo previo de una concepción subjetivista del derecho difícilmente Francisco Suárez o John Locke podrían haber elaborado sus explicaciones pactistas del poder político con la coherencia con que lo hicieron, así como tampoco una teoría sobre el origen de la propiedad coherente con la anterior. La teoría de los derechos naturales subjetivos actuó, en consecuencia, de sustrato necesario de las elaboraciones doctrinales que permitieron explicar tanto el paso del estado de libertad natural al estado civil como de la comunidad de bienes a la propiedad particular. Señalemos dos hitos fundamentales en el desarrollo histórico de esta concepción del derecho. El primero está ligado a la polémica medieval de origen franciscano sobre el significado y alcance de la pobreza evangélica. Tomando como punto de partida esta polémica, Villey (1975) atribuye el origen del concepto de derecho subjetivo a Ockham[20]. Sin embargo, Tierney (1997) lo sitúa en la jurisprudencia canónica, repleta de derechos subjetivos, de donde Ockham lo habría adoptado. La teoría del derecho subjetivo está presente, entre otros, en los nominalistas Jean Gerson y Conrado de Summenhart[21] (Guzmán Brito, 2009; Tellkamp, 2009) a quienes Francisco de Vitoria cita con frecuencia. En efecto, Vitoria recibe en París, además de la influencia tomista, la del nominalismo[22], patente en su interés por las cuestiones morales y jurídicas. Inspirada y potenciada por el voluntarismo de los nominalistas, esta concepción del derecho fue adoptada y desarrollada por teólogos, no ya solo franciscanos, sino también por dominicos como Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, y terminará influyendo, por vía principalmente jesuítica, en los iusnaturalistas modernos. En este proceso hay que citar, además de a Vitoria, al jurista Fernando Vázquez de Menchaca[23] (Carpintero, 2008: 152 y ss.), a

19. Por ejemplo, la razones que da Tomás de Aquino por las cuales «es lícito que el hombre posea cosas propias» (*STh* II-II, c. 66, a. 2). Véase también el comentario de Francisco de Vitoria a la c. 66 en Cendejas y Alférez (2020).

20. *Opus nonaginta dierum*, 1333.

21. Conrado de Summenhart (1450/60-1502) fue un dominico que enseñó en la Universidad de Tubinga, autor de un manual de contratos *Opus septipartitum de contractibus* (Haguenau, 1500) muy citado por los escolásticos españoles.

22. «Mitigado y ecléctico» según R. García Villoslada (1938), véase también Belda (2000). En París se encontraban los nominalistas John Maior (influido por Gerson), Jacques Almain, los hermanos Coronel o Juan de Celaya, maestro de Francisco de Vitoria.

23. Antes que ambos y que Grocio y Pufendorf, Vázquez de Menchaca había procedido a revitalizar el concepto de libertad natural que terminaría por imponerse en la Modernidad (*Controversiarum usu frequentium libri tres,* Barcelona, 1563; y *Controversiarum illustrium aliarumque usu frequentium,* Venecia, 1564).

los jesuitas Luis de Molina, Francisco Suárez, Juan de Lugo y al flamenco Leonardo Lessius, entre otros, y, en una segunda etapa, a iusnaturalistas protestantes como Grocio (Guzmán Brito, 2009, cap. 8) Pufendorf y Locke, quienes fueron, como ya indicamos, los encargados de transmitir el pensamiento económico escolástico a las universidades del centro y norte de Europa. Grocio cita con frecuencia a Vitoria, Vázquez de Menchaca y Diego de Covarrubias, entre otros escolásticos españoles (Gómez Rivas, 2021). En el *Mare liberum* (Leiden, 1609) se defienden derechos de origen vitoriano como son el de comunicarse y comerciar con otros pueblos y el de toda nación a la navegación marítima, en los orígenes del derecho internacional[24]. Derecho que inicialmente recibió el nombre de derecho de gentes (*e. g. law of nations*), pero con un significado distinto al del *ius gentium* romano y escolástico que es el utilizado aquí.

El segundo hito de importancia en la conformación moderna de la teoría del derecho subjetivo vino, como hemos anticipado, de la mano de Francisco de Vitoria quien dio un impulso definitivo a dicha concepción del derecho. Cabría afirmar que Vitoria descubrió los luego llamados derechos humanos, que para él nacían de la ley natural, del mero hecho de ser hombre y, por ello, creado a imagen y semejanza de Dios. Vitoria revitalizó la cuestión del dominio con motivo de los indios «recientemente descubiertos» (*De Indis recenter inventis*, 1539). En *De Indis* se trataba de dilucidar si los indios eran «dueños de sus cosas privadas y de sus haciendas, y si había entre ellos verdaderos príncipes y señores de otros indios». La respuesta positiva se basaba en el hecho de que el dominio es una institución de derecho natural, no sobrenatural, y que por serlo no se perdía por infidelidad o pecado. Al reconocer como sujeto de derechos al indio americano, se acepta, como paso lógico subsiguiente, la existencia de una comunidad política universal que incluye todos los pueblos, una *communitas totius orbis*, y de un correspondiente bien común universal, patente en *De Indis* y también en *De iure belli Hispanorum in barbaros* (1539). Además de en dichas *Relectiones*, Vitoria expone su teoría sobre el dominio al comentar la cuestión 62 de la *Secunda Secundae* relativa a la restitución, a pesar de que el Aquinate no había tratado del dominio en esta cuestión. En su tercera acepción, para Vitoria dominio es la facultad de usar una cosa de acuerdo con los derechos o las leyes razonablemente instituidas[25] por lo que, así entendidos, coinciden derecho y

24. Ya presentes por otra parte en el Derecho romano. Según las *Institutiones*, por derecho natural son comunes las aguas corrientes y el mar, los ríos y los puertos en los que las naves pueden atracar. Por derecho natural hay cosas comunes a todos (*res communes omnium*) que, por su naturaleza, no son apropiables y se excluyen por ello del tráfico jurídico, así el aire, el agua corriente, el mar y sus riberas (*Dig.* 1.8.2, *Inst.* 2.1.1) y cosas públicas como los ríos y los puertos (*Inst.* 2.1.2).

25. Siguiendo a Summenhart (*De contractibus*, q. I, tr. I). Summenhart, a quien Vitoria atribuye la definición, está siguiendo a Gerson. Guzmán Brito (2009) indica que la definición

dominio, *ius* y *dominium*. Precisamente el predominio progresivo de una concepción subjetivista del derecho se produjo por medio de esta identificación entre derecho y 'derecho a'. Una elaboración ulterior de *ius* entendido como derecho subjetivo correrá a cargo de Luis de Molina y, especialmente, de Francisco Suárez[26]. En la segunda acepción de *ius*, Suárez lo define como «el poder moral (*facultas moralis*) que cada uno tiene sobre lo suyo o sobre lo que se le debe».

En el estado de naturaleza, o bien en su versión cristiana de estado de inocencia[27], todos eran libres y todo era de todos, esto es, no existía dominio político ni se había dividido la propiedad entre los hombres. Como señalamos, el hombre había recibido de las manos de Dios el dominio sobre el conjunto de lo creado. La razón de ello es la especial dignidad del hombre que reside en haber sido creado pero, a diferencia del resto de criaturas, a imagen y semejanza del Creador. En el estado de inocencia no resultaban precisos ni un poder político que reprimiera a los malvados ni una asignación individual de las cosas necesarias para la vida. Como en el estado de naturaleza pagano, la abundancia y la excelencia moral hacían innecesaria la institución de la propiedad. Tras la Caída, fue preciso instituir el dominio político en su faceta coactiva[28] y muy conveniente dividir lo que hasta entonces había sido común, especialmente la tierra cultivable[29] (Cendejas, 2022), incluso la esclavitud. La necesidad o la *casi necesidad* derivada de unas nuevas circunstancias introdujeron las instituciones del derecho de gentes. Fundamental para entender la diferencia del *ius gentium* con el *ius civile* es que la introducción de estas instituciones no se produjo por promulgación de ningún legislador o juez, sino por aceptación práctica y tácita de los hombres, quienes, por disposición divina, gozaban de dicha potestad, es decir, de derecho (subjetivo) para hacerlo. Así, Suárez afirma que, por derecho

---

de Vitoria de derecho como facultad sintetiza en una las definiciones de Gerson de *ius* y de *dominium*: «*Ius est potestas vel facultas propinqua conveniens alicui secundum dictamen rectae rationis*», «*Dominium autem est potestas vel facultas propinqua assumendi res alias in sui facultate vel usum licitum secundum iura vel leges rationabiliter institutas*».

26. *De Legibus* I, 2, 5. Véase Baciero (2012).

27. Los teólogos señalaban el carácter meramente especulativo de lo que se suponía había sido dicho estado pues nada se decía en la Biblia al respecto. Contamos, entre otras, con dos descripciones: la de Tomás de Aquino en la c. 96 y ss. de la *Prima Pars* de la *Suma*, y la de Francisco Suárez en su *De opere sex dierum* (1621). Esta última parcialmente traducida por Sierra (1975) pp. 721 y ss.

28. En los *Comentarios sobre las Sentencias* II, *dist*. 44, q. 1 a. 3 (Sierra, 1975: 398-399) el Aquinate afirma que el dominio como gobierno existía en el estado de inocencia, si bien limitado a su función de dirigir lo que se debía hacer o saber, y que los gobernantes eran quienes tenían mayores dones de sabiduría o de inteligencia. La segunda función del gobierno, junto con la anterior, está presente en el estado de Caída: castigar a los malos e impulsar coactivamente actos de virtud.

29. Este asunto ocupa el lugar central de la explicación que da Locke del paso del estado de naturaleza al estado civil.

natural concesivo, los hombres estaban autorizados, aunque no obligados, a dividir las cosas y asignarlas individualmente tanto en el estado de inocencia como en el de Caída. También Tomás de Aquino lo indica así[30]. A pesar de este 'cambio institucional', localizado antes o después de la Caída (no hay unanimidad al respecto), las instituciones primigenias no quedan totalmente derogadas: salvo disposición en contrario, aún es lícito apropiarse de las cosas sin dueño[31] (Cendejas y Alférez, 2020: 136-139 y 202-203) y, en caso de necesidad, es lícito tomar aquellos bienes imprescindibles para la vida (*ius necessitatis*) de quien los tenga[32]. Lo justo por naturaleza sigue vigente de modo subyacente, por decirlo así, ya que como afirma Tomás de Aquino y recuerda Vitoria, «lo que es natural en el hombre ni se le añade ni se le retira por el pecado»[33].

4. EL PRECIO DE 'COMÚN ESTIMA' COMO PRECIO JUSTO NATURAL

Para el pensamiento escolástico el precio justo es el precio corriente del mercado fruto de una *común estima* (*communis aestimatio*, valoración o aprecio promedio) que resulta cuando hay una concurrencia suficiente de compradores y vendedores. El precio de común estima es el justo por naturaleza e implica igualdad entre el precio monetario y el valor de la cosa. Por su parte, el dinero, que interviene en los intercambios, constituye una institución de derecho de gentes, tal como la escolástica caracteriza las instituciones del *ius gentium*, como universales, no absolutamente necesarias, pero sí sumamente convenientes o casi necesarias. El intercambio y el uso del dinero presuponen el dominio sobre cosas previamente segregadas de lo que, en un principio, era común a todos los hombres.

La tradición romanista entiende el intercambio de cosas iguales como justo por naturaleza, también Aristóteles. El pensamiento escolástico continúa y desarrolla fructíferamente esta tradición que, de manos de la escolástica tardía española, se extiende al propio medio de cambio. Aristóteles trata del intercambio en el libro V de la *Ética a Nicómaco* en el contexto de la virtud de la justicia, marco general que seguirá la escolástica. La justicia se divide en general (o política) y particular. Dentro

30. *STh* I, c. 98, a. 1 ad 3.
31. Comentario de Francisco de Vitoria a la c. 66 de la *Secunda Secundae*.
32. Y, por supuesto, pedirlos si se carece de ellos. En la conocida como controversia sobre los pobres, Domingo de Soto (*Deliberación en la causa de los pobres*, Salamanca, 1545) defendía el derecho de los pobres a residir y a pedir donde estimaran oportuno frente a las diversas leyes que prohibían la mendicidad puerta a puerta y que los pobres salieran de sus localidades. Para De Soto quien prohibía la mendicidad estaba obligado a atender al necesitado al que asiste el derecho natural a buscar el sustento. Si esto no se iba a hacer, pues no era posible obligar a los naturales a tal cosa, la mendicidad debía tolerarse sin restricción alguna. Véase esta polémica en Martín (1999). También Locke reconoce el *ius necessitatis* (*First Treatise of Government* IV, 42).
33. *STh* I, c. 98, a. 2.

de la segunda cabe distinguir la justicia correctiva, también denominada conmutativa, de la distributiva. La justicia correctiva regula las relaciones entre miembros de la polis considerados individualmente y en tanto iguales. Se entiende esta igualdad como sometimiento a un mismo príncipe, aclarará posteriormente Tomas de Aquino[34], es decir, sometimiento a unas mismas leyes. En contraste, la justicia distributiva se refiere a lo debido por la polis, por el conjunto de sus miembros en definitiva, a cada uno de ellos proporcionalmente en cuanto contribuyen de modo distinto al bien común. Se realiza, por ejemplo, mediante el reconocimiento de méritos u honores[35]. Frente a la justicia particular, la justicia general se refiere a la relación de los miembros de la polis con la polis misma, también por ello denominada justicia política. Esta puede ser natural o legal como ya dijimos. En definitiva, la justicia establece lo debido en tres direcciones: primera, lo debido entre iguales mediante la justicia correctiva; segunda, lo debido por la polis a cada uno de sus miembros mediante la justicia distributiva; y tercera, lo debido por cada miembro de la polis a la polis misma, esto es, a todos los demás ciudadanos, mediante la justicia política. En los dos últimos casos lo debido no es entre individuos, sino entre individuo y comunidad.

La justicia entre miembros de la polis debe quedar preservada en el ámbito de la normal convivencia, esto es, como consecuencia de los tratos ordinarios entre ciudadanos. En los tratos voluntarios (compra, venta, préstamo, fianza, usufructo, depósito, alquiler, etc.) ninguna de las partes debe resultar perjudicada. En este contexto es donde surge el concepto de precio justo, que Aristóteles se queda a las puertas de formular. Por otra parte, los delitos (tratos involuntarios), que quebrantan la justicia conmutativa, exigen un castigo, reparación o restitución que, de algún modo, vuelva las cosas a como se encontraban antes de dicho quebranto. Los delitos habituales, como el hurto y la rapiña que atañen a la propiedad (Cendejas y Alférez, 2020), se entienden cometidos contra miembros de la comunidad política, pero no contra esta tomada en su conjunto. Si este fuera el caso, su reparación recaería en el ámbito de la justicia general o política.

Un modo de relacionarse los miembros de la polis, afirma Aristóteles, es la mutua reciprocidad que mantiene unida a la polis. El intercambio de cosas se incluye ahí. La justicia en los intercambios implica la igualdad de las cosas intercambiadas. Ahora

34. En *Ética* V, 6, 1134a 25-30 para hablar de injusticia se ha de atender a las leyes dadas por el príncipe. Tomás de Aquino diferencia lo justo que se halla «entre dos en absoluto distintos y no simplemente uno», de lo que sucede cuando uno es parte de otro. Ahí en sentido estricto no cabe hablar de lo justo, sino de lo justo dominativo, bien paterno o bien doméstico (comentario de Francisco de Vitoria a *STh* II-II, c. 57, a. 4). También *STh* II-II, c. 58, a. 7 ad 3.

35. Tomás de Aquino lo explica diciendo que la justicia conmutativa se refiere a cómo se le debe a alguien lo que es propio, mientras que la distributiva, a cómo se le debe a alguien lo que es común (*STh* II-II, c. 61, a. 1 ad 5).

bien, y aquí surge la pregunta sobre el valor, cómo se igualan las cosas naturalmente desiguales que intervienen en un intercambio. Para tal fin existe el dinero, medio de cambio que iguala desiguales a través de la necesidad. El dinero es una medida convencional establecida en virtud de un acuerdo, afirma Aristóteles, por lo tanto no pertenece a 'lo natural' o necesario conforme al ser de una cosa[36]. El dinero resuelve en grado suficiente el problema de comparar cosas desiguales en aquello que tienen de igual, la necesidad recíproca de comprador y vendedor, permitiendo igualar necesidades, no cosas, lo cual es imposible por naturaleza. El dinero actúa así de sustituto de la necesidad[37].

Los tratos voluntarios pueden convertirse en fraudulentos si no se cumplen determinadas condiciones, en ese caso es precisa una restitución. Así, la compraventa fraudulenta, según Tomás de Aquino y la tradición escolástica, puede considerarse hurto. En la c. 77 de la *Secunda Secundae* considera el Aquinate las cuatro razones que pueden dar lugar a esa situación: precio injusto, injusticia por razón de la cosa vendida, defectos de la cosa vendida, y aumento del precio en el comercio respecto del coste de adquisición de la cosa. De acuerdo con Schumpeter (Schumpeter, 1954: 93, nota a pie 15), que la c. 77 trate del fraude demuestra que el Aquinate, siguiendo la tradición romanista, entiende por precio justo el vigente en un mercado competitivo: bajo condiciones competitivas, difícilmente los vendedores pueden fijar precios por encima del vigente, o los compradores por debajo. Sí podrían defraudar con la cantidad y la calidad que es de lo que trata básicamente esta cuestión. Como el intercambio se realiza en beneficio de ambas partes por necesidad mutua, no puede ir en perjuicio de ninguna de ellas[38]. Reaparece en el Aquinate la mutua necesidad que, para Aristóteles, podía medirse gracias al dinero. En resumen, la licitud del comercio radica en la mutua necesidad de las partes sin mediar fraude o engaño e intercambiando a un precio justo, que es el que iguala precio monetario con valor de la cosa. Así debe interpretarse el principio romanista que permite vender a lo máximo que se pueda («*res tantum valet quantum vendi potest*»[39]) puesto que el precio en un mercado de elevada concurrencia impone un techo a los oferentes y un suelo a los demandantes. Langholm (1998a: 79-80; 1998b: 459-470) detalla las interpretaciones y adiciones a este principio realizadas por romanistas, canonistas y teólogos: una cosa vale tanto a como pueda venderse «si está permitido» (Antonino de Florencia), «si se

36. En consecuencia, como institución, no es parte del derecho natural. Como ya dijimos, Aristóteles solo contempla dos tipos de justicia: natural y legal.

37. *Ética* V, 5, 1133a 15-30.

38. *STh* II-II, c. 77, a. 1. El comercio no es de suyo una actividad ilícita: los vicios del comercio lo son del hombre y no del arte en sí, afirma el Aquinate citando a San Agustín (*STh* II-II, c. 77, a. 4).

39. *Dig.* 36.1.1.16, 13.1.14pr, 39.6.18.3, 47.2.53.29.

vende al precio justo» (Battista Trovamala), «justa y razonablemente» (Gabriel Biel), «lícitamente» (Summenhart), «lícita y razonablemente» (Juan de Medina), «dentro de los límites de la justa estimación» (Lessius). También Domingo de Soto admite este principio «excluidos la fuerza, el fraude, y el engaño, que quitan el voluntario en el comprador» pero excluyendo las cosas de primera necesidad, (diríamos hoy) que no pueden venderse a cuanto se pudiera obtener[40]. También para Pedro de Valencia, dicho principio se entiende «en las cosas no necesarias a la vida»[41].

Como se ha dicho, la doctrina jurídica romanista[42] y canónica entendía el precio justo como aquel al que se vende corrientemente conforme a una común estima, lo que era algo compartido por teólogos y escolásticos desde época medieval. Por ejemplo, Jean Buridan, («*rei venalis mensura est communis indigentia humana*»), Alejandro de Hales («la justa estimación de los bienes es a como se venden comúnmente en una determinada ciudad o lugar») o Alberto el Grande («un precio es justo si es igual al valor de los bienes vendidos conforme a la estimación del mercado en cierto momento»)[43]. Para Bernardino de Siena, el precio justo proviene de «la valoración o estimación común realizada conjuntamente por la comunidad de ciudadanos» (De Roover, 1967: 20). Cayetano concluía que, para el Aquinate, el precio justo es el que «en un momento concreto, pueda obtenerse de los compradores, suponiendo un conocimiento común y en ausencia de todo fraude y coacción» (De Roover, 1958: 422-423). En la España del siglo XVI, para Saravia de la Calle «justo precio de la cosa es aquel que comúnmente corre en el lugar y tiempo de contrato al contado»[44] habida cuenta de la abundancia o falta de mercaderías, de mercaderes (lo que influye en lo que actualmente denominamos poder de mercado) y de dinero, y sin mediar «engaño y malicia». Para Domingo de Soto, entrando en el origen de dicho valor, por lo tanto, con un enfoque más teórico económico que estrictamente jurídico, «el precio de las cosas no ha de calcularse por su naturaleza, sino por la utilidad que prestan a los hombres», «las cosas en la estimación general han de valer tanto cuanto sirven a los hombres»[45]. Recuerda De Soto la existencia de dos escalas de valor. En un ejemplo profusamente

40. *De iustitia et iure*, lib. VI, q. 2, a. 3 (en Grice-Hutchinson, 1952: 148-151 de la edición en español).

41. *Discurso sobre el precio del trigo* (Zafra, 1605; en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 169-171 de la edición en español).

42. El *iustum pretium* era cualquier precio libremente acordado entre comprador y vendedor estando permitido *naturaliter* el regateo (*Dig.* 4.4.16.4, 19.2.22.3).

43. Las tres definiciones citadas por Rothbard (1995).

44. *Instrucción de mercaderes*, cap. 2.

45. *De iustitia et iure*, lib. VI, q. 2, a. 3 (en Grice-Hutchinson, 1952: 148-151 de la edición en español).

repetido por los escolásticos, conforme al orden natural del ser creado, los ratones ocupan un lugar superior al trigo, pero conforme a su estima como cosa útil, nadie prefiere los ratones al trigo[46]. Siguiendo a Aristóteles, la necesidad es la «causa y la medida de los cambios entre los hombres», aunque, por necesidad, De Soto entiende también «el ornato de la sociedad», esto es, todo lo que puede servir al hombre para «su diversión y adorno». Necesidad por ello entendida como lo hace la teoría económica, como simple demanda. Para el canonista Diego de Covarrubias, el valor de un artículo no depende de «su naturaleza esencial sino de la estimación humana, incluso si dicha estimación es absurda. Así, en las Indias el trigo es más apreciado que en España por la mayor estima de los hombres, aunque la naturaleza del trigo es la misma en ambos lugares»[47]. Para Tomás de Mercado, el precio justo «es el que corre de contado públicamente y se usa esta semana y esta hora, como dicen en la plaza, no habiendo en ello fuerza ni engaño; aunque es más variable, según la experiencia enseña, que el viento»[48].

La práctica totalidad de los escolásticos defienden que el precio justo es el de común estima y no el que cubre costes. De Roover (1958) procede a aclarar numerosos malentendidos a este respecto. Las salvedades que suelen aducirse apelando a Alberto el Grande, Tomás de Aquino o Duns Scoto no serían tales según Langholm (1998b: 470-475) pues ambos principios de estimación del precio justo resultan complementarios: si el precio de común estima no cubre los costes, la producción no puede tener lugar. Saravia de la Calle lo expone con suma claridad: «El justo precio nace de la abundancia o falta de mercaderías, de mercaderes y de dineros, y no de las costas, trabajos o peligros», «van más caras las primeras frutas porque no las hay, no porque cuesten más a traer. Pues así las primeras como las segundas vienen de los mismos árboles y de las mismas huertas»[49].

Sin embargo, del hecho de que en el funcionamiento del mercado concurra cierta necesidad[50], no exime de responsabilidad al comerciante. Así, afirma Francisco

46. San Agustín, *De Civitate Dei* XI, 16. Francisco García, recordando esta cita, atribuye el valor de una cosa por su naturaleza al «Filósofo», y el valor de una cosa según remedie necesidades humanas al «Político» (*Tratado utilísimo y muy general de todos los contratos*, parte I, cap. 9, en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 160-164 de la edición en español).

47. Tomado de Grice-Hutchinson (1952: 122 de la edición en español) (Diego de Covarrubias, *Variarum ex pontificio, regio et cesareo iure resolutionum*, libri 4, 1554, vol. ii, lib. 2, cap. 3).

48. *Suma de tratos y contratos* II, 8, 181.

49. *Instrucción de mercaderes*, cap. III.

50. Y no absoluta necesidad. De ahí nuevamente la pertinencia del derecho de gentes, a medio camino entre la necesidad del derecho natural y el carácter puramente convencional del derecho positivo. Si nada puede hacerse ante la subida del precio, carece de sentido exigir un acto responsable al mercader pues, de primar absoluta y no cierta necesidad, no podría actuar libremente.

Vitoria[51] que, cuando sube el precio del trigo en tiempo de carestía, «*ex natura rei* es necesario que sea así: que yéndose apocando el trigo y los vendedores, y creciendo las necesidades, ha de crecer el precio». Donde hay muchos vendedores «el precio se hace de suyo». Aunque en tales circunstancias, los vendedores deban procurar mantener la ganancia moderada y que «no hagan cuanto mal pueden a los pobres», esto es, no han de vender el trigo «a cuanto se pueda» aunque fuera legal hacerlo. Con todo, además del precio justo, el precio legal fijado por la autoridad (de derecho positivo por tanto) puede ser justo y goza de prioridad sobre el natural. Así, para Domingo de Soto[52], compradores y vendedores deben atenerse al precio legal sin modificarlo, no es como el natural o arbitrario (*i. e.* el de mercado) que cambia de continuo. El precio natural se «acomoda a los límites de la justicia» al estar comprendido entre uno riguroso y otro piadoso siendo moderado el que ocupa una posición intermedia. El mercader no puede pretender vender a un precio igual al coste, trabajo y peligros que hubo de pasar. Cualquier colusión entre vendedores o compradores que origine un monopolio da lugar a un precio injusto. Para Luis de Molina, el precio es natural porque «nace de las mismas cosas, independientemente de cualquier ley humana o decreto público, pero dependiendo de muchas circunstancias con las cuales varía, y del afecto y estima que los hombres tienen a las cosas según los diversos usos para los que sirven»[53]. También para Tomás de Mercado (*Suma de Tratos y contratos* I, 3, 77). Aunque tenga prioridad sobre el natural, el precio legal no ha de ser arbitrario. Para Vitoria debe ajustarse a derecho. También para Martín de Azpilcueta (Muñoz, 1998: 173) y para Luis de Molina, para quien el precio legal debe respetar el margen de extensión propio del precio natural.

En efecto, el concepto de precio justo natural contempla en su misma formulación la extensión del precio, se trata de un intervalo de precios, no de un único precio, debido a las circunstancias vigentes en los mercados: dada la existencia de múltiples puntos de intercambio, no cabe esperar, salvo que así se estableciera (pero ya no estaríamos ante un precio natural) que todas las transacciones se realizaran a un mismo precio. El precio justo no está exactamente determinado *(punctualiter*), sino que, al resultar de una estimación aproximada (*in quadam aestimatione*), cuenta con una extensión dentro de la cual no se destruye la igualdad que la justicia requiere[54]. El precio justo se extiende desde un límite inferior (*pretium iustum pium*) hasta uno superior (*pretium iustum rigidum*) pasando por un nivel intermedio (*pretium iustum*

51. Carta de Francisco de Vitoria al P. Miguel de Arcos de 28 de abril de 1546 (Francisco de Vitoria, 2006: 267).

52. *De iustitia et iure*, lib. VI, q. 2, a. 3 (en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 148-151 de la edición en español).

53. *La teoría del justo precio*, disp. 347, n. 3.

54. *STh* II-II, c. 77, a. 1 ad 1.

moderatum)[55]. Mediante estas consideraciones, los doctores escolásticos seguían lo dispuesto por el *Codex* (4.44.2) que limitaba el intervalo de variación al que las partes podían acordar el precio: si el vendedor vendía por menos de la mitad del precio justo, al experimentar un gran daño (*laesio enormis*), podía obligar al comprador a pagarle la diferencia o a deshacer la venta. Dentro del intervalo en que el precio es justo, la autoridad puede fijar un precio legal que será justo por dicha razón. Vitoria señala la posibilidad de que las leyes humanas, el rey o el juez, pudieran determinar la ausencia de la obligación de restituir en caso de comprar o de vender en más o en menos de la mitad del precio justo. Sin embargo, coherentemente con esta tradición legal, Vitoria señala la ilicitud de una ley así que sería entonces inicua y peligrosa. En consecuencia, el precio legal, si ha de ser también justo, no debe apartarse del margen del precio natural.

En la España de los siglos XVI y XVII la fijación de un precio legal que suscitó mayor controversia fue la conocida como *tasa del pan* que estuvo vigente con diversos ajustes y dispensas desde 1539 hasta 1632, asunto considerado, entre otros, por Melchor de Soria en su *Tratado de la justificación y conveniencia de la tassa de el pan* (Toledo, 1627). Consiste en un precio máximo para el trigo, alimento esencial cuyo precio estaba sujeto a la irregularidad de las cosechas. Melchor de Soria defendía la conveniencia de la tasa conforme a las cambiantes circunstancias del mercado y de la distinta capacidad de almacenar el trigo que tenían grandes y pequeños propietarios. En años de mala cosecha el precio subía y los grandes propietarios disfrutaban de poder de mercado. Los consumidores más humildes y los pequeños propietarios, que lo demandaban para la siguiente siembra, no podían eludir los elevados precios dada la perentoria necesidad de este bien. A tales precios el intercambio resultaba *voluntario mixto* debido a una profunda asimetría entre las necesidades de vendedores y compradores[56], lo que hacía conveniente la fijación de la tasa: «el precio de las gentes no es natural, sino violento, por la violencia que hacen los vendedores, y la que reciben los que compran». Es decir, ocasionalmente desaparecía el carácter de

55. También Bernardino de Siena establece que el precio justo se extiende entre dos extremos alrededor de un punto medio (*pius*, *discretus*, *rigidus* en *Sermo* 34, a3, c1). Juan de Lugo afirma que el precio justo, como valor exacto, solo Dios lo conoce «*pretium iustum mathematicum licet soli Deo notum*» (*De iustitia et iure*). Hayek, junto a De Lugo, menciona a Juan de Salas (*Commentarii in secundam secundae)* en relación al complejo problema de información que los mercados resuelven: «*quas exacte comprehendere et pondedare Dei est non hominum*» (Huerta de Soto, 2002).

56. La asimetría de necesidades puede ser tanto causa como consecuencia de la existencia de poder de mercado en forma de monopolio o monopsonio. De haberla, se ejerce cierta violencia sobre el necesitado cuando el monopolista o el monopsonista se aprovechan de su necesidad obteniendo un provecho ilícito a través de un precio injusto. Aunque en esas condiciones se acepte comprar o vender, el acto resulta voluntario mixto: elegimos voluntariamente pero condicionados por circunstancias que no elegiríamos de poder hacerlo (*Ética* III, 1).

plena voluntariedad necesario para el surgimiento de un precio justo. Sin embargo, la exención de la tasa para los pequeños propietarios era lo adecuado si se trataba de incentivar la extensión del cultivo aprovechando la «sabrosa codicia» de los labradores. A la fijación de un precio máximo, salvo excepcionalmente, se oponía Azpilcueta [Muñoz (1998: 184)] quien señalaba sus inconvenientes pues fomentaba comportamientos fraudulentos, resultaba inútil en tiempos de abundancia, o simplemente se vulneraba en tiempos de penuria. También Luis de Molina rechaza la tasa coincidiendo con Vitoria en que el precio legal debe estar comprendido dentro del margen del precio natural. Pedro de Valencia (*Discurso sobre el precio del trigo*, 1605) señala, como principio general, la inconveniencia y dificultad de fijar precios, también el del trigo «cualquier otra consideración o cuenta que se haga para medir y tantear su natural y justo precio será incierta, y desigual, y dañosa a la comunidad»[57]. Para la moneda tampoco «se puede tantear precio que sea universalmente conveniente y justo para todos los tiempos y lugares». Sin embargo, en los años de escasez, para los cuales se fija la tasa, el comprador con necesidad urgente está en peor situación que el vendedor, por lo que el precio que resultara sin tasa no sería justo: cuando se considera la justicia en el precio de las cosas se ha de atender primero a la pública utilidad, afirma De Valencia.

5. EL VALOR NATURAL DEL DINERO

Como quedó dicho, para la tradición aristotélica y escolástica el dinero es medio de cambio, aceptado convencionalmente entre agentes que intercambian cosas distintas, pero que han de verse expresadas en una medida común que permite la igualación entre valor y precio que la justicia conmutativa requiere. Dicha igualación remite al ámbito subjetivo propio de toda valoración. En una economía de trueque ambas partes necesitan o desean lo que tiene la otra. Pero en una economía monetizada lo deseado por el vendedor de la cosa es dinero. Por coherencia, no cabe excluir al dinero de la misma valoración subjetiva de que es objeto el bien intercambiado, pues el dinero vale más o menos conforme a lo que el vendedor espere poder adquirir con él en ulteriores compras. También es posible cambiar dinero por dinero en operaciones de cambios y crédito. Que el dinero pueda no gozar siempre del mismo valor, a pesar de un valor facial invariable, es la base del razonamiento escolástico sobre la denominada teoría cuantitativa del dinero. Y es que el valor del dinero también depende de la común estima: «no es preciso considerar si esto es oro y lo otro plata, sino la estimación de los hombres» afirma Vitoria[58]. Martín

57. En Grice-Hutchinson (1952), pp. 169-171 de la edición en español.
58. Comentario de Francisco de Vitoria a la c. 77 de la *Secunda secundae*.

de Azpilcueta, Domingo de Soto, Tomás de Mercado o Juan de Mariana extraerán importantes consecuencias analíticas de esta afirmación.

El dinero metálico está caracterizado por el metal empleado (oro, plata o cobre), su ley o pureza, el peso o talla, y el valor facial. Este último es su valor extrínseco, mientras que el valor del contenido metálico determina su valor intrínseco. El valor del dinero según la común estima está relacionado con el valor intrínseco pero, sobre todo, con factores de valoración subjetiva que es en lo que inciden los escolásticos españoles, lo que supone una novedad teórica importante. En la común estima interviene el poder adquisitivo del dinero, tanto el actual como el esperado, pues el dinero también es depósito de valor. Los tipos de cambio son relaciones de intercambio entre distintas monedas, bien disponibles aquí y ahora (en el cambio entre monedas) o en distintas plazas[59] (cambio por letras). Cuando se cambia dinero presente por dinero futuro en otra plaza mediante letras, el tipo de cambio incorpora un tipo de descuento resultado de la preferencia temporal de los agentes[60]. Estos cambios son los más aptos para ocultar la usura porque la diferencia de precios (premio o descuento según su signo) mezcla dos causas: distancia y tiempo. Hoy sabemos que, de mediar el tiempo, es inevitable la presencia de un tipo de interés. Por su parte, el valor facial resulta de la mera promulgación o declaración de la autoridad que acuña. Actualmente se acepta un dinero plenamente fiduciario (sin valor metálico) por la expectativa de que será aceptado por otros, lo que se apoya en la obligatoriedad legal de su aceptación, algo inexistente hasta el siglo XIX, como tampoco el monopolio de emisión concedido a un solo banco. En la época que estamos considerando circulaban libremente monedas de oro y plata acuñadas en cualquier ceca del mundo, así como letras, emitidas por cualquier banquero, medio de pago con respaldo metálico y origen último de los actuales billetes (que, no obstante, tras el fin del patrón oro, carecen de todo respaldo metálico).

La ausencia de correspondencia entre el valor facial del dinero, que muy frecuentemente se refiere a la talla de la pieza, y el contenido metálico real (esto es, la ausencia de correspondencia entre ley positiva y derecho natural) constituye violencia del príncipe, incluso tiranía, siguiendo la doctrina de Juan de Mariana. Por analogía, la misma consideración tendría en nuestros días la pérdida continua del

59. Domingo de Soto se refiere al tipo de cambio implícito en las transacciones mediante letras entre distintas plazas con feria como las de Medina del Campo, Medina de Rioseco y Villalón y su correspondencia con las ferias de Flandes (*De iustitia et iure*, lib. VI, q. 12, a. 2)

60. El concepto de preferencia temporal explica el pago de un interés incluso en ausencia de riesgo. El pensamiento escolástico anticipó este concepto, esencial para la Escuela Austriaca de Economía. Así, Guillermo de Auxerre (v. Rothbard, 1995: 50) o Giles de Lessines (Huerta de Soto, 2002) quien afirma que «los bienes futuros no se valoran tan altamente como los mismos bienes disponibles en un momento inmediato del tiempo, ni permiten lograr la misma utilidad a sus propietarios, por lo que debe considerarse que tienen un valor más reducido de acuerdo con la justicia».

valor del dinero a la que denominamos inflación. El conflicto entre ley positiva y derecho natural en lo concerniente al valor del dinero aparece en los mismos inicios de la teoría monetaria. Para Platón el dinero es convención o símbolo. Platón es partidario de sendos monopolios, de acuñación y de circulación. Para él la moneda metálica solo ha de emplearse en el comercio con otras comunidades políticas, y quienes la empleen en sus desplazamientos deben entregar el sobrante a su vuelta (lo que equivale actualmente a las diversas restricciones que pesan sobre la tenencia de divisas o los movimientos de capitales). Por el contrario, a Aristóteles se debe el relato, como un proceso histórico evolutivo, sobre el origen del dinero en el que se destacan las ventajas de los metales sobre otras materias.

Como el valor del dinero resulta de la común estima de quienes lo utilizan, los mismos factores que afectan al precio de las mercancías pueden hacerlo al valor del dinero. Así, todo aumento de la cantidad de dinero por encima de su necesidad reduce su valor, o dicho de otro modo, encarece el resto de mercancías cuando sus precios se expresan en términos de dicho dinero. En los cambios de dinero por dinero, aquella moneda cuya disponibilidad crezca en mayor medida de lo que lo hagan otras, verá disminuido su valor en términos de estas, es decir, se depreciará. Inflación y depreciación son dos perspectivas del mismo fenómeno, lo que percibieron con claridad Martín de Azpilcueta y Tomás de Mercado, entre otros. A lo largo de los siglos XVI y XVII, la inflación afectó a los territorios americanos y europeos en mayor medida a mayor proximidad al foco de la expansión monetaria. Como expuso Popescu[61], los alrededores de la Audiencia de Charcas donde se encontraba el monte Potosí, mientras que, en territorio peninsular las mayores tasas de inflación se registraban en Andalucía[62]. Tomás de Mercado, que vivió el proceso, veía como el dinero se tenía en menos estima donde era más abundante[63].

Los escolásticos españoles observando e interpretando aquellos hechos sentaron las bases de la teoría cuantitativa del dinero que, resumidamente, consiste en lo que acabamos de afirmar. Grice-Hutchinson (1952) describe cómo los doctores escolásticos formularon dicha teoría integrando, mediante el principio de común estima, teoría monetaria y teoría de los precios. Por ejemplo, Azpilcueta[64], de modo más claro y detallado y doce años antes que Bodin[65]. En España, entre las causas de

61. Junto con Martín de Azpilcueta, Tomás de Mercado, quien vivió entre Méjico y España, y Juan de Matienzo (*Commentaria ... in librum quintum recollectiones legum Hispaniae*, Madrid, 1580) también formularon, de modo independiente, la teoría cuantitativa del dinero (Popescu, 1999).

62. Véanse las series de precios de Hamilton (1934) y su modelización en Cendejas y Font (2015).

63. *Suma de tratos y contratos* IV, 5.

64. *Comentario resolutorio de cambios*, 1556, 51.

65. *Réponses au Paradoxes de M. de Malestroit touchant le fait des monnaies et l'enrichissement de toutes choses* (París, 1568).

la inflación de los siglos XVI y XVII no solo se encontraba el aumento de la oferta monetaria provocado por las remesas, principalmente de plata, sino también, ya en el siglo XVII, por el envilecimiento y manipulaciones monetarias que afectaron a la moneda de vellón. En 1605 la ciudad de Burgos elevó un memorial al rey protestando por el hecho de imponer un precio a la moneda superior al «valor intrínseco y esencial», donde se comprueba cómo se percibía con claridad la diferencia entre valor facial y valor real del dinero, así como el principio de que la autoridad monetaria no podía imponer el segundo manipulando el primero:

> Aunque la ley puede señalar y nombrar el valor y precio de la moneda y obligar a que se reciba y use de tanto precio, no puede darle el valor que ella no tiene en sí, en cuanto a la estimación de los hombres, que no la estimarán en más de lo que saben vale de su valor intrínseco y esencial[66]

La financiación de las necesidades de la Corona mediante envilecimiento y otras alteraciones fue expuesta y condenada magistralmente por Juan de Mariana. En su *Sobre la dignidad real y la educación del rey* (1605) afirma que, sin justa causa, el rey no puede disponer de los bienes de los súbditos, lo que se extiende al establecimiento de tributos, que no puede decretarse sin consentimiento mediante su aprobación en Cortes. Su *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* (1609), por el cual sufrió arresto, fue condenado por Felipe III a instancias de su valido, el Duque de Lerma. En él criticaba duramente el procedimiento de obtención de ingresos fiscales mediante reducción del porcentaje de plata de la moneda de vellón y sus resellos al alza[67], lo que se venía realizando desde 1597. El desorden del vellón, que se prolongó durante más de ochenta años, fue corregido finalmente bajo el reinado de Carlos II (Font 2008, 2022). En definitiva, las manipulaciones monetarias, o su equivalente actual en forma de inflación, además de alterar el necesario acuerdo entre valor de mercado o natural y valor facial (de derecho

66. Tomado de Grice-Hutchinson (1986). Pedro de Valencia, también en ese año, escribió un *Discurso acerca de la moneda de vellón* en el que relacionaba el nivel de precios, inverso del valor de la moneda, con su abundancia. Explicó la importación clandestina de cobre ya que, tras su resello al doble («lo pagamos muy bien») se podía adquirir, con una misma cantidad, el doble de oro y plata que, inmediatamente, salía al extranjero (la conocida como *saca*).

67. «Porque si el príncipe no es señor, sino administrador de los bienes de particulares, ni por este camino ni por otro les podrá tomar parte de sus haciendas, como se hace todas las veces que se baja la moneda, pues les dan por más lo que vale menos; y si el príncipe no puede echar pechos contra la voluntad de sus vasallos ni hacer estanques de las mercaderías, tampoco podrá hacerlo por este camino, porque todo es uno y todo es quitar a los del pueblo sus bienes por más que se les disfrace con dar más valor legal al metal de lo que vale en sí mismo», *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*, III. Mediante el resello al alza se cambia el valor facial de la moneda tratando de crear en su poseedor la ilusión de un aumento real en su valor. Obviamente, el engaño no funciona y el mercado deprecia de inmediato dicha moneda.

positivo)[68] son injustas en sí mismas al atentar contra la propiedad pues transfieren, contra su voluntad, recursos de los acreedores a los deudores que ven reducida así la carga real de su deuda. En los tiempos de Mariana, el principal deudor era la Corona, actualmente, en una cuantía que supera con creces aquellas deudas, el conjunto del sector público.

Sobre los cambios, Azpilcueta afirma que si se cambia dinero por dinero de idéntico valor facial es porque se producen diferencias en su valor real lo que puede suceder conforme a ocho circunstancias posibles, de ahí que haya quien gane cambiando moneda y sean cambios justos si se cambia *a cuanto vale*[69]. En la valoración real del dinero interviene el metal, su ley, el peso y figura de la moneda que puede estar desgastada, el lugar donde se demanda, las variaciones efectivas o esperadas de la cantidad que circula, y la falta o necesidad de dinero. En este sentido, su comportamiento es semejante al de las mercaderías porque el dinero «es cosa vendible, trocable, o conmutable por otro contrato (...) también él se encarecerá con la mucha necesidad y poca cantidad de él». Y octavo motivo, por la ausencia de uno de los dineros cambiados y la presencia del otro que, por afectar al momento en que está disponible, implica una preferencia temporal por el dinero presente sobre el ausente (disponible en el futuro). La introducción de este criterio de preferencia temporal o factor de descuento subjetivo supone una aportación teórica de suma importancia, pues es la causa de la aparición de un tipo de interés en todo intercambio intertemporal. Conclusión esta que Azpilcueta no llegó a alcanzar pues mantuvo el enfoque tradicional, repleto de incoherencias, que condenaba la usura por injusta. Dicha condena se entendía principalmente de derecho natural con independencia de que la ley divina, la canónica o la civil la ratificaran.

Decíamos al hablar del precio justo que, para Aristóteles, el dinero permite que haya intercambios justos, de donde no se deduce que todo intercambio sea justo por el mero hecho de intervenir el dinero. De hecho Aristóteles distingue una crematística natural al servicio del *oikos*[70] y la polis, que les procura los medios para dar

68. «Necio sería quien separase estos valores en guisa que el legal no fuese a una con el natural; y más que necio, malvado, quien diese orden que se vendiese por diez, pongo por caso, lo que el vulgo estima en cinco. Los hombres se guían en esto por la estimación común, la cual se funda en las bases de la calidad y de la abundancia o carestía de las cosas», *La dignidad real y la educación del rey* III, 8.

69. *Comentario resolutorio de cambios. El valor del dinero en el cambio* (en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 153-156 de la edición en español). El cambio mediante letras con ganancia para el cambista es lícito también para Vitoria mientras se produzca en distintos reinos (no solo en distintas plazas) y no encubra préstamos con usura. Por estos motivos Vitoria condena el *cambio seco* y el *atranque de ferias* respectivamente (Cendejas, 2018b).

70. *Política* I, 8, 1256a.

cumplimiento a sus fines naturales respectivos, vivir y vivir bien[71], de otra no natural, que lleva a la mera acumulación de dinero como fin en sí mismo. Esta carece de fin natural, por lo que no tiene límite[72], y utiliza los bienes indispensables para la vida para un fin que no les es propio como es su intercambio por dinero[73]. La crematística no natural e ilimitada pervierte las demás artes transformándolas en medios de hacer dinero, que también es depósito de valor, por lo que ha de ser censurada. La usura, que se basa en ella, es el más antinatural de los negocios pues, por su mediación, el dinero resulta hijo del dinero[74]. El dinero no fue creado para ser prestado con interés. Este argumento, que podemos denominar de esterilidad del dinero, está presente en la prohibición de la usura, apareciendo mezclado con el argumento romanista en torno a la naturaleza del contrato de *mutuum* de un bien fungible.

Azpilcueta recoge esta idea, rechazándola. Efectivamente Aristóteles condenó el cambio de dinero por dinero solo por ganancia («un fin sin fin» dice Azpilcueta) por no ser natural, puesto que el dinero nació para cambiarlo por bienes. También para Tomás de Aquino el mercadear con el solo fin de la ganancia es ilícito. Lo es si la ganancia es moderada y sirve al mantenimiento de la familia o sirve a la república[75]. Pero, para Azpilcueta, el cambio de dinero por dinero (no por razón del paso del tiempo, sino por razón de distancia) también es lícito aunque ese no fuera el fin originario del dinero. Sucede de modo análogo al intercambio de zapatos por dinero, que es lícito aunque ese no fuera el fin con el que estos se fabricaron, sino el calzarse con ellos[76]. Se acepta con generalidad la licitud de los cambios por razón de la distancia, pero no del tiempo, así Azpilcueta[77], Domingo de Soto[78], Saravia de la Calle[79] o Luis de Molina[80].

71. El fin de la *polis* es el vivir bien, aunque comporte también ventajas defensivas o favorezca el mero vivir mediante el comercio, pero para estas solas funciones bastaría un acuerdo. Existe una tendencia natural que dirige a los hombres hacia el vivir feliz en común.

72. *Política* I, 9, 1257a 1-8.

73. *Política* I, 9, 1257b 9-14.

74. *Política* I, 10, 1258b 4-5.

75. *STh* II-II, c. 77, a. 4.

76. *Política* I, 9, 1257a 2-4.

77. *Comentario resolutorio de cambios, Dinero, para qué se halló. Cual su principal fin y uso* (en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 152-153 de la edición en español).

78. *De iustitia et iure* (1553), lib. 7, q. V, a. 2.

79. «Aunque en los cambios en ninguna manera se haya de tener consideración al tiempo, se puede y se debe tener al lugar», *Tratado de cambios* incluido en *Instrucción de mercaderes*.

80. Para cambios en un mismo lugar es lógico que se fije una tasa fija en el valor de las monedas mayores frente a las menudas. Pero «que las monedas tuvieran este otro valor inconstante [el tipo de cambio] en la conmutación por monedas en otros lugares. Y Pio V aprobó en su bula esta clase de cambios con incremento», *Disputaciones de Contractibus, Del doble valor que la misma cantidad de dinero puede tener en diversos lugares* (en Grice-Hutchinson, 1952, pp. 167-169 de la edición en español).

Azpilcueta[81] no condena la usura basándose en el argumento *pecunia pecuniam non parit* pues lo rechaza en su generalidad. Lo hace, como es habitual entre los escolásticos, apelando a la naturaleza del contrato de *mutuum*[82] en que se transfiere la propiedad de un bien fungible (aceite, trigo, dinero,...) devolviéndose, pasado el plazo acordado, exactamente la misma cantidad y calidad (*tatundem*) del bien recibido. En el *mutuum* se transfieren simultáneamente uso y propiedad de la cosa por la propia naturaleza del bien fungible: en estos no es posible un usufructo, pues su uso implica su consumición. La prohibición de la usura se debe a la naturaleza del dinero que, como bien fungible, hace imposible su usufructo. Se trata, por tanto, de una prohibición de derecho natural que la ley divina refrenda[83]. Frente al *mutuum*, el *commodatum*, también un contrato gratuito, se utiliza para los bienes no fungibles. En el plazo acordado se devuelve la cosa tras su uso, no se trasfiere la propiedad, a diferencia del *mutuum*. La equidad natural implica la simple devolución de lo recibido. Si se cobra algo más es injusto, pues se cobraría por lo que no existe[84], y exige restitución.

A pesar de compartir una mentalidad favorable al comercio, los doctores escolásticos no redujeron la condena que pesaba sobre la usura basada en las fuentes bíblicas y canónicas[85]. Las fuentes civiles inspiradas en el Derecho romano resultaban más permisivas[86] aunque fijaban un tipo máximo en el *foenus* de un 1% mensual[87]

81. *Comentario de usuras* (1556), cap. 12.

82. Tal como se establece en *Inst*. 3.14.

83. El Antiguo Testamento condena la usura (*Ex*. 22:24, *Sal*. 15:5, *Pr*. 28:8, *Ez*. 18:8, *Ez*. 18:13, *Ez*. 22:12). Se ha de prestar generosamente y sin interés (*Lv*. 25:35-37, *Dt*. 15:7-8, *Sal*. 112:5), condonar las deudas y liberar al esclavo en el año sabático (*Dt*. 15:1-2). La usura se prohíbe entre los judíos, pero se permite prestar con usura a los extranjeros (*Dt*. 15:6, *Dt*. 23:20-21) a los que no es preciso perdonar la deuda (*Dt*. 15:3). Tomás de Aquino afirma que la prohibición de la usura se hace extensiva a todo hombre «como prójimo y hermano nuestro» conforme a la ley del Evangelio (*STh* II-II, c. 78, a. 1 ad 2), y que el poder concedido a los judíos para cobrar un interés a los gentiles lo fue, no por lícito, sino como tolerado para evitar males mayores debidos a la avaricia.

84. *STh* II-II, c. 78, a. 1. También el comentario de Francisco de Vitoria a la c. 78 (Francisco de Vitoria, 2006; Cendejas, 2018b).

85. Los Santos Padres y el derecho canónico condenan la usura: se prohíbe a los clérigos en el canon 20 del Concilio de Elvira (año 300) y en el 17 del Concilio de Nicea (año 325), y también a los seglares (Concilio de Clichy del año 626 y en la *Admonitio Generalis* de Carlomagno del año 789). El *Decretum* de Graciano (1140) recoge lo establecido por estos cánones: *pars* 1, *distinctio* 46, c. 9 y c. 10; *pars* 1, *distinctio* 47, c. 1-5; *pars* 1, *distinctio* 88, c. 11; *pars* 2, *causa* 14, *questio* 3 y *questio* 4. Las *Decretales* recopiladas por Gregorio IX (1234) endurecen lo establecido en el *Decretum* (véase Grice-Hutchinson, 1978). Además el Concilio de Vienne (1311) condenó como herejía afirmar que la usura no fuera pecado.

86. *Codex* 4.32.3, *Inst.* 3.14.2, *Dig.* 12.1.2.1, 13.6, 44.7.1.4, 50.16.121.

87. *Codex* 4.32.26.1.

y prohibían el interés compuesto[88]. Dada la complejidad de los tratos y contratos, era preciso un análisis exhaustivo de cada uno de ellos con el fin de esclarecer la presencia de usura. La doctrina sobre los títulos extrínsecos se inscribe en este esfuerzo por fundamentar jurídicamente el cobro por algo que sí obedeciera a una causa cierta[89], no por el uso del dinero, algo imposible como se indicó. Tal era el objetivo de los tratados *De contractibus*, tanto de los incluidos en los académicos *De iustitia et iure*, como de los que se editaban con una finalidad moral. Algunos de los contratos analizados resultaban de uso generalizado y contribuyeron al crecimiento económico del siglo XVI proporcionando fuentes de financiación[90]. La condena de la usura resultaba especialmente dura cuando las partes acudían a determinados arreglos fraudulentos que trataban de ocultarla[91]. También hubo exenciones, algunas obviamente incoherentes con la condena general, como la que beneficiaba a la Casa de Contratación de Sevilla (Bernal, 1999) o la referida a los montes de piedad (Wood, 2002: 204-205).

En resumen, la condena de la usura se basa en argumentos jurídicos basados en la naturaleza del dinero. La pertinencia de la condena de determinadas prácticas mercantiles pasa por un análisis jurídico económico que trata de descubrir si se está recibiendo un interés sin otra causa que el mero paso del tiempo. El hecho de que se pague un interés, explícito o implícito, de modo generalizado en toda transacción que crea obligaciones o derechos intertemporales, obedece a razones de fondo como la preferencia temporal o la aversión al riesgo, que los escolásticos alcanzaron a ver pero que no fueron capaces de generalizar. Siendo correcto el enfoque metodológico que lleva a analizar la naturaleza de cada caso para concluir sobre su licitud legal o

88. «*Usurae usurarum*», *Codex* 4.32.28. La cuantía acumulada de los intereses tampoco puede superar la cuantía del principal.

89. Algunos de estos títulos son el *damnum emergens*, a modo de indemnización, pues es lícito permanecer indemne siempre que medie pacto expreso. Este título viene a ser lo que hoy denominamos prima de riesgo. El *lucrum cessans* no es título válido para Tomás de Aquino pues dicho lucro es incierto, lo es para Vitoria de ser cierta la pérdida por prestar. O también la mora sobrevenida que es lícita si no es fingida ni pactada, algo habitual.

90. Como el *contrato trino* o *germánico* cuya licitud, discutida, se amparaba en que se trataba de tres contratos que eran lícitos por separado. Vitoria considera este argumento falaz pues realmente se acuerda un solo contrato. Aunque Sixto V en 1586 condenó el contrato trino (*Constitución 68* o *Detestabilis*...), continuó celebrándose y fue defendido, entre otros, por Martín de Azpilcueta. Otros, como los censos o rentas perpetuas, se consideran lícitos, aunque a nuestros ojos se trate del pago de un interés por un préstamo con garantía real.

91. Vitoria (2006) analiza los siguientes: compras fingidas de ganado; la apropiación de los frutos de un bien dejado en prenda que constituye realmente un interés pagado en especie; los pagos por anticipado con descuento o pospuestos con sobreprecio, aun dentro del intervalo del precio justo, son sospechosos de usura, afirma Vitoria, por lo que las diferencias entre precios por vender al contado o *por fiado* han de ser mínimas; y el cobro de un interés por parte de un depositante (*depositum confessatum*) que era realmente un préstamo disfrazado de depósito en el que se fingía una mora en la entrega del depósito. Véase también Grice-Hutchinson (1978), cap. 1.

moral, no lo fueron las conclusiones: a pesar de la perspicacia del análisis, la ausencia de una teoría económica del interés de alcance general, dio lugar a incoherencias, permitiendo o condenando operaciones esencialmente equivalentes.

6. NOTA FINAL

En este trabajo se ha mostrado la lógica jurídica del razonamiento escolástico sobre cuestiones económicas como la propiedad, los precios y el dinero. Razonamiento que, aunque perteneciente al ámbito jurídico y moral, conduce hacia el análisis económico pues, al dirimir qué sea lo justo en ámbito económico, surgen preguntas sobre la naturaleza del valor. La escolástica española las responde correctamente al situar el origen del valor en la concurrencia en los mercados de valoraciones subjetivas, sea de las cosas intercambiadas, sea del dinero. La concepción romanista del derecho con tres niveles de determinación (*naturale*, *gentium* y *civile*, siguiendo la clasificación de Ulpiano), aceptada por canonistas y teólogos, prueba ser un marco teórico sumamente apto para el análisis de las realidades económicas. En el *ius gentium* se conjuga la necesidad propia del *ius naturale* (así un principio de equidad natural que la recta razón da por bueno) con la voluntad humana que descubre la suma conveniencia de determinadas instituciones, como la propiedad y los diversos contratos, que son descubiertas, no mediante promulgación del legislador dicho en términos suarecianos, sino por múltiples acuerdos que se adoptan de modo descentralizado. Las instituciones de *ius gentium* (propiedad, intercambio, dinero) surgen y se autorregulan mediante multitud de decisiones y acuerdos tácitos que resultan en precios justos naturales. El legislador legítimamente puede fijar precios, cambios, acuñar moneda o establecer impuestos, pero ateniéndose a lo justo tal como ha quedado predeterminado en instancias previas como el derecho natural, el *ius gentium* o la ley divina. Dicha sujeción es, además de exigencia de la justicia, condición de posibilidad. En el pensamiento escolástico aparecen unidas, pero no mezcladas, las dos perspectivas con las que puede entenderse, conforme a Schumpeter, la ley natural. En este sentido, lo justo positivo (que, por ser deseable, se legisla o se acuerda) lo es si cumple con lo justo natural. Pero su «naturalidad» no se refiere sólo a que deba ser así por bueno, es ante todo condición para que eso deseable sea efectivo, es decir, es condición de eficiencia de la acción. La investigación sobre cómo surge lo justo de modo espontáneo o natural, sin una intervención legislativa permanente, abocada al fracaso en multitud de ocasiones, constituye un descubrimiento fundamental sobre el funcionamiento de una economía (y por extensión, de una sociedad) que los escolásticos españoles fueron capaces de ver abriendo el camino a la ciencia económica moderna[92].

92. Para Adam Ferguson las instituciones son «*the result of human action, but not the execution of any human design*» (*An Essay on the History of Civil Society* III, 2; 1767).

EDICIONES DE FUENTES PRIMARIAS

Alcalá, Luis de [1543 (2021)]. *Tratado de los préstamos*. 1.ª ed.: Toledo, 1543. Edición de J. C. Martín de la Hoz. Ávila: Universidad Católica de Ávila.

Aquino, Tomás de [1267-1273 (2001)]. *Suma de Teología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Aristóteles (1985). *Ética nicomáquea*. Traducción: J. Pallí Bonet. Madrid: Gredos.

Aristóteles (1988). *Política*. Traducción: M. García Valdés. Madrid: Gredos.

Azpilcueta, Martín de [1556 (1965)]. *Comentario resolutorio de cambios*. 1.ª ed.: Salamanca, 1556. Edición de A. Ullastres, J. M. Pérez Prendes y L. Pereña. Madrid: CSIC.

Mariana, Juan de [1605 (1981)]. *La dignidad real y la educación del rey*. 1.ª ed.: *De rege et regis institutione*, Toledo, 1599. Edición de L. Sánchez Agesta, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Mariana, Juan de [1609 (1987)]. *De monetae mutatione*. 1.ª ed.: Colonia, 1609. Edición de L. Beltrán, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1987.

Mercado, Tomás de [1571 (1977)]. *Suma de tratos y contratos*. 1.ª ed.: Salamanca, 1569, ampliada en 1571. Editado por R. Sierra Bravo, Madrid: Editora Nacional, 1975; y por N. Sánchez Albornoz, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1977.

Molina, Luis de [1597 (1981)]. *La teoría del justo precio*. Edición de F. Gómez Camacho. Madrid: Editora Nacional. Reedición: Valladolid: Maxtor, 2011.

Molina, Luis de [1597 (1989)]. *Tratado sobre los préstamos y la usura*. Edición de F. Gómez Camacho. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Molina, Luis de [1597 (1991)]. *Tratado sobre los cambios*. Edición de F. Gómez Camacho. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Saravia de la Calle, Luis [1544 (2019)]. *Instrucción de mercaderes*. 1.ª ed.: Medina del Campo, 1544. Editado por J. C. Martin de la Hoz y L. Gómez Rivas, Ávila: Universidad Católica de Ávila.

Soria, Melchor de [1627, 1633 (1992)]. *Tratado de la justificación y conveniencia de la tassa del pan*. Edición de F. Gómez Camacho. Madrid: Fundación Banco Exterior.

Soto, Domingo de [1553 (1967-1968)]. *De iustitia et iure*. 1.ª ed.: Salamanca. Edición de V. D. Carro y M. González Ordóñez. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Suárez, Francisco [1612 (1971-1981)]. *De Legibus ac Deo legislatore (Libros I a IV)*. Editado por L. Pereña *et al*., Corpus Hispanorum de Pace. Madrid: CSIC.

Villalón, Cristóbal de [1542 (2019)]. *Tratado de cambios y reprobación de usura*. 1.ª ed.: Valladolid, 1542. Editado por J. C. Martin de la Hoz y L. Gómez Rivas, Ávila: Universidad Católica de Ávila.

Vitoria, Francisco de (1932-1952). *Comentarios a la Secunda Secundae de Santo Tomás*. Edición de V. Beltrán de Heredia (6 vols. y 3 apéndices). Salamanca: Biblioteca de Teólogos Españoles.

Vitoria, Francisco de (1995). *La ley (qq. 90-108, 1533-34)*. Edición de L. Frayle. Madrid: Tecnos.

Vitoria, Francisco de (2001). *La justicia (qq. 57-61, 1535)*. Edición de L. Frayle. Madrid: Tecnos.

Vitoria, Francisco de (2006). *Contratos y usura*. Edición de M. I. Zorroza. Pamplona: Eunsa.

Vitoria, Francisco de (2010). *De legibus*. Edición de S. Langella, J. Barrientos y P. García. Salamanca: Universidad de Salamanca.

BIBLIOGRAFÍA

Aubert, J.-M. (1955). *Le droit romain dans l'oeuvre de saint Thomas*. Paris: Vrin.

Baciero, F. T. (2012). «El concepto de derecho subjetivo y el derecho a la propiedad privada en Suárez y Locke». *Anuario filosófico*, vol. 45, n. 2, pp. 391-421.

Barrientos, J. (2011). *Repertorio de moral económica (1526-1670). La Escuela de Salamanca y su proyección*. Pamplona: Eunsa.

Belda, J. (2000). *La Escuela de Salamanca y la renovación de la teología en el siglo XVI*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Bernal, A. M. (1999). «De la praxis a la teoría: dinero, crédito, cambios y usuras en los inicios de la Carrera de Indias (s. XVI)». En E. Fuentes Quintana (ed.), *Economía y economistas españoles*, vol. 2, pp. 249-293. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Carpintero, F. (2008). *La ley natural. Historia de un concepto controvertido*. Madrid: Encuentro.

Cendejas, J. L. (2017). «Economics, chrematistics, oikos and polis in Aristotle and St. Thomas Aquinas». *Journal of Philosophical Economics*, vol. 10, n. 2, pp. 5-46.

Cendejas, J. L. (2018a). «Justicia, mercado y precio en Francisco de Vitoria». *Revista Empresa y Humanismo*, vol. 21, n. 2, pp. 9-38.

Cendejas, J. L. (2018b). «Francisco de Vitoria, economista: comentario a la cuestión De usuris». *Relectiones*, n. 5, pp. 17-39.

Cendejas, J. L. (2020a). «Síntesis bibliográfica del pensamiento económico de la escolástica española». *Revista Fe y Libertad*, n. 3, pp. 331-358.

Cendejas, J. L. (2020b). «Derecho subjetivo, naturaleza y dominio en Francisco de Vitoria». *Cauriensia*, n. 15, pp. 109-137.

Cendejas, J. L. (2021). «Justice and just price in Francisco de Vitoria's Commentary on Summa Theologica II-II q77». *Journal of Philosophical Economics*, vol. 14, n. 1-2, pp. 1-32.

Cendejas, J. L. (2022). «Raíces escolásticas de la teoría de la propiedad de John Locke». (en prensa).

Cendejas, J. L. y C. Font (2015). «Convergence of inflation with a common cycle: estimating and modelling Spanish historical inflation from the 16th to the 18th centuries». *Empirical Economics*, vol. 48, n. 4, pp. 1643-1665.

Cendejas, J. L. y M. Alférez (2020). *Francisco de Vitoria: sobre justicia, dominio y economía. Edición y contexto doctrinal de la cuestión 'Sobre el hurto y la rapiña'.* Pozuelo de Alarcón: Editorial Universidad Francisco de Vitoria.

Decock, W. (2013). *Theologians and Contract Law. The Moral Transformations of the 'Ius Commune' (ca. 1500-1650)*. Leiden: Nijhoff.

Dempsey, B. W. (1943). *Interest and Usury*. Washington, D. C.: The American Council of Public Affairs.

Font, C. (2008). *La estabilización monetaria de 1680-1686. Pensamiento y política económica*. En *Estudios de historia económica*, n. 52. Madrid: Banco de España.

Font, C. (2022). *En busca de la estabilidad monetaria. Prolegómenos de una reforma exitosa. Selección de arbitrios*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

Fuentes Quintana, E. (ed.) (1999). *La Escuela de Salamanca y las ideas económicas de la Escolástica.* Varios capítulos en *Economía y Economistas Españoles*, vol. 2. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

García Villoslada, R. (1938). *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria (1507-1522)*. Roma: Universitatis Gregorianae.

Gómez Rivas, L. (2021). *La Escuela de Salamanca, Hugo Grocio y el liberalismo económico en Gran Bretaña*. Pozuelo de Alarcón: Editorial Universidad Francisco de Vitoria.

Grice-Hutchinson, M. (1952). *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605*. Oxford: Clarendon Press. Traducción: L. Perdices, J. L. Ramos y J. Reeder (eds.). *La Escuela de Salamanca: una interpretación de la teoría monetaria española, 1544-1605*. Salamanca: Caja España, 2005.

Grice-Hutchinson, M. (1978). *Early Economic Thought in Spain, 1177-1740*. Londres: Allen & Unwin. Traducción: *El pensamiento económico en España, 1177-1740*. Barcelona: Crítica, 1989.

Grice-Hutchinson, M. (1983). «Los escolásticos españoles y la Historia del Análisis Económico de Schumpeter». *Papeles de Economía Española*, n. 17, pp. 172-184.

Grice-Hutchinson, M. (1986). «El discurso acerca de la moneda de vellón de Pedro de Valencia». En AA. VV., *Aportaciones del pensamiento económico iberoamericano, siglos XVI-XX*, pp. 55-66. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

Guzmán Brito, A. (2009). *El derecho como facultad en la Neoescolástica española del siglo XVI*. Madrid: Iustel.

Hamilton, E. J. (1934). *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*. Nueva York: Octagon Books. Traducción: Barcelona: Ariel, 1975.

Huerta de Soto, J. (2002). «Juan de Mariana y los escolásticos españoles». En J. Huerta de Soto (ed.), *Nuevos Estudios de Economía Política*, pp. 249-261. Madrid: Unión Editorial.

Kroger, J. R. (2004). «The Philosophical Foundations of Roman Law: Aristotle, the Stoics, and Roman Theories of Natural Law». *Wisconsin Law Review*, n. 905, pp. 905-944.

Langella, S. (2011). *Teología y ley natural, estudio sobre las lecciones de Francisco de Vitoria*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Langholm, O. I. (1998a). *The Legacy of Scholasticism in Economic Thought: Antecedents of Choice and Power*. Cambridge: Cambridge University Press.

Langholm, O. I. (1998b). «The Medieval Schoolmen (1200-1400)». En S. T. Lowry y B. Gordon (eds.), *Ancient and Medieval Economic Ideas and Concepts of Social Justice*, pp. 439-501. Leiden: Brill.

Larraz, J. (1943). *La época del mercantilismo en Castilla, 1500-1700*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid. Reimpreso: Aguilar, 1963.

Martín, V. (1999). «La controversia sobre los pobres en el siglo XVI y la doctrina sobre la propiedad». En E. Fuentes Quintana (ed.), *Economía y economistas españoles,* vol. 2, pp. 295-339. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Muñoz de Juana, R. (1998). *Moral y economía en la obra de Martín de Azpilcueta*. Pamplona: Eunsa.

Popescu, O. (1999). «Contribuciones indianas para el desarrollo de la teoría cuantitativa del dinero». En E. Fuentes Quintana (ed.): *Economía y economistas españoles*, vol. 2, pp. 209-241. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Roover, R. de (1955). «Scholastic economics: survival and lasting influence from the sixteenth century to Adam Smith». *Quarterly Journal of Economics*, vol. 69, n. 2, pp. 161-190.

Roover, R. de (1958). «The Concept of the Just Price: Theory and Economic Policy». *Journal of Economic History*, vol. 18, n. 4, pp. 418-434.

Roover, R. de (1967). *San Bernardino of Siena and sant'Antonino of Florence: the two great economic thinkers of the Middle Ages*. Boston: Harvard University. Traducido en *Procesos de Mercado*, vol. 6, n. 1, 2009.

Rothbard, M. (1976). «New light in the prehistory of the Austrian School». En E. G. Dolan (ed.), *Foundations of Modern Austrian Economics*, pp. 52-74. Kansas City: Sheed & Ward.

Rothbard, M. N. (1995). *Economic Thought before Adam Smith: An Austrian Perspective on the History of Economic Thought*. Cheltenham, UK: Edward Elgar. Traducción: Unión Editorial, Madrid, 1999.

Schumpeter, J. A. (1954). *History of Economic Analysis*. Londres: Routledge.

Sierra Bravo, R. (1975). *El pensamiento social y económico de la Escolástica desde sus orígenes al comienzo del Catolicismo socia*l. Madrid: CSIC, Instituto de Sociología Balmes.

Tellkamp, J. A. (2009). «Ius est idem quod dominium: Conrado Summenhart, Francisco de Vitoria y la conquista de América». *Veritas* vol. 54, no. 3, pp. 34-51.

Tierney, B. (1997). *The Idea of Natural Rights*. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans.

Ullastres, A. (1941, 1942). «Martín de Azpilcueta y su comentario resolutorio de cambios. Unas ideas económicas de un moralista español del siglo XVI». *Anales de Economía* vol. 1, no. 3-4 (1941). pp. 375-407, y vol. 2, no. 5 (1942), pp. 51-95.

Villey, M. (1975). *La formation de la pensée juridique moderne*. 4th ed. París: Éditions Montchrestien.

Wood, D. (2002). *Medieval Economic Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

VARIA

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441187217

PROBLEMAS DE INTERPRETACIÓN DE LAS FUENTES DOCUMENTALES MANUSCRITAS E IMPRESAS SOBRE LUISA DE MEDRANO

Issues of interpretation of the manuscript and printed documentary sources on Luisa de Medrano

Juan José MATEOS DIEZ[1]

Professor jubilado de IES
jjmateosd@hotmail.com

Fecha de recepción: 28/07/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: Sobre Luisa de Medrano hay muy poca documentación, lo que ha propiciado lecturas dispares y muchas veces forzadas. En este artículo se repasan brevemente las fuentes originales y las interpretaciones que históricamente se han hecho, al tiempo que se rastrea cómo surgen afirmaciones que no tienen sustento en las fuentes y cómo se reproducen, a veces de una forma circular, retroalimentándose entre ellas. A las fuentes hasta ahora manejadas, se añaden unos documentos que nos dan nuevos datos sobre la familia de Luisa y sobre ella misma y que sirven para ir completando una imagen de la vida privada de Luisa, todavía de forma muy fragmentada, pero que suponen un paso fundamental en su conocimiento.

Palabras clave: Lucía de Medrano; Luisa de Medrano; Universidad de Salamanca; catedrática; mujeres del Renacimiento.

1. Agradezco a la profesora Ana Carabias Torres las observaciones, correcciones y sugerencias a este texto, y la paciencia que ha tenido conmigo.

ABSTRACT: There is very little documentation concerning Luisa de Medrano, which has promoted disparate and often forced readings. This article briefly reviews the original sources and the interpretations have been made historically, at the same time as it traces how statements arise without any support from the sources and how they are reproduced, in some cases in a circular way, feeding back on each other. In addition to those sources managed previously, we have added new documents which haven given us more details about Medrano's family and Luisa herself serving to complete a picture of Luisa's private life, still very fragmentary, but which represent a fundamental contribution to our knowledge about her.

Keywords: Lucía de Medrano; Luisa de Medrano; University of Salamanca; professor; women of the Renaissance.

1. INTRODUCCIÓN

Luisa o Lucía de Medrano, ya veremos su verdadero nombre, es una mujer nacida en 1484 y que dejó un leve rastro de su actividad intelectual en la Universidad de Salamanca. Pedro de Torres y Lucio Marineo son los notarios que dan fe de su paso por la misma y por cuyo testimonio podemos saber que oró públicamente y que tuvo un profundo conocimiento de los clásicos, De fuentes directas no tenemos más, ni nos dicen por qué leyó ni si lo hizo de forma puntual o de forma habitual, si fue como alumna, como oradora invitada o como profesora de la misma Universidad. Sin embargo, lo singular de su persona, junto a los pocos datos, han movido desde el principio a muchos estudiosos a interpretar ese paso por la Universidad como un signo de que ocupó una cátedra en la misma[2]. Desde que González Dávila, en el siglo XVII, retomó su figura de la mención de Marineo, el resto de historiadores se han limitado a repetir lo dicho por este o todo lo más por el mismo Marineo, ya sea interpretándolo de manera más prudente, repitiendo casi literalmente sus palabras, o bien de forma más atrevida, deduciendo de estas menciones que la tal Lucía o Luisa de Medrano fue catedrática en la Universidad, sobre todo cuando mediaban intereses económicos, como veremos que sucedió en el siglo XIX, o sociales, cuando se fomentaron en el siglo XX los estudios en torno a la participación de las mujeres.

Es en el primer tercio del siglo XX cuando se produce un trabajo de investigación sobre ella, en el que se aportan datos nuevos, llegando Oettel (Oettel, 1935) a la conclusión de que el nombre verdadero era Luisa, que estaba emparentada

2. La historiografía y el estado de la cuestión sobre Luisa de Medrano se encuentran en Carabias, 2019, nota 60 (pp. 192-193); Grande del Brío (2020) y en Sánchez Salor (2020).

con los Bravo de Lagunas de Atienza y que desempeñó una descafeinada cátedra, seguramente de sustitución, y gracias al apoyo de los Reyes Católicos. Oettel crea escuela y será ahora ella la referencia de la que se parta, aunque sin añadir documentos que sostengan las nuevas afirmaciones que se hacen, llegando la posible cátedra excepcional a convertirse en dos o tres cátedras distintas, y ella en una figura a la que se empieza a considerar como una intelectual integral, escritora, poetisa y filósofa.

En paralelo con esa corriente hubo otros estudiosos desde principios del siglo XX que pusieron en cuestión el hecho de que Luisa hubiera podido haber sido catedrática, y esta vez no se basaban en documento alguno, sino en todo lo contrario, en la ausencia de documentos sobre ella en un periodo del que se conserva abundante documentación. Se puede decir que en este caso, la falta de pruebas es una prueba en contrario.

Nuestro trabajo trata, de forma sucinta, la sucesión de posturas sobre la cátedra de Luisa de Medrano, analiza la coherencia de las explicaciones ofrecidas y se contrasta todo ello con la realidad histórica de aquellos años. A estas explicaciones se añade el intento de encajar lo ya conocido, en el marco de nuevos datos obtenidos de fuentes documentales hasta ahora no utilizadas, que añaden una interesante información sobre Luisa de Medrano y su familia.

2. LAS FUENTES

Tenemos tres documentos[3] que dan fe directa de la existencia de Luisa/Lucía de Medrano, cuatro si Lucía resulta ser Luisa Bravo de Lagunas, como afirmó Oettel: el apuntamiento de Pedro de Torres, una epístola de Lucio Marineo Sículo a Lucía de Medrano y una reseña en su *De rebus Hispaniae memorabilibus*, del cual da una versión en castellano, *De las cosas memorables de España*; documentos a los que se añadiría el testamento de Magdalena Bravo de Lagunas, reproducido en parte por Oettel (1935: 352).

3. Las citas que hagamos de las fuentes se ceñirán en lo posible a la escritura, ortografía y puntuación originales. Mantener esta escritura en lo posible es fundamental, dado que, según trataré de demostrar, en esta forma de escritura se encuentra alguno de los problemas fundamentales de nuestro tema, el nombre de Luisa por ejemplo. Pero para hacerlo más legible sustituimos la «s larga» por una normal, desarrollamos las abreviaturas y sustituimos los signos de puntuación ya no utilizados. También mantenemos el sistema de escritura original de las tildes, que ha variado a lo largo de las épocas. Además de fidelidad al texto, sirve para poder rastrear textos originales a través de buscadores en las fuentes documentales. En cuanto a las abreviaturas que usaremos en las citas son: «AHN» para el Archivo Histórico Nacional, «OM» Órdenes Militares, «AGS» para el Archivo General de Simancas, «AUSA» Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca y «RAH» para la Real Academia de la Historia.

Pedro de Torres escribe una especie de diario, *Apuntamientos* (Ladero, 2016: 283-375), donde recoge diversos acontecimientos extraordinarios, que le llaman la atención. No nos queda el original, sino copias que derivan a su vez de copias anteriores, lo que produce pequeñas discrepancias y algunos errores. En 1508 hace el siguiente apuntamiento: *1508 die 16 Novembris hora 3 legit filia Medrano in Catedra Canonum*, dando cuenta de una lectura que hizo Luisa en la cátedra de Cánones de la Universidad de Salamanca. Se refiere a ella como *filia Medrano*, lo cual nos servirá para situarla socialmente, dado que parece hacer mención a alguien de familia conocida

Lucio Marineo Sículo publicó una epístola enviada a Lucía de Medrano, sin fecha y sin referencias que nos permitan datarla (Jiménez, 2001: 663-635). Pudo haber sido escrita desde 1495 hasta 1514, aunque según Beltrán de Heredia (2001; 168) sería de los años inmediatamente anteriores a la publicación de la misma. En todo caso hay algunos datos que permiten desechar las fechas más tempranas: además de por la corta edad de Luisa, porque de la epístola se desprende que la conoció cuando ella ya tenía una formación muy completa: «la fama» que la precedió, antes de conocerla, así como el renombre de sus estudios, *magnum studiorum tuorum nomen* (Jiménez, 2001: 634). No sabemos cuándo la conoció, pero como hay constancia de la lectura pública de Luisa en la cátedra de Cánones en 1508, cabría pensar que pudo conocerla en ese momento. El tono de la carta es de alabanzas continuas, celebrando su oratoria y sus conocimientos, pero sin apenas referencias personales e, incluso, la de sus padres es sin nombres. Estas ausencias parecen alertar de que Marineo apenas la conocía.

Además de esta epístola, Marineo hace una breve reseña de Lucía en la primera edición de 1530 de su obra *De Rebus Hispania Memorabilibus* y también en su edición castellana, *De las cosas memorables de España.* La edición posterior de 1533 aparece con más de tres libros censurados. Como hay dos ediciones en 1530, una latina y otra castellana, se generan problemas de saber cuál es la original o si las dos fueron hechas por Marineo.

Dado que no aparece traductor y tanto la edición latina como la castellana fueron publicadas en el mismo mes de julio de 1530, por la misma imprenta y ciudad, Alcalá de Henares, hecho que implica simultaneidad, es lógico creer que Marineo intervino en ambas. Se sabe que pidió permiso, en mayo de 1529, para ausentarse de la Corte y trabajar en esta edición (Beltrán, 2001: 194). Hay argumentos para afirmar que Marineo es el autor material de las dos versiones y que cualquiera pudo ser anterior, aunque los añadidos de la castellana parecen suplir deficiencias o aclarar términos, y algunos, por lo personal, solo los podría haber hecho el propio autor (Maestre, 2009: 1190). Por lo tanto, al menos, estaría supervisada por Marineo**.**

El último documento que da fe de Luisa y que se remonta a su época, es el testamento de su madre, Magdalena Bravo de Lagunas, que encuentra Oettel (1935:

350) y que reproduce en parte en su artículo. Respecto a Luisa dice: «e a Doña Luissa (que Dios aya) que me hizo heredera». Gracias a este testimonio sabemos que Luisa murió antes de diciembre de 1527. A pesar de lo poco que dice o por ello, no dejará de plantear problemas al chocar con otros datos que tenemos, como veremos más adelante.

Además del testamento, Oettel encontró copias de los árboles genealógicos de los Medrano y de los Bravo de Lagunas, que posiblemente sean copias de los documentos que se conservan en la colección de Salazar y Castro[4]. En todo caso son congruentes con aquellos.

3. EL NOMBRE

En las fuentes documentales aparece como «*filia Medrano*», «Lucía» y «Luissa». Es difícil saber qué quiso decir Torres, dado su latín, con «filia Medrano»; puede indicar filiación o simplemente niña, aunque esto es menos probable. En todo caso remite al grupo familiar «Medrano», que parece que le es conocido.

Respecto a Marineo, la llama en los dos textos «Lucía», pero, enseguida, algunos autores posteriores cambian el nombre a «Luisa». Los dos primeros que se refieren a ella después de Marineo, en el siglo XVII, son González Dávila (1618: 23) y Marques de Careaga (1639, fol. 8v), los cuales utilizan una cita casi idéntica entre ellos, pero diferente a la forma en la que lo expresa Marineo. Lo llamativo es que mientras que Dávila la llama «Luzia» con «zeta», a diferencia de Marineo que usaba la «ce», Marques de Careaga la llamará «Luisa». Otros ejemplos son Dorado (1776: 558) que cita a Marineo, pero la llama «Luisa», Clemencín (1821: 50,410), que la cita como «Luisa» y como «Lucía», y Vidal y Díaz (1869: 243), que también la llama «Luisa», aunque parece seguir muy de cerca a Hermenegildo Dávila (1848: 27-28) que la llama «Lucía». Pero lo más llamativo es Villar y Macías (1887: tomo II, 110), que reproduciendo, casi literalmente, los textos mencionados de Dávila y Careaga, la llama «Luisa», como este último, aunque no le cita nunca, mientras que a González Dávila, que dice «Luzía», le cita en varias ocasiones. Es Oettel la que fija el cambio definitivo del nombre a «Luisa» y la emparenta con los Bravo de Lagunas.

4. En la Real Academia de la Historia se conservan manuscritos de Salazar y Castro, L. (antes de 1734) *Apuntamientos genealógicos de diversas familias, sacados de escrituras y autores fidedignos*. Madrid; RAH,: 9/301. De todos los folios de los que consta la obra nos interesan: «Tabla genealógica de la familia Brabo de Laguna». RAH, 25, fº 125 (2ª foliación) https://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/registro.do?id=49991 y «Tabla genealógica de la familia de Medrano, condes de Torrubia, señores de San Gregorio. RAH, 9/301, fº 39. https://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/registro.do?id=50321 A ellos será a los que nos refiramos a continuación.

Esta interpretación ha sido aceptada hasta que en 2020 fue puesta en cuestión por. Grande del Brío (2020: 85 y ss). Marineo (1530b: fol. 174 v.) escribió sobre Luisa unas líneas en latín; *Salmanticae quoque Luciam Metranam novimus eloquentissimam puellam. Quam non solum loquentem audivimus et orantem, sed in gymnasio quoque Salmanticensi Latinos libros publice profitentem*. En la edición castellana dice: «En Salamanca conocimos a Lucía Medrana, doncella eloquentíssima. A la cual oymos no solamente hablando como orador, mas también leyendo y declarando en el estudio de Salamanca libros latinos publicamente» (Marineo, 1530b: fol. 174 v.). Las tesis de Grande del Brío[5] son que Marineo no hizo la versión castellana y que el traductor cometió errores que cambiaron el sentido del texto latino.

Grande del Brío cree que en vez de traducirse «En Salamanca conocimos a Lucía Medrana» habría que traducir «Conocimos a Lucía Medrana de Salamanca», porque rechaza que *Samanticae* sea un ablativo de lugar y piensa que es un genitivo. Esto haría que Lucía de Medrano fuera una salmantina de nacimiento. Lleva razón en que no es un ablativo, pero tampoco es un genitivo, sino un locativo, cuya terminación coincide con la del genitivo, un caso residual que solo se utiliza en nombres de lugar menor, que es habitual en Marineo[6]. Para el gentilicio suele usar un adjetivo especial concordando con el nombre: *Michaelem salmanticensem*, «Fray Miguel de Salamanca» (Marineo 1530a: CLXXII r; Marineo, 1530b: CCXLIX r).

El otro problema de traducción que ve Grande del Brío es el sentido de *publice* y *profitentem*. que en la edición castellana aparecen traducidos por «públicamente» y «leyendo y declarando» (Marineo, 1530a: 252 v). Para Grande del Brío son malas estas traducciones y fuerza su sentido de forma que traduce «ejerce» por *profiteor*, y «oficial» por *públice,* con lo cual tiene que añadir de su cosecha «lectura de» para que la frase tenga sentido: «ejerciendo oficialmente [la lectura de] libros latinos». Esta traducción forzaría lo que dice Marineo y convertiría la actividad de Lucía de Medrano en una lección oficial, por lo tanto de una catedrática, que con la mala traducción de *Salmanticae,* la convertiría en una catedrática salmantina. Ni que decir tiene que, como hemos visto, la edición al castellano fue hecha o al menos supervisada por Marineo, pero, además, que no es correcto el sentido que da a los términos, porque Marineo utiliza el *profitentem* en otras ocasiones y, como podemos ver en el ejemplo siguiente, es imposible el sentido de ejercer oficialmente señalado: *in Salmanticæ gymnasio adolescentem audivimus Ovidii Nasonis epístolas profitentem* (Marineo, 1530b: 171 r), dice refiriéndose a Pedro Velasco, que no era profesor

5. Hay una breve reseña crítica sobre esta obra de Grande del Brío, que abarca estos y otros aspectos, en Carabias, A; Mateos, J. 2021.

6. Rivera llega a señalar hasta la utilización de un locativo para un lugar mayor, *Hispaniae*, hecho excepcional ya que su uso está normalmente circunscrito a los lugares menores de la 1ª y 2ª declinaciones. (Rivera. 2000: CXXI).

y por lo tanto no ejercía oficialmente. La edición castellana traduce por «yo oy en Salamanca siendo el harto mancebo que leya publicamente las epistolas de Ouidio» (Marineo, 1530a: 249 r). Hay que desechar, por lo tanto, esta interpretación muy forzada para hacer a Luisa una salmantina y una catedrática y atenerse a la traducción de 1530 o, al menos, a una lectura correcta de la obra latina.

Partiendo de la certeza de que Luisa estaba emparentada con el linaje Medrano, sabemos que tiene que pertenecer a una familia en la que sus mujeres pudieran tener acceso a la educación. Además, el *filia Medrano* de Torres parece situarla en una familia conocida. La adscripción a la familia Bravo de Lagunas hecha por Oettel parece razonable. Torres mostraba interés por el medio universitario y por el medio político-social, además de por temas actuales. Dado que no hay ningún Medrano como profesor en aquellos momentos, parece lógico que ese *filia Medrano* no apunte a un personaje académico, sino a uno con relevancia social. Tiene que ser, por lo tanto, de una familia Medrano que dejara rastros en otras instituciones y documentos, y conocida de Torres. Este, en un apuntamiento, se refiere, al abuelo de Luisa, Garci Bravo cuando tomó militarmente Atienza. Las familias no solo comparten apellidos sino también nombres que se repiten hasta el punto de hermanos compartiendo el mismo; el padre y un tío de Luisa llevan el mismo nombre y apellido, aunque de madres distintas. El nombre de Luis entra en los Medrano a través de los Bravo de Lagunas, lo hereda Luisa y su hermano Luis[7], el que fue rector. El hecho de que en esta familia coincidan dos hermanos con el nombre de Luis y Luisa, en fechas compatibles con el apunte de Torres y las fechas posibles en las que Marineo pudo referirse a ella, refuerzan la identificación. Respecto a Lucía no se encuentra ninguna mención de una «Lucía» o un «Lucio» en ninguna rama documentada de los Medrano y, solamente, entre los documentos del Portal de Archivos Españoles, hemos encontrado un expediente matrimonial de 1675 de una Lucía Gerónima de Medrano Carrillo Garnica de Mendoza, natural de Daimiel, hija de Baltasar de Medrano y Mendoza y de Lucía Carrillo Garnica[8], con lo que no hay dudas de que el nombre le viene por la madre, no por los Medrano. Por lo tanto, la adscripción de Lucía de Medrano, a la familia Medrano de Atienza y su identificación con Luisa de Medrano, parece correcta a partir de los datos que

7. Luisa tuvo un hermano de nombre Luis, del que hablaremos más adelante, que fue rector de la Universidad de Salamanca y canónigo en Coria, donde murió. El olvido de la función y uso de los nombres en este periodo llevan a Montaño (2013: 133) a razonar que, como no es posible que un hijo y una hija compartan el mismo nombre, tal vez Luis no existiera y la rectora de la Universidad fuera Luisa. Parte del error se puede explicar porque sigue la obra de Márquez (2005: 170), que da 1511 como fecha de la muerte de Luis. Más adelante se reseñan otros errores de esta última obra.

8. «Medrano Carrillo, Lucía Jerónima de» en AHN. 1675. OM CASAMIENTO_CALATRAVA, Exp. 430. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/1723404?nm.

tenemos. Aun así, su enclave en una familia u otra condiciona la visión de su vida en conjunto, pero no afecta al tema de la ocupación de una cátedra.

4. LUISA O LUCÍA: EL CAMBIO

Viniendo de un erudito como Marineo que cambió su propio nombre de pila de «Lucas» a «Lucio», resulta extraña la confusión de llamar «Lucía» a «Luisa», por lo que Oettel tuvo que pensar en un error. Descartado el error tipográfico, porque se repite en la epístola y en las dos ediciones de *De Rebus* de, Marineo, hay que argumentar de manera diferente. Se podría pensar que hubiera identificado a Luisa con su misión en las letras y modulase levemente su nombre para que tuviese esa referencia de «luz» que Lucio y Lucía tienen. Esta explicación habría sido comprensible en una carta personal, pero no en su publicación, y menos para la referencia en *De Rebus* donde da testimonio de personajes ilustres que desea que se les pueda identificar. Por lo tanto, no queda otra explicación: el cambio de nombre de «Lucía» por «Luisa» se debe a un error producto de las circunstancias del momento.

La España de los siglos XV y XVI vive un cambio lingüístico importante. A diferencia de lo que ocurre en otras lenguas romances, el italiano de Marineo incluido, en castellano se simplifican las sibilantes, entre otros fenómenos. Hasta ese momento se distinguían como fonemas distintos cuatro sonidos que ahora agrupamos en «s» y «z» («ce» y «ci» incluidas). En algún punto, además, se produce una deriva distinta que lleva al seseo y al ceceo, que son dominantes actualmente en muchos lugares y que reducen esos cuatro a uno solo. Luisa, que se escribía normalmente «Luissa», no se pronunciaba con dos eses, sino con una ese similar a la actual castellana del norte, mientras que la «c» de «Lucía», igual que la de «Garci», nombre de su abuelo, se pronunciaba con un sonido africado /ts/, similar a la «z» de «pizza» no en italiano[9]. El seseo siguió un camino distinto y supuso una mayor concentración de sonidos en una ese única, similar a la del andaluz actual. El *Poliglota o diccionario* (Anónimo, 1841, 403), en el siglo XIX, traduce al italiano el nombre de «Luisa» por «Luisia», muy cercano fonéticamente a como se pronunciaría entonces Lucía: Luissa>Luisia>Lucía. Pero, además, Nicolás Antonio en 1672 escribe como «Luisia» a tres Luisas distintas: Luisia de Magdalena, Luisia Padilla y Luisia Sigea (Antonio, 1672: 56-57 y 345). Al argumento de la similitud fonética se suma el del parecido caligráfico, sobre todo en algún tipo de escrituras.

La tesis de que el cambio fonético en el siglo XVI propició la equivocación del nombre de «Luisa» con «Lucía», se vería confirmada por la misma confusión que acreditan los franciscanos al enumerar en su lista de beatos a «Luisa o Lucía

9. Una descripción breve de estos cambios se puede ver en Lapesa, (1978: 34). Más detallado en Menéndez, (1985: 112 y ss.).

Fleites» nacida en Nagasaki en 1542 y mártir en Japón (Acevedo, 2009: s. p.). Hay muchas otras confusiones que se pueden documentar con estos dos nombres, que son especialmente abundantes en Hispanoamérica, donde se realizaron muchos estudios genealógicos y donde el seseo tuvo y tiene una gran implantación. Que, además del cambio fonético, la caligrafía pudiera haber ayudado al error, lo prueba el proceso de fe de «María Hernández, alias Luzía o Luissa Núñez de Saldaña»[10].

Nebrija detecta estos cambios que se están produciendo:

> Le dige que èsta razón de Letras que agora teníamos en el vso del Castellano por la mayor parte estaba corrompida […] Mas digo que el dia de oi ninguno puramente escriue nuestra Lengua por falta de algunas Letras que pronunciamos, i no escrevimos: i otras por el contrario, que escrevimos, i no pronunciamos (Nebrija, 1517: s/n).

Lo cual explica las nuevas grafías que se producen al escribir palabras antiguas que contenían sonidos que ahora no se reconocen como antes. Este sería el ejemplo de González Dávila cuando transcribe el «Lucia» de Marineo por «Luzia»; el sonido medieval que transcribía la «c+i» ha perdido la sonoridad y ahora coincide con el sonido sordo que transcribía la «z». A esto mismo puede apuntar que Villar y Macías siguiendo el texto de González Dávila, como acabamos de decir, transcriba por «Luisa» el «Luzía» de este, o que Clemencín (1821: 50 y 410) use indistintamente «Luisa» y «Lucía». En el área del seseo se dejaría de notar diferencia entre Lucía y Lusía y, apenas, con el Luisia, que hemos visto para Luisa.

Con esto se puede afirmar, con suficiente certeza, que *Lucia Metrana, filia Medrano,* no puede ser otra que Luisa de Medrano Bravo de Lagunas, como correctamente había afirmado Oettel. Partiendo de esta identificación, ahora podemos investigar qué actividad tuvo en el Estudio reflejada en las anotaciones que nos han llegado.

5. LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Lo más llamativo es la ausencia del nombre de Luisa como catedrática en actas o documentos, máxime cuando de aquel periodo se conservan las Actas de Claustros y Juntas de la Universidad, de 1507 a 1511 (AUSA, 5). Oettel vio la dificultad y la intentó solucionar estableciendo un paralelo entre la ausencia de la mención de la cátedra de Luisa y la del rectorado de Pedro de Torres, cargo del que èl mismo habla en sus *Apuntamientos* (Ladero, 2016), con lo cual hay que analizar ese supuesto rectorado.

10. Así aparece manuscrito en la portada, mientras que en su interior va con una grafía en la que es difícil distinguir a cuál de los dos nombres se refiere. «El proceso de fe de María Hernández». AHN//INQUISICIÓN,1982,Exp.1. http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/3656292?nm

Oettel afirma que Torres[11] fue rector en 1513 por un apuntamiento de este en el que dice «seyendo yo Retor» (Ladero, 2016: 350), con el que Torres explica por qué perdió la cátedra. Oettel corta ahí la cita, pero si hubiera seguido habría visto que se refería a rector del Colegio Mayor de San Bartolomé, adherido a la Universidad de Salamanca, rectorado que sí está documentado. Dice que hizo cumplir las constituciones y cumplir los oficios del Colegio y por eso «los colegiales negociaban secrete contra mí». Líneas más abajo explica «E sobre todo vino una carta del rey en que mandaba al Rector e consiliarios que tuviesen forma e manera como fray Matías hobiese la cátedra». El apuntamiento, que es de 1513, no puede dejar más claro que en ese año había otro rector de la universidad, que apoyó a su oponente y le impidió acceder a la cátedra de Biblia.

Otro argumento para afirmar que fue rector es el encabezamiento de sus *Apuntamientos*, donde figura como rector de la Universidad de Salamanca. El manuscrito en que aparece es una copia realizada por la Academia de la Historia en 1833 de un ejemplar muy deteriorado, que se conservaba en la Biblioteca Real y que posteriormente desapareció. Por suerte, fue muy cuidadosa esta copia y se levantó acta de todo el proceso. Precisamente en las actas se puede ver que ese «Rector» se coló en algún momento en la portada de la nueva copia porque en el original no aparecía como tal. Las actas dicen:

> En 2 de marzo presenté un tomo en folio y pasta propio del Real Monasterio del Escorial, señalado: H. 96 y titulado: *Apuntamientos originales de D. Pedro de Torres, Canónigo de Calahorra y de Sigüenza, de la Universidad de Salamanca, Colegial de S. Bartolomé*, que consta de 40 fol., cuyos códices se mandaron depositar con los demás (López, 1970: 259).

Pero además, Pedro de Torres no podía ser rector porque el rectorado era incompatible con la cátedra. Las Constituciones, que Martín V expidió en el año 1422, ordenan en la Constitución I «Además que no se nombren como rector [„„] o de los que ostentan cátedras asalariadas en el propio Estudio» (Valero y Pérez.1991:116-78).

Oettel, al unir la falta de documentos sobre la cátedra de Luisa con la falta de documentos del rectorado de Torres, deja en evidencia aquella.

Torres escribe: *1508 die 16 Novembris hora 3 legit filia Medrano in Catedra Canonum*. Aquí, *legit* se ha de entender como una actividad escolar normal equivalente a una explicación o una lección. Las lecturas formaban el nudo principal de la enseñanza y normalmente eran impartidas por los profesores ante los alumnos, pero junto a estas lecturas ordinarias había otros tipos de lecturas como ejercicios

11. Pedro de Torres fue catedrático de Físicos en la Universidad de Salamanca, fue rector del Colegio Mayor de San Bartolomé y en el año 1513 optó a la cátedra de Biblia sin éxito, hecho que aquí se comenta.

de formación del alumno o a modo de lucimiento, siendo obligatorias para obtener la titulación, que corrían a cargo de invitados o de los alumnos que aspiraban a un título. Para poder deducir qué clase de lectura hizo Luisa contamos con las otras pistas que da Torres.

Del apunte se deduce que Luisa realizó una actividad de lectura el día 16 de noviembre, día que cayó en jueves, dato importante, porque los jueves eran días de asueto, libres de clases. De los jueves de asueto dan testimonio, tanto Marineo (1497: 22v) como Pedro Mártir (1670: 26), así como algunos documentos, por ejemplo los Estatutos de 1538 (Esperabé, 1914: vol. I 158): «y actos y conclusiones se hagan en los dias assuetos o en días de fiestas que no sean solenes ni que guarde la ciudad». La lectura de Luisa tuvo un carácter tan extraordinario como para llamar la atención de Torres y que lo reseñase. Comparando con este apunte que también le llamó la atención se ve el paralelismo:

> A. D. 1506. En el verano, un niño del Doctor de Oropesa sustentó conclusiones en Gramática con tanta eloquencia y osadía […] Era de edad de ocho años [y al margen se añade] este después fue catedrático de Vísperas de Teología y murió año 1533 (Ladero: 2016: 327).

Podemos ver que se refieren a dos acontecimientos extraordinarios por el sujeto que los hacen: un niño y una joven. En el caso del niño se afirma que llegó a catedrático años después, por lo que estuvo disputando sin ser catedrático e, incluso, se constata su muerte en una nota marginal añadida, seguramente, por un copista.

El niño sostuvo conclusiones en verano, periodo no lectivo, Luisa, de la que a diferencia del niño no hay rastro académico, leyó en jueves, también día no lectivo. Ambos casos caen bajo el supuesto regulado por los Estatutos que hemos señalado arriba.

Además, lo que no dice es significativo. Torres acompaña siempre el nombre de la dignidad correspondiente. De Luisa no dice ni siquiera que sea bachiller, mucho menos catedrática. El nombrarla por su apellido parece resaltar que lo importante es este.

En cuanto a Marineo, que justo antes de escribir de las mujeres hace una referencia a profesores de la Universidad, donde no la nombra, dice de Luisa: «En Salamanca conocimos a Lucía Medrana, doncella eloquentíssima. A la cual oymos no solamente hablando como orador, mas también leyendo y declarando en el estudio de Salamanca libros latinos publicamente» (Marineo, 1530a: 252 v):

> Salmanticae quoque Luciam Metranam nouimus eloquentissimam puellam. Quam non solum loquentem audivimus et orantem, sed in gymnasio quoque Salmanticensi Latinos libros publice profitentem (Marineo, 1530b: 174 v).

A esto se añade la Epístola, donde los términos que usa son:

> *eruditionis & eloquentiæ; doctrinam & eloquentiam; eloquentia linguæ Romanæ longe praestas; quæ supra viros in literis & eloquentia caput extulisti; non lanam, sed librum, non fusum, sed calamum, non acum, sed stilum diligenter & studiose tractas* (Jiménez, 2001: 634)[12].

Si empezamos por las ausencias es muy significativo que no haya ninguna referencia a cátedra, ni añada información respecto a lo dicho por Torres. Repite el tema de la erudición, elocuencia y declaración de libros latinos. Describe cualidades intelectuales de Luisa, no un cargo académico, lo cual, si lo hubiera ostentado, sería un olvido asombroso visto el tono de alabanza de sus obras. Comparando con otra reseña que hace Marineo se ve otro paralelismo:

> Delos quales es vno don Pedro de Velasco Condestable de Castilla al qual yo oy en Salamanca siendo el harto mancebo que leya publicamente las epistolas de Ouidio y el Plinío de natural historia dos autores bien ditficiles (Marineo, 1530a: 249 r).

Pedro Velasco, leyó públicamente clásicos *in Salmanticæ gymnasio adolescentem audivimus.* Como en la del niño del doctor de Oropesa, tenemos una actividad en la Universidad de alguien muy joven y del que sabemos que no fue catedrático. Sin embargo, González Dávila (1618: 23) afirma enseguida que «Doña Luzia de Medrano. Marineo Siculo dize della que la oyó leer facultad en la Vniuersidad de Salamanca, y la vió Orar en publico». En principio «leer facultad» significa enseñar una facultad o ciencia, exactamente lo que hace un catedrático, pero también un opositor y cualquiera que explique. Desde este momento hay dos interpretaciones distintas: la que concluye cátedra y la que no ve razones para afirmarla. Lampillas (1784: 357) la llama maestra de Humanidades, Clemencín (1821: 410) dice que explicaba a los clásicos, Prescott (1845: 332) que leyó públicamente, Hermenegildo Dávila (1845: 27) maestra en la Universidad y Vidal y Díaz (1869: 39) que explicaba en la Universidad. El punto máximo lo pone el conde Roselly de Lorgues (1878: 143) cuando sitúa a Lucía de Medrano, junto a Beatriz Galindo, como espectadoras privilegiadas de la comisión que en 1486 estudió las posibilidades del viaje de Colón, Por supuesto que ninguna de las dos asistió a esa comisión, ni siquiera como espectadoras; Lucía de Medrano, en el mejor de los casos, acabaría de nacer.

Por otra parte Nicolás Antonio (1672: 345), que es posible que conociera el texto de 1530, pese a lo que dice Oettel[13], afirma no encontrar tal cosa en Marineo,

12. Una traducción provisional podría ser: «de erudición y elocuencia; cultura y elocuencia; sobrepasas, con diferencia, en dominio del latín; que alzaste la cabeza, en letras y en elocuencia, por encima de los hombres; que manejas con diligencia y dedicación no la lana, sino el libro, no el huso, sino la pluma, no la aguja, sino el punzón de escribir».

13. Oettel (1935: 339) justifica la opinión de Antonio diciendo que este no conoció la edición no censurada de 1530, pero indicio de que pudo conocerla es que Antonio (1672: 341),

mientras que Menéndez Pelayo oscila entre «consta, por relación de Marineo […] que tuvo cátedra pública» (Menéndez, 1896-1916: 34) y «se dice, aunque no lo consigna su gran panegirista Marineo Sículo, que tuvo cátedra» (Menéndez, 1902: 216-7). Esperabé (1914: vol. II, 284) en 1914 no encuentra rastro en la Universidad, y ya en 1974 Beltrán Heredia (2001: 168) que, tras llamarla célebre y cultísima, afirma no encontrar fundamento para su cátedra, llegando así al momento actual con los trabajos en esta línea de Carabias (2019: 179-208) y Mateos (2019).

Hay que destacar, en general, la ambivalencia de las afirmaciones: «explicaba», «leyó», «enseñó», haciéndose más explícitas cuando media otro tipo de interés: Lampillas, en su duro enfrentamiento con Tiraboschi, intenta demostrar la grandeza de la cultura española, Hermenegildo Dávila exagera méritos con la finalidad de conseguir dinero para la cátedra de Teología y Vidal y Díaz escribe por orden del ministro. Curiosamente este exagerar lleva a errores como el que comparten Prescott (1845: 330-332), Dávila (1848:27) y Vidal (1869: 243) atribuyendo cátedras a nobles que en realidad fueron maestrescuelas**.** Tanto Gutierre de Toledo como Alfonso, Alonso, Manrique fueron maestrescuelas y no fueron catedráticos. Una carta del Príncipe de Asturias, Juan de Aragón, recogida por Esperabé (1914: vol. I, 134) lo atestigua: «don Alonso Manrrique, maestrescuela déla yglesia de Salamanca me fizo relación que para punir e castigar los estudiantes e personas del estudio» Y también hay reseña en Esperabé (1914. 176) sobre Gutierre de Toledo «con las cartas pontificias que le acreditaban como Maestrescuela, D. Gutierre de Toledo, hijo del Duque de Alba». El maestre-escuela o maestrescuela no era un cargo docente, todo lo contrario, era un cargo jurídico administrativo y ligado a la carrera eclesiástica. Las reseñas hechas lo dejan claro: «maestrescuela déla yglesia de Salamanca» *y* «con las cartas pontificias que le acreditaban como Maestrescuela». Beltrán de Heredia (1954: 33) cuenta el conflicto con el nombramiento de Gutierre de Toledo. Habiendo sido nombrado otro candidato según la normativa, se presentó el propio Gutierre con las cartas pontificias de su nombramiento, como dice la cita de arriba. En esta obra, Beltrán da noticia de ambos maestrescuelas, de los problemas por la imposición del rey y de cómo ambos siguieron la carrera eclesiástica con distintos obispados e incluso Alonso llegando a cardenal e Inquisidor General. Pero lo más interesante es que, no solo no eran catedráticos, sino que, además, la falta de formación requerida no era obstáculo para su nombramiento; «la bula de 27 de junio de 1496 por la que es nombrado maestrescuela de Salamanca, con dispensa, al parecer, de los grados académicos que se requerían según las constituciones» (Beltrán, 1954: 34).

---

al referirse a Beatriz Galindo, cita el *De Rebus* de Marineo. Hay que advertir que en la edición de 1672 la página 341 y la 342, por error tipográfico, aparecen como 141 y 142. Además hay que tener en cuenta que en la edición de 1788 hay una pequeña variación del orden de las mujeres en estas mismas páginas, en relación a la de la edición de 1672.

La confusión de maestrescuela con catedrático, aunque no intencionada, supone un engrandecimiento del prestigio de la Universidad; la asociación del nombre de Luisa a continuación de ellos y normalmente unido al de Beatriz Galindo, a la que se denomina maestra de la reina, incide en este mismo intento[14].

En el siglo XX se consolida la idea de la cátedra; Oettel es definitiva en ello. Aun así, ve tantas dificultades en mantener su tesis que tiene que rebajar sus pretensiones: «la probabilidad de que Lucía no ocupara una cátedra en propiedad, sino más bien una cátedra extraordinaria, habiendo sido quizá sustituta del catedrático». Y ni siquiera por méritos propios, Oettel concluye: «la poderosa influencia de sus reyes hicieron que [...] Luisa de Medrano de Bravo de Lagunas de Cienfuegos llegara a la dignidad de catedrática en la Universidad de Salamanca» (Oettel, 1935: 360).

6. OTRAS ACTIVIDADES

Respuesta distinta ante las dificultades es la de Margarita Nelken (2011: 129), que, además de afirmar que Luisa poseyó una cátedra en Humanidades, cátedra de Humanidades que no existía en Salamanca, y que mantuvo asidua correspondencia con Marineo, añade: «Luisa Medrano era reputadísima como poetisa y como filósofa, por lo cual cabe pensar que dejó escritos, que por desgracia se han perdido». A partir de aquí todo se dispara: catedrática sustituta de Nebrija (Oettel), catedrática de Retórica (Márquez, 2005: 156), de Derecho Canónico de Prima o Vísperas (Montaño, 2013: 132, 134) e incluso ésta última llega a mencionar, como ya comentamos, la posibilidad de que Luis de Medrano no existiera y fuera Luisa de Medrano la que hubiera sido rectora de la Universidad. El punto culminante son las insinuaciones de que la censura de la edición de la obra de Marineo, de 1530, se debiera a persecución contra Luisa.

No es necesario discutir todos los razonamientos, pero sí señalar varias cosas decisivas. Solo hay constancia de que «leyó» y «declaro públicamente». Ya hemos visto los casos de otros personajes, Bernardino Vázquez de Oropesa y Pedro Velasco, que leyeron e incluso disputaron siendo muy jóvenes y con seguridad de que no eran catedráticos. Esta fue una actividad que se mantuvo de forma habitual al menos hasta finales del siglo XVIII en que se documenta el caso del niño Juan Antonio Picornell[15], que fue presentado en 1785 a un examen público de lucimiento en la Universidad de Salamanca cuando tenía tres años, tras ser sometido a un método pedagógico novedoso por parte de su padre (Villar, 1887:vol. 3, 222).

14. Ana Carabias Torres lleva años escribiendo sobre Luisa de Medrano y sobre Beatriz Galindo; su última publicación sobre Beatriz Galindo (Carabias, 2021) deja claro que su papel no fue el de maestra de la reina.

15. Una aproximación a este personaje es lo que cuenta Astorgano (s. f: s. p.) en la biografía de su padre, Juan Bautista Picornell y Gomila, en el Diccionario Biográfico de la RAH.

Además de como ejercicios de lucimiento, estas lecturas estaban reguladas como ejercicios prácticos para la obtención de títulos, según los Estatutos de 1538 en el Título XXVII: «Y que a leydo diez liciones cada vna mas de media hora» (Esperabé, 1914: vol. I, 165). El aula de Cánones, por su tamaño y situación en la planta baja del edificio universitario salmantino, seguramente se utilizaría para estos eventos, como se puede deducir de la regulación por los Estatutos, pocos años después, como sala de oposiciones (Esperabé, 1914: vol. I, 293).

Hay que recordar a los que sostienen con Oettel que, cuando Nebrija en 1508 dejó de dar clases, Luisa lo pudo sustituir, que la asignatura era Prima de Gramática, es decir que se daba a hora Prima, no a las 3 ni a Tertia, ni en el aula de Cánones, donde solo se daban Cánones, a no ser que fuera una actividad extraordinaria. Las cátedras de la Facultad de Artes: Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Geometría, Música y Astronomía no se daban en el edificio de las Escuelas Mayores, que es donde estaba el aula de Cánones, sino en un edificio enfrente, el de las Escuelas Menores. Además, como señala Torres, en la asignatura de Prima de Gramática, siempre entendida entonces como Gramática latina, el contenido a impartir estaba determinado, como ocurría con todas las asignaturas, y solo podía darse el Arte de Gramática de Nebrija (Ladero, 2016: 352).

Respecto a las clases de Prima o Vísperas de Cánones, el razonamiento es igual: se impartían a Prima o Vísperas, no a Tertia, y no podían salirse de lo establecido; en ningún caso explicaban clásicos.

En cuanto al resto de actividades que se le atribuyen, poeta, escritora, pensadora, correspondencia con Marineo, no tienen ningún fundamento. Marineo cuyo objetivo era resaltar méritos, no habría dejado de mencionarlo, tanto en la epístola como en el *De Rebus*[16]; precisamente es muy evidente que Luisa no hizo nada de lo que se le atribuye al comparar lo que dice Marineo de Luisa y de las otras mujeres ilustres.

A María Pacheco, con la que Luisa estaba emparentada, le dedica unas pocas líneas antes de hablar de Luisa: *Quę saepe mecum de re literaria certavit. Cuíus sermo doctus erat, gravis et facundus*, que traduce: «en manera de Philosopho muy sabio y orador eloquente».

Es claro que de Luisa no señala nada que indique en ella una reflexión filosófica. De todas formas hay que resaltar que, de María Pacheco, Marineo no dice exactamente que fuera filósofa, sino que su conversación era *doctus, gravis & facundus*, o dicho en castellano, en manera de filósofa.

Tampoco encontramos referencia a que Luisa escribiera algo, como sí señala Marineo en el caso de Ángela, hija del señor de Carlete: *Quae non modo componit*

16. Todas las referencias que siguen son del mismo sitio: Marineo, 1530b: 174 v. En la versión en castellano, Marineo, 1530a: 252 V.

epistolas et orationes elegantissime, sed etiam sua manu pulcherrime scribit. «La cual no solamente compone epistolas y oraciones elegatissimas, mas también las escriue desu mano muy hermosamente».

Hay que observar que distingue entre una creación literaria, *componit*, y la realización material de la misma, *scribit*. Esto es algo que también la diferencia de Luisa. Esta es elocuente y oradora, explica construcciones latinas; Ángela compone oraciones y epístolas. Escribe cartas, pero también oraciones. Oraciones tiene originalmente el sentido de discurso o habla, que también podrá ser escrito, pero con el matiz de «razonado», «con sentido», «para convencer».

Es decir, que de Ángela afirma que escribe epístolas, pero de Luisa no, y mucho menos que se las escribiera a él. De ser de otra manera, Marineo lo habría afirmado, como hace con Juana Contrera[17], de la que habla justo a continuación de Luisa y de la que dice: «Juana Contrera nuestra discípula de muy claro ingenio y singular erudición, la qual después me escriuio cartas en latin, elegantes y muy doctas».

Juana fue discípula de Marineo (era habitual que los profesores dieran clases particulares para completar sus ingresos económicos), de Luisa no dice que lo fuera; con Juana mantiene correspondencia, de Luisa no lo dice. Por lo tanto, la asidua correspondencia en latín es otra afirmación de Nelken sin ninguna base documental. Es cierto que se conserva una epístola de Marineo a Luisa, pero no es más que una, sin fecha y de Marineo a Luisa, no al revés. Parece ser, por el tono de la misma, que fue un intento de Marineo de tomar contacto con Luisa; muy probablemente, si Luisa hubiera respondido, Marineo lo hubiera publicado, como hizo en otras ocasiones y como hizo con Juana Contrera.

Y, aunque esto no lo afirma Nelken, también habría que descartar que Luisa pudiera haber sido alumna de Marineo en la Universidad. Marineo se marchó de la Universidad en 1497, tenía Luisa 12 años, lo cual hace bastante difícil que ella hubiera podido asistir a sus clases dentro del Estudio salmantino. Se podría objetar que el hijo del doctor Oropesa con 8 años sostuvo conclusiones de Gramática y, efectivamente, lo pudo hacer, pero eso no implica que fuera alumno, porque en la Universidad las actividades extraordinarias las podían realizar visitantes; de hecho fue en verano, como ya señalamos, una vez acabado el curso oficial que terminaba "por san Juan de Junio" según los estatutos universitarios. Lo cierto es que la epístola comienza diciendo que la fama de Luisa y de sus estudios llegó a sus oídos antes de conocerla, es decir, que Luisa había tenido ya un largo periodo de formación. Finalmente, de haber sido Luisa discípula de Marineo, sin duda él lo habría señalado, como lo hizo en el caso de Contera. Por lo tanto podemos decir que no hay ninguna base para afirmar que Luisa fuera catedrática, filósofa, poetisa,

17. Aunque es frecuente escribir su nombre en plural, «Contreras», Marineo la nombra en singular.

escritora y que mantuviese un culto intercambio epistolar con Marineo. Es tan desproporcionado lo que afirma Nelken que hasta Oettel (1935: 291, 317, 333) la critica en más de una ocasión, y no solo por su «superficialidad» con Luisa, sino también por confundir a Álvara de Alba con Cara Chitera, y al equivocado juicio sobre María Isidra Guzmán de la Cerda. Oettel deja bien claro que no hay indicios de que fuera poetisa, como afirma Nelken.

7. LAS CÁTEDRA IMPOSIBLES

Como hemos visto, de unas escuetas afirmaciones que nos ofrecen las fuentes primarias se llegó a hacer sobre Luisa una gran cantidad de afirmaciones, cada cual más aventurada. El deslizamiento de unas palabras, a veces unas letras, o un simple error tipográfico y su reproducción, sin un mínimo análisis crítico, nos lleva a situaciones como las que vamos a analizar y que sirven para ver cómo se producen estos fenómenos y cómo, por mera repetición, se puede llegar a verdaderos sinsentidos.

Un curioso ejemplo de esta afirmación es cómo se transforma la *catedra canonum*, cátedra de cánones, en *catedra canorum*, ¿cátedra de melodías?, y acaba en *catedra caconum*.

La *catedra canorum* es una equivocación que seguramente provenga de una publicación llena de errores de este y de otros tipos de Márquez (2005: 175). Este estudio parece seguir de cerca el trabajo de Oettel, pero con bastantes desaciertos. El sustituir *canonum* por *canorum* es índice de lo afirmado, porque no es algo que se pueda justificar como una errata de impresión, ya que en la misma página aparece hasta cuatro veces y otra en la anterior. Errores[18] similares nos confirman que el de Márquez de la Plata es un escrito que no merecería la pena mencionarlo, si no fuera porque estamos en un momento en el que es muy fácil copiar y reproducir textos y durante unos años se ha podido ver la influencia de este escrito en muchos trabajos publicados. Todavía en julio de 2021 el enlace de la primera nota a pie de página del artículo de Wikipedia enviaba a una página[19] respaldada por el sello de I+D del Ministerio de Cultura, que repetía varios de estos errores y, sobre todo, el

18. Además del *canorum* hay una gran cantidad de errores en términos latinos en Vicenta Márquez de la Plata. Simplemente en la carta de Marineo podemos encontrar *cerniere*, que no existe, *ete*, *nusa* y *de futurum* por *defuturum*. Pero en la cita latina de Marineo es donde Márquez acumula gran cantidad de erratas: *Salmanticae quoque Luciam Metranam nivimos* (por *novimos*) *eloquentisimam* (por *eloquentissimam* y además se come el *puellam* que sigue en el texto). *Quam non somlu* (por *solum) loquentem novimus* (*por audivimus*) *et orante* (*por orantem*), *sed in gymnasio quoque Salmanticens* (por *Salmanticensi) Latino* (por *latinos*) *libros publice preferente (*por *profitentem*) (Marquez 2005: 162-164).

19. La página sobre «Escritoras y pensadoras europeas» parece haber desaparecido de la web, no obstante Wikipedia ofrece su enlace a una *wayback machinen* donde se conserva

más bochornoso de *catedra canorum*. En la misma Wikipedia apareció por primera vez el apunte de Torres mal escrito, *canorum*, en una modificación hecha a las 18:58 el 11 de octubre de 2009[20] y se mantuvo mal hasta el 19 de diciembre de 2017, que fue borrado[21]. Aunque Wikipedia no es la única ni mucho menos; Montaño (2013: 131), a la que ya hemos mencionado por el tema del rectorado de Luis de Medrano, también reproduce el *canorum*.

Pero *canorum* no es el único error que ha tenido éxito en el mundo de las publicaciones, hay otro meme que se reproduce paralelo a aquel, el de *catedra caconum*. Este ni siquiera se puede traducir por algo coherente. Aparece en varios lugares y, aunque es difícil descubrir de dónde parte, al menos su difusión se deba a un artículo de Borreguero (2013: 86, nota 25) que ha tenido cierto éxito en la red. Lo podemos encontrar también en Amores Pérez (2008: 175), en inglés en un breve articulito datado en agosto de 2018[22]. Otro autor que reproduce el *caconum* en diversas páginas sobre Atienza es Gismera (2017, 2018), aunque, paradójicamente, en un libro anterior (Gismera, 2016; 74) lo escribe correctamente. Casi todos estos libros y artículos suelen tener en común, además, con Wikipedia, una traducción de la epístola de Marineo demasiado simplificada.

Lo que vemos en la historiografía no es excepcional, el mecanismo de copiar sin comprobar es el mismo que el visto en siglos anteriores para la cátedra de Luisa o las confusiones de catedrático y maestrescuela; lo excepcional es la rapidez con la que se multiplica en la red, lo que nos permite ver, en apenas un instante, procesos de deformación del sentido original, que antes llevaban siglos.

8. LA CENSURA

Hay otro punto muy delicado en Wikipedia que recoge una crítica extendida últimamente entre algunos autores: la conspiración contra Luisa por ser mujer. Eso explicaría que Carlos I mandase eliminar su rastro en la edición censurada (Marineo, 1533) y el que no se encontrasen obras suyas. En Wikipedia[23] se afirma

íntegra. Visto el 18-06-2021: https://web.archive.org/web/20090205001238/http://escritorasypensadoras.com/fichatecnica.php/260

20. Wikipedia, https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Luisa_de_Medrano&oldid=30494868.

21. Wikipedia, https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Luisa_de_Medrano&oldid=104302608.

22. El artículo, que no lleva nombre del autor, añade una interrogación al título *Luisa de Medrano, the First Female Professor?*, después de conocer las tesis de Carabias (2019) poniendo en cuestión la cátedra, artículo de Carabias que enlaza: https://www.monstrousregimentofwomen.com/2018_08_09_archive.html.

23. «Luisa de Medrano» en Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Luisa_de_Medrano. Visto el 18/06/2021.

que: «Su obra y toda mención de su existencia parece haber sido mandada eliminar por el rey Carlos I». Todavía más incisivo en la acusación, no es el único, es Jacinto Chicharro Santamera:

> Así quizás se cede ante los mediocres, se censura con elegancia y se borra de los libros de historia el nombre de aquella culta mujer. Esta es la clave para comprender la ausencia de documentos de Luisa de Medrano o sobre ella (Chicharro, 2015: 7).

Esta información, además de incompleta, suele ir acompañada de datos confusos que evidencian que no se ha tenido en cuenta el texto original. Dice Wikipedia «Este libro se reeditó sin el último capítulo en 1533 y en 1539», y Chicharro repite: «no resulta extraño que este libro se reedite sin el último capítulo tanto en 1533 como de nuevo en 1539» (Chicharro 2015: 5).

No es correcto. Estos reproches, unidos a los mismos errores, se repiten con frecuencia, y la verdad es que, dicho así, puede hacer pensar que hay una persecución a Luisa o a las mujeres en general, pero no es cierto según está escrito. En principio, la obra de Marineo Sículo está dividida en 25 Libros. Desde casi el principio del Libro 22 al 25 llevan el título común en cabeza de folio de *De viris illustribus Hispaniae*, «De los claros varones de España». En cada uno de estos últimos Libros trata distintos colectivos o personajes: los militares, don Fadrique Henríquez, los pontífices y en el 25, los hombres excelentes en letras y fortunas. En este último libro hay un apartado: *De quibusdam hispaniae foeminis ilustribus*, «De algunas ilustres mujeres de España», título que ahora sustituirá al anterior encabezamiento de folio. Aquí está la mención a Luisa, Lucía de Medrano según el texto. En total dedica un folio aproximadamente a estas mujeres ilustres, es decir dos páginas, y a Luisa, tres líneas. Pues bien, lo suprimido no es el apartado, o si se quiere el capítulo, dedicado a las mujeres; lo que se suprime es prácticamente desde el Libro 22 casi entero, hasta el final, es decir, desde el folio 129 r. hasta el 175, 46 folios o 92 páginas. La importancia de lo suprimido es excepcional, y más cuando la edición de 1530 cuenta *Cum privilegio Caesareo ad decennium*, como resalta Oettel. Algo crucial ha tenido que suceder para eliminar a papas, obispos, guerreros y hombres de letras, ignorando el permiso de publicación por diez años. La figura de Luisa, no puede justificar que se eliminase a personajes tan importantes, máxime cuando Luisa no ocupaba más que tres líneas muy fáciles de sustituir, y todas las mujeres ilustres juntas, un solo folio que se puede arrancar sin que se note nada. Que esta drástica supresión de páginas no tiene nada que ver con Luisa o con las mujeres como tales es la advertencia final de la edición de 1533 (Marineo, 1533: 128 v.), donde se avisa de que elimina a algunos hombres ilustres y a algunas mujeres dignas de recuerdo, que junto a otras más sacará a la luz en el futuro. Si se hubiera suprimido un folio y el autor no hubiera dicho nada sobre este hecho, habría pasado desapercibido, pero prometer una futura publicación sobre mujeres, si estas hubieran sido el problema,

habría sido un reto al Emperador que no se habría atrevido a hacer nadie, y menos Marineo y, desde luego, que no lo hubiera dicho públicamente.

¿A qué se debió esta mutilación? La verdad es que se precipitaron los acontecimientos. El impresor del *De Rebus*, Miguel de Eguía, entró en la cárcel en 1531 y en 1533 seguía preso, sospechoso de herejía. No solo él, los alumbrados y los erasmistas, que hasta poco antes contaban con favor real, pasan a ser sospechosos de estar próximos al luteranismo. Marineo había alabado a Erasmo en el Libro 25 y mencionaba a varios de sus seguidores que sufren o sufrirán cárcel: Juan de Vergara, Belarmino Tovar y hasta Isabel de Vergara, de la que Marineo escribe justo delante de Luisa. Se produce una situación peligrosa donde las sospechas abarcan a varios colectivos:

> Poco después se desató la persecución de los alumbrados, la mayoría de ellos conversos y muchas veces simpatizantes de los comuneros, y, desde 1533 la de los erasmistas, protectores de los conversos en la corte y partidarios de una Inquisición más transigente. (Thomas,1999: s.p.).

La inseguridad del momento y el círculo de la sospecha, cada vez más amplio, explican una censura tan grande de la que Luisa y las otras mujeres podrían como mucho haber sido víctimas colaterales[24].

9. LA IMAGEN DE LUISA

Otra idea sin justificación, que se ha difundido desde no hace mucho, es la imagen de Luisa como la de la Sibila Samia del conjunto «Profetas y Sibilas» de Juan Soreda, conservado en un retablo en Atienza[25]. La idea parece ser de Chicharro y parte de la epístola de Marineo cuando dice *Per te siquidem non Musas, non Sybillas saeculis prioribus invideo*, «Porque por ti no envidio a las Musas ni a las Sibilas de tiempos anteriores». Chicharro (20015: 8), apoyándose en este texto, cree ver, junto a la coincidencia espacio temporal, una descripción de los rasgos de Luisa: «Mujer segura de sí misma, menor de 43 años, de mirada inteligente, de cultura clásica, de belleza mora y *puella*, es decir un tanto inaccesible». Hay que señalar que no hay nada que indique que esto pueda ser verdad y que más bien parece ser otra mistificación sobre Luisa. De hecho, lo que hace la epístola es diferenciarla de las sibilas y de las musas, aunque no sea menos que ellas, y los rasgos que se desprenden de la epístola son bastante distantes de los que apunta Chicharro.

24. Del encarcelamiento de Miguel de Eguía y su posterior puesta en libertad, en un contexto en el que se cruzan alumbrados, erasmistas e intelectuales, da cuenta Martín Abad (1991: 79) en un apretado trabajo que remite a Goñi Gaztambide.

25. Hay una reproducción de la imagen de la Sibila Samia en la entrada Luisa de Medrano de Wikipedia: Visto 22-05-2022: https://es.wikipedia.org/wiki/Luisa_de_Medrano.

Lo de mujer segura, no concuerda con *puella et teneraque virgo*, «muchacha y delicada doncella» o con las preguntas finales sobre su salud. Pero la clave de su razonamiento está, precisamente, en ese «belleza mora». La imagen representa una mujer muy morena y Chicharro (2015: 8) piensa que «Luisa era morena por la leyenda sobre el origen musulmán de los *Medra-no* - aquello de que, tras cambiar de bando, el rey moro pregunta por el antepasado: *¿medra o no medra entre cristianos».*

Efectivamente, es una leyenda que ya comenta Oettel y que se refiere al origen del apellido Medrano, que se intenta hacer remontar a los siglos IX o X, según la crónica de referencia. Se tiene que considerar como tal, pero si tuviera una base real, cosa difícil de demostrar, porque la palabra «medrar» se documenta siglos después[26], habría que matizar alguna cosa. Primero que dada la gran distancia temporal entre acontecimientos a los que hace referencia y la persona de Luisa, los rasgos físicos estarían muy diluidos. En segundo lugar, que las crónicas, que sirven de fundamento a la leyenda, no se refieren a un árabe ni a un norteafricano, sino a un fiel musulmán, que, en el caso de la crónica de Jiménez de Rada, queda claro que es un príncipe sarraceno, pero del pueblo godo, que previamente se había corrompido por el rito mahometano y cuyo descendiente Lope es el que volverá al cristianismo:

> *Interim autem quidam Princeps Sarracenorum natione Gotthus, sed ritu Machometico inquinatus cum tota sua gente deceptus, quos Arabes Beneaharim dicunt […], vbi filium suum nomine Lupum* (Jiménez. 1603-08; 77).

No es necesario añadir que, si hubiera algo cierto, se tendría que utilizar el mismo razonamiento para los rasgos que ahora serían de tipo nórdico, como demuestra Martínez (2015), al estudiar las características físicas de restos biológicos visigodos, y que estarían igual de diluidos. Esta discusión no tiene más transcendencia que eliminar estereotipos y dejar claro que la gran distancia temporal y la interposición de tantas generaciones nos impiden adivinar cómo pudo ser físicamente Luisa de Medrano (Jiménez, 1603-08; 77).

26. Corominas encuentra en la entrada «mejor» el verbo «medrar» en Berceo, en la segunda mitad del siglo XIII, aunque señala un apunte de Menéndez Pidal que se refiere a un documento de 1076 en el que aparece «metranza», con el sentido de «mejora en la herencia» (Corominas,1984). Precisamente es a partir del siglo XIII cuando se documenta el apellido Medrano. La explicación del apellido por la pregunta de «si medra» parece una racionalización tardía, tal vez del siglo XVII, sustentada sobre unos datos históricos confusos. La base para esta afirmación está en que no encontramos ninguna referencia anterior a *La Numantina* de Mosquera que se publicó en 1612, y a partir de ese momento hay varias referencias. Un ejemplo, que ilustra bien esto, es el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias, que publicado en 1611 no tiene conocimiento todavía de aquella obra y no hace una entrada para el término «Medrano»; años después, en la reedición con los añadidos de Benito Remigio Noydens, en 1674, se hace una adición, que consta en el «Elenco de las cosas que se añaden», dedicada a los Medrano y basando su información en Mosquera y Garibay a los que menciona.

10. LA FAMILIA

Oettel encontró dos árboles genealógicos, uno con cinco hijos y el otro con nueve. Posiblemente se correspondan con los que se conservan en los archivos de Salazar y Castro[27], con la puntualización de que del que tiene cinco hijos, que se corresponde con la familia Bravo, Oettel dice que lleva el nombre de Luis y no el de Luisa, mientras que en Salazar es inequívocamente el nombre de Luisa.

Sin embargo, estos árboles originan muchos problemas. Recordamos la inmensa figura que es Salazar y Castro en el mundo de la genealogía, por sus trabajos y su fundamentación. Esto no quiere decir que no tuviera errores, porque entre sus miles de páginas hay muchos bosquejos corregidos e inacabados. Pero esta parte de los árboles que mencionamos están especialmente trabajados, contienen datos que concuerdan con el resto y parecen acabados. Ofrecen, incluso, las fechas de nacimiento de cada uno de los hermanos de Luisa que se corresponden con los que Oettel encuentra en el archivo del duque de Villahermosa. Sin embargo, aquí salta la sorpresa: de Luisa dicen que casó en Badajoz con Gerónimo de Acevedo, de quien tuvo una hija, Ana de Acevedo, que se casó a su vez con su primo hermano Gerónimo Brabo de Mendoza, hijo de su tío Garci Brabo, y que a su vez tuvo una hija, y sigue así su descendencia hasta el cuarto grado. Esto produce un problema al confrontarse con el testamento de Magdalena donde la madre dice que heredó a su hija Luisa. Si Luisa se había casado y tuvo una hija, ¿por qué la heredó la madre? ¿Por qué no citó a la nieta en su testamento?

Hay tres explicaciones posibles. La primera hay que rechazarla por muy improbable: que la copia del testamento fuera falsa, quizá por una manipulación posterior interesada. La segunda, también es poco probable; que el árbol que da Salazar y Castro esté equivocado. Ya hemos comentado cómo precisamente este árbol aparece completo y congruente con los datos conocidos. Queda por tanto intentar una tercera explicación, sin descartar otras; para ello hay que ahondar en el testamento y en el papel de la familia en aquellos tiempos.

Magdalena, la madre, dice haber heredado las legítimas de sus dos hijas monjas, la de Francisco, que parece que fue fraile, y la de Luis y la de Luisa. Solamente de estos últimos hace mención clara de que hayan fallecido: «que Dios aya» y «al mal Logrado». Es imposible que los otros tres hubieran muerto y su nombre no fuera acompañado de un recuerdo piadoso; de hecho de Francisco habla en presente: «de lo que pertenece a Francisco», lo que descartaría su fallecimiento. A esto se suma,

27. Vamos a referirnos a continuación los árboles los árboles de Salazar y Castro señalados en la nota 4, a saber:: «Tabla genealógica de la familia Brabo de Laguna». RAH, 25, fº 125 (2ª foliación) https://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/registro.do?id=49991 y «Tabla genealógica de la familia Medrano, condes de Torrubia, señores de San Gregorio. RAH, 9/301, fº 39. https://bibliotecadigital.rah.es/es/consulta/registro.do?id=50321.

el testamento de Catalina, en 1541, hermana mayor de Luisa, que deja claro que al menos las dos monjas no habían muerto. La respuesta habrá que buscarla entonces en la función de la familia.

Las condiciones de vida, alimentación, higiene, guerras y epidemias, hacían que la mortalidad fuera muy alta, mayor en los estamentos más pobres. Una familia con un nivel medio alto podía aspirar a una mayor supervivencia, lo cual a la larga se convertiría en una amenaza para su propia riqueza, que tendría que ser más repartida y, por consiguiente, provocar una pérdida del nivel económico previo. Una familia como la de Luisa tendría que repartir su riqueza entre los nueve hijos, con lo que cada uno solo podría disponer de 1/9, que negociado mediante un matrimonio de su misma clase supondría otro 1/9 más, es decir 2/9. Estos hijos, que serían muchísimo más pobres que sus padres, al repartir entre sus propios hijos liquidarían la fortuna inicial y caerían en el ciclo de la pobreza. Como solución a la conservación de los bienes familiares y, por lo tanto, de la supervivencia individual de sus miembros, aparecen tres mecanismos distintos, pero complementarios: la discriminación en el reparto de la legítima mediante las mejoras y los mayorazgos, la carrera religiosa y los matrimonios endogámicos.

Si hasta entonces se utilizaba las mejoras para favorecer una menor dispersión, desde 1505, en las Cortes de Toro, se regula la institución del mayorazgo, que evitaba aún más esa dispersión de bienes. El mayorazgo permite separar de la herencia una parte y dársela en exclusiva a un hijo junto a la legítima que le correspondiera. Esto, además de conservar juntos los bienes adscritos al mayorazgo, redunda en bien del grupo familiar, porque, restando una pequeña cantidad a cada uno, acumula el total en uno de ellos, lo que le permite unas nupcias ventajosas desde cuya posición apoyar al resto de los hermanos. La carrera religiosa hace que algunos miembros no tengan descendencia y, además, no necesiten toda la legítima, que queda en la familia y en algunos casos, una vez fallecidos, sus partes vuelven a esta. Los matrimonios consanguíneos, aunque en principio opuestos a la doctrina de la Iglesia, se imponen como una forma de equilibrar las riquezas y que no salgan del grupo.

Las monjas, cuya legítima hereda Magdalena, simplemente cambiarían la dote proporcionada por su familia para entrar en el convento, por la renuncia a la legítima. Esta era una práctica habitual, sobre todo a partir de finales del siglo XV que documenta magistralmente en su tesis Graña (2008: 687).

Las hermanas de Luisa, y tal vez ella misma, parecen seguir este modelo, testando a favor de la madre, la cual a su vez se lo deja al hermano mayor, para reforzar el mayorazgo. Francisco, que posiblemente fue fraile, también renunció testando a favor de la madre. Con Luis, que fue canónigo de Coria, se puede ver cómo inició una carrera eclesiástica, seguramente apoyado por la influencia de su familia, que aumentaría sus bienes, mediante las rentas correspondientes y que le llevaron a ser rector en Salamanca, cargo para personas pudientes, de lo cual no es

ajeno, seguramente, la dotación que hizo a la capilla de san José, en la Santa Iglesia de Santo Domingo, según cuenta González Dávila (1649: 258). De no haber muerto temprano[28], posiblemente hubiera llegado a puestos de mayor influencia y riqueza desde los cuales habría apoyado a su familia, como hay que suponer que hizo con él su tío abuelo el obispo de Coria.

En cuanto a Luisa podría haber tres hipótesis, que explicasen su herencia. La primera, que el árbol de Salazar y Castro estuviera mal y nunca se hubiera casado, por lo que la heredase la madre, la hemos considerado poco probable por las características del árbol y porque el tratamiento de Doña que le da su madre en el testamento, idéntico al de las hermanas casadas, puede ser indicativo, aunque no de forma indubitable, de que estuvo casada, por lo que exploraremos otras hipótesis. La segunda es que Luisa renunciase a su legítima a cambio de una dote sustanciosa para su boda. Sabemos que era práctica común y paralela a la de la dote de las monjas: María Pacheco (Pérez, J.: s.f.).es lo que hizo a cambio de una fuerte cantidad de dinero. Esta teoría choca con que sus hermanas casadas tuvieran derecho a sus legítimas. Puede haber una explicación con Catalina que, viviendo en la corte, su dote seguramente estuvo a cargo de la reina, que se había comprometido en su cuidado, pero con Isabel es difícil encontrar una razón que no sea la de que su dote no hubiera consumido toda su legítima. Explicación posible, pero aún podemos intentar la última alternativa: que Luisa también hubiera entrado en una institución religiosa, como sus hermanas. Al morir Diego López, el padre de Luisa, y al hacerse cargo los reyes de la familia, la madre se traslada a la corte con su hija mayor Catalina, que pasará a formar parte de la corte, pero Isabel que es muy pequeña, ya que nació el mismo año que murió su padre, es posible que quedase dependiendo de la madre. Las otras niñas, Luisa incluida, podrían haber ingresado en una orden religiosa lo que explicaría su formación académica. Hay que recordar que estas instituciones religiosas en ese momento se estaban ilustrando, como se desprende de la petición de la reina a Nebrija para que tradujera sus *Intoductiones latinae*,

> que no por otra causa me mandaba hacer esta Obra en Romance, y en Latín, sino porque las mugeres religiosas, y virgines dedicadas a Dios, sin participación de varones pudiesen conocer algo de la lengua latina» (Nebrija. 1773 [1488?]: VI).

28. Luis de Medrano, nacido en 1485, fue canónigo de Coria, de cuya diócesis era obispo el tío carnal de su madre, Juan de Ortega. Hizo en 1511 la dotación de la capilla de San José y el 11 de noviembre de 1511 fue nombrado rector de la Universidad. Según un documento del Archivo de la Catedral de Coria (caja 30, doc. 21), localizado y transcrito (aunque no publicado) por Ana Carabias Torres, se puede deducir que murió a finales de 1514 o principios de 1515, dado que su vacante se cubre a finales de mayo por el cardenal Inocencio Cibo, tras un proceso judicial de varios meses. Inocencio Cibo aparece con el título de San Cosme y San Damián con el que le nombró su tío, el papa León X. La capilla, la canonjía y el rectorado son índices de la carrera ascendente de Luis de Medrano, truncada por la muerte antes de cumplir los 30 años.

Si esto fuera así, habría que pensar que posteriormente saldría del convento, tal vez por un problema de salud que la dificultase vivir allí, lo que explicaría su muerte temprana. Esta debilidad parece adivinarse en la epístola de Marineo, que acaba pidiendo noticias de su salud. Fuera del convento recuperaría una parte de su dote, leería en la Universidad, se casaría en edad avanzada para la época, hecho que refuerza la idea de un tiempo en una institución religiosa, y tendría a su hija El hecho que solo aparezca en el árbol una hija y de que ella muriese temprano podría indicar que no sobrevivió al parto, motivo muy frecuente de muerte en la época.

Las hipótesis son razonables, aunque desearíamos mayor apoyo documental, porque, además, el asunto se vuelve más complejo. En 1541 muere Catalina, la hermana de Luisa que había sido dama de Corte de Isabel la Católica y que había estado casada con Hernando de Rojas y Sandoval, hijo de Bernardo de Rojas, marqués de Denia, y de Francisca Enríquez, prima del rey Fernando. Del matrimonio de Catalina no hay hijos, por lo que al testar reparte sus riquezas, que son muchas. entre allegados, criados y familia. Un extracto del testamento lo ofrece Layna en *Historia de la villa de Atienza*, con los inconvenientes de que no es más que un extracto y que no cita el origen. En todo caso es interesante lo que dice Layna sobre los familiares:

> Entre los legados familiares, señalaré el de su hermana María Medrano monja en Toledo, a quien deja 10.000 mrvs,; el de 12.000 hecho a su otra hermana Leonor, monja en Soria, y el de 300 ducados que manda a su sobrino carnal Juan Hurtado de Mendoza «para que atienda a sus estudios», a otro sobrino llamado Baltasar de Medrano y como el anterior hijo de su hermano Garci Bravo, le deja doña Catalina todo el remanente de sus bienes así como las casas principales que dicha señora habitaba en Atienza. (Layna 2004: 215).

Hay varios puntos que nos interesan de este testamento. En él se confirma que todavía vivían las hermanas monjas de Luisa, lo cual ratifica nuestra tesis de que cambiaron legítima por dote, según el mecanismo estudiado por Graña ya citado. Que a Francisco, si vivía y era monje, no le deje nada no tiene mucha importancia puesto que los varones no dependían, como las mujeres, de su fortuna en los monasterios y, además, Catalina hizo fuertes donaciones al monasterio de san Francisco de Atienza, muy ligado a su familia, del que su hermano Garci Bravo es «patrono principal» de la Capilla mayor y en el que podría haber profesado Francisco. En todo caso las cantidades a las monjas son menores que las que deja a algunas de sus sirvientes. El legado a Juan Hurtado de Mendoza (tenemos localizado un Diego Hurtado de Mendoza, no Juan, hijo de Garci, pero es posible que existiera sin aparecer en los árboles genealógicos que conocemos) es diez veces más importante y es para completar sus estudios. Corrobora una vez más que la familia está ligada al estudio. Respecto a Baltasar de Medrano, hay que decir

que además de este, que es hijo de Garci, Catalina tiene otro sobrino de nombre Baltasar, hijo de su hermano Diego. Se podría preguntar por qué no dejó nada a Ana, la hija de Luisa. La respuesta, conforme a los datos que tenemos, es que tampoco deja nada a los hijos de Isabel, que al menos tenía dos, ni al resto de los de Garci, que al menos eran seis, ni a Baltasar Medrano, hijo de Diego López Medrano. Isabel que tiene una gran fortuna no reparte la herencia entre cada uno de los individuos de su familia, sino que hace una distribución buscando lo mejor para la familia, como señalamos arriba. Observemos el estado de la cuestión. Eran nueve hermanos, de los cuales quedan sin descendencia las monjas, Francisco y Luis, muerto joven y eclesiástico de carrera; Isabel que es la testadora tampoco tiene hijos, por lo que de los padres de Luisa, Magdalena y Diego, que tuvieron nueve, solo quedan cuatro líneas viables: Diego, que hereda la mayor parte de la riqueza de los Medranos y el mayorazgo de San Gregorio y Garci Bravo de Lagunas que hereda de su abuelo Garci y de su madre el mayorazgo de los Bravos[29]. De Isabel sabemos que tuvo al menos dos hijos y de Luisa que tuvo una hija. Pues bien, según los árboles citados se puede ver que Ana de Acevedo, hija de Luisa, se casó con Gerónimo Bravo de Lagunas, primo suyo e hijo de Garci Bravo, heredero del mayorazgo de los Bravo, mientras que la hija de Isabel, Beatriz, se casó con su primo Baltasar de Medrano, en este caso el hijo de Diego López de Medrano, heredero del mayorazgo de los Medrano y señor de San Gregorio. Se cierra un círculo perfecto de conservación y aumento del patrimonio, que al final favorece a todos los miembros de la familia, mediante los tres mecanismos enunciados: mayorazgo, celibato eclesiástico y enlaces endogámicos. Al mismo tiempo se pueden explicar, mediante estas políticas matrimoniales, la ausencia de mención a Luisa y a Isabel, en el testamento de Catalina y el posible significado del testamento de Magdalena, la madre, En todo caso, lo que sabemos referente a la vida privada de Luisa, su educación, estudios, matrimonio, descendencia y muerte, pende de muy pocos documentos y lo aquí afirmado es coherente con esos documentos, pero necesita una fundamentación mayor.

11. CONCLUSIONES

Toda la vida, actividad y hasta identidad de Luisa/Lucía está empañada en una niebla que poco a poco se va diluyendo. Hasta ahora hemos sabido de ella más por ausencias que por datos concretos. Precisamente esta escasez de referencias originales ha servido para todo tipo de interpretaciones. De hecho, si algo queda claro, es que la copia sin crítica no es un invento de Internet, ya que se puede ver

29. La propia Magdalena obtiene el permiso para constituir un mayorazgo en 1500 a favor del primogénito, García Bravo de Lagunas, AGS,RGS,Leg. 150001,3.

en siglos anteriores cómo se repiten casi literalmente los mismos párrafos. Pero esa niebla nos deja ver, con suficiente seguridad, que su verdadero nombre era Luisa y pertenecía a la familia de los Medrano emparentados con los Bravo de Lagunas de Atienza. Podemos afirmar, así hacen constar los testigos, que pasó de alguna forma por la Universidad de Salamanca, pero casi con la misma seguridad, que esa forma no fue el desempeño de una cátedra, a pesar de su extraordinario talento y del supuesto apoyo de los reyes. El resto de los sucesos de su vida están más confusos, salvo que murió relativamente joven, antes de llegar a los 44 años de edad. De la carta de Marineo se puede deducir que cuando la conoció en Salamanca Luisa ya tenía una sólida formación. por lo cual es muy posible que hubiera realizado estudios en algún otro lugar, muy posiblemente junto a sus hermanas monjas, aunque no necesariamente hubiese profesado; aunque no hay que descartar que fuera con un maestro particular, cosa frecuente entre personas de cierto nivel económico.

La despedida de Marineo en su epístola, pidiendo noticias de su salud, nos pone en alerta de algún posible problema que explicase su reaparición en la vida pública, su matrimonio, tardío para la época, y su temprana muerte.

Los árboles genealógicos que nos han llegado señalan su matrimonio, que tuvo que ser posterior al contacto con la Universidad, ya que los calificativos de Torres «filia Medrano» y de Marineo «virgen, doncella» así lo parecen indicar. Estas afirmaciones no desmerecen nada su importante papel como hito en la historia de las mujeres. De hecho, si son ciertas, podemos decir que estamos ante una imagen especialmente dramática del papel de la mujer en la historia, donde una joven, a pesar de sus cualidades intelectuales y de sus conocimientos, encuentra un muro tras otro para lograr desarrollar su vida en igualdad con los varones: los usos sociales, los reglamentos de la Universidad, el matrimonio y la maternidad.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES PRIMARIAS

Alonso Acevedo, A, (2009). *Ser luz del mundo. santos y beatos o.f.s.* Chile. https://ofmvocaciones.files.wordpress.com/2010/10/ser-luz-del-mundo-santos-y-beatos-ofs.pdf. Visto el 22-05/2022.

Amores Pérez, R. (2008). Biografía de Luisa Sigea Toledana. Una taranconera del siglo XVI en la corte portuguesa y española. En Pérez Priego, M. A. coord. *Melchor Cano y Luisa Sigea, Dos figuras del Renacimiento español*. Tarancón: Studia Academica. pp. 167-265. https://www.academia.edu/29443295/Biograf%C3%ADa_de_Luisa_SIgea_Toledana_Una_taranconera_del_siglo_XVI_en_la_corte_portuguesa_y_espa%C3%B1ola, 22-05-2022.

Anónimo. (1841). *Poliglota ó diccionario: el libro que, en forma de catalogo, contiene por orden alphabética, las dicciones de diez lenguas; vulgarmente dicho decalingua, los advertimientos en inglés, francés y página centenalis.* Bélgica: s.n.

Antonio, N. (1672). *Bibliotheca Hispana Nova*. Roma: ex Officina Nicolai Angeli.

Astorgano Abajo, A. (s.f.). «Juan Bautista Picornell y Gomila», en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. https://dbe.rah.es/biografias/18053/juan-bautista-picornell-y-gomila.

Beltrán de Heredia, V. (2001). *Cartulario de la universidad de Salamanca (1218-1600).* Salamanca: Universidad de Salamanca.

Beltrán de Heredia, V. (1954). La cancillería de la Universidad de Salamanca. *Salmanticensis, 1*, 5-49.

Borreguero, Beltrán, C. (2013). Puellae doctae en las cortes peninsulares. *Dossiers feministes, 15*, 76-100. https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4124066.pdf.

Carabias Torres, A. M. (2019). Beatriz Galindo y Lucía de Medrano: ni maestra de reinas ni catedrática de derecho canónico. *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea, 39*, 179-208.

Carabias Torres, A. M. y Mateos Díez, J. J. (2021). Grande del Brío, Ramón, Beatriz Galindo y Lucía de Medrano. La Latina y la catedrática [reseña]. *Tiempos Modernos*, *11*(42). http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/5581.

Carabias Torres, A. M. (2021). Los problemas de interpretación de las fuentes documentales sobre Beatriz Galindo, La Latina. *Studia Historica. Historia Moderna. 43,* 71-104.

Chicharro Santamera, J. (2015). Una hipótesis: La sibila Samia es Luisa de Medrano, la primera catedrática. *Atienza de los juglares*, *7,* 5-12.

Clemencín, D. (1821). *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel*. Madrid: Academia de la Historia.

Corominas, J. (1984). *Diccionario etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.

Gismera Velasco, T. (2016). *Luisa de Medrano. La primer catedrático.* Torazza Piemonte: Amazón Italia Logística.

Gismera Velasco, T. (2017). Luisa de Medrano. La primera mujer catedrático europea. http://tgismeravelasco.blogspot.com/2017/03/luisa-de-medrano-y-de-atienza-la.html.

Gismera Velasco, T. (2018). Luisa de Medrano. Una mujer para la historia. https://henaresaldia.com/luisa-medrano-una-mujer-la-historia/.

Dávila, M. Ruiz, S. y Madrazo, S. (1848). *Reseña histórica de la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Juan José Morán.

Dorado, B. (1776). *Compendio historico de la ciudad de Salamanca: su antigüedad, la de su Santa Iglesia, su fundación y grandezas, que la ilustran*. Salamanca: Juan Antonio de Lasanta.

Esperabé Arteaga, E. (1914). *Historia pragmática de la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Imprenta Francisco Nuñez Izquierdo.

González Dávila, G. (1618). *Theatro eclesiástico de la iglesia y ciudad de Salamanca*. Salamanca: Imprenta Antonia Ramírez.

González Dávila, G. (1649). *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las indias occidentales*. Madrid: Diego Díaz de la Carrera.

Grande del Brío, R. (2020). *Beatriz Galindo y Lucía de Medrano. La latina y la catedrática.* Salamanca: Signo.

Graña Cid, M. (2008). *Espacios de vida espiritual de mujeres. (Obispado de Córdoba, 1260-1550)*. Madrid: Universidad Complutense.

Jiménez Calvente, T. (2001). *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarium libri XVII, Lucio Marineo Sículo.* Alcalá de Henares: Servicio de publicaciones de la Universidad de Alcalá.

Jiménez de Rada, R. (1603-08). De Rebus Hispaniae. En A. Schottus, *Hispaniae Illustratae*. Tomo II, pp. 25-148. Frankfurt: Claudio Marnium, y herederos de Juan Aubrij.

Ladero Quesada, M. (2016). Apuntamientos de Pedro de Torres sobre la época de los Reyes Católicos 1454-1517. *Boletín de la RAH, CCXIII*. 283-375.

Layna Serrano, F. (2004). *Historia de la villa de Atienza*. Guadalajara: Ediciones Aache, 2.ª ed.

Lampillas, X. (1784). *Ensayo histórico-apologético de la literatura española contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos.* Zaragoza: oficina de Blas Miedes, tomo II.

Lampillas, X. (1786). *Respuesta del Señor Abate don Xavier Lampillas a los cargos a los cargos recopilados por el Señor Abate Tiraboschi*. Zaragoza: oficina de Blas Miedes.

Lapesa Melgar, R. (1978). De cómo el castellano llegó a ser el español, en *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Españo*l. Año XI. Núm. 19. Octubre 1978, 27-77. https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/boletin_19_11_78/boletin_19_11_78_07.pdf

López del Toro, J. (1970). *Cuarta década de Alonso de Palencia*. Archivo documental español, t. XXIV. Madrid: RAH.

Maestre Maestre, J. y Torreblanca López, M. (2009). Descubrimiento de un manuscrito en la Iglesia de santa María la Mayor de Alcañiz con la traducción al castellano de 1511 de la biografía de Juan II compuesta en latín por Lucio Marineo Sículo. En J. Maestre, J. Pascual, y L. Charlo, (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*. vol. 3 (pp. 1177-1230). Alcañiz-Madrid: Instituto de Estudios Humanísticos.

Marineo Sículo L. (1500). *De Hispaniae laudibus*. Burgos: Fadrique de Basilea.

Marineo, Sículo L. (1530a). *De las cosas memorables de España*. Alcalá de Henares: imprenta Miguel de Eguia.

Marineo Sículo, L. (1530b). *De rebus Hispaniae memorabilibus.* Alcalá de Henares: imprenta Miguel de Eguía

Marineo Sículo, L. (1533). *De rebus Hispaniae memorabilibus.* Alcalá de Henares: imprenta Miguel de Eguia.

Marques de Careaga, G. (1639). La Poesía defendida, y definida, Montalban alabado. En Grande de Tena, P. *Lagrimas panegiricas á la tenprana muerte del gran poeta, y teologo insigne doctor Iuan Perez de Montalban ... / lloradas i vertidas por los mas ilustres ingenios de España*. Madrid: Imprenta del Reino. s. p.

Márquez de la Plata y Ferrándiz, V. (2005). *Mujeres renacentistas en la corte de Isabel la Católica*. Madrid: Castalia.

Martín Abad, J. (1991). *La imprenta en Alcalá de Henares. 1502-1600*. Vol. 1. Madrid: Arcos Libros S.A.

Martínez Flórez, J. (2015). *Influencia biológica nórdica en la Hispania tardoantigua. La necrópolis visigoda de Dehesa de la Casa (Cuenca)*, Logroño: Universidad de la Rioja. Tesis doctoral. Espinosa, U. (dir. tes.).

Mateos Diez, J. (2019). *Luisa de Medrano o Lucía de Medrano. Apuntes críticos para una biografía*. https://www.academia.edu/40619883/Luisa_o_Luc%C3%ADa_de_Medrano.

Menéndez Pelayo, M. (1890-1916). *Antología de los poetas líricos castellanos*: *desde la formación del idioma hasta nuestros días*. Madrid: Edición Digital de la Fundación Ignacio Larramendi. http://www.larramendi.es/menendezpelayo/es/corpus/unidad.do?idCorpus=1000&idUnidad=100288&posicion=1.

Menéndez Pelayo, M. (1902). *Bibliografía Hispano-Latina clásica.* Madrid: Edición Digital http://www.larramendi.es/i18n/corpus/unidad.do?idCorpus=1000&idUnidad=100831&posicion=1.

Mártir de Anglería, P. (1670). *Opus epistolarum*. Amsterdam: Elzeviri.

Montaño Montero, L. (2013). Humanistas en la corte de Isabel la Católica: Luisa de Medrano, ¿primera catedrática en una universidad europea? *Cuadernos sobre Vico, 27*, 129-136. https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/47931/humanistas%20en%20la%20corte.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

Nebrija A. (1773 [¿1488?]). *Introducciones latinas, contrapuesto el romance al latin, para que con facilidad puedan aprender todos, y principalmente las religiosas, y otras mugeres dedicadas á Dios / que para este fin mandó hacer S.A. la Reyna Católica Doña Isabel al maestro Antonio de Nebrija*. Madrid: Bartolomé Ulloa.

Nebrija A. (1517) [*Reglas de orthographia en la lengua castellana / cōpuestas por el maestro Antonio de lebrixa*]. Alcalá de Hernares: Arnao Guillen de Brocar.

Nelken,)M. (2011 [1930]). *Las escritoras españolas*. Madrid: Horas y Horas.

Oettel, T. (1935). Una catedrática en el siglo de Isabel la Católica: Luisa (Lucía) de Medrano. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, *107*, 289-368. https://www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/una-catedratica-en-el-siglo-de-isabel-la-catolicaluisa-lucia-de-medrano/

Pérez, J. (s.a.). María Pacheco, en Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico electrónico*. http://dbe.rah.es/biografias/7698/maria-pacheco.

Prescott, W. (1845). *Historia del reinado de los Reyes Catolicos D. Fernando y Dª Isabel*. Madrid: Imprenta Rivadeneyra.

Rivera Martín, J. (2000). *Estudio filológico sobre «De rebus hispaniae memorabilibus Libri I-V» de Lucio Marineo Sículo*. Madrid: Universidad Complutense, Tesis doctoral. V. Cristóbal, López. (dir. tes).

Roselly de Lorgues, A. (1878). *Monumento a Colón: historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*. Barcelona: Jaime Seix.

Sánchez Salor, E. (2020). Mujeres humanistas en el siglo XVI. Un desiderátum teórico. En Martínez de Codes, R. y Chaparro Gómez, C. coords. *La mujer en la Europa renacentista y en el Nuevo Mundo*. Fundación Academia Europea y de Yuste. pp. 271-298.

Thomas, W. (1999). Del miedo al converso hacia el miedo al protestante. La Inquisición española bajo Carlos V y Felipe II, En *Dos monarcas y una historia en común: España y Flandes bajo los reinados de Carlos V y Felipe II: Congreso internacional, Instituto Cervantes,* Bruselas. https://cvc.cervantes.es/literatura/espana_flandes/10_thomas.htm.

Valero, P. y Pérez, M. (1991). *Constituciones de Martin V*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Vidal y Díaz, A. (1869). *Memoria Historica de la Universidad de Salamanca,* Salamanca. Oliva y hermano.

Villar y Macías, M. (1887). *Historia de Salamanca*. Salamanca: Francisco Núñez Izquierdo.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441219239

«Y QUE ES HOMBRE IDIOTA Y FUERA DE TODA RAZÓN SEGUNT MEDEÇINA»: JUAN FLOR, MÉDICO FRANCÉS, UN EMPÍRICO EN LA NAVARRA DEL SIGLO XVI[1]

«Y que es hombre idiota y fuera de toda razón segunt medeçina»: Juan Flor, French doctor, an empiricist in Navarra in the 16th century

Fernando SERRANO LARRÁYOZ

Universidad de Alcalá
fernando.serranol@uah.es

Fecha de recepción: 19/05/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: El interés por la práctica del curanderismo en Navarra durante épocas preindustriales no ha pasado de lo anecdótico. Basándome en la documentación procesal conservada en el Archivo Real y General de Navarra se aborda el caso de un empírico francés llamado Juan Flor. Se pone especial atención en su agitada biografía, su práctica sanadora, la relación médico-paciente y los problemas que tuvo para poder ejercer la medicina por parte del Protomedicato navarro hasta su abandono del reino.

Palabras clave: Juan Flor; medicina; empirismo; Navarra; siglo XVI.

ABSTRACT: The interest in the practice of popular healers in Navarra during pre-industrial time is merely anecdotal. This study looks at the

1. Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación del MICIU-AE/FEDER «Narpan II. Vernacular Science in the Medieval and Early Modern Mediterranean West» (PGC2018-095417-B-C64, 2019-2022). Agradezco los comentarios a Juan Jesús Virto Ibáñez.

case of the French empiricist Juan Flor, based on court records preserved in the Archivo Real y General de Navarra. Special attention is given to his hectic biography, his healing practice, the doctor-patient relationship and the objections raised by Navarrese Protomedicato to his exercise of medicine until his departure from the kingdom.

Keywords: Juan Flor; medicine; empiricism; Navarra; 16th century.

1. INTRODUCCIÓN

Durante el último medio siglo, las aportaciones sobre el ejercicio de la sanidad y de sus practicantes oficiales en el ámbito geográfico hispano del siglo XVI han ofrecido resultados verdaderamente provechosos (Granjel, 1980; Rojo Vega, 1993; Huguet-Termes et al., 2009; Clouse, 2011; Slater et al., 2014), no así en un estudio más profundo de un grupo concreto, si bien heterogéneo, como el de los curanderos. La publicación de un monográfico en la revista *Dynamis* (vol. 16, 1996) dedicado al Protomedicato, editado por María Luz López Terrada y Álvar Martínez Vidal, señaló la importancia de esta institución en el control de la práctica del curanderismo (Perdiguero, 1996: 91-108), cuyo testigo fue recogido en la misma revista (vol. 22, 2002) en un marco más amplio como el del pluralismo médico, centrado en los territorios de Castilla y la Corona de Aragón[2]. En cuanto al reino de Navarra los resultados hasta el momento son muy pobres. Los estudios publicados hasta ahora describen casos que pudiéramos llamar curiosos[3], sin plantear lo qué representaron

2. Con la finalidad de no abrumar al lector con referencias bibliográficas remito a la aportada por Perdiguero-Gil (1996: 92-93, notas 3 y 4) y por Perdigero-Gil y Comelles (2020: 7-50). Otros trabajos de interés que han profundizado sobre el tema: Muñoz Garrido (1967: 101-113), García Ballester (1985: 246-270, 338-342), Rojo Vega (1992: 181-187) y López Terrada (1994: 167-181; 2007: 91-112; 2009: 7-25). Una excelente síntesis de lo que se entiende (y se ha entendido) por pluralismo médico, en Ramsey (2013: 57-64). La exposición de ese pluralismo médico en el marco socioeconómico, como rasgo definitorio de la comercialización de la salud, ha quedado reflejado por David Gentilcore, que ha etiquetado el modelo sanitario en tres ámbitos: 'médico', 'eclesiástico' y 'popular', los cuales la población aceptaba según circunstancias y necesidades. Rechaza la utilización de los términos 'pluralismo médico' y 'mercado médico' como vocablos sinónimos. Así, cuando los profesionales médicos como la élite universitaria, buscaban ejercer un control sobre el campo médico le parece más útil la segunda expresión, mientras que cuando se alude a las posibilidades de acceso a los recursos médicos por los propios enfermos, la noción de pluralismo podría ser un concepto más preciso (2013: 45-55).

3. Hurtado de Saracho y Galarraga (1979); Videgáin Agós, (1979); Idoate (1997a: 80-93); Idoate (1997b: 102-103); Monteano Sorbet (2004: 87-94); Álvarez Caperochipi (2012). Por su parte, el importante trabajo de Sánchez Álvarez (2010) se centra sobre todo en la evolución legislativa del Protomedicato navarro y de las cofradías sanitarias del reino y muy poco en el

a manera de elección sanitaria y las relaciones con el mundo de los que ocupaban una posición oficial dentro de la red asistencial (Perdiguero, 1996: 97). No obstante, hoy en día el estudio del pluralismo médico resulta indispensable para entender debidamente las estrategias frente a la salud y la enfermedad en todo momento histórico (Schmitz y López Terrada, 2015: 524).

Resulta difícil precisar qué se entiende por curanderismo, teniendo en cuenta que desde un punto de vista legal —el de las autoridades que en un determinado periodo controlan el ejercicio de la medicina— el curandero es todo aquel que ejerce cualquier tipo de práctica médica sin estar debidamente titulado (López Terrada, 1994: 170). Un concepto equívoco porque en él se incluyen prácticas adivinatorias, actividades de herbolarios, ensalmadores, algebristas, saludadores…, llegando a considerar dentro de esta práctica tan difusa incluso a la medicina tradicional, basada en prácticas curativas empíricas y ciertas creencias de carácter espiritual. La falta de formación médica reglada pero la posibilidad de ser examinado y de ejercer con licencia implican además matices que para algunos autores permiten determinar qué se entiende por curanderismo y qué no (Ferragud, 2105). Por su parte, algunos otros ni se molestan en ofrecer una definición precisa, porque creen que no es posible hacerlo por la variación del concepto a lo largo del tiempo (Perdiguero, 1996: 101). Lo cierto es que «el curanderismo ha exigido y exige una predisposición psicológica por parte del paciente, pero también por parte del propio curandero, que se considera depositario de métodos infalibles y se halla autoconvencido de su eficacia y bondad» (Zubiaur Carreño, 1990: 482).

En la Navarra de la primera mitad del siglo XVI convivieron profesionales sanitarios que procedían de la medicina académica, como los médicos, cuyo rasgo distintivo era la posesión de un título universitario con sanadores como cirujanos y barberos cuya formación era básicamente de tipo gremial[4]. Unos y otros (también los boticarios) se fueron afianzando en las localidades más populosas del reino: Pamplona, Puente la Reina, Estella, Olite, Tafalla o Tudela entre otras. Es decir, en los núcleos urbanos con mayores posibilidades de negocio. La dificultad de estos centros urbanos de asimilar el caudal de sanadores y las dificultades de buena parte de la población navarra por acceder económicamente a los servicios de los médicos universitarios, aunque con el paso del tiempo muchos lugares contrataron a médicos y cirujanos remunerados por las arcas municipales, motivó que el peso asistencial siguiera manteniéndose, como en el periodo medieval, en mano de barberos y también en menor medida de cirujanos con salarios más modestos.

---

control de los practicantes sanitarios, en especial de aquellos que ejercían al margen del sistema establecido.

4. Algunas consideraciones sobre la formación de los barberos-cirujanos (o barberos sangradores) navarros en época moderna en Jimeno Aranguren (2012: 608-610).

Conforme fueron reglamentadas las profesiones sanitarias, primero a finales de siglo XV a través de la Cofradía de San Cosme y San Damián de Pamplona y después a finales de los años treinta del siglo XVI con la constitución de las cofradías de Estella, de efímera existencia, y Tudela, sin olvidar la fundación del Protomedicato navarro en 1525 (Sánchez Álvarez, 2010: 39-46, 58, 133-146), las posibilidades de ejercer para aquellos que no superaron las pruebas exigidas se vieron mermadas.

Con todo, no se acaban las posibilidades asistenciales de los enfermos. Durante el siglo XVI distintos sanadores -hombres y mujeres- ejercen la profesión con licencia y sin ella. Por lo general estos personajes trataban una gran diversidad de enfermedades como la tiña, dislocaciones de huesos, hernias y piedras o enfermedades de los ojos entre otras. Su experiencia en este tipo de trastornos, su mayor disponibilidad y bajos honorarios posibilita este pluralismo médico (Clouse, 2011: 75). Algunos de ellos fueron el algebrista Juan de Orrio, oriundo de Ilarregui (valle de Ezcabarte); Juan Pérez de Igúzquiza, alias el Indiano, antiguo soldado, originario de San Sebastián, que a mediados de siglo curaba todo tipo de dolores, «llagas viejas y frescas (…) haciendo ensalmos y conjuros por la Cuenca de Pamplona» (Idoate, 1997a: 82-83, Monteano Sorbet, 2004: 87-94); Martija de Jáuregui, vecina de Uharte-Arakil, que se movía por tierras de Pamplona y Estella, curando las enfermedades de *mal de madre, urdalla* (dolor de barriga), hidropesía y *subimiento de sangre*. Por Estella también actuó el herbolario de origen chipriota Juan Griego de Bohemia (Idoate, 1997a: 80-82 y 84-87) y un francés llamado Juan Flor, empírico contratado como médico de Arguedas en 1551 (Idoate, 1997b: 102-103; Granjel, 1993: 75). Conocidos todos ellos gracias a las actividades judiciales del Real Consejo[5], aparecen como una pequeña muestra de quienes, a veces tolerados y otras reprimidos por las instituciones civiles del reino[6], ejercen la sanidad a la par que los médicos universitarios, cirujanos y barberos. Lo dicho es una muestra de que durante aquella época la medicina culta y la medicina popular no representaban dos mundos incompatibles y separados, existiendo distintos mecanismos de contacto (Betrán Moya, 1994: 283).

5. El 14 de mayo de 1532 dicta el Real Consejo un auto que establece cómo apelar las sentencias del Protomedicato. Cuando el asunto tratase de medicinas en malas condiciones la apelación se debía realizar ante el propio protomédico. Sin embargo, cuando este declaraba la inhabilitación para ejercer la medicina y el arte de la botica, o cuando mediaban multas y otras penas, era el propio Real Consejo el encargado de dictar sentencias definitivas. En estos casos el protomédico debía ser escuchado por el Real Consejo y su parecer seguía vigente hasta que otra cosa se determinara (Sánchez Álvarez y Gil Sotres, 1996: 194; Sánchez Álvarez, 2010: 132).

6. No resulta frecuente la intervención de la Inquisición en Navarra en casos de curanderismo. Uno de ellos estuvo relacionado con las prácticas de Juan Pérez de Igúzquiza, alias el Indiano (Monteano Sorbet, 2004: 90). No olvidemos que la Inquisición actuaba si se tenía indicios de que el acusado contravenía de alguna manera la fe católica durante sus prácticas curativas, no el propio hecho de ejercer por sí mismo el curanderismo (López Terrada, 1994: 172). Sobre estas cuestiones véase también Granjel (1953).

El interés suscitado por Juan Flor viene dado por su condición de foráneo, su agitado periplo vital y por la presión desplegada contra su persona por el protomédico de turno, pese a disponer de una licencia parcial del Real Consejo para la práctica de la medicina, lo que permite plantear ciertas cuestiones. ¿Su demanda profesional pudo basarse en la credulidad y la ignorancia de la población a la que atendió por una falta de sanadores examinados? ¿Era su actividad médica un peligro para los pacientes? ¿Constituyó su presencia en el mercado sanitario una competencia importante de clientela para los médicos académicos? ¿El conflicto producido entre la élite médica y los sanadores extraacadémicos estaba dirigido a instituir por los primeros una serie de rutinas y rituales de legitimación (a través de exámenes y licencias), que buscaban sobre todo el reconocimiento profesional de una entidad superior al que se tenían que someter quienes quisieran ejercer? Resulta perceptible que en general las autoridades médicas no tuvieron especial intención en eliminar este tipo de prácticas sino el de controlarlas, intentando beneficiarse de sus resultados en una sociedad donde al menos en las zonas rurales parece que, según algunos autores, había escasez de servicios médicos. De hecho, los practicantes sanitarios extraacadémicos no dudaron en solicitar la licencia para ejercer, con el fin de demostrar su capacidad y asegurar su legitimidad profesional (Clouse, 2011: 84, 88). ¿Realmente sucedió algo semejante con Juan Flor?

2. JUAN FLOR: APUNTES BIOGRÁFICOS

Si hay que dar por buena una declaración suya, fechada el 13 de febrero de 1553, en la que reconoce tener más o menos sesenta años[7], Juan Flor nació en torno al año 1493. La precepción del tiempo suele resultar engañosa porque a finales de 1549 dice contar con unos cuarenta y nueve años[8], lo que de ser cierta esta afirmación, su nacimiento habría que situarlo en el año 1500. De origen francés, su presencia en Navarra parece remontarse a finales de la década de los años veinte[9]. En lo que respecta a su práctica médica, podría fijarse hacia 1514[10], una fecha demasiado temprana a mi entender para alguien nacido el último año del siglo XV.

7. Archivo Real y General de Navarra (= AGN), Tribunales Reales. Procesos, n.º 320705, fol. 5r.

8. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 234517, s.f.

9. Durante el siglo XVI, la presencia de curanderos de origen francés en territorio hispano, especialmente en aquellos territorios fronterizos, como también sucede en Cataluña, no es una excepción (Betrán Moya, 1994: 282).

10. Así lo expone su procurador Lope de Suescun en marzo de 1554, quien afirma que Flor llevaba 28 años tratando «muchas personas deste reino y de fuera», y ejerciendo la medicina con gran experiencia más de 40 años (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

Los procesos judiciales resultan una fuente excepcional para indagar sobre sus orígenes. Algunos testigos, entre ellos Felipe de Tornamira, médico de Tudela, afirma haberlo conocido a medio camino entre Bayona y Dax, en «un braço de río que solía tener cargo de los pasajeros que pasavan en una varca, y esto puede haver veynte y dos annos poco más o menos»[11]. Este primer contacto con Flor, de ser cierta su estimación temporal, puede fecharse hacia 1530. Tornamira confesó haberlo visto junto con otros médicos tratando a un canónigo de Dax y, tras indagar su identidad, le «dixeron y certificaron que era cantero». Sobre la actividad de Flor en Navarra, confirma Tornamira que tiempo después se volvieron a juntar en Carcastillo y los vecinos le mostraron una casa perteneciente a un clérigo labrada «por sus propias manos»[12]. Un vecino de Arguedas, Salvador de Artieda, corrobora, en febrero de 1554, la versión de Tornamira sobre el oficio del francés, a quien conoció

> (…) la primera vez en Murillo del Fruto donde a vecinos del dicho lugar de Murillo y de Carcastillo este testigo les oyó dezir que al dicho maestre Joan Flor la avían visto en Carcastillo, en un molino del abbad de la Oliba, travajar en el offiçio de cantería y que después se avía puesto a curar dolientes (…)[13].

En el terreno sentimental la vida de Juan Flor resultó algo azarosa. En Bayona había contraído matrimonio «por palabras de presente» con Gallardina de la Marquesa, de la que tuvo dos hijos, Juan y Esteban, pero tras su llegada a Navarra casó nuevamente con Antonia Cruzat, hija de Pedro Cruzat, vecino de Murillo el Fruto. Enterada la primera, se presentó ante Juan Flor (también aludido como Juan de la Roxa) con su hijo mayor. Flor se hizo cargo del hijo[14] a la vez que le ofreció dinero y trigo con el fin de zanjar el asunto, pero Gallardina acudió a Cintruénigo, donde por entonces residía Antonia, para informarle de la situación. Los intentos de soborno a su primera mujer no dieron el resultado deseado, por ello fue acusado por la Inquisición que pidió toda la información posible a los obispados de Bayona y Dax. Confirmadas estas acusaciones y tras reconocer Flor sus actos, pidió perdón y penitencia, prometiendo volver con su primera mujer.

11. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 58r.

12. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 58r-v. El perfil laboral de Juan Flor resulta semejante al de otro curandero francés, Bernart Rigaldía, que ejerció la medicina en Barcelona durante el último cuarto del siglo XVI. Este último se dedicaba inicialmente a la hilanza del lino y también a la elaboración de pólvora (Betrán Moya, 1994: 293). En ambos casos comprobamos que pertenecen al ámbito artesanal.

13. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

14. Probablemente era el Juan Flor residente años después en Tafalla y Milagro. Siguió el interés de su padre por la práctica médica, alcanzando el grado de bachiller en Medicina en la Universidad de Huesca (1 de marzo de 1548). En el título de bachiller es aludido como oriundo de Novallas, diócesis de Tarazona (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086380, fol. 75r-v; AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 321257, s.f.).

El 8 de septiembre de 1532 fue condenado a mostrarse públicamente en la plaza de Santa María de Calahorra con un sambenito, un hábito y una señal en donde se reflejaba su delito (bigamia), para posteriormente ser azotado públicamente. La sentencia le prohibió ejercer la práctica médica durante seis meses y le obligó a volver con Gallardina. La ejecución de los azotes se realizó al día siguiente[15]. Pese al castigo y la vergüenza pública Flor no tenía intención de cumplir su promesa. Años después, en marzo de 1540, el inquisidor Martín Pérez de Oliván le condenó, ahora como vecino de Tafalla, por inducir a falsos testigos, especialmente a uno llamado Pedro de Lesaca, a hacerse pasar por criado de los Tornamira de Tudela y jurar en falso que vivía con su primera mujer:

> (…) e penitenciamos a que oy día de la pronunciación desta nuestra sentencia salgua al auto de la fe que se celebra en la plaça de la yglesia mayor desta çiudad [Pamplona] e allí esté en el cadahalso con los otros penitentes en cuerpo de sayo sin çinta e sin bonete e un ábito penitençial puesto con dos figuras de dos demonios pintados en él y una bela de çera en la mano, e después desto mandamos que sea desterrado e lo desterramos de todo nuestro distrito e jurisdicción por el tiempo que a nos bien bisto fuere, e no lo quebante (sic) so pena de dozcientos ducados y de dozcientos açotes por la primera vez, e por la segunda doblado, e que de sus vienes dé y pague para los gastos deste Sancto Officio quarenta ducados de oro viejos[16].

Desconozco el tiempo que Juan Flor pudo estar desterrado. Durante mayo de 1546 y todo el año de 1547 reside en la localidad aragonesa de Novallas, fronteriza con Navarra[17]. Años después, en enero de 1554, ya vive en Arguedas casado con una tal Margarita de Villamayor, a quien el colector de los cuarteles reales de la villa restituye cinco platos y dos candeleros de estaño que el alcalde y los jurados de la villa le había requisado, injustamente acusado del impago de dichos cuarteles[18]. Por estas fechas tenía una hija viviendo con su esposa[19]. En febrero de 1555 vuelve a estar documentada su presencia en Novallas.

15. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

16. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f. En el auto de fe celebrado en Pamplona participaron 69 personas, de las que 49 estaban relacionadas con asuntos de brujería. El resto fueron acusados de otros delitos: proposiciones heréticas, blasfemia, bigamia y testimonio falso, como el caso que nos ocupa (Ostolaza Elizondo, 2021: 66).

17. El 25 de mayo de 1547 Esteban Flores, su otro hijo y procurador, acudió a Corella por cuestiones judiciales relacionadas con su padre (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fol. 30v). Sobre la residencia de Juan Flor en Novallas en 1546 (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fol. 16r-v).

18. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 321077, s.f.

19. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 49v.

3. PLEITOS CONTRA EL PROTOMEDICATO Y LOS VECINOS DE ARGUEDAS

Las imprecisas declaraciones que aportan los procesos judiciales permiten fijar unas fechas aproximadas de la estancia continuada de Juan Flor en Navarra a partir de la década de los años veinte. Sabemos que antes de asentarse en el reino estuvo activo por los de Castilla y Aragón[20]. A finales de agosto de 1521 Flor ya cuenta con una sentencia favorable del Real Consejo que le posibilita:

> (…) curar y cure de qualesquiere dolençias viejas y antigas sin acompañ[ado] nenguno, y en las dolençias agudas y peligrosas, anssí dolor de costado y fiebres pestilençiales y o[tr]as semejantes que no pueda curar ni cure sin acompañado aprobado, so pena de çinquenta libras cada vez que lo contrario hiziere[21].

Es en 1531 cuando el doctor Martín Santacara, primer protomédico del reino pleitea contra Flor por desobedecer esta sentencia (Sánchez Álvarez, 2010: 132). El procurador de Flor culpa al propio Santacara por no querer proveerle de un médico para acompañarle[22]. Años más tarde el licenciado Martín Santacara y Novar, hijo del anterior, nombrado protomédico en 1543, insiste en las mismas razones en un juicio iniciado 1547 y que se prolonga hasta 1554. A petición de Flor, el 8 de julio de 1547 la Inquisición notifica que este «es médico e familiar deste Santo Officio e teniendo como tiene licencia, poder e facultad de su Magestad para poder curar e visitar a los enfermos, dolientes ansí en todo el reyno de Nabarra como en otras partes», e insta al protomédico a dejarle actuar bajo pena de excomunión mayor y 200 ducados de multa[23] (Sánchez Álvarez, 2010: 145). Su prestigio como médico al servicio de la Inquisición parece que era utilizado por el francés para tratar pacientes ajenos a esta institución, incumpliendo las restricciones impuestas por el Real Consejo años antes:

20. Así lo declara el constructor de Valtierra Juan Pérez de Errotaeche, quien en abril de 1554 declara conocerle curando «en este reyno como en los reynos de Castilla y Aragón» (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.).

21. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010088, fol. 34r.

22. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 000115, fol. 22v. En julio de 1536 el Real Consejo dictó una provisión ordenando al protomédico Santacara que no impidiera la práctica médica de Juan Flor (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fols. 22v-23r)

23. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f. El certificado oficial, emitido el 20 de diciembre de 1546, nos informa que Juan Flor era cristiano viejo, habitaba en Novallas, «en el reyno de Aragón», y era «buen médico (…) e que como tal abéis seido por nos e por este Santo Officio por muchas y diversas vezes llamado» (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fol. 16r).

> (…) que él [Juan Flor] consentía la dicha provisión real y que no curaba sino a personas del Santo Offiçio, y que él no abía benido a este reyno a curar sino al consejero del dicho Santo Ofiçio que era el abad de Solchaga y que visitaba como médico del Santo Ofiçio por virtud del poder que para ello tenía (…) y que el dicho maestre Joan tenía su casa en Aragón y se partía luego para ella. El qual ante los del vuestro Real Consejo presentó la probisión que del Santo Ofiçío tenía para curar e porque todavía el dicho maestre Joan, contrabeniendo a la dicha probisión real, curaba en este reyno muchas personas que no eran del Santo Ofiçio ni familiares dél (…)[24].

La multa y la posibilidad de excomunión sin duda influyó para que el protomédico aceptara cumplir la orden, aunque posteriormente la decisión quedó reducida a que solo pudiera tratar a miembros del Santo Oficio. El prestigio alcanzado por el Protomedicato influyó sin duda en una sentencia del Real Consejo (17 de octubre de 1547)[25], que señala que el francés debía ser examinado por el protomédico si quería ejercer en el oficio (Sánchez Álvarez, 2010: 145-146).

El examen tardó un tiempo en realizarse. El 24 de julio de 1550 se juntaron en casa del licenciado Santacara los doctores Sangróniz y Segura, médicos de Pamplona, junto con el examinado. La primera pregunta aludía al tiempo ejercido de médico en el reino, a lo que Flor contestó que «husaba de medecina veynte y tres años»[26]. La siguiente pregunta aludía sobre qué autoridad le había permitido ejercer, respondiendo que tenía licencia «para husar de su officio de los señores inquisidores y del príncipe». También se le inquirió si sabía leer, a lo que el francés respondió que «husaba por la graçia que Dios le abía dado», negando así que supiera leer. Ante la pregunta sobre qué eran las tercianas la respuesta fue que conocía «mejor en la orina que quantos médicos ay, y que no tiene que dar cuenta ni razón a ninguno dellos». Otra pregunta trató sobre un hipotético enfermo de tercianas y qué jarabe o purga le recetaría, a lo que el examinado se negó a responder, afirmando que dejaba como constancia de su ejercicio las recetas que hasta el momento había mandado hacer. También se le preguntó qué era la fiebre, respondiendo «que conosce mejor que ellos por la orina y tanbién como qualquiera médico que ay en Nabarra». Por último, se le preguntó qué era la orina, a lo que se negó a responder. La conclusión de los examinadores fue que Juan Flor no tenía «sciençia ni haberla jamás estudiado, ni saber latín, ni leer, ni qué cosa es calentura, ni terciana, ni orina»[27].

24. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.
25. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.
26. La respuesta de Juan Flor situaría sus inicios en la práctica médica hacia 1527, aun cuando sabemos que en 1521 ya contaba con licencia parcial del Real Consejo. Se ha podido comprobar al inicio de la biografía de este personaje como la percepción del paso tiempo suele ser engañosa.
27. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fols. 3r-v y19r. Una breve descripción del desarrollo del examen en Idoate (1997b: 102).

Juan Flor estaba dispuesto a ejercer la medicina pese a ser suspendido y a la prohibición de no tratar a nadie más salvo a los familiares de la Inquisición. Así el 29 de abril de 1551 llega a un acuerdo con la villa de Arguedas para sanar durante diez años a toda persona necesitada del lugar, incluso aquellas que no fueran de la villa, al igual que a los pobres del hospital, por una pensión de 300 robos de trigo y 50 robos de cebada anuales[28]. Tras el convenio, Flor se trasladó con su «muger y familia» a una casa de la hermana de un tal Juan de Alfaro[29]. No tardaron mucho tiempo el alcalde y jurados de Arguedas en mostrar sus resquemores con la manera de proceder del francés y sus continuas ausencias de la villa, por lo que se negaron al pago de su salario. Uno de los motivos de tal negativa era debido a que ante tales ausencias las autoridades de Arguedas se habían visto obligadas a contratar los servicios de otros médicos (el doctor Valladolid, el doctor Ablitas y el licenciado Aibar) con un coste añadido a las arcas municipales. Otro motivo fue el elevado número de fallecimientos que afirmaban haber padecido debido a sus malas prácticas curativas, por lo que muchos vecinos preferían pagar un médico de su confianza acarreándoles elevados gastos[30].

¿Fueron solamente estos motivos o también que se habían enterado de que Juan Flor tenía prohibido ejercer tras suspender el examen ante el licenciado Santacara? Así parece según el articulado del proceso incoado por las autoridades de Arguedas, donde reconocen que lo tenían por verdadero médico:

> después acá a tenido noticia, como es berdad, que no sabe ler (sic) ni escribir ni tiene pleno ni entero juycio para médico y es ynorante que no sabe, mentiendo cossa alguna, y en las curas ba a tiento y quando le lleban la orina dize a un hijo suyo muchacho que él reçepte lo que le paresçe, y en toda la dicha villa es tenido por persona que no sabe ni alcança ni entiende las dolencias ni las puede entender no teniendo letras ni saber ni esperiençia, y que lo que cura lo aze no por rebalación (sic) divina, pues por ella toma dineros, y lo haze por interese, sin el quoal no lo aría[31].

28. A falta de datos más concretos, a principios el siglo XVIII la villa de Andosilla, distante a unos 44 kilómetros de Arguedas, entregaba a su médico 400 robos de trigo (Miranda, Balduz, Adot, 2011: 138). Podemos deducir que el salario de Juan Flor estaba acorde con lo que cobraban los médicos académicos de su tiempo. Según las medidas actuales el robo equivale a 22 kilogramos de trigo y 16 de cebada.

29. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010088, fols. 1r-4v; AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

30. Juan de Olibán, vecino de Arguedas y testigo a favor de Juan Flor, rechaza la muerte de los pacientes de este último. Es más, afirma que alguna muerte, como la de Andrés de Alfaro, se debió a que este último no quiso ser tratado por el francés (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 31v).

31. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 40r-v.

El 19 de abril de 1553, el licenciado Santacara, que no parece simpatizar con él, ordena que los boticarios, cirujanos y barberos no cumplieran órdenes de Juan Flor. Así mismo los de Arguedas hicieron suya la sentencia que impedía al francés ejercer sin estar aprobado ante el protomédico. Tras los recursos presentados por los de Arguedas, el 16 de junio de 1554 el Real Consejo modificó parcialmente la sentencia de la Corte Mayor, emitida en abril de ese año, a favor de Flor, obligándoles solamente al pago de parte de la pensión de 1553[32]. Una resolución todavía favorable que al francés debió de resultarle agridulce, pues otra sentencia emitida por el Real Consejo y fechada el mismo día y mes de 1554, condenaba a Juan Flor a que

> de aquí adelante no cure ni pueda curar a ninguna persona de ninguna enfermedad vieja ni nueva en este reyno de Navarra, so pena de cinquenta ducados para nuestra cámara y fisco por cada vez que curare y de destierro perpetuo de todo este nuestro reyno de Nabarra[33].

Flor intentó sin éxito revisar la sentencia. Poco tiempo después abandonó Navarra para establecerse en la localidad aragonesa de Novallas donde había residido anteriormente[34]. ¿Se ausentó Flor del reino por voluntad propia o al final fue desterrado por incumplir la aludida sentencia? Pregunta que, por ahora, no es posible contestar.

4. CONOCIMIENTOS MÉDICOS, PRÁCTICA Y PACIENTES

Durante uno de los procesos contra Juan Flor por intrusismo médico, este reconoce usar de su oficio «por la graçia que Dios le abía dado y no porque es letrado ni tiene letras para entender en la medicina». En otra ocasión es su procurador Lope de Suescun quien afirma que su defendido curaba a los enfermos «aún dolientes,

32. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010088, fols. 26r, 61r y 94r. Juan Flor reclamó el pago de los gastos del juicio valorados en más de 223 libras (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010088, fol. 82r), por lo que el litigio continuó un tiempo más. El 16 de junio de 1554 el Real Consejo, establece que las autoridades de Arguedas solamente entreguen a Flor 100 robos de trigo y 16,5 robos de cebada por la pensión del año 1553, eximiéndolas de cualquier otro desembolso. Dicha sentencia vuelve a ser confirmada el 5 de abril 1555 (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 321366, s.f.). En octubre de 1553 se había iniciado otro pleito ante la Corte Mayor por parte de Juan de Antevilla, notario de Arguedas, y el fiscal contra Flor, acusado este de intentar sobornar a algunos vecinos de Arguedas para que declarasen que no habían estado presentes en la redacción de un poder de dicho lugar para actuar contra él. Durante un breve tiempo, mientras se realizaban las pesquisas, el francés estuvo retenido en la cárcel de Pamplona (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 36590, s.f.).

33. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

34. El 22 de febrero de 1555 acude a Cascante ante el alcalde del lugar para recibir ciertas notificaciones (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.).

desangrados de otros médicos, con el don gratuyto que Dios le dio y con lo que alcança con la dicha experiencia de la qual tubo origen la medicina». Este último también llegó a afirmar que Flor

> fue criado de un muy famoso médico del rrey de Françia del qual aprendió a conocer las enfermedades por la orina y a hordenar reçeptas de medeçina, y assí estando en Françia curando y husando de medeçina y haziendo grandes curas el dicho maestre Joan Flor por su fama fue llamado en tiempos pasados por algunos del Real Consejo para que viniese como bino a curar en este reyno, y vista su gran esperiençia y plática y conocimiento (…) tanbién a sido llamado por los visorreyes deste reyno para curarse con él[35].

Nos encontramos, como en otros casos documentados, ante una persona que reconoce contar con la gracia de Dios, pero con un conocimiento que viene reforzado por el aprendizaje empírico a manos de un supuesto médico del rey de Francia. Es decir, a pesar de no saber leer y escribir, como ya se ha apuntado, sus saberes estaban al más alto nivel, si hay que atenerse a quien fue su maestro, en un intento de equipararse a los médicos de prestigio. López Terrada afirma que los conocimientos innatos que se presuponen a buena parte de los curanderos eran lo suficientemente demostrables para que los periodos de aprendizajes no fueran frecuentes (1994: 177), aunque este, en principio, no parece ser el caso. ¿Pudiera ser, no obstante, que la alusión al médico real fuera mera retórica para dar credibilidad a su valía? Es posible, aunque no puedo confirmarlo con rotundidad.

Un elemento que han tenido en cuenta algunos trabajos al tratar la práctica del curanderismo es la gratuidad de los servicios que sus practicantes realizaban (López Terrada, 1994: 180). En el presente caso no ha sido posible constatar semejante hecho. Al contrario, una de las críticas a su inspiración divina por parte de las autoridades de Arguedas viene dada por el cobro de los servicios que Juan Flor realiza pese a estar obligado a curar a los vecinos de la villa sin coste alguno salvo su pensión anual[36]. De hecho las tarifas que solía cobrar por observar la orina rondaban entre los 4 y 5 reales de los ricos y los 2 de aquellos menos afortunados[37]. No resultan infrecuentes los casos de avaricia documentados entre algunos sanadores, lo que llevó a ser puestos en cuestión por algunos grupos de las poblaciones en donde ejercían (Betrán Moya, 1994: 298), y el francés parece formar parte de ellos.

35. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

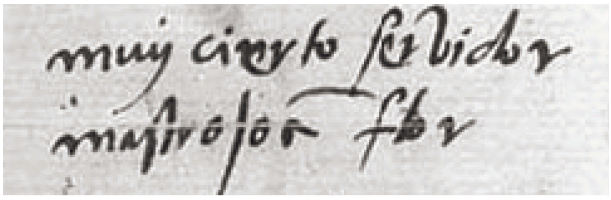
36. «(…) en los días, tiempos y vezes que a curado a llevado dineros a los tales que a curado en mucha cantidad, tratándose con ellos con tiranía» (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 40r).

37. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 861015, fol. 14r.

En otro orden de cosas, parece cierto que su llegada a Navarra estuvo relacionada con un requerimiento de algunos miembros del Real Consejo. El primer dato médico que lo relaciona con Navarra es una receta, fechada el 18 de abril de 1529, destinada al clérigo y futuro obispo de Pamplona, el veneciano Juan Rena, mano derecha de Fernando II de Aragón (el Católico) y Carlos V, durante la restructuración administrativa de Navarra tras su conquista en 1512, para tratar sus molestias en una pierna debido a la gota. Receta no escrita por Flor, recordemos que no sabía hacerlo, pero tampoco firmada con su autógrafo original, que sí lo tenía (Serrano Larráyoz, Ferragud, 2022: en prensa). Su desconocimiento de la escritura le obligaba a llevar consigo a alguien que lo hiciera por él al recetar un remedio. Según afirma el cirujano de Arguedas, Martín de Milagro, en febrero de 1554:

> aunque ha visto que suele dar muchas receptas, pero aquellas ha visto que a un mochacho suyo y a otros las suele hazer scrivir y sacar de un libro. Y que nunca en voticas ni en otra parte en cosas de enfermos, como a otros médicos, no le ha visto reçeptar, y cree lo dexa por no saber, excepto que le ha visto hazer vna manera de señal de firma y no más[38].

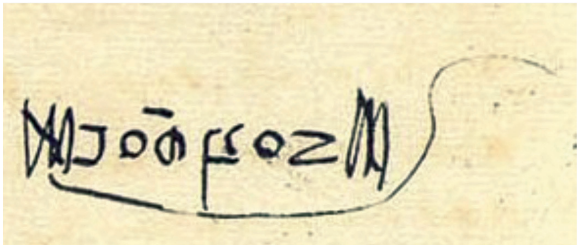
Yerra el cirujano Milagro en lo referente a la firma, pero otros testigos corroboran el resto. Como el también arguedano Francisco Virto quien manifiesta haber visto «que las receptas que hazía las hazía tresladar a un hijo suyo de un libro pequeño que tenía scrito de letra de mano»[39].



Firma no original de Juan Flor (1529)
Fuente: AGN, Archivos Particulares. Rena, caj. 105, n.º 17-14.

38. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

39. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f. Desde 1519, fecha de la primera edición, gozó de fama el tratado de medicina doméstica atribuido a Pedro Hispano, titulado *Thesoro de los pobres* (Granjel 1980: 136). No deja de ser una suposición no documentada, pero quién sabe si Juan Flor utilizó algunas de las recetas expuestas en este libro.



Firma original de Juan Flor (1547)
Fuente: AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 086105, fol. 31r.

La actividad sanadora de Juan Flor en Navarra se desarrolló en las localidades donde tuvo residencia conocida, como Murillo el Fruto, Cintruénigo, Tafalla y Arguedas, pero también ejerció en otros lugares, incluso en Aragón; al menos en Pamplona, Sangüesa, Aibar[40], Villafranca, Tudela y Tarazona. El nivel social de sus clientes resulta variado. Desde miembros de la nobleza, como el tesorero del reino Juan Vallés y su esposa Catalina de Marañón, los señores de Góngora, el notario pamplonés Martín de Arbizu, señor de Lizarraga[41], a familiares de miembros de la administración hacendística como Catalina de Goñi, mujer de Nicolás de Eguía, oidor de Comptos (Serrano Larráyoz, 2008: 41-42) o a otros de la burguesía, como el mercader de Pamplona Juan de Esparza, a los que en ningún momento hay que atribuir credulidad e ignorancia, sino que la solicitud de sus servicios viene dada por la ineficacia de los médicos oficiales. Incluso llegó a colaborar con alguno de estos últimos, como el doctor Salazar, tratando al tesorero Vallés, el cual tenía confianza en su persona, aunque consideraba necesario vigilarlo. De la declaración de Juan de Sada, yerno de Vallés y regente de la Tesorería de Navarra, se sabe que el doctor Arlas, vecino de Villafranca, no lograba resultados positivos con su suegro, por lo que Salazar ordenó a la mujer del tesorero que llamara a Juan Flor, pero que no le consintiera «hazer cosa ninguna hasta que yo venga (…) que los dos entendamos en la cura del thesorero»[42]. Juan de Esparza por su parte afirma que estando «a punto de muerte» y siendo tratado por el licenciado Santacara, no sintiendo mejoría acudió a Villava a su encuentro y «en solo berle las agoas le conoçió el mal e indisposición que tenía y le dixo que le curaría». Al poco tiempo Flor le envió un criado con

40. Así lo afirman el barbero de Arguedas Martín de Milagro, el menor, y el vecino de dicha localidad Pedro de Luesia (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fols. 46r y 50v).
41. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.
42. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

> ciertas bebidas de medeçinas y una epítima para sobre el ýgado, y en tomando las dichas vebidas y poniendo la dicha epítima encima del ýgado daý a tres o quatro días estaba sano y lebantado. Y asta quel dicho mase Joan le biese las orinas estubo sangrado y purgado y tomado otras muchas medeçinas por los dos médicos y muy malo, a punto de muerte por muchos días[43].

Existe otro tipo de paciente de condición social más modesta, generalmente originario de Arguedas, que por el contrario pone en duda las prácticas del francés, acusándole de algunas muertes por desconocimiento de su oficio[44]. Lo mismo afirma un buen número de médicos, cirujanos, barberos y boticarios en el pleito que terminó definitivamente con el ejercicio médico de Juan Flor en Navarra. Las declaraciones de estos profesionales son muy semejantes. Así, el médico Martín de Ablitas, parte beneficiada en este proceso, afirma que Flor «es hombre ydiota y fuera de toda razón segunt medeçina»; para el doctor de Tudela, Francisco de Valladolid, otro beneficiado de la situación, Flor no sabía distinguir entre dolencias agudas y crónicas, además de que «no save de ningún canon medecinal jeneral ni particular ni cosa tocante a theórica, y careciendo destos (…) es imposible conoscer la emfermedad y no conociéndola no se puede vien curar». Por su parte, Felipe Tornamira, también médico tudelano que como ya se ha dicho conocía al francés desde hacía bastantes años, critica duramente que se le permita curar dolencias viejas,

> porque él por no entender, cura todas las dolencias de una manera, y tanvién porque en las dolençias viejas tienen más necessidad de ser los médicos más doctos y spertos porque en las tales dolencias más obra el arte que naturaleza porque está dibilitada por la diturnidad de la dolençia[45].

De las declaraciones de los dos primeros se comprueba cierto interés por lograr apartar a un competidor. Según el procurador del francés el doctor Valladolid tenía «mala voluntad» porque le quitaron la pensión a favor de su defendido. No es el caso de Tornamira, cuyos ataques a Juan Flor parecen de carácter más personal que venía de tiempo atrás. A decir de su procurador, el doctor Tornamira le tenía

43. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.. Lo dicho desmonta el planteamiento de la villa de Arguedas que, en 1553, exponía que Juan Flor era «ombre doto y experto en la arte de medicina como bulgarmente entre gente popular se dezía y sonaba» (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 320780, s.f.). De hecho, como se ha podido comprobar, la fama de Flor iba más allá de los sectores populares de la sociedad.

44. La procedencia de Arguedas de la mayoría de los pacientes que critican la forma de actuar de Juan Flor hay que tenerla en cuenta porque eran testigos puestos por las autoridades de dicha localidad en el pleito que esta última llevaba contra Flor por ejercer en la villa sin estar aprobado por el Protomedicato (AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.).

45. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f. y fol. 60r.

«mala voluntad» porque estando casado en Francia con una cuñada de dicho Flor este le acusó de haberla matado, siendo apresado y condenado a muerte, aunque se salvó «con cierta pena que se executó contra él»[46]. Tornamira ensalza las virtudes que debían caracterizar a un buen médico, al afirmar precisamente lo contrario: que «en sus tractos, pláticas [Juan Flor] es hombre de mal reposo, juyzio inconstante y hombre vinoso de comer y beber y mal criado e alterado»[47]. No obstante Flor también va a contar con algunos profesionales sanitarios a su favor, todos de fuera de Arguedas, como los boticarios de Pamplona Francisco de Nantes, mayor y menor, e Íñigo de Caparroso, o el cirujano Martín de Ibiricu, también de Pamplona, y otros pacientes o familiares de ellos, como Miguel López de Ribaforada, vecino de Cascante, o Juan Pérez de Errotaza, «maestro de edificios de yglesias y casas», vecino de Valtierra[48].

¿Pero qué pensaban los pacientes sobre este médico? Podemos considerar dos tipos de pacientes: los que testifican contra Flor y aquellos que lo defienden. La experiencia personal de cada uno de ellos debemos ponerla en su justa medida debido al tipo de fuente utilizada. El vecino de Arguedas, Salvador de Artieda, reconoce que su mujer fue tratada por el francés al quedar su barriga hinchada tras un parto. De su experiencia declara que en sus «razonamientos y maneras se tractava a manera de burlador». De hecho, reconoce que Flor le dijo a su mujer que le vendría bien tener contacto carnal para curarse. Isabel de Cabanillas, viuda de Andrés de Alfaro, quizás influenciada por la negativa del boticario Juan de Santiago en preparar los jarabes ordenados por Flor para purgar a su marido, porque «no conbenían para la dolencia del sobredicho», se negó a que el barbero enviado por el francés lo sangrara hasta que contó con el visto bueno del doctor Valladolid, que fue quien realizó la operación. Ocho días después desde que le diera el mal el enfermo murió. Isabel estaba convencida de que fue debido a «la negligencia del dicho maestre Johan»[49]. Dos ejemplos que muestran el rechazo a cumplir las indicaciones del sanador por falta de confianza. Pero resulta especialmente interesante el articulado de la villa de Arguedas, que detalla como Juan Flor se plegaba inicialmente a las peticiones de los pacientes para luego imponer su criterio:

46. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

47. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fol. 59r. El médico no solo debía destacar por sus virtudes intelectuales, sino también por las morales. La literatura sobre estas cuestiones fue muy abundante durante el siglo XVI. Como ejemplo la obra *Retrato del perfecto médico* del portugués Enrico Jorge Enríquez, donde alude a una moderación en la ira y a la mesura en el comer y el beber como características de un buen médico (1595: 50 y 172-177).

48. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

49. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f. y fols. 49v-50r.

> los sangra como ellos quieren y por donde ellos dizen, y les da de prinçipio purgas y después xarabes des que y de su regimiento muchos dolientes se an allado mal, y según dizen an peligrado y pasado por ello muy grande trabajo, y si alguno le abla en contrario de lo que él apeteçe y quiere, los trata mal de lengoa y con palabras de comedimiento y los amenaza anssí a los dolientes como a otros de que en la dicha villa le an tomado muy mala opinión[50].

El deseo de los pacientes por mediar en sus tratamientos no solo representaba el interés por mantener autonomía sobre su cuerpo[51], también podía resultar un primer acercamiento para negociar con el médico los remedios a aplicar (Schmitz, 2018: 85). En nuestro caso bien puede entenderse como una forma de ganar clientela. No parece que Juan Flor fuera especialmente sensible a las peticiones de los enfermos una vez comenzado el tratamiento. De hecho hay quien, como el aludido Juan de Santiago, boticario de Arguedas, le acusa de acostumbrar «con poco miramiento de aplicar melecinas rigorosas y costosas»[52]. Formas de actuar que provocaron las críticas de algunos profesionales sanitarios, como acabamos de comprobar y el rechazo de algunos dolientes.

5. REFLEXIONES FINALES

El ejemplo expuesto en estas páginas no deja de ser un caso particular de uno de los muchos sanadores con conocimientos adquiridos al margen de los cauces oficiales y que ejercieron en los territorios de la Monarquía Hispánica. Su número, si lo comparamos con los practicantes oficiales resulta todavía imposible de conocer para Navarra, debido a las características de las fuentes documentales utilizadas (procesos judiciales). En el caso castellano hay quien afirma que los hombres y mujeres que ejercieron el curanderismo pudo superar en número a los profesionales oficialmente cualificados (Rojo Vega, 1993: 48).

El mercado de sanadores en la Navarra del siglo XVI parece variado, así como el cambio de médico cuando no obtenían resultados positivos. Resulta habitual la convivencia de un heterogéneo grupo. Aquellos que habían adquirido sus conocimientos de manera reglada como médicos, cirujanos, barberos y boticarios hasta los meramente empíricos, tolerados en la estructura legal, que recurrían a remedios muchas veces condenados por la ortodoxia católica

50. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, fols, 40v. Sobre la actitud y la percepción de los pacientes respecto a las recomendaciones médicas, véase Schmitz (2016: 156-161).

51. No resultaba extraño el intercambio de recetas médicas entre personajes ajenos a la práctica médica. El aludido Juan Rena también recibió recetas para tratar sus dolencias del tesorero de Navarra, Juan Vallés (Serrano Larráyoz, 2015: 135-143).

52. AGN, Tribunales Reales. Procesos, n.º 010087, s.f.

(Schmitz y López Terrada, 2015: 523-550). Tal práctica no puede justificarse a que la aceptación de estos últimos se debiera solamente a ignorancia, mentalidad mágica, superstición o pobreza como en ocasiones se ha llegado a afirmar. La aprobación de este tipo de sanadores entre las élites sociales, como es Juan Flor, abre la puerta a futuros estudios, como abogan María Luz López Terrada y Carolin Schmitz, que vayan más allá de la tradicional explicación de la escasez de sanadores oficiales (2018: 151).

La relación con Juan Rena († 1539), probablemente el personaje con más peso en el reino de Navarra hasta su muerte y muy bien relacionado con la corte imperial, pudo influir en la consecución por parte de Juan Flor del permiso inicial del Real Consejo para ejercer la medicina, aunque fuera con limitaciones, y en que los problemas con la Inquisición por bigamia no impidieran a este la consecución del título de médico al servicio del Santo Oficio. Del mismo modo, su vinculación con el tesorero del reino Juan Vallés (†1563) también pudo inducirle, aunque desconozco hasta qué punto, a llevar una actitud retadora frente al protomédico Martín de Santacara y Novar. De hecho, la actuación de este último estuvo en la línea de lo que entiendo como un caso de marcado carácter personal.

Por un lado, se intuye que Flor actuaba al límite de las directrices destinadas a regular la práctica médica impuesta por el Protomedicato y los tribunales civiles, llegando incluso a ser acusado del soborno de testigos no solo en uno de los pleitos sobre su ejercicio médico sino también en el juicio por bigamia. Por otro lado, se constata una cierta animadversión personal del licenciado Santacara por el éxito del francés allí donde él había fracasado (el tratamiento del mercader pamplonés Juan Esparza) y el reconocimiento entre algún médico oficial. Antipatía hacia Flor que viene reforzada por las autoridades municipales de Arguedas, no solamente por el cobro de algunas visitas al margen de su elección como médico conducido de dicha localidad y ausentarse de ella con frecuencia, sino también por haber aceptado ejercer en ella tras ocultar que había sido suspendido en el examen ante el protomédico y otros galenos de Pamplona. La aludida animadversión entre el protomédico y el empírico francés alcanza cotas de desafío personal, en la altivez de Flor en sus respuestas en el examen. Lo dicho queda también reflejado en la persistente actitud del licenciado Santacara para dejar sin efecto la licencia que el Santo Oficio había otorgado a Flor para ejercer en su jurisdicción.

Este caso particular permite comprobar la relación personal existente entre pacientes y sanador. Los datos sin embargo parecen escasos pero, como otros trabajos han demostrado (Schmitz, 2018: 161 y ss.), hay veces que la forma de encarar la enfermedad por parte de los primeros resulta especialmente activa. La aceptación de Flor de ejercer la práctica médica acorde, al menos al principio de sus tratamientos, con las directrices que le daban algunos pacientes, viene dada por su interés en conseguir clientela, a la que una vez captada imponía sus criterios sin

permitir intromisión alguna. Criterios de actuar del francés basados en un conjunto de actividades (diagnóstico a través de la uroscopia, prescripción de medicamentos y sangrías) avaladas por las teorías médicas hipocrática-galénicas propias de la época. La documentación utilizada no permite establecer la diferencia de unos tratamientos para ricos y otros para pobres, como se ha comprobado en otras situaciones (García Ballester, 2001: 593-594; Serrano Larráyoz, Rodríguez Compadre, 2018: 303), aunque es probable que así fuera. Se ha podido constatar la desigual remuneración que cobraba a unos y otros al margen de sus obligaciones como médico conducido en Arguedas, por lo que la posibilidad de los enfermos de mayor poder adquisitivo por adquirir medicamentos caros bien pudo influir en la prescripción de los remedios que Flor proponía.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Caperochipi, J. A. (2012). *Curanderismo y medicina popular en el entorno de Navarra.* Pamplona: Evidencia Médica.

Betrán Moya, J. (1994). Medicina popular y peste en la Barcelona de 1589: el proceso de Mestre Bernart Rigaldia. En E. Serrano Martín (ed.), *Muerte, religiosidad y cultura popular: siglos XIII-XVIII,* (pp. 279-304). Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

Clouse, M. L. (2011). *Medicine, Goverment and Public Healt in Philip II's Spain: Shared interests, Competing authorities.* Farnham-Burlington: Ashgate.

Ferragud, C. (2015). Saludador. Sciència.cat DB voc84 (11 de abril de 2022). URL: https://sciencia.cat/scienciacat-db?voc=84.

García Ballester, L. (2001). *La búsqueda de la salud. Sanadores y enfermos en la España medieval*. Barcelona: Península.

García Ballester, L. (1985). Academicism versus empiricism in practical medicine in sixteenth-century Spain with regard to morisco practitioners. En A. Wear, R. K. French, I. M. Loine (eds.), *The Medical Renaissance of the Sixteenth Century,* (pp. 246-270, 338-342). Cambridge: Cambridge University Press.

Gentilcore, D. (2013). Medical Pluralism and the Medical Marketplace in Early Modern Italy. En R. Jütte (ed.), *Medizin, Gesellschaft und Geschichte,* (pp. 45-55). Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

Granjel, L. S. (1980). *La medicina española renacentista.* Salamanca: Universidad de Salamanca.

Granjel, L. S. (1953). *Aspectos médicos de la literatura antisupersticiosa española de los siglos XVI y XVII.* Salamanca: Universidad de Salamanca.

Granjel, M. (1993). Flor, Juan. En L. S. Granjel (coord.), *Diccionario histórico de médicos vascos* (p. 75). Bilbao: Seminario de Historia de la Medicina Vasca–Universidad del País Vasco.

Huguet-Termes, T., Arrizabalaga, J. y Cook, H. J. eds. (2009). *Health amd Medicine in Hapsburg Spain: Agents, Práctiques, Representations.* Londres: The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL.

Hurtado de Saracho y Galarraga, A. (1979). *Medicina popular.* Pamplona: Diputación Foral de Navarra. 2ª edición.

Idoate, F. (1997a). Curanderos célebres de Navarra. En *Rincones de la Historia de Navarra,* vol. 1 (pp. 80-93). Pamplona: Gobierno de Navarra.

Idoate, F. (1997b). El médico de Arguedas. En *Rincones de la Historia de Navarra,* vol. 1 (pp. 102-103). Pamplona: Gobierno de Navarra.

Jimeno Aranguren, R. (2012). La regulación del derecho sanitario en la historia: el ejemplo de Navarra. En J. F. Alenza García; M.ª L. Arcos Vieira (dirs.), *Nuevas perspectivas jurídico-éticas en Derecho sanitario* (pp. 591-610). Pamplona: Aranzadi Thomson Reuters.

Jorge Enríquez, Enrico (1595). *Retrato del perfecto médico.* Salamanca: en casa de Juan y Andrés Renaut.

López Terrada, M.ª L. (2009). Medical Pluralism in the Iberian Kingdoms: The Control of Extra-academic Practitioners in Valencia. En T. Huguet-Termes, J. Arrizabalaga y H. J. Cook (eds.), *Health and Medicine in Hapsburg Spain: Agents, Práctiques, Representations* (pp. 7-25). Londres: The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL.

López Terrada, M.ª L. (2007). El control de las prácticas médicas en la monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII: el caso de la Valencia foral. *Cuadernos de Historia de España, 81*, 91-112.

López Terrada, M.ª L. (1994). El pluralismo médico en la Valencia foral. Un ejemplo de curanderismo. *Estudis, 20*, 167-181.

López Terrada, M.ª L.; Schmitz, C. (2018). Licencias sociales para sanar: la construcción como expertos de salud de curanderas y curanderos en la Castilla del Barroco. *Studia historica, Historia moderna, 40*(2), 143-175.

Miranda, F., Balduz, J. y Adot, Á. (2011). *Andosilla. Historia de una villa de frontera.* Pamplona: Ayuntamiento de Andosilla — Gobierno de Navarra — Universidad Pública de Navarra.

Monteano Sorbet, P. (2004). *La Villava del Renacimiento.* Villava: Ayuntamiento de Villava.

Muñoz Garrido, R. (1967). Empíricos sanitarios españoles de los siglos XVI y XVII. *Cuadernos de la historia de la medicina española, 6*, 101-133.

Ostolaza Elizondo, I. (2021). La brujería en Navarra en los siglos XVI y XVII. En G. Henningsen, *En busca de la verdad sobre la brujería. Los memoriales del inquisidor Salazar y otros documentos relevantes sobre el auto de fe de 1610* (pp. 41-94). Pamplona: Universidad Pública de Navarra.

Perdiguero-Gil, E. (1996). Protomedicato y curanderismo. *Dynamis, 16*, 91-108.

Perdiguero-Gil, E. y Comelles, J. M. (2020). El estudio del pluralismo médico en España: una aproximación histórica. En C. Cuadrada (ed.), *Pluralismo médico y curas alternativas* (pp. 7-50). Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.

Ramsey, M. (2013). Medical Pluralism in Early Modern France. En R. Jütte (ed.), *Medizin, Gesellschaft und Geschichte* (pp. 57-80). Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

Rojo Vega, A. (1993). *Enfermos y sanadores en la Castilla del siglo XVI.* Valladolid: Universidad de Valladolid.

Rojo Vega, A. (1992). Catalina de Castresana. Curandera alavesa del siglo XVI. *Cuadernos Vascos de Historia de la Medicina, 1*, 181-187.

Sánchez, Álvarez, J. (2010). *El protomedicato navarro y las cofradías sanitarias de San Cosme y San Damián. El control social de las profesiones sanitarias en Navarra (1496-1829).* Pamplona: Gobierno de Navarra.

Sánchez Álvarez, J. y Gil Sotres, P. (1996). El Protomedicato navarro: itinerario de una investigación. *Dynamis, 16*, 187-204.

Schmitz, C. (2018). *Los enfermos en la España barroca y el pluralismo médico.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Schmitz, C. (2016). Barberos, charlatanes y enfermeros: la pluralidad médica de la España barroca percibida por el pícaro Estebanillo González. *Dynamis, 36* (1), 143-166.

Schmitz, C. y López Terrada, M.ª L. (2015). Josep Rodríguez, herbolari valencià, i els seus pacients de la ribera del Tajo. Les cultures mediques en el món rural barroc. *Afers, 82*, 523-550.

Serrano Larráyoz, F. (2015). *Reçepta para lo de la pierna que me dio el tesorero Vallés*: ¿Dos fragmentos del *Flores de cirurgía y medicina* de Juan Vallés? *Memorabilia, 17*, 135-143.

Serrano Larráyoz, F. (2008). Juan Vallés (c. 1496-1563): vida y obra (*Regalo de la vida humana*) de un humanista navarro de la primera mitad del siglo XVI. En F. Serrano Larráyoz (coord.), *[Juan Vallés] Regalo de la vida humana,* vol. 2 (pp. 17-75). Pamplona-Viena: Gobierno de Navarra-Österreichische Nationalbibliothek.

Serrano Larráyoz, F. y Ferragud, C. (2022). Estrategias y actitudes ante la enfermedad en la España del Renacimiento: el caso de Juan Rena (†1539). *Anuario de estudios medievales* (en prensa).

Serrano Larráyoz, F. y Rodríguez Compadre, S. (2018). «Más, levaron para Gironyco, esclavo del señor adelantado, media onça de ungento del fígado»: aportaciones farmacológicas sobre el Recetario de Alba. *Anales de la Real Academia Nacional de Farmacia, 84* (3), 301-311.

Slater, J., López-Terrada, M.ª L. y Pardo-Tomás, J. eds. (2014). *Medical cultures of the Early Modern Spanish Empire.* Farnham: Ashgate.

Videgáin Agós, F. (1979). *Pícaros y ganapanes.* Pamplona: Diputación Foral de Navarra.

Zubiaur Carreño, J. Á. (1990). Curandero. En *Gran Enciclopedia de Navarra,* vol. 3 (pp. 481-483). Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441241273

PRÁCTICAS MERCANTILES EN EL TRÁFICO MARÍTIMO DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL (1620-1650): NAVES NÓRDICAS Y GALERAS EN LA ARTICULACIÓN COMERCIAL DE LAS COMPAÑÍAS DE NEGOCIOS[1]

Sea trade and merchant practices in the western Mediterranean (1620-1650): Nordic vessels and galleys articulating business companies' commerce

Josep SAN RUPERTO ALBERT

Universitat de València
jose.ruperto@uv.es

Fecha de recepción: 14/12/2020
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: La navegación mercantil en el Mediterráneo occidental de la primera mitad del siglo XVII ha producido una amplia discusión historiográfica. Los historiadores han querido captar los cambios estructurales que dieron paso a una realidad de tensiones y colaboraciones por la hegemonía

1. Este trabajo ha sido posible gracias a un contrato postdoctoral de la Conselleria d'Educació, Investigació, Cultura i Esport de la Generalitat Valenciana, en el programa APOSTD2018 financiado por el Fondo Social Europeo que me permitió desarrollar una estancia de investigación en la University of Exeter. Agradezco los comentarios y sugerencias realizados por Maria Fusaro para mejorar el texto, así como a los participantes que comentaron algunas ideas que presenté en el congreso de la European Business History Association (Ancona, 2018). El presente trabajo se vincula al Proyecto de Investigación «Privilegio, trabajo y conflictividad. La sociedad moderna de los territorios hispánicos del Mediterráneo Occidental entre el cambio y las resistencias» financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y la Agencia Estatal de Investigación, con referencia PGC2018-094150-B-C21.

de diferentes potencias, comprender a los múltiples actores participantes y examinar la complejidad marítima del periodo. En esa línea, el presente trabajo centra su atención en analizar las relaciones entre las compañías mercantiles mediterráneas y los transportistas marítimos en los años treinta del siglo XVII. Por ello se plantean dos importantes fenómenos que arrojan luz sobre las transformaciones marítimas del Mediterráneo: (1) la «mediterraneización» de la navegación nórdica, que se analiza en este trabajo con los contratos de negociantes mediterráneos de barcos ingleses y neerlandeses; y (2) el uso de las galeras de la Monarquía Hispánica para transportar productos comerciales de magnates mercantiles. El artículo problematiza el tráfico marítimo a partir de la actividad de los propios mercaderes. Ello es posible por un acercamiento al estudio de caso de las compañías Cernezzi y Odescalchi y el análisis de su correspondencia mercantil.

Palabras clave: mercaderes mediterráneos; naves nórdicas; siglo XVII; fletes; galeras.

ABSTRACT**:** Merchant navigation in the western Mediterranean during the first half of the 17th century has produced a wide historiographical discussion. The aim of historians has been capturing the maritime complexity of its actors and the structural changes that assembled a reality of tension and collaboration. This work focuses its attention on analysing the relationships between Mediterranean mercantile companies and the maritime transport distributors in the thirties of the 17th century. Two important phenomena are addressed that explain Mediterranean transformations: (1) the inter-Mediterranean navigation of Nordic ships analysed over merchant companies' contracts to English and Dutch vessels; and (2) the use of Galleys of the Monarchy of Spain to transport the mercantile magnates' goods. The paper problematizes maritime traffic through merchant's activities. It is possible by working with a case study of the Cernezzi and Odescalchi companies and analysing their commercial letters.

Keywords: mediterranean merchants; nordic vessels; 17th century; freights; galleys.

1. INTRODUCCIÓN

Las actividades marítimas en el Mediterráneo del siglo XVII han gozado de un renovado interés por parte de la historiografía internacional en las últimas décadas. Se ha desvelado el dinamismo de los agentes que participaron en el comercio, así como

los intercambios y las conexiones en momentos de crudeza económica y dificultad política para las potencias meridionales europeas ante la expansión de los grandes imperios de Europa del Norte (Fusaro, Omiri y Heywood, 2010; Fusaro, 2015; Herrero Sánchez y Kaps, 2017; Calafat, 2019). El prolijo debate sobre la manida crisis del siglo XVII se ha revitalizado gracias a los estudios de caso que matizan las reglas generales de decadencia sin paliativos en el Mediterráneo occidental del Seiscientos. Los nuevos estudios se focalizan en centros urbanos y portuarios, en actividades productivas y en los emprendimientos y redes mercantiles (Caracausi y Jeggle, 2014; Muñoz Navarro, 2017). Estos han dialogado sobre la reestructuración de las rutas comerciales, la competencia y colaboración entre los «hombres del mar» o las políticas marítimas y legislativas de las diferentes monarquías y repúblicas que incidieron, a través de sus decisiones, en la configuración de un tráfico marítimo que, pese a su gran complejidad, es cada vez más posible delinear con cierta claridad.

En esa línea, pretendemos analizar cómo algunas firmas comerciales del Mediterráneo occidental desarrollaron sus operaciones en la economía marítima durante la primera mitad del siglo XVII y clarificar la contratación y uso de los recursos navales disponibles en este mar. El análisis parte de compañías comerciales mediterráneas que dirigieron negocios entre los principales puertos del Mar Interior. Se delimitan dos fenómenos sugestivos a partir del análisis de determinados fletes de las compañías analizadas. En primer lugar, hemos centrado la atención en el fenómeno de la «mediterraneización» de la navegación nórdica, es decir, de qué forma las compañías mediterráneas buscaron y contrataron buques mercantiles ingleses y neerlandeses para transportar sus productos entre puertos del mar Mediterráneo occidental durante la primera mitad del siglo XVII y cómo la contratación de estos servicios provocó la consolidación de un fenómeno de operaciones marítimas intermediterráneas guiadas por las naves nórdicas. En segundo lugar, hemos examinado el uso de las galeras de la Monarquía Hispánica para transportar productos comerciales —más allá del transporte de la plata— pese a que estas prácticas estuviesen en algunos casos prohibidas.

El examen de las relaciones entre las compañías de negocios y estos transportistas marítimos nos permite observar las tensiones entre las diferentes comunidades que operaron en el Mediterráneo y nos ayuda a captar las interacciones y la cooperación entre agentes de diversa índole. Con este estudio pretendemos enriquecer el debate sobre problemas tan amplios como la integración de las naves inglesas y holandesas en el Mediterráneo, la seguridad marítima y la confianza mercantil. En definitiva, en este texto nos proponemos estudiar las interacciones comerciales en la articulación del transporte marítimo en un mercado definido por la historiografía como una «messy reality of the market place» durante el siglo XVII (Greene, 2003: 42-71).

Alcanzar estos objetivos es posible gracias al vaciado de la correspondencia comercial de firmas de emprendedores como la de las compañías de los Cernezzi y

Odescalchi [2], que en algunos momentos estuvieron asociadas con las importantes sagas mercantiles de los Durino, Pestalozzi, Rezzonico o Sobregondi. El caso de estudio de las compañías de negocios de los Cernezzi y Odescalchi resulta sugerente porqué comenzaron sus negocios a finales del siglo XVI, experimentando su expansión durante el primer tercio del siglo XVII. Abrieron sedes comerciales en Génova (1590), Valencia (1604), Núremberg (1604), Venecia (1619) y Alicante (1622). Sus compañías distribuyeron mercancías entre los mercados europeos y globales y no estuvieron especializadas en un producto determinado, como era habitual durante el periodo. A pesar de esto, destacaron en el suministro de algunas mercancías, como las sedas de Italia del Norte, las manufacturas textiles del círculo de Suabia y la lana castellana; el trigo de Sicilia y Cerdeña, aunque en algunas ocasiones importaron remesas bálticas; la plata transportada en la ruta Barcelona-Génova; o los productos globales como las especias asiáticas y el mercurio centroeuropeo.

Entre los roles principales de la compañía de negocios identificamos la redistribución de los productos anteriormente citados. También se implicaron en los sistemas productivos de algunos manufacturados, aunque sus beneficios emergían por la gran capacidad de conectar puntos de media y larga distancia y conseguir artículos de gran calidad para servir a sus importantes clientes. Las compañías mercantiles Cernezzi y Odescalchi no dispusieron de una flota propia, como sí lo hicieron algunas de las grandes casas genovesas durante ese siglo y, por ello, tuvieron que fletar naves para la distribución de productos, organizarse para contratar los recursos navales disponibles y entender qué rutas les interesaban. La firma comercial debió recopilar la información en las diferentes escalas y tener un trato personal con los capitanes de las naves con la finalidad de reducir los costes de transacción, una tarea compleja visto que sus redes se expandieron entre múltiples nodos cosmopolitas comerciales como Sevilla o México, Nápoles o Palermo y Ámsterdam o Amberes (San Ruperto Albert, 2019a).

La nómina de capitanes contratados es verdaderamente amplia, aunque en este estudio subrayamos el uso de naves mercantiles inglesas y neerlandesas, así como la utilización de las galeras al servicio de la Monarquía Hispánica. Gran parte del debate sobre la hegemonía marítima en el Mediterráneo occidental ha girado en

2. Se utiliza el plural, firmas de los Cernezzi y Odescalchi, porque estas familias constituyeron varias empresas en forma de *accomandita* en diferentes plazas. Cada una de las empresas tenía una duración de entre 3 y 5 años y era posible renovarlas. En cada firma participaban más agentes, pese a que la base fundacional recaía en miembros con apellidos Cernezzi y Odescalchi, especialmente en el caso de Génova y Venecia. ASRo, *FO*, I C 2, n.º11 y n.º16 (primer registro de cartas de la firma en Génova, 1589); ARMOCo, *FO*, caja 250 (constitución de la compañía de Núremberg en 1613 y constitución compañía de Venecia en 1619); ASRo, *FO*, X B 6 (constitución compañía de Alicante en 1622); la primera referencia de los Cernezzi en Valencia fu en 1604 según Castillo Pintado (1956).

torno a la aparición y el establecimiento de las embarcaciones de los países del norte de Europa durante la primera mitad del siglo XVII, en virtud de lo cual nos proponemos comprender de qué forma los agentes económicos con sedes en este mar fletaron estas embarcaciones. Añadir a este fenómeno el uso de las galeras hispánicas por parte de las compañías mercantiles mediterráneas es interesante por un doble factor. En primer lugar, porqué las galeras, con un claro objetivo de defensa militar, atacaron a naves enemigas que transportaban mercancías para y del Mediterráneo, lo que generó no pocos conflictos. Por otro lado, las mismas galeras sirvieron para el tráfico mercantil en algunas ocasiones, un fenómeno mucho más difícil de observar en las fuentes clásicas para el estudio del comercio y que aparece reflejado en la correspondencia privada de las compañías.

En ese sentido, queremos subrayar que la colección documental con la que hemos trabajado merece especial atención: esta se distribuye entre archivos de Como (Milán), Venecia y Roma[3]. Una gran parte de las relaciones entre los mercaderes y los capitanes de barcos aparecen en la correspondencia de la compañía mercantil. A partir de esta fuente podemos aproximarnos al proceso de toma de decisiones sobre la contratación e intentar reconstruir algunos de sus pactos. La correspondencia nos permite observar un panorama contractual más amplio, ya que nos muestra contratos realizados desde diferentes puertos y con agentes múltiples, con los que, en ocasiones, ni siquiera se llegó a firmar un contrato de flete. Si solamente analizáramos documentación notarial de un puerto no sería posible comprender la gran red que desplegaban estas compañías para contratar transporte marítimo. También hemos cruzado la correspondencia con algunos registros notariales venecianos en los que aparecen contratos entre las compañías de los Cernezzi y Odescalchi y los capitanes. Aunque los pactos seleccionados no son abundantes, nos permiten entender las capitulaciones a las que llegaron y observar el fenómeno de «mediterraneización» de la navegación nórdica desde un punto de vista complementario a la correspondencia.

Estos cruces documentales ayudan a entender la actividad de las empresas desde su mismo corazón y ponen de relieve el activo rol de las compañías mediterráneas en la construcción de relaciones entre diferentes actores marítimos disponibles durante el periodo. La aproximación metodológica de este estudio es deliberadamente cualitativa, usando el caso de estudio de las compañías de los Cernezzi y Odescalchi, ya que su valor heurístico nos ofrece la oportunidad de comprender la capacidad de

3. Se indican las referencias de archivo: Archivio di Stato di Roma [ASRo], Fondo Odescalchi [FO]; Fondo Odescalchi Bracciano [FOB]. Archivio di Stato di Venezia [ASVe], Notarile Atti; V Savi alla Mercanzia. Archivio Raimondi-Mandica-Odescalchi di Como [ARMOCo], Fondo Odescalchi [FO]. Archivo General de Simancas [AGS], Estado. Archivio de la Corona de Aragón [ACA], Consejo de Aragón.

los negociantes para activar el proceso de toma de decisiones en la contratación de fletes, entre los que hemos destacado a los nórdicos y las galeras de la Monarquía. También nos permite acercarnos a las habilidades prácticas que tuvieron para ordenar las operaciones marítimas en un mar que puede parecer enmarañado, pero que estos agentes gestionaron de forma ágil y activa.

Este artículo está organizado en cuatro apartados que se vinculan entre sí. En primer lugar, presentamos el intenso debate historiográfico respecto al transporte marítimo mediterráneo y las tensiones que generó entre las naves comerciales inglesas, neerlandeses y las galeras hispánicas. En segundo lugar, nos aproximamos a los casos en los que las compañías comerciales contrataron con agentes nórdicos, para posteriormente abordar los contratos y las tensiones entre potencias y mercaderes que surgieron a partir del tráfico marítimo de las galeras de la Monarquía Hispánica. En último lugar, concluimos el trabajo con algunas reflexiones sobre la complejidad de las relaciones comerciales en el Mediterráneo occidental de la primera parte del siglo XVII.

2. COMERCIAR EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL DEL SEISCIENTOS: UN VIVO DEBATE HISTORIOGRÁFICO

La navegación en el Mediterráneo occidental ha sido objeto de constantes y numerosos estudios que han problematizado la cuestión de la hegemonía marítima durante la primera mitad del siglo XVII. Cabe señalar que los grandes cambios mundiales que se produjeron durante este periodo afectaron profundamente a los mercaderes mediterráneos. Entre las líneas maestras destaca el estudio del ascenso de los puertos atlánticos, la abundante llegada al Mediterráneo de naves neerlandesas e inglesas y las intensas guerras marítimas durante los diferentes conflictos bélicos europeos, en especial en el contexto de la Guerra de los Treinta Años. Estos fueron algunos problemas a los que tuvieron que enfrentarse aquellos que usaban el mar como canal para sus negocios y como vía de comunicación e información (Candiani y Lo Basso, 2010).

A finales del siglo XVI la industria naval holandesa comenzó a construir naves más ligeras y económicas, capaces de navegar a una velocidad mayor y más segura en las largas distancias (Unger, 1980: 235-280). Las embarcaciones mercantiles con banderas de países del Mar del Norte en el Mediterráneo del Seiscientos era una realidad *in crescendo*, así como el volumen de sus negocios, un paradigma historiográfico que Braudel bautizó con el concepto de «la invasión de los barcos del norte» (Braudel 1953; Grendi, 1987). A partir de la tregua de los doce años los neerlandeses aprovecharon para expandir sus trayectorias marítimas y abrirse paso en las comunicaciones norte-sur, llegando también a controlar parte del tráfico de mercancías entre las costas hispánicas e itálicas. El trasporte de la lana española, la

sal valenciana y balear o los granos de las islas italianas estuvo bajo su dominio hasta 1621 (Israel, 1997: 59). Durante los años veinte, los conflictos entre Felipe IV y las Provincias Unidas generaron tensiones entre los virreyes de los diferentes territorios mediterráneos de Italia y la península ibérica a causa del transporte de cereales y otros productos que transportaban los neerlandeses. Las diferentes prohibiciones de contratar naves holandesas para el transporte de trigo abrieron las puertas a ingleses y hanseáticos en el comercio costero italiano y entre España e Italia, incluso en una potencia como Génova, aliada política del rey hispánico (Israel, 1997: 133-134). Los ingleses, que se adentraron en este mar a principios de siglo, destacaron por sus compañías monopolísticas, como lo demuestra la Compañía de Levante y su importancia en los territorios venecianos y turco-otomanos. Los intercambios entre España e Inglaterra, liberados desde 1606, no tuvieron la misma importancia que los del Levante mediterráneo durante los primeros años del siglo XVII, pero los ingleses constituyeron importantes comunidades mercantiles en Alicante y Málaga desde donde gestionaron sus intereses (Martínez Ruíz, 2017: 303-323), una cuestión que ha recobrado interés los últimos tiempos.

En la última década, la historiografía ha revisado el «paradigma» de la invasión del norte en su intención de matizar el triunfo del tráfico inglés y neerlandés en el comercio mercantil mediterráneo. Esta penetración no modificó todos los comportamientos comerciales anteriores ni tampoco a sus principales protagonistas como han señalado Molly Greene (2003: 42-71) y Colin Heywood (2010: 1-45). El panorama de las relaciones en el Mediterráneo del siglo XVII fue mucho más complejo y las investigaciones más recientes señalan la capacidad de interacción, colaboración y confluencia de los agentes que participaron en ese contexto (Fusaro, 2012: 701-718; Piper y Lesiak, 2007: 10-39). Los agentes ingleses enraizaron en el Mediterráneo usando las redes preexistentes (Fusaro, Omiri y Heywood, 2010) y muchos mercaderes comerciaron al margen de las grandes corporaciones, sobre todo en la parte occidental mediterránea (Fusaro, 2015: 95-105). Precisamente, a partir de 1621 incrementó su protagonismo en el sector del transporte comercial, cuestión que ha despertado cierto interés por los historiadores que han relacionado el fenómeno con la diplomacia, las actividades consulares y su integración progresiva en algunas de las plazas comerciales (Taylor, 1972: 255; Franch Benavent, 2008: 106). Asimismo, la implantación de los ingleses y holandeses el Mediterráneo occidental también ha sido analizada desde el punto de vista de las actividades diplomáticas, del corso y la colaboración con la piratería (Velasco Hernández, 2012: 89-118; Van Krieken, 2002).

En efecto, los estudios del Mediterráneo durante el siglo XVII han cobrado un reciente interés y se han integrado en corrientes historiográficas más amplias. Muchos investigadores han estudiado las relaciones entre el Atlántico y el Mediterráneo, hasta transitar hacia los estudios de historia global (Martínez Shaw, 1981;

García Espuche, 1998; Trivellato, 2009, Aslanian, 2014; Piper y Lesiak, 2015: 19-39; Herrero Sánchez y Kaps, 2017; Crivelli, 2017; Calafat, 2019). Más allá de las nuevas rutas Atlánticas y de las grandes naves que entraban y salían de este mar, en este artículo queremos presentar un fenómeno al que la historiografía ha prestado menor atención: cómo muchos emprendedores navales ingleses y neerlandeses se instalaron en el Mediterráneo occidental para ofrecer servicios inter-mediterráneos, y cómo los agentes mediterráneos actuaron de mediadores, contratistas e integradores de los nórdicos, ofreciendo una visión que se aleja de un rol pasivo de los mercaderes mediterráneos frente a los agentes «externos».

Grendi apuntó a la necesidad de estudiar la «*mediterraneizzazione* della navigazione nordica per Genova» (Grendi, 1987), de la que también se había hecho eco Israel (1982). Este fenómeno no solo debe ser visto a partir de los cambios estructurales y del conflicto por la hegemonía naval del Mar Interior, sino también a partir de un contexto que identifique las prácticas y las relaciones entre los integrantes de las actividades mercantiles y de distribución. El proceso de «mediterraneización» de las naves nórdicas estudiado desde la perspectiva de las compañías mercantiles mediterráneas pone de relieve que la parcial sustitución de las naves del Mar Interior por las del norte europeo no supuso un total desplazamiento de negocios y capitales de los agentes mediterráneos, al menos durante la primera mitad del siglo XVII, y su estudio corrobora el dinamismo mediterráneo que permaneció activo para las familias con negocios transnacionales durante el siglo XVII. Queda por entender en qué términos y con qué márgenes de beneficio se establecieron estas relaciones.

La sustitución paulatina de los operadores tradicionales del transporte marítimo por agentes nórdicos se ha puesto de relieve a partir de los trabajos de Maria Fusaro (2015: 83-84). Su estudio, más centrado en la llegada de los ingleses en el «mediterráneo veneciano», traza una historia de largo recorrido en la que el dominio marítimo inglés provocó transformaciones sociales y económicas en la parte de los territorios de la República Serenísima y del Levante Mediterráneo. Es interesante seguir la trayectoria e implantación de estas comunidades también para el Mediterráneo occidental en uno de los enclaves más importantes del comercio mediterráneo ibérico como fueron Alicante y Málaga (Martínez Ruiz y Gauci: 2008). Por ello, el rol adquirido por los ingleses y holandeses en el fenómeno de «mediterraneización» es un aspecto interesante de estudio para la primera mitad del siglo XVII y puede ayudar a entender la posterior implantación inglesa, así como el desarrollo de los territorios del Mediterráneo occidental ligados a los mercados británicos (Segarra Blasco, 1994; Valls Junyent, 2004).

En la otra cara de la moneda, la historiografía ha hecho hincapié en la vigorosa actividad de las compañías de la Europa meridional, muy competitivas y dinámicas durante el Seiscientos gracias a fórmulas empresariales como la *accomandita* o las compañías comendatarias (Lobato Franco, 1995: 83-85; Mazzei, 1999: 119; Caracausi,

2008: 283-299; Tonelli, 2012: 88-89; Ben Yessef Garfia, 2017: 391-414)[4]. También se ha puesto en valor el estímulo de algunos territorios, como el de la República de Génova, para contrarrestar su fuerza naval ante la aparición de los nórdicos en el Mar Interior (Kirk, 1996a: 407-421); así como el interés de algunos sectores de la Corona de Aragón por proponer ideas que beneficiasen el comercio, como la constitución de puertos francos en Valencia y Alicante (García Martínez, 2006; Pérez Aparicio, 1992). De igual manera se puede entender la propuesta de Olivares de constituir una compañía de comercio catalana en 1626 a semejanza del modelo holandés (Franch Benavent, 2008: 83-34).

En esa dirección podemos encuadrar la construcción de naves de las grandes potencias del Mediterráneo occidental: las galeras de la Monarquía Hispánica y las galeras genovesas. Durante los siglos XVI y XVII surgieron en las dársenas de los puertos de Barcelona y Génova graves problemas de financiación de las flotas militares de ambos poderes. El coste de estas embarcaciones es, hoy en día, objeto de debate entre los historiadores que reflexionan sobre el gasto público, la viabilidad de sus construcciones y su competitividad en un mar más concurrido (Braudel, 1955: 117-142; Kirk, 1996b: 1-13; Lo Basso, 2003; Thompson, 2006: 95-124; Lomas Cortés, 2019). Las galeras fueron una inversión militar de seguridad apoyada por los gobiernos y sirvieron para disminuir gastos de transacción a comerciantes, gracias a su función defensiva de las naves hispánicas y genovesas en el Mediterráneo. Durante la Guerra de los Treinta años y ante las ofensivas neerlandesas y francesas estas sirvieron para contrarrestar un poder político que pretendía continuar siendo hegemónico en la Europa meridional.

Las galeras hispánicas, así como las de los asentistas genoveses contratadas por Felipe IV, debían centrarse en la defensa marítima (Lo Basso, 2011: 819-346). En las ordenanzas de las galeras se instaba a transportar lo justo y necesario para la tripulación y los suministros del viaje y, excepcionalmente, se podían conceder permisos para que distinguidos mercaderes pudiesen cargar sus mercancías, a cambio del pago de las tasas requeridas (Marchena, 2010: 456). Pese a ello, en los años más duros de la guerra, tanto las galeras hispánicas como las genovesas, fletaron mercancías de un grupo de negociantes mediterráneos. Es significativo cómo los mercaderes situados en la órbita política hispana y considerados servidores a la Monarquía utilizaron estas embarcaciones a priori destinadas a la defensa militar. Los comerciantes se sirvieron de ellas para transportar productos entre España e Italia, entre los que destacaba la plata (Álvarez Nogal, 2005: 379-408; Marsilio, 2005: 101-119; San Ruperto Albert, 2019b: 780-801; Maréchaux, 2020: 47-77), aunque también otra tipología de mercancías de gran valor como manufacturas textiles, libros o diamantes. Estas

4. La «comenda» es una fórmula empresarial de organización mercantil contractual exitosa y que incluía a varios socios capitalistas.

galeras se enfrentarían militarmente a otras embarcaciones enemigas, que muchas veces también transportaban productos de los mercaderes mediterráneos, cuestión que generó grandes tensiones entre la defensa de los intereses de los mercaderes y el desamparo al que llevaron a algunos de estos.

Los dos fenómenos de transporte marítimo, el aumento de las naves nórdicas y las rutas de galeras mediterráneas durante la primera mitad del siglo XVII, son interesantes de analizar en conjunto por el uso que hicieron los mercaderes de estas embarcaciones y porque muestran la diversificación de los recursos que emplearon para implementar sus actividades comerciales. Ambos fenómenos difíciles de seguir a través de las fuentes clásicas para el estudio del comercio mediterráneo. Para su análisis nos hemos preguntado cómo los mercaderes experimentaron los cambios marítimos en su contexto a través del análisis de las prácticas de flete y de los procesos de toma de decisiones, ya que estos aparecen como los verdaderos usufructuarios de las embarcaciones. A partir del estudio de estos casos surge un punto de vista diferente del que generalmente se ha extraído de la documentación institucional. Los registros portuarios, las fuentes fiscales y las resoluciones institucionales, más estudiadas para entender los movimientos estructurales del comercio nórdico en el Mediterráneo y el armamento de las galeras hispánicas, no abordan algunas de las claves para la comprensión de un fenómeno que cabe enriquecer desde nuevos enfoques. Los registros portuarios, generalmente, anotaban la procedencia de las embarcaciones según sus banderas (Salvador Esteban, 1971; Grendi, 1987), pero las naves del siglo XVII eran espacios de convergencia de realidades «nacionales» múltiples, de carácter *transnacional*[5]. En sus misivas, los comerciantes informaron sobre los barcos atracados en los puertos, pero también sobre los que no lo hicieron; los que intercambiaron mercancías en los puertos y continuaron hacia otro destino y aquellos que llegaron a puertos secundarios. En las cartas podemos identificar a los agentes involucrados en el conjunto de operaciones marítimas, incluso aquellos que no aparecerían registrados en un contrato ante notario, con lo que observamos una historia de lo económico mucho más compleja. Surgen las enmarañadas redes que involucraron a mercaderes, financieros y capitanes, y se vislumbra un tipo

5. La historiografía ha puesto en valor el concepto *transnacional* como una categoría analítica que destaca la forma en que algunos sujetos formaban parte de redes que escapaban a su lugar de origen, a un territorio o a una identificación comunitaria concreta. La «etiqueta» ayuda a flexibilizar las categorías en las que insertamos a los individuos. Es aplicable a las épocas preindustriales, aunque existan reticencias en el uso del término «nación», por la creación de los estados nacionales en el siglo XIX. No obstante, el concepto debe ser entendido en relación con las «comunidades imaginadas» y su valor potencia estudios en los que se examinan redes sociales y grupos económicos más allá de sus afiliaciones de origen (Yun, 2014: 1-25). En este artículo se comprobará la capacidad relacional de los actores económicos más allá de sus identificaciones «nacionales».

de prácticas que no se suelen observar de cerca a partir de grandes explicaciones estructurales de las rutas comerciales. A continuación, se presentan dos de estas prácticas mercantiles, una centrada en las relaciones entre compañías mediterráneas y navegantes nórdicos y otra que se focaliza en el uso de las galeras hispánicas para el comercio y los conflictos marítimos derivados de las guerras a las que asistieron estos agentes.

3. LOS FLETES CON LAS EMBARACIONES DE LAS «NAÇIONES DEL NORTE»: FLUIDEZ RELACIONAL ANTE UNA SITUACIÓN MARÍTIMA COMPLEJA

La frecuentación nórdica en el Mediterráneo empezó a ser vista con preocupación por los embajadores hispánicos destinados en Génova y otros puertos, incluso antes de la tregua de los doce años con las Provincias Unidas. Buena muestra de ello nos la ofrece el embajador de Felipe III en la capital ligur, Juan Vivas de Cañamás, a inicios del siglo XVII, cuando apuntó que en Génova «sienten mucho las naçiones del norte se bayan apoderando deste mar y que llevan tan grande suma de dinero como llevan»[6]. Señalaba Fernando de Borja al Consejo de Aragón que estos importaban «mercadurías de enemigos y herejes» y también de «infieles»[7].

La convulsión política y religiosa y las consecuencias económicas fueron especialmente intensas desde la finalización de la Tregua de los Doce Años entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas, así como a partir del inicio de la Guerra de los Treinta Años (Israel, 1996: 39-48; Israel, 1989: 125-136)[8]. Se añadía una amplia literatura jurídica en contra de estos contratos, con la prohibición de Gregorio XV de comerciar con «herejes» en 1622 (Zunckel, 2007: 231-256), sumada a la alerta de los embajadores hispánicos señalada o a las diferentes declaraciones de guerra y consiguientes prohibiciones de tratos con «enemigos».

Pero cabría diferenciar entre los discursos de los agentes políticos y la experiencia práctica de los hombres de negocios en el Mediterráneo, quienes utilizaron las naves del norte durante el período. Se va a comprobar cómo, a pesar de la mala prensa que podían tener los nórdicos, las compañías de los Cernezzi y Odescalchi, entre otras, se relacionaron con diferentes agentes que pertenecieron a múltiples entornos culturales y políticos. En los años treinta del siglo XVII encontramos una intensa actividad contratista de estas compañías con los ingleses, como se va exponer a continuación.

6. AGS, *Estado*, leg. 1434, 16. (1607-III-12).
7. ACA, *Consejo de Aragón*, leg. 74, n. 3 (1604-III-26).
8. Cabe señalar que entre 1621 y 1647 estuvo vigente el embargo comercial hispánico a los holandeses, dejando un mayor protagonismo a los ingleses, pese a que entre 1625 y 1630 se libró la guerra anglo-española.

Las rutas inter-mediterráneas nórdicas y los fletes de compañías locales

Las naves partidas de Inglaterra con ruta hacia el Mediterráneo atracaban en Lisboa, Cádiz o Sevilla antes de entrar en el Mar Interior, provocando el incremento de comunidades mercantiles inglesas en estos centros y convirtiéndolos en espacios realmente cosmopolitas durante el siglo XVII, donde los Cernezzi y Odescalchi centraron sus intereses. No obstante, muchas de estas naves llegaban al Mediterráneo desde el Atlántico cargadas con mercancías globales contratadas por y para mediterráneos (Crivelli, 2017). En 1634 el capitán inglés Robert Moltom atracó su nave *San Giorgio* en Génova llegada desde Lisboa, con 31 cajas de azúcar y 41 sacos de pimienta negra a nombre de la compañía Castelli de Florencia. Las mercancías se trasladaron a la nave *Sansón* para viajar mediante cabotaje hacia Livorno[9]. En otra carta de 1639 la compañía de Génova pedía a Nicolò Bonacorsi, su agente italiano en Lisboa, que se embarcaran mercancías con las naves que considerasen más oportunas, sin importar la nación originaria: «et le robe havesti di inviare le addirizzarete qui [a Génova] o a Livorno [...], con le occasioni si offerirano di nave inglese, amborghese o d'altre nationi secondo a voi parerà a proposito, con darne avviso»[10]. En estos casos, mercancías globales, como la pimienta o el azúcar, se introducían en el Mediterráneo a través de agentes de redes italianas que conectaban el Atlántico con el Mar Interior ya desde el siglo XVI y que conservaron el capital en sus manos, aunque pagaron los del transporte a las «naciones del norte» de Europa (Crivelli, 2017).

Entre los fenómenos marítimos más interesantes resulta el uso de las naves inglesas y neerlandesas en el mismo mar. Los locales contrataron naves para transportar mercancías entre las costas italianas, las islas occidentales y la costa mediterránea de la península ibérica. El control y el conocimiento de las redes que se engarzaban mediante los contactos de los capitanes de las naves con las compañías analizadas ofrece la posibilidad de entender la fluidez de estas relaciones[11]. Algunos barcos ingleses perseguían la oportunidad de contratar fletes en el Mediterráneo y, de hecho, hemos encontrado registros de contratos formalizados por compañías de negocios

9. ASRo, *FOB*, XXXII F 7. (1634-I-13).
10. ASRo, *FO*, II D 3. (1639-X-8).
11. Como hemos indicado este no es un estudio cuantitativo. Las embarcaciones nórdicas aparecen constantemente en las misivas mercantiles consultadas y presentan un fenómeno anual ordinario. Durante los años 1622, 1635, 1637, 1638 y 1639, con la correspondencia conservada durante los meses de la primavera, hemos comprobado cómo se contrataron más naves inglesas, aunque no sin generar algunos conflictos, como veremos posteriormente. En la primavera de 1622 los Cernezzi y Odescalchi contrataron 2 naves inglesas, en 1635 contrataron 5 naves inglesas, en 1637, fueron 9, en 1638 fueron 5 y en 1639 también 5. Las naves holandesas pasaron de 2 contratadas en la primavera de 1622, a 4 en 1635, 2 en la primavera de 1637, una en 1638 y ninguna en 1639.

del entorno de los Cernezzi y Odescalchi con capitanes del norte europeo. Estos documentos registran el comercio inter-mediterráneo de las naves inglesas y se pueden seguir a través de los contratos *di nollegio* en el fondo notarial del Archivio di Stato di Venezia.

En diciembre de 1636 la compañía lanera de Francesco Cassione y los hermanos Tagliacarne, socios de los Cernezzi y Odescalchi, fletaron la nave inglesa *Mercader de Londra* del capitán Lambert Piches[12]. En el contrato de flete registrado ante notario se especificaba que la nave, de 2.000 salmas, contaba con cincuenta marineros y estaba armada con veintiocho piezas de artillería para su defensa. El capitán se comprometía a navegar desde Venecia a Alicante y Cartagena con la obligación de descargar las mercancías venecianas y varios paños alemanes, y cargar lana entre Alicante y Cartagena para traerla a Venecia. En total se preveía la transacción de unas 200 balas de lana y unos 1.000 cántaros de barrilla de diferentes marcas: *fermo* y *rispetto*. Pero esta no fue la única compañía con derechos sobre la nave. El mismo día, Agostino Fonseca, un destacado mercader portugués magnate de la lana en Venecia y posible cristiano nuevo (Ruspio, 2013), pactó cargar en la misma nave unas 125 balas de lana en Cartagena para su provisión en Venecia[13].

Las compañías estipularon con el capitán, mediante el contrato de flete, que podía atracar hasta 40 días en los dos puertos ibéricos para descargar las mercancías y embarcar la lana castellana. Se estipuló que, en caso de que quedase espacio en la nave, el capitán tenía derecho a contratar más lana, pero se debían preferir a los agentes de los *nolleggiatori* antes que a otros. Al no especificarse los nombres de dichos negociantes queda claro que Lambert Piches conocía a la perfección a los contratistas de los mercaderes y, por tanto, que este no era su primer viaje en la ruta y que ya había trabajado con estas compañías de mercaderes en Venecia. Tampoco fue la última vez que lo hizo, pues se han encontrado nuevos contratos hasta 1643[14]. Una vez recibida la carga, el capitán debía retornar a Venecia - «salvo giusto impedimento» y entregar las mercancías según las pólizas de carga[15]. Quedaba así estipulado que debía ser un viaje de ida y vuelta y, por tanto, inter-mediterráneo.

Entre otros ejemplos señalamos el del 4 de agosto de 1639. En esta ocasión la compañía Cernezzi y Odescalchi pactó con el capitán inglés Matteo Barret un viaje de ida y vuelta entre Venecia y Alicante que transportó 200 balas de lana. Los pactos fueron casi idénticos a los descritos en la anterior operación, como solía suceder con estas prácticas establecidas entre mercaderes y navegantes ingleses. De

12. ASVe, *Nottarile Atti*, 10794, f. 704r a 704v. (1636-XII-16) Notario Giovanni Piccini. Contrato de flete.
13. ASVe, *Nottarile Atti*, 10794 (1636-XII-16) Notario Giovanni Piccini. Contrato de flete.
14. ASVe, *Nottarile Atti*, 10808, f. 24r-28v. (1643-III-13). Contrato de flete.
15. ASVe, *Nottarile Atti*, 10808, f.704v-705r. (1643-III-13). Contrato de flete.

la misma forma, en 1636, Pietro Martire Cernezzi firmó un contrato de flete con la nave inglesa de Natanael Goodilat para enviar a Alicante «acciali venuti di Germania […] Chiamelloti di Levante, li vetri fabricati qui, a Murano, et tutte le altre merci in questa città»[16]. En el mismo barco cargaron Genesio Balbi, Francesco Tagliacarne, Giovanni Francesco Cassione y Giovanni Bonhomo.

La estabilización de estas rutas queda registrada en más protocolos notariales y se puede seguir de forma indirecta en las cartas comerciales de las compañías analizadas. Esta práctica fue la tónica en el transporte que intercambiaba productos centro europeos y de Italia del Norte con los hispánicos, y su práctica no se circunscribió a Venecia, sino que también se practicó desde las costas genovesas con destino a la Península Ibérica (Velasco Hernández, 2001).

En varias cartas de la compañía milanesa en Génova se comprueba cómo controlaron este tráfico y de qué forma se repetían los contratos que hemos señalado desde Venecia. En mayo de 1636 la nave inglesa *Unità* descargó 178 sacos de lana en Génova junto a otra con 49 balas de lana. En Alicante la nave Cariola cargó 50 sacos de lana lavada. Desde Génova se esperaban órdenes para su venta del distribuidor ibérico asentado en Granada, el ya mencionado Antonio Tagliacarne[17]. Se calcula que en 1637 las compañías Cernezzi y Odescalchi financiaron y gestionaron la compra de 800 balas de lana y pactaron nuevos conciertos por la cantidad de 624 más para el año siguiente[18]. Antonio Tagliacarne negoció con los productores granadinos la compra de lana que envió a su agente, Agostino Panesio, en Cartagena, o a los milaneses Parravicino, en Alicante. Los últimos se coordinaron con los estibadores para cargar las lanas en las naves, que se fletaron directamente por los Cernezzi y Odescalchi de Génova. Las operaciones eran costosas, como así se indicaba en la correspondencia. No obstante, los Cernezzi y Odescalchi en Génova estaban exentos de pagar derechos marítimos, por lo que las operaciones que coordinaban eran más rentables que las de otras empresas de distribución y más competitivas respecto a otros puertos. Así indicaban que «il prezzo si negotierà tutto franco a noi di dogana, che importa più de un scuto per cantaro [di lana]. Et se non fosse stato questa occasione non si sarete potuto sustentare tanto com'è seguito»[19]. Esta

16. Hemos analizado varios contratos en las actas notariales de Giovanni Piccini. ASVe, *Nottarile Atti,* 10795, ff. 492v-493r (1636-IX-22). La mayoría de los contratos los identificamos a partir de la correspondencia mercantil, por lo que no contamos siempre con la serie de capítulos.

17. ASRo, *FO*, II D 4. (1636-V-27).

18. ASRo, *FO*, II D 3. (1637). Recuento de varias misivas.

19. ASRo, *FO*, II D 3. (1638-V-4). Las compañías Cernezzi y Odescalchi pactaron con diferentes instituciones portuarias para descargar mercancías sin pagar los impuestos correspondientes, por lo que no dejaron rastro en los registros fiscales oficiales. Florencia pactó con ellos la entrada de grano «de consignarsi costi in Livorno franche a me di tutte spese». ASRo, *FO*, II D 4. (1643-IV-11).

compañía se erigía como la primera en ventas de Génova: «tutti li altri insieme non ne hano vendutti tanti come noi soli»[20].

En 1634 desde Génova se informó del tráfico marítimo a Giovanni Giacomo Durino de Milán: «La Nave *Diligenza* fece partenza per Alicante et in breve tornerà a quella volta la *Samaritana*, pure inglese, capitata qui [en Génova] avantieri, alla quale carricaremo le due balle sete lavorate numero 9 e numero 10 capitate hieri a metà con Cernezzi di Valenza»[21]. En la *Samaritana* también se cargaron una caja de Nápoles y 7 cajas de telas de Ulm[22]. Se comprueba como las dos naves inglesas mantenían una ruta estable entre Alicante y Génova, transportando balas de seda fabricada en Milán, telas alemanas para su venta en Valencia y productos de Nápoles, y asumían los gastos a medias con los Cernezzi de Valencia.

La nave inglesa *Il Mercader* viajó desde Génova a Sevilla pasando por Mallorca y Valencia, en 1635, para descargar en cada puerto diferentes mercancías a razón de los Cernezzi y Odescalchi de Génova[23]. En Valencia depositó 29 *colli* de seda manufacturada y en Sevilla, para los Bucherelli, trajo dos balas y una caja sin especificar la mercancía[24]. En junio de 1638 los Imbonati de Milán mandaron expedir varias balas de seda a la compañía Cernezzi y Odescalchi desde Génova a Alicante, con destino final a Madrid. Alicante fue la puerta de entrada y salida de buena parte de las mercancías de y para la Corte durante el siglo XVII.

Aprovecharon la salida de la nave *Gran Netuno*, inglesa, pero señalaban la gran concurrencia de naves «ponentinas» que había en el puerto, contando con dos naves «fiaminghe che fra 15 giorni si doveranno mettere alla vella» [25]. En veinte días cargaron algunas balas de seda de Giovanni Jacomo Durino hacia a Alicante con la nave «*Re David*, amborghese»[26]. En octubre del mismo año enviaron a Alicante con la nave *Esperienza*, del capitán Thomaso Davisi, inglés, 36 barriles de telas alemanas, una caja de embutidos, 42 *massetti* de oro y «argenti falzi».

También existió un tráfico que conectó Génova con Venecia y que reposaba sobre embarcaciones nórdicas. Desde Valencia, los Cernezzi indicaron que solo mandarían lana a Génova y de allí a Venecia «se vi fosse qualche nave inglese che caricasse per Venetia che sogliono fare li viaggi brevi et dove non mancarebbe buon recapito»[27].

20. ASRo, *FO*, II D 3. (1638-VI-28).
21. ASRo, *FOB*, XXXII F 7. (1634-I-18).
22. ASRo, *FOB*, XXXII F 7. (1634-I-18).
23. Podría ser de nuevo la nave *Il Mercader di Londra,* que indicamos que había hecho varios trayectos entre Venecia, Alicante y Cartagena de ida y vuelta.
24. ASRo, *FO*, II D 3. (1635-IV-17).
25. ASRo, *FO*, II D 4. F 7 (1637-VI-4).
26. ASRo, *FO*, II D 4. F 7 (1637-VII-28).
27. ASRo, *FO*, II D 3. (1628-IX-12).

Los ejemplos siguen con un flete de 327 balas de lana de Albarracín cargadas en Cartagena con destino a Venecia que pasaron por Génova con un galeón raguseo. Ante la duda de si el capitán quería continuar hasta el Adriático se indicó que «se uno de medemi galleoni non ressolveranno di seguire il viaggio per Venetia […] non mancaranno altre occassioni buone di vassceli inglesi o fiamenghi a nolito conveniente»[28]. En las cartas de las compañías Cernezzi y Odescalchi queda demostrado cómo este tipo de viajes respondían a una navegación inter-mediterránea de las naves nórdicas. Podemos observar a partir de los ejemplos de la correspondencia, cómo entre los motivos para contratar a estas naves, los grandes magnates del comercio mediterráneo parecían atraídos tanto por la brevedad de atraco en los puertos, como por el sistema de defensa que contenían, la capacidad de carga, y la oferta de precios más competitivos.

El análisis de la red que unía a mercaderes y a capitanes evidencia cómo en algunas ocasiones los Cernezzi y Odesaclchi contrataron naves inglesas que hacían la ruta de Venecia a Alicante-Cartagena, de Génova a Alicante-Cartagena y de Génova a Venecia, y viceversa; pero los intereses sobre las mercancías se diseminaban entre agentes de diferentes «naciones». Desde los milaneses Cernezzi y Odescalchi, a los genoveses Tagliacarne, el boloñés Cassione, el cristiano nuevo Fonseca, y obviamente los laneros granadinos y los productores venecianos, alpinos y alemanes. Esta era una red articulada y en ella no prevalecían unos sobre otros, sino que existió una complementariedad. Es verdad que los nórdicos tuvieron un papel importante en la distribución marítima y su rol terminó por establecer fuertes colonias mercantiles inglesas en ciudades como Alicante o Málaga a largo plazo (Ling, 1974; Martínez Ruiz y Gauci, 2008). La red que se ha estudiado funcionó gracias al ofrecimiento de las naves inglesas para transportar mercancías e información, pero en realidad las naves «nórdicas» trabajaron en algunos momentos en el Mediterráneo para grupos de negocios instalados y con intereses económicos en el mismo Mar Interior. Los agentes se necesitaban mutuamente y no parecía existir una relación jerárquica en sus contratos, sino más bien acuerdos que articulaban un engranaje transnacional que posibilitaba el funcionamiento de los intercambios en el Mediterráneo.

A continuación, vamos a poner un ejemplo que esclarece la complejidad de los diversos tipos de vinculación que existían en un buque. Además, este ejemplo nos muestra otra de las rutas cubiertas por los nórdicos, entre el sur y el norte de Italia. En enero de 1643 los Cernezzi y Odescalchi contrataron una nave inglesa para conducir desde la Apulia, en el sur de Italia, hasta Génova, una carga de trigo. En la década de 1640 a1650 los cargos de trigo entrados en Génova correspondían al 30% de todo el tráfico marítimo, y buena parte estaba dominado por operadores marítimos del norte europeo, en parte gracias a los beneficios fiscales que se estaban

28. ASRo, *FOB*, XXXII F 7 (1634-I-7).

aplicando desde 1590 en el puerto de Génova para las embarcaciones que llegasen con productos alimenticios, convirtiendo a Génova en la capital redistribuidora de las «vettovaglie» para Italia y España (Grendi, 1987: 323; Kirk, 1996a: 419-420). Por entonces, los ingleses habían sustituido a los transportistas neerlandeses en sus trayectos de distribución inter-mediterránea de trigo entre el norte y el sur de Italia y entre las penínsulas hispánica e itálica. El cereal de la embarcación referida se distribuiría entre Liguria, Provenza y Lombardía y el contratista fue el cristiano nuevo Juan Méndez Henríquez de Nápoles. El último contrató a la firma Cernezzi y Odescalchi para gestionar la operación desde Génova[29]. Aprovechando la ocasión, la compañía fletó una fracción de la bodega para uno de sus clientes, Giovanni Toffetti, milanés, quien también envió algunas mercancías del sur hacia Milán.

La casa de seguros Groot de Amberes pidió un seis por ciento del valor de los artículos para asegurar las mercancías de la nave, pero finalmente la compañía holandesa de Van Axel (Van Gelder, 2009)[30], con casa aseguradora en Venecia, consiguió firmar el seguro gracias a una oferta más ventajosa. Pese a que la nave contaba con un capitán identificado con la «nación inglesa», las mercancías eran napolitanas, los mercaderes eran prácticamente todos milaneses, las casas aseguradoras tenían origen holandés con sedes en Venecia y el puerto de destino era Génova, una amalgama de «naciones» bastante habitual en los intercambios marítimos de media y larga distancia en esta época. Como señanala Greene: «in the messy reality of the marketplace, it is difficult to identify anything as clear-cut as «Muslim» or «French» or «Christian» trade». El comercio del siglo XVII no puede ser «encasillado» según criterios nacionales o religiosos, en parte porque «no one was in charge in the seventeenth century» (Greene, 2003: 42-71). La operación que se ha señalado, repetida en varias transacciones, respondía a un reparto de los beneficios para cada una de las operaciones implicadas en los contratos de compra venta del Mediterráneo, por lo que el capital se dividía entre un gran conglomerado de actores.

Los Cernezzi y Odescalchi, como otras compañías, persiguieron la reducción de costes referentes a las transacciones. Para ello tomaron decisiones que implicaban activar la tupida red de contactos circulantes más allá de las fronteras y conseguir la mejor información (Granovetter, 1973: 1.360-1.380; Imízcoz, 2001: 98-138; Lamikiz, 2017: 40-60). Su consolidación como contratistas dependió de su acomodada capacidad financiera en las principales plazas europeas, pues tenían agentes propios en las ferias de Novi Ligure, Piacenza, Bolzano, Verona o Leipzig[31]. También su repu-

29. ASRo, *FO*, II D 4. 1643.

30. La compañía estaba compuesta por Stefano van Naste y Francesco Van Axel. Registros notariales de sus compañías en Zuane Piccini: ASVe, *Nottarile Atti*, n.º 10767 (1622) y sucesivos; también en el notario Giovanni Piccini: ASVe, *Nottarile Atti*, n.º 20795 (1636) y sucesivos.

31. Las compañías Cernezzi y Odescalchi tuvieron un papel importante como agentes en las ferias de cambio que se puede seguir gracias a su correspondencia. Destacaron en las

tación, mecanismos de confianza y experiencia en el mar les permitían seleccionar a los mejores operadores (San Ruperto Albert, 2017: 416-439).

Desencuentros y colaboración entre negociantes mediterráneos y navegantes nórdicos

Pese a que se observan engranajes transnacionales que parecen fluir de forma casi espontánea, los contactos entre agentes mediterráneos y nórdicos generaron tensiones e incluso llegaron al conflicto en algunos casos, una cuestión que no puede observarse solamente a partir del análisis de los contratos de flete. Para ello las compañías comerciales y los capitanes podían activar unos mecanismos bastante conocidos y regulados —tanto legales como informales—. Los contratos de flete ante notario sellaban una protección de intereses por ambas partes, pero en algunas ocasiones decidieron activar canales informales de queja e incluso de difamación para empujar a un operador marítimo «fraudulento» hacia el ostracismo.

El 26 de abril de 1635 los Cernezzi y Odescalchi de Génova recibieron a la embarcación *San Giorgio* del capitán inglés Thomas Vanchester. La nave llegó desde Ibiza con un cargo de sal y trigo, productos transportados por los agentes nórdicos de las rutas inter-mediterráneas. En ella se recibieron varias cartas de sus socios valencianos y sardos en las que se describían varios improperios contra el capitán y su participación en un fraude: «Non sapendo noi che havesse, deto capitano, opperato così male come si scrivono adesso di Valenza in fraudare grano, lo havevamo persuaso a spedirsi quanto prima»[32]. Indicaban que el capitán se había «mostrato poco inclinato a seguire il viaggio» que tenían contratado, por lo que se generó una situación de tensión. Los de Génova decidieron no actuar contra él en ese momento «dubitando noi di qualche bestialità come altre volte si ne visto esperienza in altri capitani della sua natione», y suscitaron dudas sobre sus buenas prácticas, no solo de este capitán inglés sino de todos los de su «nación». En cartas sucesivas los Cernezzi y Odescalchi recomendaban trabajar antes con neerlandeses que con ingleses: «essendo assai meglio trattare con essi fiamenghi che con li inglesi, massime per la fedeltà loro»[33]. Los ingleses estaban usando las redes que habían usado los neerlandeses y, en este caso, los mercaderes que contrataban sus servicios parecía que no estaban del todo satisfechos. Aún así, tenían que fletar sus naves si querían trasladar grandes cantidades de productos entre determinados puertos, pese a sus preferencias.

---

ferias de Novi Ligure y también en otros centros de cambio. En algunos balances comerciales se observa su participación en algunas de las ferias citadas: ASRo, *FO*, IX G 6 (1665).

32. ASRo, *FO*, II D 4. (1635-IV-26).

33. Idem.

El contrato de flete del mencionado capitán se había realizado en Cerdeña y no teniéndolo a mano, los Cernezzi y Odescalchi decidieron dejarlo partir, pues no disponían de todas las herramientas para afrontar la situación de forma legal, pero sí decidieron informar del caso a sus agentes y dar aviso en Inglaterra:

> Procureremo in ogni modo haverlo quanto prima [el contrato] per mandarlo, bisognando in Inghilterra a finche sii astretto per giustitia ancor che non se ne dovessi cavar cos'alcuna, non essendo ragione si aviino a simili vigliacarie e non lasseremo ancor de farli altre male opere per dar esempio ad altri, sentendone disgusto assai questo accidente[34].

El capitán marchó «insalutato» y los Cernezzi y Odescalchi aseguraron a sus socios que enviarían noticias de su mala praxis hacia Inglaterra y «dove intenderemo capiti»[35], es decir, allá dónde tuviesen noticia de su atraco. Dudaron recuperar su inversión, pero su estrategia se basó en mandar cartas para pedir explicaciones y para «svergognarlo maggiormente che veramente simili vigliacarie non sono comportate fra barbari»[36]. La idea del bárbaro en los negocios situaba al inglés frente a unas actitudes «civilizadas» que ellos se otorgaban en la praxis comercial.

Las mercancías descargadas por el inglés se volvieron a cargar en la nave *Il Tigre*, de Guglielmo Joris, capitán neerlandés, que los Cernezzi y Odescalchi habían contratado para sus próximas operaciones[37]. De hecho, se presentaba a Guglielmo Joris «amborghese o sii fiamengo […] è homo di valore» como la antítesis en las prácticas comerciales «bárbaras» de Thomas Vanchester. Se pueden subrayar dos cuestiones interesantes de este pasaje. Por un lado, los flamencos no terminaban de estar bien definidos, no se determinaba si eran de las Provincias Unidas del Norte o si provenían del sur. En la Venecia de 1630 no se diferenciaba el origen y la mayoría se definían como «fiaminghi», aunque en la correspondencia aparecen algunas referencias a los «olandesi». Según Van Gelder (2007) estos formaron parte de un conglomerado mercantil que cooperaba a diferentes niveles económicos y sociales y entendemos que los Cernezzi y Odescalchi los vieron como parte de una comunidad. De hecho, sorprende cómo se indica que podía ser de Hamburgo. Los comerciantes de las ciudades hanseáticas experimentaron una entrada al Mediterráneo al finalizar la tregua de los doce años (Israel: 1982, 131). Ingleses y hanseáticos se apropiaron de parte del transporte costero italiano lo que derivó en un incremento durante los años 30 de las construcciones de barcos en el norte de Alemania (Israel: 1982, 241). Sea como fuere, se comprueba que existió una cuota de barcos flamencos/holandeses

34. Idem.
35. ASRo, *FO*, II D 4. (1635-V-6).
36. ASRo, *FO*, II D 4. (1635-IV-30).
37. Idem.

que continuó prestando servicios inter-mediterráneos durante los años treinta. Por otra parte, puede observarse como la posición de los Cernezzi y Odescalchi en este tipo de relaciones no quedaba subordinada a un poder superior de los transportistas nórdicos. Los milaneses tuvieron la capacidad de seleccionar y apartar a los transportistas, dispusieron del manejo de la información a nivel internacional entre Inglaterra y el Mediterráneo, y gozaron de un prestigio internacional que podían usar en contra de los capitanes que no se adaptasen a las formas de relación que ellos manejaban. Esto demuestra la complejidad de las relaciones generadas entre los agentes y cómo los mercaderes mediterráneos tuvieron un papel activo en la creación de los equilibrios económicos y sociales por lo que respecta a la integración de las economías internacionales.

Hemos visto como existió un trato estrecho entre los comerciantes mediterráneos y los transportistas navales «del norte» que nos acercan a unas relaciones más fluidas y naturales. Si bien se empezaban a señalar a las «naciones» como características de los mercaderes, su actividad nos muestra también bastante indefinición y pluralidad. Lo cierto es que estas relaciones generaron un fenómeno de «mediterraneización» de algunos barcos mercantiles de ingleses y holandeses que trabajaron para agentes genoveses, venecianos y milaneses en las costas del mediterráneo occidental. El análisis de estos casos nos muestra un contexto con robustos negociantes mediterráneo que generaban oportunidades y que continuaron monopolizando parte de las rutas del trigo, la lana, la seda y otros productos de alto valor añadido.

4. GALERAS, COMERCIO Y GUERRA: LA INTERVENCIÓN DE COMPAÑÍAS COMERCIALES

Génova continuó siendo la ventana privilegiada del mar Mediterráneo desde la cual poder observar el tráfico marítimo, sus rutas y sus redes en los años treinta. En abril de 1634, el agente genovés de los Cernezzi y Odescalchi relataba en una sola carta la abundancia de naves:

> Qui [a Genova] si conti navi nella solita abondanza che di ponente sono […] diverse nave: *Conformità*, *Segre*, e *Fave*, e sene aspetano ancora dalle altre. Et si può ritenere che [h]a di pretio per chi non hanno molto recapito, sendo la città assai ben provista. Le Galere de particolari devono forse essere tanto presto qui come quelle de costi [de la República de Génova]. Et la *Fantazia* che porta debe essere tutta per Fiandra, se bene prima si hera deto diferentemente. Le sue [gallere] della Repubblica fecero parte[nza] heri per levarsi li conti et hano qui de ritorno a loco piacendo prima de pagamenti puoi servivono [le Galere] di Spagna che ha espeditioni assai presto[38].

38. ASRo, *FO*, II D 4. (1634-IV-15).

En esta ocasión las compañías Cernezzi y Odescalchi contaron con tres naves «ponentinas» [inglesas o neerlandesas] y se esperaban otras; se hacía referencia a las galeras genovesas, a las galeras de España y a una nave, la *Fantasía*, que se dirigió a Flandes. Este pasaje une la abundancia de naves nórdicas que frecuentaban las rutas norte-sur e inter-mediterráneas con la importancia que tenían las rutas de las galeras genovesas e hispánicas. Las naves de la Monarquía, pese a su función defensiva y de traslado de plata también se usaron como transporte mercantil, una cuestión poco estudiada y que se va a detallar a continuación.

El uso de las galeras hispánicas y genovesas por las compañías mercantiles

Entre los múltiples ejemplos de estas praxis a través de la correspondencia de las compañías estudiadas podemos señalar varias. En 1622 se informaba desde Génova que «capitano le galere di Spagna che si trovano in Denia, procuraremo ricevere le case dette tabini hanno caricato a essi signori Odescalchi di Genova»[39], así como en otro caso durante los años veinte informaban que «gionsero qua a salvamento Iddio laudatto le galere di Siviglia della *Capitana*, della qualle si ricevuto la cassa velli di Bologna»[40]. En los pasajes citados encontramos ejemplos de traslado de mercancías con alto valor añadido en galeras de la Monarquía.

En 1636 podemos identificar en la correspondencia de los Cernezzi y Odescalchi varias cargas, en las naves de la armada hispánica, con hilos de oro, sedas, cristales, reales de a ocho y documentación oficial, entre otras[41]. Un año más tarde se embarcaban en las galeras piezas de lana, seda, libros y diamantes, contratándose las operaciones directamente con el capitán o sus sirvientes. De hecho, los pactos con los oficiales de las escuadras de galeras se realizaban en algunas ocasiones sin supervisión de los altos mandos y se introducían mercancías entre las de los viajeros más distinguidos. Se pasaban en pequeños bultos algunos bienes, que incluso evitarían pagar los derechos de aduana. Así parece que lo hacía Martín de Quijano, veedor general de las galeras de Génova (Lomas Cortés, 2019), llevándonos a pensar que cuando los Cernezzi y Odescalchi pactaban con los «servitori» de los capitanes también consiguieron colocar las mercancías de este modo. En algunas ocasiones ni siquiera contrataron seguros marítimos para las mismas, con lo que su rastro se pierde en la documentación oficial: «meglio, ordinando a Barcellona che ne mandino a noi l'avanzo con occasione di Gallere o Gallera senza sicurtà»[42].

39. ASRo, *FO*, X B 6. (1622-V-29).
40. ASRo, *FO*, X B 6. (1622-VI-2).
41. ASRo, *FO*, II D 4. (1636-IV-30).
42. ASRo, *FO*, II D 3. (1638-VI-4).

En mayo de 1636, el «galeone» *San Francesco il Sole,* de la armada hispánica, naufragó cerca del puerto de Oristano en Cerdeña. En él la compañía Cernezzi y Odescalchi había cargado en Génova diferentes mercancías: una caja de oro hilado de Giovanni Giacomo Durino, cinco *colli* de sedas y otros bienes preciados de Durino para los Biffi de Madrid, una caja con cristales de Pagnao, 700 reales de los Negri de Barcelona, papeles de don Pedro de Haro y otros bienes. La galera:

> […] Naufragò in quelli mari […] con morte di tutte le persone essendo particolarmente state ritrovate robe e papeli de signore Don Pedro de Haro, che si sa vi era imbarcato. Ricuperavono assai mercantie, noi habbiamo scrito[43].

De nuevo identificamos mercancías cargadas en naves militares, pero en este caso sí que se contrató un seguro para la navegación. Por ello activaron todos los contactos de los Cernezzi y Odescalchi para recuperar las mercancías de sus clientes.

Unos días después instituyeron una procuración a Gaspar Malonda de Cagliari y a Agostino Pissare «per la recuperatione di quello ci fusse salvato, speriamo ne farà dare le debite diligenze per cavare di questa disgratia il più potrà, che reconosceremo il tutto di sua mano et servitio»[44]. Aquí aparece el uso de las galeras de la Monarquía con fines privados y, a su vez, la movilización de recursos transnacionales frente a un naufragio[45].

El 1639 se fletaron las galeras del duque de Tursi que, pese a estar contratadas para el servicio defensivo de la Monarquía, cargaban mercancías: «le galere del nolo di don Carlo Doria sopra quelle i signori Donghi di Genova hanno caricho una balla sete lombarde»[46], o trasladaban objetos de plata. Sabemos que Carlo Doria implicó a grandes nombres de la Monarquía para sacar provecho de la jurisdicción de sus galeras, privilegios de los que abusó en algunas ocasiones porteando mercancías de gran valor que en muchas ocasiones repercutieron en beneficio de su hacienda desde principios de siglo (Lomas Cortés, 2019: 98-100). Pero los Doria no fueron los únicos. En 1639 también se contrataron las galeras de Agostino Spinola, Gridmaldi, Battista Serra y Chiape, para trasportar mercancías de Flandes o Livorno, telas de Milán, objetos de plata, damascos, cartas y otros productos[47]. Incluso uno de los socios preferentes de los Cernezzi y Odescalchi en Nápoles, el cristiano nuevo Juan

43. ASRo, *FO*, II D 4. (1636-IV-30).
44. ASRo, *FO*, II D 4. (1636-V-17).
45. Respecto a los naufragios y las articulaciones transnacionales legislativas durante el siglo XVII se puede seguir el trabajo de Francesca Trivellato (2015).
46. ASRo, *FO*, X B 6. (1622-VI- 2).
47. ASRo, *FO*, II D 3. Varias cartas de 1639. El 18 de enero de 1634 los Odescalchi fletaban la *Capitana* de Spínola para cargar una caja de hilos de oro con destino a Barcelona. El 27 de septiembre de 1639 la firma Cernezzi y Odescalchi fletó las galeras del duque de Tursi para trasportar 160.000 reales, de los cuales el 20% eran del duque.

Méndez Henríquez, gran exportador de trigo, se dispuso durante la década de los treinta a armar sus propias naves con tal de reducir los costes de transacción. La misma compañía de los Cernezzi y Odescalchi le proveyó del material necesario entre el que se contó con artillería, el ancla, las cuerdas y otros materiales de construcción naval que conseguían en el mercado ligur[48]. Los Cernezzi y Odescalchi no parecía que quisieran arriesgar su capital en la construcción de naves. Contaban con diferentes opciones de transportes para su comercio y optaron por centrar sus intereses en la distribución y las finanzas y dejar el servicio de conducción de mercancías en manos de terceros. Las compañías milanesas estudiadas hicieron uso de las galeras genovesas, hispánicas, napolitanas y sicilianas, que predominaron sobre otras, pero también contrataron galeras maltesas, saboyanas y raguseas[49].

Otro fenómeno distinto, mucho más conocido por los historiadores, fue el traslado de plata desde las costas ibéricas al mar Ligur, que se acostumbraba a realizar con las galeras de la Monarquía. Una de las rutas más concurridas fue la de Génova-Barcelona, en parte por la reactivada ruta de la plata durante los años treinta del Seiscientos. En la capital catalana se descargaban buena parte de las mercancías provenientes de Italia y se entregaban cartas dirigidas a Madrid y Valencia. En cambio, en Barcelona las bodegas de las galeras se contrataban para cargar metales preciosos ya que estas embarcaciones disponían de una fuerte carga de artillería para defenderse de posibles ataques (Kirk, 1996ª: 418; Álvarez Nogal et al., 2007: 8-12; Maréchaux, 2020: 47-77). La plata cargada no solo era propiedad de la Monarquía, ni siquiera toda ella era para pagar deudas reales o alimentar al ejército. Una parte de esta provenía de las transacciones mercantiles que los comerciantes italianos realizaban en territorios ibéricos y, por lo tanto, era de propiedad de las compañías.

Queda de manifiesto el flujo constante de reales de a ocho enviado desde Barcelona a Génova, Venecia y a Flandes. Una carta dirigida a su socio en Viena, Giovanni Battista Pestalozzi, arroja luz sobre el movimiento de la plata hispánica: «Le gallere di Spagna [de Barcelona] con li contanti sono poi entrate in porto [de Génova] a salvamento con 400 casse reali la magior parte de qualli sarano inviatti a Venetia per provedere in cotesti parti et in Fiandra che sarà causa la monetta farà variatione»[50].

Bien conocida es la necesidad de plata para hacer frente al pago de los ejércitos en las Provincias Unidas. Aunque tomó fuerza la llamada *English Road* —un itinerario que gestionaron en parte los Pallavicini— que desplazaría el eje Mediterráneo hacia el

48. ASRo, *FO*, II D 3. (1643). Varias cartas entre Juan Méndez y la compañía de los Cernezzi y Odescalchi en Génova.

49. ASRo, *FO*, II D 4. En 1643 las galeras maltesas se fletaron para trasportar diferentes productos. ASRo, *FO*, II D 3. En 1639 se usaron las galeras del Duque de Saboya para transportar mercancías. ASRo, *FO*, X B 6.

50. ASRo, *FOB*, XXXII F 7. (1634-I-7).

norte, pasando por Inglaterra y que substituiría la clásica ruta centroeuropea de plata, algunos autores señalaron la reactivación y el dinamismo de la ruta de distribución Barcelona-Génova durante la década de los treinta (Marsilio, 2005; San Ruperto Albert, 2019b). Este fenómeno queda contrastado por las cantidades de plata que trasladaron los Cernezzi y Odescalchi entre estos puertos. Por ejemplo, en el año 1637 embarcaron unos 64.233.600 maravedíes de plata, una cantidad consistente[51]. Pero el 1638 la cantidad fue superada y llegó a los 147.205.024 maravedíes, mientras que en el año siguiente se llegaron a embarcar 117.907.280. En algunas ocasiones los Cernezzi y Odescalchi se ceñían a gestionar y distribuir la plata y, en otros casos, la ingresaron a su cuenta para saldar operaciones mercantiles. La plata no siempre procedía de las embarcaciones americanas, sino que se agrupaba en Barcelona porqué los agentes de los Cernezzi y Odescalchi las enviaban desde Valencia y Madrid. Entre sus comisionarios destacan Costantino Cernezzi o Ascanio Sobregondi de Valencia, los Parravicini de Alicante, o Giovanni Battista Sangiuliano de Madrid, quienes depositaban sus intereses en Amberes, Cremona, Florencia, Milán, Venecia y sobre varias ciudades alemanas.

La construcción externalizada de galeras por «familias de negocios» como los Doria, Spínola o Serra, muestran un negocio heterogéneo y una configuración de itinerarios marítimos (Álvarez Nogal et al. 2007: 8-12; Ben Yessef, 2013: 157-172). Esto demuestra que las galeras no solo tenían un fin militar, una cuestión que abre ventanas para futuros estudios. Queda plasmado el uso de galeras que, pese a que perdían competitividad respecto a las naves del norte europeo, fueron claves para una parte del tráfico marítimo entre las costas del Mediterráneo occidental, no solo para la defensa del mar sino también para cubrir los intereses de las grandes firmas comerciales transnacionales.

Tensiones y conflictos en el mar occidental: fuego abierto entre potencias e intereses comerciales

Como hemos indicado anteriormente respecto a las naves nórdicas, el uso de las galeras por las compañías de negocios no estuvo libre de conflictos. Los intereses políticos y las cuestiones de estado no siempre han acompañado los deseos de los grandes hombres de negocios, pese a que muchas veces los protegían. En este sentido, la guerra ha sido estudiada desde muchas perspectivas y también se ha puesto en valor de qué forma algunos emprendedores militares sacaron grandes provechos de

51. ASRo, *FO*, II D 3. (1637-1639). Estos y los datos que siguen sobre cantidades de plata y agentes implicados en su distribución se extraen de un libro *coppialettere* con 904 epístolas, elaborado en Génova por las compañías Cernezzi y Odescalchi y enviado a diferentes plazas comerciales, principalmente a emplazamientos de la Monarquía Hispánica entre 1637 y 1639.

la organización y gestión de los recursos necesarios para las guerras (Parker, 2003; Parrot, 2012). Se cuenta que en la Alemania de la Guerra de los Treinta Años hubo más de 1.500 empresarios dedicados a la guerra que terminaron enriqueciéndose mientras buena parte del continente se sometía graves problemas económicos, sociales y políticos. En ese sentido, la guerra en el mar, acompañada de algunas desventuras y peligros inherentes a la navegación, provocó no pocos infortunios a los empresarios que usaban el transporte marítimo para sus negocios. Hemos visto como naves nórdicas y galeras hispánicas convergían en un punto: el interés por los negociantes para trasportar sus mercancías. No obstante, el punto de encuentro entre galeras y navíos comerciales en el mar fue menos habitual.

Tanto los hispánicos, como los ingleses, holandeses y franceses, atacaron galeras, asesinaron o secuestraron a la tripulación y requisaron sus mercancías (Velasco Hernández, 2005; Gandiani y Lo Basso, 2010). La mediación internacional a través de los cónsules y representantes en diferentes cortes europeas fue central para recuperar los productos perdidos, que mermaban los negocios de las diferentes compañías mercantiles. En los ataques podía perderse algo casi más importante en las naves: la correspondencia y, por ende, la información. Como ejemplo, se muestra el secuestro de una de las flotas hispánicas que partía hacia México. Los Cernezzi y Odescalchi disponían de varios agentes de la familia Loppio, encargados de la importación de cochinilla al Mediterráneo. Un convoy inglés secuestró la flota y con ella una de las cédulas enviadas hacia México[52]. La compañía trabajaba con una fina cautela y por eso había escrito otras cartas para que el sistema informativo no se fracturase.

La guerra terrestre podía proporcionar una vía de salida para sus negocios económicos y se llegaron a beneficiar de los frentes abiertos en Cataluña, Lombardía o Austria, pero el conflicto marítimo en el mar les supuso un estorbo, ya que gran parte de las mercancías se trasladaban por la vía marítima. Los Cernezzi y Odescalchi de Génova señalaron que estos desencuentros les causaban daños considerables: «veramente li danni che fanno in cotesti mari li corsari francesi sono considerabili»[53]. Un frente abierto en el mar podía retrasar las consignaciones e incluso provocar variaciones en los precios. Por ejemplo, el aprovisionamiento de Malta para hacer frente a la armada otomana paralizó el envío de algunas mercancías hacia Génova: «Le tratte [de grano de las islas del sur de Italia] restano suspese per le provigioni che devono fare a Malta per prepararsi alla diffesa dell'armata turchesca»[54].

Los conflictos marítimos les suponían un quebradero de cabeza. Un ejemplo lo muestra el ataque de la armada de Nápoles a una decena de naves holandesas en 1637. La armada de Nápoles atacó con 20 galeras a los holandeses que penetraban en el

52. ASRo, *FOB*, XXXIIF2. (1622-III-5).
53. ASRo, *FO*, II D 4. (1636-V-17).
54. ASRo, *FO*, II D 3. (1635-IV-17).

Mediterráneo para descargar mercancías en Livorno, Nápoles y Venecia con granos, droguería y otras mercancías. El combate terminó con grandes pérdidas humanas y materiales, desapareciendo una de las naves en el fondo del mar. El desgraciado suceso provocó que los mercaderes sumasen unos daños de alrededor de siete u ocho cientos mil escudos. Atacar a las naves holandesas era una clara estrategia defensiva de la Monarquía Hispánica para controlar la hegemonía en el mar Mediterráneo. Pero ¿de quién eran los intereses depositados en esas embarcaciones? Buena parte de los negocios afectaron directamente a las principales firmas de mercaderes mediterráneos, algunos súbditos del rey. Los responsables de la firma en Génova se apresuraron a escribir a su agente en Madrid para que el monarca español pusiera remedio a esta gravosa situación. Con estas duras palabras describieron la situación en una de sus tantas misivas en las que explicaron el choque entre las galeras hispánicas y las naves holandesas, y sus consecuencias económicas:

> Et adesso, l'armata de Napoli con 20 gallere uscite del porto di Vado navegando verso ponente incontratesi con 10 nave che d'Amsterdam venivano per qui Livorno, Napoli et Venetia, cariche di grani, droghe et d'altre mercantie, le hanno combatute et presone nove et altra per essersi acceso il fuoco nella monitione si è del tutto persa in mare dicono siano di valore de scuti 7 in 800.000. E se bene qui [in Genova] in effetto non si servono interessati di somma di rilievo, nettando il più alle piazze d'Amsterdam, Venetia, Napoli e Livorno, viene ad ogni modo [...] assai et a tutta questa città per il pregiuditio del comerchio tanto di presente come per l'havenire si spera che Sua Maestà sij per remediare a tanto desordine, perché altrimenti ne resulterebbe notabile incomodo a tutti che levati li traffichi di qui l'otio potrebbe causare inconvenienti grandi. Piaccia a Nostro Signore illuminare tutti et guardare de mal 'incontri[55].

Los Cernezzi y Odescalchi clarificaron que pese a que el ataque había sido contra naves holandesas el capital transportado concernía directamente a los agentes de las plazas mediterráneas de Venecia, Nápoles y Livorno, en este caso con menos interés en Génova. Los ataques marítimos se consideraron como «desordine» para el comercio marítimo y se alertaba a la Corona que debían controlar los daños debido a que ahuyentaban el comercio y sin comercio habría grandes daños económicos, no solo para Holanda sino también para la Monarquía y sus familias de negocios.

El fuego abierto y los ataques cruzados fueron habituales. En 1638, Francia atacó un convoy formado por quince galeras sicilianas e hispánicas en el Mediterráneo. La Monarquía transportaba infantería al puerto del Finale para desembarcar a las tropas en el norte de Italia, y fueron atacadas por otras quince galeras francesas. Los agentes de la compañía en Génova, privilegiados por su posición de observación, se

55. ASRo, *FO*, II D 3. (1637-VI- 9).

apresuraron a escribir cartas para sus agentes en Madrid con total detalle del evento. La desgracia terminó con el secuestro de seis barcos hispánicos, encontrándose la *Capitana* de Sicilia, y los franceses perdieron cuatro galeras. La compañía informó de que la mortalidad había sido alta, situándola alrededor de 4.000 personas y un número inestimable de heridos. Después de la descripción del evento advertían de aquello que más les importaba. Aunque las galeras eran para transportar infantería ellos habían cargado balas de seda y tenían consignados 70.000 reales para varios de sus clientes, de los cuales 20.000 se encontraban en la galera *Capitana* de Sicilia[56].

Pocos días después consiguieron tranquilizarse ya que por un problema que tuvo su agente de Barcelona no se embarcó la plata en la Galera y las balas de seda se traspasaron a la galera *San Giuseppe* de la escuadra napolitana, por lo que consiguieron salvar sus productos. No tuvieron tanta suerte otros. Quince días después informaron a los Cernezzi de Valencia que era imposible recuperar 140 balas de telas, pese a que ya estaban haciendo diligencias con los franceses para intentarlo. De nuevo aparece el uso de galeras para el traslado de mercancías entre ambas costas del Mediterráneo occidental.

En la correspondencia mercantil encontramos cómo los negociantes daban avisos a sus agentes situados en los centros de poder político, como la corte de Madrid, sobre los enfrentamientos marítimos. La intención de las compañías era paliar los agravios que le ocasionaban lo infortunios en el mar: tanto por la destrucción de naves por disputas bélicas como por los naufragios. Además, gestionaron la liberación de prisioneros de guerra e intentaron que su excarcelación costase lo menos posible a la empresa. En otras ocasiones mediaron en los amotinamientos de marineros, como en el caso de la nave *Cariola,* asaltada por los marinos que habían arruinado las mercancías de los Cernezzi y Odescalchi. Los marineros terminaron en prisión en Villafranca de Mar y los Cernezzi y Odescalchi consiguieron que la justicia redujese lo que habían pagado de su flete, de seis mil reales de a ocho a solo dos mil. Las compañías debieron recopilar información de testigos para presentarla ante los aseguradores con la finalidad de recuperar el capital de las mercancías perdidas, tarea que necesitaba de una coordinación transnacional[57].

En definitiva, las galeras se utilizaron en algunas ocasiones por las compañías comerciales durante todos los años consultados, aunque cuantitativamente en menor número que las naves nórdicas y con menos volumen. En ellas transportaron mercancías como la plata, los tejidos, los diamantes o los libros pese a que su función era otra. El riesgo de transacción con este transporte se reducía, pero incrementaba la posibilidad de un ataque, sobre todo a partir de la entrada de Francia en la Guerra de los Treinta Años. No obstante, las galeras hispánicas también atacaron a convoyes

56. ASRo, *FO*, II D 3. (1638-IX- 3 y ss.).
57. ASRo, *FO*, II D 3. (1638-V-4).

mercantiles de naciones enemigas, como se ha visto en el caso de los holandeses e ingleses, que afectaban directamente a los intereses de los mercaderes mediterráneos. Los Cernezzi y Odescalchi debieron usar los recursos navales disponibles en el mar de la primera mitad del siglo XVII, un mar que no estaba dominado por una sola potencia y del que sacaron el mayor partido.

5. CONCLUSIÓN

Las compañías de los Cernezzi y Odescalchi nos ofrecen un punto de vista interesante para comprender la articulación transnacional del transporte marítimo mediterráneo occidental durante la primera mitad del siglo XVII. A partir de un análisis exhaustivo de la correspondencia mercantil de esta compañía, cruzada con algunas referencias de contratos de fletes desde Venecia, se profundiza sobre dos fenómenos interesantes con respecto a la navegación, un problema sobre el que la historiografía ha debatido con interés desde los años sesenta del siglo pasado. Los estudios habían señalado movimientos estructurales y grandes cambios en los operadores marítimos del mar Mediterráneo. Como señalaron Edoardo Grendi o Jonathan Israel existió un fenómeno de instalación de barcos nórdicos en las costas mediterráneas para transportar productos entre las mismas costas del Mediterráneo occidental. El fenómeno de «mediterraneización» de la navegación nórdica se ha señalado como una materia en el conjunto global de los cambios acaecidos en el Mediterráneo del siglo XVII, pero sobre el cual no existen demasiados trabajos si nos referimos a su articulación en la parte occidental y en su fórmula de operadores de transporte marítimo para los mercaderes locales. Tampoco abundan los análisis que observan el fenómeno desde la posición práctica y la toma de decisiones de los mercaderes contratistas de las naves a disposición. En este estudio se han examinado los barcos contratados y los trayectos que completaban, pero también de qué forma se programaba la elección, se supervisaba la disponibilidad de servicios de transporte y se estructuraba la distribución de mercancías con naves nórdicas. Unas naves que en el caso de los Cernezzi y Odescalchi demuestran que, en muchas ocasiones, actuaron en el Mediterráneo occidental y fueron contratadas por los mercaderes que operaban en este espacio a su favor. Por tanto, la contratación de naves inglesas y holandesas en detrimento del uso de las embarcaciones mediterráneas no implicó la desviación de las actividades propias de estos agentes, que continuaron controlando la compraventa de productos, la gestión de los recursos primarios y su producción, así como la financiación y la gestión de los beneficios. La complejidad de la participación de las embarcaciones de diferentes «naciones» durante la edad moderna y en un mercado marítimo definido como enmarañado durante la primera mitad del siglo XVII debe ofrecernos la posibilidad de problematizar los grandes cambios estructurales de las rutas marítimas y acercarnos a entender de forma más compleja cómo emergía la colaboración y la tensión entre miembros de comunidades mercantiles y marítimas diferentes.

Aunque los nórdicos contribuyeron de forma determinante a la articulación de los intereses de las compañías comerciales mediterráneas en diferentes espacios, el transporte de algunas mercancías preciadas con las galeras hispánicas resulta muy interesante de observar. Pese a sus funciones defensivas y militares, en varias ocasiones se usaron para transportar mercancías de firmas mercantiles que estaban plenamente relacionadas con la Monarquía y sus servicios. El activo rol de las galeras para favorecer a algunos mercaderes nos da pistas de las conexiones entre los magnates del comercio y los intereses reales. Unas experiencias que no siempre eran provechosas, sobre todo si hablamos de los desencuentros marítimos que generaron los diferentes conflictos desarrollados en el mediterráneo occidental de la primera mitad del siglo XVII, con la guerra de los Ochenta Años y la de los Treinta Años como telón de fondo. El ataque de galeras a navíos mercantiles holandeses o franceses suponía un mermo de los beneficios económicos, no solamente de las «naciones» afectadas sino de un gran grupo de mercaderes mediterráneos que depositaba sus productos e intereses en estos barcos. La yuxtaposición de intereses de los mercaderes que usaban recursos marítimos enfrentados resulta sugerente para complejizar las prácticas de transporte y distribución de las mercancías en este periodo.

En definitiva, las compañías de italianos con sedes comerciales en las costas ibéricas e italianas durante la primera mitad del siglo XVII demuestran una gran capacidad de intermediación en los asuntos económicos mediterráneos con agentes de diferentes «naciones», más aún en un contexto de desarrollo de conflictos internacionales como la guerra franco-española (1635-1659), la última parte de la guerra de los ochenta años entre Holanda y la Monarquía Hispánica (1621-1648) y los conflictos anglo-españoles (1625-1630). El activo rol que continuaron ostentando los italianos permitía desenmarañar algunas operaciones que podían ser comprometidas a nivel político y mejoraron la fluidez de las relaciones en un Mediterráneo mucho más complejo por la diversidad de los agentes que operaban en él.

El análisis exhaustivo de documentación mercantil de estas compañías invita a profundizar en un fenómeno bastante estudiado por la historiografía como ha sido la navegación en el Mediterráneo de la primera mitad del siglo XVII, pero aporta nuevas perspectivas sobre un proceso que, lejos de quedar zanjado, sigue reclamando visiones más complejas en relación con las familias de negocios, el tráfico marítimo y las pertenencias «nacionales».

BIBLIOGRAFÍA

Ago, R. (2006). Cambio di prospettiva: dagli attori alle azioni e viceversa. En J. Revel (ed.), *Giochi di scala: la microstoria alla prova dell'esperienza*. Roma: Viella, 239-250.

Álvarez Nogal, C., Lo Basso, L. y Marsilio, C. (2007). La rete finanziaria della famiglia Spinola: Spagna, Genova e le fiere di Cambi (1610-1656). *Quaderni Storici,* 124 (1), 8-12.

Álvarez Nogal, C. (2005). El transporte de moneda en la España del siglo XVII: mecanismos y costes. *Revista de Historia Económica*, 23 (1), 379-408.

Aslanian, S. (2011). *From the Indian Ocean to the Mediterranean: the global trade networks of Armenian merchants from New Julfa*. Berkeley: University of California Press.

Ben Yessef Garfia, Y. R. (2013). Lazos sociales, estrategias de linaje e identidad «nacional» en el siglo XVII. El caso de la familia genovesa de los Serra en perspectiva de género. En C. Bravo Lozano, R. Quirós Rosado (eds.), *En tierra de confluencias. Italia y la Monarquía de España: siglos XVI-XVIII* (pp. 157-172). Valencia: Albatros Ediciones,.

Ben Yessef Garfia, Y.R. (2017). Una transnacionalitat eminentment mediterrània. Diversificació i estratègies en l'entramat familiar genovés dels Serra durnt les primeres dècades del segle XVII. *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 87, 391-414.

Braudel, F. (1955). Note sull'economia del Mediterraneo nel XVII secolo. *Rivista Italiana di storia economica e sociale*, 2, 117-142.

Braudel, F. (1953). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Calafat, G. (2019). *Une mer jalousée. Contribution à l'histoire de la souveraineté (Méditerranée, XVIIe siècle)*. París: Éditions du Seuil.

Candiani, G. y Lo Basso, L. (eds.) (2010). *Mutazioni e permanenze nella storia navale del Mediterraneo (secc. XVI-XIX)*. Milán: Franco Angeli.

Caracausi, A. y Jeggle. C. (eds) (2014). *Commercial networks and European cities, 1400-1800*. Londres: Pickering & Chatto.

Crivelli, B. (2017). *Commercio e finanza in un impero globale. Mercanti milanesi nella penisola iberica (1570-1610)*. Roma: Edizioni Storia e Leteratura, Storia Economica.

Castillo Pintado, A. (1956). *Las rutas mercantiles del Reino de Valencia durante el primer cuarto del siglo XVII: 1598-1621*. [Tesis Doctoral Inédita, Universitat de València].

Casey, J. (1981). *El Regne de València al segle XVII*. Barcelona: Curial Edicions Catalanes.

Franch Benavent, R. (2008). El comercio en el Mediterráneo español durante la Edad Moderna: del estudio del tráfico a su vinculación con la realidad productiva y el contexto social. *Obradoiro de Historia Moderna*, 17, 77-112.

Fusaro, M. (2012). Cooperating mercantile networks in the early modern Mediterranean. *The Economic History Review*, 65 (2), 701-718.

Fusaro, M., Omiri, M. y Heywood, C. (eds.) (2010). *Trade & Cultural Exchange in the Early Modern Mediterranean. Braudel's Maritime Legacy.* Londres: Tauris Academic Studies.

Fusaro, M. (2008). *Reti commerciali e traffici globali in età moderna*. Roma: Editori Laterza.

Fusaro, M. (2015). *Political economies of empire in the early modern Mediterranean: the decline of Venice and the rise of England, 1450-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.

García Espuche, A. (1998). *Un siglo decisivo. Barcelona y Cataluña, 1550-1640*. Madrid: Alianza.

García Martínez, S. (2006). *El País Valencià modern: societat, política i cultura a l'època dels Àustria*. Catarroja: Afers.

Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78 (6), 1.360-1.380.

Greene, M. (2003). Beyond the Northern Invasion: The Mediterranean in the Seventeenth Century. *Past and Present*, 174, 42-71.

Grendi, E. (1987). *La Repubblica aristocratica dei genovesi: politica, carità e commercio fra Cinque e Seicento*. Bolonia: Il Mulino.

Herrero Sánchez, M. y Kaps, K. (eds.) (2017). *Merchants and trade networks in the Atlantic and the Mediterranean, 1550-1800. Connectors of commercial maritime systems*. Londres: Routledge.

Imízcoz Beunza, J. M.ª (2011). Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cuantitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas. *Redes-Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales,* 21 (4), 98-138.

Israel, J. I. (1996). La guerra económica y la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. En F. Ruiz Martín (ed.), *La proyección europea de la Monarquía hispánica* (pp. 39-48). Madrid: Editorial Complutense.

Israel, J. I. (1997). *La República holandesa y el mundo hispánico, 1601-1661*. Madrid: Nerea.

Israel, J. I. (1989). *Dutch primacy in world trade, 1585-1740*. Clarendon Press.

Kirk, Thomas A. (1996a). A Little Country in a World of Empires: Genoese attempts to penetrate the maritime trading empire of the seventeenth century. *The Journal of European Economic History*, 25 (2), 407-421.

Kirk, Thomas A. (1996b). The Implications of Ceremony at Sea: some examples from the Republic of Genoa (16th and 17th centuries). *The Great Circle. Journal of the Australian Association for Maritime History*, 18 (1), 1-13.

Lamikiz, X. (2017). Social capital, Networks and Trust in Early Modern Long-Distance Trade: A Critical Appraisal. En M. Herrero Sánchez y K. Kaps (eds.), *Merchants and Trade Networks in the Atlantic and the Mediterranean, 1550-1800* (pp.40-60) Londres-Nueva York: Routledge.

Levi, G. (1989). Los usos de la biografía. *Annales*, 44 (6), 1.325-1.336.

Ling, R. (1974). *Long term movements in the trade of Valencia, Alicante and the western Mediterranean. 1450-1700*. [Tesis doctoral inédita, Universidad de California].

Lo Basso, L. (2003). *Uomini da remo. Galee e galeotti del Mediterraneo in età moderna*. Milán: Selene Edizioni.

Lo Basso, L. (2017). Una difficile esistenza. Il duca di Tursi, gil asientos di galee e la squadra di Genova tra guerra navale, finanza e intrighi politici (1635-1643). En M. Herrero Sánchez y K. Kaps (eds.). *Merchants and Trade Networks in the Atlantic and the Mediterranean, 1550-1800* (pp. 819-846). Londres-Nueva York: Routledge.

Lobato Franco, Isabel (1995). *Compañías y negocios en la Cataluña preindustrial: (Barcelona 1650-1720)*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, Universidad de Sevilla

Lomas Cortés, M. (2015). Las galeras de España en tiempos de Manuel Filiberto de Saboya: dificultades financieras y proyectos de reforma. En L. Guía Martín, G. Tore y M.G. Mele (eds.). *Identità e frontiere: Politica, economia e società nel Mediterraneo (secc. XIV-XVIII)* (pp. 147-158). Milán: Franco Angeli.

Lomas Cortés, M. (2019). *Jurisdiction, Justice, and Trade in the Squadrons of the Hispanic Monarchy (Sixteenth-Seventeenth Centuries).* Leiden-Boston: Brill.

Maréchaux, B. (2020). Los asentistas de galeras genoveses y la articulación naval de un imperio policéntrico (siglos XVI-XVII). *Hispania. Revista Española de Historia*, 264 (80), 47-77.

Marsilio, Claudio (2005). Nel XVII secolo dei genovesi. La corrispondenza commerciale di Paolo Gerolamo Pallavicini nel triennio 1636-1638. *Storia Economica*, 8, 101-119.

Martínez Shaw, C. (1981). *Cataluña en la carrera de Indias: 1680-1756*. Barcelona: Crítica.

Martínez Ruiz, J. I. y Gauci, P. (2008). *Mercaderes ingleses en Alicante en el siglo XVII: estudio y edición de la correspondencia comercial de Richard Houncell & Co*. Alicante: Universidad de Alicante.

Marchena Giménez, J. M. (2010). *Vida y los hombres de las galeras de España (siglos XVI-XVII)*. [Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense].

Muñoz Navarro, D. (coord.) (2017). Un Mediterrani transnacional al segle XVII. *Afers. Fulls de Recerca i Pensament*, 87.

Parker, J. (2003). *La guerra de los treinta años*. Madrid: Machado Libros.

Parrot, D. (2012). *The business of War. Military Enterprise and Military Revolution in Early Modern Europe*. Cambridge-Nueva York: Cambridge University Press.

Pérez Aparicio, C. (1992). El expansionismo comercial británico en el País Valenciano: El proyecto de creación de puerto franco en Alacant en 1706. *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 11, 251–264.

Piper, R. y Lesiak, P. (2007). Redes mercantiles entre el Atlántico y el Mediterráneo en los inicios de la Guerra de los 30 años. En A. Ibarra y G. Valle Pavón (coords.), *Redes sociales e instituciones comerciales en el imperio español, siglos XVII al XIX* (pp. 19-39). México: Instituto Mora.

Ruspio, F. (2013). Da Madrid a Venezia: l'ascesa del mercante nuovo cristiano Agostino Fonseca. *Mélanges de l'École française de Rome - Italie et Méditerranée modernes et contemporaines*, 125 (1).

Salvador Esteban, E. (1971). *La economía valenciana en el siglo XVI: comercio de importación*. Valencia: Anales de la Universidad de Valencia.

San Ruperto Albert, J. (2017). Confiar en la distància. Construïnt fidelitats transnacionals en les comunitats mercantils del Sis-cents. *Afers: fulls de recerca i pensament*, 32 (87), 415-439.

San Ruperto Albert, J. (2019a). *Emprenedors transnacionals. Les trajectòries econòmiques i d'ascens social dels Cernezzi i Odescalchi a la Mediterrània Occidental (ca. 1590-1689).* Barcelona: Fundació Noguera.

San Ruperto Albert, J. (2019b). Transport, distribució i inversió d'argent entre Barcelona i Itàlia. Les xarxes dels Cernezzi i Odescalchi (1637-1639). *Actes del VIII Congrés d'Història Moderna de Catalunya: «Catalunya i el Mediterrani». Pedralbes: revista d'història moderna*, 39. 780-801.

Segarra Blasco, A. (1994). *Aiguardent i mercat a la Catalunya del segle XVII*. Vic: Eumo.

Taylor, H. (1972). Trade, Neutrality, and the «English Road», 1630-1648. *The Economic History Review*, 25 (2), 236-260.

Thompson, I. A. A. (2006). Las galeras en la política militar española en el Mediterráneo durante el siglo XVI. *Manuscrits: Revista d'història moderna*, 24, 95-124.

Trivellato, F. (2009). *The Familiarity of Strangers: The Sephardic Diaspora, Livorno, and Cross-Cultural Trade in the Early Modern Period*. Yale: Yale University Press.

Trivellato, F. (2015). «Amphibious Power»: The Law of Wreck, Maritime Customs, and Sovereignty in Richelieu's France. *Law and History Review*, 33 (4), 915-944

Unger, R.W. (1980). Dutch Herring, Technology and International Trade in the Seventeenth Century. *Journal of Economic History*, 40, 253-280

Valls Junyent, F. (2004*). La Catalunya atlàntica. Aiguardent i teixits a l'arrencada industrial catalana*. Vic: Eumo.

Van Gelder, M. (2009). *Trading Places: The Netherlandish Merchant Community in Venice, 1590-1605*. Leiden: Brill.

Van Krieken, G. (2002). *Corsaires et marchands. Les relations entre Alger et les Pays-Bas (1604-1830)*. Saint-Denis: Editions Bouchène.

Velasco Hernández, F. (2001). *Auge y estancamiento de un enclave mercantil en la periferia. El nuevo resurgir de Cartagena entre 1540 y 1676*. Murcia: Universidad de Murcia.

Velasco Hernández, F. (2005). *El otro Rocroi: la guerra naval contra Felipe IV en el Mediterráneo suroccidental (o Mancha Mediterránea)*. Cartagena: Editorial Águlaya.

Velasco Hernández, F. (2012). Corsarios y piratas ingleses y holandeses en el Sureste español durante el reinado de Felipe III (1598-1621). *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 32, 89-118.

Yun Casalilla, B. (2014). Transnational History. What lies behind the label? Some reflections from the Early Modernist's point of view. *Culture & History Digital Journal*, 3 (2), 1-25.

Zunckel, J. (2007). Esperienze e strategie commerciali di mercanti tedeschi fra Milano e Genova nell'epoca della controriforma. En G. A. Burkartd y Y. Krumenacker (eds.). *Commerce, voyage et expérience religieuse. XVIe-XVIIIe siècles* (pp. 231- 256). Rennes: Presses universitaires de Rennes.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441275309

LOS CUERPOS DEVASTADOS. LAS PACIENTES DE BUBAS EN LOS HOSPITALES REALES DE GRANADA (SIGLOS XVI Y XVII)[1]

Devastated bodies. Female patients with great pox in the Royal Hospitals of Granada (16th and 17th c)

José VALENZUELA CANDELARIO

Universidad de Granada
jvalenz@ugr.es

Fecha de recepción: 17/12/2020
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: El mal de las bubas fue en Europa durante la Edad Moderna representación de la mortificación del cuerpo y símbolo del destrozo físico asociado al comercio carnal. Este artículo identifica y descifra los signos físicos y culturales de la enfermedad venérea en los cuerpos de las mujeres asistidas en los Hospitales Reales de la ciudad de Granada durante los siglos XVI y XVII. Revela los significados encadenados en las marcas y simbolismos corporales, en particular los asociados a la diferencia sexo-genérica. La semántica de los cuerpos enfermos de bubas muestra el orden social patriarcal y la extorsión sexual de las mujeres. Se ofrece una propuesta de taxonomía sexo-genérica de las mujeres asistidas (y de las enfermas de bubas en general).

Palabras clave: mal de las bubas; pacientes mujeres; hospitales; España Moderna; estudios de género.

1. Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación *Género, emociones y subjetividad en las relaciones entre pacientes y profesionales sanitarios. Un acercamiento interdisciplinar* (HAR2016-78223-C2-2-P), subvencionado por el Ministerio de Ciencia, Investigación y Universidades.

ABSTRACT: During the early modern period of European history, great pox (or *morbus gallicus*) was a representation of body mortification and a symbol of physical damage associated with carnal commerce. This article identifies and deciphers the physical and cultural signs of venereal disease in the bodies of women attended in the Royal Hospitals of the city of Granada during the 16th and 17th centuries. It reveals the meanings bound within bodily indicators and symbolisms, particularly those associated with sex-gender differences. The semantics of bodies with chancres exhibit the patriarchal social order and sexual extortion of women. We propose a sex-gender taxonomy of the attended women (and female patients with chancres in general).

Keywords: great pox; female patients; Early Modern Spain; hospitals; gender studies.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente trabajo es la identificación y el análisis de los signos legibles que muestran los cuerpos de las mujeres afectadas del llamado mal de las bubas en los (libros de entrada de enfermos de los) Hospitales Reales de la ciudad de Granada —de la Alhambra y Real— durante los siglos XVI y XVII[2]. Bubas fue la denominación usual castellana de la enfermedad llamada comúnmente en Europa *mal francés* (*morbus gallicus*), descrita por primera vez en el último lustro del siglo XV[3]. Aun cuando su inicial condición epidémica y su gran letalidad menguaran con el paso del tiempo hacia situaciones de cronicidad en las personas afectadas, no por ello perdió relevancia sociocultural durante la modernidad temprana: el mal de las bubas siempre fue considerado incurable e invalidante en sus estados avanzados, corruptor del cuerpo y causante de dolores espantosos y aparatosos daños deformantes —llagas, pústulas y lesiones en los huesos y las articulaciones—,

2. La dedicación a la cura de las bubas fue la principal actividad médica de los mismos (Hospital de la Alhambra, clausurado en 1526, y Hospital Real, la institución surgida a partir de la centralización de la hospitalidad de patronato regio, culminada ese año, cf. Valenzuela Candelario (2003, 199-201). Véase, asimismo, Valenzuela Candelario (2004, 235-238).

3. El nombre y las primeras noticias sobre ella remiten a la invasión de Italia por el ejército del rey Carlos VIII de Francia entre 1594 y 1595 y a su rápida extensión por el continente con el repliegue y la dispersión de las tropas mercenarias del citado ejército una vez consumado el fracaso de la ocupación del territorio napolitano: en menos de diez años se propagó al conjunto de Europa, cf. Arrizabalaga, Henderson y French (1997), Quétel (1990: 9-16), McGough (2011: 1-12).

sin realizarse distinciones entre ricos y pobres; su enorme difusión en las ciudades europeas entre las clases empobrecidas se percibió contemporáneamente como un asunto que comprometía la salud de la (re)pública[4]. La formidable crudeza de sus manifestaciones clínicas, la inmundicia que los afectados y afectadas extendían en las ciudades y el pánico social suscitado en ellas pudieron activar la fundación —por municipios, cofradías o la misma realeza— de hospitales que recluyeran a los pacientes pobres prestándoles asistencia médica [Henderson (2006: 97-100); Jütte (1996: 971-16); López-Terrada (1999: 177-200)]. En ellos se realizaban curas con unciones mercuriales y con decocciones de plantas medicinales (madera de guayacán y zarzaparrilla)[5]. El mal de las bubas constituyó por todo ello un emblema cultural en los siglos modernos, un emblema aderezado de forma diversa con las imputaciones de culpabilidad asociadas a los distintos territorios y entidades políticas alegados como sus lugares de origen —napolitano, francés, español, americano—.

Este trabajo se interesa, en particular, por el escrutinio de las situaciones y experiencias vitales que pueden desvelar los cuerpos dañados por la enfermedad[6]. El campo de observación —los libros de entrada de enfermos y enfermas de los hospitales reales granadinos[7]— es privilegiado, pues concierne a las marcas causadas por una enfermedad percibida en la época como muy contagiosa y muy ligada al *conocimiento* carnal (Arrizabalaga, 2011: 409-410). Mi lectura[8] atañe a los signos físicos (llagas, mutilaciones, deformidades, etcétera)[9] y a otros propiamente sociales (nombres y alias burlescos, toponímicos y fisonómicos, y atuendos y bienes depositados al entrar, sobre todo) que he vinculado a las identidades individuales y colectivas atribuidas a las pacientes —surgidas, por tanto, de actos de identificación de su condición y

4. La bibliografía es amplísima. Singularizo la ya clásica monografía de Arrizabalaga, Henderson y French (1997).

5. Pullan (1999: 18-39); Arrizabalaga, Henderson y French (1997: capítulos 7 y 8).

6. Cristian Berco ha analizado el significado cultural de los signos visibles del mal de las bubas en los siglos XVI y XVII utilizando textos médicos y literarios, registros de pacientes del Hospital de Santiago de Toledo y protocolos notariales de esa misma ciudad. En su lectura ha enfatizado los aspectos tocantes a la moral —culpa, pecado y vergüenza— y a la preservación de la reputación social de las personas afectadas (uso de vestidos y distintas estrategias de simulación y de gestión de los daños), Berco (2015), (2011b), (2016), (2011a).

7. Archivo de la Diputación Provincial de Granada, ADGr, libros 7310 (1525-1534), 7299 (1556-1561), 7300 (1601-1614), 7301 (1618-1623), 7302 (1623-1630). Podemos leer los cuerpos porque las enfermedades generan metáforas y otros tropos a través de las marcas visibles que producen, Véanse los textos compilados en Redondo (1992).

8. Podemos leer los cuerpos porque las enfermedades generan metáforas y otros tropos a través de las marcas visibles que producen, Véanse los textos compilados en Redondo (1992).

9. La consideración del signo físico de enfermedad de forma abierta a distintas interpretaciones y significados tuvo una amplia aceptación en las sociedades de Antiguo Régimen: la percepción sensorial trascendía lo visible y se extendía a diferentes concepciones espirituales e intelectuales, Stein (2006).

estado— por las autoridades e instituciones en la vida social[10]. Pretendo desvelar los significados encadenados y operativos en esa clase de marcas y simbolismos, en particular los asociados a la diferencia sexo-genérica y sus desdoblamientos inscritos y expresados en esos mismos cuerpos. Al plantear este estudio he tenido en cuenta el marco general de representación política y de prácticas sociales amparado en las analogías y las metáforas corporativas —toda república tuvo cabeza y cuerpo en la Edad Moderna—, que rigieron esa diferencia[11]. La noción de *Antiguo Régimen sexual* —o *sexo estamental*— (Vázquez García y Cleminson, 2018: 25-31) apunta en esa misma dirección: más que con las cualidades físicas o materiales —señalan estos estudiosos—, la percepción social del cuerpo sexuado y la identidad personal estuvieron vinculadas con «el sistema de linajes, corporaciones y grupos de parentesco», es decir, en sus representaciones sociales prevaleció la jerarquía estamental[12]. En puridad, la diferencia sexo-genérica tuvo en la Europa del Antiguo Régimen un carácter marcadamente normativo. Tal regulación fue —como ha señalado Laura Gowing (2012: 814-815)— «una de las fuerzas que dieron al cuerpo femenino su lugar en el mundo»[13].

Debo destacar a este respecto —la advertencia es inexcusable en este preámbulo— la discriminación sufrida por las mujeres en su acceso a las curas en ambos hospitales regios. Su papel subordinado en el cuerpo de la república debió justificar dicha relegación. Las Constituciones otorgadas por Felipe II al Hospital Real en 1593 normalizaron esa práctica al ordenar el doble de camas para los hombres (dieciséis para ellos por ocho para las mujeres); tan desigual reparto proporcional fue mantenido en adelante con independencia de las variaciones en el número

10. Las formas de identificación de un individuo o un colectivo atribuidas por quienes tienen el poder y los recursos materiales para hacerlo configuran una de las acepciones del término identidad, cf. Bolufer y Morant (2012: 318). Debe tenerse en cuenta que, como experiencia social, la enfermedad de las bubas también surge del lenguaje y, como tal, es un producto de múltiples tramas discursivas (médicas, religiosas, políticas y económicas mutuamente imbricadas); la enfermedad es en este sentido un 'patotexto', un palimpsesto, cf. Gil Harris (2005: 109-112).

11. Desarrollo esta trama, prestando atención a los cuerpos masculino y femenino, en mi artículo: 'Los cuerpos subordinados. La relegación de las mujeres enfermas de bubas en los Hospitales Reales de Granada durante los siglos XVI y XVII', aceptado para su publicación en la revista *Chronica Nova*.

12. En la sociedad estamental la diferenciada adscripción de las convenciones y normas sociales, morales y jurídicas a hombres y mujeres —«lo que hoy llamamos 'género'»— no estuvo enraizada con absoluta firmeza en el sexo, cf. Bolufer Peruga (2018, 92-93).

13. Como señaló Juan Luis Vives (*Instrucción de la muger cristiana*), la mujer modelo es aquélla que no tiene «más sentimiento de las partes mujeriles de su cuerpo que del pie o de la mano», cita tomada de Vigil (1986: 67). Elsa Dorlin ha indicado que el género precede al sexo y que la sexualidad precede al género; el concepto de género —aclara— está determinado por la heterosexualidad reproductiva que, como sistema político, define lo femenino y lo masculino mediante la polarización sexual de los cuerpos (Dorlin, 2018: 55 y 48-54).

de camas ofrecidas (Valenzuela Candelario, 2008). Esta disciplina asistencial fue complementada con otra no menos vejatoria para ellas en relación con su estado civil: las mujeres solteras fueron el subgrupo social con menor presencia en las enfermerías de ambos hospitales, justo lo opuesto que sus homónimos varones. Éstos y las mujeres casadas conformaron los subgrupos con mayor representación en sus respectivas agrupaciones de género, más de la mitad en ambos casos. Las mujeres solteras fueron de ese modo doblemente discriminadas, por razón de género y por razón de estado civil[14].

Una última aclaración en relación con la diferencia sexo-genérica: no se infiera de lo hasta aquí señalado ninguna apelación por mi parte a la consideración de los cuerpos como meros mediadores pasivos de inscripciones sociales. Desde luego que no. Las prácticas corporales tienen una realidad material que no es asimilable por entero a los discursos (Canning, 1999: 502)[15]. El galenismo renacentista —el sistema de saberes médicos letrados dominante en la época- incluyó en sus enunciados las diferencias físicas. Michael Stolberg advierte a este respecto que una vez aceptada la naturaleza primariamente humoral del cuerpo y del ser individual, se fuera hombre o mujer, «era lógico e inevitable definir la base física de la diferencia sexual en términos de cualidades y humores»[16], si bien —precisa—, a mayor anclaje del cuerpo y de sus funciones en las partes sólidas, mayor fundamentación de la diferencia sexual en las estructuras anatómicas, en el esqueleto y en los genitales[17].

Expongo ya la clave de bóveda del proceso de investigación llevado a cabo y el orden seguido en la presentación de los resultados. A partir de las muy escasas e imprecisas referencias a la enfermedad y a las circunstanciales personales de las pacientes anotadas en los registros de entrada[18] y de otros documentos de matriz hospitalaria he querido distinguir las señas de identidad de las mujeres asistidas y

14. Ofrezco una muestra numérica de tales prácticas: durante el bienio 1612-1613, las casadas representaron el 61,6% del total de 245 mujeres recibidas, por tan solo un 20,8% las solteras y un 17,5% las viudas. El patrón dominante entre los 406 hombres atendidos en ese mismo bienio fue muy diferente: predominaron los solteros, el 55,6% del total, frente a un 41,1% de casados y un residual 3,2% de viudos, cf. mi artículo citado en la nota 11.

15. Las subjetividades tampoco reposan únicamente en los discursos normativos que aspiran a colonizarlas; un individuo siempre podrá disponer de algún margen y posibilidad de agencia, por mínimos que sean, para activar en su beneficio los recursos culturales y sociales disponibles en situaciones concretas (Bolufer y Morant, 2012: 322).

16. Como sostuvo, por ejemplo, Bernardino Montaña de Montserrat en 1554 (*Libro de la anothomia del hombre*), «la mujer es diferente del hombre fundamentalmente porque su calor tiene menos fuerza», cita tomada de Stolberg (2003: 295).

17. «Pene y vagina tenían poco en común. Uno era una estructura compleja con distintas cavidades, la otra era una cavidad única, más grande, una oquedad diseñada para recibir el miembro del hombre», así describió la diferencia sexual André Du Laurens, profesor en Montpellier, en 1602 (Stolberg, 2003: 285-286).

18. Ofrecidas por ellas mismas o por los oficiales a cargo de los libros correspondientes.

las situaciones de vulnerabilidad que propiciaron su acceso al hospital. A tal fin he recurrido también a fuentes literarias. Con estos mimbres —y el concurso de la pertinente bibliografía— presento una semiología alternativa a la ofrecida por los autores moralistas y arbitristas —reproducida en ocasiones, sin apenas cortapisas, por la historiografía académica—, que, como es bien sabido, tendió a caracterizar a las mujeres enfermas y hospitalizadas destacando su condición de prostitutas empobrecidas y su comportamiento notoriamente desvergonzado y lúbrico[19]. Mi propuesta se muestra muy atenta a las situaciones de extorsión y explotación sexual vividas por las mujeres desprovistas de amparo familiar que pudieron forzar su entrada a los hospitales; aquéllas que lo tuvieron gozaron, en comparación, de un mayor grado de protección social (también en los hospitales)[20]. Las expresiones *cuerpos desnudos* y *cuerpos vestidos* ilustran metafóricamente las vivencias respectivas. Son asimismo las rúbricas principales de la taxonomía sexo-genérica que desarrollo en los dos últimos apartados del trabajo. En los epígrafes previos he descrito y analizado los signos físicos y culturales del mal de las bubas indicativos de afección venérea en las mujeres. La semántica de los cuerpos femeninos atendidos en los Hospitales Reales de Granada proclama —es lo que pretendo demostrar— el orden patriarcal de la organización social y la enorme relevancia de la explotación sexual de las mujeres más vulnerables[21].

2. LOS SIGNOS FÍSICOS DEL MAL DE LAS BUBAS. LA AFECCIÓN GENERAL DEL CUERPO

Al inicio de la cura de primavera del año 1617 en el Hospital Real —el día 4 de marzo—, en presencia del visitador extraordinario, inquisidor Pedro Cifontes de Loarte, y de los oficiales principales, la selección de los enfermos se realizó del siguiente modo: «y estando en la capilla del dicho Hospital, donde auía muchos enfermos que podían ser reçiuidos», el Visitador los «hiço poner arrimados a las paredes», y, ordenó al médico Juan de Medina, que los viese

19. A fin de cuentas, en las sociedades estamentales las mujeres fueron para los hombres, sobre todo, «un objeto de solicitación o de temor» (Farge, 2008: 159).

20. Al margen de la familia en las sociedades de Antiguo Régimen «solo hay desarraigo». Desde luego «la condición de casada permitía adquirir cierto estatus»; el estado de familia influía en los comportamientos, expectativas, ocupaciones y desempeños en las redes sociales, cf. López-Cordón Cortezo (2015: 153-155 y 160). «Nada eran [las mujeres] socialmente hablando, sin la presencia de un marido protector» (Pascua Sánchez (1998: 231). La categoría 'mujer', definida principalmente en términos anatómicos, logra a través del cuerpo de 'esposa' una nueva definición en los discursos legales, religiosos y económicos, y adquiere de esa forma una clase de subjetividad, si bien a costa de convertirse en objeto de una sujeción muy específica: *se es mujer de alguien,* cf. Dopico Black (2001: xv-xvi).

21. Sobre la violencia sexual como práctica de la «economía sexual urbana», cf. Rossiaud (1986: 23-41).

> y señalase los más pobres neçesitados y agrauados de la enfermedad, assí hombres como mugeres, hasta en quantidad de las treinta y seis camas que ay en el dicho Hospital, para que entrasen (…), encargándole la consçiençia y fidelidad de su ofiçio.

Esa primavera, la enfermería de hombres alojó a veinticuatro pacientes, la de mujeres a trece[22] (los números y la proporción establecidos por las Constituciones de 1593). El documento no registra los criterios médicos de la selección —la demostración de la gravedad—, pero la estampa general de los pacientes habría permitido realizar esa selección. El capellán mayor de la Capilla Real, Juan Ortiz de Zárate, visitador ordinario de la institución en 1531, los llamó «pobres llagados y apasionados de dolores de bubas» (Valenzuela Candelario, 2004: 236). Sí conocemos el criterio seguidos en otros lugares. Según el doctor Jacinto Jiménez de Torres, médico del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla y responsable de la cura de unciones del hospital del Espíritu Santo de esa ciudad, los pobres que se recibían en otoño —hacia 1646— en esa institución, «se vienen a curar *ratione urgentix*», y como «la multitud es tan grande» se elige a los «más necesitados», entre los cuales

> ay muchos con llagas corrosiuas en la garganta, ya comidos los palatos y campanillas, y llagas pútridas y corrosiuas en diuersas partes del cuerpo, y otros con calenturas gálicas, ya extenuados, que con qualquiera tardança estos passaran a éticos, y aquellos con la deambulación de las llagas perecieran como los éticos, pues en las que tienen gomas, las corrupciones de los huessos tan grandes que con poca tardança quedarán incurables; y assí esta cura se a de tener como en caso urgente, sin poder dilatar un día[23].

También disponemos de una referencia indirecta sobre el tipo de reconocimiento médico que pudo realizarse a esta clase de pacientes. Según informaciones recogidas en un proceso judicial fechado en Valencia en 1529 —a raíz de la denuncia de un médico a un mercader por haberle vendido éste una esclava enferma—, el examen médico realizado a la referida esclava habría debido establecer lo siguiente: ver si tenía llagas frescas o antiguas en la garganta y en los brazos y observar si la enferma tenía bultos o bubones (*bonys*) y llagas en los muslos y las pantorrillas; el demandante se interesó también sobre si la esclava había sido examinada vestida o desnuda y sobre si esta estaba de pie o acostada en un lecho (López Terrada, 1991: 127-131). La ferocidad del mal causaba alarma. Las descripciones médicas realizadas durante los siglos XVI y XVII destacaron su jerarquía como enfermedad general del cuerpo.

22. Archivo General de Simancas (AGS), P.E., leg. 321, quad. 5°, *Sobre el reçibir los enfermos para la cura de la primavera deste año y sobre la prouisión de las cosas neçesarias para ello*, fols. 1 v. y 31-32.

23. Jiménez de Torres (1646: 8-8v.). Calentura ética, «Calentura arraigada, continua», a veces, mortal, cf. Covarrubias (1972, voz Ética).

Las llagas y los tumores causaban un dolor insufrible. Juan Luis Vives y Erasmo de Rotterdam describieron en la década de 1520 esa clase de daños. Al suegro del primero, Bernardo Valdaura, las piernas cubiertas de llagas «manauan de materia muy hedionda et ascosa» (*Instrucción de la mujer cristiana*)[24]. Interpelado por el fraile cartujo —quien escribe es Erasmo, *Colloquio llamado Cartuxano*—, su hermano admitió que las bubas le habían dejado «medio tollido», que «como se me encogieron todos los nervios, nunca bien me pude endereçar» (Erasmo de Rotterdam, 2005: 163-165). En el ámbito médico letrado, la imagen humoral del cuerpo impuso, sin embargo, una comprensión abierta y flexible de las enfermedades, de sus causas y síntomas[25]. El signo visible de la enfermedad permitiría interpretar la medida en que la calidad y cantidad de los fluidos corporales de un individuo enfermo diferían de su complexión natural (Stein, 2009: 56)[26]. La diversidad de complexiones explicaría, por su parte, la polimorfa fenomenología de la enfermedad y su carácter escurridizo y cambiante, cuya abierta interpretación podía deparar múltiples significados (un hecho extensivo a la nosología moderna en general) (Stein, 2009: 34-48)[27].

3. SIGNOS Y ACCIDENTES DE LOS PACIENTES ASISTIDOS EN LOS HOSPITALES REALES DE GRANADA

Los libros de entrada de pacientes de los hospitales Reales granadinos, que suelen ofrecer registros separados (y correlativos en los folios correspondientes) de hombres y mujeres[28], apenas contienen información sobre la causa y las circunstancias de los ingresos. En ellos, el escribiente —el capellán del hospital— anotaba el nombre y el parentesco («si tienen padre o madre, muger o hijos o hermanos o otros

24. El aliento le olía de tal forma que «no auía quien se pudiesse llegar a diez passos. La representación del enfermo no es otra que la de corromperse y pudrirse en vida, Vives (1535: libro segundo, capítulo veynte y dos, xci-xcii). La primera edición se publicó en Amberes, en 1524.

25. En el interior del cuerpo tenían lugar actividades secretas e inaccesibles a los sentidos sobre las que solo podría especularse y solamente a través de los signos físicos de la superficie de la piel (Stein, 2009: 39).

26. El imaginario humoral comportaba por tanto la representación de un cuerpo humano sometido a un cambio continuo: los fluidos corporales se disponen en movimiento perpetuo, los flujos son constantes, al igual que la comunicación con el exterior (absorción y excreción), cf. Pomata (1998: 129-139). Véase, asimismo, Rublack (2009: 101).

27. Como ha señalado Nancy Siraisi, las enfermedades podían transformarse unas en otras; el llamado galenismo renacentista dejó irresuelto el orden semiológico y su correspondencia con la identificación de las enfermedades (discernir entre si el paciente sufre una o varias enfermedades a la vez, si una enfermedad se ha trasformado en otra o si las manifestaciones de la salud alterada son enfermedades o son síntomas (Siraisi, 2002: 217-218). Véase, asimismo, Rankin (2008: 137).

28. Por ejemplo, el domingo 17 de mayo de 1528 salieron las que entraron en marzo y abril y «vinieron» seis mujeres, ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7310.

parientes»), naturaleza («de dónde son naturales») y estado («de lego o casado»), vestidos y pertenencias que traían consigo y posesiones muebles («si tienen alguna hazienda»), y en algunas fechas, de forma inconstante, la edad, el oficio y alguna que otra incidencia biográfica (solo de manera excepcional se ofrece el detalle de las dolencias y padecimientos de los pacientes)[29]. La norma escrita atiende al registro básico de las señas de identidad vigentes en la sociedad estamental (el parentesco, el estado y los signos externos del rango social), referidos, eso sí, a la parte masculina del cuerpo de la república. Este uso no remite a una simple categoría gramatical ni es una expresión genérica relativa a la humanidad, define el carácter subalterno de las mujeres respecto a los hombres (al menos de las que se vieron obligadas a curarse en el Hospital Real)[30].

La caracterización general: pacientes incurables y estragados

El carácter de las afecciones y la condición física de los pacientes asistidos en el Hospital Real pueden ser vislumbrados a través de los nombres de las enfermerías en que fueron ubicados al entrar. Al menos desde mediados del siglo XVI el hospital dispuso de sendas enfermerías para hombres y mujeres llamadas respectivamente, de «las llagas» y del «agua del palo»[31]. En múltiples ocasiones en esos años centrales de la centuria los registros también aluden a una estancia o enfermería de «yncurables» de hombres o de mujeres. Las designaciones son metonimias del mal de las bubas en su manejo terapéutico: llagas-unciones mercuriales/enfermedad envejecida, agravada; agua del palo/enfermedad joven[32]. Por otra parte, la mayoría de los hombres

29. Los entrecomillados remiten a la información comúnmente registrada y están tomados de la constitución número 21 de 1593 (las anotaciones —se dice— las debe realizar el capellán), cf. Valenzuela Candelario (2008).

30. Véanse las voces Estado, Lego y Casado en: Covarrubias (1972).

31. Hubo otra, de «las calenturas», igualmente desdoblada, que solo se dispuso en esos años centrales de la centuria. Así las nombra un registro anotado en septiembre de 1556; en mayo de ese mismo año se habla de un niño de unos 10 años, tullido residente desde hacía tiempo en el hospital, que «se abaxó de las mujeres a lo alto», ADGr, Libro de entrada de enfermos, lib. 7299.

32. La ingestión del agua del palo o palo santo —la decocción de la madera de guayaco— o de zarzaparrilla provocaba los *sudores*, cf. Valenzuela Candelario (2008: 21-23). Las constituciones del Hospital del Espíritu Santo de Sevilla establecieron un doble orden de atenciones en función de la gravedad y del *envejecimiento* de la enfermedad (o que esta fuera «más o menos dificultosa y rebelde»), las curas «con sudores» (con «aguajes de palo o zarça», de ordinario durante treinta días) o las curas «con unçiones, saumerios» y otros remedios necesarios. A esa distinción se solapaba otra que diferenciaba la «cura particular de llagas, tumores y todos los males que procedan de bubas, aunque sean yncurables», Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla (ADPSev), Hospital del Espíritu Santo, leg. 2-C, Estatutos y constituciones que nos don Rodrigo de Castro, cardenal de la basílica de los doze apóstoles, arçobispo de Seuilla, del Consejo del Rey...

y mujeres ingresados en las enfermerías de incurables estarían padeciendo bubas en su forma avanzada[33]. Leamos algunos registros que delatan la uniformidad: en la primera semana de marzo de 1556 fallecieron «un onbre viejo malo de la pierna» que vivía en Albolote, y un mozo soltero de 20 años llamado Marcos Sánchez y natural de un lugar cercano a Valladolid, que «tenía comida una pierna», residente en la casa desde hacía «mucho tienpo»[34]. Como ya sabemos, las llagas en los brazos y en las piernas hacían que los pacientes quedaran tullidos. El 4 de marzo de 1613 entró Catalina Ruiz, vecina en San Ildefonso, soltera, de 23 años, con un «vestido muy viejo y roto y con una muleta, tullida»[35]. Una mujer viuda que ingresó en una de las camadas de la primavera de 1624 era «pobre tullida [y llevaba] vestido pardo y un manto»[36]. Por exigir cuidados a largo plazo, mal incurable y llagas designarían la misma clase de afecciones. Por ejemplo, Francisca Algomirez, que había sido criada del platero Luis Ernández, y con él había tenido una hija (ella tenía otra más), permaneció tres años en el hospital hasta fallecer en octubre de 1557 «en las mugeres yncurables»[37]. Ciertamente, la aplastante mayoría de las muertes acontecidas en los hospitales de bubas se atribuyeron a las llagas.

Pero las llagas y ulceraciones no solo causaban tullimientos e invalidez. Los registros del hospital aluden a otras heridas igualmente deformantes. Un hombre llamado Antonio Portugués, «algo [malo] de gesto, que se le comió la garganta», falleció «en los incurables detrás de la puerta» en diciembre de 1556[38]. Al mozo de unos 20 años Francisco de Úbeda, hijo de un empedrador, fallecido en agosto de 1559, el mal «se le comió la garganta»[39]. El 11 de junio de 1560 se recibió a «Domingo, negro, criado del jurado Ávila: traía «comida la garganta»[40]. Martín Sánchez, natural de Alcaraz, que vivía desde hacía tiempo en el hospital y tenía «comidas las narizes», falleció el domingo 29 de marzo de ese mismo año[41]. Por su parte, el mozo de 30 años Antonio de Torres, cordonero, entró con «las narizes machacadas», confesó, comulgó y fue oleado; falleció en enero de 1558[42]. Los signos de desfiguramiento externos y las deformidades en la nariz y la garganta, indicativos de enfermedad incurable, fueron asociados al mal francés a primera vista. Los médicos contempo-

33. La calificación de incurable referida a ese mal pudo indicar la exigencia de un tratamiento prolongado o bien que el mal había avanzado hasta un punto de imposible resolución, cf. Pullan (1999: 18-39).
34. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299.
35. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7300.
36. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7302.
37. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299.
38. Ibid.
39. Ibid.
40. Ibid.
41. Ibid
42. Ibid.

ráneos los describieron como signos propios de la enfermedad: destrucción de la úvula, del cartílago nasal y de la tráquea (Quétel, 1990: 26 y 56-57). La destrucción de la úvula o campanilla causaba el habla gangosa característica de esa clase de enfermos[43]. Tal clase de mutilaciones identificaban en las creaciones literarias a las mujeres prostitutas[44], y a los hombres cautivados por ellas[45]. La nariz mutilada tuvo una clara significación sexual, simbolizó la vida deshonesta y la vergüenza (Cock, 2015: 2, 4 y 12)[46]. En las interacciones sociales, sin embargo, la experiencia de la mutilación facial debió tener un alcance desigual en los hombres y las mujeres. Como apunta Laura Gowing, el lenguaje tiene una fundamental configuración de género cuando trata las conexiones del deseo sexual, la culpa y la vergüenza en las mujeres[47]. No debemos olvidar que la metáfora del poder es el sexo (Redondo, 1990: 198), y que el poder sexual se decanta del lado masculino.

Fuera como fuere, el horror que representa la deformidad facial y muy particularmente las heridas en la nariz, su destrozo y desmoronamiento, vinieron a significar la pérdida de los rasgos personales. Las cicatrices faciales —las mutilaciones corporales visibles en general— pudieron comprometer el estatus y la reputación (Berco, 2015: 237-239). La apariencia física condicionaba la vida social (Cock, 2015: 3)[48]. La voz castellana 'estragar', en la acepción que recoge Covarrubias, indica esa apreciación, suscitada, sobre todo, en el caso de las bubas, por las mujeres:

43. Como señaló Bernardino Montaña respecto a la campanilla en la garganta: «el ayre que sale del pecho topando en la campanilla haze mayor sonido, lo qual claramente se vee en algunos que se les ha comido de bubas, los quales quedan con una boz tan baxa que apenas se oye», Montaña de Monserrate (1551: fol. 37 v).

44. Ejemplo palmario es la *Lozana Andaluza*, que no tiene «sonaderas», y sus *hermanas* Beatriz y Teresa Hernández lo confirmaron: no tiene «asiento para los antojos», y el destrozo le sube «más de mitad de la frente» y le hará quedar «señalada para cuanto viviere» (Delicado, 2003: 195-196). Sobre el significado moral de la nariz deforme, véase, asimismo, Cervantes (2019: 484-486).

45. Baltasar Gracián (*El Criticón*) hizo de ese daño vocal una alegoría de la enfermedad venérea, con una intención moralizante, véase Gracián (2009: 205-224).

46. Cf., asimismo, Redondo (1990: 198). La lengua castellana lo refleja en algunos refranes: «Puta y chata, con lo segundo basta» o «Chata y cara de luna, dos veces puta», Núñez Rivera (2010: 139).

47. Aun cuando la enfermedad fuera interpretada como una evidencia del sexo ilícito en hombres y en mujeres, el potencial grotesco de los cuerpos de las putas permitía expresar los efectos corruptores de la enfermedad en las mujeres con detalles más significativos que en el caso de los hombres, imágenes de corrosión y pudrición, fundamentalmente (Gowing, 1998: 80-82 y 87-90). Sobre las conexiones entre vergüenza, culpabilidad y partes mujeriles, véase Horvath (1993: 621-630).

48. La mutilación compromete el sentido humano de la existencia subjetiva y social, y despoja al individuo de la 'prueba visible' de su identidad, cf. Biernoff, 2011: 67.

> Echar a perder, borrar, afear, descomponer, arruynar; de estrago, ruyna, destruyción, desbaratamiento, etc. (…) Cosa estragada, cosa perdida. Muger estragada, llena de buvas o mal francés. Estregarse [sic], corromperse, maltratarse, pervertirse (…)[49].

El vocablo 'Mancha' y su derivado mancilla guardan relación con estrago, según la explicación aportada por el propio Covarrubias[50].

Las partes mujeriles enfermas. Anatomía y complexiones femeninas

¿Qué tuvo de específico el cuerpo femenino afectado de bubas? Solo he obtenido información explícita en dos registros de los libros de entrada del Hospital Real. Los presento a continuación de forma sucesiva. Catalina Contreras, moza de unos 28 años, natural de Pegalajar, entró el 25 de marzo de 1556 «mala dabaxo», fue llevada «de una venta» por el bachiller Domingo (había traído «un sayuelo morado y otro colorado, una toca y dos çarçillos de plata»); falleció el 8 de abril (su nombre aparece en dos registros, de entrada y al fallecer; en el primero la palabra «preñada» está tachada)[51]. La desdichada mujer habría sido prostituida en la mencionada venta y conducida al hospital en un estado muy avanzado de enfermedad como medida de protección del cuerpo social (masculino) (o tal vez por misericordia). La expresión *mala de abajo*, un registro popular, indica la parte del cuerpo afectada, el útero o madre, bien a causa de un aborto o un parto complicado —de ahí la palabra «preñada»— bien a consecuencia de un padecimiento ligado al coito, o bien como resultado de la conjunción de ambos accidentes. Tratándose de la enfermedad, la expresión *mala de abajo* habría designado la corrupción producida en las nalgas o en los genitales: las mujeres, que son representadas como vasos inestables, chorrean por efecto de las bubas (Gowing, 1998: 80-82). Así debió percibirse comúnmente el mal. La descripción realizada, en 1626, por el médico del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena del padecimiento que sufría Isabel Gómez, rea en las cárceles secretas del Tribunal, nos ayuda a comprender el alcance y el significado de la expresión hospitalaria: la enferma —se nos dice— «estaba podrida de bubas (…) [tenía] llagas en sus partes de donde salía cantidad de podre»[52]. El espacio social —la cárcel secreta— y el tipo de relación establecida —médico de la Inquisición

49. Covarrubias (1972, ver entrada Estragar).
50. Ibid., ver entradas Mancha y Mancilla.
51. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299. Según señala Rossiaud (1986:151), la presencia de prostitutas preñadas en las mancebías bajomedievales no fue un hecho casual; el aborto habría sido una práctica cuasi tolerada en esos casos.
52. La rea tenía además «dolores de piernas y brazos y cabeza, granos en la cara» y «llagas en el pecho de que echaba sangre en los escupidos»; todo procedía «de la dicha enfermedad de bubas». Cita tomada de Schmitz (2018: 184).

y presa— condicionan el tono de la descripción. *Mala de abajo* es metonimia de mujer enferma de bubas, concierne al útero activo y a las descargas vaginales. Dato anatómico —*partes mujeriles*— y simbología humoral —descarga y pudrición— conciernen a la representación sexo-genérica de las mujeres. Por otra parte, las explicaciones médicas contemporáneas prestaban atención al curso distinto que una misma enfermedad podía tener en los hombres y en las mujeres individualmente (Pomata, 2013: 328-329), y muy en particular las diferencias ligadas a las partes y atributos propios de las mujeres, las descargas vaginales, la menstruación, el embarazo y la lactancia (Churchill, 2005: 5). El útero representa la feminidad[53]. El sintagma 'mala de abajo' subraya la consideración de la mujer como un recipiente permeable o agujereado, que emite sangre periódicamente y orina muy a menudo, a causa de su proverbial y natural incontinencia; tal caracterización es siempre jocosa y a menudo también lo es sexual[54]. La metáfora tradicional del útero —téngase en cuenta— es la alcantarilla o sumidero a la que llegan los humores de todo el cuerpo para ser evacuados por abajo (Pomata, 2013: 332).

El caso de Isabel Muñoz, esclava del administrador de las aguas Alonso Serrano de Ávila, añade nuevos matices a la representación hospitalaria del cuerpo buboso específicamente femenino. Ella declaró en 1618 haber estado «enferma de frialdades» y haber sido asistida en el hospital Real hacía tres años; su amo precisó que lo era del «mal francés»[55]. El nombre dado por la esclava alude al carácter terroso del humor melancólico, y por extensión, como indicó el médico morisco granadino Miguel de Luna, al «mal de madre, que padecen las mujeres de frialdad y mala complexión»[56]. La palabra frialdad (y su ramillete de términos analógicos) tuvo una amplia circulación social. El mercedario fray Pedro de Oña (*Primera parte de las postrimerías del*

53. «La matriz, asiento de la fecundación, de la gestación y del nacimiento, tiene el valor poderoso y misterioso de un símbolo» (Berriot-Salvadore, 1993: 38). Véase, asimismo, Park (2006).

54. La noción de cuerpo agujereado generó actitudes misóginas: al perder la virginidad las mujeres se muestran incapaces de cerrar sus fronteras corporales, por lo que se requiere la participación del hombre, con su conocimiento y autonomía, para protegerlas. La castidad femenina pudo ser representada como la preservación de las referidas fronteras, es decir, como el control sólido del acceso a las partes íntimas. La fornicación fue representada más como incontinencia urinaria que como incontinencia propiamente sexual (Gowing, 2003: 22-23, 25 y 52-53).

55. La investigación sobre la cura de esclavos se realizó desde finales de julio de 1618 en el marco de visita que se estaba realizando en esas fechas, AGS, PE, leg, 321, quad. 30, *Autos sobre las quentas de las curas de esclavos de aquellas que no hestán fecho cargo a don Sancho de Vargas, mayordomo que fue de el ospital rreal*, fols. 9-24v. (9v.-10v.).

56. «Y quitando las opilaciones [los baños] las dispone a sanidad y a ser fecundas y aptas para empreñarse», Miguel de Luna, *Escrito sobre la conveniencia de restaurar los baños y estufas* [dirigido al rey don Felipe II en mayo de 1592, BNE, mss. 6149, ff. 292r-294v.], fol. 292v., publicado en apéndice en: García-Arenal y Rodríguez Mediano (2006: 226-230). Un corrimiento frío podría producir hinchazón en las piernas o fístulas (Hammond, 2011: 251).

hombre, Pamplona, 1608) ilustró la ligazón entre la materia terrosa y la más carnal de las enfermedades: «de comer barro está fulana el color perdido»[57]. El apócrifo Guzmán de Alfarache (*Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, Barcelona, 1602), por su parte, describió las circunstancias en que tal clase de vinculaciones podía establecerse. Tras resumir su frustrado encuentro sexual con una mujer prostituta en el Prado de San Jerónimo madrileño, el *falso* Guzmán declama:

> Fuime santiguando hacia mi posada, como quien escapa de un gran peligro, y no poco inficionado el aliento; que entendía que me había pegado bubas para toda mi vida, con haberme hasta entonces escapado de ellas por entre millares de ocasiones, de fríos y mujercillas[58].

Fríos, humedades, barros. Francisco López de Úbeda (*La Pícara Justina*) desplegó el abanico de expresiones metafóricas asociadas a la enfermedad. Al avistar a la entrada en la ciudad de León a unas prostitutas en la mancebía, Justina anuncia el «inconveniente» que halla «en estar aquellas publicanas en aquel puesto», que «es muy húmedo y frío»; las bubas

> que allí nacieren —dijo— serán bastardas, en fin, nacidas del polvo de la tierra y aún del lodo. ¡Dolor de los que allí trajineren!, que meterán carga de tierra de España y la sacarán de Francia (López de Úbeda, 2010: 450).

Bubas, pues, de la pobreza, debe entenderse. Ciertamente, la cadena metafórica tuvo rasgos de convención literaria. Como en la letrilla de Luis de Góngora:

> Que la del color quebrado / culpe al barro colorado, / bien puede ser, / mas que no entendamos todos / que aquestos barros son lodos, / no puede ser[59].

Las mujeres prostituidas —las mencionadas *mujercillas*— fueron simbólicamente asimiladas a la tierra y al lodo, a la podredumbre, a lo *más bajo*, tanto en la literatura como en los escenarios sociales. Al igual que las mujeres bubosas de *baja* extracción social. Tanto la moza Catalina Contreras como la esclava Isabel Muñoz (y la rea de la Inquisición de Llerena Isabel Gómez) habrían estado sometidas a la explotación sexual.

57. Cita tomada de Martínez Gil (1993: 114).
58. En la edición de Navarro Durán, 2005: 294.
59. Citada por López-Terrada (2014: 173). Las tablas suelen ofrecer una versión simbólica de tales términos: los personajes ocultan de forma cómica la causa de las bubas, queriendo engañar a la audiencia; dicen, por ejemplo, que han cogido frío, cuando se sabe que han tenido contacto sexual. Convenciones literarias y saberes médicos pueden ir de la mano: aun cuando se reconoce la opilación como origen del mal, las alusiones al mal color son signos de transgresión sexual y de mal fingido (173 y 180-181).

4. LOS CUERPOS FEMENINOS PROSTITUIDOS. NOMBRES PROPIOS, TOPONÍMICOS Y APODOS

Aun cuando no he logrado identificar en los libros de entrada a ninguna mujer residente en alguna mancebía pública, la presencia en el Hospital Real de mujeres prostituidas —rameras o cantoneras en el lenguaje de la calle— no debió ser un hecho infrecuente[60]. Algunas de las mujeres que entraron en el Hospital de la Alhambra, entre junio de 1525 y abril de 1526[61], identificadas con alias toponímicos y otros distintivos fisonómicos bien pudieron ser prostitutas enfermas[62] estantes en el recinto de la Alhambra al servicio de la guarnición militar[63]. Cinco de ellas dijeron llamarse Catalina: «la galiana» de Baeza, apellidada Hernández (Galliana —indica el *Tesoro* de Covarrubias— «es nombre de mora, y dizen los árabes, que vale tanto como preciosa, amable, estimada»), «la gallarda» (vecina de Almería, mujer casada con un sastre), «la asturiana» («vecina desta Alhambra», sin más), «la gallega» («natural de Astorga, hija de Alonso de Palaçios e de Catalina») y Catalina «la Mexía» (a secas). Catalina —se recoge en el *Tesoro* de Covarrubias— «vale tanto como pura»[64]. Otra enferma identificada con un topónimo, Mari Francisca «la castellana», natural de Zamora, entró en octubre de 1525 con «un mantillo muy viejo roto e remendado e una camisa» y «una saya verde de paño y otra vieja de xarga e un sayuelo morado de paño y una sortija de plata», y falleció al poco de llegar; había hecho testamento y fue enterrada «en la iglesia, cabo la sacristía en la dicha Alhambra». Su probable condición de prostituta no le restó méritos para ser inhumada en un espacio sagrado[65]. Habría vivido perfectamente integrada en el espacio militar de la Alhambra. La utilización de motes alusivos a la posesión de atributos animales distingue con claridad a las mujeres prostituidas. Tal fue el caso de la moza de 20 años registrada en el hospital Real en mayo de 1556 con el sobrenombre de leona, Catalina «la leona»; la joven

60. Son conocidas las actuaciones promovidas por los cabildos de distintas ciudades (Sevilla, Toledo, Madrid o Valencia) a lo largo del siglo XVI para llevar a cabo esos ingresos. Véanse: Vázquez García y Moreno Mengíbar, 1995: 257-263; Berco (2011a: 234); López Terrada (1989: 34).

61. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7310.

62. Las mujeres prostitutas solían ser marcadas con fórmulas y apelativos peculiares, en particular mediante el artículo antepuesto al nombre, la adición de topónimos o de los nombres de sus rufianes, o de adjetivos alusivos a sus fisonomías y a otros rasgos físicos defectuosos y el uso de aumentativos o diminutivos peyorativos (*–illa*, *-ita*, *-ona*, *-uela*), López Sutilo (2007: 401-404).

63. Las mujeres enamoradas, que ejercían la prostitución al margen de las mancebías, acudían a las guarniciones y a los campamentos militares, cf. Michael (2001: 116).

64. Covarrubias (1972, ver entrada Catalina).

65. No debió ser casual que las mujeres prostituidas enraizadas en las ciudades hubieran contraído finalmente matrimonio en ellas, así se explica que dictaran testamento y eligieran sepultura (Rossiaud, 1986: 49).

había nacido en Jaén y habría estado sumida en la más absoluta miseria («el hato que traýa no valía nada»); falleció en el hospital ese mismo mes[66]. En el imaginario masculino habría sido tan indómita y voraz como la mayoría de mujeres denigradas y explotadas sexualmente por los hombres. Un soneto incluido en El *Cancionero general* (Amberes, 1557) ilustra ese apelativo animal y otros del mismo cariz con el agravio misógino y burlesco contemporáneo sustentador de la proverbial lujuria frailuna y de la procacidad y el arrojo sexual atribuido a las prostitutas. Rescato el cuarteto que lo contiene:

> (…) De cuantas siestas, noches y mañanas / me venían a buscar, dando de zerras / las Vargas, las Leonas y las Guerras, /las Méndez, las Correas y Gaitanas (…) (Cruz, 1989: 135).

En el ámbito literario abundó, como es sabido, el alarde bisémico, el doble sentido como modelo retórico que unificaba la imagen y la reprobación moral (Profeti, 1994: 203), y, como se ve, otro tipo de vínculos menos incriminatorios. Identidades falsas y valor de propiedad común en estos casos es lo que ofrece el putero a las mujeres prostituidas.

El molde bisémico tuvo casi siempre un rango de burla, y como tal también fue un recurso comunicativo en la voz de las capas sociales más desprotegidas. El registro correspondiente a Gerónima de Santiago, que indica expresamente su dolencia —«traýa el mal de las buvas»—, expresa ese matiz irónico: Gerónima tenía 25 años, entró el 15 de junio de 1556, «traýa de ropa nonada porque vino desnuda», y falleció el 17 de agosto de ese mismo año; era «yja de Xácome de Casanova»[67]. El nombre del padre, homónimo azaroso del afamado libertino veneciano del siglo XVIII, es toponímico, y el lugar estuvo asociado a una historia de contenido moral muy anterior, una relativa a la salvaguarda de la virginidad de una doncella allí cautivada por soldados tras un episodio de rapiña[68]. Si hubo alguna asociación

66. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299.
67. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299.
68. El fraile franciscano Juan de la Cerda (*Libro intitvlado, vida política de todos los estados de mujeres*…) alude a esa historia en un *exemplum* de contenido moralizante extraído de Fulgoso: consumada la toma de Casanova por parte de Francisco Sforza, duque de Milán, «ciertos soldados lleuauan captiua vna donzella hermosíssima, la qual daua vozes que la lleuasen al Capitán General; lleuáronla y estando en su presencia preguntole qué pretendía dél. Ella dixo que se entregaría a su voluntad, con que la librasse de aquellos soldados. Viéndola que era tan hermosa, de poca edad, y que de su gana se le ofrecía, pareciole a Esforzia baxeza en ley de mundo (aunque en la de Dios fuera grandeza) el no gozarla»; pero ella, estando ya desnuda en el lecho, logró preservar su honestidad, amparándose en una imagen de la virgen del aposento del duque, de la que este era muy devoto: el duque desistió ante su ruego —ella era doncella y además estaba desposada con un cautivo en el mismo pueblo— y fue continente, cf., Cerda (1599: 512-512 v.).

entre las experiencias vitales de la doncella del *cuento* y la hija de Xácome registrada en el hospital, ésta habría sido burlesca. Tal vez el nombre de la enferma, Gerónima, fuera una máscara con la que hubiera querido ocultar su condición de mujer prostituida. El nombre propio anima a plantear esa posibilidad[69]. Interpeladas por los oficiales municipales que visitaron la mancebía de Sevilla el verano de 1620, cinco mujeres del total de dieciocho que se hallaban allí presentes, declararon llamarse Gerónima, una de ellas se apellidaba —o apodaba— «leonarda»; otra era «la rubia» (Perry (1985: 146). La reiteración del nombre habría sido un intento de ridiculizar al monasterio Jerónimo sevillano o tal vez de confundir a los oficiales de la visita (era ya tradición adoptar nombres fingidos para ocultar los parentescos, confundir a las autoridades o burlar las convenciones sociales, incluidas las religiosas) (Perry: 1985, 146). En el Hospital Real de Granada se debieron cuidar las formas en esa materia, al menos en los ámbitos de la prostitución legal[70]. María (a secas), de unos 25 años, natural de Tordesillas, que había estado otras veces en el hospital, había venido de «las Recogidas» (falleció en marzo de 1557)[71]. Hasta donde yo sé esta es la primera información que acredita la existencia de una Casa de Recogidas en la ciudad de Granada en unas fechas tan tempranas. Los jesuitas habían comenzado en 1555, al año de instalarse en la ciudad, una intensa campaña de evangelización focalizada en la mancebía; amén de predicar e incitar en sus mismas puertas a prostitutas y parroquianos a participar en procesiones y rezos hasta la catedral, organizaban colectas para favorecer la salida de ellas de la mancebía (Coleman, 2003: 157-158). En la Casa de Recogidas, una suerte de espacio conventual concebido como escudo frente al mal, se habría dado un alojamiento temporal a algunas de esas mujeres, solteras y viudas, sobre todo, introducidas en el mundo prostibulario; sus inspiradores quisieron rescatarlas de las corrupciones asociadas al comercio carnal. La presión de las élites religiosas —la Compañía de Jesús y sus congregaciones y el mismo arzobispo Pedro de Castro— sobre esas mujeres arreció desde finales de siglo.

Fuera como fuere, las mujeres prostituidas no fueron identificadas en el Hospital Real con alusiones explícitas a esa condición o por marcas de enfermedad exclusivas de la misma[72]. Solo conozco un caso de una mujer recibida con esa identidad en un

69. «Gerónimo. Vale tanto Hierónimo como ley, o regla sagrada» (Covarrubias, 1972, ver entrada Gerónimo).

70. «La prostitución ilegal, clandestina y formalmente delictiva fue un fenómeno social mucho más extendido y característico del Antiguo Régimen que no esta otra oferta pública de sexo» (Pérez García, 2002: 394-395).

71. ADGr., libro de entrada de enfermos, lib. 7299.

72. Nuestro conocido médico de la Inquisición y del Hospital del Espíritu Santo de la ciudad de Sevilla, Jacinto Ximénez, avisó en 1637 que antes del cierre de las mancebías (medida adoptada en 1623) había en los hospitales «muchas Rameras de la Casa Pública, puestas en cura, con heridas y llagas en puestos desusados», es decir heridas sodomíticas (Ximénez: 1637, 20-21).

hospital granadino (y no es seguro que padeciera bubas). María de Morales, residente en la mancebía de la ciudad, entró en el Hospital de Juan de Dios en septiembre de 1566 y falleció en él a los cuatro días: de 40 años de edad, natural de Andújar y casada con un vendedor de odres, entró con un hato que contenía «un manto negro de anascote e un saya blanca e un sayuelo negro e un sombrero e una camisa de colores»; había dejado en la casa de Sancho Marroquí, «padre de las mugeres», «una ropa de tafetán e dos camisas labradas e un coleto de tafetán e una saya de tafetán negro» (García Monlleó, 1996: 846).

5. LOS CUERPOS DESNUDOS EN LOS HOSPITALES. LA POBREZA Y LA DESOLACIÓN

El hato de María de Morales, con costosas prendas de seda, era muy diferente al que llevaron al Hospital Real la mayoría de mujeres recibidas en él. La información anterior relativa a Gerónima de Santiago —«traýa de ropa nonada porque vino desnuda»— ya nos debió poner en alerta sobre las situaciones de pobreza extrema que abocaron a algunas enfermas a buscar acogida o incluso a ser conducidas por la fuerza a sus enfermerías[73]. La expresión venir desnuda significaba en realidad vestir solo camisa, la imagen usual de la mujer esquilmada y desahuciada, en modo alguno procaz o seductora. Desgloso a continuación, agrupada por categorías, una muestra amplia de mujeres llegadas *desnudas*. Seguramente muchas de ellas habrían sufrido experiencias de extorsión sexual.

Algunas mujeres mendigas

Como está comprobado, la situación de mendicidad fue muy común entre las mujeres desprotegidas y sin parentesco en la Europa de Antiguo Régimen. Esta clase de vivencias, rutinaria entre las mozas a que me he referido antes, habría sido compartido por algunas mujeres viudas y una parte de las casadas desamparadas por sus maridos[74]. La penuria económica sobrevenida en los estados de abandono las habría abocado en algunas circunstancias o de modo permanente a vender sus cuerpos para intentar mitigar el hambre y sus necesidades vitales. En ocasiones

73. Sobre esta clase de mujeres que aparecen en los censos con etiquetas de 'pordiosera', 'moza', 'pobre huérfana', entre otras de parecido tenor, y que pudieron caer en situaciones de marginalidad y recibir una condena moral en los vecindarios de las ciudades ('vive en el arrabal', 'amancebada pública' 'mujer mala de su cuerpo', 'mujer de malas costumbres'…), cf. Mantecón Movellán (2006: 299-307).

74. Sobre las experiencias de las mujeres en situaciones de abandono, cf. Pascua Sánchez (1998: 223-234).

ocuparon camas en el Hospital Real[75]. He aquí una lista de mujeres singularmente desdichadas registradas en los dos primeros libros de enfermos[76]. María de Siruela, natural de la ciudad del mismo nombre, «no dio razón cuya hija fue porque dize que salió chequita [y] andava a pedir por días» (entró el 28 de mayo de 1528 y falleció el 6 de junio). Mari Fernández, quien dijo que había sido «hechada a la puerta de la Iglesia» (mayo de 1532). Situaciones de máxima vulnerabilidad vivieron igualmente María de Mendoça, natural de Toledo, «muger perdida loc[a] que andava por las calles» (falleció en julio de 1529); Catalina de Frías, «que echaron en el hospital» (falleció en julio de 1533), Mari Hernández, «moça» de 20 años, natural de Alcalá de Henares, que «vibe en la puerta del postigo al arrabal» (entró el 20 de septiembre de 1557 y falleció pasadas dos semanas). Catalina Fernández, quien dijo «que fue casada» (falleció en mayo de 1530 tras una estancia de tres semanas)[77]; Isabel Palomina, viuda, vecina de Granada, que «no truxo nada» y lo poco todo «roto» (octubre de 1533); una mujer de 35 años, fallecida el 19 de marzo de 1556, que «había venido de la caridad» y «tenía su marido en galera»; Catalina de la Cruz (26-3-1556), vecina de la colación de San Matías y casada con el platero Pedro de Cárdenas, que «anda en galeras».

Mujeres naturales *del Reino de Granada*

También fueron asistidas en el Hospital Real mujeres registradas con la identidad de nuevamente convertida, cristiana nueva o morisca, aunque, sobre el papel, en muy poco número. A sabiendas del enorme valor tenido por la caridad entre los *naturales* del Reino de Granada, habrían sido mujeres previamente desahuciadas en su propia comunidad. Rescato los registros de algunas que he podido identificar en los registros de los libros correspondientes a los años 1525-1534 y 1556-1561[78]: María Hernándes, que «no supo el nombre de su padre y de su madre, [y] no trajo nada sino todo roto» (enero de 1533); una tal Ysabel (en marzo de 1533), con «una faldilla rota y una mantilla vieja y una camisa» (falleció a las dos semanas); Ysabel Mudexara, que «truxo una sávana y una marlota y una camisa y dos paños» (abril de 1533); Ysabel Delgado, natural de Fiñana, con «un faldellín amarillo viejo, una sábana, una camisa vieja [y] una toquilla vieja» (entró el 10 de septiembre de 1556 y falleció dos días después); otra mujer también llamada Ysabel, que «era muy morena» (falleció el 15 de agosto de 1557). La falta de menciones a la progenie o

75. Cristóbal Pérez de Herrera (*Amparo de pobres*, 1598) admitió la asistencia a los pobres mendigantes enfermos de bubas en los hospitales homónimos (Pérez de Herrera, 1975: 57-58).

76. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310 (1525-1534) y 7299 (1556-1561).

77. Dejó «una saya [r]osada, e un sayuelo amarillo todo viejo e otra saya verde sin cuerpos vieja e una almohada vieja de lienço rota sin lana».

78. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310 y 7299.

al parentesco[79] indicaría su probable condición de explotadas sexualmente. Las situaciones de desarraigo social de estas mujeres —las más desahuciadas entre las desahuciadas— podrían haberlas llevado a procurar *ganar de sus cuerpos*. Esa circunstancia no habría sido un hecho insólito, las mancebías castellanas albergaron a un gran contingente de mujeres moriscas o de «moras de allende» (Carrasco y Vincent, 1985: 143-144). Un acta del cabildo municipal de Albacete fechada en 1572 dio cuenta de esa clase de situaciones vitales:

> el señor alcalde mayor ha hecho hazer lista de las mugeres moriscas que ay en esta villa que son públicas rameras y ganan de sus cuerpos y las que ha hallado enfermas les a mandado que no ganen (…) e que traigan una señal[80].

La expulsión de los naturales del Reino de Granada tras su derrota en la guerra de las Alpujarras trajo consigo la extensión de la prostitución entre las mujeres, una buena parte de las cuales habían perdido a sus maridos.

Los cuerpos serviles de las criadas

Algunas situaciones de explotación sexual que abocaron a las mujeres al hospital Real tuvieron los perfiles propios del ámbito de la privacidad doméstica. Las criadas o sirvientas, sobre todo de hombres[81], constituyeron un grupo diferenciado a este respecto[82]. Lo fueron la «moça» Elvira del Campo (recibida en el hospital de la Alhambra, en 1525); María, natural de Granada, que «no conosçió» padre ni madre (febrero de 1534)[83]; Isabel de Castañeda (17 de mayo de 1528); María, «soltera»

79. El registro correspondiente a Leonor Hernández, en febrero de 1533, es la excepción (en la muestra): casada con Juan de Granada, vecino de la ciudad del mismo nombre, entró con «una marlota vieja y una camisa rota, [que] no lo dio a guardar».

80. Acta citada por Gómez Vozmediano (2015: 57), que a su vez la ha extraído de Alfonso Santamaría Conde ('Sobre la vida de los moriscos granadinos deportados a la villa de Albacete').

81. Las experiencias vitales de las criadas de mujeres pudieron tener otro cariz. Ana, criada de una tal doña Elvira, fue recibida en agosto de 1558, mes en el que también entraron dos criados cristianos nuevos de la misma señora, uno de ellos llamado Francisco, «negro», que falleció ese mismo mes, y un tal Juan de los Reyes. Estas entradas, prácticamente simultáneas, de miembros de la servidumbre de una misma casa excluiría la posibilidad de explotación sexual; se trataría más bien de criados relacionados entre sí. He podido registrar otros dos casos de mujeres: Luisa, criada de las monjas del Carmen, «algo morena de gesto», fallecida en 1557, y Rufina Alonso, criada de doña Inés de Úbeda, de 40 años, que fue recibida l 6 de junio de 1556). Los registros citados pertenecen a: ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7299.

82. Los casos que se citan a continuación están registrados en: ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310 y 7299.

83. «Truxo un manto roído y una saya de frisa pardilla rota y una camisa rota» (frisa es «cierta tela de lana delgada con pelo, que se suele retorcer», de baja calidad, cf., Covarrubias,

(17 de mayo de 1528); Catalina (agosto de 1533)[84]; María —al margen María de Salas— (mayo de 1532)[85]; Catalina Pérez, moza de 41 años (junio de 1558); María de Quesada, «negra» (entró el 8 de enero de 1556 y falleció pasadas dos semanas). Sus amos respectivos fueron el alcayde de Vitabaubin; Sancho Méndez; el difunto Castañeda, capellán de la Capilla Real; Miçer Ambrosio, genovés; un tal Luçón; Salas el librero, natural de Dúrcal en la Alpuxarra; el licenciado Sierra; y Antonio de Quesada, de Baeza. La situación de una mujer de 24 años, natural de Belmonte, recibida en enero de 1556 como «criada que fue de Mellado, el mesonero, que vibe baxo la trinidad en la calle de mesones», fue diferente: las mujeres ocupadas en las posadas y mesones como criadas habrían sido prostituidas en esos mismos lugares. En su propuesta para erradicar las bubas de las ciudades, el cirujano Ruy Díaz de Isla indicó que los cirujanos asalariados por los cabildos municipales debían visitar las mancebías y «los mesones, las criadas de los tauerneros y las criadas de las mujeres enamoradas», a fin de retirar del «oficio» a las que tuvieran signos claros de la enfermedad (Díaz de Isla, 1539: 13r.-13v.).

Como puede apreciarse, los notables y pudientes, locales o foráneos, no quisieron costear las curas de sus criadas enfermas en sus casas familiares. Éstas habrían penado seguramente en ellas acuciadas por las violaciones y los abusos sexuales, la enfermedad y el abandono final (Martínez Ruiz, 2008: 561; Mantecón, 2006: 282-288)[86]. La falta de intimidad y privacidad en las casas familiares y la autoridad ejercida sobre ellas —sobre sus cuerpos— por sus señores lo explica: la subordinación de las criadas solteras a sus amos y amas fue física y estructural en las sociedades europeas occidentales y en ocasiones traía consigo realizar servicios sexuales (Gowing, 2003: 59-65; Barahona, 2006: 264-266).

Los cuerpos marcados por la violencia. Las esclavas

La condición de criada pudo encubrir en algunos casos la de esclava. Una tal Catalina, a secas, «criada que hera de Baeça» —el topónimo está precedido en el

1972: ver entrada Frisa). El «síntoma exterior de servidumbre» era la «antigüedad» de la ropa y no el tipo de prenda, Martín Casares (2000b: 79).

84. Entró con «un manto de paño, saya negra, dos camisas y tocado, dos cofias tocas y una cama en taza».

85. «Truxo una saya rosada de frisa, otra verde de paño (…) un manto viejo negro (…) chapines e un paño blanco, e una cofia e dos camisas, la una rota, e un refajo de frisa blanco». Las prendas de color negro o pardo (o leonado, color de la tierra, es decir, sin tintar) identificaba a las mujeres más pobres y desprotegidas (Martín Casares, 1998: 359-361).

86. Las criadas domésticas pertenecían a los estratos sociales más marginales estaban especialmente desprotegidas por la situación de pobreza, por la orfandad o por la emigración; para ellas (y para sus familias) el servicio doméstico representaba un «refugio contra el hambre» (Martín Casares, 1998: 356).

registro por un espacio en blanco— fue recibida para curarse en el Hospital Real el 12 de marzo de 1532 y debió salir dos días después, «porque dizía que hera esclava»[87]. La mujer que fue inscrita como antigua criada del mesonero Mellado, citada dos párrafos más arriba, pudo haber sido en realidad una esclava sometida a extorsión sexual por su amo, una contingencia asociada a ese estado de sujeción[88]; tal vez se quiso ocultar intencionadamente esa condición al permitir su entrada. Lo cierto es que años después las mujeres esclavizadas fueron asistidas como tales en el hospital Real, si bien no de manera sistemática (en Granada las mujeres esclavizadas habrían sido sobre todo moriscas o bereberes[89]). Dichas entradas fueron sometidas a un escrutinio especial por parte de los visitadores extraordinarios del Hospital Real ante la sospecha de que hubieran originado algún tipo de corruptela en los administradores y oficiales (Valenzuela Candelario, 2008: 47, 50, 55 y 60). En rigor, en el marco de la visita iniciada en 1617, el inquisidor Cifontes de Loarte ordenó que los esclavos y esclavas no ocuparan las camas de los «pobres enfermos» y que se llevara un libro de entrada aparte[90]. El mandato no fue cumplido. Según se verificó en el marco de la visita extraordinaria realizada desde 1629 por el abad de la Iglesia Colegial del Sacromonte Pedro de Ávila, se había seguido recibiendo a esclavos y esclavas —por el capellán y veedor Francisco Ordóñez de Palma— «sin dar noticia al médico» y poniéndolos «con secreto en las enfermerías en las partes más oscuras» y con «parches en los hierros para que no viessen ni conociessen eran esclavos»[91]. ¿Quiénes fueron las esclavas asistidas? Intentaré responder presentando una relación de enfermas identificadas en los registros correspondientes al periodo comprendido entre los años 1557 y 1560[92]: Luisa, «esclava algo morena de gesto» (no se nombra al propietario), fallecida en 10 de abril de 1557; María, esclava de Gaspar de Ávila, «tenía las muecas labradas como turca» (finó en septiembre de ese mismo año, el

87. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310.

88. En la ciudad de Granada las posadas principales se surtían de esclavas, al igual que las bodegas y mesones ubicados en el barrio de la Magdalena (Martín Casares, 2000a: 308).

89. Sobre la vida de las personas esclavizadas, inserción en la escala social, marcas corporales, relaciones con los propietarios, resistencias, religiosidad, véase Martín Casares (2000a: 383-433).

90. «Auto para que aya libro de entrada de esclavos que se curan, los nombres e cuyos son e cantidad que dan por ellas y por él se haga cargo a el mayordomo a que el esclavo no ocupe ninguna de las camas de los pobres enfermos», 1-8-1618, AGS, PE, leg. 321, Quad. 27, Cuaderno de quentas finales que se tomaron a don Sancho de Vargas (...) de los años 1611 hasta fin del año de 1616.

91. AGS, PE, leg. 321, *La visita del ospital real de Granada hecha por D. Pedro de Ávila. 4° Cargos, quad. 23. Cargos contra el doctor don Rodrigo Vázquez de Rueda, administrador del Ospital Real y Cargos contra el licenciado Francisco Ordoñez de Palma, Capellán y Vehedor del dicho hospital*. Se trataría de los hierros berberiscos, las «marcas tribales que portaban los grupos bereberes», tatuajes en la cara y en otras partes del cuerpo, en realidad (Martín Casares, 2016: 115-116).

92. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7299.

«día de nuestra señora»; Marina Fernández, esclava de Juan Moreno (falleció en noviembre de 1557); Ana Morena, negra (falleció en septiembre de 1558); «Yseo, negra» fue llevada desde la Chancillería (entró el 4 de marzo de 1559 y falleció cuatro días después). Rafaela, de 18 años, esclava de Alonso Mexía Comendador, veinticuatro de Granada, (entró en marzo de 1558); una esclava «morena» de Antón López, hija de otra «morena» suya, «despensera de casa» (entró en enero de 1560). La nota distintiva de este subconjunto de mujeres fue sin duda la enorme gravedad de las afecciones que presentaron al entrar: cinco de las siete registradas murieron en el hospital. Los amos identificados inmolaron a sus esclavas enfermas de bubas en el Hospital Real. En vida, como esclavas domésticas habrían tenido entre sus funciones los servicios sexuales, con el respaldo de las autoridades[93]. En realidad, la práctica totalidad de los contratos de compraventa de esclavas realizados en Granada durante el siglo XVI incluyeron la fórmula «que no es endemoniada, ni tiene gota coral, ni mal de bubas», en alusión implícita —esta última— a la explotación sexual a que habrían de someterse o habían estado ya sometidas (Martín Casares, 2000a: 374)[94]. Respecto a la gota coral, valga el dicho atribuido a Hipócrates: «el coyto es vna cierta especie de gota coral»[95].

La extorsión sexual de las mujeres esclavizadas estuvo en grandísima medida asociada a la diferencia racial, a la oscuridad de las facciones, como en el caso de aquellas que fueron recibidas en el Hospital Real infectadas de bubas. Ese conjunto de situaciones y circunstancias —esclavitud, servicio sexual, minoría racial y enfermedad— agrandaron la desigualdad sexo-genérica en la sociedad de Antiguo Régimen. Apréciese tal conjunción de condiciones en un sermón escrito por el dominico Fray Alonso de Cabrera (ca. 1548-1598):

> «¿[P]ues cómo, fulano, a vuestra mujer dejáis, noble, hermosa, virtuosa, temerosa de Dios, madre de vuestros hijos, cuerda, cuidadosa de vuestra casa y vuestra honra, por esta mala hembra, por esa ramera sucia, bubosa, endiablada? Por esa mulata hedionda, asquerosa? Sin duda que estáis enhechizado»[96].

Reconozco en el sermón frailuno —y en las esclavas enfermas del Hospital Real— un vínculo entre la raza y el sexo surgido de la experiencia de las guerras y la expansión colonial. María Luganes, a quien sigo en esta perspectiva analítica, ha llamado precisamente colonialidad al sistema cognitivo que ha conceptuado la

93. Sobre esta clase de funciones sexuales, véanse Martín Casares y Vincent, 2006: 127-137; Martín Casares, 2000a: 42; Orsoni-Avila, 1995: 95-104; Girón Pascual, 2014: 93-94.

94. Las mancebías también se sirvieron de la trata de esclavas (Martín Casares: 2015, 91).

95. Por Marsilio Ficino, que cita a Avicena (Carreras Panchón: 1976, 104).

96. Tomado de Berco (2016: 222). «Puta. La ramera o ruin mujer. Díxose *quasi putida*, porque está siempre escalentada y de mal olor», Covarruvias, 1972, ver entrada Puta.

raza como una producción escindida por el género, y a éste como una construcción racializada que diferencia entre «los Europeos-as/blancos-as y las gentes colonizadas/no blancas» (Lugones: 2008, 44). Género y clase —añade Lugones— generan matrices racializadas:

> las hembras no-blancas eran consideradas animales en el sentido profundo de ser seres 'sin género', marcadas sexualmente como hembras, pero sin las características de la femineidad (Lugones, 2008: 44-45).

La situación de pobreza generalizada entre el común de la población española desde finales del siglo XVI pudo extender la desnudez del cuerpo de la república hasta límites inimaginables. Como se apunta en un Memorial dirigido al rey Felipe IV, fechado en 1639:

> Alargad los ojos, que el Andalucía sin zapatos anda, si un tiempo lucía. (…) Familias sin pan y viudas sin tocas esperan hambrientas y mudas sus bocas. (…) Más adorna a un Rey su pueblo abundante, que vestirse al tope de fino diamante. Si el Rey es cabeza del reino, mal pudo lucir la cabeza de un cuerpo desnudo (Martínez Ruiz, 1998: 410).

La pauperización —la desnudez— tuvo sin embargo un marcado sesgo de género femenino[97]. También lo tuvo en las instituciones asistenciales. Las mujeres percibidas como cuerpos *desnudos* en el hospital Real (las mujeres *solas* y empobrecidas: mendigas, moriscas desarraigadas, casadas desamparadas o abandonadas por sus maridos, criadas domésticas y esclavas) venían acumulando experiencias de desasosiego al límite de la supervivencia en la vida social. En acertada metonimia, el abandono de la toca —según enunciaba el citado memorial— habría significado el obligado recurso al comercio carnal. Así mismo, sin la protección del vínculo matrimonial y sin parentesco conocido estas mujeres fueron consideradas disolutas e impuras por sus ofensores masculinos, desprovistas de honor y de reputación que preservar, y desposeídas del dominio sobre su sexualidad y sus cuerpos[98]. Sus entradas al hospital constituyeron un episodio más en sus desdichas cotidianas, y en un buen número de casos el último. Su desamparo alcanzó a todas las esferas de la vida social. No fue en modo alguno una paradoja que las mujeres solteras entraran

97. Como señaló la gaditana Juana Pérez en 1790, la paga que recibía por su trabajo solo alcanzaba «para comer miserablemente y siempre desnudas», Pascua Sánchez (1998: 233).

98. Farr (1991: 408, 412 y 395). El conocimiento carnal entre parejas no casadas fue considerado por la moral sexual tradicional y la lógica del honor social como «causa y obligación del matrimonio», pero la defensa del honor de la mujer no era un valor universal: se reconocía en pocos casos y solo cuando las familias lo imponían, es decir estaba sometido a las jerarquías existentes entre las familias y los sexos (Morant y Bolufer, 1998: 72-77). Sobre la temática del honor, cf., Dopico Black (2001:15-16).

al hospital Real en un número reducido (a mayor vulnerabilidad social y sexual, menor presencia en las enfermerías).

6. LOS CUERPOS VESTIDOS. LAS MUJERES CON IDENTIDADES SOCIALES (SUBROGADAS)

¿Qué fue de las mujeres casadas y de las solteras y viudas con parentesco conocido enfermas de bubas en los Hospitales Reales? ¿Qué significación tuvieron sus entradas para curarse? Sabemos que el vínculo matrimonial —el estado de familia como lo llamaban en la época— les ofrecía un entorno de seguridad material (al casado le «obligan a poner casa y pucheros» (Covarruvias, 1972, voz Casado) y una identidad social aceptable (López-Cordón Cortezo: 2015, 157-158). Las mujeres casadas habrían podido curarse las bubas en los hospitales sin mayores remilgos morales. Las viudas y las solteras (y la *doncella* que he logrado rescatar) con amparo familiar y estatus y parentesco conocidos pudieron traspasar igualmente las puertas del hospital, si bien lo hicieron en mucha menor medida que las casadas. Las ropas (y los bienes) que unas y otras dejaron al entrar, sin ser costosas ni nuevas, distinguieron su mayor arraigo social. Las he llamado por ello mujeres *vestidas.*

Las mujeres casadas no desamparadas por sus maridos

Juana de Espinosa, natural de Madrid y esposa de Francisco Sánchez, y Luisa Maldonado, de Salamanca y casada con Francisco de Sobremonte, «maestro de mostrar niños», que fueron juntas al Hospital Real en la primavera de 1544, y dijeron estar «enfermas de las bubas» y ser «pobres y neçesitadas»[99], son ejemplos de la clase de mujeres llanas dotadas de cierto reconocimiento social y autonomía. Ofrezco a continuación sendas referencias a las situaciones personales de otras mujeres registradas como casadas en los primeros años de la década de 1530[100]. Catalina Fernández, natural de Baena, casada con un labrador, entró en septiembre de 1530, y dejó a guardar tres reales en plata y 12 maravedís y medio, y «una manta blanca vieja e un colchón lleno de lana viejo e una almohada rota llena de lana e una sábana»; murió pasado un mes, y además de lo susodicho dejó una saya amarilla de paño y una sayuelo leonado, ambos viejos y roídos, «un refajo de paño viejo e una camisa rota vieja e una toca vieja», una gorguera y una cofia con labrados de lienzo, ésta de seda negra, y unos paños de lienzo. Isabel de Flores, casada con Juan de Alarcos, vecina de Granada,

99. AGS, PR, 25-71 Información sobre cosas tocantes al hospital y capilla real de Granada hecha por el Arzobispo. Año 1544.

100. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310.

> trajo un manto mediado de florete, dos sayas viejas y rotas, la una verde y otra colorada, y tres camisas y un sayuelo azul raýdo (…) dos anillos de oro y uno de plata y dos cofias, y ella se lo quiso guardar (noviembre de 1532).

Beatriz de Chaves, mujer de Pero Quintana, avecindada en Granada,

> truxo una saya colorada y otra verde, raídas, y unos mangos de tafetán y una camisa y una toca y unas cue[n]tas de ámbar y tres anillos de oro y dos cofias, no dio nada a guardar (febrero de 1533).

Estas pacientes mostraron expresamente en el hospital su condición de mujeres casadas. El anillo venía configurándose como un símbolo central del matrimonio legítimo[101], al igual que la toca[102], cuyo uso se vinculaba además a la pureza y la castidad (el pelo suelto era símbolo de lubricidad y lascivia, de desorden e impiedad) (Farr: 1991, 401-405 y 409-412). Por su parte, los atuendos de colores alegres connotaban la juventud de las pacientes, aunque el desgaste de los mismos y su confección con tejidos de poco valor (paño y lienzo casero) también indicaban situaciones de pobreza (Martín Casares: 1998, 359-361).

Solteras, viudas y doñas

También habrían gozado de reconocimiento al entrar las mujeres solteras que identificaron a sus familiares directos y dejaron en custodia ornamentos de algún valor material o simbólico, aun cuando no siempre se pudiera decir lo mismo de la indumentaria. Presento algunos casos registrados en el primer libro de entradas[103]. Mari Hernández natural de Alamynos, hija de Mingo Hernández y de Catalina Hernández, «dixo que no a sido casada» y «dexó a guardar dos reales en plata e un collar[ejo]» que «tiene xxi cuenta[s] pequeñas de plata, que son algunas como canutos»; también dijo «que si Dios la llevara de por medio, que se digan dello de misas lo que valieran por las ánimas de purgatorio», y donó «a la casa» algunas prendas de vestir de poquísimo valor —«una mantilla, refajo leonado e unas faldillas rotas y viejas, un sayuelo, un saya prieta»— (entró en abril de 1529 y falleció pasado un mes). Leonor de Mercado, natural de Úbeda, hija de Rodrigo de Mercado y de Teresa Díaz, entró con una faldilla, un sayuelo pardillo, dos cofias y un anillo de oro (agosto de 1533). Ynés de Sosa, hija de

101. También habría significado el simple compromiso de boda (Sarti, 2003: 95).

102. El Sínodo de la diócesis de Mondoñedo, celebrado bajo la tutela del obispo don Antonio de Guevara estableció ese uso: «que de aquí adelante ninguna muger, después que hiziere vida maridable con su marido, sea osada de andar sino con toca de casada», citado por Behrend-Martínez (2005: 1091, nota 44).

103. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7310.

Martín de Medrano y de Beatriz de Sosa, vecinos de Granada, entró con «una sayuela de frisa colorada e un refajo de frisa amarillo e un sayuelo verde», y además con «un paño e una cofia e una camisa e unas calças de aguja e chapines» y una gorguera «labrada» (abril de 1532). El colorido de la ropa de vestir es signo de vitalidad y juventud.

Algunas mujeres viudas debieron tener cierto renombre en la ciudad. En el hospital de la Alhambra, Catalina de Escobar, que falleció el 28 de noviembre de 1525 tras una estancia de casi un mes, había entrado con su ajuar y posesiones casi al completo, señal de que no pensaba salir curada: dejó ropa (manto, saya, camisas, toca, cofia, almohadas «de lienço con su lana»), tijeras y cuchillo, canasta, bolsa de cuero, dinero (ocho reales y trece maravedís y medio), e hizo testamento y donación a los «familiares de la cofradía de la Vitoria de su marido»[104]. Una identidad reconocible de mayor distinción debieron tener las mujeres registradas, ya en el siglo siguiente, con el título de doña (si bien este título pudiera haber sido utilizado «con más indulgencia y facilidad» que el homónimo masculino, según el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias —voz 'Don'—). La primera mujer recibida en la temporada de otoño de 1624 fue doña Ana de Gaviria, viuda de Alonso de Carrión, vecina de la parroquia de San José (trajo «ropa y jubón negro, saya leonada y un faldellín y un manto»)[105]. Ese año también entraron Doña Antonia de Mendoça (con «saya frailesca, rropa verde, faldellín, jubón y un manto») y doña María de Espinar, con un vestuario similar. Situaciones comparables habrían sido las de Doña Ana de Uceda, doncella y vecina de Jaén y doña María de Aguilar, de 26 años, vecina de Granada, que llevó consigo un «vestido rropa negra, saya frailesca, un mantegüelo verde, otro faldellín, un jubón y un manto», que entraron en el hospital en 1626[106]. El uso de la saya frailesca mostraría la voluntad de expiar culpas de doña María. Las mujeres llamadas doñas habrían ocupado alguna habitación separada y destinada a las personas de más rango social (en mayo de 1618 yacía en un aposento aparte Catalina de Sena, mujer del alguacil Diego de Olivares[107]). Como el que tuvo la granadina Catalina María, «soltera, hija de la iglesia», que entró en el hospital del Espíritu Santo de Sevilla el 15 de marzo de 1664:

104. Ibid.
105. ADGr., libros de entrada de enfermos, lib. 7302. Principia el año de 1623. Acaba en el de 1630.
106. Ibid.
107. AGS, P.E., leg. 321, quad. 5°. *Sobre el reçibir los enfermos para la cura de la primavera deste año y sobre la prouisión de las cosas neçesarias para ello*, fols. 36-37v.

> su uestido, manto de seda con puntas nuebo, saya de olanda aceitunada nueva, unas naguas de sempiterna uerde nuevas con franja de oro, otras blancas, un mosillo de olanda olanda mediano, una mantellina blanca nueua y una camisa[108].

Las camisas de las damas de calidad eran de telas de lino fino importadas de Flandes o de Holanda; las prendas de tafetán y la seda connotaban riqueza (Barbazza: 1990, 76-77)[109]. En Granada, sin embargo, pocas mujeres vistieron prendas de seda al entrar al hospital Real[110].

7. CONCLUSIÓN

El mal de las bubas devastó los cuerpos de mujeres y hombres en los siglos modernos. Los signos físicos anotados en los libros de entrada de pacientes de los Hospitales Reales de Granada destacan la cualidad invalidante y mortificante de la enfermedad —llagas corrosivas en las extremidades, en la nariz y en la garganta— y, de manera muy ocasional, la diferencia sexo-genérica. Dos registros de mujeres hacen referencia, respectivamente, a los genitales —*mala de abajo*— y a la cualidad humoral alterada —*frialdades*— y denotan esa diferencia. Las señas de identidad de las mujeres solteras asistidas estuvieron vinculadas, sobre todo, a las situaciones de vulnerabilidad sexual. Los apodos y las designaciones toponímicas y fisonómicas también delatan esas situaciones adversas e identifican a las mujeres prostituidas. Las enfermas que acudieron —o fueron recogidas— al hospital sin apenas ropa de vestir, mujeres de *cuerpos desnudos* en mi caracterización —mendigas, moriscas, criadas y esclavas—, representaron la más clara imagen del empobrecimiento y la desolación y habrían sufrido en sus carnes la vivencia cotidiana de la extorsión y la explotación sexual. La enfermedad causó en ellas efectos deletéreos; al hospital ya llegaron muy próximas a la muerte. Las enfermas que pudieron exhibir identidades individuales y sociales vinculadas al estado marital o a un parentesco conocido —mujeres de *cuerpos vestidos* las he llamado— pudieron albergar alguna esperanza de sobrevivir a la experiencia hospitalaria. La práctica semiológica y la taxonomía de

108. ADPSev, Leg. 203, Libro en que se assientan las mvgeres que entran a ser curadas en este Hospital de el Espíritu Santo desde mes de nobiembre de 1663 años hasta el de 1680. En los conventos, «unas usaban hábitos, pero otras llevaban sayas, terciopelos, jubones, refajos, manteos, alhajas, afeites, etcétera, como cualquier dama de la época», cf., Vigil (1986: 222).

109. Como dice un proverbio que anotó Covarrubias bajo la voz Adán en su *Tesoro de la Lengua Castellana*: «todos somos hijos de Adán y de Eva, sino que nos diferencia la seda».

110. En el Hospital de Santiago de Toledo, un hospital de bubas, su uso —el manto en particular— fue un hecho relativamente frecuente. El consumo de seda mostraría la diversificación socioeconómica de la población urbana hospitalizada; mediante ese tipo de prendas lujosas y elegantes, las mujeres pudieron manufacturar su reputación, aun cuando persistiera el desfase entre la imagen pública y las realidades privadas, cf. Berco (2011b, 794-799).

los cuerpos presentadas en este trabajo soslaya las explicaciones basadas en la retórica moral y facilita en consecuencia la comprensión del significado de la presencia de las mujeres enfermas en los hospitales de bubas granadinos (Hospitales Reales) en los siglos modernos. Como marcas culturales, los signos legibles de la enfermedad desvelan el carácter patriarcal de la organización social y el extenso alcance de la coerción en las relaciones carnales heterosexuales.

BIBLIOGRAFÍA

Arrizabalaga, J. (2011). The Changing Identity of the French Pox in Early Renaissance Castile. En: F. E. Glaze y B. K. Nance (eds.). *Between Text and Patient. The Medical Enterprise in Medieval and Early Modern Europe*. Firenze: Sismel-Edizioni del Galuzzo, 397-417.

Arrizabalaga, J., Henderson, J. y French, R. (1997). *The Great Pox. The French disease in Renaissance Europe*. New Haven: Yale University Press.

Barahona, R. (2006). Coacción y consentimiento en las relaciones sexuales modernas, siglos XVI a XVIII. En: R. Córdoba de la Llave (coord.). *Mujer, marginación y violencia entre la Edad Media y los tiempos Modernos*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 257-273.

Barbazza, M.-C. (1990). Le corps vêtu: le vêtement de la paysanne en Nouvelle Castille au tournant du XVI^{e} siècle. En: Augustin Redondo (comp.). *Le corps dans la société espagnole des XVI^{e} et XVII^{e} siècles*. Paris: Publications de la Sorbonne.

Behrend-Martínez, E. (2005). Manhood and the neutered body in Early Modern Spain. *Journal of Social History*. 38 (4), 1073-1093.

Berco, C. (2011a) Syphilis, Sex, and Marriage in Early Modern Spain. *Journal of Early Modern History*, 15, 223-253.

Berco, C. (2011b). Textiles as social texts: syphilis, material culture and gender in Golden Age Spain. *Journal of Social History*, 44 (3), 785-810.

Berco, C. (2015). The Great Pox, Symptoms, and Social Bodies in Early Modern Spain. *Social History of Medicine*, 28 (2), 225–244.

Berco, C. (2016). *From Body to Community. Venereal Disease and Society in Baroque Spain*. Toronto: University of Toronto Press.

Berriot-Salvadore, E. (1993). *Un corps, un destin. La femme dans la médecine de la Renaissance*. París: Honoré Champion éditeur.

Biernoff, S. (2011). The Rhetoric of Disfigurement in First World War Britain. *Social History of Medicine*, 24 (3), 666-685.

Bolufer Peruga, M. (2018). La querella de las mujeres: renovación historiográfica y nuevas potencialidades pedagógicas de un tema clásico. En: H. Gallego Franco (ed.). *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género* (pp. 73-99). Granada: Editorial Comares.

Bolufer, M. y Morant, I. (2012). Identidades vividas, Identidades atribuidas. En: P. Pérez-Fuentes Hernández (ed.). *Entre dos orillas. Las mujeres en la Historia de España y América Latina*. Barcelona: Icaria editorial, 317-351.

Canning, K. (1999). The Body as Method? Reflections on the Place of the Body in Gender History. *Gender and History*, 11 (3), 499-513.

Carrasco, R. y Vincent, B. (1985). Amour et mariage chez les morisques au XV^e^ siècle. En: A. Redondo (dir.), *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVI^e^-XVII^e^ siècles)*. Paris: Publications de la Sorbonne, 133-150.

Carreras Panchón, A. (1976). *La peste y los médicos en la España del Renacimiento.* Salamanca: Universidad, Instituto de Historia de la Medicina Española.

Cerda, Juan de la (1599). *Libro intitvlado, vida política de todos los estados de mujeres, en el qual se dan muy prouechosos y Christianos documentos y auisos para criarse y conseruarse deuidamente las Mugeres en sus estados*. [Dirigido a sv Alteza de la Infanta Doña Margarita de Avstria, monja en el santo Monasterio de las Descalças de Madrid]. Alcalá de Henares: en casa de Juan Gracián.

Cervantes, M. de (2019). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Edición de Carlos Romero Muñoz, Madrid: Cátedra.

Churchill, W. D. (2005). The Medical Practice of the Sexed Body: Women, Men, and Disease in Britain, *circa* 1600-1740. *Social History of Medicine*, 18 (1), 3-22.

Civil, P. (1990). Corps, vêtements et société: le costume aristocratique espagnol dans la deuxième moitié du XVI^e^ siécle. En: A. Redondo (comp.). *Le corps dans la société espagnole des XVI^e^ et XVII^e^ siècles*. Paris, Publications de la Sorbonne, 307-319.

Cock, E. (2015). 'Lead[ing]'em by the Nose into Publick Shame and Derision': Gaspare Tagliacozzi, Alexander Read and the Lost History of Plastic Surgery, 1600-1800. *Social History of Medicine*, 28 (1), 1-21.

Coleman, D. (2003). *Creating Christian Granada: Society and Religious Culture in an Old-World Frontier City, 1492-1600*. Ithaca y London: Cornell University Press.

Covarrubias, S. (1972). *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Madrid: Ediciones Turner [ed. facsímil, orig. 1611].

Cruz, Anne J. (1989). Sexual Enclosure, Textual Escape: The *Pícara* as Prostitute in the Spanish Females Picaresque Novel. En: S. Fisher y Janet E. Halley. *Seeking the Woman in Late Medieval and Renaissance Writings*. Knoxville: The University of Tennesse Press, 135-159.

Delicado, F. (2003). *Retrato de la Lozana Andaluza*. Edición de Claude Allaigre. Madrid: Ediciones Cátedra.

Díaz de Isla, R. (1539). *Tractado contra el mal serpentino que vulgarmente en España es llamado bubas, que fue ordenado en el Ospital de Todos los Santos de Lisboa*. Sevilla: Dominico de Robertis. http://alfama.sim.ucm.es/dioscorides/consulta_libro.asp?ref=X533677008&idioma=0.

Dopico Black, G. (2001) *Perfect Wives, Other Women. Adultery and Inquisition in Early Modern Spain*. Durham and London: Duke University Press.

Dorlin, E. (2018). *Sexe, genre et sexualités. Introduction à la théorie* féministe. Paris: Presses Universitaires de France. 7.ª reimpresión

Farge, A. (2008). *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*. Buenos Aires/Madrid: Katz editores.

Farr, J. R. (1991). The Pure and Disciplined Body: Hierarchy, Morality and Symbolism in France During the Catholic Reformation. *Journal of Interdisciplinay History*, 21 (3), 391-414.

García-Arenal, M. y Rodríguez Mediano, F. (2006). Médico, Traductor, Inventor: Miguel de Luna, cristiano arábigo de Granada. *Chronica Nova*, 32, 187-231.

García Monlleó, F. J. (1996). *La asistencia hospitalaria en Granada: El Hospital de San Juan de Dios (1552-1835). II. Anexos: Transcripción de los libros de registro de enfermos: (1566-1567) y (1589-1591)*. Granada: Universidad de Granada, Tesis de Doctorado.

Gil Harris, J. (2005). (Po)X Marks the Spot: How to 'Read' 'Early Modern' 'Syphilis' in *The Three Ladies of London*. En: K. Siena (ed.). *Sins of the Flesh. Responding to Sexual Disease in Early Modern Europe*. Toronto: Centre for Reformation and Renaissance Studies, 109-132.

Girón Pascual, R. M. (2014). «*Tratando en comprar y vender esclavos y esclavas e otras* cosas»: Diego de Rueda y el mercado esclavista granadino a finales del siglo XVI. En: A. Martín Casares (ed.), *Esclavitudes hispánicas (Siglos XV al XXI): Horizontes socioculturales*. Granada: Universidad de Granada, 89-104.

Gómez Vozmediano, M. F. (2015). Los moriscos granadinos en Toledo y La Mancha de Don Quijote. Una perspectiva histórica y cultural. *eHumanista/Conversos*, 3, 45-63.

Gowing, L. (1998). *Domestic Dangers. Women, Words, and Sex in Early Modern London*. Oxford: Clarendon Press.

Gowing, L. (2003). *Common Bodies. Women, Touch and Power in Seventeenth-Century England*. New Haven: Yale University Press.

Gowing, L. (2012). Women's Bodies and the Making of Sex in Seventeenth-Century England. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 37 (4), 813-822.

Gracián, B. (2009). *El Criticón*. Edición de Santos Alonso. Madrid: Cátedra.

Hammond, M. L. Medical (2011). Examination and Poor Relief in Early Modern Germany. *Social History of Medicine*, 24 (2), 244-259.

Henderson, J. (2006). *The Renaissance Hospital. Healing the Body and Healing the soul*. New Haven and London: Yale University Press.

Horvath, S. (1993). Esquisse pour une sociologie historique de la honte. *History of European Ideas*, 17, 615-638.

Jütte, R. (1996). Syphilis and Confinement. Hospitals in Early Modern Germany. En: N. Finzsch y R, Jütte (eds.). *Institutions of confinement. Hospitals, asylums and prisons in western Europe and North America, 1500-1950*. Cambridge: Cambridge University Press, 97-116.

Ladero Quesada, M. A. (1990). Aristócratas y marginales: aspectos de la sociedad castellana en *La Celestina*. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, H.ª Medieval, 3, 95-120.

López-Cordón Cortezo, M. V. (2015). Los estudios históricos sobre las mujeres en el Edad Moderna: estado de la cuestión. *Revista de Historiografía*, 22, 147-181.

López Sutilo, R. (2007). El léxico de germanía *en las jácaras de Quevedo: las prostitutas*. En: P. Civil y F. Crémoux (coords). Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo... París, del 9 al 13 de julio de 2007, Asociación Internacional de Hispanistas. Congreso (16. 2007. Paris) (CD-ROM).

López-Terrada, M. L. (1989) El tratamiento de la sífilis en un Hospital Renacentista: la sala del *mal de siment* del Hospital General de Valencia. *Asclepio*, 41 (2), 19-50.

López-Terrada, M. L. (1991) El *mal de siment* en la Valencia del siglo XVI: Imágenes del *morbo gallico* en una ciudad mediterránea europea. *Dynamis*, 11, 119-146.

López-Terrada, M. L. (1999), Health care and poor relief in the Crown of Aragon. En: O. P. Grell, A. Cunningham; y J. Arrizabalaga (eds.). *Health Care and Poor Relief in Counter-Reformation Europe*. London and New York: Routledge, 177-200.

López-Terrada, M. L. (2014). «Sallow-Faced Girl, Either It's Love or You'v Been Eating Clay»: The Representation of Illness in Golden Age Theater. En: J. Slater, M. López-Terrada y J. Pardo-Tomás (eds.), *Medical Cultures of the Early Modern Spanish Empire*. Farnham: Ashgate, 167-187.

López de Úbeda, F. (2010) *La Pícara Justina*. Edición, introducción y notas de Luc Torres. Madrid: Editorial Castalia.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género: hacia un feminismo descolonial. En: W. Mignolo (comp.) *Género y descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 13-54.

McGough, L. J. (2011). *Gender, Sexuality, and Syphilis in Early Modern Venice. The Disease that Come to Stay*. London: Palgrave Macmillan.

Mantecón Movellán, T. A. (2006). Las fragilidades femeninas en la Castilla Moderna. En: R. Córdoba de la Llave (coord.). *Mujer, marginación y violencia entre la Edad Media y los tiempos Modernos*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 279-310.

Martín Casares, A. (1998). Del vestido y la servidumbre en la Granada del siglo XVI. En: E. J. García Wiedemann y M. I. Montoya Ramírez (eds.). Granada: Centro de Formación Continua de la Universidad de Granada, 355-365.

Martín Casares, A. (2000a). *La esclavitud en la Granada del siglo XVI. Género, raza y religión*. Granada: Universidad de Granada.

Martín Casares, A. (2000b). Las mujeres de los sectores populares en la Granada del siglo XVI. En: *Las mujeres y la ciudad de Granada en el siglo XVI*. Granada: Ayuntamiento de Granada, 69-80.

Martín Casares, A. (2015. Productivas y silenciadas: el mundo laboral de las esclavas en España. En: Aurelia Martín Casares; Rocío Periañez Gómez (eds.). *Mujeres esclavas y abolicionistas en la España de los siglos XVI al XIX*. Madrid: Iberoamericana-Verbuert, 57-94.

Martín Casares, A. (2016). Norteafricanas en la España del siglo XVII: Experiencias vitales, etnicidad y esclavitud en el Mediterráneo occidental. En: A. Martín Casares y M. C. Delaigue Séris (eds.). *Cautivas y esclavas: el tráfico humano en el Mediterráneo*. Granada: Universidad de Granada, 105-127.

Martín Casares, A. y Vincent, B. (2006). Esclavage et domesticité dans l'Espagne moderne. En: M. Cottias ; A. Stella ; B. Vincent (dir). *Esclavage et dépendances serviles. Histoire comparée*. Paris: l'Harmattan.

Martínez Gil, F. (1993). *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*. Madrid: siglo XXI de España editores.

Martínez Ruiz, E. (1998). El significado económico y social del vestido en ajuares de Huéscar del siglo XVI. En: Emilio J. García Wiedemann; M.ª Isabel Montoya Ramírez (eds.).

Moda y sociedad: estudios sobre educación, lenguaje e historia del vestido. Granada: Centro de Formación Continua de la Universidad de Granada, 409-416.

Martínez Ruiz, E. (2008). Sobre casadas y transgresoras en los siglos XVI y XVII. En: J. L. Castellano Castellano; M.L. López-Guadalupe Muñoz (eds.). *Homenaje a Don Antonio Domínguez Ortiz.* Granada: Universidad de Granada, 557-571.

Michael, I. (2001). Celestine and the Great Pox, *Bulletin of Hispanic Studies*, 78 (1), 103-138. https://fdocuments.us/document/celestina-and-the-great-pox.html.

Montaña de Monserrate, B. (1551). *Libro de la Anothomía del hombre, nuevamente compuesto por el doctor… médico de su Magestad, Muy útil y necesario a los médicos y cirujanos que quieren se perfectos en su arte (…) juntamente con una declaración de un sueño que soñó el Ilustrísismo Señor don Luis Hurtado de Mendoza, Marqués de Mondéjar*…. Valladolid: en casa de Sebastián Martínez.

Morant Deusa, I. y Bolufer Peruga, M. (1998). *Amor, matrimonio y familia: la construcción histórica de la familia moderna*. Madrid: Editorial Síntesis.

Navarro Durán, R. (ed.) (2005). *Novela Picaresca*. Vol. 2. Madrid: Biblioteca Castro.

Núñez Rivera, V. (2010) Edición y estudio. En: Mosquera de Figueroa, Cristóbal. *Paradoja en loor de la nariz muy grande. Paradoja en loor de las* bubas. Edición y estudio de… Salamanca; Ediciones Universidad, 13-175.

Orsoni-Avila, F. (1995). Les femmes esclaves de Lucena (Cordoue) et leurs relations avec les hommes (1539-1700. En: Redondo, A. (ed.). *Relations entre hommes et femmes en Espagne aux XVI^{e}-XVII^{e} siècles. Réalités et fictions*. Paris: Publications de la Sorbonne, 95-104.

Park, K. (2006). *Secrets of Women. Gender, Generation, and the Origins of Human Dissection*. New York: Zone Books.

Pascua Sánchez, M. J. de la (1998). *Mujeres solas: historias de amor y de abandono en el mundo hispánico*. Málaga: Servicio de Publicaciones. Centro de ediciones de la Universidad de Málaga.

Pérez García, P. (2002). La criminalización de la sexualidad en la España Moderna. En: José I. Fortea; Juan E. Gelabert; Tomás A. Mantecón (eds.). *Furor et rabies. Violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, pp. 351-402.

Pérez de Herrera, C. (1975). *Amparo de pobres*. Edición, introducción y notas de Michel Cavillac. Madrid: Espasa Calpe (orig. 1598).

Perry, M. E. (1985). Deviant Insiders: Legalized Prostitutes and a Consciousness of Women in Early Modern Seville. *Comparative Studies in Society and History*, 27 (1), 138-158.

Pomata, G. (1998). *Contracting a Cure: Patients, Healers, and the Law in Early Modern Bologna*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Pomata, G. (2013). Was there a *Querelle des Femmes* in early modern medicine? *Arenal*, 20 (2), 313-341.

Profeti, M. G. (1994). «Mujer libre-mujer perdida»: una nueva imagen de la prostitución a fines del XVI y principios del XVII. En: Augustin Redondo (dir). *Images de la femme en Espagne aux XVI^{e} et XVII^{e} siècles. Des traditions aux renouvellements*

et à l'émergence d'images nouvelles. Colloque International (Sorbonne et Collège d'Espagne, 28-20 septembre 1992). Paris: Publications de la Sorbonne, 195-205.

Pullan, B. (1999). The Counter-Reformation, medical care and poor relief. En: O. P. Grell; A. Cunningham; J. Arrizabalaga (eds.). *Health care and poor relief in Counter-Reformation Europe*. Londres: Routledge, 18-39.

Quétel, C. (1990). History of Syphilis. Cambridge: Polity Press.

Rankin, A. (2008). Duchess, Heal Thyself: Elisabeth of Rochlitz and the Patient's Perspective in Early Modern Germany. *Bull Hist. Med.*, 82 (1), 109-144.

Redondo, A. (1990). Mutilations et marques corporelles d'infamie dans la Castille du XVI^{e} siècle. En: A. Redondo (comp.). *Le corps dans la société espagnole des XVI^{e} et XVII^{e} siècles*. Paris: Publications de la Sorbonne, 185-200.

Redondo, A. (comp.) (1992). *Le corps comme métaphore dans l'Espagne des XVI^{e} et du XVII^{e} siècles. Du corps métaphorique aux métaphores corporelles*. Paris: Publications de la Sorbonne.

Rotterdam, Erasmo de (2005). VI Colloquio llamado Cartuxano. En: *Coloquios Familiares. Edición de Alonso Ruiz de Virués (siglo XVI).* Edición actualizada, estudio introductorio y notas de Andrea Herrán y Modesto Santos. Barcelona: Anthropos, 155-165 (orig. 1523).

Rublack, U. (2009). Flujos. El cuerpo y las emociones en la Edad Moderna). En: M. Tausiet y J. S. Amelang (eds.). *Accidentes del alma. Las emociones en la Edad Moderna*. Madrid: Abada editores, 99-122.

Sarti, R. (2003). *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*. Barcelona: Crítica.

Schmitz, C (2018). *Los enfermos en la España Barroca y el Pluralismo Médico. Espacios, estrategias y actitudes*. Madrid: CSIC

Rossiaud, J. (1986) *La prostitución en el Medievo*. Barcelona: Editorial Ariel.

Siraisi, N. G. (2002). Disease and symptom as problematic concepts in Renaissance medicine. En: E. Kessler y I. Maclean (eds.) *Res et verba in der Renaissance*. Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 217-240.

Stein, C. (2006). The Meaning of Signs: Diagnosis the French Pox in Early Modern Augsburg. *Bull. Hist. Med.*, 80, 617-648.

Stein, C. (2009). *Negotiating the French Pox in Early Modern Germany.* Farnham: Ashgate.

Stolberg, M. A (2003). Woman Down to Her Bones: The Anatomy of Sexual Difference in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries. *Isis*, 94 (2), 274-299.

Torres, Pedro de (1600). Libro que trata de la enfermedad de las bubas. Compuesto por el doctor… Médico y Cirujano de la Magestad de la Emperatriz nuestra señora. Madrid, 1600: Luis Sánchez [BNM, R/3612].

Valenzuela Candelario, J. (2003). El *insigne y suntuoso* Hospital Real de Granada (I). Las fundaciones reales. *Dynamis*, 23, 193-219.

Valenzuela Candelario, J. (2004). El *insigne y suntuoso* Hospital Real de Granada (II). Oficiales y sirvientes en un hospital general (1526-1535). *Dynamis*, 24, 213-241.

Valenzuela Candelario, J. (2008). Las Constituciones del Hospital Real de Granada de 1593 y de 1632: la experiencia cotidiana ante el canon contrarreformista. En: J. Valenzuela Candelario, R. M. Moreno Rodríguez y F. Girón Irueste, *El Hospital Real de Granada y sus Constituciones de gobierno (1593-1857). Asistencia a los pobres y regulación social.* Granada: Editorial Universidad de Granada, 17-102.

Valenzuela Candelario, J. Los cuerpos subordinados. La relegación de las mujeres enfermas de bubas en los Hospitales Reales de Granada durante los siglos XVI y XVII. *Chonica Nova* (aceptada su publicación).

Vázquez García, F. y Moreno Mengíbar, A. (1995) *Poder y prostitución en Sevilla (siglos XIV al XX). Vol. 1*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Vázquez García, F. y Cleminson, R. (2018). *Sexo, identidad y hermafroditas en el mundo ibérico, 1500-1800.* Madrid: Cátedra.

Vigil, M. (1986). *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Siglo XXI de España editores.

Vives, Juan Luis (1535). *Instruction de la muger christiana: donde se contiene como se ha de criar vna doncella hasta casar la y después de casada, como ha de regir su casa biuir bienauenturadamente con su marido…*, agora nueuamente corregido y emendado y reduzido en buen estilo castellano. Sevilla [s.n.] [Biblioteca de la Universidad de Granada: A-018-314].

Ximénez [de Torres], J. (1637). *Discurso si conviene o no se restituya en Zaragoza la Casa Pública. Dalo a la estampa el Victorioso en nombre de la Academia de los anhelantes desta Imperial ciudad*. Zaragoza: por Pedro Verges. [Biblioteca de la Universidad de Granada: A-031-264 (1)].

Ximénez de Torres, Jacinto (1646). *Médica Resolución, en que se prueba ser el Otoño tiempo conveniente para dar Unciones a los Enfermos Gálicos*. Sevilla (s.i.). [Biblioteca de la Universidad de Granada: A-031-264 (13)].

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441311343

COROGRAFÍAS DE LA MEMORIA. EL «DISCURSO DE LOS LINAJES» DE LA CIUDAD DE MURCIA Y LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN LA EDAD MODERNA[1]

Chorographies of memory. The «discurso de los linajes» in Murcia city and the writing of history in the Early Modern Period

Ana DÍAZ SERRANO

Universidad de Murcia
adiaser@um.es

Fecha de recepción: 10/02/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: A principios del siglo XVII el licenciado Francisco de Cascales escribió y publicó los *Discursos históricos*, una corografía que registra los servicios y privilegios de la ciudad de Murcia y sus linajes más destacados. Entre ellos se encontraban los Guzmán y los Junterón, cuyas trayectorias reconstruimos en este artículo para plantear un análisis amplio sobre la *fabricación* de la historia durante la Edad Moderna y en los últimos años. El contraste de las informaciones contenidas en la obra icónica de Cascales con otras fuentes históricas que forman parte actualmente de fondos documentales municipales, regionales y estatales permite dos reflexiones. La primera sobre el uso de estas primeras historias locales para graduar el peso de la memoria colectiva y facilitar la inmovilización de las identidades y los estatus sociales. La segunda sobre la integración de lo local en una historiografía marcada por las perspectivas globales, un *mal de escalas* que

1. Investigación desarrollada en el marco de la Ayuda RYC 2019-027752 R financiada por MCIN/AEI /10.13039/501100011033 y por El FSE invierte en tu futuro.

evoca un discurso histórico basado en la centralización y marginalización de espacios, sujetos y también archivos.

Palabras claves: corografía; memoria colectiva; linajes; Murcia; siglos XVI-XVII.

ABSTRACT: At the beginning of the 17th century *licenciado* Francisco de Cascales wrote and published the *Discursos históricos*, a chorography that compiles the services and privileges of the city of Murcia and its most prominent lineages. Among them were the Guzmán and Junterón, whose trajectories are reconstructed in this article to present a wide analysis of the history production during the Early Modern Period and in recent years. The contrast of the information contained in the iconic Cascales' work with other historical sources that are currently part of municipal, regional and state documentary collections allows for two reflections. The first one is on the use of these first local histories to adjust the weight of collective memory and facilitate the immobilization of identities and social status. The second one is on the integration of the local in a historiography marked by global perspectives, a *scale sickness* that refers to a historical discourse based on the centralization and marginalization of spaces, subjects and also archives.

Keywords: chorography; collective memory; linages; Murcia; 16th-17th centuries.

En su reseña a la más reciente edición de los *Discursos históricos*, publicada en Murcia en el momento de ascenso de los estudios locales en España, Domínguez Ortiz describía la obra del licenciado Cascales como «la única historia completa de la ciudad de Murcia de que se dispone al presente» y comentaba la proliferación de corografías en la Península y especialmente en los reinos meridionales como el «fruto del inmenso amor a la patria chica entre los españoles» (Domínguez Ortiz, 1981: 130)[2]. Hoy sabemos que el trabajo corográfico de Cascales no fue ni exclusivo ni pionero para la ciudad de Murcia (Centenero de Arce, 2012: 53-57), aunque sigue intacto su valor como retrato de su *civitas* y, en concreto, de su segmento más significado. La élite local ejerció su rol de representación social también en el espacio

2. La corografía murciana ha tenido un total de cuatro ediciones, desde la primera de 1621, a la que siguieron las de 1775, 1874 y 1980. Esta última es una edición facsímil de la del siglo XVIII con fragmentos aclaratorios introducidos por el impresor, que fue publicada por la Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

histórico. Los estudios sobre las corografías españolas coinciden en destacar su vinculación con el desarrollo de los poderes territoriales y su necesidad de localizar su autoridad en un mapa más amplio, frente a la Corona o frente a otros poderes territoriales vecinos y en competencia[3]. Este reforzamiento de la identidad local, a su vez, estuvo asociada a intereses económicos, sociales y políticos conjurados por determinadas familias con tendencia a aunar la gestión del bien común con la de sus propias demandas y necesidades.

En este artículo queremos poner de relieve el valor historiográfico de las obras de este género, que en los reinos castellanos adquirió rasgos propios, muy diversificados. Para ello analizaremos dos linajes principales de la ciudad de Murcia: los Guzmán y los Junterón. Lo haremos contrastando la información recogida en el «Discurso de los linajes» (el fragmento más destacado de los *Discursos históricos*) con la que ofrecen hoy día otras fuentes literarias y de archivo. En términos generales las trayectorias de estos dos linajes pueden definirse como prototípicas según los parámetros de la época y, además, exitosas. No solo ofrecen una imagen nítida de los instrumentos utilizados y las estrategias desarrolladas por las élites castellanas del periodo moderno para ocupar de manera expansiva el espacio social local. También permiten observar cómo reforzaron sus posiciones a través de tramas tejidas junto a otros linajes y valorar sus éxitos tanto por la suma de factores favorables como por la resta de aquellos otros que podrían haberles perjudicado[4]. Los Guzmán y los Junterón compartieron *públicamente* árboles genealógicos con comuneros y judaizantes sin que la mancha de la lesa majestad empañara sus méritos como servidores de la Corona y de la Iglesia.

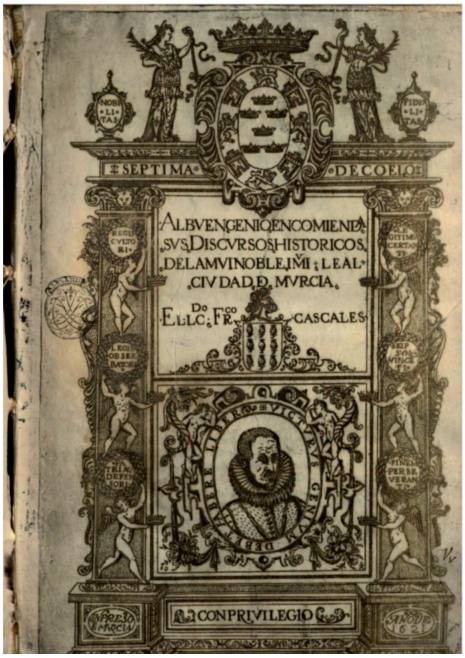
Utilizaremos estos dos casos para trazar el camino hacia una doble reflexión[5]: por un lado, sobre el uso de la memoria y la fabricación de la historia como estrategia

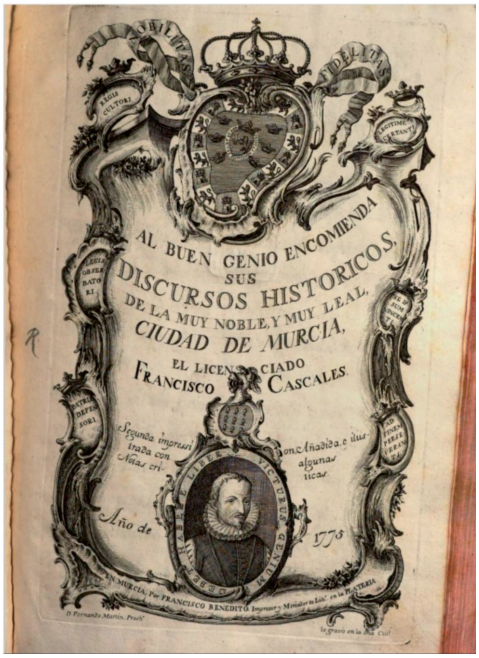
3. En términos políticos la corografía ha sido interpretada como el medio utilizado por las élites urbanas para reivindicar la autonomía de sus repúblicas frente a la Corona, basada en la idea de la ciudad como patria natural. La idea formulada por Richard Kagan (1995: 56) ha sido ampliada por investigaciones como la de Centenero de Arce (2017) e ilustrada con estudios de caso que abarcan gran parte del territorio peninsular, destacando Floristán Imízcoz (2007), Rey Castelao (2011), Arias de Saavedra Alías (2015) o Martín García (2019). Cabe señalar que este interés por la corografía se inscribe en un contexto historiográfico marcado por el desarrollo de una historia social y una historia política interesadas en las prácticas y las formas de representación durante la Edad Moderna, tal y como expusieron Hernández Franco (1998) y Gil Pujol (2006).

4. Soria Mesa ha analizado en varios de sus trabajos los mecanismos utilizados para evadir el señalamiento social derivado de falencias personales y familiares. Destaca entre los últimos el dedicado al cambio de apellidos (2020), especialmente significativo en la trama de linajes y poco problematizado en el estudio de la élite murciana.

5. El estudio de estos dos casos se insertan en un análisis mayor sobre el desarrollo de la élite de la ciudad de Murcia durante el siglo XVI y parte del siglo XVII que forma parte del

de los principales de la ciudad de Murcia para inmovilizar sus estatus y, por otro lado, sobre la manera en la que la historiografía reciente ha abordado el análisis de las élites periféricas en la Edad Moderna.





Imágenes 1 y 2. Portadas de los *Discursos históricos*.
Primera edición de 1621 y segunda edición de 1775.

1. EL «DISCURSO DE LOS LINAJES»

El «Discurso de los linajes» forma parte de la corografía que el cabildo de la ciudad de Murcia encargó al licenciado Cascales hacia 1608. Bajo el título *Discursos históricos de la muy noble y leal ciudad de Murcia* fue finalmente publicada en 1621. En términos generales la obra se ajusta a las historias de ciudades que proliferaron

libro *El gobierno de las distancias* (2022). En el libro se da mayor relevancia a aquellos linajes que no pudieron superar los inconvenientes asociados a las manchas de sangre. En este artículo he querido marcar un contraste usando dos linajes que tuvieron mejor fortuna y destino y, por tanto, mejores argumentos para formar parte de la historia local.

en Europa en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, en detalle su fragmento más destacado es precisamente este discurso XIX, donde se registran 137 familias de «caballeros e hidalgos notorios» murcianos. El propio Cascales advierte de la ausencia en su relación de los linajes sin sucesión masculina, «o por falta de papeles, y claridad», que hubieran sumado otras 71 familias con estos atributos (Cascales, 1621: f. 406v.). De este modo, se esboza una imagen de la ciudad de Murcia a través de la excelencia de su grupo dirigente[6]. En los discursos previos el licenciado explica el origen de estas calidades, insertando servicios y méritos individuales y colectivos de sus vecinos en una relación de hechos históricos ordenados por reinados, desde los reyes godos hasta Felipe III. A lo largo de la obra las referencias geográficas, climatológicas, demográficas e incluso urbanísticas —propias de este género— son escasas, haciendo de su relato una recopilación de privilegios. El archivo del cabildo conservaba bajo llave las mercedes otorgadas por los sucesivos monarcas castellanos y aragoneses, las cuales denotaban el prestigiado lugar, por una parte, de algunos de sus habitantes en el escalonado entramado social de la ciudad de Murcia y, por otra, de la propia ciudad de Murcia dentro de la estructura territorial y administrativa de la Monarquía Hispánica, igualmente jerarquizada (Mazín y Ruiz Ibáñez, 2012).

¿A quién iba dirigido este tipo de literatura? Inicialmente la información sobre los privilegios colectivos podía ser útil ante la Corona, reforzando la posición de la república frente al rey en procesos que tensionaban la relación entre ambos, como la negociación fiscal en las Cortes. Además, la referencia a los reconocimientos de los linajes podía tener una lectura interna, limitada al círculo de la propia élite local[7], un grupo con tendencia a la endogamia en términos familiares, pero también profundamente fragmentado e incluso enfrentado. La competición entre linajes por ocupar oficios, acceder a señoríos y mayorazgos, ingresar en una orden militar o en un colegio mayor, diseñar estrategias matrimoniales o simplemente reivindicar un lugar en las celebraciones locales fueron demarcadas por estas descripciones impresas: lo allí recogido no podía ser desconocido. La letra escrita despejaba dudas y quien osara impugnar la historia de alguno ponía en riesgo la historia de todos, basada en una verdad cuidadosamente *fabricada*.

La lectura de la descripción de los linajes traía a la memoria a parientes, conocidos y vecinos, cuyos nombres creaban una cadena que ataba a las generaciones vivas con sus centenarias ascendencias y a éstas con la ciudad. La participación de algunos de sus habitantes en acontecimientos lejanos permitía insertar las dinámicas locales en

6. Tal y como puede leerse en la tratadística de la época y ha incidido la historiografía especializada, la propia estructura de linaje remite a la idea de hidalguía (Hernández Franco y Peñafiel Ramón, 1997: 162-163).

7. Algunos ejemplos documentados apuntan a que el número de ejemplares impresos de este tipo de obras pudo ser calculado para el reparto entre grupos selectos de la población local, teniendo como principal destinatario, aunque no único, a su élite (Kagan, 1995: 58).

discursos globalizados a través de la hegemonía expansiva de la Monarquía Hispánica. No obstante, Cascales no se prodiga en ellas y ahonda en la localidad, creando patrones para definir el carácter del territorio y de quienes lo habitaban. Conquista, poblamiento y defensa articulan la identidad de una frontera perenne. Sin embargo, muchos de estos linajes superaban en antigüedad al reino de Murcia y su capital, donde se habían asentado tras su refundación como núcleo cristiano (Ruiz Ibáñez, 1995: 115). Los preámbulos de este arribo emparentan a los principales murcianos con linajes foráneos[8], cuya nobleza podía remontarse —a falta de evidencias que lo contradijeran— a Rómulo y Remo (Linaje Pinar), Clodoveo (Linaje Rocamora, Linaje Fontes de Albornoz)[9] o Santo Domingo de Guzmán (Linaje Guzmán). Cascales suplía así un déficit de antigüedad de la propia ciudad de Murcia, si acaso la versión de la existencia de una población llamada Murci desde «mucho tiempo antes» de la conquista romana no resultaba convincente (Cascales, 1621: f. 286v.)[10].

¿Quién formaba parte de esta historia? El carácter genealógico de los *Discursos históricos* devela su objetivo: justificar una movilidad social factible, pero difícilmente asimilable en una sociedad *naturalmente* ordenada (Soria Mesa, 2004: 22). La Genealogía se convirtió en un instrumento frecuente —no exclusivo de las élites—, especialmente útil en el ámbito jurídico, no solo en el de los imaginarios sociales y culturales (Soria Mesa, 2004: 29-30). Sin embargo, su formulación como relato historiado fue restringido a grupos con motivaciones concretas y, sobre todo, con los recursos para afrontar los costes de escritura y edición. Varios autores han señalado el contrastado desarrollo del género corográfico entre el sur y el norte peninsular (Rey Castelao, 2011). El auge de las ciudades meridionales y sus élites habría hecho proliferar estas historias locales, en una región en la que, por otro lado, el reciente pasado musulmán había definido su cultura material e inmaterial. Los esfuerzos de los historiadores andaluces estuvieron dirigidos a obviar esta herencia —fácilmente apreciable, precisamente, en la arquitectura y los trazados urbanos— y resaltar los tiempos pretéritos de la Antigüedad y los postreros de la cristianización.

En Murcia esta marca musulmana no generó conflictos entre sus habitantes, en parte porque la población morisca formaba un grupo identificado y separado

8. Cascales identifica como parte de la élite de la ciudad de Murcia a asturianos, navarros, vizcaínos, guipuzcoanos, gallegos, burgaleses, abulenses, leoneses, conquenses, aragoneses, catalanes, valencianos, andaluces, junto a genoveses, napolitanos, sicilianos, franceses, griegos e incluso nazaríes.

9. La referencia en la descripción de estos linajes es la casa real de Francia, mencionando la conversión al cristianismo de Clodoveo en sus corolarios.

10. La exaltación de pasados remotos y poco documentados forma parte de la idiosincrasia del discurso histórico producido en la España moderna. Uno de sus objetivos era elevar figuras locales a la altura de los héroes griegos y romanos y, con ello, dotar de prestancia la preeminencia que la Monarquía Hispánica gozaba en aquel momento (Cuart Monet, 2011).

y, sobre todo, porque el reino mantenía una vívida lucha contra el Islam. Tras la guerra de Granada, la tensión se centró en el litoral mediterráneo, cuya defensa quedó a cargo de las milicias urbanas. Por el contrario, la marca del Judaísmo sí suponía un problema y señalaba a muchos —tal vez a todos—, independientemente de su posición en la escala social, aunque especialmente a quienes habían generado fortuna a través del comercio y el crédito. Esta identidad conversa generalizada empezó a ser incompatible con la identidad colectiva vigente cuando la Corona convirtió el discurso antiherético en el principal asiento de su hegemonía frente a otras potencias. El pasado hebreo fue convertido en una certeza de traición y ésta en un motivo de exclusión que fue utilizada para liberar el congestionado espacio político. En Murcia los bandos concejiles trasladaron sus disputas de poder a los tribunales inquisitoriales, dando lugar al conocido caso de los Riquelme contra los Soto[11]. Las condenas por criptojudaísmo que en las décadas de 1550 y 1560 golpearon a algunas de las familias mejor posicionadas en las dos principales ciudades del reino, Murcia y Lorca, fueron absorbidas por la sociedad murciana. Es decir, fueron guardadas en la memoria colectiva[12]. Una historia impresa de la ciudad y sus linajes permitiría exorcizar aquellos recuerdos latentes, no forzando su olvido, sino graduando sus causas y efectos.

¿Qué cuentan de los linajes los discursos de Cascales? En general estas descripciones, con desigual extensión, glosan filiaciones, cargos militares y de gobierno y distinciones sociales, como señoríos, hidalguías y hábitos de caballería. Esto debía evocar dos imágenes en la mente de los hombres y mujeres de la Edad Moderna: árboles genealógicos y actos y ceremonias públicas. En ambas los individuos se agrupaban ordenadamente, ocupando lugares según un estricto criterio de preeminencia y antigüedad. Cada descripción recoge el origen del linaje y el momento de su radicación en Murcia; carga sus contenidos en los siglos XIII, XIV y XV, pasando con más ligereza por el XVI y deteniéndose —no siempre— en sus miembros vivos en el momento de la escritura de los *Discursos históricos*. Ocasionalmente se insertan acontecimientos que ilustran los atributos de alguno de sus miembros. Cada descripción se cierra con un corolario, una pieza con la que el licenciado Cascales explica, con altas dosis de erudición, el significado de las armas del linaje[13].

11. El trabajo clásico sobre estos acontecimientos, analizados como ejemplo de microhistoria, es el libro de Contreras Contreras (1992). Díaz Serrano ha realizado recientemente una ampliación y revisión desde la historia social de las instituciones (2022).

12. En este trabajo usamos «memoria colectiva» como los recuerdos conservados y destacados por una sociedad, considerando en términos generales la definición propuesta por Maurice Halbwachs a principios del siglo XX y no los debates que este concepto ha suscitado posteriormente.

13. El análisis de estas piezas añadidas en el «Discurso de los linajes» en Díaz Serrano (2022, Capítulo 5).

2. EN TORNO A LOS GUZMÁN

La presentación que Cascales hace de los Guzmán murcianos es espectacular: vincula el linaje al santo fundador de la orden dominica, Domingo de Guzmán, y a la casa Fajardo (Cascales, 1621: f. 336r.). El resto de la entrada se limita a una sucesión de matrimonios que esbozan el prestigio del linaje, pero no lo remarcan. La mención a sus enlaces matrimoniales —con los Ayala, Puxmarín, Guill, Rocamora, Cascales o Verastegui— poco explican de la enorme influencia de los Guzmán no sólo en la ciudad, sino en el conjunto del reino de Murcia. El licenciado apunta a una incorporación relativamente reciente a las dinámicas locales, cuando Luis de Guzmán fue enviado a Murcia por los Reyes Católicos «a la expulsión de los judíos» (Cascales, 1621: f. 336r.).

¿Qué nos cuentan los archivos? En Simancas se conserva el nombramiento, en 1488, de este primer Guzmán murciano como receptor de los «bienes confiscados a los conversos que hubieren judaizado en el obispado de Cartagena»[14], un nombramiento favorecido por sus relaciones con las altas esferas eclesiásticas de la Corona. Asturiano de origen, llegó a Murcia acompañado de su mujer, Isabel de Molina (Cascales, 1621: f. 336r.). Su integración fue rápida, vehiculada por sus actividades económicas: en 1492 compró a los judíos murcianos las deudas contraídas por sus vecinos cristianos (al precio estimado por la urgencia del decreto de expulsión). Esta acción generó inconvenientes políticos[15] y, seguramente, fricciones sociales, pero también un gran capital económico que le permitió consolidar su arraigo en la ciudad. Éste fue materializado con la compra de unas casas en la colación de San Lorenzo y, poco después, de capillas en varias iglesias. En 1495 ejercía como secretario de la Inquisición y aquel mismo año el cabildo tramitó su avecindamiento[16]. No obstante, fue el mismo patriciado el que puso límite a su influencia: en 1506 fue nombrado regidor de la ciudad de Murcia por Felipe I y, tras su muerte, ratificado por la reina Juana, pero el cabildo lo rechazó en ambas ocasiones (Owens, 1979: nota 6; Gomariz Marín, 2006: 200-201 y 253-255). Entonces, la regiduría fue otorgada por Fernando el Católico a Juan Ramírez de Segarra, comendador de la Orden de Calatrava y hombre de extensas influencias en los círculos cortesanos dominantes durante la regencia.

14. Identificado como «criado del Cardenal de España». Este primer nombramiento (AGS, RGS, Leg. 148807, 225) fue seguido de un segundo que había extensible sus atribuciones a los bienes confiscados a los «culpantes» de herejía en el obispado de Cartagena (AGS, RGS, Leg. 148811, 279).

15. El Consejo de la Inquisición a favor de Alfonso de Requena, en 1491 (AGRM, FR, AGS, R-32/359). Amonestación del juez de residencia, en 1495 (AGRM, FR, AGS, R-31/259).

16. AMMU, AC, 5 de mayo de 1495.

Luis de Guzmán entendió el veto y proyectó el salto a la política en la siguiente generación. Para ello, siguió acumulando los necesarios capitales. Desvinculado de las actividades institucionales, se dedicó a las comerciales. Junto a varios socios con experiencia en el tráfico de productos dentro y fuera de la Península, se interesó por la lana, el trigo y los esclavos, siguiendo las dinámicas mercantiles que unían el puerto de Cartagena con Génova, Florencia y Lisboa[17]. En 1510 se convirtió en señor de la villa de Albudeite, lo que de nuevo le valió conflictos con sus vecinos. Compró el señorío a los apurados hijos de Fernando de Ayala y Beatriz de Lisón[18]. Esta herencia no había sido vinculada a mayorazgo, por lo que quedó repartida entre los cinco hermanos, sin rentas suficientes para cubrir sus sustentos. La situación se complicó cuando el mayor, Juan de Ayala —quien acumulaba el 50% del patrimonio familiar tras comprar su parte a su hermano Alonso de Lisón— se vio implicado en los sucesos que tuvieron como resultado el asesinato de Martín Riquelme en 1508 (Méndez Apenela, 2009: 70-71).

Paralelamente, Luis de Guzmán involucró a sus cuatro hijos en una estrategia matrimonial que le permitió trazar una constelación de relaciones familiares excepcionales. Destaca el hecho de que, en realidad, los Guzmán conectaron con linajes ya fuertemente relacionados entre sí, identificados como el grupo opositor a la intervención del marqués de los Vélez en los asuntos de la ciudad. El asesinato de Martín Riquelme fue la manifestación prematura de una acción colectiva, que se articuló inicialmente como respuesta al ataque violento del bando rival, con el asalto y muerte de Pedro Soto, y que modeló las políticas municipales de los siguientes cuarenta años.

Luis de Guzmán cedió el señorío de Albudeite a su primogénito, Gaspar, quien consolidó su toma de posesión del lugar contrayendo matrimonio con las hijas de los anteriores señores, Catalina y María de Ayala[19]. Con ello los Guzmán quedaron vinculados con la casa Fajardo, pues Catalina y María eran primas por parte de padre de Fresina de Ayala, segunda esposa de Alonso Fajardo de Soto, caballero de la Orden de Santiago, comendador de Moratalla y regidor en la ciudad de Murcia[20]. La conexión de los Guzmán con los Fajardo se habría establecido también a través de una de sus hijas, Honorata, casada con Gonzalo de Lisón, uno de los nietos de Luis Fajardo, marqués de los Vélez, pero la joven esposa murió pronto y sin descendencia. Otro de sus hijos, Bernardino, casó con Isabel Ángel de Otazo,

17. Sus mercaderías de lana a través del puerto de Cartagena y de sus negocios con genoveses fueron denunciados en 1509 (Gomariz Marín, 2006: 472-473). Más detalles sobres estas actividades comerciales en Méndez Apenela, 2009: 37-38.

18. Detalles de la compra en Torres Fontes, 1996: 63-64.

19. El acta de la toma de posesión del señorío por Gaspar de Guzmán fue comentada y publicada por Torres Fontes (1996: 72-77).

20. El perfil de este personaje ha sido reconstruido por Méndez Apenela (2009).

hija de María Cascales, de quien heredaría el señorío de Fortuna, y Diego García de Otazo, caballero de la Orden de Santiago y hombre del marqués de Villena, lo que enturbió sus relaciones con los de Murcia, donde finalmente consiguió una regiduría[21]. Por último, su hija Catalina afianzó el prestigio del linaje a través de su matrimonio con Rodrigo de Puxmarín y Soto, el influyente regidor, con quien fundaría el señorío de La Raya en 1545.

¿En qué se traducían estas relaciones familiares? Principalmente en una defensa solidaria de intereses particulares, que de una manera u otra y antes o después reportarían beneficios comunes. Veamos dos ejemplos. Entre 1512 y 1519 Gastar de Guzmán estuvo involucrado en un conflicto de lindes en Albudeite[22]. En el invierno de 1517 un grupo de vecinos de la villa de Mula ocupó las tierras pertenecientes a su señorío, roturándolas, y levantó unos mojones de piedra. Advertido, Gaspar salió de Murcia acompañado por su cuñado Rodrigo de Puxmarín, ambos a caballo y armados. Tras una visita al lugar, ordenó la restitución del linde original y la roturación de las tierras adyacentes. El Consejo Real envío un pesquisidor, quien fue arropado por el marqués de los Vélez y declaró a favor de los de Mula. Gaspar y Rodrigo fueron condenados a elevadas penas de multa y destierro, que no cumplieron, pues la apelación en la Corte fue exitosa[23].

Varias décadas después, en 1562, Hernando de Otazo, hermano de Diego García de Otazo —en sus últimos días como regidor tras más de treinta años al servicio de la república (Owens, 1979-1980: 105)— tuvo que defender sus intereses personales frente a la postura de sus compañeros de bancada, partidarios de derribar todos los edificios antiguos que obstaculizaban el paso del agua por las acequias de la ciudad[24]. Entre ellos se encontraba su casa, que con más de cuatrocientos años de antigüedad —decía Hernando— se hallaba levantada sobre una de las acequias mayores. Su apelación fue rechazada por Rodrigo Pagán, quien contó con el voto del resto de los regidores. Sin embargo, la propiedad de los Otazo se salvó gracias a un requerimiento presentado por Rodrigo de Puxmarín, también veterano en las tareas concejiles y con una enorme autoridad local en ese momento.

21. Obtuvo la regiduría por renuncia de Juan de Cascales, abuelo de su esposa (Gomariz Marín, 2003, 427-428; Owen, 1579-1580: 105). Inicialmente el oficio fue rechazado por el cabildo, contando sólo con el apoyo de Juan Ortega de Avilés. El cabildo vio con desconfianza la proximidad de García de Otazo con el marqués de Villena, en cuya casa vivía. Como alcaide del castillo de Jumilla jugó un papel importante en la circulación de noticias durante el levantamiento comunero.

22. El litigio se conserva completo en AGS, CRC,134,3; versión digitalizada en AGRM: FR,AGS,R-145/1 y FR,AGS,R-38/108. El proceso ha sido analizado con detalle por Méndez Apenela (2009: 47-49).

23. Los conflictos entre Gaspar de Guzmán y la villa de Mula continuaron. En 1530 el pleito se desató por el uso de una acequia (AMMUL, Leg-1099-02-03).

24. AMMU, AC, 8 de julio de 1562.

Bernardino de Guzmán e Isabel Ángel de Otazo tuvieron varios hijos. Uno de ellos fue Juan de Guzmán, cuyas gestas como capitán de las milicias movilizadas contra los rebeldes moriscos pasaron desapercibidas en los *Discursos*. La regiduría que lo incorporó al patriciado murciano en 1560 tenía una genealogía familiar que partía de la gracia regia y se desarrollaba a través de una serie de renuncias[25]. En 1625 pasó a uno de sus hijos, Cristóbal Guzmán y Otazo, quien hacía poco que residía en la ciudad de Murcia. Había vuelto tras pasar varias décadas sirviendo al rey en los frentes europeos[26]. Él mismo presumía de haber participado en el sitio de Ostende y es muy posible que ésta y otras gestas fueran bien conocidas por sus vecinos. Sin embargo, como hiciera con su padre, el licenciado Cascales evitó registrar los honores militares acumulados por Cristóbal. A pesar incluso de que gracias a ellos había sido nombrado caballero de la Orden de Santiago en 1609 y una vez en Murcia teniente de adelantado. Cascales no olvidó mencionar su condición de hijo ilegítimo[27].

Solo uno de los hijos varones de Bernardino de Guzmán e Isabel Ángel de Otazo fue privado de asiento en la sala capitular: el también llamado Bernardino. En 1570 intentó ampliar la influencia política familiar optando sin éxito a la juraduría que Juan Ginés Jiménez dejó vacante tras su muerte[28]. Como le ocurriera a su abuelo más de medio siglo antes, las cartas reales no pudieron contrarrestar la fuerza de las dinámicas políticas locales, en ese momento decantadas a favor del bando opuesto a los intereses de sus parientes y asociados. Durante los años de 1540 y 1550 los linajes vinculados al bando de los Soto se vieron favorecidos por la política de venta de oficios aplicada por Carlos V y Felipe II para hacer frente a los gastos derivados del mantenimiento de su hegemonía global. Solo los embates de los discursos de

25. Había sido comprada por su padre, Bernardino de Guzmán, en 1543. Pasó a su tío Gaspar en 1544 y a su hermano Cristóbal en 1546. Dos años más tarde pasó al licenciado Francisco de Verastegui, quien la conservó hasta 1560, cuando finalmente Juan tomó posesión de ella. Entre 1589 y 1625 el oficio fue ocupado por otro de sus hermanos, Gaspar Otazo de Guzmán (Owens, 1979-1980).

26. La faceta militar de Cristóbal de Guzmán y Otazo han sido destacada por José Javier Ruiz Ibáñez (1995, 1997), mientras que Domingo Centenero de Arce ha incidido en su actividad política (2009).

27. Juan de Guzmán había contraído matrimonio en dos ocasiones, la primera con Francisca de Guzmán y la segunda con Francisca de Verastegui, sin descendencia en ambos (Cascales, 1621: f. 336r.). La ilegitimidad era frecuente en las élites castellanas y los hijos bajo esta categoría podían gozan de las mismas atenciones y derechos que los nacidos dentro del matrimonio. No obstante, el señalamiento que hace Cascales es llamativo y podría estar dirigido a dotar de mayor relevancia a otras ramas del linaje. Cabe tener en cuenta que mientras se redactaban e imprimían los *Discursos históricos* Cristóbal de Guzmán estaba ausente y era su tío quien formaba parte del cabildo. De hecho su dedicación a los asuntos de la república y de la familia no duró mucho. En 1629 dejó Murcia para incorporarse al servicio del virrey de Nápoles.

28. AMMU, AC, 2 de diciembre de 1570.

limpieza de sangre, promovidos por la propia Corona, pudieron decantar la balanza de poder a favor de los Riquelme, menos afectados por acusaciones de herejía. En este contexto de lucha por el poder el acaparamiento de oficios determinaba la influencia de cada bando y Bernardino de Guzmán encontró un patriciado poco dispuesto a ceder espacio en el cabildo.

La caída en desgracia de sus socios económicos y aliados políticos debilitó las redes de solidaridad a las que pertenecía. No obstante, esto no significó una pérdida de la influencia en el ámbito local de esta rama de los Guzmán, que se desarrolló en otra esfera de poder. En 1572 Bernardino contrajo matrimonio con su sobrina, Beatriz de Cascales, quien en 1590 sucedió a su madre, Inés de Guzmán, como señora de Albudeite[29]. Este matrimonio reforzó el vínculo de este señorío con el linaje Guzmán y salvó la difícil situación particular de Bernardino, quien a lo largo de toda su vida tuvo problemas con la gestión de su patrimonio[30].

Bernardino de Guzmán y Beatriz de Cascales tuvieron seis hijas. A principios del siglo XVII al menos tres de ellas habían invertido el fortalecido capital familiar en enlaces matrimoniales que situaron a los descendientes del asturiano Luis de Guzmán en lo más alto de la esfera social, política y económica del reino de Murcia, aunque el apellido quedó desplazado por el de las ramas masculinas[31]. La hija mayor, Isabel Ángel de Guzmán, heredera del señorío de Albudeite, casó con Juan Fajardo, heredero del señorío de Polop, Benidorm y Montealegre (Cascales, 1621: Dedicatoria Casa Fajardo, sin numerar)[32], con lo que se concretó el parentesco con la casa Fajardo[33].

29. AGRM, NOT, 190, fol. 362. Inés de Guzmán era hija de Gaspar de Guzmán y María de Ayala y estuvo casa por un breve periodo de tiempo con Juan de Cascales y Soto, hijo de Juan de Cascales y Beatriz Alemán de Balibrera. Una de las cláusulas de su testamento Beatriz de Cascales y Soto estableció la celebración de misas en su memoria en la capilla de Nuestra Señora de Gracia del Hospital de San Juan de Dios, que debían ser pagadas con las rentas obtenidas de la torre de Caramajul (importante símbolo de la ciudad que se levantaba como vestigio del antiguo alcázar) y diez solares en la parroquia de San Juan, lo que da una idea de la dimensión de su patrimonio (AGRM, DIP, 6369/7, N.º 17).

30. Las deudas fueron una constante en la vida de Bernardino, antes y después de su matrimonio. En 1597 Alonso de Tenza declaró ante notario que «al tiempo que se casó con la suso dicha no trajo al matrimonio más menos que el vestido de su persona y un huerto de la gruta junto a la Puerta Nueva y unas tahullas en Churra, que las vendió» (citada en Méndez Apenela, 2009: 57).

31. Para entonces los Guzmán habían sido inscritos en la lista de hijosdalgo de la ciudad de Murcia de 1598 (AGS, Guerra Antigua, Leg. 529, ff. 58-59).

32. Desarrollo de la gestión del señorío de Albudeite durante la titularidad de Isabel Ángel de Guzmán y la suerte de los señoríos de Polop y Benidorm tras la muerte de su marido ha sido analizada por Méndez Apenela (2009: 61-65).

33. Juan Fajardo era biznieto de la mencionada Fresina de Ayala.

Una segunda hija, Inés de Guzmán, se casó en tres ocasiones. Su primer marido fue el regidor, procurador y escritor Ginés de Rocamora, distinguido, además de con estos oficios, con un hábito de Santiago y la gloria literaria que le dio su *Sfera del universo*, publicada en 1599[34]. Su segundo marido fue otro caballero, Juan de Toledo, del hábito de Calatrava, y el tercero Alonso de Montenegro, a quien Cascales refiere como oidor de la Chancillería de Granada (Cascales, 1621: f. 336r.). Entrando en detalle sabemos que como tal ocupó las alcaldías de hijosdalgo y del crimen desde 1604 hasta su muerte, en 1627, y que pertenecía a una familia gallega con una larga tradición de servicio a la Corona, con diversos oficios de justicia y asientos en los consejos de Italia y Castilla[35].

Finalmente, la menor de las hijas, Luz de Guzmán, casó con el regidor Francisco Guill. En la descripción de su linaje Cascales ahonda en los méritos familiares, señalando que el primer Guill en Murcia fue teniente del corregidor y juez de bienes confiscados de la Inquisición (Cascales, 1621: f. 334r.). El licenciado marca dos ramas. Una se desarrolló en Alicante, con la figura de Cristóbal Guill como eficiente servidor de Fernando el Católico en los frentes italianos y norteafricanos, por lo que consiguió un hábito de Santiago. La otra se localizó en la ciudad de Murcia. Sobre ella relata matrimonios y oficios, sin destacar mayores méritos (Cascales, 1621: ff. 334v.-335r.). Los archivos develan que los Guill mantuvieron una expansiva representación en el cabildo murciano vinculados al bando Riquelme. Entraron al espacio político en 1523, cuando el bisabuelo de Francisco obtuvo —en un polémico proceso— una juraduría en la colación de San Andrés (Owens, 1979-1980: 118). En 1549 uno de sus tíos compró la regiduría que él ocuparía más tarde (Owens, 1979-1980: 109) y en 1566 su padre compró una segunda regiduría, que cedería a su hermano (Owens, 1979-1980: 112). De este modo, en el momento de la publicación de los *Discursos* Francisco Guil se identifica como unas de las «voces más antiguas y autorizadas» del cabildo, con 38 años de experiencia como regidor[36]. En su búsqueda de gracia regia argumentaba haber servido a la república no solo desde su asiento en la sala capitular, sino también en Madrid, como procurador en Cortes en diversas ocasiones, y saliendo a los rebatos de la costa «con sus armas, caballo y de sus criados»[37]. La prosperidad de sus descendientes quedó registrada en la colección de obras de arte que se conservaron en la finca familiar hasta principios del siglo XX[38].

34. La carrera política de Ginés de Rocamora en Centenero de Arce, 2012.

35. *Diccionario Bibliográfico de la Real Academia de la Historia*: «Alonso de Montenegro y Sotomayor».

36. Un análisis de las afinidades políticas de Francisco Guil a través de su actividad como regidor en Guillamón Álvarez et al., 1996.

37. Exponía estos servicios en su solicitud de ayuda de costa o hábito de Santiago, Calatrava o Alcántara, presentada al rey hacia 1590. Como respuesta obtuvo 60.000 maravedíes vitalicios en juros (AGS, PTR, Leg. 82, Doc.338).

38. La colección incluía 250 piezas, identificadas como obras de autores nacionales como Jerónimo Jacinto Espinosa, Tomás Yepes, Mateo Gilarte o Francisco Toledo, e internacionales,

3. EN TORNO A LOS JUNTERÓN

Otro linaje cuyo prestigio aumentó a lo largo del siglo XVI y primeras décadas del XVII es el de los Junterón, atendidos como «hijosdalgos notorios» tanto por la memoria colectiva como por los registros municipales. La descripción de este linaje en los *Discursos* detalla extensamente sus enlaces con otras familias y sus preeminencias. El licenciado Cascales remonta sus orígenes a Valencia y data su traslado a Murcia en torno a 1320. Allí arraigarán con el matrimonio cruzado de los hermanos Gil Rodríguez de Junterón y Saorín Jaymes de Junterón con las hermanas María y Juana de Moncada. Los Moncada era «familia ilustre en el reino de Aragón, y aquí, y de los caballeros pobladores», cuyo apellido se fue diluyendo entre otros muchos de la élite murciana (Cascales, 1621: f. 341r.). A partir de estos enlaces surgen dos líneas diferenciadas, de las que destaca la establecida por Gil y María, que será especialmente visible a partir de mediados del siglo XVI por la sucesión del señorío de Beniel y estará marcada por la repetición del nombre Gil Rodríguez de Junterón[39].

Uno de estos Gil Rodríguez de Junterón dio presencia al linaje en el cabildo a partir de 1578. Se hizo cargo de la regiduría de Juan de Balibrera, quien había sido desposeído del oficio tras ser acusado de herejía por la Inquisición en mitad de la lucha de los bandos concejiles que desestabilizó política y socialmente a la ciudad[40]. El nuevo regidor formaba parte de la generación que consiguió potenciar los capitales propios, principalmente económicos y simbólicos, aprovechando los de otros linajes de vívida influencia política en la ciudad de Murcia y su reino. Su matrimonio con Catalina de Zambrana Corella Fajardo y Aragón fue decisivo para consolidar el prestigio de los Junterón. Catalina era hija de Pedro Zambrana de Arróniz y Ginesa Fajardo Corella de Aragón, cuyas calidades son atemperadas en las líneas dedicadas a los Junterón, pero ampliamente exaltadas en la descripción del linaje Zambrana (Cascales, 1621: f. 405v.). En él se dice que Pedro de Zambrana había sido caballero de la orden de Santiago, paje del emperador y comendador. Podemos añadir que fue regidor de la ciudad de Murcia durante más de cinco décadas, ocupando otros oficios como el de escribano y fiel de la aduana (Owens,

---

como Marten de Vos, junto a otras pertenecientes a las escuelas de Brueghel, Murillo, Tintoretto, Rubens o Velázquez. El inventario se realizó en 1936, cuando la finca Torre Guil fue confiscada para ser habilitada como centro de acuartelamiento. Durante un tiempo la colección fue resguardada en el Museo de Bellas Artes de Murcia, donde hoy permanecen algunas piezas, aunque la mayoría de ellas fueron devueltas a sus propietarios (AGRM, JTA,53136/018 / Acta n.º 17).

39. El fundador del señorío y mayorazgo de Beniel exigió que los sucesivos titulares tuvieran o adoptaran este nombre. El testamento, conservado hoy en el AGRM, ha sido publicado por Villella (2002: 95-100).

40. Juan de Balibrera fue relajado en el auto de fe del 8 de septiembre de 1560, celebrado en la plaza de Santa Catalina. Los sucesos en torno a estas denuncias han sido analizados por Díaz Serrano (2022).

1979-1980: 102)[41]. Ginesa, por su parte, acercaba el linaje a la realeza, identificada como nieta del rey Alonso de Aragón, «que ganó a Nápoles»[42]. Sin poder trazar certeramente su filiación con la casa real aragonesa, señalamos que Ginesa era hija de Simón Pérez Corella Fajardo, en quien confluían dos apellidos engrandecidos por las guerras de conquista promovidas durante el siglo XV tanto por los reyes castellanos como por los aragoneses.

En efecto, Eximèn Pérez Roís de Corella (Jimeno Pérez Corella) jugó un papel importante en las políticas expansivas de Alfonso V, luchando en Italia y el Norte de África, lo que le valió el título de conde de Cocentaina[43]. En el reino de Murcia los Pérez Corella concentraron su influencia en Lorca, emparentados con la rama Fajardo descendiente de Alonso Yáñez Fajardo, conocido, como su padre Alonso 'El Bravo', por sus intervenciones en la frontera castellano-nazarí, así como por sus enfrentamientos con la rama familiar titular del adelantamiento del reino. Iniciando el siglo XVI los Pérez Corella Fajardo encontraron un lugar cerca de los poderosos de la ciudad de Murcia: ocuparon oficios especialmente lucrativos, como la escribanía y fiel ejecutoría de la aduana, una llave para acceder a su élite[44].

Cabe mencionar que Catalina de Zambrana no aparece en la descripción del linaje paterno, lo que borra de este pedazo de la historia local el vínculo entre los Zambrana y los Junterón. Este desentendimiento de los Zambrana de una de sus ramas familiares puede responder a una economía del relato, intencionalmente centrado en los hijos varones. Sin embargo, llama la atención lo tajante de la afirmación: «y de este matrimonio tuvieron dos hijos», que condena al olvido a cualquier otra descendencia, o más bien la extravía en los vericuetos de la memoria. Sabemos que, junto a la mencionada Catalina, Pedro Zambrana y Ginesa Corella tuvieron al menos una hija más: Luz de Zambrana, cuyo testamento confirma las filiaciones[45]. Aparece en la obra de Cascales, pero fuera del «Discurso de los linajes», mencionada como mecenas del conocimiento: «últimamente ha dotado estas dos lecciones de Artes

41. En 1542 renunció al oficio de escribano y fiel de la aduana de la ciudad de Murcia en Ximén Fajardo (AMMU, AC, 1 de abril de 1542).

42. Mencionada como «Ginesa Corella» en la documentación.

43. En la Corona de Aragón tradicionalmente se asumía que la nobleza titulada pertenecía a la familia real, lo que puede justificar la identificación de Ginesa como «nieta» del monarca aragonés.

44. Ginesa era hija de Simón Pérez Corella Fajardo, quien obtuvo el oficio de escribano y fiel ejecutor de la aduana de la ciudad de Murcia en 1510, tras la renuncia de Luis de Arróniz (Gomariz Marín, 2006: 682-683). El hermano de Simón, Ximén Pérez Corella, fue regidor en Lorca y ocupó el mismo oficio que él en Murcia, probablemente entre 1517 y 1526, año en el que renunció a él a favor de Juan Pérez Calvillo Carrillo, señor de Cotillas, su yerno (AGRM, FR, AGS, R-38/191).

45. Codicilio fechado en 1609 en AGRM, Hacienda, 3775/12, ff. 170-184; copia del testamento en AGRM, Hacienda, 3775/13, ff. 185-193.

y Teología Doña Luz de Zambrana y Aragón, dando para ello a este convento [de Santo Domingo] dos mil y ochocientos ducados, que hacen doscientos de renta» (Cascales, 1621: ff. 268v.-269r.). Aparece también en fuentes tardías, en árboles genealógicos del siglo XVIII, donde se señala su matrimonio con el regidor Sancho González de Arróniz[46].

Por otra parte, los documentos notariales nos develan que Pedro de Zambrana tuvo una hija más, llamada Ángela de Zambrana, completamente ausente de los *Discursos* y la genealogía posterior. Tan solo sabemos de ella por las noticias derivadas de su matrimonio con Francisco Fajardo, heredero del señorío de Montealegre[47]. En uno de estos documentos figura el nombre de la madre: Luisa Vázquez[48], cuyo matrimonio con Pedro de Zambrana fue registrado por el licenciado Cascales —discretamente— en el linaje Vázquez, sin aludir a su descendencia (Cascales, 1621: f. 404r.).

Es posible que los Zambrana quisieran acotar su descripción, dirigiendo al lector por los ramajes que le dieron continuidad, privilegiando la varonía y la primogenitura. Ni Luz ni Ángela tuvieron descendencia, pero, ¿y Catalina? ¿Por qué evitar la mención de la línea Junterón Zambrana? Podemos especular: pudo deberse a la mancha de lesa majestad. Su marido, Gil Rodríguez de Junterón, contaba en su árbol genealógico con dos significados comuneros: el doctor Agüera era su abuelo materno y el arcediano Gil Rodríguez de Junterón era hermano de su abuela paterna. Entre 1505 y 1510 este Gil Rodríguez de Junterón formó parte del círculo cercano de Julio II en Roma. Durante aquellos años consiguió el favor del Pontífice, obteniendo diferentes títulos y prebendas eclesiásticos. De ellos los *Discursos* recogen los de protonotario apostólico y arcediano de Lorca (Cascales, 1621: f. 341r.), pero fue nombrado además chantre de la iglesia de El Salvador en Orihuela y de la catedral de Murcia, donde fue también canónigo, y obtuvo beneficios en treces iglesias, en Murcia, Lorca, Mula, Molina, Almansa, Orihuela y Calahorra (Villella, 2002: 81-84)[49]. Al poco de llegar a Murcia se implicó en el conflicto entre Cartagena y Orihuela por la creación de un nuevo obispado, a la que se opuso. Más tarde animó la revuelta comunera en Murcia y en Lorca. Fue excluido de las paces reales y llegó a estar preso en Madrid entre 1522 y 1523, librándole de males mayores gracias a

46. RAH, Tablas Genealógicas, 9-304, fol. 38v.

47. Acuerdo de dote, 1551 (AGRM, NOT, 70/11, ff. 11-14; AGRM NOT, 70/15, ff. 15-32). Es posible que en el momento de la boda ya se hubiera hecho cargo de su herencia. Sabemos que murió pronto y fue sucedido por su hermana, Aldonza Fajardo, cuyo primogénito y heredero fue Juan Fajardo de Mendoza, esposo de Isabel Ángel de Guzmán, tal y como contábamos en la sección dedicada a los Guzmán.

48. Donación de dos millones de maravedíes por Pedro de Zambrana a su hija Ángela de Zambrana con motivo de su matrimonio (AGRM, NOT, 69/49, ff. 311-315).

49. Villella utiliza documentación del Archivo Secreto del Vaticano y reproduce en su artículo los nombramientos de arcediano y protonotario.

la real cédula de 1523 con la que el emperador mostró su voluntad de normalizar la vida política en sus reinos (Villella, 2002: 88).

Su posición dentro de la Iglesia y la acumulación de prebendas le permitió generar un elevado capital económico. Invirtió en la adquisición de propiedades en la ciudad de Murcia, su huerta, Cartagena y Mazarrón; obtuvo un señorío[50] y se hizo con un número importante de esclavos[51]. Se ocupó del mantenimiento de la casa de su sobrino y heredero, el susodicho regidor de igual nombre, y de la suegra de éste, Leonor Dávalos[52]. Finalmente, dedicó parte de su fortuna a la construcción de una singular capilla en la catedral, evocación de su formación y gusto humanistas[53]. En ella fue enterrado en 1552, siguiendo el modelo fúnebre de los grandes hombres de la Antigüedad: hasta finales del siglo XX sus restos descansaron en un sarcófago romano del siglo III traído de Italia. Tras su muerte, sus herederos recibieron recursos materiales e inmateriales suficientes para recuperar posiciones en las dinámicas políticas y sociales locales. Habilitaron una audaz política matrimonial y esquivaron todos los filtros de ascenso social, incluidos el de la caballería de cuantía. El apellido Junterón fue registrado en los alardes cuantiosos desde 1544. En 1573 el propio Gil Rodríguez de Junterón pleiteó para borrar su nombre de estas listas, que lo señalaban como pechero. Para demostrar su condición hidalga presentó a numerosos testigos, pero ninguna prueba documental, lo que puede explicar que en 1588 su nombre siguiera ahí[54].

Con estos antecedentes de mancha comunera y evidencia pechera la pregunta planteada podría ser formulada en sentido inverso: ¿Por qué los linajes más elevados

50. El arcediano compró Beniel en 1530. Había sido constituido como señorío pocos años antes, por el clérigo oriholano Antonio Gasque, quien intentó sacar provecho de unas tierras inundables y prácticamente deshabitadas. Su mayor interés radicaba en su situación fronteriza, entre las Coronas de Castilla y Aragón, posibilitando la gestión de las tasas aduaneras (Torres Fontes, 1995: 156-160). En 1613 Gil de Junterón Zambrana compró al rey la jurisdicción del lugar (AGRM, FR,AGS,R-5/2-9). En 1625 el cabildo murciano gestionó con éxito la recuperación de sus derechos sobre Beniel, pero la batalla final fue ganada por los Junterón, en los primeros años del siglo XVIII, Francisco de Molina y Junterón obtuvo el título de marqués de Beniel (AGS, Consejos, 8976, A. 1709, Exp. 208).

51. En 1549 otorgó la libertad a ocho esclavos negros de su propiedad. Su condición de libres se haría efectiva tras cumplir algunos años de servicio en casa de su sobrino Gil Rodríguez de Junterón, según lo acordado tiempo atrás (AGRM, NOT, 69/12, ff. 54-55r.).

52. Con motivo de su matrimonio con Ángela de Agüera, el arcediano acordó con su sobrino el pago de esta renta anual de 300 ducados de oro. Con ello el nuevo núcleo familiar compensaba los inconvenientes de que el tío conservara el usufructo de los bienes vinculados al mayorazgo, que heredarían tras su muerte (AGRM, NOT, 69/12, ff. 54-55r.).

53. Su implicación en las obras de la catedral abarcó el conjunto del templo, nombrado fabriquero mayor en varias ocasiones (Villella, 2002: 87).

54. AMMU, Leg. 1438. La disputa en torno a la caballería de cuantía en Murcia ha sido trabajada recientemente por Centenero de Arce y Díaz Serrano (2009).

habrían aceptado alianzas familiares con los Junterón? La expansión de sus redes de relación familiar y clientelar puede ser orientativa. Tras la muerte del comunero Gil Rodríguez de Junterón la gestión del arcedianato de Lorca recayó en su otro sobrino, Diego Dávalos. Cascales nos cuenta de él que fue rector en Salamanca e inquisidor en Orán (Cascales, 1621: f. 341r.)[55]. Diego fue sucedido en 1590 por Antonio de Roda[56], mientras que uno de sus hermanos, Alonso de Roda, cedió su asiento en la bancada de regidores a Gil Rodríguez de Junterón cuando éste quiso participar de manera más activa en la vida política de la ciudad (Owens, 1979-1980: 109). Las conexiones entre los linajes Junterón-Dávalos y Roda se consolidaron a través de matrimonios: las sobrinas del nuevo arcediano, Mariana y Gerónima de Roda, fueron casadas con los hijos de Gil Rodríguez de Junterón y Catalina de Zambrana. Esto permitió que, ya entrado el siglo XVII, ambos árboles genealógicos y el cargo de arcediano convergieran en la persona de Simón Jaymes de Junterón y Roda[57].

Las influencias de los Junterón y los Roda dentro del aparato institucional de la Iglesia encontraron otro espacio importante: el Santo Oficio. Gil Rodríguez de Junterón llegó a ser capitán de familiares (Cascales, 1621: f. 341v.) y el licenciado Alonso de Roda fue juez de bienes confiscados (Cascales, 1621: f. 384r.), mientras que sus respectivos hermanos, el licenciado Fernando de Roda y Diego Dávalos, fueron consultores en Murcia (Cascales, 1621, ff. 384v. y 341v. respectivamente). Los vínculos familiares e inquisitoriales de estos linajes encontraron un nombre común: Luis Riquelme de Arróniz, caballero de la orden de Santiago y señor de Santo Ángel. Su extraordinario capital simbólico benefició primero a los Roda, como suegro del licenciado Alonso de Roda (casado con su hija Petronila) y luego a los Junterón, como cuñado de Gil Rodríguez de Junterón (casado con su hermana Juana). La figura de Luis Riquelme estaba fuertemente determinada por la de su padre, Nofre Riquelme. Padre e hijo fueron capitanes de los familiares de la Inquisición de Murcia y ocuparon regidurías en el cabildo. La de Nofre Riquelme fue adquirida en 1543 y llegaría en 1579 a Pablo de Roda (Owens, 1979-1980: 107), primo de los Roda mencionados y pariente de los Junterón por su boda con Juana Jaymes de Junterón. La regiduría de Luis Riquelme, creada en 1586, sería ocupada sucesivamente por los tres hijos de Gil Rodríguez de Junterón y por uno de sus nietos (Owens, 1979-1980: 114), mientras que la suya pasaría a uno de sus sobrinos (Owens, 1979-1980: 109). De este modo, la intervención del linaje en los asuntos de la república estuvo garantizada durante más de cincuenta años. La mancha de la herejía jamás se cernió sobre ellos.

55. El Santo Oficio de Orán pasó a depender del Tribunal de Murcia en 1525.

56. Antonio Irigoyen señala otra línea de patronazgo en el nombramiento de Antonio de Roda, pero creemos que el hecho de que su coadjutor fuera Simón de Junterón y Roda refuerza nuestra propuesta (Irigoyen López, 2005: 62-63).

57. Hijo de Mariana de Roda y Alonso Jaymes Junterón.

Otra hermana de Gil Rodríguez de Junteron, Leonor Dávalos, contrajo matrimonio con el genovés Lázaro de Usodemar, cuya segunda esposa sería Onofra Riquelme, hija del mencionado Nofre Riquelme, cerrando aún más el círculo de relaciones (Cascales, 1621: f. 293r.). Cascales nos cuenta que fue señor de Alcantarilla, pero sólo en la descripción del linaje Junterón (Cascales, 1621: f. 341r.): sorprendentemente, su nombre desaparece de la del linaje Usodemar (Cascales, 1621: f. 400v.). Lázaro había amasado una cuantiosa fortuna desde mediados de la centuria anterior, primero invirtiendo en el tráfico trasatlántico[58] y luego comerciando con lana entre los reinos de Murcia y Granada junto a su hermano Ambrosio[59]. Parte de su dinero lo invirtió en juros[60], que la Corona quiso amortizar con la venta de la villa de Alcantarilla[61]. En el reino de Murcia la posición de los Usodemar estaba avalada, por un lado, por varias generaciones avecindadas en la capital y en Cartagena, dinamizadoras de las actividades mercantiles mediterráneas, en las que confluían los intereses ibéricos e itálicos; y, por otro, por sus orígenes genoveses: Lázaro y Ambrosio era nietos por línea materna del príncipe Andrea Doria. En tierras murcianas también consiguieron el máximo aval posible a partir de 1609, cuando Juan Antonio de Usodemar, hijo de Lázaro, casó con Mencía Fajardo, sobrina del marqués de los Vélez, hija de Luis Fajardo, almirante de la Mar Oceana, adelantado del Reino de Murcia y caballero de la Orden de Calatrava (Cascales, 1621, f. 400v.)[62]. Los problemas en

58. Se refiere la vecindad de Lázaro Usodemar en Sevilla, en el pleito entabló contra la Casa de Contratación por el embargo de unas mercancías procedentes de las Indias que había encargado (AGI, JUSTICIA,897,N.3).

59. Ambrosio Usodemar amplió sus negocios al comercio de la grana novohispana, que desde el puerto de Sevilla era trasladada por tierra hasta los puertos de Cartagena y Alicante, donde embarcaba hacia Italia (Girón Pascual, 2013: 187-188).

60. Lázaro de Usodemar acumuló, al menos, cerca del millón de maravedíes en juros otorgados a la Corona en la segunda mitad del siglo XVI (Contaduría Mayor de Hacienda del Archivo General de Simancas, varias referencias).

61. La venta no fue sencilla. Hasta ese momento la villa de Alcantarilla había pertenecido al obispado de Cartagena. Para poder traspasarla a Lázaro de Usodemar, Felipe II hubo de recurrir al breve de Gregorio XIII que, desde 1574, le reconocía la potestad de vender vasallos y jurisdicciones pertenecientes a las iglesias de sus reinos. A pesar de esto, el rey quiso compensar al obispo y al cabildo catedralicio de Cartagena; lo hizo otorgándoles como merced un juro de 73.421 maravedíes anuales sobre las alcabalas de Cartagena (AGRM, FR, AGS, R-3/129). Cuando el señorío de Alcantarilla quedó sin sucesión a finales del siglo XVII comenzó un pleito entre la Corona, el obispado de Cartagena y la República de Génova. Ésta apeló a la vecindad genovesa de Lázaro de Usodemar para reclamar derechos sobre sus propiedades murcianas (AGS, EST, Leg. 3623,33).

62. Cascales no detalla la ascendencia de Juan Antonio Usodemar. Sabemos que es fruto del matrimonio de Lázaro Usodemar con María Martel, una vecina de Sevilla con la que mantuvo una relación adúltera. No obstante, Juan Antonio se incorporó a la élite murciana como hijo legítimo, gracias una falsificación, motivada por la exigencia de que el heredero del mayorazgo tuviera esta condición (Girón Pascual, 2013: 256). Esto pudo haber generado tensiones familiares,

la sucesión del señorío se concretarían con la muerte prematura del hijo único de Juan Antonio y Mencía: la noticia del asesinato en Murcia de Lázaro Usodemar Fajardo, «caballero allí de gran porte y deudos, pero mal inclinado y forajido», fue publicada en Madrid el 5 de junio de 1644[63].

Por su parte, los Roda encontraron un tercer espacio de reforzamiento social, un espacio que contextualizó las políticas del rey católico durante toda la segunda mitad del siglo XVI y parte del XVII: Flandes. Entre hombres de república y hombres de Iglesia, el linaje contó también con hombres de armas. El más eminente fue el licenciado Jerónimo de Roda, hermano de los también licenciados (ya mencionados) Alonso y Fernando[64]. Sus virtudes fueron recogidas tanto por el corógrafo Francisco de Cascales[65] como por el cronista mayor Antonio de Herrera[66] y el historiador Luis Cabrera de Córdoba[67]. Aunque en Murcia su fama era pública y notoria no sólo por lo que pudieran haber escrito estos célebres autores, sino por lo que seguramente se iba contando (en el boca a boca, en plazas y patios) y lo que podía leerse en los muros de la capilla familiar en la catedral de Murcia:

---

pues la herencia habría correspondido al hijo de Ambrosio, Próspero, y la determinación de priorizar en la descripción del linaje Usodemar a esta rama secundarizada con malas artes.

63. *Aviso* de Madrid de 5 de junio de 1644.

64. El licenciado Cascales destaca también los trabajos en Flandes de Luis de Roda, primo de Jerónimo, como «entretenido cercano [a] la persona del comendador mayor de Castilla, don Luis de Requesens» (Cascales, 1621: f. 385r.).

65. «Hubo también al licenciado Gerónimo de Roda, que de colegial del Colegio mayor de Cuenca y Catedrático de Leyes en la Universidad de Salamanca, fue proveído por oidor de Valladolid, y después fue del Consejo de Estado en Flandes, donde habiendo muerto el Comendador mayor de Castilla, que era Gobernador de aquellos Estados, y quedando el gobierno suspenso hasta que viniese sucesor, el dicho don Gerónimo de Roda, como lo nota Herrera en el capítulo I del libro 2 de su historia general, hizo oficio de gobernador en aquellos turbados tiempos, donde mostró su prudencia notablemente, haciendo grandes servicios al rey contra la furia de aquellos rebeldes, hasta que por la grande oposición que les hacía, acometieron a su casa, y le mataron un criado, y le obligaron a retirarse al Castillo de Anvers. Y después cuando fue don Juan de Austria por gobernador (advierte el dicho coronista) que llevó orden de enterarse de las cosas de aquellos Estados de don Gerónimo de Roda. El cual vino después a España, y en principios de paga de sus servicios, le hizo merced el Rey Don Felipe II de mil y cuatrocientos ducados de pensión sobre el Obispado de Plasencia y de seiscientos sobre el de Cartagena y últimamente le dio la plaza de presidente de la Real Chancillería de Valladolid.» (Cascales, 1621: f. 384v.).

66. Es el propio Cascales quien remite a la obra de Herrera. Encontramos las referencias a Jerónimo de Roda en su narración de «lo que pasaban en Flandes» en 1576. La intervención del murciano ocupa los tres primeros capítulos del Libro II de la segunda parte de la *Historia general del mundo*, una historia oficial del reinado de Felipe II, que fue publicada en Madrid en 1601.

67. En su historia del reinado de *Felipe II, rey de España*, publicada en 1619, Jerónimo de Roda es uno de los principales protagonistas de los convulsos sucesos acaecidos en Flandes entre 1574 y 1577, recogidos en varios capítulos del Libro X y del Libro XI.

Aquí yace don Jerónimo de Roda,/hijo de los señores don Luis de Roda y doña Mencia Fernández, colegial mayor/de Cuenca y catedrático de Salamanca./Del Consejo del rey nuestro señor y su oidor/en Valladolid y del Estado/de Flandes donde haciendo el oficio/de gobernador sucedió el saco de Amberes./A 1576 fue proveído por presidente de Granada./Murió residente en Valladolid a 1578/y 47 de su edad. Y su hermano/Alonso de Roda juez de bienes confiscados. FECIT ME[68].

El arrimo de los Roda a las armas se plasmó en gran parte de sus relaciones familiares. Las biografías de los Roda se entrecruzan con las de los Navarro, cuya implicación en conflictos bélicos claves tanto para la monarquía como para el reino imprimió sus nombres en relatos que difundieron el imaginario de heroísmo entre sus contemporáneos. El fundador del linaje Navarro habían llegado a Murcia no mucho tiempo atrás, procedente de Plasencia (Cascales, 1621: f. 361r.). Su inserción en la élite local fue rápida, manifiesta en la juraduría de San Antolín que ocuparían entre 1528 y 1557 primero Salvador Navarro y luego su hijo homónimo (Owens, 1979-1980: 120). En 1556 postularon sin éxito a una de las regidurías ofertadas por Felipe II con el fin de aliviar la Hacienda real. Según el licenciado Cascales, que omite este largo tránsito por el cabildo, antes de esa fecha habían constituido mayorazgo[69]. Poseedores de instrumentos de autoridad local, los nietos del primer Navarro murciano buscaron la consolidación a través de la hidalguía.

Para entonces ya habían establecido alianzas con linajes destacados de la ciudad, a través de los matrimonios de los hermanos Salvador Navarro con Juana Galtero y de Andrés Navarro con una de las hermanas de los citados licenciados Roda, Beatriz de Roda. Juana Galtero pertenecía a una familia de prestigio militar y político, pero con algunos problemas. A principios del siglo XVI, los hermanos Antón y Juan Martínez Galtero eran jurados de las colaciones de Santa Catalina y San Nicolás, respectivamente. Cuando Antón murió, en 1507, su oficio pasó a los Balibrera y, poco después, en 1513, Juan perdió el suyo a consecuencia de un crimen, tras lo cual pasó a los Pagán (Owens, 1979: nota 17). A pesar de ello, mantuvieron una preeminencia social que favoreció la obtención de la ejecutoria de hidalguía en 1568[70]. Aquel año tanto los Galtero como los Navarro tuvieron ocasión de mostrar sus calidades: al servicio de su república y del rey capitanearon las tropas de la ciudad de Murcia movilizadas para la represión de los moriscos sublevados en Granada. El regidor Alonso Martínez Galtero dirigió la infantería que acompañó al Marqués de los Vélez en sus primeros ataques. Mármol de Carvajal recogió la heroica actitud de

68. Inscripción en una de las lápidas funerarias de la capilla de los Roda, situada en los muros exteriores del coro de la catedral de Murcia.

69. Cascales sólo menciona que fue concedido por privilegio de Carlos V (Cascales, 1621: f. 361r.).

70. Trámites iniciales en el concejo de Murcia en AMMU, AC, 6 de marzo de 1563.

Alonso y otros patricios murcianos en el frente granadino[71]. Por su parte, Cascales la individualizó y la exaltó entre los méritos familiares[72].

Francisco Martínez Galtero, hermano de Alonso, tuvo el mismo cometido poco después, bajo las órdenes de don Juan de Austria. En el frente coincidió con Salvador Navarro Galtero, nieto del primer Navarro murciano e hijo de Salvador Navarro y Juana Galtero, que participaba como capitán de caballería. Junto a Pedro Zambrana y Luis Carrillo protagonizaron el cerco de Galera, del que salieron mal heridos, a pesar de lo cual «no quisieron dejar el campo», según quiso destacar Pérez de Hita en su obra de 1616 (Pérez de Hita, 1847: 402). Aquel mismo año, en 1570, los Navarro encontraron asiento en la bancada de los regidores, en la que permanecieron generación tras generación hasta 1635 (Owens, 1979-1980: 110-111). Los Martínez Galtero habían recuperado su posición en el cabildo en 1568 (Owens, 1979-1980: 105) y también mantendría una presencia continua como regidores. Sin embargo, su intervención política marca una pauta diferente a la habitualmente seguida por otros linajes: a lo largo del tiempo ocuparon asientos diferentes, por lo que sus regidurías no pueden considerarse familiares, sino tal vez clientelares, vinculadas siempre a los linajes del bando Riquelme.

En 1619 Antonio Martínez Galtero, regidor y procurador, dejó constancia de sus servicios a la Corona asegurando que «siempre he servido a su Majestad no solo con mi persona sino con las de mis parientes y amigos, que tengo muchos en aquel cabildo y en estas presentes Cortes»[73]. Remarcaba que sus padres y abuelos habían servido en Italia y Flandes, «y otras partes en la guerra de Granada llevando compañía de soldados a su cargo (…) en los socorros de Orán con mis armas y caballos a mi costa y así mismo en los socorros de Cartagena y su costa». Por ello

71. Luis de Mármol Carvajal dedica el capítulo XIX de su *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada* (Málaga, 1600) al choque entre las fuerzas de Aben Humeya y el marqués de los Vélez en Berja. Resume la intervención de los capitanes de infantería en los siguientes términos: «Pasado pues el primer ímpetu del temor, que los había hecho retirar a los cuerpos de guardia, los caballeros Fajardos, y los capitanes Gualtero, Mora y León, que tenían a cargo la infantería, con hasta quinientos soldados resistieron, y acudiéndoles la gente que aún no se había acabado de recoger a las banderas, pelearon valerosamente con los porfiados enemigos, que trabajaban por salir con la victoria, y matando [a] muchos de ellos, los hicieron detener.»

72. «Y aunque se señaló en muchas ocasiones, en la villa de Berja, principalmente hizo una suerte de gran capitán, y gran soldado, pues viniendo los moros sobre ella con excesivo número de gente (…) les dio una ruciada de arcabucería tan recia, que mató [a] muchos y hirió más, y luego con su espada en la mano se metió en ellos, haciendo gran riza; y a imitación suya, y de gran valor, acometió su gente, hiriendo, y matando, de la cual salió una voz alta, que huyen los moros; y fue tan milagrosa, que con ella, y con ver el gran estrago que hacía el capitán, y su gente, se retiraron los moros a gran priesa desbaratados, dándose la gloria de esta victoria al gran valor del capitán.» (Cascales, 1621: f. 333r.).

73. AGS, PTR, Leg. 90, Doc. 236.

pedía para sí una alcaldía en Cartagena o un corregimiento y para su hijo Tomás un hábito de la Orden de Santiago. Finalmente, Tomás fue nombrado caballero en 1630, poco después de tomar posesión de una regiduría en el cabildo murciano[74]. Tal vez animado por el éxito de su primo, el también regidor Francisco Martínez Galtero hizo lo propio, con igual afortunado resultado[75]. Mientras el campo de batalla y la sala capitular funcionaban como instrumentos de reconocimiento para los miembros masculinos de su familia, para Inés Martínez Galtero lo fue la celda del convento de Santa Ana, donde pasó sus días como monja dominica. En 1634 su *Justa poética* dedicada a Santa Lucía fue publicada en una imprenta de Orihuela.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN. MAL DE ESCALAS: MEMORIAS E HISTORIAS

Hoy los archivos y espacios urbanos y sus extensiones rurales conservan hilachas de una historia que puede ser enfocada como familiar, local o de una Monarquía global en la que las repúblicas urbanas y quienes las representaron jugaron un papel fundamental. Los estudios sobre las élites han utilizado a estos grupos de autoridad como espejos de las sociedades del Antiguo Régimen. Han indagado en sus comportamientos, expectativas y valores para comprender nuestro pasado. Estas mismas élites generaron los instrumentos para trascender en el tiempo: diversos dispositivos (el libro, la capilla, una placa en la plaza, escudos tallados en piedra, retratos en lienzos y tapices conmemorativos) publicitaban una preeminencia que aspiraba ser intemporal. Sujetos a una serie de requisitos que evaluaban su idoneidad y calidad, los linajes principales defendieron su merecimiento argumentando un servicio a la Doble Majestad continuado, diversificado y cada vez más documentado. Mimetizados con el espacio que lideraban imprimieron en él sus nombres (la mayoría de las veces, pero no necesariamente, encriptados en símbolos heráldicos) y el archivo del cabildo actuó como resguardo de su honor. Inscripciones y monumentos en la ciudad y topónimos y mojones en la huerta y los campos adyacentes exponían su superioridad a propios y ajenos. Mientras, los papeles permitían rastrear la antigüedad de los méritos que reafirmaban la idea de privilegio generación tras generación.

En Murcia es difícil percibir arquitectónica y urbanísticamente la ciudad del Quinientos y del Seiscientos, pero los fondos archivísticos son abundantes para rastrear las estrategias utilizadas por su élite para investirse de prestigio en aquellas centurias. La historiografía ha dado cuenta de ello, pero en términos generales la atención se ha detenido sobre la casa Fajardo —favorecida por el acceso a los fondos del Archivo General de la Fundación Casa Medina Sidonia— y aquellos linajes que

74. AHN, OM-CABALLEROS_SANTIAGO, Exp. 4959.
75. AHN, OM-CABALLEROS_SANTIAGO, Exp. 8089.

accedieron al señorío y, dentro de ellos, en las ramas de sus titulares y herederos. Es decir, el análisis ha girado principalmente en torno a la idea de la nobleza y su representación a través de las dinámicas de obtención y transferencia de los elementos que identificaban de manera más evidente al estamento privilegiado, como el mayorazgo y los hábitos de órdenes militares. En esta línea los factores políticos, militares y económicos han sido considerados como subsidiarios cuando no han podido ser considerados con claridad como valores añadidos. Como consecuencia, han sido desatendidas no sólo actividades, sino incluso prebendas regias tan lucrativas como disonantes con una elevada idea del honor. Un ejemplo anecdótico puede ser el de la merced por la que Pedro de Zambrana y Ginesa Corella pleitearon entre 1550 y 1555: la propiedad de las mancebías de Granada[76].

Algo parecido ha sucedido con las mujeres, identificadas como instrumentos de conexión, cumpliendo con sus papeles como esposas y madres. Sin embargo, como hemos visto, se manifestaban como agentes fundamentales en el gobierno de los linajes cuando, con no poca frecuencia, recaían sobre ellas las herencias y se hacían cargo de la gestión de amplios capitales personales o familiares y de las actuaciones frente a la justicia en defensa de sus intereses propios o de sus parientes masculinos[77].

De alguna manera la historiografía más reciente ha redundado en el camino trazado por los historiadores pioneros, quienes cuidadosamente seleccionaron tanto sus sujetos históricos como sus documentos de referencia (De Certeau, 1999: Capítulo 2). Este recurso a las fuentes permite contrarrestar la influencia de la tradición —perniciosa, en tanto manipulable—, una marca clave del quehacer histórico moderno (Arendt, 1996: 31-32). Una vez cortado el viejo hilo, que con tantos tramos inciertos ataba la generación viva con las experiencias de sus ancestros, los historiadores de la Edad Moderna tejieron un nuevo puente entre el pasado y el futuro, categórico gracias al soporte documental.

El principal objetivo de estas historias urbanas y linajudas era convertirse ellas mismas en fuentes. Para ello ofrecían una nueva mirada retrospectiva que permitía la liberación de un pasado pautado por la memoria colectiva. No obstante, la

76. En 1550 Pedro de Zambrana pidió la confirmación de esta merced (AGRM, NOT, 69, fol. 66), que desde 1520 había pertenecido al hermano de su suegro, Ximén Corella Fajardo (AGRM, FR, AGS, R-38/180). Su primer propietario había sido Alonso Yáñez Fajardo, concedida por los Reyes Católicos, en 1487, en reconocimiento de sus acciones de conquista en el reino de Granada. La solicitud de Pedro fue respondida por Gómez Fajardo y Francisca Fajardo (AGRM, NOT, 70, fol. 88v.). Los matrimonios enfrentados llegaron a un acuerdo en 1555, en beneficio de los herederos de Pedro y Ginesa (AGRM, NOT, 95, fol. 217).

77. Los fondos documentales del Archivo del Conde del Valle de San Juan, hoy gestionado por el Ayuntamiento de Calasparra, pueden abrir vías de estudio sobre el papel de las mujeres de linajes principales murcianos.

tradición seguirá condicionando la *actualización* de sus contenidos[78]; mientras que, como productos de una cultura católica, su falta de imparcialidad o de objetividad no plantearían mayores problemas: estando la verdad absoluta reservada al Creador, los historiadores eran instados a *fabricar* verdades históricas, en las que debían imprimirse, entre críticas y alabanzas, las motivaciones y los objetivos más sublimes de los hombres, no sus acciones (Arendt, 1997: 57-59 y 65). De este modo, los *Discursos históricos* se despliegan como un relato de proezas (no exactamente de hechos), atribuibles a la ciudad de Murcia (es decir, al grupo que se identificaba con ella, su élite) y contextualizadas en marcos de referencia más amplios: los reinados. En el «Discurso de los linajes» la élite local se disgrega, exponiendo las particularidades y armonizando las trayectorias de cada uno de sus miembros. Así vemos como el mayor atributo de estas familias principales era reproducir el poder, a través de relaciones familiares y oficios concejiles. El gobierno, por tanto, de la casa y de la república, definía la identidad individual y colectiva de este grupo y justificaba su posición.

Al inicio del artículo señalábamos como protagonistas de la historia de la ciudad de Murcia a unos linajes principales urgidos por el peso de una memoria colectiva que en las décadas de la centuria precedente se había cargado con el imaginario de una élite indigna, manchada por la herejía, cuyos orígenes judeoconversos explicaban los problemas de la república. El propio desarrollo de la investigación sobre los linajes de los Guzmán y de los Junterón formula otra pregunta: ¿Quién *no* formó parte de esta historia? ¿Cómo explicamos estas ausencias? ¿Se trata simplemente de vidas que pasaron desapercibidas en su tiempo? Recientemente María Ángeles Martín Romera (2019) ha analizado el escándalo desatado en 1594 en la ciudad de Murcia (con altisonantes ecos en la Corte), cuando el corregidor Fernando de Vera y Vargas fue acusado de sodomía. Numerosos testigos confirmaron el trato especial que el extremeño tenía con el joven Luis de Roda, hijo del regidor Pablo de Roda y, por tanto, sobrino de los licenciados Roda y del arcediano Antonio de Roda. La autora destaca la falta de referencias documentales en los archivos murcianos sobre este suceso e incluso sobre el propio corregidor Vera y Vargas[79]. Esto a pesar de que

78. «La tradición tiene mucha fuerza», afirma el licenciado Cascales en sus *Discursos históricos* (Cascales, 1621: f. 348v.). Una muestra de la importancia que la memoria colectiva tuvo en las dinámicas sociales de la España de los siglos XVI y XVII es la figura de los linajudos. Estos sujetos comerciaban con los conocimientos (y las emociones) que la comunidad acumulaba sobre cada uno de sus miembros, una *historia de la vecindad* transmitida de voz en voz, que en malas manos podía alcanzar tintes criminales (Soria Mesa, 2010).

79. Díaz Serrano (2014) ha analizado la falta de referencias tanto en los *Discursos históricos* como en la documentación local a los principales murcianos que desarrollaron sus trayectorias fuera del reino de Murcia, destacando el caso de aquellos que probaron fortuna en América con éxito.

los registros del proceso, desarrollado en Murcia y conservado hoy en Simancas, insisten en tratarlo como un asunto «que es público en toda la tierra», «que se dice muy públicamente» (Martín Romera, 2019: 159).

El caso fue abordado por los propios acusados como un juicio político relacionado con los bandos de la ciudad, debido a la indisimulada amistad del corregidor con los Roda desde el inicio de su mandato[80]. La estrategia de defensa no fue exitosa y tras varios meses de pesquisas fueron declarados culpables. Luis fue condenado a diez años de destierro. No sabemos qué sucedió después con él. Pudo haber cumplido su condena con mejor o peor fortuna o haber sido absuelto en instancia superiores, como ocurrió con el corregidor. Lo cierto es que desapareció de los registros familiares: según la descripción de su linaje el regidor Pablo de Roda nunca tuvo un hijo llamado Luis, lo que quería decir que, en contra de lo que pudiera imprimir la opinión común en la memoria colectiva, ni los Roda ni los Junterón (Luis era hijo de Juana Jaymes de Junterón) habían sido manchados con el «crimen nefando, ese que no merece tener nombre, destructor del orden natural y por tanto punible por la justicia divina»[81].

¿Hasta qué punto la versión del historiador vencía a otras formas de representación y salvaguarda del pasado en una sociedad envuelta en noticias, rumores, chismorreos, que circulaban libremente, de casa en casa, de generación en generación? ¿Se convirtió la corografía en una fuente por sí misma? Recuperemos el caso de los Galtero, afamados soldados, cuya nobleza había quedado inscrita en los registros de la ciudad desde el nombramiento de Francisco Martínez Galtero como alcalde de la Hermandad del Estado de los Hijosdalgo en 1522 (Cascales, 1621: f. 333r.). Un siglo más tarde, el memorial sobre la calidad de Antonio Martínez Galtero hecho con motivo de su solicitud de un hábito de Calatrava incluyó, entre otros, el testimonio de Pedro de Zambrana Fajardo Guerrero. Este contó que su abuela, Ginesa Corella, y sus tías, Luz y Catalina de Zambrana, solían hablar de «dieciocho o veinte linajes de personas nobles hidalgas» en la ciudad de Murcia (recordemos que el licenciado Cascales apunta más de 200)[82]. Señaló que entre ellos no se encontraban los apellidos del pretendiente y remitió a los registros de los caballeros de cuantía

80. La acusación de parcialidad fue investigada en el juicio de residencia, quedando absuelto. En ese contexto Vera y Vargas negó sus amistades con los Roda, que sí utilizó en su defensa en el juicio por sodomía (Martín Romera, 2019: 164-165).

81. Definición en la *Pragmática contra la sodomía*, publicada en 1487, todavía vigente a finales del siglo XVI, con algunas modificaciones introducidas durante el reinado de Felipe II para endurecerla.

82. AHN, OM-CABALLEROS_SANTIAGO, Exp. 4959. La referencia remite al expediente de Tomás Martínez Galtero sobre su hábito de Santiago, fechado entre 1629 y 1630. En él se incluye el expediente generado por la solicitud infructuosa del hábito de Calatrava de su padre, fechado entre 1619 y 1620.

para testear su condición pechera. Zambrana, que entonces era regidor y caballero de Santiago, aclaró que su valoración se basaba en «la razón que la pública fama [tiene], y el estado que entonces tenían estos linajes». Esto ponía de manifiesto una contravención entre la *opinión pública* y los documentos escritos: una ejecutoria de hidalguía que se guardaba en el archivo del cabildo desde 1568 y el elogioso registro que el licenciado Cascales ya había incorporado en sus *Discursos históricos* y que en ese momento estaban a punto de ser llevados a la imprenta.

En realidad, fueron muchos los testigos que hablaron mal de Antonio Martínez Galtero. No solo denunciaron sus ascendencias judías y moras, sino que lo señalaron como un hombre de mal talante, pendenciero, ladrón, que bebía y comía en exceso y había estado amancebado, «dando [la] nota en la ciudad y escandalizando cada día el barrio en que vivía y vive»[83]. Lo opuesto a la imagen de un caballero. Los comisarios concluyeron que se trataba de rumores infundados y malintencionados y emitieron un informe positivo, que, sin embargo, no fue tenido en cuenta por el Consejo de Órdenes y Antonio Martínez Galtero perdió el hábito para el que la Corona le había propuesto. Esta situación nos permite reflexionar sobre las relaciones entre los linajes también en términos conflictivos y sobre los contrapesos entre las instancias centrales y los ámbitos locales. Los servicios a la Doble Majestad no eran discutibles, pero sí los afectos entre deudos y vecinos.

Desde finales del siglo XVI los Galtero abrieron varios frentes judiciales contra sus homólogos en la ciudad de Murcia[84]. De hecho, fueron los principales instigadores contra el corregidor Vera y Vargas. Con ello pusieron en entredicho el honor del propio gobierno de la república e incluso de su propia red de parentesco y clientelismo. Tal vez fue esta actitud litigante lo que devaluó la imagen de estos documentados hidalgos notorios, pero hubo otro asunto que también pudo haber provocado el quiebre de sus relaciones con otros linajes principales: su identificación como *señores de la seda*. Es decir, como promotores en las Cortes de medidas para restringir la importación a la Península de la seda procedente del Lejano y Medio Oriente. Su objetivo era revalorizar su cultivo en los campos castellanos y

83. Así lo expresaba Juan de Jumilla en un memorial escrito contra Antonio Galtero y enviado al Consejo de Órdenes desde Granada en noviembre de 1620, que fue incluido en su expediente del hábito de Calatrava (AHN, OM-CABALLEROS_SANTIAGO, Exp. 4959).

84. Destacamos el valor de los porcones como puntos de referencia de estas disputas. Antonio Martínez Galtero pleiteó en 1601 contra Fernando de Sandoval y Ayala por el mayorazgo de Francisco de Oluja [Biblioteca de la Universidad de Sevilla, Fondo Antiguo, A 110/123(10)] y en 1616 contra Luisa Guil por los emolumentos y beneficios de los oficios de regidor y procurador en Cortes [BNE, Porcones/1174(20)], un conflicto que su viuda extendió hasta 1637 [BNE, Porcones/1111(27)]. Poco después Tomás Martínez Galtero inició un proceso contra María Carrillo, tras quedar viuda de Pedro de Balibrera [BNE, Porcones/272(35)]. En la RAH se conserva un pleito de Alonso Martínez Galtero y su hija Isabel Galtero contra Pedro de Castañero Riquelme, presentado en Granada en 1627 [RAH, 14/11489(30 y 31)].

valencianos, una propuesta que atentaba contra los intereses de quienes basaban su fortuna en los intercambios comerciales con Asia[85].

En 1630 el hijo de Antonio Martínez Galtero, Tomás, fue nombrado caballero de la Orden de Santiago. Pedro de Zambrana Fajardo Guerrero también testificó en esta investigación y lo hizo a favor del pretendiente. Valoró positivamente la calidad del linaje Galtero, un cambio de opinión que tuvo que explicar a los comisarios. Confesó que en su declaración anterior se había dejado llevar por su enemistad con Antonio: «porque siendo regidor hubieron entre sí disgustos sobre cosas del gobierno». Alegó además no saber entonces que el linaje tenían ejecutoría de hidalguía ganada en Granada, información que «ha oído este testigo muchas veces después». No podemos saber de quién o dónde lo oyó, pero podemos estar (casi) seguros de que lo leyó: en los ya publicados *Discursos históricos* del licenciado Cascales.

Para calibrar el aporte de estas historias urbanas y linajudas al conocimiento histórico es necesario contrastar y completar su relato con otras informaciones documentadas y relacionar su producción con otras formas locales de representación y conmemoración del pasado. Muy recientemente autores como Judith Pollmann han llamado la atención sobre la falta de análisis específicos sobre la memoria durante la Edad Moderna. La conclusión general es que esta ha sido abordada principalmente desde los paradigmas suscitados por el cambio de conciencia histórica que tuvo lugar a partir de la cultura ilustrada y especialmente durante el periodo contemporáneo (Kuijpers, Pollmann, Müller, Steen, 2013; Pollmann, 2017)[86]. Las corografías pugnaron para que sus contenidos predominaran en la opinión generalizada sobre lo acontecido. Sus irregulares resultados permitieron la vigencia de diversas evocaciones de lo histórico y, con ello, la compatibilidad de diferentes discursos identitarios, hasta que los Estados-nación zanjaron estas disputas con historias nacionales unificadoras de pasados y, sobre todo, de destinos[87].

Como fuentes estas primeras historias locales permiten gestionar las escalas. Para momentos que replantean el sentido de marginalidad, estas historias ahondan en la autonomía de espacios señalados como periféricos por una historiografía

85. Domingo Centenero se ha encargado de analizar esta corriente proteccionista en torno a la producción y al comercio de la seda, en la que los principales murcianos tuvieron un protagonismo evidente (2022).

86. Este tipo de reflexiones parecen anticipadas desde estudios sobre América, con trabajos como los de Rappaport (1990) y Matthew (2012). Estas líneas de investigación complementan las más desarrolladas sobre la escritura de las crónicas y las historias oficiales para el mismo periodo sobre España orientados por trabajos como los de Kagan (2010) y más recientemente Ostenfeld-Suske (2014), así como el análisis de elementos históricos en las representaciones del poder en la Monarquía Hispánica de Carrió-Ivernizzi (2007).

87. Una visión general del desarrollo historiográfico español en García Cárcel, 2004. En este libro colectivo se destaca un tardío arranque, datado por Cuart Moner a mediados del siglo XVI, y un irregular desarrollo, marcado por corrientes ideológicas en conflicto.

centralizadora. La necesidad de superar las limitaciones interpretativas de las historias nacionales ha impulsado la perspectiva global como un elemento historiográficamente renovador. No obstante, la eliminación del marco nacional ha vectorizado el análisis histórico hacia las dinámicas globalizadoras —que, en efecto, caracterizaron a la primera modernidad—, sin resolver el lugar de lo local. Se trata de una demanda característica de la Microhistoria, que desde la teoría ha buscado diversas vías de materialización[88]. La *nueva historia global* asume «la necesidad de considerar al mismo tiempo lo «local» y lo «global»» (Yun Casalilla, 2019: 19). Sin embargo, en esta integración de escalas la historia local adopta una función basal, útil para incorporar lo diverso y acercar lo lejano a un marco interpretativo cuyo principal interés es en todo caso la gran escala, «lo universal»[89].

La movilidad de Luis de Guzmán, Gil Rodríguez de Junterón, Jerónimo de Roda o Lázaro Usodemar permite su localización en múltiples escenarios. Como hombres de negocios, armas o Iglesia son fácilmente identificables como agentes de una monarquía planetaria, ¿pero cómo se insertan en este patrón Bernardino de Guzmán o Luz de Zambrana, cuyas vidas (que sepamos) trascurrieron en un único espacio, apartado además de las grandes concurrencias imperiales? Podríamos resolver la cuestión diciendo que se hicieron partícipes de lo global a través de sus prácticas cotidianas, vigentes en las cuatro partes de mundo conocidas gracias a la expansión hispánica. Sin embargo, se trataría de una respuesta evasiva, que sin mala intención situaría a estos sujetos históricos dentro de las inercias sociales y culturales de su tiempo y, sin entidad, en el margen de una historia que potencia una nueva centralidad: la de los sujetos de acción y en movimiento[90].

Los archivos también han sufrido un *mal de escalas*: las investigaciones han sido orientadas hacia los archivos estatales cuando esperaban ofrecer visiones amplias o hacia archivos regionales o municipales cuando su proyección era más limitada. Así, historiográficamente lo global es asimilado a los asuntos del rey, que tejen *per se* una red de relaciones entre los diferentes territorios de la Monarquía, mientras que lo local remite a la particularidad del caso de estudio, que con dificultad escapa al análisis autorreferente. La articulación entre los espacios y los sujetos centralizados y los marginalizados historiográficamente es un reto persistente para la escritura de la historia. La forma de atajarlo puede estar guiado por una primera articulación de estos corpus documentales, hoy favorecida en gran medida por el acceso digital tanto a los catálogos de archivos y bibliotecas como a la propia documentación.

88. Destacamos las propuestas compiladas en Revel (1996), los análisis de Trivellato (2011) y los balances de Levi (2019).

89. La vigencia y complejidad del debate fue puesta de manifiesto en el intercambio protagonizado por Drayton y Montadel con Adelman y Bell (2018).

90. La necesidad de la movilidad como sustento metodológico de la *microhistoria global* ha sido recogida, sin problematización, por Bertrand y Calafat (2018: 12-13).

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, H. (1996). *Entre pasado y futuro*. Barcelona: Ediciones Península.

Arias de Saavedra Alías, I. (2015). Un ejemplo de Historia local en la España moderna: las corografías granadinas. En J. J. Iglesias Rodríguez et al. (coords.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna: Actas de la XIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna* (pp. 2289-2301). Sevilla: Universidad de Sevilla.

Bertrand, R. y Calafat, G. (2018). La microhistoire globale : affaire(s) à suivre. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 73/1, 3-18.

Cabrera de Córdoba, L. (1619). *Felipe II, rey de España*. Madrid: Luis Sánchez.

Carrió Ivernizzi, D. (2007). Los usos del pasado en la corte virreinal de Nápoles (1666-1672). *Pedralbes: Revista d'historia moderna*, 27, 151-172.

Cascales, F. de (1621). *Al buen genio encomienda sus discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*. Murcia: Luis Beros.

Centenero de Arce, D. (2009). *¿Una Monarquía de lazos débiles? Veteranos, Militares y Administradores 1580-1621* [Tesis doctoral no publicada]. Instituto Europeo de Florencia.

Centenero de Arce, D. (2012). *De repúblicas urbanas a ciudades nobles. Un análisis de la evolución y desarrollo del republicanismo castellano (1550-1621)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Centenero de Arce, D. (2017). ¿Republicanismo castellano? Una visión entre las historias de las ciudades y las Actas Capitulares. En M. Herrero Sánchez (ed.), *Repúblicas y republicanismo en la Europa moderna, siglos XVI-XVIII* (pp. 127-156). Madrid, FCE.

Centenero de Arce, D. (2022). Resistencias a la primera globalización. Sedas chinas y persas, situación americana, contestación castellana y dinámicas imperio-comerciales durante el reinado de Felipe III. *Cuadernos de Historia Moderna*, 47 (1), 87-111.

Centenero de Arce D. y Díaz Serrano, A. (2009). La reconstrucción de una identidad hidalga: caballeros de cuantía en la ciudad de Murcia durante los siglos XVI y XVII. En E. Soria Mesa, J. Bravo Caro y J.M. Delgado Barrado (coords.), *Las élites en la época moderna* (Volumen IV, pp. 95-106). Córdoba: Universidad de Córdoba.

Contreras Contreras, J. (1992). *Sotos contra Riquelmes*. Madrid: Anaya/Mario Muchnik.

Cuart Moner, B. (2011). *Una mentira hermosa y aparente de antigüedad*. Héroes, fundadores, ciudades y libros de Historia. En S. Truchuelo et al. (eds.), *Civitas: expresiones de la ciudad en la Edad Moderna* (pp. 19-52). Santander: Universidad de Santander.

Drayton, R. y Motadel, D. (2018). Discussion: the futures of global history. *Journal of Global History*, 13, 1-21.

De Certeau, M. (1999). *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Díaz Serrano, A. (2014). *Ocasión de haberse ausentado muchos de esta ciudad*. Los principales de la ciudad de Murcia y América (siglos XVI y XVII). En M.M. Campillo Méndez y J.J. Ruiz Ibáñez (eds.), *Felipe II y Almazarrón: La construcción local de un Imperio global. Sostener, gobernar y pensar la frontera* (pp. 477-496). Murcia: Editum-Red Columnaria.

Díaz Serrano, A. (2022). *El gobierno de las distancias. Las repúblicas de Murcia y Tlaxcala en el siglo XVI*. México, FCE.

Domínguez Ortiz, A. (1981). Reseña: F. Cascales. Discursos históricos de la ciudad de Murcia y su Reino. *Áreas: Revista internacional de ciencias sociales*, 1, 130-131.

García Cárcel, R. (2004). *La construcción de las historias de España*. Madrid: Marcial Pons.

Gil Pujol, F. X. (2003). *Tiempo de política: perspectivas historiográficas sobre la Europa moderna*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Girón Pascual, R. M. (2013). *Las Indias de Génova. Mercaderes genoveses en el Reino de Granada durante la Edad Moderna*. [Tesis doctoral, Universidad de Granada]. https://digibug.ugr.es/handle/10481/25160

Gomariz Marín, A. (ed.) (2000). *Colección de documentos para el Reino de Murcia. Documentos de los Reyes Católicos (1492-1504)*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio.

Gomariz Marín, A. (ed.) (2006) *Colección de documentos para el Reino de Murcia. Documentos de Juana I (1505-1510)*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio.

Guillamón Álvarez, F. J. et al. (1996). Una oligarquía urbana en tiempos de reformas (Murcia, 1621-1627). *Studia Historica. Historia Moderna*, 14, 115-140.

Hernández Franco, J. (1998). El reencuentro entre historia social e historia política en torno a las familias de poder: Notas y seguimiento a través de la historiografía sobre la Castilla moderna. *Studia Historica. Historia Moderna*, 18, 179-200.

Hernández Franco, J. y Peñafiel Ramón, A. (1998). Parentesco, linaje y mayorazgo en una ciudad mediterránea: Murcia (siglos XV-XVIII). *Hispania*, LVIII/I, 198, 157-183.

Herrera, A. de (1601). *Historia general del mundo*. Madrid: Miguel Serrano de Vargas.

Irigoyen López, A. (2005). Territorio, familia y patronazgo en la Iglesia castellana del Antiguo Régimen. En I. Amorim et al., *Em torno dos espaços religiosos: monásticos e eclesiásticos. Actas do Colóquio de Homenagem a Frei Geraldo Coelho Dias* (pp. 53-63). Oporto: Universidade do Porto.

Kagan, R. (1995). La corografía en la Castilla moderna. Género. Historia. Nación. *Studia Historica. Historia Moderna*, 13, 47-59.

Kagan, R. (2010). *Los Cronistas y la Corona. La Política de la Historia en España en las edades Media y Moderna*. Madrid: Marcial Pons.

Kuijpers, E., Pollmann, J., Müller, J. y Steen, J. van der (eds.) (2013). *Memory before Modernity. Practices of memory in Early Modern Europe*. Leiden/Boston: Brill.

Levi, G. (2019). *Microhistoria*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Mármol Carvajal, L. de (1600). *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*. Málaga: Juan Renés.

Matthew, L. E. (2012). *Memories of Conquest. Becoming Mexicano in Colonial Guatemala*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Mazín, O. y Ruiz Ibáñez, J. J. (coods.) (2012). *Las Indias Occidentales. Procesos de integración territorial a las Monarquías Ibéricas*. México: El Colegio de México.

Méndez Apenela, E. (2009). Notas sobre la circulación del señorío de Albudeite. *Murgetana*, 120, 9-68.

Méndez Apenela, E. (2009). Tres episodios en la vida de Alonso Fajardo de Soto. *Murgetana*, 121, 65-98.

Ostenfeld-Suske, K. K. von (2014). *Official Historiography, Political Legitimacy, Historical Methodology, and Royal and. Imperial Authority in Spain under Phillip II, 1580-1599* [PhD Dissertation, Columbia University]. https://academiccommons.columbia.edu/doi./10.7916/D8T43R1J

Owens, J. B. (1979-1980). Los regidores y jurados de Murcia, 1500-1650. Una guía. *Annales de la Universidad de Murcia (Filosofía y Letras)*, Vol. 38, N.º 3, 95-147.

Owens, J. B. (1980). *Rebelión, monarquía y oligarquía murciana en la época de Carlos V*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio.

Pérez de Hita, G. (1847). *Guerras civiles de Granada*. Granada: Manuel Sanz.

Pollmann, J. (2017). *Memory in Early Modern Europe, 1500-1800*. Oxford University Press, 2017.

Rappaport, J. (1990). *The politics of memory. Native historical interpretations in the Colombian Andes*. Cambridge University Press.

Rey Castelao, O. (2011). Las ciudades sin historia o la cronista pobre del noroeste castellano, 1580-1650. En S. Truchuelo; R. López y M. Torres (eds.), *Civitas: expresiones de la ciudad en la Edad Moderna* (pp. 53-72). Santander, Universidad de Santander.

Revel, J. (dir.) (1996). *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard et Le Seuil.

Ruiz Ibáñez, J. J. (1997). Familias de servicio, servicios de familia: sobre el origen linajudo de la participación en la administración militar de la Monarquía. Murcia (1556-1626) (pp. 165-176). En J. Casey y J. Hernández Franco (eds.), *Familia, parentesco y linaje*. Murcia: Universidad de Murcia.

Ruiz Ibáñez, J. J. (1995). *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo. Murcia, 1588-1648*. Murcia: Universidad de Murcia.

Soria Mesa, E. (2004). Genealogía y poder. Invención de la memoria y ascenso social en la España moderna. *Estudis*, 30, 21-55.

Soria Mesa, E. (2010). Los linajudos, honor y conflicto social en la Granada del Siglo de Oro (pp. 401-427). En J. J. Lozano Navarro y J. L. Navarro (coords.), *Violencia y conflictividad en el universo barroco*. Editorial Comares.

Soria Mesa, E. (2020). En los límites de la herencia inmaterial. La usurpación de apellidos en la España moderna como la estrategia de ascenso social. En J.I. Fortea Pérez et alii (coords.), *Monarquías en conflicto. Linajes y noblezas en la articulación de la Monarquía Hispánica*. Madrid: Fundación Española de Historia Moderna-Universidad de Cantabria.

Torres Fontes, J. (1992-1993). En la raya de los dos reinos: Beniel medieval. *Anales de la Universidad de Alicante: Historia medieval*, 9, 145-160.

Torres Fontes, J. (1996). El Señorío de Albudeite en el siglo XVI. *Murgetana*, 93, 59-77.

Trivellato, F. (2011). Microstoria, storia del mundo e storia globale. En P. Lanaro (ed.), *Microstoria: a venticinque anni da l'eredità immateriale* (pp. 119-132). Milan: Franco Angeli.

Villella, M. (2002). Don Gil Rodríguez de Junterón: Architettonico e Artistico tra Roma e Murcia. *Anuario de Historia y Teoría del Arte (UAM)*, XIV, 81-102.

Yun Casalilla, B. (2019). *Historia global, historia transnacional e historia de los imperios. El Atlántico, América y Europa (siglos XVI-XVIII)*. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

ABREVIATURAS DE REFERENCIAS DE ARCHIVOS

AC: Actas Capitulares
AGI: Archivo General de Indias
AGRM: Archivo General de la Región de Murcia
AGS: Archivo General de Simancas
AHN: Archivo Histórico Nacional
AMMU: Archivo Municipal de Murcia
AMMUL: Archivo Municipal de Mula
BNE: Biblioteca Nacional de España
RAH: Real Academia de la Historia

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441345365

ARQUITECTURA DEL PAN: ATAHONAS Y HORNOS EN LA SEVILLA DEL SIGLO DE ORO[1]

Architecture of bread: Flour mills and bakeries in 16th-Century Seville

María NÚÑEZ-GONZÁLEZ

Universidad de Sevilla
mngsevilla@gmail.com

Fecha de recepción: 15/03/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: Moler el trigo, hacer la masa para el pan, amasarla y cocerla eran actividades cotidianas en la Sevilla del siglo XVI que se realizaban en los asientos de atahonas y en los hornos (tanto domésticos como comerciales), que bien podían formar parte de una casa o constituir un espacio propio. Según nos indican las fuentes documentales escritas y gráficas consultadas, eran inmuebles repartidos por la ciudad, con aparejos, elementos constructivos y espacios propios del oficio: piedras de atahona, pajares, caballerizas, estantes de madera, poyos, capillas o bóvedas de los hornos, cámaras o palacios para almacenar la leña, entresuelos y en la mayoría de los casos pozos. El análisis arquitectónico de estas tipologías edificatorias se apoya en dibujos en planta de los inmuebles basados en las descripciones de los apeos.

Palabras clave: tahona; horno; panadería; Sevilla; siglo XVI.

ABSTRACT: Milling wheat, making dough, kneading and cooking bread were daily activities in 16th-Century Seville. These works were carried out

1. Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i «Vestir la casa: espacios, objetos y emociones en los siglos XV y XVI», PGC2018-093835-B-100, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ y FEDER «Una manera de hacer Europa». IP: María Elena Díez Jorge

in the flour mills (*asientos de atahona*) and in the ovens (both domestic and commercial), which could either be part of a house or constitute their own space. According to the written and graphic documentary sources consulted, they were buildings scattered around the city, with rigging, construction elements and spaces typical of the trade: *atahona* stones, haystacks, stables, wooden shelves, benches, oven vaults, chambers or rooms for storing firewood, mezzanines and in most cases wells. The typological analysis is supported by plan drawings of the buildings based on the descriptions of the surveys.

Keywords: flour mill; oven; bakery; Seville; 16th century.

1. INTRODUCCIÓN

Ningún alimento ha sido tan básico y necesario en la dieta de los europeos desde la edad Media como el pan. Por fuentes documentales, literarias e iconográficas sabemos que sin pan, fuese hecho de trigo, de centeno o de otros cereales y semillas, no se entendería la alimentación de los últimos cinco siglos, y ni siquiera ahora en el siglo XXI se prescinde de él, aunque el consumo haya sufrido un retroceso en los países más desarrollados. Por sus virtudes nutritivas ocupaba un lugar prioritario en la dieta, pero también era fundamental su influencia en la política, la fiscalidad, la economía, pues su falta o su carestía, en coyunturas difíciles, provocó hambre y desnutrición a lo largo y ancho de Europa, y con ella multitud de revueltas y alteraciones populares contra los poderosos que especulaban con su escasez o contra las autoridades encargadas de velar por su abastecimiento y de fijar los precios (León, 1979; Domínguez-Ortiz, 1973).

Se explica, de ese modo, que la agricultura moderna estuviese basada fundamentalmente en el cultivo de cereales panificables (trigo, cebada, centeno), que hubiese un comercio continental a gran escala especialmente de trigo y que la industria del pan estuviese presente en todos las regiones y ciudades de Europa (Braudel, 1984) (García-Baquero, 2006). El consumo difería de unos lugares a otros: se estima que en las ciudades castellanas y mediterráneas del siglo XVI se consumían dos quintales de trigo por persona y año (Braudel, 1980: 557), y algo más se ha calculado para Sevilla a mediados de aquel siglo: los acogidos y los sirvientes del hospital de santa Marta consumían un promedio de media hogaza diaria por persona, el equivalente a una pieza de pan de tres cuartos de kilo (Núñez-Roldán, 2004: 185).

Para asegurar el abastecimiento existía en Sevilla en la collación de Santa Catalina, una alhóndiga del trigo que era almacén e institución reguladora al mismo tiempo. Contaba con ordenanzas propias desde 1478, momento en el que culmina la fase de desarrollo y ampliación de la antigua «casa de la alhóndiga» iniciada tras la

conquista (Castillo, 2005: 615). Los productores e importadores estaban obligados a conducir el trigo para ser vendido bajo su supervisión (Castro, 1987) y se alzaba con jurisdicción propia (horca, cuchillo, cárcel y prisiones) (Morales, 1977: 136). De orígenes medievales, estando la ciudad bajo dominio islámico, ese gran receptor, distribuidor y lugar de venta, asignaba y procuraba a los atahoneros y panaderos una cantidad de trigo diaria para su molienda y cocción (Bosch Vilá, 1984: 318) (Gordo Peláez, 2007). Además, la importancia de esta institución en momentos de hambre y escasez queda reflejada en la redacción, como ya se ha mencionado anteriormente, de estatutos y ordenanzas propias y que su administración, a partir de 1584 estuvo a cargo del Consejo de Castilla.

Fue de esta manera como, a medida que Sevilla creció, se multiplicaron las atahonas y los hornos, repartidos por todas las collaciones, hasta convertirse en elementos urbanos característicos de la industria del pan, que a pesar de haber evolucionado se ha mantenido durante siglos.

2. ANTECEDENTES, METODOLOGÍA Y OBJETIVOS

El tema propuesto en este artículo constituyó parte de un trabajo mucho más amplio sobre el caserío sevillano del siglo XVI (Núñez-González, 2017). En dicha investigación se localizaron y trascribieron más de 1000 apeos de casas que describen sus dimensiones, detalles estructurales, carpinterías, acabados y dotaciones. Se pudo traducir lo escrito al dibujo, dando como resultado hipótesis en planta realizadas con ordenador. Además, con todos los datos recabados se organizaron dos tablas y una base de datos que recogían todo lo descrito en los apeos. Asimismo, se estudiaron más de 500 planos y apeos gráficos de inmuebles del siglo XVII que ofrecían, igualmente, datos relevantes para el estudio del caserío en Sevilla (Núñez-González, 2021: 349-597).

Precisamente, las fuentes utilizadas aquí comprenden las manejadas en dicho estudio con la novedad de la incorporación de documentos notariales de Sevilla y Málaga. Para llevar a cabo esta investigación, en primer lugar se han identificado aquellos apeos y documentos donde se hace referencia a *atahonas* y hornos pudiendo distinguir su propiedad y uso —bien fuera exclusivamente doméstico o comercial— y clasificarlos y localizarlos en el parcelario de la ciudad. En segundo lugar se han analizado los datos sobre sus espacios, superficies, construcción e instalaciones. Y, por último, se han dibujado algunos casos a partir de las descripciones contenidas en los apeos literarios apoyando la labor de análisis[2].

2. Para llevar a cabo estos objetivos, además de las fuentes manuscritas del s. XVI del Cabildo y la Fábrica de la Catedral (Archivo Catedral de Sevilla (ACS), Mesa Capitular (MC), libro 9163, 1542; ACS, sección Fábrica, lib. 9717, +1543) y las de los hospitales de las Bubas

3. IDENTIFICACIÓN, PROPIEDAD Y CLASIFICACIÓN

En los núcleos urbanos como Sevilla donde la orografía y el relieve de su red hidrográfica no permitía la existencia de batanes o molinos de agua (Rodríguez Marín, 1999) o de viento, cabe suponer que la mayoría de los inmuebles que albergaban atahonas se encontraban intramuros de la ciudad.

Contaba al respecto Morgado que durante el siglo XVI existieron en la ciudad muchos asientos de *atahona* «adonde los vecinos llevaban su trigo para moler, con dos, tres y cuatro piedras y con mulas en lugar de agua y tenían sus torvas, tiendas y otros adherentes»[3].

Tras analizar la localización de los apeos puede afirmarse que existían casas-atahonas por toda la ciudad, tanto intramuros como extramuros, como apuntaba Morgado, ya que, de los 15 inmuebles identificados propiedad del Cabildo y de los hospitales, cuatro se encontraban en Santa María la Mayor, cuatro en Omnium Sanctorum y el resto se encontraban en La Magdalena, San Salvador, San Nicolás, Triana, San Gil y Santa Lucía (Figura 1 / Tabla 1). No obstante, un rastreo de la documentación notarial permite pensar en un número de atahonas de propiedad privada no institucional muy superior. En una búsqueda aleatoria y breve se han identificado atahonas en San Marcos, San Lorenzo, San Vicente, Santa Marina, San Román, San Juan y San Julián algunos de cuyos propietarios o arrendatarios eran portugueses, como Pedro Váez, Gaspar Franco o Sebastián Martínez.

Los propietarios no siempre eran atahoneros: el 15 de septiembre de 1554, Francisco Morcillo, platero vecino de la collación de Santa María arrendó por un año al atahonero Gaspar Franco, portugués, unas casas atahonas en la collación de San Juan que disponían de tres asientos molientes y corrientes con todos sus aparejos por un precio de 18.000 maravedíes y 36 gallinas (una renta no pequeña teniendo en cuenta que seguramente las dimensiones del inmueble y sus espacios se limitaban al uso industrial[4]).

(Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, libro 3-bis, 1585), el Cardenal (ADPS, libro 3, 1580) y las Cinco Llagas (ADPS, lib. 1, 1542-1571; lib. 2, 1577 y 1578) también se han utilizado las existentes de los hospitales del Amor de Dios (ADPS, lib. 8-bis, principios s. XVII) y el Espíritu Santo (ADPS, legajo 15, 1663), que, aunque sean del s. XVII se entiende que los inmuebles no sufrieron cambios significativos. (Núñez-González, 2017: 58). Todos los dibujos son propios y están en varas castellanas. También se han consultado contratos de obra de casas en el Archivo Histórico Provincial de Sevilla, Protocolos Notariales (AHPSPN) (obligaciones de carpintería y albañilería de 1550 y 1588), sin mención a la construcción de hornos propios dentro de las casas.

3. Morgado, 1587: fol. 51vº. Libro II, cap. 11 *Alhóndiga del Pan del Posito de Sevilla, su abundancia de Vino, y Aceite y Almonas de Xabon.* En Núñez-González, 2021: 624, ASIENTO DE ATAHONA: (RAE) Asiento de tahona = asiento de molino. Piedra armada y con toda la disposición necesaria para moler.

4. AHPSPN, legajo 19799, s/f.

Los hornos también estaban diseminados por toda la ciudad. Se han identificado hornos en casas y panaderías en casi todas las collaciones, como puede comprobarse en el plano que se adjunta (Figura 1). Según su tamaño, las panaderías podían estar localizadas en la casa donde vivía el propietario o arrendatario del horno. Al respecto, se han encontrado referencias a 45 hornos y casas-horno, algunos con nombre propio, repartidos por toda la ciudad, especialmente en las collaciones de Santa María la Mayor (10), Triana (5), San Salvador (3) y La Magdalena (3) (Figura 1 / Tabla 2). Analizando los arrendatarios de los inmuebles identificados en los apeos sorprende que ninguno haga referencia al oficio de panadero u otro oficio relacionado con el pan[5]. Se entiende que lo más seguro es que los subarrendaran a terceros.

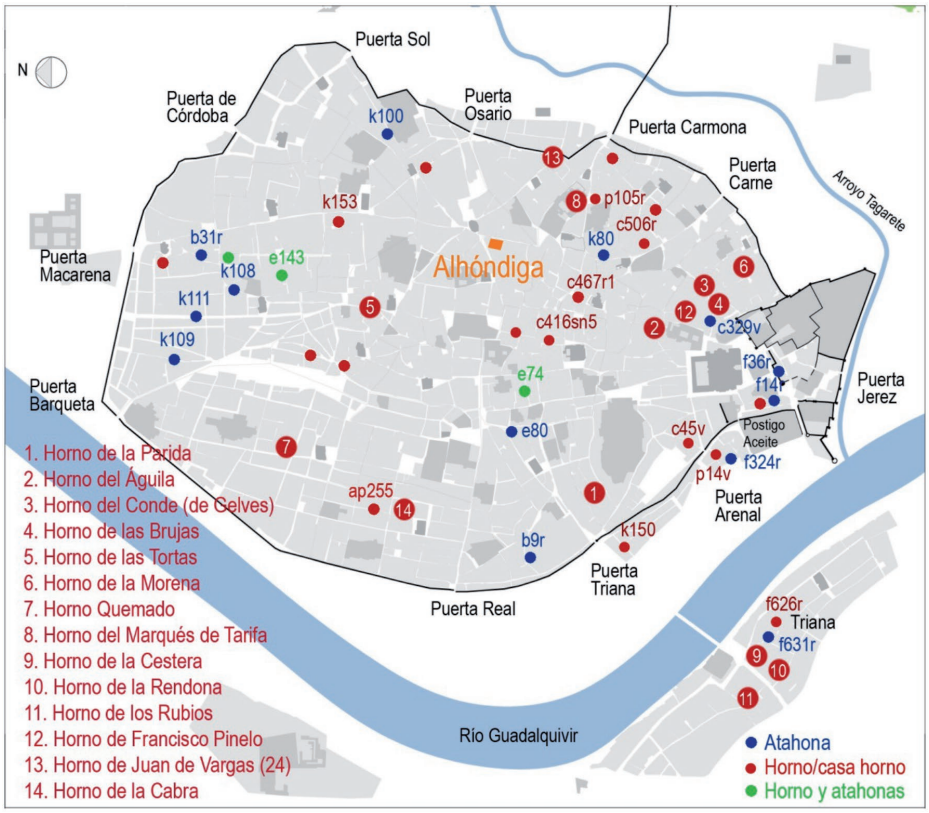


Figura 1. Plano de situación de atahonas y hornos de pan sevillanos. Fuente: La autora.

5. Un *carretador*, el Marqués de Tarifa, un zapatero y un vinero, además de tres mujeres.

4. ARQUITECTURA DEL PAN: ANÁLISIS ARQUITECTÓNICO

Atahonas

Atahona o tahona es voz que unos dicen proceder del hispano árabe o árabe andaluz *attahuna* o *tahûna* y este del árabe clásico *ṭāḥūn[ah]*, molino (Moliner, ed 2007; Coromines, 2011), o del verbo hebreo *tahan* que significa moler y, por extensión, lugar donde se muele el pan (Covarrubias, 1611)[6]. Para otros, un molino de tahona es un molino harinero cuya rueda se mueve por fuerza humana o animal, denominado también como molino de bestias, molino de sangre o tahona[7] (Figura 2).

Desde el punto de vista constructivo, tras el análisis de 11 de ellos, sabemos que se trataba de casas de una planta con un soberado que en la mayoría de los casos fueron transformadas y equipadas para tal uso[8]. Como ocurre con todas las casas de la ciudad las atahonas tenían una casapuerta, el primer espacio una vez cruzada la puerta de la calle, donde recibían a los posibles clientes y donde se ubicaban en su mayoría los asientos que molían el cereal, y otras piezas.

Por lo que respecta al tamaño del inmueble, la superficie útil promedio de casa-atahona era de 201,30 m^2, y cabe destacar que en todos los casos existía un espacio descubierto, ya fuera patio o corral o las dos cosas, que suponía cerca de un 20% de ocupación del total de la parcela (Tabla 1).

Las características específicas destacables para este tipo de inmueble, se refieren a la existencia de espacios amplios destinados a moler el cereal y que albergaban los asientos de atahona y todos los aparejos necesarios (la media es de 63 m^2, desde los 26,8 m^2 de la atahona a las espaldas de la Casa de la Moneda —f36r— a los 120,4 m^2 de la situada en la calle Tromperos, en San Nicolás -k80). Asimismo, también contaban con espacios para guardar las bestias que se usaban para hacer girar las piedras de la molienda (Figura 3), es decir, caballerizas con sus pesebreras y estantes de madera, pajares, cuadras y corrales. Además, en todos los casos analizados la casa contaba con un pozo, normalmente en el patio o el corral como ocurría en las casas atahona situadas en La Magdalena y San Gil (b9r y b31r) (Figura 4).

6. Admite ambos orígenes hebreo y árabe.

7. https://dicter.usal.es/lema/tahona&acepcion=1 En Mancho Duque, M. J. (dir.) (2011-): *El Diccionario de la Ciencia y de la Técnica del Renacimiento* (DICTER): <https://dicter.usal.es/> [Consulta: 22/01/2021]

8. En el de la calle Cuernos (f14r) el portal se usa de caballeriza y la cámara del portal como pajar. Y en los de la calle Mesón de la Parra y la calle Sol (k100 y k108), un portal y un aposento, respectivamente, también se usaban como caballeriza.

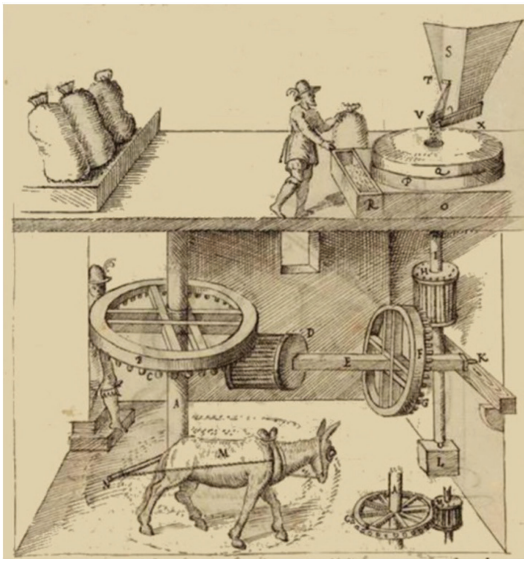


Figura 2. Esquema de un molino de tahona[9].



Figura 3. Sala del Museo de Artes Populares de Málaga.
Fuente: museoartespopulares.com (consulta 22/01/2021).

9. Pseudo Juanelo Turriano, *Los ventiún libros*, ca. 1605, f. 308r. En Mancho Duque, M. J. (dir.) (2011-): *El Diccionario de la Ciencia y de la Técnica del Renacimiento* (DICTER): <https://dicter.usal.es/> [Consulta: 27/01/2021].

En particular, los asientos, que solían ser dos, tres o incluso cuatro dependiendo del tamaño de la casa, se ubicaban en la casapuerta o piezas contiguas destinadas a tal fin (Tabla 1). Aunque en los apeos no se describen las dimensiones de las piedras podemos suponer que serían similares a las descritas en un contrato de obra firmado en Málaga a principios de siglo para hacer ocho piedras de molino que debían medir siete cuartas y media de largo y media vara de alto y las piedras correderas media vara y palmo medio[10].



Figura 4. Dibujos de las casas atahona en San Pedro Mártir (b9r), La Magdalena y en la calle del Pozo (b31r), San Gil. Fuente: La autora.

10. Archivo Histórico Provincial de Málaga. Sección Protocolos Notariales. Málaga. leg. 166. 1528.-1535, septiembre, 13 (fot. 1740-1741). Para conocer las medidas usadas en el s. XVI: Núñez-González, 2019: 696-697. La vara castellana equivale a 0,836 m. y un palmo o cuarta a 0,209 m.

La cantidad de asientos de una atahona marcaba su precio. En efecto, en agosto de 1562, el mayordomo del monasterio de San Leandro arrendó a Jorge González, atahonero, vecino de San Isidro, unas casas atahona con dos asientos en la collación de san Alfonso a las espaldas del monasterio, por un tiempo de tres años y a razón de 10.000 maravedíes anuales. Es decir, a menos asientos menor renta. Es previsible que la cantidad de asientos fuera proporcional a la superficie de la casa de manera que ambos factores determinaban el precio[11].

Hornos de pan

Entiendo el horno de dos maneras: como elemento arquitectónico común a los inmuebles tanto de uso privado como comercial y, en segundo lugar, como casa horno o panadería donde se amasaba, se cocía y se vendía el pan.

El horno como elemento arquitectónico

Aunque los hornos como elemento podrían tener usos diferentes (pan, vidrio, loza, bizcocho, baños, etc.) solo consideraremos los de pan.

El horno de pan estaba construido de albañilería, compuesto por una bóveda semiesférica llamada capilla, donde se introducía la leña. En ocasiones se acompañaba con poyos de obra o estantes donde se dejaba la masa para que se asentase antes de introducirla para ser horneada y otro tipo de aparejos y utensilios[12].

En cuanto a sus dimensiones no se tienen muchos datos, sin embargo se han encontrado dos referencias en apeos literarios: en una casa en la calle Santo Domingo en Triana (c2r) cuyo horno, del que no se tiene la certeza de que fuera de pan[13], medía seis por cinco varas (el equivalente a 5 por 4 metros, 21 m^2) y en un horno en la Cestería (k150), extramuros, que medía cinco varas en cuadrado (unos 4 por 4 metros, 16 m^2) (Figura 5). Las descripciones no dejan claro que dichas medidas correspondiesen a las capillas de dichos hornos[14], sin embargo podían ser unas

11. AHPSPN, Legajo 4044, s/f.

12. ACS, MC, Cabildo, 9163, folio 416: «en esta dicha cumplidura esta la capilla del horno con sus poyos a la redonda»; f. 506: «un horno con su aparejo de cocer pan».

13. En un portal situado en el mismo patio donde está el horno hay «un apartadizo donde echan barro».

14. ADPS, Cardenal, p. 150: «Yten desta dicha casapuerta se entra a un tendido con su horno que esta a la mano derecha (…) que tiene de largo seis varas y de ancho cinco varas con otro tanto alto (…) y el dicho horno tiene de cuadrado cinco varas con otro tanto alto tejado por cobertura»; ACS, MC, 9163, f. 2v: «Yten tornando al dicho patio entramos a otro grande adonde está el horno el cual tiene de largo quince varas e de ancho diez e cuarta largas, y el dicho horno tiene de largo seis varas e de ancho cinco e media».

dimensiones apropiadas para el tipo de horno industrial que se desarrollaba en dichos inmuebles, pero no para el tipo de horno doméstico que poseían algunas casas y que en los apeos sólo se menciona cuando aparece en alguna estancia.

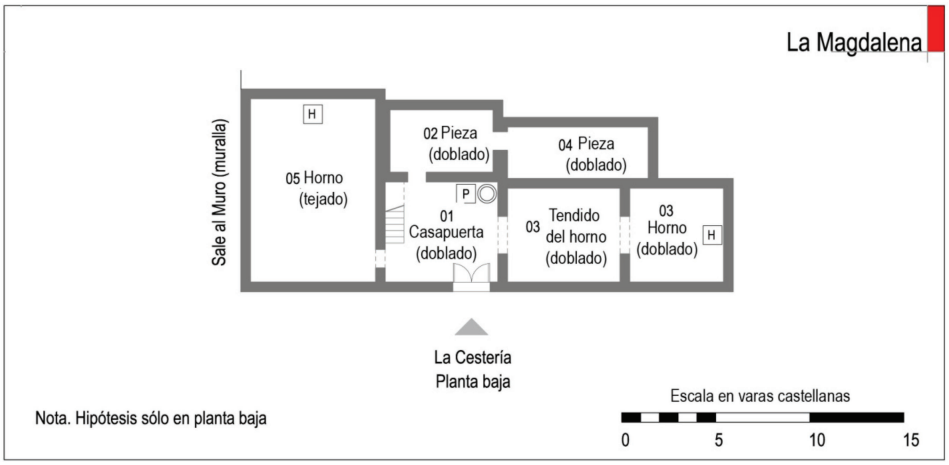


Figura 5. Dibujo del horno en la Cestería (k150), collación de la Magdalena. Fuente: La autora.

El apeo que más interesa por su detalle para conocer la medida de la capilla es el que contiene un dibujo del año 1691 de la casa horno en la calle Cabrahigo (San Vicente) propiedad del hospital del Amor de Dios. Ésta se representa con un círculo y se accedía a ella por una pieza denominada cuadra que tenía su puerta a uno de los corredores del patio. El tamaño medido sobre el dibujo es de 12 pies, unos 3,3 metros de diámetro (4 varas) por lo que las dimensiones de los dos apeos citados antes pueden ser correctas (Figura 6).

Debido a la escasez de datos al respecto hemos buscado referencias en otras ciudades. Según Cruces y Espejo, utilizando documentación catedralicia malagueña, hubo algunos hornos que sumaban los dos usos, industrial y doméstico: los autores localizaron uno dentro de una casa en un portal y otro en un espacio exclusivo que conformaba el horno industrial, de doce varas de largo y cuatro de ancho, unos 33 m^2 (Cruces y Espejo, 2019: 532-533). Según Passini, en Toledo los hornos solían ser indicadores, por lo general, de la proximidad de un baño, un hospital, una mezquita o una sinagoga. Entre los que documenta destaca el Horno de pan de Santa Clara, de mediados del siglo XV, que tenía, unos 25 m^2 (20 pies en cuadrado) (Passini, 2004: 616). Se entiende que ambas medidas se refieren a la estancia donde se encontraba el horno y no a las dimensiones de la capilla en sí.

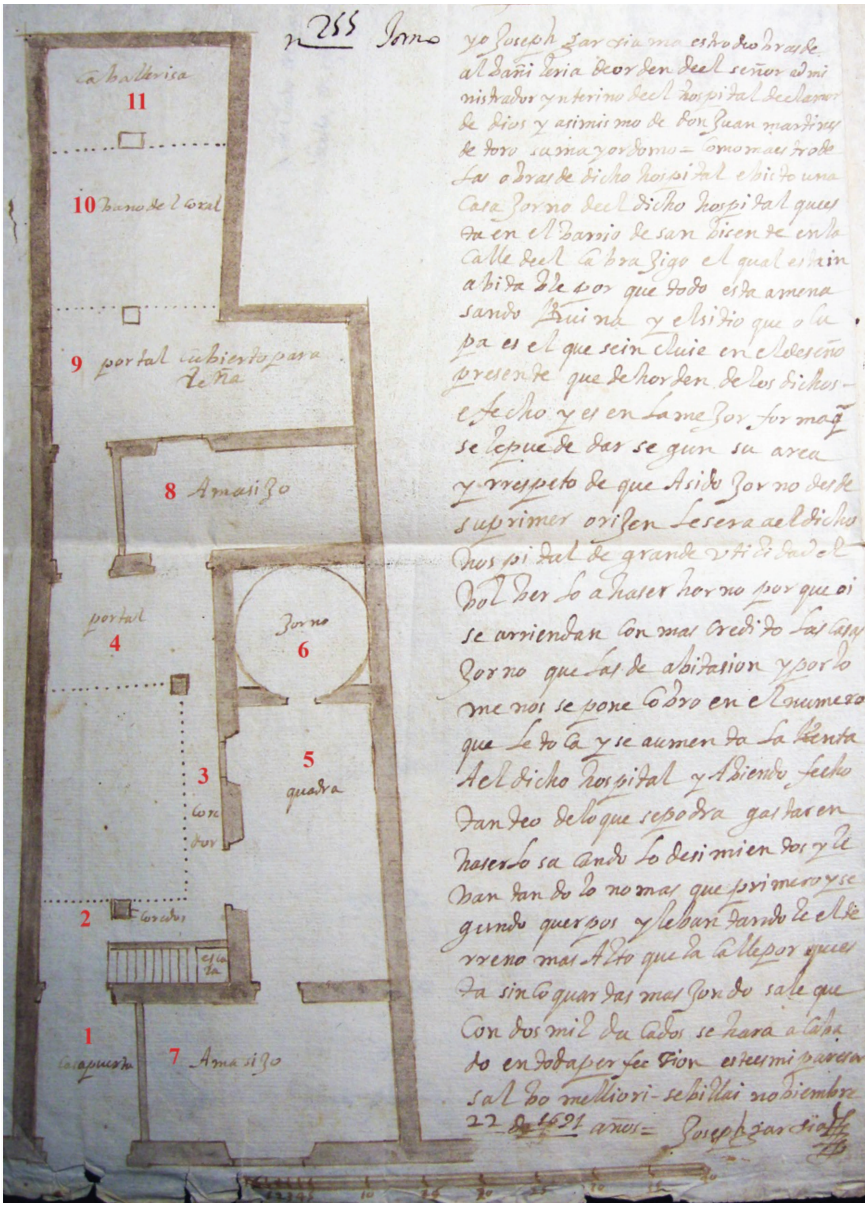


Figura 6. Apeo de un horno en la calle Cabrahigo, S. Vicente. ADPS, Amor de Dios, p. 255, 1691. Leyenda: 1 casapuerta, 2 corredor, 3 corredor, 4 portal, 5 cuadra, 6 horno, 7 amasijo, 8 amasijo, 9 portal cubierto para leña, 10, bano del corral, 11 caballeriza.

El horno en las casas

Las tareas domésticas relacionadas con el pan, la comida y otras labores femeninas se llevaban a cabo fundamentalmente en la cocina (que a veces disponía de chimenea y horno) y por extensión en un conjunto de espacios denominado *servicio de mujeres* compuesto en la mayoría de los casos por la cocina misma, su propio patio, el corral, un palacio, un soberado y una azotea. En estos espacios se encontraban además un pozo, una chimenea, una letrina y, en algunas ocasiones, un horno (Figura 7), (Díez, Aranda y Núñez-González, 2020).

En Granada hay referencias a la labor de hacer el pan en casa. A título privado solía ser tarea femenina la elaboración y el preparado de la masa antes de ser llevada a cocer al horno público, similar a lo que ocurría en Sevilla en los hornos de poya[15], hecho que se corrobora con la presencia de la artesa en muchas dotes femeninas de la época como un instrumento propio de su labor (Díez, 2019: 509).

Se sabe que los palacios de las casas nobiliarias sevillanas tendrían uno o incluso dos hornos con el que se abastecía la familia y al grupo de sirvientes (Aranda, 2011: 140; Lleó, 1998). En lo que respecta al resto del caserío, según los apeos consultados, se han identificado 24 casas con hornos, en las collaciones de Santa María la Mayor (10), La Magdalena (5), Santa Cruz (3), Triana (3), San Alfonso, San Vicente y San Andrés (1).

La mayoría de los hornos domésticos referidos se encontraba en la cocina (42%) o en el corral (17%), aunque también se han localizado otros en patios, portales y alguna caballeriza o aposento[16]. Además, cuando estaba en un espacio descubierto, contaba con un cobertizo o tejadillo para evitar la lluvia mientras se hacía uso del mismo.

15. En la Carretería (p14v) había un horno de poya que según la RAE era un horno común en el cual se solía pagar en pan o en dinero (a este pago se conocía como *poya*, término que tiene su origen en los poyos que estaban junto al horno). https://dle.rae.es/poya (fecha de consulta: 26-1-2021).

16. En cocinas: c29v, c89r, f36r, k27, c370v, f669r, f675r, k125, b5r, k149. En corrales: k119, k68, k143, k146. En el patio: c10r y c2r. En un portal: c41r y c622r. Los códigos de los apeos de los inmuebles son los mismos que en la base de datos original (Núñez-González, 2021). Véase nota 18.

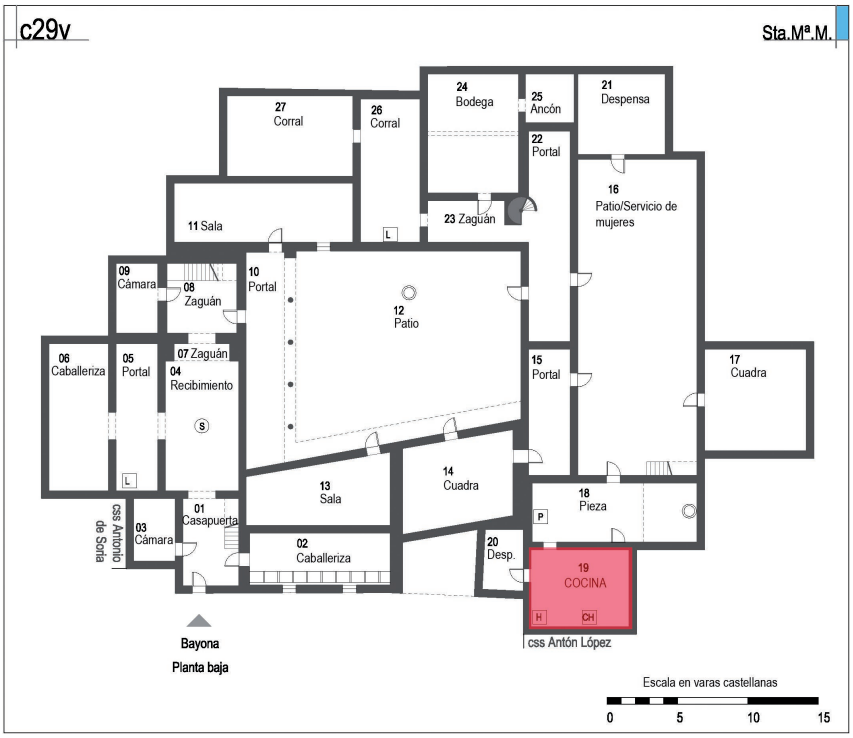


Figura 7. Dibujo de la planta baja de una casa en la c. Bayona (c29v), collación de Santa María la Mayor. Fuente: La autora.

Las panaderías

El análisis de los hornos industriales y comerciales que denominamos bajo el término genérico de panaderías pasa por destacar sus localizaciones en el plano de la ciudad (Figura1), las superficies, la situación del elemento principal —la capilla— dentro del inmueble y sus características tipológicas.

Las casas-horno solían ser inmuebles de unas dimensiones considerables; la superficie útil total promedio entre los once hornos analizados es de 130 m^2, destacando dos de menos de 100 m^2 y dos por encima de 500 m^2, si bien estos últimos albergaban otros usos complementarios (atahonas y corral de vecinos) (Tabla 4)[17]. Por otro lado, dependiendo de su localización, tenían una o dos plantas de altura (Figura 8).

17. Entre los 92,12 m^2 del c45v a los 834,59 m^2 de e143.

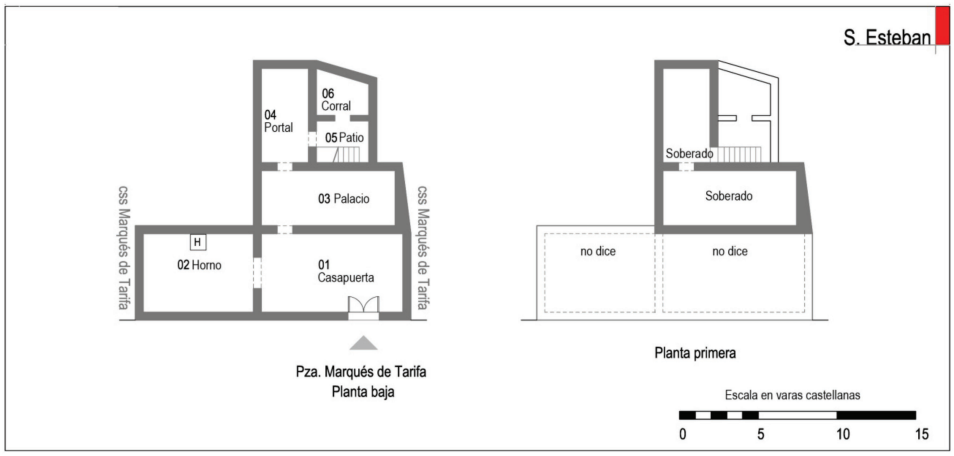


Figura 8. Dibujo de la casa horno del Marqués de Tarifa (p105r), San Esteban. Fuente: La autora.

Sus espacios característicos eran la casapuerta, las piezas o palacios, contiguos a la capilla donde se almacenaba y cortaba la leña y se amasaba, y en algunas ocasiones patio o corral. La estancia donde se encontraba la capilla del horno era normalmente la casapuerta, con una superficie promedio de 32 m^2, mayor a la calculada para el resto de la ciudad (Núñez-González, 2021: 121). Esto es debido a que necesitaban espacio para colocar la masa antes de meterla en la capilla, para lo que usaban poyos o estantes y también para poder maniobrar con los útiles propios del oficio. Además, solían disponer de pozo, pues de los once que cuentan con apeo, ocho los tenían en la casapuerta o el corral.

Entre los apeos utilizados para esta investigación destacan dos: el literario del horno en la Carretería (p14v) y el gráfico del horno en la calle Cabrahigo, dibujado y descrito en 1691, que puede considerarse un modelo tipológico (Figura 6). En su planta se identifican: una casapuerta, una patio con un portal, dos corredores (una escalera que sube al soberado), una cuadra, la capilla del horno (marcada con un círculo), dos piezas donde se amasaba llamadas amasijos, un portal en el corral para depositar la leña usada en el horno y una caballeriza al fondo. El apeo del horno situado en la Carretería (p14v), extramuros de la ciudad, lo describía como un horno *de pan cocer* y horno de poya, con su capilla y junto a él dos callejones, uno donde estaba el pozo y otro donde se talaba la leña (Figura 9). Estos esquemas tipológicos se asemejan a los documentados por Passini en Toledo aunque debemos apuntar que las parcelas y los inmuebles sevillanos en general eran de mayor superficie que los toledanos.

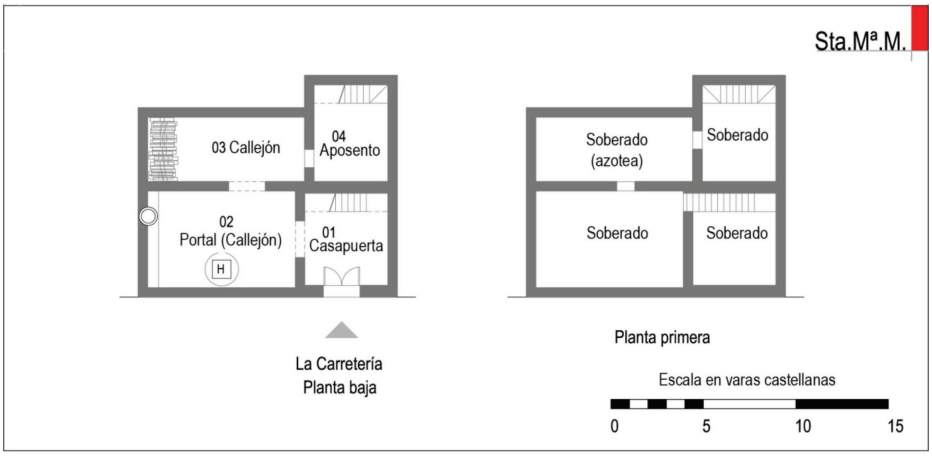


Figura 9. Dibujo del horno en la Carretería (p14v), extramuros. Fuente: La autora.

5. CONCLUSIONES

La arquitectura del pan en la Sevilla del siglo XVI estaba representada por las casas atahonas y las casas-horno o panaderías, dispersas por la ciudad, con unas dimensiones amplias y unas características que hacen conformar tipos arquitectónicos propios un elemento común: la casapuerta, lugar de entrada y relación con el cliente, de mayores dimensiones que la media sevillana.

Por un lado, las casas atahonas se distinguían por el número de asientos situados en espacios amplios y sus aparejos, caballerizas, pajares y graneros. Por otro lado, el horno como elemento arquitectónico estaba compuesto por la capilla y sus poyos de albañilería, cuyas dimensiones dependían del uso del mismo. El tipo arquitectónico de la casa-horno se caracterizaba por la presencia de espacios propios para el amasijo y para almacenar la leña.

Cabe preguntarse, y queda pendiente analizar, si alguno se conserva en la actualidad y cómo fue su evolución desde el siglo XVI hasta ahora. De momento, no ha podido verificarse este hecho por las dificultades y el tiempo que ello conllevaría, pero sería de gran utilidad para el estudio de esta tipología arquitectónica sobre lo que poco se sabía hasta ahora.

6. APÉNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Referencias documentales[18] y situación de atahonas.

Collación	Situación	Ref. Doc.	Sup. útil [m²]	N.º asientos
Santa María la Mayor	La Borceguinería	c329v	85.29	2
	Calle Cuernos, barrio de Castellanos	f14r	176.01	2
	La Carretería, frontero del río debajo de los portales	f324r	69.87	2
	A las espaldas de la Sta. Iglesia, enfrente de las casas de la Moneda	f36r	235.8 (sólo pb)	1
Omnium Sanctorum	Calle Mesón de la Parra	k108	220.9	2
	Calle Ciegos	k109	302	1
	Calle Linos	k111	-	-
	Calle Erredias	e143	-	-
La Magdalena	Calle San Pedro Mártir	b9r	201.02	3
	Esquina Triperos y La Mola	e80	-	-
San Gil	Calle del Pozo	b31r	152.79	2
San Nicolás	Calle Tromperos	k80	311	4
San Salvador	Calle Limones	e74	-	-
Santa Lucía	Calle Sol	k100	248.9	2
Triana	Calle Cadenas	f631r	228.95	3

18. Para identificar la referencia documental de los inmuebles analizados se ha usado el mismo método que en la base de datos de estudios previos (Núñez-González, 2021: 68). Han sido codificados según una letra a: Amor de Dios; b: Bubas; c: Cabildo; e: Espíritu Santo; f: Fábrica; k: Cardenal; p: Cinco llagas; y un número: nº de folio recto/vuelto o el nº de protocolo. Fuentes: Archivo Catedral de Sevilla (ACS), Mesa Capitular (MC), libro 9163, 1542; ACS, sección Fábrica, lib. 9717, +1543) y las de los hospitales de las Bubas (Archivo de la Diputación Provincial de Sevilla, libro 3-bis, 1585), el Cardenal (ADPS, libro 3, 1580) y las Cinco Llagas (ADPS, lib. 1, 1542-1571; lib. 2, 1577 y 1578, el Amor de Dios (ADPS, lib. 8-bis, principios s. XVII) y el Espíritu Santo (ADPS, legajo 15, 1663)

Tabla 2. Hornos por collación identificados en las fuentes consultadas.

Hornos/collación	Situación	Ref. Doc.[19]
Sta. María la Mayor		
Casas-horno de la mujer de Fernán Núñez difunto	Barrio de Castellanos	c18v
Horno de la Parida	Calle Catalanes, en una calleja que va a la Rabeta; calle Horno de la Parida	c85r, a65, a73
Horno del Águila	Calle Placentines subiendo al Candilejo	c284r
Horno del Conde	Plazuela de la Borceguinería	c316v
Horno. de las Brujas	La Borceguinería	c333r
Horno de Francisco Pinelo	No dice (n.d.)	Leg. 82, 1552
Horno en calle Catalanes	Calle Catalanes, lindero con el Horno de la Parida	Leg. 17538, f. 633, 1557
Horno en calle Harinas	Calle Harinas como subimos de la Mancebía la calle arriba a la derecha	c45v
Horno	La Carretería, extramuros	p14v
Horno de don Pedro de Ribera	La Carretería, en la callejuela que va a dar a la pescadería	f324r
Triana		
Horno de la Cestera	N.d.	a177
Horno de la Rendona	N.d.	a184
Horno de los Rubios	Calle del Horno de los Rubios o calle Cocilleros	a184
Horno de unos moriscos en Triana dentro del corral de la Parra	Calle Santo Domingo dentro del corral de la Parra	Leg. 16739, f. 611, 1589
Casa-horno	Calle Cadenas y la calleja que va a la Cava	f626r
Santa Cruz		
Horno de los herederos del licenciado Céspedes	Arco de las Imágenes	c353v2
Horno de la Morena	Calle del Horno de la Morena	f328r

19. Las referencias a legajos son del Archivo Histórico Provincial de Sevilla, Protocolos Notariales (AHPSPN).

Hornos/collación	Situación	Ref. Doc.
San Salvador		
Casas-horno de poya de la Iglesia Mayor	Calle Ballestilla	b12r, c416sn5
Casas-horno-atahonas	Calle Limones	e74
Horno de unos moriscos en San Salvador	N.d.	Leg. 182, 1590
La Magdalena		
Horno de Álvaro Martín atahonero	Calle Cruz de la Parra	e81
Horno de Don Andrés de Molsalbe	Calle Juan de Burgos	e88
Horno	La Cestería	k150
San Martín		
Horno de María de la Torre	Calle de la Cañaverería	f504r
Horno (San Martín)	N.d.	a326
Santa Marina		
Casas-corral-horno-atahonas del doctor Andrés Zamudio de Alfaro	Calle Honda	b35r
Horno del Monasterio de San Clemente	Calle Enladrillada	Leg.71, f.735v, 1546
San Lorenzo		
Horno Quemado	Calleja del Horno Quemado	p218v1, k115, k116
Horno de la Cabra	Calle de San Lorenzo	Leg. 173, 1587
San Vicente		
Horno junto a la Merced	Junto a la Merced	Leg. 17526, f. 222V, 1555
Horno	Calle Cabrahigo	ADPS, Amor de Dios, p. 255, 1691
Omnium Santorum		
Horno	Calle Piernas	p226r1
Corral de vecinos-casas atahonas-horno	Calle Erredias	e143

Hornos/collación	Situación	Ref. Doc.
San Marcos		
Horno	Plazuela de Valderrama	k153
Horno	N.d.	ADPS, leg. 1567
San Juan de la Palma		
Horno de las Tortas	Calle del Horno de las tortas	a372
San Bartolomé		
Casas-horno de Santa Clara	Calle Horno del Vidrio	f359r
San Esteban		
Horno del Marqués de Tarifa	Plaza del Marqués de Tarifa	p105r
San Gil		
Casas-horno de Filipo de Aguilar dorador	N.d.	a222
San Román		
Horno de Santiago	N.d.	a337
San Miguel		
Casas-horno del Monasterio de San Pablo	Calle de la Pellejería	Leg. 17463, 1531
Santiago		
Horno de Juan de Vargas (veinticuatro de Sevilla)	Barrio de Santiago, a la muralla junto a un corral	Leg. 4341, f. 983, 1632
San Isidro		
Horno	Como venimos de las Gradas para ir al Candilejo a mano izquierda	c467r1
San Nicolás		
Horno	Como vamos a las Cruces a mano izquierda a las espaldas de las casas de don Esteban	c506r
Sin localización exacta		
Horno de las Calabazas	N.d.	Leg. 19883, 1548

Tabla 3. Superficies útiles de los hornos analizados

N.º	Cód.	Superficie útil total
1	c45v	092,12 m²
2	p14v	161,06 m²
3	c416sn5	076,80 m²
4	e74	588,19 m² (casas horno y atahonas)
5	p226r1	108,39 m²
6	e143	834,59 m² (corral de vecinos, casas atahonas, horno)
7	c467r1	141,50 m²
8	c506r	135,60 m²
9	p105r	134,66 m²
10	k153	109,00 m²
11	k150	203,96 m²

BIBLIOGRAFÍA

Aranda Bernal, A. (2011). «El origen de la Casa de Pilatos de Sevilla. 1483-1505». *Atrio Revista de Historia del Arte*, 17, 133-172.

Bosch Vila, J. (1984). *Historia de Sevilla. La Sevilla islámica 712-1248*. Editorial Universidad de Sevilla.

Braudel, F. (1980). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, tomo I. Fondo de Cultura económica.

Braudel, F. (1984). *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII* (3 tomos). Alianza.

Castillo Rubio, J. M. (2015). «El mercado local de Sevilla a mediados del siglo XVI a través del tejido laboral y urbano de una collación con vocación comercial». *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna* (pp. 613-627). Universidad de Sevilla.

Coromines, J. (1996). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.

Covarrubias, S. (1611). *Tesoro de la Lengua castellana o española*. Recuperado el 20 enero 2021, de https://n9.cl/6cmo7.

Cruces Blanco, E. y Espejo Lara, J. L. (2019). «Algunos inmuebles del cabildo catedralicio malagueño: descripción y transformación de casas, palacios, baños y mezquitas nazaríes, 1527». En M. E. Díez Jorge (Ed.), *De puertas para adentro. La casa en los siglos XV-XVI* (pp. 525-538). Comares.

De Castro, C. (1987). *El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Alianza.

Díez Jorge, M. E. (2019). «Enseres de casas granadinas en el siglo XVI: vivencias y emociones». En M. E. Díez Jorge (Ed.), *De puertas para adentro. La casa en los siglos XV-XVI* (pp. 465-521). Comares.

Díez Jorge, M. E., Aranda Bernal, A. y Núñez-González, M. (2020). «Servicio de mujeres. Espacios para trabajar y vivir en las viviendas sevillanas del siglo XVI». B. Blasco Esquivias; J. J. López Muñoz y S. Ramiro Ramírez (Eds.): *Las mujeres y las artes: mecenas, artistas, emprendedoras, coleccionistas* (pp. 475-511). Abada Editores.

Domínguez Ortiz, A. (1973). *Alteraciones andaluzas*. Narcea.

García-Baquero López, G. (2006). *Sevilla y la provisión de alimentos en el siglo XVI: abastecimiento y regulación del mercado por el concejo municipal en la Sevilla del siglo XVI*. Diputación Provincial de Sevilla.

González Jiménez, M. y Ladero Quesada, M. Á. (1978). *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el reino de Sevilla (1408-1503).* Universidad de Sevilla.

Gordo Peláez, L.J. (2007). «Pósitos, alhóndigas y alholíes: edificios municipales de abastecimiento en Castilla durante el siglo XVI». Coord. Aranda Bernal, A. *Arquitectura vernácula en el mundo ibérico: actas del congreso internacional sobre arquitectura vernácula* (pp. 102-114). Universidad Pablo de Olavide.

Lleó Cañal, V. (1998). *La Casa de Pilatos*. Electa.

Mancho Duque, M. J. (dir.) (2011-). *El Diccionario de la Ciencia y de la Técnica del Renacimiento* (DICTER): https://dicter.usal.es/.

Moliner, M. (ed. 2007). *Diccionario de uso del español*. Gredos.

Morales Padrón, F. (1977). *La Ciudad del Quinientos*, 2.ª ed. Universidad de Sevilla.

GoogleBooks: Morgado, A. (1587). *Historia de Sevilla*. Recuperado el 20 enero 2021, de https://n9.cl/m4fr6.

Núñez-González, M. (2021). *Arquitectura, dibujo y léxico de alarifes en la Sevilla del siglo XVI*. Universidad de Sevilla.

Núñez-González, M. (2017). *Casas, corrales, mesones y tiendas en la Sevilla del siglo XVI*. [Tesis doctoral inédita]. Universidad de Sevilla.

Núñez-González, M. (2019). «The Role of Drawing and Master Alarifes in the Study of the Sixteenth and Seventeenth Centuries Sevillian Housing from Graphical and Literary Documents». En Marcos, Carlos L. (Ed.) *Graphic Imprints* (pp. 685-698). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-93749-6_55

Núñez Roldán, F. (2004). *La vida cotidiana en la Sevilla del siglo de Oro*. Sílex ediciones.

Passini, J. (2004). *Casas y casas principales urbanas: el espacio doméstico de Toledo a fines de la Edad Media*. Casa de Velázquez.

Pérez Samper, M. Á. (2002). «El pan nuestro de cada día en la Barcelona moderna», *Pedralbes: Revista d'historia moderna*, 22, 2002, 29-71.

Rodríguez Marín, F. J. (1999). «Aproximación a la industria del pan en Málaga y su evolución tecnológica: de los molinos de San Telmo al proceso industrial», *Boletín de Arte*, 20, 1999, 237-265. https://doi.org/10.24310/BoLArte.1999.vi20.11645

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441367408

DE CASTILLOS A BASTIONES Y RETÍCULAS DESFORTIFICADAS: LA FRONTERA ANDALUZA COMO FOCO DE INNOVACIÓN MILITAR Y URBANA PARA EL IMPERIO ESPAÑOL

From castles to bulwarks and unwalled grids: the Andalusian frontier as source of military and urban innovation for the Spanish Empire

Manuel SÁNCHEZ GARCÍA

Politecnico di Torino, Turín, Italia
Universidad de Granada, España
manuel.sanchez@polito.it; manuelsaga@correo.ugr.es

Fecha de recepción: 03/04/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: La Sierra Sur de Jaén es una región histórica de transición y frontera caracterizada por potentes sistemas de defensa articulados con extensiones agrícolas. Sus fortificaciones preceden a las innovaciones ingenieriles de finales del siglo XV que, enmarcadas en el conflicto granadino, hibridaban soluciones medievales y proto-modernas. El presente artículo se aproxima a su contexto territorial histórico a través de una descripción que incluye tanto las fortificaciones de la Sierra Sur, Santa Fe y Granada, como las cuatro nuevas poblaciones de planta ortogonal abierta que, entre 1508-1539, se fundaron en la Sierra Sur como enclaves estratégicos. El análisis conjunto de ambos géneros urbanos —castros fortificados y nuevas villas abiertas— basado en cartografía histórica, libros de fundación y un estudio historiográfico, contextualiza la relevancia del repartimiento de villas en el corazón del paisaje giennense como operación de postconflicto típica en la escena imperial española durante la modernidad temprana.

Palabras clave: historia urbana; fundación de ciudades; siglo XVI; sierra sur de Jaén; modernidad temprana.

ABSTRACT: Jaen's Sierra Sur stands out as a historical region acting as a transitional area between powerful military defence systems and extensive agricultural areas. Its fortifications precede later engineering innovations hybridising medieval and proto-modern designs during the War of Granada in the late 15th century. This paper approaches the history of their territorial framework through a description that includes the fortifications of Sierra Sur, Santa Fe, and Granada, along with the urban project for four open grid new towns planted between 1508-1539 as strategic enclaves in Sierra Sur. The combined analysis of both urban types —fortified *castrums* and unfortified villas— based on historical cartography, foundational books, and an historiographical analysis, contextualizes the importance of distributing lands and new towns in the hearth of Jaen's landscape as an archetypical post-conflict operation of the Spanish Empire in the Early Modern period.

Keywords: urban history; plantation of cities; 16th century; sierra sur de Jaén; early modern.

1. INTRODUCCIÓN

Entre los siglos XIII y XVI la Sierra Sur de Jaén constituyó un espacio de frontera excepcional a nivel ibérico y europeo. Su contexto político incluía los límites territoriales del Reino Nazarí de Granada, creado en 1238 por Muhammad ibn Nasr y condicionado desde temprano por eventos como el Pacto de Jaén en 1246 y la toma de Sevilla en 1248. Del lado castellano se constituyeron los reinos de Córdoba, Jaén y Sevilla cuya posición junto a la frontera militarizada los diferenciaba de sus vecinos del norte (García Fernández, 2005; González Jiménez, 1993, 2014). El área de fricción más estrecha común a ambos bandos estaba ubicada entre las capitales de Jaén y Granada, apenas separadas por 68 kilómetros en línea recta. Esta conexión quedaba interrumpida por la Sierra Sur de Jaén: una barrera montañosa configurada a partir de entonces como territorio de relación tanto comercial y diplomática como de conflicto hasta la toma de Granada en enero de 1492 (Melo Carrasco, 2021).

Este episodio se enmarca en una dinámica de avance territorial más amplia, caracterizada por la roturación del territorio mediante concesiones de villas y repartimientos de tierras ya fuera en burgos medievales aforados o fundaciones de nueva planta (Bielza de Ory, 2002). Dichas prácticas ejercieron una importante influencia sobre los territorios en disputa del siglo XI al XV, definiendo los teatros

de enfrentamiento entre cristianos y musulmanes como espacios de oposición entre plazas fuertes y fundaciones de uno y otro bando. Su legitimidad y su capacidad para cohesionar el territorio era vital de cara al control de las tierras recién arrebatadas al contrario. En este contexto, los repartimientos en damero protegidos por fueros y cartas puebla garantizaban incentivos legales y tierras disponibles que atraían a nuevos pobladores a los territorios fronterizos, con ejemplos que van desde los primeros aforamientos aragoneses y navarros de Jaca y Estella-Lizarra en el siglo XI a los avances en el Levante peninsular y los repartimientos ejecutados en Sevilla en los siglos XIII y XIV (Saga, 2017, 2018). Los nuevos repartimientos a colonos con «parcelas iguales para hombres iguales»[1] coexistían en el territorio con concesiones de villas y fortificaciones concedidas a personajes de la nobleza, adelantados de frontera, instituciones eclesiásticas y órdenes militares que quedaban responsables de su defensa y manutención. Combinadas, ambas prácticas permitían tanto la repoblación de asentamientos preexistentes así como la creación de nuevas villas. Se buscaba con ello aumentar la densidad poblacional de los territorios en postconflicto, sacar partido económico y comercial de su explotación y, sobre todo, consolidar sus bolsillos de tierra inactivos que constituían áreas de inestabilidad vulnerables frente a saqueos, razias e incursiones militares (González Jiménez, 1997).

Tras la ocupación de Sevilla por Fernando III, Alfonso X implementó esta política a través de diversos proyectos repobladores que se desarrollaron durante la segunda mitad del siglo XIII. Algunas de estas iniciativas implicaron la fundación de nuevas ciudades con traza en damero como Sanlúcar de Barrameda o El Puerto de Santa María en la orilla atlántica andaluza. Sin embargo, la visión militarista de la planificación castrense no es el único elemento que influenciaba los nuevos experimentos urbanos. Este primer urbanismo ortogonal castellano en Andalucía promovido desde la Corona recogía a su vez experiencias urbanas más antiguas y tenía una relación directa con nuevos cuerpos legales que estaban siendo desarrollados en ese momento, entre ellos las célebres Siete Partidas (Sánchez-Arcilla Bernal, 2004). Más adelante, el precedente de las Partidas tendría una influencia determinante sobre las prácticas fundacionales del siglo XVI tanto en el contexto mediterráneo como en las colonias atlánticas (Navarro Segura, 2006).

Durante los siglos XIV y XV se pondrían en marcha otras operaciones de repoblación, más o menos exitosas, que no siguieron el patrón del urbanismo ortogonal. Se aplicaron sobre todo en villas moriscas abandonadas en las que la forma de la nueva ciudad estaba condicionada por sus estructuras previas a la conquista (González Jiménez et al., 2006: 349-370). El mapeo de las fundaciones y repoblaciones realizadas en la Andalucía cristiana entre los siglos XIII y XVI evidencia la pequeña cantidad de asentamientos de traza ortogonal en comparación con aquellas organizadas como burgos medievales (Figura 1). Estas últimas responden a agrupaciones

1. En referencia al Fuero de Jaca de 1076 (Bielza de Ory, 2003).

en torno a fortificaciones y/o explotaciones señoriales, mientras que la mayor parte de fundaciones en damero se produjeron ya en los siglos XV y XVI. La diferencia intrínseca entre ambos tipos de ciudades no estaba tan sólo en su morfología sino en la existencia de un diseño urbano consciente, definido a partir de políticas y protocolos específicos que determinaban el régimen de posesión de tierras de sus primeros pobladores. El repartimiento implicaba la distribución de solares de igual medida y proporción entre vecinos cuyos derechos, así no fueran exactamente iguales, sí establecían cierta distancia frente a la imposición jerárquica de señores y adelantados. Este tipo de fundación traía aparejada una traza regular por necesidad que permitiera el control notarial preciso de qué tierras se repartían, quienes las recibían, sus dimensiones, su localización dentro de la trama, la cantidad de solares de ejidos, viñedos y dehesa asociados cada la vecindad, entre otras características.



Figura 1. Mapa de fundaciones castellanas en Andalucía entre los siglos XIII y XVI. Elaboración propia a partir de datos listados en (González Jiménez et al. 2006: 349-370).

El salto temporal entre las primeras fundaciones ortogonales del siglo XIII y las de los siglos XV y XVI muestra el relativo impacto que tuvieron los proyectos urbanos de Alfonso X en el contexto de la frontera granadina. Una vez estabilizada la región, la promoción de ciudades realengas en retícula bajaría en intensidad hasta su recuperación por parte los Reyes Católicos ya en la segunda mitad del siglo XV, con

ejemplos como Puerto Real en la costa Atlántica o la famosa Santa Fe en Granada. Esta última fue construida a partir del sitio real utilizado durante el asedio de capital nazarí y se fundó oficialmente en 1492 en conmemoración de la victoria católica, incluyendo en ella a numerosos veteranos participantes en la guerra de Granada y agentes responsables de su financiación. A menudo se la interpreta como eslabón entre las tradiciones ibéricas de fundación de ciudades y aquellas aplicadas en la América hispana, si bien esta conexión no fue unidireccional ni directa[2].

Ninguna de las fundaciones en damero de los Reyes Católicos se sitúa en el Reino de Jaén. Su territorio fortificado, escarpado y complejo lo convirtieron en un espacio diferenciado del resto de dominios castellanos en Andalucía. Habría que esperar hasta el siglo XVI para que apareciera un proyecto urbano que aplicara en Jaén las mismas prácticas urbanas y trazas ortogonales que ya habían sido utilizadas en territorios vecinos. Su origen se debe al cambio en las condiciones geopolíticas de la Sierra Sur de Jaén que, de ser una frontera entre reinos enfrentados, pasó a conectar dominios unidos por un mismo régimen monárquico pero que aún vivían bajo condiciones muy diferentes. Aunque su componente militar quedó obsoleto, el carácter fronterizo de la Sierra Sur no desapareció por completo tras el final de la guerra. Sería necesario un periodo extenso para ello, paralelo a la integración de la sociedad granadina en el nuevo orden castellano y la paulatina incorporación de las clases moriscas, tanto populares como privilegiadas, siempre amenazadas por los estatutos de limpieza de sangre hasta su expulsión definitiva a principios del siglo XVII (Castillo Fernández, 2014; M. A. Ladero Quesada, 1993; R. Peinado Santaella, 2011). El presente artículo presenta una descripción transversal de ese momento de transición, incluyendo un análisis histórico del territorio granadino-giennense como borde fortificado, una caracterización de sus fortificaciones medievales, una discusión del surgimiento de innovaciones militares en el periodo de guerra a finales del siglo XV y, finalmente, un argumento sobre la aparición igualmente innovadora de nuevos modos de hacer ciudad durante el periodo de paz, ya en el siglo XVI. Estos últimos reflejarían el nuevo contexto imperial y colonial de la monarquía española que aplicaban en territorio peninsular prácticas legales y fundacionales paralelas a las practicadas en los nuevos dominios americanos.

2. Así reconocida en la literatura historia urbana desarrollada durante el siglo XX, tanto española como internacional, incluyendo textos canónicos como: (Benevolo, 1977; Bonet Correa, 1991; Delfante, Isac Martínez de Carvajal, & Barja de Quiroga, 2006; García y Bellido, Torres Balbás, Cervera, Chueca, & Bidagor, 1954; Gutkind, 1964; Kostof, 1991; Morris, 1984; Mumford, 1989; Rykwert, 1976; Salcedo Salcedo, 1996; Sartor, 1981; Terán, 1989). La alusión constante a Santa Fe en autores de muy diferente procedencia, intereses y metodologías ha llevado a una suerte de mitificación del referente santafereño en la historiografía urbana.

2. TERRITORIO FRONTERIZO FORTIFICADO EN LA FRONTERA ENTRE CASTILLA Y GRANADA

> Una extensa tierra de nadie despoblada, tanto en Granada como en Andalucía, y sometida a las acciones militares destructivas de los ejércitos castellanos y granadinos constituía lo que podríamos llamar «la frontera viva y real» de los dos reinos. A niveles locales, cada pueblo, castillo o aldea, conocía perfectamente donde terminaba la jurisdicción de su propio territorio y donde comenzaba la del vecino más próximo al otro lado de la frontera. Pero, en la práctica, esta teórica delimitación apenas si era respetada (García Fernández, 1987: 70).

> La frontera de Granada nació de las conquistas de los siglos XIII y XIV y, desde entonces, la violencia fue un mal endémico que afectó de manera profunda la vida y los comportamientos de las poblaciones asentadas en sus proximidades. Es cierto que, como hemos visto, esta violencia se atemperaba por las treguas y por los mecanismos de paz que las acompañaban, pero no hasta el punto de hacerla desaparecer del todo. […] Por ello no era infrecuente que las poblaciones fronterizas se viesen sacudidas por actos de violencia que, dada su frecuencia y reiteración, formaban parte de la crónica menuda y casi diaria de los lugares fronterizos. Mi maestro el Prof. Carriazo habló a este respecto de la existencia de una «guerra atenuada y vergonzante» (González Jiménez, 2014: 23).

La frontera andaluza medieval se caracteriza por su dinamismo, asociado tanto a acuerdos más o menos estables entre reinos como a la volubilidad de las relaciones cotidianas y de pequeña escala entre vecinos cercanos al borde. La defensa del territorio estaba dividida en marcas ligadas a los alfoces de villas de realengo con Sevilla, Córdoba y Jaén como principales núcleos, acompañados a su vez de ciudades intermedias como Carmona, Jerez o Écija. En el Reino de Jaén, el dominio de la capital competía con otros centros igualmente poderosos como Úbeda, Baeza, Andújar, Arjona, Santisteban y, eventualmente, Alcalá la Real y su imponente Fortaleza de la Mota (Figura 2). Cada una de estas ciudades respondía directamente ante la Corona y era responsable tanto de administrar villas y fortificaciones secundarias como de mantener atalayas y torres de vigilancia para el control de sus territorios.

Se formó así una estructura radial de fortificaciones gestionada desde la red castellana de núcleos independientes y configurada como una estructura defensiva en tres líneas paralelas (Alcántara Valle, 2015: 11-58) (Figura 3). La tercera línea, la más interior, estaba compuesta por cada una de las cabezas de alfoz, es decir, por las principales villas de realengo de la cuenca del Guadalquivir. En la mayoría de los casos estaban situadas bien pasada la frontera, con excepciones notables como Alcalá la Real, Jaén, Úbeda o Baeza, todas muy cercanas al límite granadino. La segunda línea se localizaba en una posición intermedia. Estaba compuesta por fortificaciones y alcázares con la suficiente autonomía como para soportar asedios

durante un tiempo considerable sin necesidad de suministros externos. Esta segunda línea se desdoblaba para abarcar la extensión de tierras llanas y agrícolas en ciertas áreas de la Banda Morisca sevillana y la frontera del Reino de Córdoba. En Jaén se unían los dos ramales, concentrando las fortificaciones en el área alrededor de las ciudades cabeza de provincia (Figura 4). Por último, la tercera línea la formaban atalayas, refugios y torres defensivas capaces de controlar el territorio y avisar a las guarniciones en caso de conflicto. Las atalayas no tenían capacidad para subsistir por sí mismas y dependían siempre de otra fortificación de orden superior. Las torres vigía eran numerosas en el área de Jaén y estaban ubicadas tanto en las áreas limítrofes como en las cercanías de las principales ciudades interiores, resaltando el carácter defensivo de este territorio.



Figura 2. El alfoz de los grandes concejos andaluces de realengo ca. 1350.
Mapa redibujado a partir de (García Fernández 1987, 84).

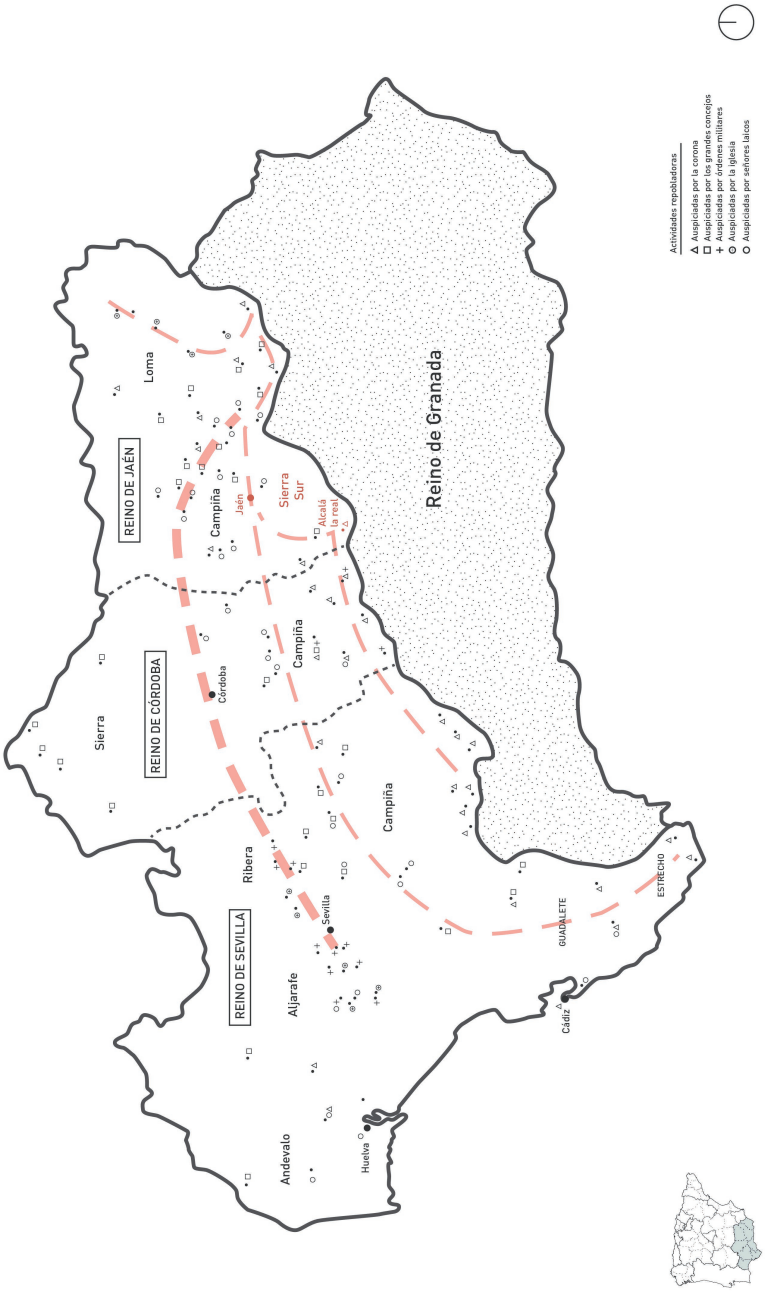


Figura 3: Actividades repobladoras en Andalucía promovidas por Alfonso XI para consolidar las poblaciones fronterizas. En su distribución geográfica es evidente la estructura territorial de la tercera y la segunda línea de defensa. Esta segunda línea poseía un mayor grosor en la extensa Banda Morisca sevillana y cordobesa, mientras que en la frontera giennense se estrechaba en concordancia con su límite escarpado y montañoso. Mapa redibujado a partir de (García Fernández 1987, 84).

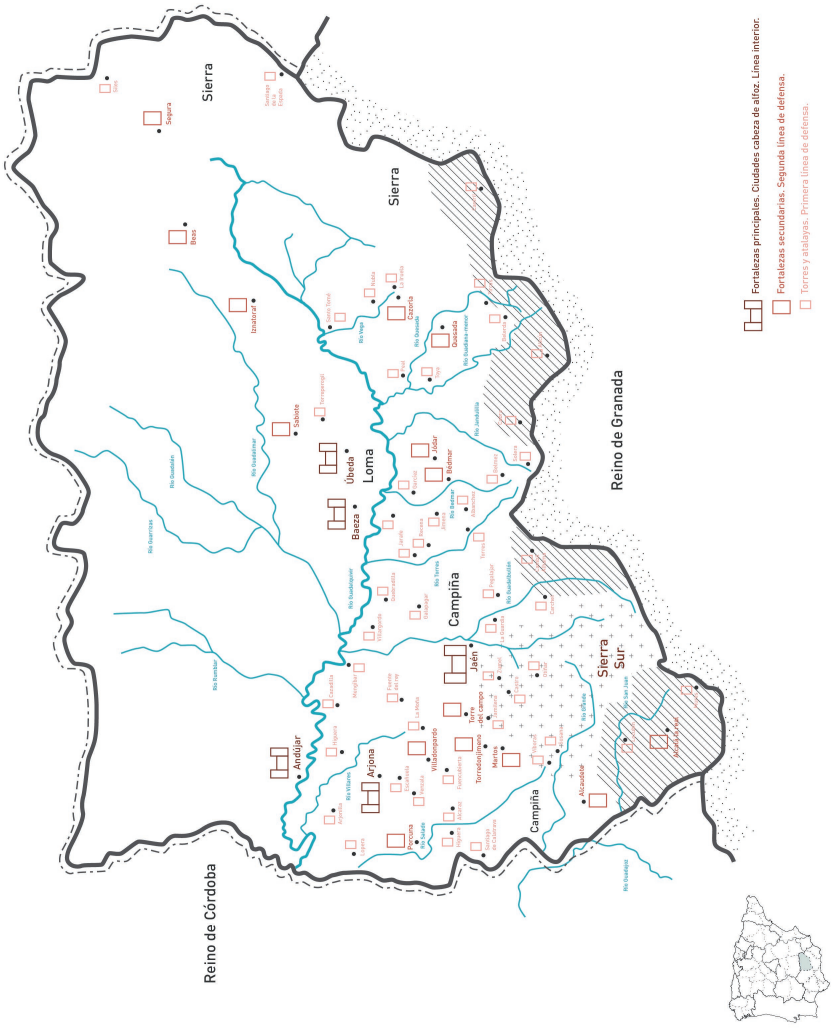


Figura 4: Estructura defensiva y marcas territoriales en el Reino de Jaén ca. 1350. Se han marcado las cabezas de alfoz interiores, las fortificaciones intermedias en segunda línea y la red de atalayas en primera línea de defensa. Redibujado a partir de (García Fernández 1987, 83).

Las fortificaciones y las villas asociadas a ellas eran a menudo objeto de concesiones señoriales o prebendas a los obispados regionales (Alcántara Valle, 2013: 207-232). Nobles como Don Sancho Martínez de Jódar recibieron el título de *Adelantado de Frontera*, una denominación que tendría eco en América a partir del siglo XVI. Los adelantados estaban a cargo de plazas especialmente expuestas ante el enemigo. En el contexto de la Sierra Sur de Jaén, estos señores de frontera controlaban el valle del río Guadalbullón, estrecho y fácil de defender, incluyendo, entre otras, concesiones como los castillos de Cárchel y Cazalla al adelantado Don Diego Sánchez de Funes en 1271 (Alcántara Valle, 2013: 216-217) o el castillo de La Guardia a Don Juan Ruiz de Baeza otorgado ya a finales del siglo XIII (Viedma Guzmán, 2017: 27-97) (Figura 5). Las órdenes militares poseían una presencia mayor a la de los adelantados, con gran número de plazas y alcázares andaluces gestionados en consonancia con su vocación juramentada de hacer la guerra a los reinos musulmanes. Conflictos como la sublevación mudéjar de 1264, la invasión benimerín en 1275 y el fallido sitio de Algeciras en 1278 reforzaron aún más el papel de estas órdenes militares. En diversos casos recibieron plazas anteriormente otorgadas a la Iglesia o a señores que más adelante no demostraron poseer la fuerza armada necesaria para su defensa (Alcántara Valle, 2013: 226). Entre las órdenes presentes en el Reino de Jaén destaca la Orden de Calatrava, muy por encima de las demás en cuanto a número de concesiones fortificadas. Sus plazas fuertes formaban un cinturón de castillos y atalayas que bordeaba toda la vertiente oeste de la Sierra Sur, dominando así el fértil valle del Río Guadajoz y creando una red de castros y guarniciones que cubrían el paso entre la Sierra Sur de Jaén y la Subbética Cordobesa.

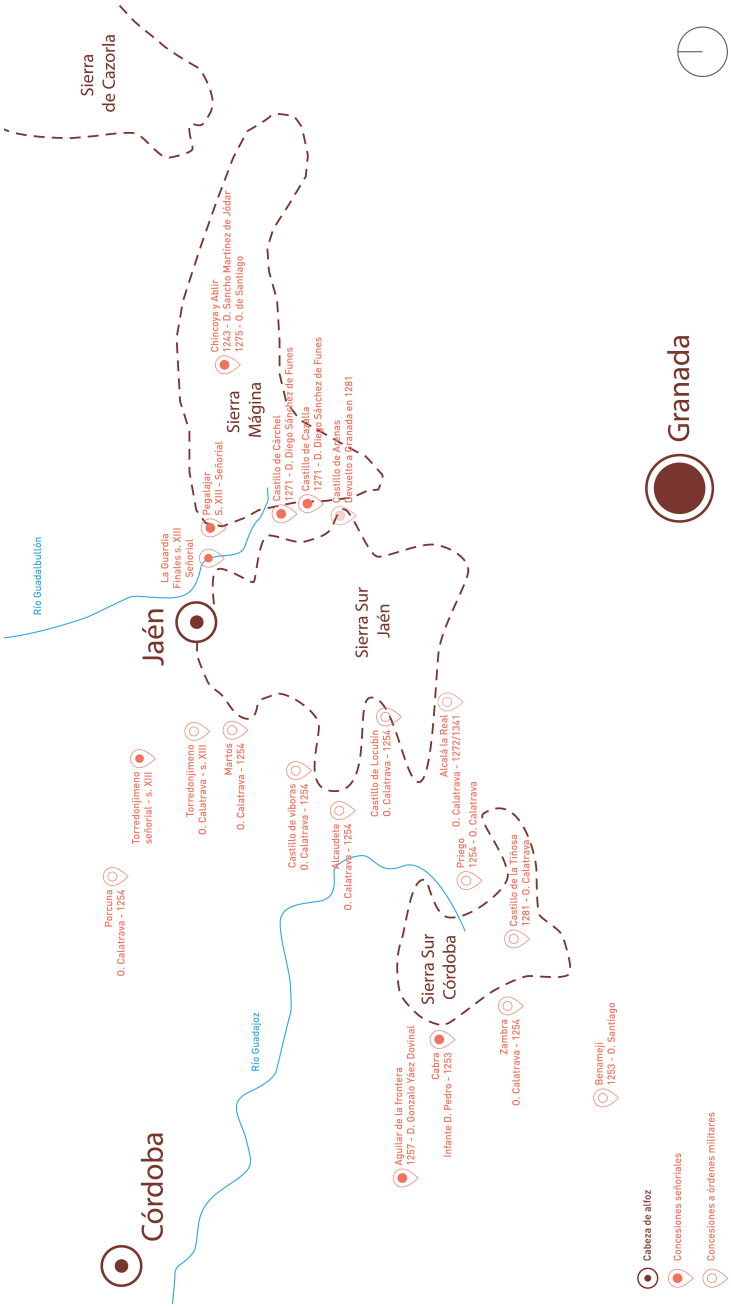


FIGURA 5: Concesiones en torno a la Sierra Sur de Jaén a señores, adelantados y a las órdenes de Calatrava y Santiago durante el siglo XIII. Elaboración propia a partir de datos publicados en (Alcántara Valle 2013, 207-232).

3. ESTRUCTURA MEDIEVAL Y ROL TERRITORIAL DE LAS FORTIFICACIONES FRONTERIZAS GIENNENSES

Muchos de estos alcázares y torres de la frontera giennense se conservan en la actualidad. Todos ellos presentan estructuras típicamente medievales, a menudo herederas de fortificaciones andalusíes más antiguas, incluyendo muros altos y estrechos con base de tapial morisco reconstruido en piedra tras la cristianización. Sus plantas irregulares levantadas sobre promontorios de piedra caliza se presentan jalonadas por torres de base cuadrada o redonda dominadas por la torre del homenaje como espacio último de refugio. Uno de los ejemplos más monumentales del conjunto es la Fortaleza de la Mota en Alcalá la Real, tomada en 1341 pero concedida a la Orden de Calatrava mucho antes, en 1272, bajo condición de su conquista. Este emplazamiento formaba la punta de lanza del eje de fortificaciones junto a la falda oeste de la Sierra Sur. Llegó incluso a contar con su propio alfoz independiente, extendiendo su influencia sobre el territorio a través de más de quince torres atalayas que formaban la primera línea de defensa frente a las plazas granadinas de Montefrío, Íllora y Moclín (Fernández Cacho et al., 2010: 382-403). Fortificaciones como La Mota o el excelentemente conservado alcázar de Baños de la Encina formaron parte indisoluble del paisaje cultural giennense desde bien temprano. Fuentes cristianas tales como el libro «Antigüedades del Reino de Jaén» manuscrito por Martín de Ximena Jurado a principios del siglo XVII, muestran el interés intelectual por el pasado romano, islámico y cristiano de la región, asociado a las estructuras defensivas como sus principales hitos. A pesar de que el registro de Ximena Jurado es parcial y presenta numerosas entradas sin completar, aquellos castillos que sí llegó a representar muestran con claridad las características formales y constructivas anteriormente mencionadas (Figura 6).



Figura 6: 1639, fortificaciones dibujadas por Martín de Ximena Jurado en su manuscrito «Antigüedades del Reino de Jaén».
Arriba: Fortaleza de la Mota. Abajo: Castillo de Baños de la Encina[3].

3. Martín de Ximena Jurado. (1639). *Antigüedades del Reino de Jaén*. Jaén. Biblioteca Nacional de España, Sala Cervantes (Mss/1180). Fols. 26 y 135.

Otro ejemplo de interés desde el punto de vista territorial es la Fortaleza de La Guardia. Sus tres torres de base cuadrada, acompañadas de una cuarta de base redonda, cierran un patio de armas cuadrangular que preside sobre un segundo recinto fortificado mucho mayor desde el que operar contingentes armados (Vargas-Machuca Caballero & Palma Crespo, 2004: 29-104). El mapa «Geographia o description nueua del obispado de Jaen», elaborado por Doctor Salzedo en 1587, muestra la posición de La Guardia vecina a Jaén como enclave para la vigilancia de la salida del valle del río Guadalbullón, nombrado por Salzedo como «Río de Campillo» (Figura 7)[4]. En la parte superior de este mismo mapa se señala el otro extremo del espacio estratégico natural a la Sierra Sur: la Puerta de Arenas. Se trata de una formación geológica que da acceso al valle y que funcionaba como cuello de botella, facilitando su control frente a eventuales incursiones. La Puerta de Arenas estaba defendida por el Castillo de Arenas, localizado en su cara norte. Su geometría era irregular e incluía tanto un foso exterior como muros de base en tapial con elevación de mampostería[5]. Su principal misión era la defensa del punto de acceso entre los reinos de Jaén y Granada, otorgándole un valor estratégico clave a nivel regional. En el mapa de 1587 el Castillo de Arenas ya no aparece. Sí se encuentra en cambio la nueva población de Campillo de Arenas, creada en 1539 en la cara norte de la Puerta de Arenas, es decir, en su vertiente abierta y fértil pero de difícil defensa que continúa siendo habitada en la actualidad. Así, este ejemplo temprano de representación cartográfica giennense muestra los primeros pasos de una transformación territorial en la que los sistemas fortificados de la frontera daban paso a otros tipos de poblaciones no fortificadas. Además de Campillo de Arenas se incluyeron también otras fundaciones sin amurallar como Mancha Real, cercana a la Guardia, y Los Villares y Valdepeñas en el interior de la Sierra Sur. Las cuatro formaron parte de una misma operación urbana promovida por la monarquía tras el final del conflicto granadino. Su carácter innovador como poblaciones abiertas se articularía en el tiempo con otras transformaciones militares, combinando ambas dimensiones urbanas en un territorio de alto dinamismo.

4. El mapa está orientado hacia el sur.

5. Este punto estratégico fue conquistado en la campaña de Alfonso X de 1280, y tras el Pacto de Jaén de 1282 fue devuelto al Reino de Granada. En los siglos siguientes cambiaría de manos en numerosas ocasiones hasta su conquista definitiva en 1485 (Fernández Hervás, 1989; Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, 2018; Olivares Barragán, 1992; Pérez Rodríguez, 1998: 169-188; Quesada Quesada, 1989).



Figura 7: «Geographia o description nueua del obispado de Jaen», 1587. Detalle del área de la Sierra Sur de Jaén. Biblioteca Nacional de España[6].

6. Doctor Salzedo. «Geographia o description nueua del obispado de Jaen fecha en el 2º anno del Pontificado de Nrô mui Sancto Padre Sixto. V. y del reinado del Rey dô Phillippe el.2º. nro señor en el anno de treintayuno por orden del obispo de Jaen Frâcisco en el anno. 7 de su Obispado y del nascimiento de N. S. Jesuchîo de 1587». 1:350000. Jaen, 1587. Biblioteca Nacional (Madrid). Sala Goya. Cartografía. MR/42/639.

4. INNOVACIONES EN ARQUITECTURA MILITAR EN EL CONTEXTO DE LA FRONTERA ANDALUZA

Entre el siglo XIV y la primera mitad del XV, el borde entre Granada y Jaén vivió un equilibrio tenso. La aparente estabilidad de la línea fronteriza disfrazaba la realidad de un territorio en cuyo espesor se sucedían acuerdos y conflictos habituales, rutinarios, difíciles de rastrear a través de documentos y/o registros. Las operaciones militares de los Reyes Católicos traerían consigo transformaciones drásticas a esta zona, sobre todo durante las campañas finales entre 1482 y 1491. La estrategia habitual del ejército castellano era sacar provecho de la estructura medieval de las fortificaciones de la región, asediándolas con un fuego de artillería moderna para el que no estaban preparadas (M. Á. Ladero Quesada, 2001). A menudo, las plazas nazaríes se rendían en cuanto se establecía el cinturón de artillería castellana a su alrededor, evitando un castigo excesivo que dificultaría la posterior capitulación y toma de la ciudad. La mayoría de las fortalezas castellanas en Jaén estaban construidas a partir de preexistencias andalusíes, por lo que también sufrían esta misma debilidad. Sus estructuras medievales no estaban diseñadas para soportar el asedio continuado de armamento de pólvora. Durante la conquista granadina y tras ella, los castellanos realizaron diversas intervenciones tanto en sus fortificaciones como en aquellas recién tomadas con el objetivo de resistir el ataque de artillería enemiga y de proveer espacios para la colocación de cañones propios que precisaban de un ángulo de tiro apropiado. De este modo se generalizaron las barreras, cavas y baluartes ubicados inmediatamente delante de las estructuras medievales más antiguas[7].

Destaca en este contexto el ingeniero militar y artillero mayor Ramiro López. De origen aragonés, López acompañó a Fernando el Católico en su campaña granadina[8]. Fue el responsable de fortificaciones tan emblemáticas como las del Sitio Real de Santa Fe, ya mencionado por su carácter fundacional y simbólico tras el final de la guerra. El campamento militar que dio origen a esta ciudad, más pragmático pero no por ello menos interesante, se situaba en las cercanías del mucho más amplio Real de la Vega donde se agrupaban la parte principal de las huestes castellanas. El real de Santa Fe basaba su importancia no en su tamaño sino en su misión como alojamiento de los monarcas y sus generales durante el asedio. El rigor de su traza y su perímetro amurallado se proyectaba como imagen del poder castellano en la

7. «La barrera es un muro con troneras tanto en la línea baja como en los cubos abovedados o casamatas; la muralla como los cubos están alamborados (talud) y rodeados por un ancho y profundo foso o cava; los baluartes —pequeños cubos— se sitúan en medio del foso y ante las puertas de acceso» (de Castro Fernández & Cuadrado Basas, 2012: 144).

8. Ocaña Erdozáin, Alberto, 2018: «Ramiro López.», En *Diccionario Biográfico Español, Real Academia de Historia*, Madrid: Real Academia de Historia. En < http://dbe.rah.es/biografias/52569/ramiro-lopez> Recuperado 13 marzo 2020.

región (R. G. Peinado Santaella, 1995).[9] Las fortificaciones defensivas que formaban parte integral de esa imagen de poder pueden apreciarse con claridad en los grabados de la sillería del coro bajo de la catedral de Toledo, realizados por Rodrigo Alemán (Alemani) entre 1495 y 1498, es decir, prácticamente contemporáneos a su construcción en el sur de la Península (Figura 8). La obra de R. Alemán muestra el campamento de Santa Fe como una fortificación típica medieval de muros altos almenados, torres de base cuadrada, foso y puente levadizo. Sin embargo, llama la atención la presencia de baluartes con forma de D situados inmediatamente frente a las puertas de la ciudad. Esta solución, desconocida en el ámbito medieval, indica una transición hacia las técnicas militares de la modernidad (García Pulido & Orihuela Uzal, 2005: 23-43). El grabado está cubierto por un arco en cuya enjuta derecha aparece la figura de un artillero manipulando un cañón, mientras que en la izquierda otro hombre prepara proyectiles de diferentes calibres. Ambos personajes son símbolo del protagonismo de la artillería en el asedio granadino.

Tras la conquista de Granada, el propio Ramiro López quedó a cargo de la restauración y actualización de las murallas de la Alhambra. Frente a los muros de tapial nazarí se construyeron hasta seis baluartes en D entre los que se incluyen el ubicado en la fortificación exterior de Torres Bermejas, otros tres frente a la Puerta de la Justicia, la Torre de las Cabezas y la Torre de Siete Suelos, el baluarte del hierro en el lienzo norte frente al Palacio del Generalife y la Torre del Cubo en la esquina nororiental del antiguo alcázar (Bermúdez López, 2010; García Torrente y Martínez Yáñez, 2018: 93-113) (Figuras 9-11). Estas fortificaciones modificaron en gran medida el sistema de accesos original y clausuraron la entrada principal de la Puerta de las Armas, ubicada en el lado norte de la alcazaba. El acceso protagonista sería a partir de entonces la Puerta de la Justicia, en el lienzo sur de la medina. El bastión construido por López junto a ella sería más tarde soporte de la fuente monumental conocida como Pilar de Carlos V, parte del nuevo eje urbano establecido por el Emperador desde su palacio intramuros hasta la Plaza Nueva, creada tras la conquista para alojar las instituciones del nuevo orden cristiano.

Una vez finalizadas sus labores en Granada, Ramiro López fue enviado al Rosellón donde el conflicto francés se había convertido en una de las prioridades de la Corona de Aragón. En 1496, López intervino en la renovación de la Fortaleza de Salsas, un castillo medieval que sería modernizado mediante la inclusión de baluartes

9. «Con propósito de ulterior defensa, se comenzó a construir junto al campamento el simulacro de una ciudad que había de perdurar con el nombre de Santa Fe, mostrando al enemigo que no faltaría en aquella ciudad un ejército escogido de caballería e infantería si en todo el verano no se conseguía el fin deseado (...)» Palencia, Alonso de. Guerra de Granada. Epístola que, desde Sevilla, escribió Alonso de Palencia, el 8 de enero de 1492, a don Juan Ruiz de Medina, obispo de Astorga, para narrarle los últimos sucesos de la Guerra de Granada y la entrega de la capital (1490-1492). Texto castellano, según la traducción de (Lapresa Molina, 1979: 205). Citado en (García Pulido & Orihuela Uzal, 2004: 247-266).

en D separados por un foso, es decir, el mismo sistema aplicado previamente en Santa Fe y la Alhambra[10]. En este caso, el uso de bastiones curvos en Salsas no fue decisión del ingeniero militar sino una orden directa del Monarca Católico. En una carta dirigida a López el 12 de junio de 1497, Fernando II especificaba: «que el baluarte de la puerta principal no sea quadrado, salvo [sino] a la manera de los de Santa Fe que vos hisystes»[11]. Su utilización se evidencia en el plano de Gonzalo de Áyora de 1503 en el que se recomiendan diversas tácticas defensivas a partir de la ilustración de un ficticio asedio francés (Figura 12).



Figura 8: 1495-1498, representación de las defensas del Real de Santa Fe en el tablero de la sillería del coro bajo de la Catedral de Toledo. Fuente: (Carriazo y Arroquía, 1985: 69).

10. «En noviembre de 1496 el ingeniero Ramiro López inicia la construcción de Salsas, modificando los planos iniciales al poco tiempo de manera que proyecta una ampliación de su traza que tiene como resultado una fortaleza de planta regular con cuatro cubos en las esquinas —de unos 18 mts. de diámetro y con un grosor de muros de 6,50 mts—, más dos baluartes situados en medio del foso, siendo uno de ellos baluarte de antepuerta. Uno de los cubos de esquina, el conocido como «Torre del Agua», es donde se centraliza todo el novedoso sistema antimina a base del nivel freático artificial. El resto de fortificaciones del Rosellón también se dotan de los nuevos elementos defensivos destacando los dos baluartes en planta «D» con su cava del castillo de Perpiñán, o el baluarte del Mar, de planta poligonal, en la villa de Colibre.» Fuente: (de Castro Fernández & Cuadrado Basas, 2012: 147-148).

11. Carta de Fernando el Católico al Ingeniero Ramiro López en *Libro de cédulas número 2/2, folio 105,* 1497, Archivo General de Simancas, transcrita por D. Camilo Álvarez Morales y Ruiz-Matas, tal y como aparece en (García Pulido & Orihuela Uzal, 2005: 42).

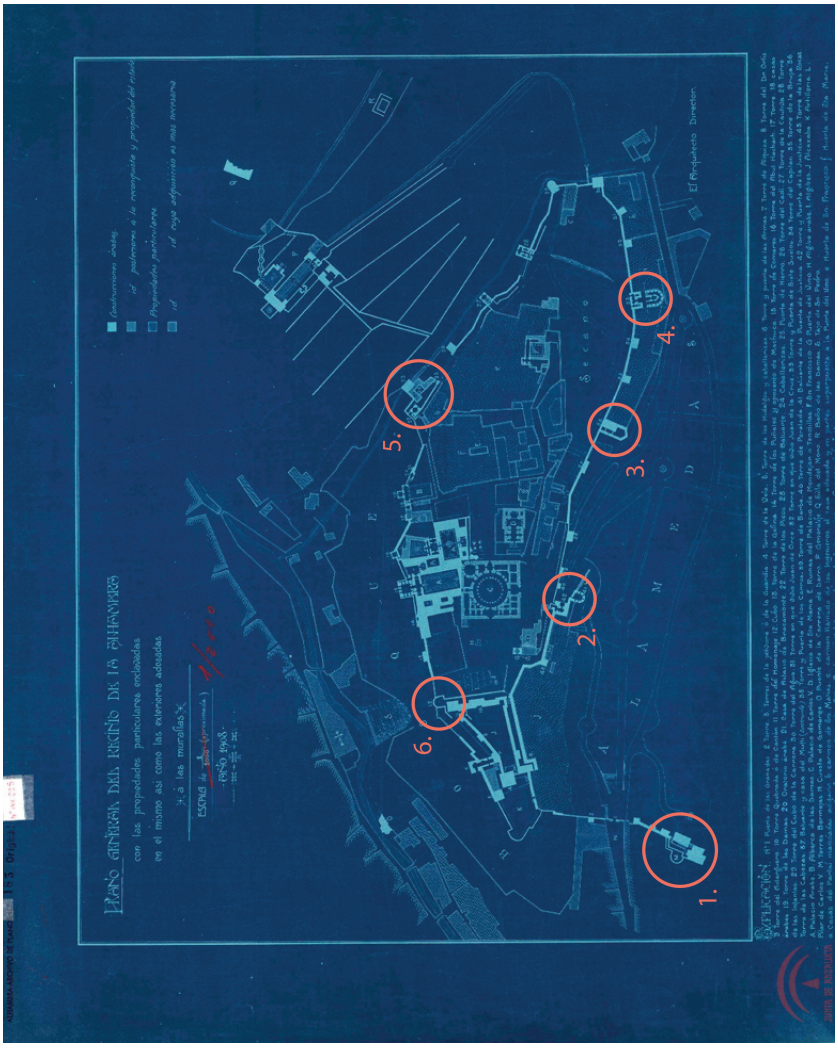


Figura 9: 1908, plano General del recinto de la Alhambra. Se han señalado los baluartes construidos por Ramiro López tras la toma de Granada. 1. Torres Bermejas, 2. Puerta de la Justicia, 3. Baluarte del Olivo frente a la Torre de las Cabezas, 4. Torre de Siete Suelos, 5. Baluarte del Hierro, 6. Torre del Cubo. Fuente: Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife[12].

12. *Plano general del recinto de la Alhambra*, 1908, Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife, Colección de Planos, P-000225.



FIGURA 10: 1963, perspectiva del lado oeste de Torres Bermejas. Destaca el baluarte en D construido por Ramiro López frente a la fortificación nazarí como plataforma para la artillería. Fuente: Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife[13].

13. *Torres Bermejas. Perspectiva del lado Oeste*, 1963, Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife, Colección de Planos, P-002413.

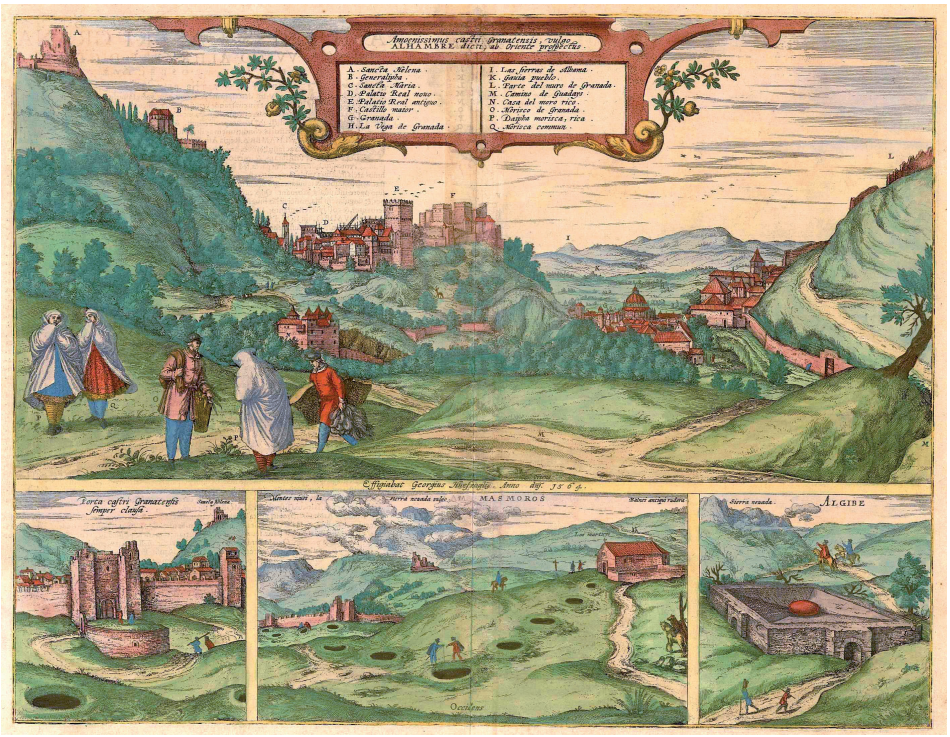


Figura 11: 1597, representación de Granada publicada en el quinto tomo del ***Civitates Orbis Terrarum***. En la esquina inferior izquierda aparece la Torre de Siete Suelos con el característico baluarte en D construido por Ramiro López.
Fuente: Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife[14].

14. Vista de La Alhambra Desde El Oeste. Inserta Imágenes de La Puerta de Siete Suelos, Las Mazmorras de Los Mártires y El Aljibe, Con Cartela Explicativa, 1564, Archivo del Patronato de la Alhambra y el Generalife, Colección de Grabados, 0040. Incluido en Braun / Hogenberg, 1597.

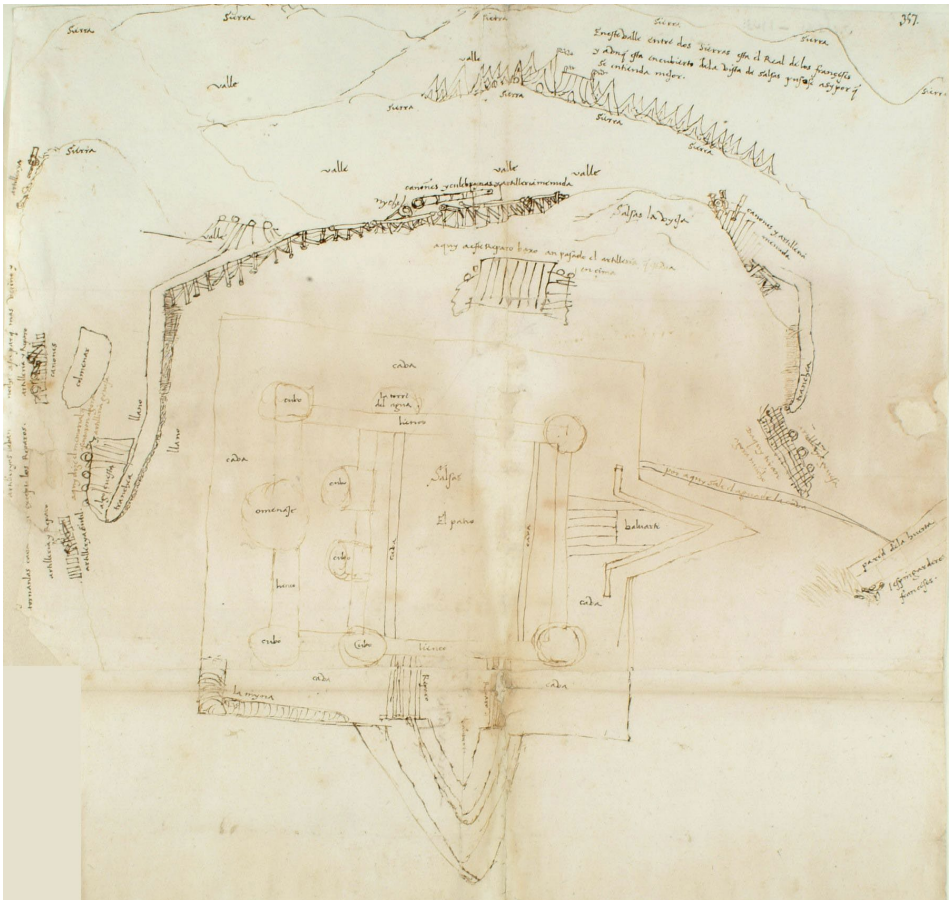


FIGURA 12: Fortaleza de Salses, Francia. Destacan los baluartes en D frente a la fortaleza principal, en los lados inferior y derecho del plano. Fuente: Archivo Real Academia de Historia[15].

15. Ayora, Gonzalo de. «Traça de Salsas». Salsas, Rosellón, 1503. Archivo Real Academia de Historia, Colección Salazar y Castro. http://bibliotecadigital.rah.es/dgbrah/i18n/consulta/registro.cmd?id=61766. Referido en (Cobos-Guerra, 2014: 141-158).

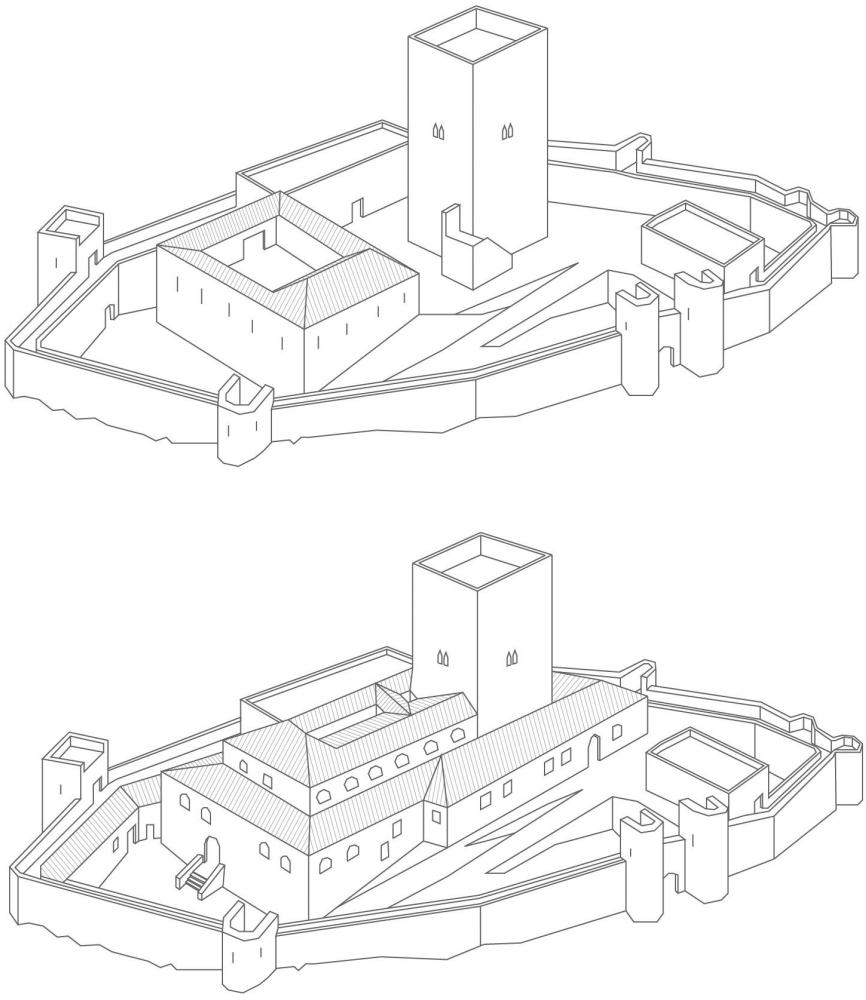


Figura 13: Castillo de Alcaudete, situado 24 kilómetros al norte de Alcalá la Real. Arriba: castillo tras su toma y cristianización. Entre los siglos XIII y XIV la Orden de Calatrava construyó una torre del homenaje, un monasterio interior y diversas torres abaluartadas en el perímetro. Abajo: tras la toma de Granada el señorío de Alcaudete fue elevado al rango de condado y los nuevos condes construyen un palacio en el interior del recinto. Elaborada por José María Martínez Rodríguez, estudiante de arquitectura de la Universidad de Granada.

Esta acción fortificadora formaba parte de una operación más amplia cuyo objetivo era proteger los tres frentes aragoneses principales en el momento: Rosellón, Sicilia y Roma. Mientras que Ramiro López había sido enviado a construir Salsas, el ingeniero Baldemoro Metelí se ubicó en Palermo para levantar el castillo del Mar, y Antonio de San Martín —Comendador de la Orden de San Juan— fue destinado a los Estados Pontificios con la misión de abaluartar el Castillo de Sant'Angelo. Antes de llegar a sus destinos, los tres ingenieros se habían reunido ya en Perpiñán en 1495 durante un concilio celebrado por orden directa del Rey. En este encuentro compartieron los avances técnicos experimentados en Granada, incluyendo la estrategia de aplicar añadidos proto-modernos a fortificaciones medievales. Dicha solución se popularizaría también en el resto del territorio imperial con ejemplos como el Castillo de Portillo en Simancas y la fortaleza de Jaca en Aragón (Viedma Guzmán, 2017: 27-97). Se reproducían de este modo las tácticas e innovaciones ya implementadas en la frontera granadina, difundiendo a nivel mediterráneo su carga simbólica como reflejo de la imagen del poder monárquico. Así pues, Perpiñán constituyó un punto de articulación entre la clausura de la Sierra Sur de Jaén como territorio militarizado y la apertura de nuevos frentes en el contexto europeo.

Mientras tanto, en la antigua frontera giennense los intereses militares quedaron relegados a un papel secundario. Numerosas fortificaciones serían abandonadas o mantenidas con el mínimo personal militar posible. Castillos como el de La Guardia fueron eventualmente restaurados y modificados para ofrecer un aspecto más cercano al de un palacio o una residencia nobiliaria que a la de una fortificación guarnicionada, reconvirtiendo la arquitectura del poder local para ofrecer una imagen acorde a los tiempos de paz (Figura 13). Estas transformaciones evidencian una relación entre las fortalezas giennenses y sus burgos muy diferente a la de los nuevos baluartes y bastiones que tomaban el relevo como mecanismos de control en las grandes capitales del momento, defendiéndolas no sólo contra enemigos externos sino también frente a la propia población local (Cámara Muñoz, 2017: 11-38). En cambio, en la antigua frontera andalusí, los castillos eran reconvertidos mediante arquitectura aristocrática, palatina y religiosa, espacializando la nueva jerarquía política, social y económica del territorio andalusí[16].

16. Para un contexto más general sobre las dinámicas fronterizas hispánicas y sus transformaciones históricas, ver (García Fernández, Galán Sánchez, & Peinado Santaella, 2019).

5. NUEVAS FUNDACIONES NO FORTIFICADAS EN LA SIERRA SUR DE JAÉN. UN PROYECTO ADAPTADO AL TERRITORIO EN POSTCONFLICTO

A partir de 1492 Jaén quedó como un territorio interior de carácter rural alejado de fronteras terrestres y marítimas. No se vieron allí avances ingenieriles como los baluartes apuntados o las fortalezas pentagonales, sin embargo, eso no descarta la aparición de soluciones urbanas en clave moderna. Es necesario buscarlas no ya en los espacios diseñados para la *nueva guerra* comandada por la artillería y las armas de pólvora, sino en aquellos creados para la *nueva paz* impuesta por los vencedores.

A principios del siglo XVI, la activación de los territorios agrícolas andaluces era prioritaria para la Corona de cara a la consolidación de población castellana en el espacio recién conquistado. Para ello se requerían habitantes adicionales, colonos que acudieran tanto de los reinos andaluces cristianizados en el siglo XIII como desde otros lugares. Con este objetivo se aplicaron en Granada diversos proyectos de repoblación diseñados para atraer y consolidar nuevas vecindades (Sánchez Ramos, 1995: 357-388). Los pobladores llegaban incentivados por la promesa de recibir tierras en propiedad ubicadas en ciudades y villas en auge, todo ello garantizado por procesos legales escriturados.

Entre estos proyectos destaca la instrucción dada por la reina Juana I en 1508 para fundar siete ciudades nuevas en el entorno de la Sierra Sur, una orden cuyas características particulares la diferencian de otros procesos repobladores[17]. En primer lugar, se trata de un proyecto que trasciende el ámbito urbano, ubicando hasta siete poblaciones de forma estratégica para reconfigurar el territorio limítrofe entre Granada y Jaén: Campillo de Arenas, Navaelcán, Susana y Ranera (Valdepeñas de Jaén), El Hoyo y Cabañeros, Otíñar, Los Villares y La Mancha (Mancha Real). El orden en que aparecen en la carta y el modo en que son presentadas corresponde a un plan bien definido para, por un lado, reforzar la conexión entre Granada y Jaén y, por otro, consolidar el control de la Sierra Sur mediante la creación de un nutrido grupo de asentamientos en su interior. La justificación general del proyecto menciona que, al estar despoblada la Sierra, se estaba perdiendo una oportunidad para «ennoblecer» la ciudad de Jaén, sacar provecho de sus recursos agrícolas y

17. La carta fue trasladada en los libros de fundación de los asentamientos que si llegaron a efectuarse. Para la elaboración de este artículo, se utilizó la versión incluida entre los documentos correspondientes a la población de Valdepeñas de Jaén: *Quaderno que por extrazion y copias simples da algunas noticias para actuarse de la Fundación de esta villa erigida en lugar a sus principios con el nombre de El Valdepeñas. Sacado del Libro de Población y todo simple*. (1554). Archivo Municipal de Valdepeñas de Jaén, fols.2v.-3r. Su transcripción íntegra está disponible en (Delgado Barrado, Fernández García, & López Arandia, 2009). Como referencia, se recomienda consultar también (Anguita Téllez, 1988: 172).

ganaderos, así como de aumentar la seguridad de sus caminos. En conjunto, estas condiciones reflejan la pervivencia del carácter fronterizo de la región, liberada de las duras condiciones militares pero también desposeída de la intensas dinámicas comerciales y políticas que antes atravesaban sus puertos de montaña. Frente esta situación, la carta puebla de Juana I se presenta como una operación de cosido y transformación territorial. En ella se detallan las distancias de cada uno de los lugares entre sí y respecto a los puntos de referencia de Jaén y Granada, generando un sistema de coordenadas que, si bien no es del todo preciso, refleja con claridad los objetivos geopolíticos del proyecto (Figura 14).

Por otro lado, esta operación pobladora poseía una jerarquía de orden superior debido a su promoción directa desde la Corona. Aunque a efectos prácticos las fundaciones las llevarían a cabo agentes vinculados al cabildo de Jaén y a las reales chancillerías, no se trataba de una concesión señorial, militar ni eclesiástica, lo que rompía con la tendencia que había imperado en la región desde el siglo XIII. Los repartimientos listaban tierras otorgadas por «cédula» a vecinos ordinarios, agricultores en su mayoría, con el fin de poblar el nuevo núcleo y activar sus campos. En otras palabras, el proyecto atraía a futuros propietarios de la tierra desligados de la servidumbre señorial.

Otra de las características del proyecto es su objetivo de recompensar a integrantes de la corte y militares veteranos, actuando en efecto como una operación de devolución de favores. Estas personas recibían tierras mediante concesión por «gracia real» cuyo tamaño era el mismo que las suertes regulares pero que disfrutaban de ciertos privilegios y condiciones particulares. Por ejemplo, los pobladores «por merced» ni siquiera solían desplazarse personalmente a sus nuevas propiedades sino que las gestionaban a distancia a través de apoderados[18]. Los privilegiados que sí se establecieron en Jaén acabarían integrándose en las élites locales pero lo harían de un modo orgánico, como alcaldes u oficiales públicos en lugar de concesiones y señoríos directos. Entre esta clase alta colonizadora existen casos particulares como el de Juan Tavera, también conocido como *El Africano*, aristócrata morisco ligado a la familia Zegrí. Tavera recibió hasta cuatro parcelas para casa y tres de tierra de labor junto al lugar conocido como Puerta de Algava, en Campillo de Arenas[19]. Durante los diferentes procesos de asignación, marcado y revisión de estos solares, Tavera establecía conversaciones directas con los jueces encargados del repartimiento, disfrutando de un trato a todas luces preferencial en comparación con otros

18. Las tomas de posesión a través de apoderados llegaron a representar hasta un tercio del total (Delgado Barrado, Fernández García, & López Arandia, 2013: 81).

19. Vázquez de Acuña, J. (1539). *Libro del lugar e poblaçion del Canpillo de Arenas, termino e jurisdiçion e la muy noble e muy nonbrada ibdad de Jaem*. Campillo de Arenas. Archivo Municipal Campillo de Arenas, fol. 45 r.

pobladores. *El Africano* tomó posesión de sus propiedades el 19 de julio de 1539 mediante un acto particular oficiado personalmente por el juez repartidor,[20] en claro contraste con el resto de actos de posesión que agrupaban a varios vecinos a la vez y eran ejecutados por un alguacil encargado. A través de este y otros ejemplos, el componente jerárquico y de clase se hacía manifiesto en la repoblación de la Sierra Sur giennense.

Por último, el proyecto fundacional de Juana I incluye un extenso proceso judicial particularmente enconado contra el Cabildo de Jaén, que se oponía a la iniciativa ya desde sus primeros años. Muchos de sus miembros, representados por el poderoso Concejo de la Mesta, utilizaban los terrenos boscosos de la Sierra Sur para la recolección de madera y la explotación ganadera. La repoblación suponía el cambio de la estructura extractiva de la sierra hacia un modelo agrícola, por lo que se oponía directamente a sus intereses. Surgió así un conflicto entre las élites locales y los nuevos pobladores que atravesó diversas etapas entre 1508 y 1537. Durante este periodo se sucedieron procesos judiciales, cartas, peritajes y declaraciones ante notario que quedaron registradas en los libros de fundación de cada una de las poblaciones (Jiménez Cobos, 1998: 9-21). En 1537, Carlos I dio orden de visitar los sitios de la Sierra Sur a petición de los pobladores para comprobar si efectivamente existían impedimentos para fundar. Ante la negativa de los informantes, se decretó la reactivación oficial del proyecto. Para ese momento habían pasado veintinueve años desde que se emitió la carta puebla original, de modo que muchos de los colonos listados en 1508 eran ya ancianos o habían fallecido. En caso de defunción, eran sus viudas y descendientes quienes recibían el derecho poblar y quedaban interesados en mantener viva la contienda legal. Este grupo de «pobladores viejos» o «pobladores por justicia» aparece diferenciado en los documentos fundacionales respecto a los «pobladores nuevos» incorporados en 1537, así como de aquellos privilegiados directamente por la corona.

20. Vázquez de Acuña, J. (1539). *Libro del lugar e poblaçion del Canpillo de Arenas.* fol. 48 v.

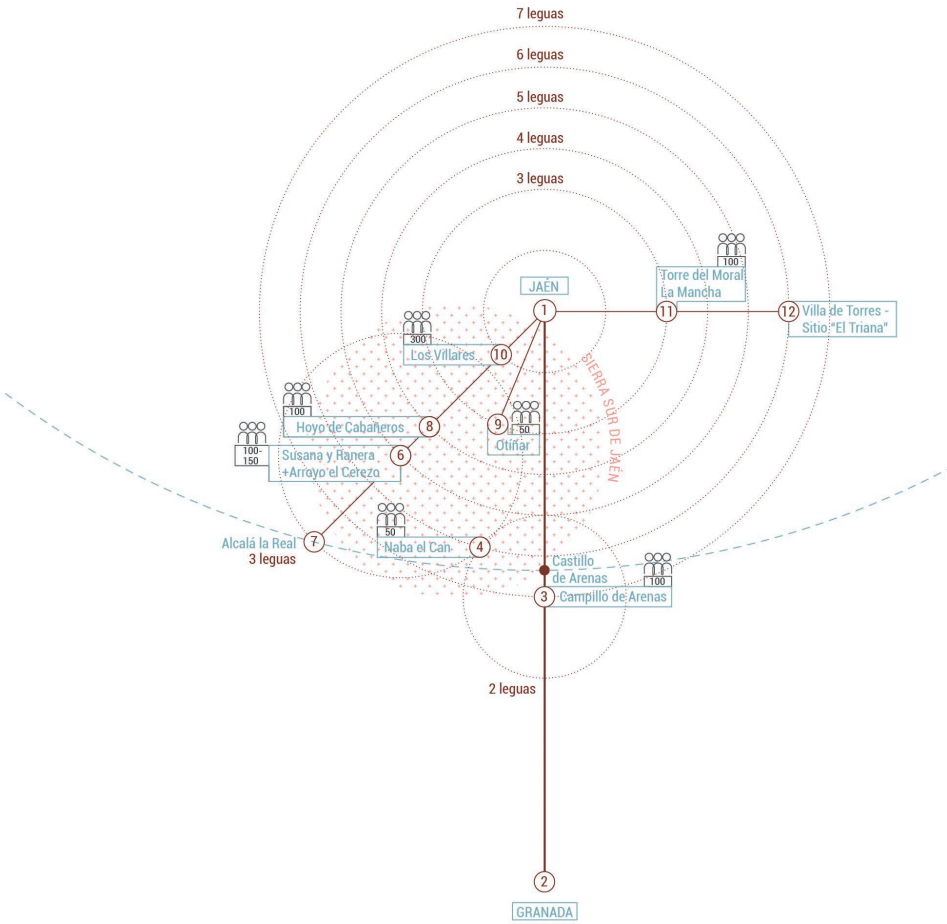


FIGURA 14: Distribución territorial de las nuevas poblaciones en la Sierra Sur de Jaén según las coordenadas indicadas en 1508 por la carta puebla de Juana I. Elaboración propia.

Como consecuencia de las acciones fundacionales ejecutadas en 1539 el proyecto se redujo de siete nuevas villas a sólo cuatro: Valdepeñas de Jaén, Los Villares, Mancha Real y Campillo de Arenas (López Arandía, 2011: 33-50). El sitio de Hoyo de Cabañeros fue considerado insuficiente para albergar una población completa por lo que quedó incorporado a la jurisdicción de Valdepeñas de Jaén (Delgado Barrado, Fernández García, & López Arandia, 2009). Otíñar también se tuvo por demasiado reducido, de modo que las suertes repartidas en aquel lugar quedaron a

disposición de Campillo de Arenas. En cuanto a Navalcan, la mayor parte de este paraje suponía un problema ya que había sido otorgada a Doña Mencía de Salcedo en el lapso entre la carta puebla de Juana I y la reactivación del proyecto.[21] La población de este lugar quedó anulada y el área restante se anexaría a la población de Campillo de Arenas. Más adelante Navalcan formaría parte de Noalejo tras la compra de su jurisdicción por la propia Doña Mencía en 1558. A pesar de la reducción en el número de poblaciones, la distribución de poblaciones en el interior de la Sierra Sur y su borde oeste mantiene la estrategia territorial propuesta en 1508 (Figura 15). Campillo de Arenas, cercana a la Puerta de Arenas y al Castillo de Arenas, roturaba la cabeza del Valle del Guadalbullón y creaba nuevas estructuras en un área que había sido primera línea de defensa entre castellanos y granadinos. Mancha Real se ubicó en este mismo eje pero en su extremo contrario, donde la entrada al valle controlada por las fortificaciones de La Guardia y Pegalajar se abre a planicies más fértiles. Los Villares se estableció en la encrucijada de los caminos que penetran la Sierra Sur desde Jaén y Martos, facilitando las comunicaciones hacia su interior. El camino continuaba hasta el lugar designado para Valdepeñas de Jaén, la más alta de las cuatro poblaciones situada en pleno corazón de la montaña (Cazabán Laguna, 1922: 271-282). En Valdepeñas nace el río Víboras que desciende hasta el castillo del mismo nombre, entre las fortalezas de Martos y Alcaudete. Desde Valdepeñas también es posible llegar al valle controlado por el Castillo de Locubín, situado justo detrás de las colinas que rodean a Alcalá la Real. La nueva conexión a través de la Sierra Sur mejoraba así el enlace de Jaén con las áreas más elevadas de su alfoz y con el eje de fortificaciones calatravas.

En conjunto, las cuatro poblaciones formaban una estrategia que complementaba la lógica de las concesiones defensivas otorgadas entre los siglos XIII y XIV, equipando su red urbana con nuevas explotaciones agrícolas y una red de caminos mejor cohesionada. Campillo de Arenas y Mancha Real aprovechaban las tierras más fértiles en la entrada y la salida del Valle del Guadalbullón cuyas poblaciones estaban menos desarrolladas que las del borde oeste de la sierra. Por otro lado, Valdepeñas de Jaén y Los Villares proporcionaban acceso al interior de la sierra facilitando la extracción de recursos y proporcionando vías de comunicación transversales. Estos caminos, conocidos desde tiempo atrás y registrados por el Concejo de la Mesta, quedaban consolidados gracias a la nueva red de asentamientos, garantizando su seguridad y cambiando su carácter pastoril por funciones agrícolas, comerciales y urbanas. Las tierras dentro de la montaña eran menos aptas para la agricultura que las del valle bajo, razón por la que en estas dos poblaciones se realizaron más concesiones por gracia real mientras que los asentamientos más bajos y fértiles recibieron un número mayor de agricultores (Delgado Barrado, Fernández García, & López Arandia, 2009: 72-73).

21. No confundir con Navalcán, municipio en la provincia de Toledo.

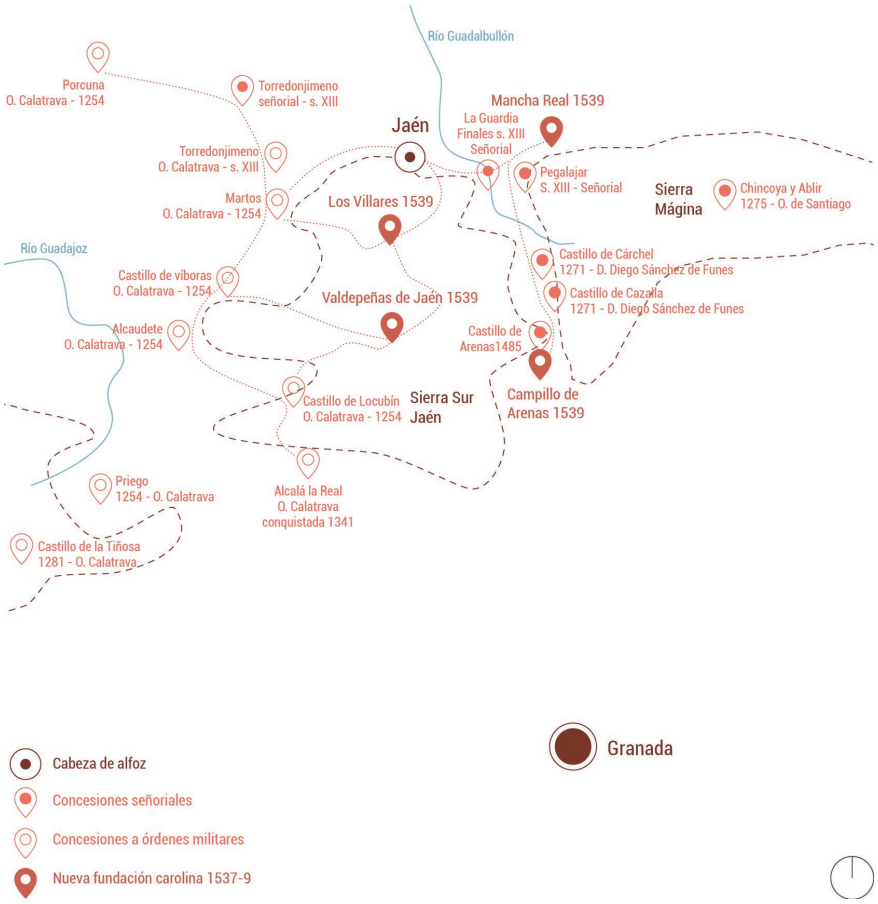


Figura 15: Localización geográfica de las nuevas poblaciones en la Sierra Sur de Jaén que llegaron a efectuarse en 1539. Se han destacado los ejes de fortificaciones este y oeste, así como la red de conexiones a través de la sierra. Fuente: elaboración propia a partir de datos de (Alcántara Valle, 2013; López Arandia, 2011).

El proceso de fundación en la Sierra Sur de Jaén estaba a cargo de un juez de repartimiento acompañado por escribanos y notarios. Su misión era la de garantizar la legitimidad de la distribución de solares y la toma de posesión. Sus acciones eran seguidas de cerca tanto por el Cabildo de Jaén y el Concejo de la Mesta como por los nuevos pobladores, quienes tenían derecho a alegar contra todas aquellas operaciones y comportamientos que consideraran irregulares. Así sucedió en repetidas ocasiones

durante los tres años siguientes a la reactivación del proyecto en 1537. Francisco Salvago, primer juez de repartimiento designado para Sierra Sur, fue acusado por los pobladores de beneficiar a unos por encima de otros y otorgar privilegios a nuevos vecinos pertenecientes a su círculo de amistades (Jiménez Cobos, 1998: 20). Salvago, como corregidor de Jaén, difícilmente podía ser imparcial. Sus actuaciones estaban en claro conflicto de intereses a favor de las mismas élites locales que se habían opuesto a la repoblación desde su inicio. Finalmente, la demanda tuvo éxito y Salvago fue cesado de su cargo.

El siguiente juez de repartimiento, Jerónimo Bustamante, no pertenecía ya a ninguna institución andaluza sino que provenía de la Real Chancillería de Valladolid, garantizando el distanciamiento entre el responsable de la fundación y aquellos agentes locales que buscaban evitarla o sacar provecho injustificado de ella. Bustamante anuló las provisiones realizadas por Salvago y envió a Jaén al escribano Juan Vázquez para comenzar los nuevos preparativos. Sin embargo, diversos asuntos retuvieron a Bustamante y postergaron su llegada de forma indefinida. Los pobladores, cansados de tantos retrasos, hicieron de nuevo uso de su derecho y solicitaron que un nuevo juez se hiciera responsable del proceso. El cargo se atribuyó a Juan de Ribadeneyra, también juez de la Real Chancillería de Valladolid, quién tomó posesión de su cargo el doce de marzo de 1539 y llegó a Jaén el dos de abril (Jiménez Cobos, 1998: 44-47). 1539 sería pues el año de la fundación definitiva de las cuatro ciudades.

Juan Vázquez permaneció en su puesto como notario, acompañando a Rivadeneyra en todas sus actuaciones e informando de aquellas ejecutadas previamente por Bustamante. De su mano quedaron escritos los libros de fundación de las cuatro nuevas poblaciones en cumplimiento de las instrucciones incluidas tanto en la carta puebla de Doña Juana como en la ejecutoria de Carlos I[22]. Además de las acciones efectuadas durante la fundación, sus documentos describen las condiciones que debían cumplir cada uno de los pobladores tales como, por ejemplo, la obligación a residir en la nueva villa durante al menos diez años, la prohibición de vender la vecindad, el tamaño estipulado para las suertes y sus campos cultivables, la obligación de construir vivienda en el plazo de dos años y el deber de cultivar las viñas y huertas asignadas antes de tres años (López Arandia, 2012: 116-117)[23]. El protocolo fundacional incluía recorridos del juez repartidor junto a sus asociados y otros agentes locales para reconocer los lugares, consultas a los vecinos para ubicar yacimientos

22. Todos ellos se conservan a través de diversas copias y traslados, conservados en los respectivos archivos municipales y el Archivo Histórico Provincial de Jaén. El libro de Mancha Real fue transcrito a finales de los años 90 por el cronista local Martín Jiménez Cobos (1998). Los libros de Valdepeñas, Los Villares y Campillo de Arenas fueron transcritos entre 2009 y 2013 por los historiadores José Miguel Delgado Barrado y Amparo López Arandia (2009, 2011, 2013).

23. Muchas de estas condiciones fueron vulneradas de forma sistemática.

de materiales de construcción, los procedimientos para la designación del lugar y su nombramiento, la demarcación de los mojones limítrofes, la proclamación del patrón de la iglesia, la elaboración del listado de pobladores, el dibujo de la traza y la asignación de lotes. En las secciones finales se registró la ceremonia de toma de posesión de las suertes por parte de los nuevos vecinos, sus apoderados, sus viudas y sus herederos, así como aquellas alegaciones y correcciones realizadas durante los años inmediatamente posteriores.

En lo que respecta a la traza de las poblaciones, el protocolo fundacional de Sierra Sur se enmarca en el contexto del urbanismo español en retícula del segundo cuarto el siglo XVI. Comparten el año oficial de fundación de 1539 con numerosas ciudades americanas como Santa Fe de Bogotá, Tunja o San Juan de Pasto, por citar algunas ubicadas en el Nuevo Reino de Granada (Salcedo Salcedo, 1996)[24]. Valdepeñas, Los Villares, Mancha Real y Campillo de Arenas presentan estructuras sensiblemente regulares que remarcan la sincronía de su proyecto fundacional con otros empeños urbanos españoles de la época. Es posible rastrear dicha conexión a través de los responsables del repartimiento, todos ellos conocedores de experiencias urbanas previas. Por ejemplo, algunos de sus agentes fundadores eran veteranos de guerra, como Diego Fernández de Iranzo, sobrino del condestable Miguel Lucas de Iranzo y Caballero Veinticuatro del Concejo de Jaén; o Francisco de Bobadilla, alcaide de los castillos de Cambil y Alhabar (López Arandia, 2012: 110; Peinado Santaella, 1995: 68-110). Ambos fueron testigos de la fundación de Santa Fe de Granada cuya influencia sobre las cuatro fundaciones giennenses es evidente. Las trazas de las cuatro ciudades en Sierra Sur fueron dibujadas por Juan de Reolid, tallista conocedor de los principios estéticos renacentistas gracias a su experiencia junto a Diego de Siloé durante la construcción de la Catedral de Granada y posteriormente con Andrés de Vandelvira en la Catedral de Jaén, donde se encuentra el principal legado artístico de Reolid (Almansa Moreno, 2018). Las suertes tenían todas el mismo tamaño y proporción en las cuatro poblaciones, asegurando que no existieran desigualdades entre los vecinos de unas y otras.

En cuanto a la estructura urbana ortogonal, esta hubo de adaptarse a las condiciones del terreno de cada localización generando cierta diversidad de composiciones de bloques y distribución de calles. Esta condición afectó especialmente a Valdepeñas y Los Villares, ubicadas en terrenos abruptos. Su tejido fue modificado en respuesta a la cercanía de cuencas fluviales y pendientes escarpadas, por lo que la morfología fundacional de sus centros históricos no es tan fácil de identificar a simple vista. La traza es más evidente en las poblaciones de cotas bajas. Por ejemplo, en Campillo de Arenas la trama es regular y clara, pero de tamaño reducido. Mancha Real destaca en cambio por ser la población que pudo desarrollar su plan de una forma más

24. Actual Colombia.

ortodoxa gracias a su situación en planicie. De hecho, Mancha Real es la única de las cuatro villas que conserva al menos un registro fundacional de tipo gráfico, en su caso un traslado de 1570 realizado a partir del plano de repartimiento elaborado por el mismo Juan de Reolid en 1539 (Figura 16). La traza conservada muestra el repartimiento de suertes de forma similar a la practicada en fundaciones americanas, indicando en cada parcela el nombre de su propietario y distribuyendo suertes en sentido radial desde la plaza mayor hacia el exterior. Su morfología es comparable a la traza colonial de Mendoza, uno de los planos americanos más antiguos de este tipo que se conservan hoy día, fundada en 1561 por Pedro del Castillo y reasentada en 1562 por Juan Jufré como avance desde la antigua Capitanía General de Chile hacia los territorios transandinos orientales, en la actual Argentina (Figura 17).[25]

La copia del plano de Mancha Real se conserva en el archivo de la Real Chancillería de Granada como documentación adjunta al pleito entre Melchor de Vergara, prior local, con Alonso Rodríguez de la Higuera y su mujer Mari Pérez, quienes solicitaban una corrección en la asignación de solares. En su traza se indicaron también los lotes asignados a instituciones y servicios como la iglesia y el cabildo, el hospital, la casa del párroco, carnicerías, hornos públicos y privados, etc. Del mismo modo que las fortificaciones de Santa Fe mezclaban elementos modernos y medievales –baluartes frente a murallas almenadas–, Reolid combinó en su plano un repartimiento en clave moderna con representaciones de elementos naturales y arquitecturas de marcado carácter medieval. La Torre del Moral, antigua atalaya que precede a la fundación de la ciudad, aparece dibujada en este mismo estilo en el margen izquierdo, sobre la traza. La firma del propio Reolid está presente también sobre la traza pero centrada, ubicada en la línea vertical que forman la columna central de suertes y la plaza mayor. En este plano aparece también el escudo real del emperador Carlos I con su característica águila bicéfala coronada, flanqueada a su vez por las columnas de Hércules y los escudos del Cabildo de Jaén y la Familia Ribadeneyra como garantes del proceso fundacional. Entre ellos se ubica un cuadro en el que constan las dimensiones de los lotes repartidos: «cada solar XC pies de largo y LX de ancho» (Jiménez Cobo, 1986: 11). La composición resultante presenta al poder imperial coronando la medida que garantiza la igualdad de las tierras asignadas, en lugar de su tradicional posición sobre fortalezas y palacios. Escudo, medida y firma notarial prueban la legitimidad del plano de propiedades, clausurando así el acto fundacional.

25. La similitud entre ambas trazas merece un desarrollo historiográfico y de análisis cartográfico que excede el alcance de este artículo. El proyecto *Siblings Overseas*, desarrollado por el autor desde el Politécnico di Torino y la Universidad de Granada, incluye la comparación de estos y otros planos de repartimiento fundacional de cara a establecer nuevos paralelos transatlánticos en el urbanismo colonial español de la primera mitad del siglo XVI.

6. CONCLUSIONES

En este artículo se ha realizado una caracterización de la región histórica de la Sierra Sur de Jaén a través de las estrategias territoriales de concesión y repartimiento de tierras, innovación en arquitectura fortificada y procesos para la fundación de ciudades ejecutados entre los siglos XIII y XVI. Mientras que en un primer momento las concesiones aparecieron asociadas a la defensa del territorio y la creación de una red fortificada a cargo de señores y órdenes militares; una vez concluido el conflicto la estrategia derivó en el reparto de tierras a sectores poblacionales más amplios, favoreciendo la activación de la agricultura y la permanencia de colonos y sus familias. Nuevas arquitecturas militares y dispositivos defensivos como los bastiones en D de Ramiro López aparecieron aplicados a fortificaciones medievales hasta los primeros años del siglo XVI, cuando se expandieron a la frontera imperial mediterránea. Mientras tanto, en el contexto del Reino de Granada y su frontera giennense, la innovación militar quedó en un segundo plano y se impulsó en su lugar la promoción de nuevas villas, fundadas mediante instrucciones en clave moderna pero desprovistas de bastiones o baluartes.

La interpretación del proyecto de nuevas poblaciones de la Sierra Sur unido a la estructura territorial del alfoz giennense como región histórica densamente fortificada permite enriquecer su historia con nuevos matices y motivaciones de tipo geopolítico[26]. Tras la iniciativa de crear nuevas poblaciones abiertas se encontraba la decisión obstinada e impulsada desde la Corona durante tres décadas para que, en el corazón de una de las redes defensivas más potentes de su época, se ubicaran nuevos dispositivos urbanos cuyo control era garantizado exclusivamente por el poder de la ley, sin necesidad de regimientos armados. Uno de los casos más evidentes de este cambio es el de Campillo de Arenas, ubicado en un área de reserva apenas separada del borde granadino. Su fundación marcaba la clausura definitiva de la Puerta de Arenas como puerta defensiva y el abandono del Castillo de Arenas hasta quedar en estado de ruina. Así, la ciudad de nueva planta, de espíritu escriturado y moderno, venía a reemplazar el rol ya obsoleto del alcázar medieval. Por otro lado, la morfología de las nuevas poblaciones en la Sierra Sur establece un paralelo claro con los asentamientos que comenzaban a popularizarse en América Latina desde inicios de la década de 1520, de traza regular y carentes de perímetro amurallado. De este modo, el proyecto de repoblación giennense refleja un nodo de gran interés en la red de circulación de ideas urbanas a lo largo del Imperio Español. Aunque no puedan considerarse fundaciones coloniales en un sentido estricto, su ubicación

26. Jaén es considerada la región con mayor densidad de castillos de Europa con sus más de 400 fortificaciones. Fuentes: Diputación provincial de Jaén, 2005: 21. Junta de Andalucía / Diputación de Jaén, 2014: «Castillos y Batallas» En: http://castillosybatallas.com consultado el 20 de Julio de 2019.

en un territorio de reciente conquista resuena con la empresa urbana en América. Sus agentes fundadores estaban relacionados a través de redes institucionales y experiencias comunes, incluyendo puntos de encuentro de gran relevancia como la ciudad de Santa Fe o la actividad de la Real Chancillería en Granada, por donde pasaron adelantados y conquistadores[27].

La Sierra Sur de Jaén constituye un verdadero corte estratigráfico donde lo medieval y lo moderno se articulan en un contexto de fuerte dinamismo fronterizo. Su análisis permite interpretar el auge y declive de las fortificaciones medievales, las estructuras experimentales desarrolladas frente a los primeros enfrentamientos dominados por las armas de pólvora y su relevo por proyectos que mezclaron estructuras hipodámicas con protocolos legales propios de una sociedad «letrada» (Rama, 1984). Esta herencia territorial ha pasado casi desapercibida para las instituciones públicas cuyas iniciativas para la protección del patrimonio histórico giennense se ha centrado casi exclusivamente en sus fortificaciones. Apenas se ha detenido en el interior de la Sierra Sur salvo por la salvaguarda de ciertas prácticas religiosas de interés como el culto al Cristo Chircales de Valdepeñas de Jaén (Fernández Cacho et al., 2010). La imagen generalizada a nivel de provincia es la de una región plena durante la Edad Media cuyas innovaciones artísticas y arquitectónicas posteriores se concentraron en ciudades como Úbeda, Baeza y la propia Jaén. Frente a ellas, otras manifestaciones culturales de la modernidad temprana como el urbanismo de nueva planta han quedado en un lugar secundario. Es cierto que la mayor evidencia del proyecto de repoblación de 1539 existe en forma de documentos legales menos llamativos y accesibles que las catedrales o los castillos encaramados sobre la montaña, pero en esta separación superficial se está dejando de lado una herencia más profunda y sutil. Una herencia basada en las imágenes del poder monárquico, las ideas de ciudad y los proyectos de ley cimentados sobre las venas abiertas del conflicto granadino.

27. Entre ellos Gonzalo Jiménez de Quesada, licenciado vinculado a la Real Chancillería de Granada hasta su partida a América en 1535. Fundó Santa Fe de Bogotá el 27 de abril de 1539 (Lucena Salmoral, 2018).



Figura 16: Plano de repartimiento de la villa de Mancha Real copiado en 1570. Arriba: plano completo. Abajo: detalle de la plaza principal, la iglesia y los solares repartidos a su alrededor. Fuente: Archivo de la Real Chancillería de Granada[28].

28. Juan de Reolid. «Traslado de un plano de la villa de Mancha Real, en pleito entre Melchor de Vergara, prior de Mancha Real, con Alonso Rodríguez de la Higuera y Mari Pérez, su mujer, vecinos de dicha villa [Copia de Luis de Molina en 1570].» Sin escala. Mancha Real de Jaén, 1570. ES.18087.ARCHGR/059CDFI//MPD nº 21// Caja 1 - Pergamino 8. Archivo de la Real Chancillería de Granada.

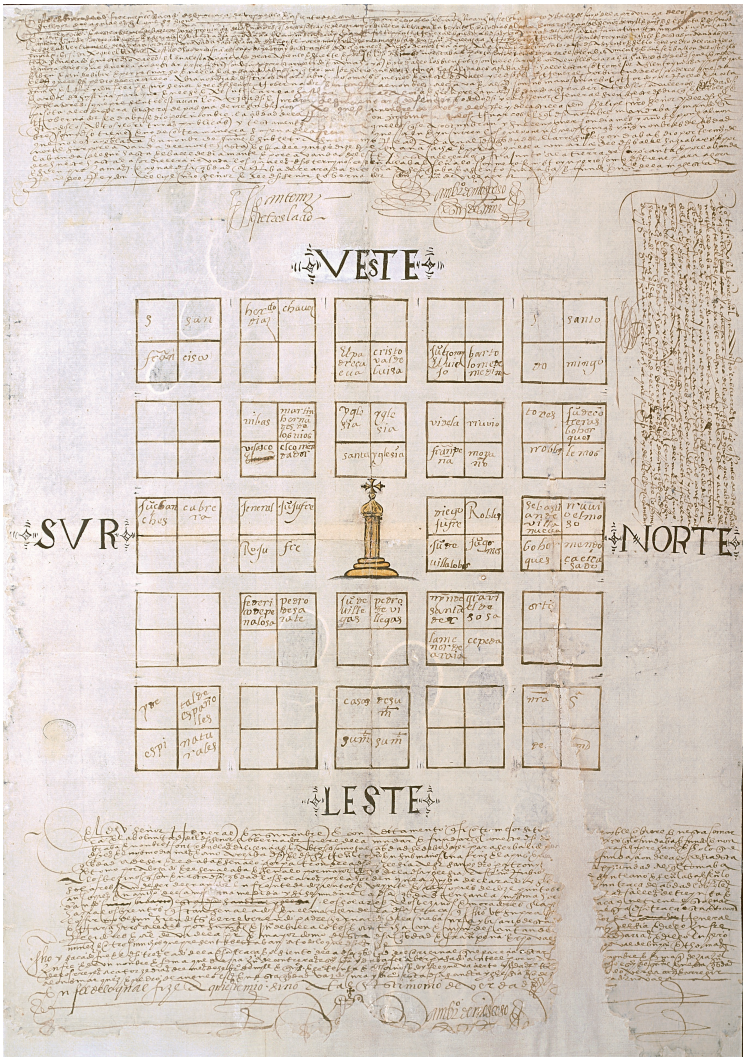


Figura 17: Juan Jufré de Loaysa Montesa. (1562). *Plano de la ciudad de Resurrección (Mendoza), en la región de Cuyo* [Repartimiento]. Mendoza, Argentina. Archivo General de Indias, Mapas y Planos[29].

29. «Plano de la ciudad de Resurrección (Mendoza), en la región de Cuyo». Sin Escala. 1562. Plano incluido en el acta de fundación de la ciudad de Resurrección por Juan Jufré de Loaysa Montesa. PATRONATO,121,R.5. Archivo General de Indias, Mapas y Planos.

RECONOCIMIENTOS

Este artículo ha sido desarrollado gracias a una beca de investigación predoctoral financiada por el MIUR de Italia, bajo la supervisión de los profesores Sergio Pace (PoliTo) y Juan Calatrava Escobar (UGR). Igualmente ha recibido apoyo desde el grupo de investigación HUM 813 «Arquitectura y Cultura Contemporánea» de la Universidad de Granada.

Las labores de archivo y campo se realizaron durante una estancia internacional de nueve meses en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Granada, financiada por el programa Erasmus+/PhD de la Unión Europea. Las labores de campo en el entorno de la Sierra Sur de Jaén se realizaron en el contexto de la asignatura Proyectos 6 (2019/20) gracias a la invitación del profesor Rafael de Lacour. Se agradece a José María Martínez Rodríguez, estudiante de dicho curso, quien amablemente cedió su trabajo gráfico para su publicación en este artículo.

BIBLIOGRAFÍA

Alcántara Valle, J. M. (2013). Nobleza y señoríos en la frontera de Granada durante el reinado de Alfonso X. Aproximación a su estudio. *Vínculos de Historia*, (2), 207-232.

Alcántara Valle, J. M. (2015). La guerra y la paz en la frontera de Granada durante el reinado de Alfonso X. *Historia. Instituciones. Documentos*, (42), 11-58.

Alfonso X, R. de C., Sánchez-Arcilla Bernal, J., Alfonso X, R. de C. y Sánchez-Arcilla Bernal, J. (2004). *Las Siete Partidas: (El Libro del Fuero de las Leyes)*. Madrid : Reus.

Almansa Moreno, J. M. (2018). Juan Reolid | Real Academia de la Historia [Madrid: Real Academia de Historia.]. Recuperado 28 de mayo de 2019, de Diccionario Biográfico Español. http://dbe.rah.es/biografias/85722/juan-reolid

Anguita Téllez, J. F. (1988). Introducción a la colonización y repartimiento de la Sierra de Jaén en el siglo XVI. *Chronica Nova*, *16*, 169-180.

Benevolo, L. (1977). *Diseño de la ciudad* (Vols. 1–5). Barcelona: Gustavo Gili. cat00683a (Biblioteca Satélite de Arquitectura 711.409 B252 Z255 V. 1).

Bermúdez López, J. (Ed.). (2010). *La Alhambra y el Generalife: Guía oficial*. Granada: Patronato de la Alhambra y Generalife, TF Editores.

Bielza de Ory, V. (2002). De la ciudad ortogonal aragonesa a la cuadricular hispanoamericana como proceso de innovación-difusión, condicionado por la utopía. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, *VI*(106). http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-106.htm#m0

Bielza de Ory, V. (2003). El Fuero de Jaca, el Camino de Santiago y el urbanismo ortogonal. En M. L. Arnal Purroy y Mauricio Molho, *Fuentes para la historia del Pirineo. El Fuero de Jaca.* (Vols. 1-2, pp. 269-318). Zaragoza: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Pirenaicos, Escuela de Estudios Medievales. cat00683a (Biblioteca Satélite de Derecho 342.46 F826 V.1).

Bonet Correa, A. (1991). *El urbanismo en España e Hispanoamérica*. Madrid: Cátedra.

Cámara Muñoz, A. (2017). La ciudad en los tratados de ingeniería del Renacimiento. En *Lecciones Juanelo Turriano de Historia de la Ingeniería*. *La palabra y la imagen. Tratados de ingeniería entre los siglos XVI y XVIII* (pp. 11-38). Segovia: Fundación Juanelo Turriano.

Carriazo y Arroquia, J. de M. (1985). *Los relieves de la guerra de Granada en la sillería del coro de la Catedral de Toledo*. Granada: Universidad de Granada.

Castillo Fernández, J. (2014). *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada*. Universidad de Granada. http://biblioteca.org.ar/libros/131280.pdf

Cazabán Laguna, A. (1922). La fundación del pueblo de Valdepeñas, en la sierra de Jaén. *Don Lope de Sosa*, *117*, 271-282.

Cobos-Guerra, F. (2014). Fuentes de estudio y valoración de la arquitectura defensiva. *Patrimonio Cultural de España*, (9), 141-158.

de Castro Fernández, J. J. y Cuadrado Basas, Á. (2012, marzo). *Las fortificaciones de la corona hispánica en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII (1492-1700)*. 143-200. Madrid.

Delfante, C., Isac Martínez de Carvajal, Á. y Barja de Quiroga, Y. (2006). *Gran historia de la ciudad: De Mesopotamia a Estados Unidos*. Madrid: Abada.

Delgado Barrado, J. M., Fernández García, J. y López Arandia, M. A. (2009). *Fundación e independencia: Fuentes documentales para la historia de Valdepeñas de Jaén (1508-1558)*. Jaén: Diputación de Jaén, Cultura y Deportes.

Delgado Barrado, J. M., Fernández García, J. y López Arandia, M. A. (2011). *Fundación, repoblación y buen gobierno en Castilla. Campillo de Arenas, 1508-1543*. Jaén: Diputación provincial de Jaén.

Delgado Barrado, J. M., Fernández García, J. y López Arandia, M. A. (2013). *Las nuevas poblaciones del Renacimiento. Los Villares (1508-1605)*. Jaén: Diputación provincial de Jaén.

Fernández Cacho, S., Fernández Salinas, V., Hernández León, E., López Martín, E., Quintero Morón, V., Rodrigo Cámara, J. M. y Zarza Balluguera, D. (2010). *Paisajes y patrimonio cultural en Andalucía. Tiempo, usos e imágenes* (Vols. 1–2). Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.

Fernández Hervás, E. (1989). Campillo de Arenas, Villa fundada después de la reconquista, con motivo de la repoblación de la Sierra de Jaén. *Boletín Instituto de Estudios Jiennenses*, *137*, 47-55.

García Fernández, M. (1987). La frontera de Granada a mediados del siglo XIV. *Revista de Estudios Andaluces*, (9), 69-86. https://doi.org/10.12795/rea.1987.i09.04 Re

García Fernández, M. (2005). *La campiña sevillana y la frontera de Granada: (Siglos XIII-XV): estudios sobre poblaciones de la Banda Morisca*. Sevilla: Fundación Contsa. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=260476

García Fernández, M., Galán Sánchez, Á. y Peinado Santaella, R. G. (Eds.). (2019). *Las fronteras en la Edad Media hispánica, siglos XIII-XVI*. Granada: Universidad de Granada, Universidad de Sevilla.

García Pulido, L. J. y Orihuela Uzal, A. (2004). La imagen de Santa Fe (Granada) en la sillería del coro bajo de la catedral de Toledo. *Archivo Español de Arte*, *LXXVII*(307), 247-266.

García Pulido, L. J. y Orihuela Uzal, A. (2005). Nuevas aportaciones sobre las murallas y el sistema defensivo de Santa Fe (Granada). *Archivo Español de Arte*, *78*(309), 23-43. https://doi.org/10.3989/aearte.2005.v78.i309.206

García Torrente, M. y Martínez Yáñez, C. (2018). Los accesos a la Alhambra: Incidencia en su lectura y gestión patrimonial. *Museion*, (29), 93-113. https://doi.org/10.18316/mouseion.v0i29.4697

García y Bellido, A., Torres Balbás, L., Cervera, L., Chueca, F. y Bidagor, P. (1954). *Resumen histórico del urbanismo en españa*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

González Jiménez, M. (1993). *La repoblación de la zona de Sevilla durante el siglo XIV*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=595478

González Jiménez, M. (1997). La repoblación de Andalucía (siglos XIII-XV). *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, *69*, 22-40.

González Jiménez, M. (2014). La frontera de Granada. Tres siglos de paz y de guerra. *Murgetana*, (130), 17-28.

González Jiménez, M., Carmona Ruiz, M. A., García Fernández, M. y Miura Andrades, J. M. (2006). Las villas nuevas de Andalucía en la Edad Media (siglos XIII-XVI). *Boletín Arkeolan*, (14), 349-370.

Gutkind, E. A. (1964). *International history of city development. Urban development in Southern Europe: Spain and Portugal* (Vol. 3). New York London: Free Press Collier- Macmillan.

Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. (2018). *Ficha Patrimonio Inmueble—Castillo de Arenas*. https://guiadigital.iaph.es/bien/inmueble/3734/jaen/campillo-de-arenas/castillo

Jiménez Cobo, M. (1986). Un interesante documento sobre Mancha Real del tiempo de la fundación. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, *126*, 9-21.

Jiménez Cobos, M. (1998). *Libro del Repartimiento y Fundación de la Mancha*. Mancha Real: Ayuntamiento de Mancha Real.

Kostof, S. (1991). *The city shaped: Urban patterns and meanings through history*. London: Thames and Hudson.

Ladero Quesada, M. A. (1993). *Granada después de la conquista: Repobladores y mudéjares* (2ª ed.). Granada: Diputación Provincial de Granada.

Ladero Quesada, M. Á. (2001). *La guerra de Granada (1482-1491)*. Granada: Publicaciones Diputación de Granada.

Lapresa Molina, E. (1979). *Santafé: Historia de una ciudad del siglo XV*. Granada: Universidad de Granada.

López Arandia, M. A. (2011). Pacificación y fundación de ciudades en la frontera: Proyectos repobladores en Castilla (ss. XV-XVI). *UNED. Espacio, Tiempo y Forma*, *Serie IV, Historia Moderna*(t. 24), 33-50.

López Arandia, M. A. (2012). Colonizando la frontera. Proyectos repobladores en castilla a inicios de la edad moderna. *I Congresso Histórico Internacional. As cidades na História: População*. Presentado en I Congresso Histórico Internacional. As cidades na História: População.

Lucena Salmoral, M. (2018). Diccionario Biográfico—Gonzalo Jiménez de Quesada. Recuperado 18 de noviembre de 2020, de Real Academia de Historia. http://dbe.rah.es/biografias/13303/gonzalo-jimenez-de-quesada

Melo Carrasco, D. (2021). *Las relaciones fronterizas entre Granada y Castilla (siglos XIII-XV). Un estudio a partir de las Treguas*. Granada: Universidad de Granada.

Morris, A. E. J. (1984). *Historia de la forma urbana: Desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial* (1.ª ed., 10.ª tirada). Barcelona: Gustavo Gili.

Mumford, L. (1989). *The city in history: Its origins, its transformations, and its prospects*. San Diego: Harcourt Brace.

Navarro Segura, M. I. (2006). Las fundaciones de ciudades y el pensamiento urbanístico hispano en la era del Descubrimiento. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales.*, *X*(218). https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/1251

Olivares Barragán, F. (1992). *Castillos de la provincia de Jaén*. Diputación Provincial de Jaén, Instituto de Estudios Jiennenses.

Peinado Santaella, R. (2011). *Cómo disfrutan los vencedores cuando se reparten el botín. El reino de Granada tras la conquista castellana (1483-1526)*. Granada: Comares.

Peinado Santaella, R. G. (1995). *La Fundación de Santa Fe (1491-1520): Estudios y documentos*. Granada: Universidad de Granada.

Pérez Rodríguez, V. (1998). Campillo de Arenas. *Sumuntán*, *10*, 169-188.

Quesada Quesada, T. (1989). *La Serranía de Mágina en la Baja Edad Media: Una tierra fronteriza con el Reino Nazarí de Granada*. Universidad de Granada.

Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: ARCA. cat00683a (Biblioteca General 301.2 R151).

Rykwert, J. (1976). *La idea de ciudad: Antropología de la forma urbana en el mundo antiguo.* Madrid: Hermann Blume. cat00683a (Biblioteca Satélite de Arquitectura 711.409 R948 Z281).

Saga, M. (2017, junio). *Granada des-granada: Estudio de fundaciones hispano-árabes, aragonesas y castellanas como modelos de ciudad-ley en conflicto (ss. XI-XV)*. Presentado en IX Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo, Barcelona-Bogotá, Junio 2017. Recuperado de http://upcommons.upc.edu/handle/2117/107605

Saga, M. (2018). *Granada Des-Granada: Raíces legales de la forma urbana morisca e hispana*. Bogotá: Ediciones Uniandes. WorldCat.org.

Salcedo Salcedo, J. (1996). *Urbanismo hispano-americano siglos XVI, XVII y XVIII: el modelo urbano aplicado a la América española, su génesis y su desarrollo teórico y práctico*. Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Fac. de Arquitectura y Diseño: Centro Editorial Javeriano. (Biblioteca Satélite de Arquitectura 711.4098 S141 1996).

Sánchez Ramos, V. (1995). Repoblación y defensa en el Reino de Granada: Campesinos-soldados y soldados-campesinos. *Chronica Nova*, *22*, 357-388.

Sartor, M. (1981). *La città e la conquista: Mappe e documenti sulla transformazione urbana e territoriale nell'America Centrale del 500*. Reggio Calabria: Gangemi.

Terán, F. (1989). *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*. Madrid: Ministerio de Fomento.

Vargas-Machuca Caballero, A. y Palma Crespo, M. (2004). Proyecto básico y de ejecución de restauración del alcázar y obras de emergencia en el recinto del castillo de La Guardia (Jaén). *Sumuntán*, (20), 29-104.

Viedma Guzmán, Á. (2017). El castillo y fortaleza de la villa de La Guardia (Jaén): Aproximación a su historia, especialmente durante la época del marquesado (siglos XVI-XIX), a través de sus documentos. Los alcaides del castillo. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (215), 27-97.

ISSN: 0213-2079 — ISSN electrónico: 2386-3889
DOI: https://doi.org/10.14201/shhmo2022441407444

EL GREMIO CUANDO INTERESA. PRODUCCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN DE PAÑUELOS DE SEDA EN MANRESA (CATALUÑA) EN EL SIGLO XVIII[1]

The guild when interested. Production and commercialization of silk scarves in Manresa (Cataluña) in the 18th century

Llorenç FERRER-ALÒS

Universitat de Barcelona
llferrer@ub.edu

Fecha de recepción: 01/08/2021
Fecha de aceptación: 19/05/2022

RESUMEN: La actividad sedera no existía en la ciudad de Manresa en el siglo XVII y tuvo un extraordinario desarrollo en el siglo XVIII. La constitución del gremio de tejedores de velos fue una consecuencia de la actividad. El artículo se enmarca en el debate sobre el retorno gremial y frente al dilema de modernización o retraso provocado por los gremios, defiende que es la especificidad del contexto y las características de la actividad productiva las que modelan el gremio y que este está al servicio de los intereses de los miembros que forman parte de él.

Palabras clave: gremio; producción de seda; comercialización de seda; organización gremial; Cataluña; retorno gremial.

ABSTRACT: The silk industry did not exist in the city of Manresa in the 17th century and it developed extraordinarily in the 18th century. The establishment of the veil weavers' guild was a consequence of this

1. Esta investigación se enmarca dentro del proyecto HAR2017-84030-P, Mundos del trabajo en transición (1750-1930): cualificació, movilidad y desigualdades.

activity. The article is part of the debate on the return of the guild and, faced with the dilemma of modernisation or backwardness caused by the guilds, argues that it is the specificity of the context and the characteristics of the productive activity that shape the guild and that the guild is at the service of the interests of the members who are part of it.

Keywords: guild; silk production; silk commercialisation; guild organisation; Catalonia; guild return.

Los gremios son instituciones que ordenan el acceso a los recursos de los individuos que se dedican a los mismos oficios fundamentalmente artesanales. Aparecieron para resolver problemas derivados de la producción de bienes y servicios (garantizar la calidad de estos, procurar un equilibrio entre oferta y demanda, defender derechos y privilegios y conservar y transmitir los conocimientos sobre el oficio), para hacer frente a la fragilidad del ciclo vital de los que formaban parte (ayuda mutua en caso de enfermedad, de viudedad, de vejez…) y para promover la sociabilidad en la sociedad en que se insertaba (participación en procesiones, en el gobierno de la ciudad…). Por todo ello tenían sentido y se multiplicaron en las ciudades europeas desde la Edad Media y llegaron como tales a los siglos modernos. Los mecanismos de socialización para la mayoría de los individuos en las ciudades pasaban por aprender un oficio e incorporarse a una de estas instituciones (Torras Elias, 1986, 1999)[2]. El sentido máximo de la institución se encontraría en un espacio para el que se producían y consumían los bienes y servicios (Nieto Sanchez, 2019).

En los últimos años se ha producido lo que se ha conocido como el «retorno gremial», una nueva mirada al mundo de los gremios. Aunque algunos autores continúan manteniendo que los gremios fueron instituciones que frenaron el desarrollo económico (Ogilvie, 2004, 2008, 2011, 2014, 2019), otros señalan que tuvieron un papel modernizador e innovador, que fueron capaces de realizar innovaciones y de desarrollar la economía antes de la aparición de la fábrica (Epstein, 1998, 2008; Epstein & Pratt, 2008; Prak et al., 2020). Ello ha llevado a profundizar en las instituciones que estos mismos gremios desarrollaron como el aprendizaje, la oficialía o la maestría (Minns y Wallis, 2009; Prak et al., 2020; Prak y Wallis, 2020; Schalk et al., 2017; Wallis et al., 2010). Esta renovación ha llegado también a España (Franch Benavent, 2014; Franch et al., 2016; Lopez Barahona y Nieto Sanchez, 2020; Nieto Sanchez, 2013, 2014, 2021; Nieto Sanchez y Zofio Llorente, 2016; Sola Parera, 2019).

2. Este artículo se enmarca en el amplio debate abierto en las dos últimas décadas sobre el papel de los gremios en el proceso de modernización económica. Véase un buen estado de la cuestión sobre este tema (Hernandez Garcia y Gonzalez Arce, 2015; Nieto Sanchez y Zofio Llorente, 2015).

Este trabajo se enmarca en este marco historiográfico. En realidad pretende trasladar el análisis del gremio al taller, de la corporación al oficio . A menudo el interés se centra en la institución, pero en realidad, la institución sirve a los intereses de las personas vinculadas al oficio y son estas las que la modelan. Si la institución no sirve a los agremiados, tendrá que cambiar y adaptarse. La historia y el contexto ayudan a explicar el punto de partida. Hay corporaciones que consiguieron un extraordinario poder que iba más allá de lo que producían; algunas desarrollaron unos potentes sistemas de protección social; otras crearon instalaciones comunes (muy caras en algunos trabajos); o entraron en el abastecimiento de materias primas; algunas aceptaban mujeres y otras las excluían… A menudo su preocupación no era la modernización económica, sino el mantenimiento de la desigualdad limitada[3], seguramente la mejor opción de vida en un determinado entorno (Nieto Sanchez, 2019). Si los talleres funcionaban bien en este entorno, las prácticas gremiales eran útiles.

Sin embargo, la historia es cambio. Aparecen nuevas profesiones que entran en conflicto con otras que ya existían para poder encontrar su lugar (Molas Ribalta, 1970) o, simplemente, el mercado local al que el gremio estaba bien adaptado (con los controles del mercado de trabajo a través del acceso al gremio) entra en profundos cambios: demográficos que hacen aumentar la demanda y obligan al gremio a crecer para poder satisfacerla o aumento de las demandas externas que llevan a los talleres a producir para el exterior. En estos casos, el capital circulante y las redes de comercialización pasaran a ser importantes. La institución gremial tendrá que ser leída desde esta nueva situación en la que la diferenciación social se multiplicará y crecerá la desigualdad. Cada caso será distinto. En un mismo espacio van a convivir gremios que viven en un mercado local aún controlado, con gremios que van a estar presionados por la demanda externa. Incluso dentro de una misma institución pueden producirse enfrentamientos entre maestros derivados de los cambios que se producen en el contexto local y que afectan de forma distinta a cada uno de ellos. Los argumentos para utilizar estarán en relación directa con la defensa de sus intereses.

Con estas y otras variables, cada gremio se adapta a la realidad que vive y el debate sobre si es un elemento de modernización o de freno, no es en realidad el debate principal. Si sus miembros consideran que la realidad en la que viven ya les va bien, van a trabajar para mantenerla, van a generar argumentos e ideología para que no cambie; si les llega un cambio técnico o un cambio que les obliga a adaptarse pueden intentar resistir o adaptarse de la mejor manera que les convenga; si hay oportunidades que van contra de lo que se consideran prácticas gremiales, mirarán hacia otro lado e intentaran aprovechar las oportunidades. Es decir, frenaran o

3. La dinámica económica podía generar grandes desigualdades internas y, para evitarlo, se tomaban medidas para evitar que esta desigualdad fuera excesiva. Otra cosa es que lo consiguieran.

modernizarán como más les convenga. Las posiciones adoptadas en cada caso se explicarán por cómo les van las cosas en una coyuntura determinada. Y puede que llegue un momento que el gremio deje de servir a una parte o a todos, y ello lo hará evolucionar y cambiar e incluso desaparecer.

Esta argumentación la queremos utilizar en el análisis de la experiencia de la producción de pañuelos de seda en Manresa a lo largo del siglo XVIII. La producción no existía a finales del siglo XVII y acabó siendo el motor económico principal de la ciudad. El gremio fue modelado por sus miembros según la situación. En este caso, condujo a la industrialización del siglo XIX (Ferrer Alos, 2011b, 2014)

1. LA VERSATILIDAD DE LA ACTIVIDAD PRODUCTIVA EN MANRESA EN EL SIGLO XVII: EL CURTIDO DE LA PIEL

Para desarrollar la tesis principal de este trabajo tenemos que poner énfasis en que, en el siglo XVII, una de las principales actividades económicas de la ciudad era el curtido de pieles por parte de los curtidores, mientras que los tejedores de velos y la producción sedera eran inexistentes. El gremio de curtidores se constituyó en Manresa en el año 1324 y tenía las tenerías en las afueras (Sarret Arbos, 1923). En el año 1586 había 51 curtidores y 17 «*tiraters*» y eran los oficios más numerosos de la ciudad (Romero García, 1987). García Espuche (1998) aporta datos que describen una determinada cultura y manera de hacer negocios. No eran comerciantes externos al oficio los que compraban y comercializaban las pieles a terceros; eran los mismos curtidores los que, sin dejar el proceso productivo, se convertían en negociantes. Aprovechaban la red comercial para acabar vendiendo lana, clavos, mulos, asnos, algodón y otros productos locales. Eran, al mismo tiempo, arrieros, curtidores y negociantes, la clave del crecimiento económico de algunos. El gremio no fue ningún obstáculo para este cambio. La diferenciación social acabó con algunos de sus miembros convertidos en miembros de la pequeña nobleza local después de pasar por comerciantes y artistas (Ferrer Alos, 2006).

En este entorno de predominio de los curtidos, a finales del siglo XVII surgió una nueva oportunidad relacionada con la producción de pañuelos y *menuderías* (tejidos estrechos, redecillas…) de seda. No sabemos por dónde vino este empuje[4]. ¿Cambios en la moda? Lo cierto es que tendría que ser una demanda que empezó a atraer a individuos procedentes de diferentes gremios. La actividad empezó a extenderse y ya no dejó de crecer durante todo el siglo XVIII. Apenas había gremio que la organizara y solo la antigua cultura de negocio desarrollada por el gremio de curtidores (producir y comercializar) que los «velers» copiarían. La nueva actividad

4. Este momento de esplendor coincide con la expansión del Colegio de Arte Mayor de la Seda de Valencia (Franch Benavent, 2014).

surgía prácticamente de la nada, con unas características específicas y se tenían que inventar las reglas que la organizaran.

Esta explosión de la actividad sedera se dio en otras ciudades como Mataró y Reus y tuvieron también que organizar el gremio de la nada. En todos los casos, el gremio era nuevo y la producción se dirigía a mercados foráneos. La institución gremial no tenía tradición y sin duda ello condicionaba su comportamiento. Podía ser modelada sin prácticas antiguas que condicionaran el presente (Andreu, 1991; Segura, 1991a).

2. LA EXPANSIÓN DE LA ACTIVIDAD SEDERA EN MANRESA Y SU ORGANIZACIÓN

Aunque hay algunas noticias de la existencia de tejedores de velos en el siglo XV, en el *fogatge* de 1553 no aparece ningún individuo con este oficio y en 1586, 3 veleros cinteros y 4 torcedores/tintoreros (Romero Garcia, 1987). En el año 1580 hay noticia de una cofradía en la capilla del Remei de la Seu de Manresa que acogía este oficio y que tendrá continuidad en el siglo XVIII con el renacer de la actividad (Sarret Arbos, 1923). La práctica del oficio no era desconocida, pero ocupaba un lugar marginal.

A partir de 1680 empiezan a aparecer en los capítulos matrimoniales las primeras menciones de tejedores de velos y galoneros, dos actividades que se desarrollarán juntas. Ningún progenitor de estos individuos precursores tenía este oficio: Jacint Bonells, velero, era hijo de un negociante de Berga[5], Pere Captí era un galonero que procede de Francia[6], Joan Oms era hijo de un carpintero[7], Ignasi Calsina, galonero, hijo de un pelaire[8] y Bonifaci Pla, hijo de un labrador[9]. No eran tampoco individuos pobres. Las dotes que recibieron oscilaban entre las 50 libras de Bonells y las 400 l. de Calcina.

5. Not. Agustí Viladés, Cap. 1680-1702, 23-II-1680, ACB.
6. Id, fol. 39, 1682, ACB.
7. Not. Felix Dalmau, Cap. 1684-1709, 30-IX-1684, ACB.
8. Not. Agustí Viladés, Cap. 1680-1702, fol. 282, 8-II-1697, ACB.
9. Not. Felix Dalmau, Cap. 1684-1709, 3-I-1698, ACB.

Cuadro 1. Evolución del número de maestros veleros según el catastro personal.

	Personal mayor	Personal menor	Otros	Talleres	Hijos	Total	Índice 1722=100	% veleros sobre artesanos de la ciudad
1722	59	1	15	75	16	91	100,0	15,4
1746	98	46	36	180	58	238	261,5	22,5
1765	100	150	36	286	51	337	370,3	42,4
1780	57	238	86	381	90	471	517,6	47,2
1788	49	338	120	507	118	625	686,8	56,2
1817						478	525,3	

Fuente: Catastros de Manresa y SARRET ARBOS, 1923.

La Tabla 1 es una síntesis de lo que ocurrió en Manresa a lo largo del siglo[10]. Los tejedores de velos pasaron de ser el 15,4% de los artesanos, al 56,2%. Los talleres pasaron de 75 en el año 1722 a 507, el 1788. La distinción que hacía el catastro entre personal mayor (individuos que trabajaban por su cuenta) o personal menor (trabajaban por otro) permite ver el proceso de diferenciación social. Los hijos de los maestros siempre declaraban como personal menor, por lo que hay que separarlos del recuento total. El resultado es muy contundente: los talleres independientes que trabajaban por su cuenta llegaron al máximo en el año 1765 (periodo de expansión) y se redujeron a la mitad en el año 1788; mientras los que trabajaban para otro más que doblaron entre 1765 y 1788. Todo parece indicar que los talleres que trabajaban para otros fueron los que realmente crecieron a lo largo del siglo, lo que corrobora el proceso de diferenciación interna que se produjo en el gremio.

La nueva actividad atrajo enseguida a hijos de otros artesanos que se pasaron a esta actividad. La muestra de capítulos matrimoniales de la primera mitad del siglo XVIII nos indica que entre 1701 y 1725, el 52,8% no tenían que ver con actividades sederas y el 75,4% entre 1725 y 1740[11]. Asimismo, las dotes que recibieron estos novios tejedores de velos no eran pequeñas. En 1680-1700, el 50% estaban entre las 200 y 400 libras (cuando la actividad era muy reducida), en 1701-1725, el 30,7%

10. Los datos deben tomarse con precaución ya que proceden de la fuente fiscal del catastro y en ella no se recogen ni aprendices, ni mancebos y los maestros hacían lo posible por no pagar (declaraban las viudas, o herederos de) o simplemente evitaban declarar.

11. Muestra de 8 capítulos para el primer periodo, 40 y 66 para los dos siguientes (Archivo de Protocolos, ACB).

están por encima de las 200 libras y el 42,9% en 1726-1750[12]. A esta cantidad había que añadir el patrimonio que aportaba el marido que podía ser una cantidad en dinero (su legítima) o, si era heredero, el patrimonio familiar[13]. Eran cantidades que se podían utilizar en el arranque de la actividad. Estos datos nos permiten constatar que la atracción se produjo sobre personas que tenían activos familiares importantes que permitirían disponer de forma inmediata de capital circulante fundamental para iniciar la actividad. Algunos de los talleres más ricos tendrán su origen en este momento.

Esta tendencia se mantuvo durante buena parte del siglo. Entre 1744 y 1790, entre el 45/50% de los aprendices que empezaban, eran nacidos fuera de la ciudad. Los nacidos en Manresa procedían fundamentalmente de gremios no textiles (35%) y textiles (30%) y los de fuera, de familias campesinas (38%) y de gremios textiles, especialmente pelaires (20%). En cuanto a los maestros, los hijos de maestro suponían el 30/35% en los años centrales del siglo cuando la actividad estaba en plena expansión y fue creciendo en las décadas posteriores y los que no eran hijos de maestro suponían el 65/70% en los años centrales. Estos nuevos maestros tenían orígenes económicos diferentes y ello condicionaba la posición que iban a tener en el proceso productivo (Ferrer Alos, 2022).

Capital circulante, materias primas y comercialización

Lo que nos interesa es que una nueva actividad se introducía con éxito en la ciudad y dejaba en segundo plano los curtidos de piel. En este marco era inconcebible que no se organizara dentro de una cofradía o gremio. Las tradiciones y creencias llevaban a ello, la antigua cofradía del Remei era el marco lógico y el taller artesano era la forma de organizarla[14].

La característica más importante de la industria sedera manresana es que existía gracias a la demanda exterior que se presentaba como infinita y tenía unas perspectivas ilimitadas. Todas las estrategias fueron dirigidas a satisfacer y ampliar este mercado exterior. El gremio, entendido como una organización local que aseguraba

12. La dote en Cataluña es un excelente indicador de nivel social debido a las características del sistema hereditario (Congost y Ros, 2013; Ferrer Alos, 2011a). La muestra sobre capítulos matrimoniales proviene de los notarios de Manresa Casassaies, Masramon, Felix Soler, Raures, Rallat, Viladés, Montfar, Sala, Pujol, Dalmau, Vendranes (ACB).

13. Sobre el funcionamiento del sistema hereditario catalán veáse (Ferrer Alos, 2007).

14. Lo señalamos porque en la industria de indianas que se desarrolló en Barcelona, no era el taller familiar la unidad de producción, sino la fábrica donde se estampaba y el prado donde secar las ropas. En este contexto, no surgió ningún gremio canalizando esta actividad (Sánchez Suárez, 2013).

el equilibrio entre la oferta y la demanda en el entorno donde producía y protegía las unidades productivas, no tenía mucho sentido.

Para poder participar en la satisfacción de esta demanda exterior había que afrontar dos cuestiones: por un lado, era totalmente necesario disponer de capital circulante para abastecerse de seda y, por el otro, era fundamental desarrollar mecanismos de comercialización para satisfacer la demanda exterior. En medio quedaba el proceso productivo y los problemas que ello comportaba. El gremio no entró ni en el abastecimiento, ni en la comercialización.

El acceso a capital circulante para comprar seda. Montar un taller no era caro. Joan Bta. Soler, curtidor, anotó en su primer libro de cuentas todo lo que gastó para poner en marcha su taller de velero cuando abandonó el oficio de curtidor porqué vio en la seda una nueva oportunidad. Un telar costaba 6 libras (hecho por un carpintero local) y otras 6, un urdidor. En el año 1733, el curtidor gastó 96,5 libras por tres telares, un urdidor, lisos y otros utensilios[15]. No era una cantidad muy elevada. Lo importante era poder comprar seda suficiente para poner en marcha el proceso de producción, financiar el trabajo y esperar la realización con la venta del género producido.

El capital circulante solía proceder de los activos familiares acumulados e incluso de la complementariedad con otras actividades como la agricultura. En una muestra de 24 inventarios entre 1734 y 1800 escogidos al azar, 11 tenían botas en la casa para guardar vino y 14 declaraban tierras en propiedad (Ferrer Alos 2011: 82). Otra vía para ver la importancia del circulante era el importe de las dotes que aportaban las novias al matrimonio como hemos visto y los activos de familias de menestrales que se pasaban a la nueva actividad. Cuanto más capital para arrancar más capacidad de producción de pañuelos y más capacidad de recuperar el capital inicial. La acumulación de capital tenía una relación directa con el capital circulante.

Si no se disponía de este capital inicial o era relativamente escaso, había otras vías, algunas de ellas muy frágiles. La compra de seda a fiar era una de ellas. Un comerciante vendía seda a un tejedor de velos al fiar, es decir que no sería pagada hasta dentro de un tiempo o hasta que no se completara el ciclo de producción. Cuando el tejedor de velos vendía y cobraba sus pañuelos, entonces pagaba al fiador y volvía a empezar el ciclo. De esta manera se podía mantener una red de productores independientes, aunque con una gran fragilidad frente a lo que podía suceder en toda la fase productiva. El ejemplo de Anton Culla puede ilustrar este esquema. En su inventario levantado el 1776, tenía créditos a su favor de 3.574 libras (dos veleros de Manresa, una compañía de Barcelona y un patrón marinero

15. Llibre del Soler (1733-1740), ACB. Véase también (Ferrer Alos, 1982; Martinez Ascaso, 1997).

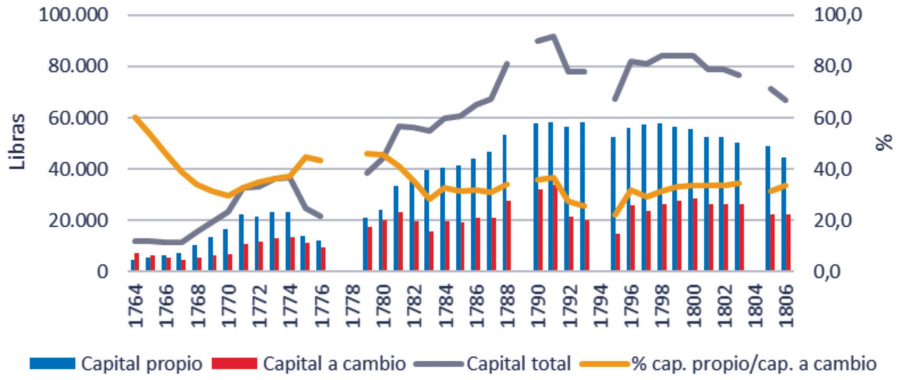
de Vilassar de Dalt). Al mismo tiempo, tenía créditos en contra de 2440 libras (1400 para comprar seda en Valencia)[16].

De aquí a trabajar para otro había un paso. Genís Pascual había recibido de Joan Bta. Soler 53 libras 4 onzas de seda. Las tenía que pagar entregando 50 docenas de pañuelos «*ben treballats*» de peso 7,5 onzas valorados a 5 libras la docena[17]. De este paso a la proletarización y dependencia había un paso. Era una forma que un tejedor trabajara para el que prestaba la seda.

Las grandes compañías, formadas a base de colaboración entre talleres, crecían gracias a la expansión del capital circulante que aumentaba a medida que se comercializaban los pañuelos. Tradicionalmente habíamos pensado que el capital de una sociedad estaba formado por el que habían aportado los socios y el que se podía haber acumulado a lo largo del tiempo. Sin embargo, podemos aportar datos de como estas compañías aceptaban aportaciones de capital de pequeños inversores (otros tejedores de velos, artesanos o campesinos) que incrementaban el circulante y que eran retribuidos normalmente al 6%. La compañía de Ignacio Parera y Cia fue creada el 1763 entre cuatro tejedores de velos «*per millor fer nostres negocis benim en formar companyia per negociar nostras cabals junts tan en Catalunya, com en los Regnes d'Aragó, Valencia y Castilla y també altre paratge que nos aparega convenient*». Cada uno aportó 1550 libras (Muset Pons, 2001). En la fragmentada contabilidad de la compañía sabemos que había entre 22 y 25 individuos que tenían capital a cambio invertido en la sociedad aunque no tuvieran ninguna responsabilidad en ella[18]. El Gráfico 1 muestra el peso que tenía este capital dentro del capital total de la sociedad. Este capital a cambio supuso entre el 30 y el 35% del capital total y llegó al 60% cuando arrancó la sociedad. En un balance de 1803 de otra de las grandes sociedades (Pau Sacristá y Cia), en un momento de pérdidas y dificultades, el capital total de la sociedad era de 61.405 libras y de estas había 39.057 libras aportadas «*a canvi*» por doce individuos, el 63,6%[19].

16. Not. Masramon 1784, fol. 66, 11-III-1784, ACB. Véase (Ferrer Alos, 2011b).
17. LLibre de Soler (1732-1745), ACB.
18. En el año 1774, encontramos 23 inversores. Algunos eran parientes de los socios que preferian que el capital familiar quedase en este negocio (Pubilla Andreu Parera, 2551,4 libras; Manuel Llor, 224); alguna institución eclesiàstica (el convento de las Capuchinas, 500 libras) y otros que podían ser veleros o miembros de otros gremios (Josep Tarrés, por ejemplo, era un tejedor de Calders y tenia 300 libras invertidas). Destacaba finalmente Francisca, la «bogadera» (lavandera) que tenia invertidas 39,9 libras (Fons Ignasi Parera, Junta de Comerç.Vol. B-47, IMHB.
19. Not. Raures 1801-1804, 2-XII-1803, ACB . Las fuentes son escasas para explorar estas aportaciones y, sin embargo, complica el análisis del funcionamiento de estas sociedades. Un tejedor de velos podía trabajar para una de estas sociedades (era un maestro jornalero en sentido estricto) pero al mismo tiempo podía invertir sus ahorros en este capital a cambio. No tenía circulante ni tenía que preocuparse por la comercialización, pero al mismo tiempo tenía un capital retribuido.

Gráfico 1. Evolución del capital propio, capital a cambio y capital total en Ignasi Parera y Cia de Manresa (1764-1806).



Fuera de estos circuitos, sin capital circulante, el destino del tejedor de velos sin activos familiares ni capacidad de que le fiaran era trabajar para otro ni que fuera desde el taller de su casa.

Los circuitos del acceso a la seda. El crecimiento de la actividad sedera en Manresa tenía un problema de fondo: la ciudad no producía seda y apenas se producía en Cataluña[20]. Tenía que venir de fuera, una parte de Aragón, otra de Murcia pero mayoritariamente de Valencia (80%) (Segura, 1991: 155). En el año 1759 entraron en Catalunya 189.163 libras de seda cruda (77,4% de Valencia y 22,6% de Aragón) y 8.023 libras de seda aldúcar (80,98% de Valencia y 19,02% de Aragón) (Hernandez Sala 1984: 22). El 61% de la seda procedente de Valencia se quedó en Manresa lo que indica la importancia que tenía esta producción[21].

Era fundamental asegurar el suministro de seda. Se acabaron definiendo dos circuitos de llegada de seda. En un primer momento se aprovecharían los canales comerciales que unían Cataluña con Valencia a través de comerciantes ubicados en las comarcas de Tarragona que hacían de puente. El ejemplo de Joan Bta. Soler de 1732 nos da algunas pistas. En sus páginas aparecen vendedores de Santa Coloma de Queralt, Tarragona, Prades, Sarral, Reus, Vilafranca y Valls y algunos comerciantes de la zona (Taradell, Sallent, Calaf…) y de particulares de Manresa. Era una circulación

20. Se producía en algunas comarcas de Lleida (Segrià y la Noguera) y en la comarca del Baix Ebre (Segura Mas, 1987)

21. Sobre la importancia del reino de Valencia en la producción de seda, véase (Franch Benavent, 1990, 1994)

de pequeñas cantidades que se iba distribuyendo entre los distintos talleres. Con el paso del tiempo, los grandes consumidores de seda acabarían comprando directamente a los productores de Valencia o a intermediarios y corresponsales fieles ubicados sobre el territorio que les suministraban lo que necesitaban. Ignasi Parera y Cia, por ejemplo, compraba fundamentalmente en Aragón a través de una red de corresponsales que eran visitados en las distintas ferias, en Valencia lo hacía a través de otras sociedades y en Lleida se fiaba a Albert Corominas (Muset Pons, 2001: 38-44). Pau Sacristá, otra de las grandes sociedades, se alió o participó en sociedades valencianas para asegurarse el suministro.

Al mismo tiempo, los maestros más acomodados se convertían en vendedores de seda a los más modestos. Así se deduce del libro de Joan Bta Soler cuando, además de tejer pañuelos, se describe este papel de intermediario. A veces, este método servía para extorsionar y para acabar convirtiendo al tejedor de velos en un trabajador. Genís Pascual recibía seda de Joan Bta Soler y tenía que pagar con pañuelos, esta operación se repite un par de veces, pero al final tenemos un vale firmado por Genís en el que reconoce deber una cantidad que pagará en los próximos veinte años[22].

Otra vía era asociarse entre ellos para ir a comprar seda. En el año 1753, los administradores del gremio tenían que certificar los telares y la seda que necesitaba cada maestro para poder funcionar y a quien se encargaba que fuera a comprarla. Tenemos en total 52 declaraciones. Se deducen tres modelos: a) comprador individual que compraba a través de un comisionado que no se especifica; b) distintos tejedores y galoneros que hacían la petición conjunta y encargaban a uno de ellos la compra[23], ello suponía que uno viajaba y compraba para todos y c) cuando se encargaba la compra a un tercero de fuera de la ciudad que conectaba con las zonas productoras[24].

Al mismo tiempo, existía una red de comerciantes que fiaban, prestaban y vendían a aquellos tejedores de velos que producían por su cuenta y que podían disponer de un mínimo capital circulante. Tenemos noticia de esta red a partir de un conflicto provocado por Pau Sacristá cuando ejerció el «*dret de tempteig*». Este derecho intentaba reducir la exportación de seda al extranjero y permitía que, si un fabricante conocía la existencia de seda en algún almacén para exportar, podía confiscarla. En el año 1783, Sacristá lo utilizó contra el almacén que Josep Foix, comerciante de Montfalcó del Duc y Josep Curulla, comerciante de Astor tenían en Manresa. Allí encontró y confiscó 2.555 libras de seda que procedían de Aragón.

22. Llibre de Soler (1732-1745), ACB.

23. Juan Ignacio Ribas, por ejemplo, recibió el encargo de comprar seda para 19 tejedores que tenían 53 telares; Onofre Coma, 17 con 50 telares o Ignasi Coma, 16 con 32 telares (Manual de J.A.Sala Thomasa, 1753, Declaraciones, ACB)

24. Es el caso de Josep Vila Comes de Sant Hipólit que compró para abastecer los 9 telares de Francesc Bayes; Joan Morell de Sarral que tenía que comprar para 7 que tenían 16 telares y Magí Prous de Fraga para 6 que tenían 18 telares (Not. J.A.Sala Thomasa, 1753, ACB).

Ello suscitó una reclamación a la Junta de Comercio en la que se demostraba que aquella seda iba destinada a pequeños productores y se argumentaba que podían acceder a ella gracias a que los comerciantes les fiaban o prestaban la seda hasta que hubiesen comercializado el género fabricado. Aquel año era, además, cuando acabó la guerra con Inglaterra, el precio de la seda subió y se acusaba a Sacristá de querer apropiarse de la seda para sus intereses «*con la escasez se figuraban de poder vender las suyas y las obras de sus fábricas a más crecido precio, y conseguir el que de ellos se hicieran dependientes los muchos centenares de fabricantes de los que hay en Manresa*» (Hernandez Sala 1984: 29).

Las noticias no indican que hubiese problemas de suministro, por lo que tenemos que suponer que la ciudad estabilizó sus vías de aprovisionamiento. Lo que queremos destacar es que el gremio estaba totalmente al margen de este abastecimiento, que no se decía nada en las ordenanzas ni tomó ninguna iniciativa para asegurar este suministro[25]. Se limitó a protestar por la fiscalidad o los problemas que generaba la aduana para que los veleros pudieran acceder a la seda que les llegaba. Actuaba simplemente de lobby.

La comercialización de los pañuelos de seda. La posibilidad de colocación de grandes cantidades de pañuelos y cintas en el mercado planteaba la cuestión de la comercialización, excluida también de las preocupaciones del gremio. Como había ocurrido con los curtidos en el siglo XVII, los maestros tejedores de velos eran los que comercializaban[26]. ¿Cómo producir y al mismo tiempo vender grandes cantidades?

Aunque es posible que algunos comerciantes vinieran directamente a Manresa para abastecerse de sus pañuelos, lo normal era que los tejedores buscaran vías de comercialización en los que intervenían directa o indirectamente. No era fácil ya que era necesario urdir y tejer y al mismo tiempo ir a vender. Para hacerlo llevaron a cabo alianzas puntuales entre talleres o crearon sociedades que permitía que algunos de sus miembros pudieran viajar para vender pañuelos en la Península o enviarlos para ser embarcados para América.

En el libro de Joan Bta. Soler de 1732-1745, un curtidor pasado a sedero en estos años, se anotaban ventas de pañuelos en Barcelona (donde iba a menudo a vender y a cobrar), en Calaf y Bagá y aparecen ya diversos envíos a Cádiz a través de barcas

25. En Valencia, el gremio si que actuó para favorecer el suministro de seda. Lo hizo mediante la creación de un pósito y la participación en sociedades por acciones que facilitaran este acceso a la seda (Franch Benavent, 1996).

26. Las ordenanzas de 1749 no decían nada al respecto, solo se prohibía prestar el título de maestro a un tercero que no fuese maestro (capítulo XIII). Hacerlo debería ser una práctica común y en la junta de 6/VII/1772 se prohibía esta práctica con una cierta oposición. Es posible que fuera una práctica habitual.

La Junta también se opuso a la creación de un gremio de «botiguers» con el argumento de que ellos eran los que habían vendido tradicionalmente los pañuelos (Not. Raurés, 6/II/1774, Velers, ACB).

de personas conocidas de Barcelona. Lo que nos interesa es que no solo vendía lo que producía primero él y luego tejedores que tejían para él, sino que también compraba pañuelos a otros tejedores[27]. Soler, que se había pasado a la seda, no era una persona cualquiera, había sido curtidor, tenía tierras y dos casas de campo, los molinos polvoreros de la ciudad y fabricaba aguardiente. Con este capital, jerarquizaba totalmente la producción sedera. Algunos tejedores tejían para él de forma directa y otros le vendían los pañuelos (Ferrer Alos, 1987, 2011b).

Pero para vender la producción había otras iniciativas más modestas. En el año 1749, Antonio Ferreti y Jaume Vives, hicieron un contrato de *compañía a pérdidas y ganancias* en el que habían puesto pañuelos y un caballo para ir a Francia a vender pañuelos[28]. En el año 1761, 23 tejedores de velos se asociaban para ir a vender a Cádiz docenas de pañuelos a través de Josep Guitart, uno de ellos[29].

Joan Serrallonga, Francesc Vallés, Rafael Camps y Onofre Coma, tejedores de velos, formaron el año 1759 una sociedad en la que invirtieron 1.000 libras cada uno. Pensaban negociar sus géneros en Castilla, Valencia, Aragón y Vizcaya. Joan Serrallonga se encargaba de los negocios en Manresa y los otros tres «*tindrem obligación d'anar alternativament per conte de esta Cia a Castilla, Vizcaya, Valencia y a qualsevol altre indret de Espanya que convenga, repartint entre nosaltres los viatges ab sa major igualtat y equitat que se puga y tindrem obligació a nostre retorn de donar bo y lleial compte y raho dels géneros que haurem portat a vendre*»[30]. Era lo mismo que hacían Pasqual Otzet, Joan Soler y Francesc Oller en la que el capital eran pañuelos de seda[31]. O en el año 1790, cuando Ramon Font, Jaime Corrons y Ramon Sala formaban una sociedad en la que admitían a Magí Padró que sería el encargado «*de ir a Castilla, Aragón y otros parages de Reyno para vender los géneros de seda que ellos fabricaban*»[32].

Estas modestas estrategias desembocaron en la formación de grandes compañías en la segunda mitad del siglo XVIII que comercializaban los pañuelos en el mercado interior y en América (Ignasi Parera y Cia (Muset Pons, 2001), Pau Miralda y Cia, Pau Sacristá y Cia, Agustí Asols y Cia…) (Ferrer Alos, 2011b). Para hacernos una idea de lo que estamos hablando, entre 1777 y 1782 las sociedades manresanas exportaron 176.582 docenas de pañuelos (2.118.984 unidades). Al principio, era una simple alianza entre talleres que ponían en común lo que producían y enviaban un

27. Llibre de Soler (1732-1745), ACB.
28. Curia de Manresa, 1753. Pleito entre Antonio Ferreti y Jaume Vives.
29. Curia de Manresa, 1764-1765, Abril de 1765, Plet entre Josep Guitart y Pere Font, veler, ACB.
30. Not. J. A. SALA 1759, fol. 22, 28-I-1759, ACB. Otra compañía parecida estaba formada por Felix Vallés, Bonaventura Rodamilans, Joan Vilarmau, Joan Gros y Andres Gros «con motivo de dar salida a las maniobres y texidos de seda» (Curia de Manresam 1774 (I), n. 10, ACB)
31. Not. Enrich, 1761, fol.
32. Not. Masramon 1790, fol. 197, 26-V-1790.

miembro a vender. Cuando el capital circulante empezó a crecer, cada vez fueron más los tejedores de velos que trabajaban para ellos. Pau Sacristà hizo funcionar una media de 100 telares entre 1770 y 1774 «*tiene dicha fábrica todo el año ocupados en las preparación de sus tejidos y otras maniobras de la seda más de 600 personas entre maestros, oficiales, mujeres y niños, que con su trabajo logran su subsistencia*» (Hernandez Sala 1984; 49). Es posible que algunos tejedores de velos se limitaran a tejer, pero su ahorro estuviese invertido de esta forma en algunas sociedades.

Capital circulante y capacidad de comercialización marcaban la diferenciación social progresiva dentro de los productores de seda. Todos eran maestros del gremio, pero unos se habían enriquecido de forma espectacular, unos cuantos, en parte, algunos resistían con dificultades y con estrategias diversas como independientes y muchos acabaron siendo meros jornaleros que trabajaban en sus casas para alguna de las compañías que había en la ciudad.

¿Cómo encajaba una organización gremial en el marco de esta actividad económica? La producción de estos miles de pañuelos se realizaba en talleres familiares. Y era aquí donde entraba en acción el gremio.

La organización de la producción

No había ningún cambio técnico que llevara a superar el taller artesano familiar como unidad de producción. Los procesos eran todos manuales y llevados a cabo en urdidores y telares tradicionales y las creencias y tradiciones llevaban necesariamente al gremio. Veamos primero los procesos que se utilizaban para producir los pañuelos y menuderías de seda que se mantuvieron inalterables en el siglo XVIII y buena parte del XIX (Gráfico 2).

La seda en crudo *(pèl o trama)* llegaba hilada en fardos desde Valencia, Aragón, Murcia o de algunas comarcas de Lleida por las distintas vías expresadas más arriba (Franch Benavent, 1994; Franch Benavent y Navarro Espinach, 2017) adquirida por los tejedores de velos. Se calculaba que para que funcionase un telar de forma estable de un tejedor de pañuelos se necesitaban 150 libras anuales y 75 libras para un tejedor de galones[33].

La seda en crudo tenía que ser devanada en «sarges» o rodetes antes de proceder al torcido. Se trataba de transformar la madeja en ovillos. Este trabajo era realizado por las mujeres (*devanadoras*) en sus casas, de tal manera que todo taller debía tener quien hiciese este trabajo. Cobraban a destajo a tanto la libra devanada. Los rodetes eran llevados a casa del torcedor que procedía al torcido, es decir el hilo de seda

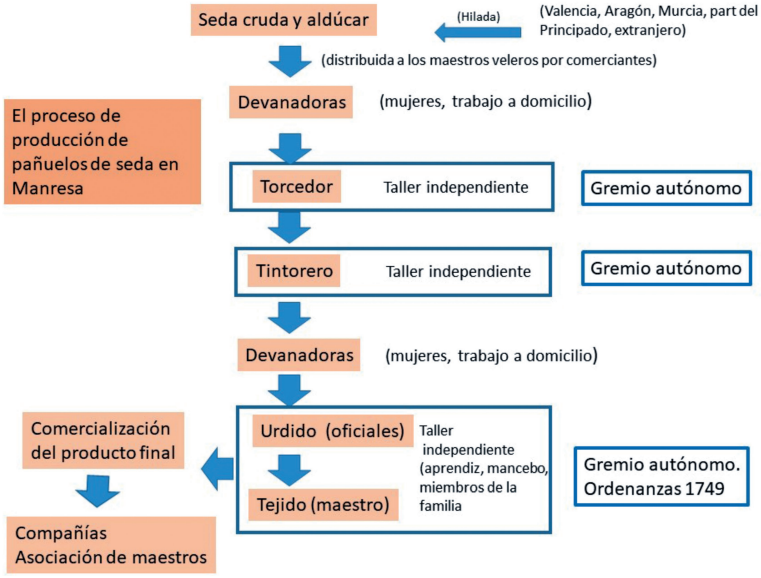
33. Esta cifra se deduce de lo que se calculaba en el año 1753 que se necesitaba para que funcionara un telar con el fin de que la aduana procediera a dar la guía necesaria. En Valencia este cálculo oscilaba entre las 120 y 200 libras (Franch Benavent 1990: 294). Sobre los conflictos entre los distintos gremios que participaban en el proceso productivo (Diez, 1992).

simple era enrollado con otro hilo, para conseguir la resistencia necesaria para tejer. El trabajo también se pagaba a tanto la libra torcida. La seda torcida era entregada de nuevo en forma de madejas al tejedor de velos[34].

Como los pañuelos eran de colores (no estampados), las madejas torcidas eran llevadas a los talleres de los maestros tintoreros quienes se encargaban de teñirla de los colores deseados. Según el color variaba el precio. En este proceso la seda perdía la sericina y, por eso, se producía una pérdida de peso que podía llegar a ser del 30% (Victori Companys, 1991). El tintorero entregaba las madejas tintadas de nuevo al tejedor de velos.

Para poder urdir o pasar la trama en el telar, era necesario devanar de nuevo las madejas en rodetes más pequeños. Las mujeres se encargaban también de este segundo devanado. Tanto urdir como tejer era el trabajo que se realizaba en el taller del tejedor de velos, entre aprendices, mancebos, maestros y miembros de la familia.

Gráfico 2. Esquema de la organización de la producción de pañuelos de seda en Manresa en el siglo XVIII



Fuente: Elaboración propia.

34. En Manresa eran los tejedores de velos quien se cuidaban de que las madejas fueran devanadas y luego las llevaban a los torcedores. En Valencia, en cambio, el devanado iba a cargo de los torcedores (Franch Benavent, 2016: 221-227). Véase una descripción de estas primeras fases de la producción sedera (Lapayese, 1784).

Todo el proceso productivo pivotaba sobre el maestro tejedor de velos que se provisionaba de seda y era quien se encargaba de comercializar los pañuelos y otros tejidos de seda. Necesitaba, sin embargo, a los torcedores y tintoreros ya que eran básicos para el buen funcionamiento de la producción. La tradición gremial obligaba a que los veleros tuviesen que recurrir a personas de otra organización y cuya fuerza residía en que eran necesarios para los tejedores.

Si el tintorero o torcedor no cumplía, el tejedor de velos podía quedar parado o no cumplir lo que tenía previsto. En el año 1770 este problema estaba encima de la mesa. Los veleros se quejaban de que los torcedores no daban abasto para abastecer las fábricas por la política restrictiva que habían hecho (seguramente era lo que les beneficiaba frente a los tejedores) lo que suponía retrasos de tres, cuatro y cinco meses, lo que perjudicaba la fabricación en general y pedían que hubiese más maestros y tornos[35].

Es por eso por lo que desde el gremio y desde algunos particulares se solicitó que los tejedores de velos pudieran torcer la seda y teñir al margen de los gremios especializados ya que no controlaban el proceso de producción. Hubo diversas estrategias para abordar este problema. En algunos casos los tejedores más importantes acababan teniendo torcedores y tintoreros que fundamentalmente trabajaban para ellos y era más fácil coordinar la actividad, aunque tenían que ser necesariamente agremiados[36]. Otra vía era la asociación entre maestros de los tres gremios para producir y comercializar y de esta manera todos estaban interesados en que las cosas se hicieran bien[37]. Pau Sacristá —una de las grandes compañías de la ciudad— optó por un enfrentamiento directo para intentar conseguir que pudiera torcer y teñir sin depender del gremio. En su petición de privilegios del año 1774 (en realidad

35. Velers 1, Not. Raures 23-IV-1770, AHCM. Los torcedores limitaron el número de tornos a uno por maestro y tampoco facilitaban la expansión de aquellos. Su posición de fuerza permitía utilizar el gremio en un sentido restrictivo frente a quien tenía realmente el problema que era el tejedor. En la Junta del 23 de mayo de 1773 (Velers-1, Not.Raurés, ACB) se producía una protesta contra los torcedores, en este caso porque los torcedores se aprovechaban de que podían comprar seda y se les acusaba de que la vendían a terceros, normalmente comerciantes que no podían comprarla de forma directa y la utilizaban para otros fines. En este caso, la Junta intentaba evitar que los comerciantes se entrometieran en el negocio de los tejidos de seda. En Valencia los conflictos entre sederos y torcedores fueron muy frecuentes (Franch Benavent, 2016). Este conflicto acabó en el año 1793 cuando se abolió el gremio de torcedores.

36. En los libros de cuentas de Joan Bta Soler (1735) y Joan March (1792) se ve como la seda era torcida y teñida por un número limitado de torcedores y tintoreros (Libro de Soler 1732-1745 y Libro de March, 1792-1795, ACB).

37. Un ejemplo era la sociedad Andreu Pons y Cia formada por Andreu Pons, tejedor de velos, Joan Botigues, tintorero y Anton Quintana, torcedor de seda "per tenir una fábrica de fer mocadors de seda, tafetans y altres géneros y especies de seda en esta Ciutat de Manresa", Not. Pau Raurés, 1770, 3-X-1770, fols. 149-150, ACB).

eliminar trabas a la producción) pedía poder hacerse cargo de forma directa del torcido y tinte. Sus críticas iban en el sentido «*sus artefactos salen menos consistentes, o de menor duración y mayores los desperdicios de seda, por ser estos mál torcidos, de menor hermosura y lustre y más expuestos a picarse y por consiguiente ser menos vendibles por ser mal tintadas las sedas*». La Junta de Barcelona autorizó que Sacristá pudiera tener sus propios torcedores y tintoreros (Hernandez Sala 1984: 50-51).

Con este esquema productivo la producción de pañuelos de seda de Manresa fue muy competitiva e invadieron todos los mercados. Los tejedores de velos de Tortosa no pudieron hacer frente a esta competencia y la actividad acabó desapareciendo. Algunos tejedores intentaron hacer valer las ordenanzas para prohibir los tejidos de Manresa, mientras otros se convirtieron en comerciantes y tenderos y se dedicaron a la comercialización (Agramunt Bayerri, 2019). El gremio de Barcelona fue incapaz de imitarlos y dedicó muchas energías a acusar de fraude de ley la producción de Manresa (Andreu, 1991). El gremio de Reus tuvo los mismos orígenes, producía los mismos tejidos (pañuelos y cintas) y producía para los mismos mercados. Sin embargo, el capital comercial, externo a la producción, acabó entrando en la producción de pañuelos. En Manresa, los tejedores eran los que comercializaban los pañuelos. ¿Cómo encajaba el gremio en esta estructura productiva y comercial?

3. LA ORGANIZACIÓN DEL GREMIO DE TEJEDORES DE VELOS DE MANRESA EN EL SIGLO XVIII

Es el momento de analizar el gremio y analizar como los tejedores de velos lo pusieron al servicio de esta dinámica productiva. Como la actividad era prácticamente nueva, el 4 de febrero de 1695, se presentaron unas ordenanzas de 11 capítulos al Consejo Municipal de Manresa que tenía la competencia para aprobarlas. Desconocemos su contenido porque no se han conservado las actas municipales de estos años. Sabemos de su existencia porque la Junta de Guerra hizo algunas alegaciones que se recogieron en el acta municipal de 18 de junio de 1696 (Sarret Arbos 1923: 89)[38]. Nos indican que había una necesidad de organizarse porque la actividad estaba creciendo.

Esta brevedad y poca utilidad se deduce porque el 11 de noviembre de 1702 el consejo municipal aprobaba más capítulos que pedían los mismos afectados «*se*

38. En realidad, desconocemos el detalle aunque con 11 capítulos poco se podía ordenar. Las pequeñas modificaciones afectaban al capítulo 2 (los mancebos no tenían que pagar entrada), al 3.º (los mancebos solo pagarían dos sueldos cada año), la 6.ª (las telas que se encontraran falsas se llevarían a los Consellers municipals para dictaminar si lo eran o no y que dictaminaban la pena) y la 7.ª (que los tejidos forasteros serían examinadas por los administradores).

necesita de mes ordinacions» (Sarret Arbos 1923: 90-92). Una parte importante de los nuevos artículos definían las características de los géneros que trabajaban (medidas, tipo de hilo, carácter de la torsión…) tanto de los veleros, como los galoneros y cordoneros; otros avisaban de que no se podían tener tejidos falsos o fuera de los criterios definidos y se daba poder a los administradores para controlarlos; finalmente, se permitía que forasteros vendieran género en los mercados siempre que estuviera controlado y pagaran una parte al gremio y asimismo, se reservaban el derecho a vender lo que fabricaban de forma directa, sin intermediarios (excepto aquellos que ya tuvieran un derecho antiguo de hacerlo). No consta nada de cómo se organizaría la cofradía o gremio, aunque sabemos que había administradores y otros cargos que se renovaban normalmente cada año como hacían todas las cofradías. Deducimos que era una organización gremial relajada, con una cierta preocupación por la calidad de lo que se producía y especificando que ellos eran los que vendían el producto. Si había aprendices y mancebos era siguiendo la forma habitual de realizar el aprendizaje del oficio.

Desde el año 1702 la actividad creció de forma exponencial regulada con estas breves ordenanzas que dejaban un margen muy amplio de libertad. ¿Cuántos aprendices podía tener un maestro? ¿Cuántos mancebos? ¿Cuántos telares? ¿Qué papel jugaban las mujeres? En el fondo solo había una preocupación por la calidad y por la transmisión del oficio a través de la maestría, todo lo demás quedaba abierto. No había ninguna necesidad clara de regularlo[39].

Las ordenanzas de 1749[40]*.* El crecimiento llevó a la necesidad de unas ordenanzas que aclararan algunas cuestiones en cuanto a organización y, seguramente, dotara de viabilidad económica al mismo gremio cuando se veía que los costes se incrementaban para actuar como lobby frente a la administración que era la función más importante. En una junta del año 1747 se nombraba a un procurador que les representara en Madrid para presentar el proyecto de ordenanzas[41] y al año siguiente tenían que aportar 300 libras para pagar los gastos[42]. No sabemos cómo se habían gestado ni quien las había impulsado. La aprobación definitiva se produjo el 22 de diciembre de 1749 (Sarret Arbos 1923: 93-102).

39. Disponemos de poca información sobre la organización gremial en esta primera etapa del gremio, aunque sabemos que tenia una mínima estructura. Esto hace que buena parte del anàlisis que realizamos tenemos en consideración la segunda mitad del siglo XVIII que es cuando la producción sedera nos ha dejado más información.

40. Las nuevas ordenanzas de Mataró datan de 1748 y las de Reus, de 1772. Durante buena parte del siglo XVIII funcionaron con ordenanzas con pocos epígrafes y con muchas prácticas abiertas.

41. Not. Escorsell, 14-V-1747, fol. 329, ACB.

42. Not. EScorsell, 23-II-1748, fol. 300, ACB.

Las nuevas ordenanzas tenían 36 artículos. Los once primeros se ocupaban de la organización del taller gremial y el control de aprendices y mancebos: aprendizaje de cuatro años viviendo en casa de maestro examinado y después de levantar acta ante notario; pago al gremio de 4 libras por cada aprendiz; anotación de estos con todos los datos en un libro específico y certificación jurada dada por el maestro cuando finalizara el periodo de aprendizaje. Una vez acabado este proceso, el aprendiz era anotado en el libro de mancebos y tenía que pagar 8 sueldos para ello. Era necesario entonces trabajar tres años como mancebo en casa de maestro examinado y realizar un examen frente a los examinadores del gremio (tejer dos varas de dos artefactos del gremio), presentar fe de bautismo y certificación de todo el proceso frente a la Junta General del gremio y, finalmente, pagar 16 libras (art. 1 a 11).

Se prohibía también tener más de un aprendiz «*a los maestros actuales ni venideros*» y se prohibía prestar el nombre a un tercero que no fuese maestro para que actuara como tal. No dice nada sobre el número de mancebos. Evidentemente nadie que no fuese del oficio podía tener telares e instrumentos de tejedor de velos, galonero o cordonero. No se decía nada más sobre los cargos de la organización gremial y su elección (art. 12 a 14) (Ferrer Alos, 2022).

A continuación, se fijaba el tipo de productos a elaborar y las características técnicas necesarias (madejas, hilos, púas). Quien no lo hiciera de esta manera tendría una multa de 10 libras. Las contravenciones tenían que comunicarse a la Junta de Comercio (art. 15 a 34). Finalmente, al no haber gremio de terciopeleros se autorizaba a que se pudieran producir tejidos de este tipo (art. 35).

Las nuevas ordenanzas hacían la organización gremial más rígida, intentaban controlar la formación de la mano de obra y encarecían el acceso al gremio. Este encarecimiento (16 libras por acceder a maestro suponían un poco más de lo que se ingresaba por tejer una pieza durante un mes) se podía interpretar como un mecanismo de freno a nuevos maestros y, al mismo tiempo, incrementar los ingresos del gremio necesario para financiar los frentes judiciales que iban abriendo[43]. La realidad iba por otro lado.

¿Por qué los tejedores de velos decidieron darse unas nuevas ordenanzas, cuando les iba bien con una estructura más relajada? Las razones eran diversas: el crecimiento de la actividad sedera necesitaba un cierto control de las personas que participaban

43. En Valencia el incremento de la entrada al gremio fue muy notable a finales del siglo XVII y principios del XVIII. En este caso se distinguía entre hijos de maestros, maestros de fuera de Valencia, fuera del reino y extranjeros. Se interpreta como un mecanismo de limitar el acceso al gremio, aunque por los listados aportados no parece que tuviera mucho efecto (Franch et al., 2016). Comparado con Manresa, el pago de la entrada suponía un esfuerzo mucho menor que en otros centros sederos catalanes. Apenas había pasado un año desde la aprobación de las nuevas ordenanzas que la Junta acordó que los hijos de maestro y los que se casaran con hija de maestro pagaran simplemente dos libras Not., J. A. Sala Tomasa, 24-9-1751.

en el mismo y dar respuesta a los distintos pagos relacionados con el catastro; la necesidad de frenar la libertad práctica de fabricación que generaba tejidos de baja calidad y podía daña la imagen de la marca Manresa[44]; la división que lentamente se iba produciendo entre los tejedores de velos que se iban enriqueciendo y sometiendo poco a poco a los pequeños productores y los veleros que querían mantener su independencia; y, finalmente, la necesidad de constituir un lobby potente que defendiera los intereses de todos ellos frente a la administración (aduanas, junta de comercio, etc.) y para generar demandas que pudieran favorecerles. Ello originó algunas rupturas[45].

¿Cómo resolver la contradicción que existía entre la lógica productiva de un taller artesanal y la comercialización masiva de pañuelos? ¿podía un maestro con un solo aprendiz, producir y vender al mismo tiempo las cantidades necesarias para el comercio? El ideal gremial saltó por los aires desde el principio si es que existió. Por los datos que tenemos, la familia o el taller familiar era el punto de partida del proceso productivo y nadie se saltaba la condición de ser maestro; sin embargo, la misma familia y la ambigüedad de las ordenanzas hacían el resto.

De entrada, las familias tenían una lógica troncal. Bajo el mismo techo podían convivir varios maestros (el abuelo, el padre y los hijos que accedieran al gremio). Cada maestro podía tener un aprendiz y no se precisaba el número de mancebos. Estos no tenían por qué pasar a maestros y, si lo hacían, tampoco se impedía que un maestro pudiera trabajar en casa de otro. Tampoco las ordenanzas decían nada sobre trabajar para otro. Así pues, bajo un ideal gremial, había una organización productiva mucho más compleja.

Estos temas salían de tanto en cuanto en las Juntas del gremio, a menudo sin ningún efecto práctico. Veamos algunos de estos debates. En una Junta del año 1769, por ejemplo, alguien se quejaba de que había «muchos» maestros que tenían varios aprendices[46]. Unas semanas después se debatía que muchos tenían dos o

44. El otro tema de debate estos años era la persecución de los tejidos "a un cap" ya que se consideraba que daban mala calidad a los tejidos y desprestigiaban a todo el sector. En los protocolos se encuentran varias actuaciones de decomisado por parte del gremio (Not. Raures, 15/XII/1751, fol 287, 18/XII/1751, fol. 293; 17/XII/1751, fol. 290; 13/XII/1751, fol. 279; 17/XI/1751, fol. 253; 20/XI/1751, fol. 259; 23/X/1751; 9/XI/1751; 23/X/1751). Más Adelante volveremos sobre esta cuestión.

45. La más importante fue una emigración importante de tejedores de velos a Igualada debido a la presión por el control de los aprendices, el precio a pagar para pasar a maestro, la represión del tejido a un «cap» y la crisis del sector. Constituyeron un gremio que duró hasta 1757 (Torras Ribe, 1991). Algunos emigraron también a Barcelona y Cartagena (Hernandez Sala, 1984). En Reus las ordenanzas son de 1772 y se interpretan como una iniciativa de los maestros ricos que así se aseguraban el control del mercado de trabajo y de los maestros pobres (Andreu, 1991)

46. Velers-1, Not. Raurés, 14-11-1769, ACB.

tres aprendices y se basaban en el argumento de que en la familia había el padre de familia maestro y dos o tres hijos que también lo eran, por lo tanto, cumplían las ordenanzas sin problema. Se votó una propuesta de que cada maestro podía tener un aprendiz[47]. Este debate apareció de nuevo un año después cuando un grupo de maestros discrepaba que en las ordenanzas provinciales que estaban a punto de aprobarse se dijera un aprendiz por casa[48].

En la misma dirección se produjo un debate en el año 1779 sobre a qué edad se tenía que dar la maestría a los hijos de maestros ya que se estaba dando por debajo de los catorce años. Los hijos de maestro hacían el aprendizaje en casa y no tenían que demostrar que lo habían hecho. En realidad, se trataba de reforzar el taller familiar. La Junta acordó consultar al Corregidor que se pronunció en el sentido que las ordenanzas no decían nada y por tanto se podían dar como se había hecho hasta ahora[49]. Es decir, dando las maestrías a catorce años y con un aprendiz por maestro, crecía de forma significativa la mano de obra del obrador.

La práctica desmentía este debate. En los cálculos que hemos realizado sobre cuantos aprendices tuvo un maestro a lo largo de su historia, en la década de 1761-1770 el 42% de los maestros no tuvieron ningún aprendiz y a partir de este momento fueron incrementándose los maestros sin aprendices. En esta década había 197 maestros con aprendices y el 60% tuvieron más de uno durante su vida. No aparecen casos con más de un aprendiz a no ser que fueran aprendices y mancebos que trabajaban sin estar controlados por el gremio (Ferrer Alos, 2022).

El problema no se planteó en ninguna otra ocasión. El tema más recurrente era que había aprendices y mancebos que trabajaban sin estar agremiados. Cuando las quejas aparecían tan a menudo es de suponer que no resolvían la cuestión y continuaba de la misma manera. La única consecuencia era que, cuando se hacía presión, aumentaban las actas de maestría y, con ello, los ingresos para el gremio. Aun así, quedarían muchas personas trabajando para talleres sin título de ningún tipo. Veamos algunas de estas quejas: «*en esta ciudad sean muchísimos los que trabajan en dicho arte sin que no hayan estado los cuatro años en maestro examinado de dicho gremio*» (1768); «*molts mestres no declaraven els aprenents per no haver de pagar els 40 rals*» (1768). En 1770 se hizo una importante regularización de mancebos e hijos de maestro que trabajaban en la práctica, pero no eran maestros[50].

En el año 1780 aparecía de nuevo el tema de que había mancebos que tenían telares en su casa y trabajaban como si fueran maestros y también aprendices que

47. Velers-1, Not. Raurés, 18-12-1769, ACB.
48. Velers-1, Not. Raurés, 3-12-1770, ACB.
49. Velers-1, Not. Raurés, 1-VIII-1779, ACB.
50. Velers-1, Not. Raurés, 19-VI-1768, ACB y 25-VII-1768.

lo hacían sin haberse sacado el aprendizaje[51]. En 1786 se escribía en las actas de la junta: «*Lo abús tant gran se experimenta de tants fadrins de dit ofici que rehúsan passarse a mestres, treballant en esta ciutat que son moltíssims y si en breu no es dona providencia de evitar semblant desordre, obligantlos a les lleis de les ordenances se veurà dit gremi totalmente extingit*»[52]. En realidad, los mancebos, una vez dominaban el oficio, no tenían ningún interés en entrar en el gremio que no les aportaba nada y se les exigía pagar derechos y tasas. En el año 1787 se hizo otra regularización, aunque menor que la de 1770.

En el año 1802 volvía a aparecer el tema *(«Que hay muchos vecinos de esta Ciudad trabajan del arte del referido gremio sin ser maestros ni haver pasado el aprendizaje»)*[53]. Y en el año 1814 se escribía *«Que respecto de tener presentido hay diferentes sujetos en esta Ciudad que trabajan del arte de texedor de velos sin ser del oficio de veler examinados por el presente gremio y otros que tampoco lo son sin reparar con todo tener aprendices con otros abusos semejantes contra lo prescrito en la ordenanza…»*[54].

A pesar de estos esfuerzos, la realidad estaba muy lejos de lo que se pretendía en el gremio. En la base de datos que hemos reconstruido de aprendices, mancebos y maestros desde 1744 a 1850, el 53,5% de los aprendices no pasaron de esta condición, el 19,3% llegaron a mancebos y solo el 22,7%, llegaron a maestro[55]. Es posible que algunos regresaran a sus pueblos y ejercieran allá, o emigraran a otras ciudades y muchos abandonaban o se quedaban con unos conocimientos que podían utilizar en periodos de expansión. Otros, junto a los que llegaron a los mancebos, alimentarían la gran cantidad de trabajo informal que había en la ciudad al margen del gremio y que este intentaba recuperar de tanto en cuanto. Los propios maestros daban trabajo al margen del mismo gremio por mucho que el gremio se quejara. El gremio podía ser útil pero encuadrar la mano de obra cada vez era menos necesario.

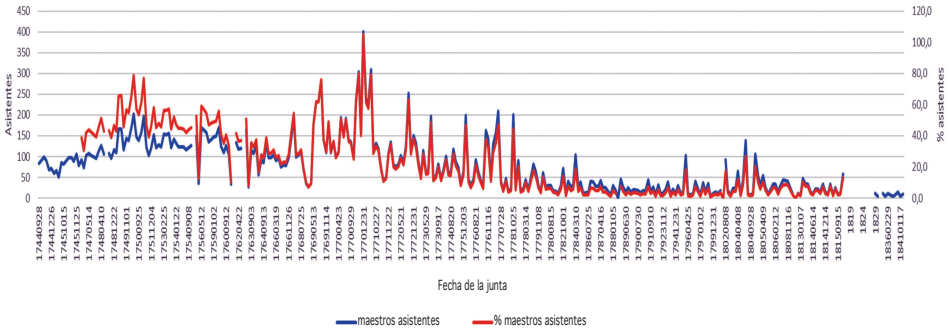
4. LAS PRÁCTICAS DEL GREMIO

¿Cuáles fueron las prácticas gremiales en este contexto? Nadie discutió la existencia del gremio, simplemente la institución estuvo al servicio de los intereses de

51. Velers, Not. Raurés 8-VII-1780, ACB.
52. Velers, Not. Raurés 26-III-1786, ACB.
53. Not. Raurés 8-VII-1802, ACB.
54. Not. Raurés, 25-I-1814, ACB.
55. Aunque este porcentaje varia en el tiempo, es relativament alto si se compara con datos del gremio de tejedores de velos de Barcelona (12,49%) (Solà & Yamamichi, 2015), un 13% en el gremio de terciopeleros de Valencia (Diez, 1990) y el 14,85% en el gremio de pasamaneros de Madrid (Lopez Barahona & Nieto Sanchez, 2020).

los individuos que lo modelaron como creyeron oportuno[56]. Algunas funciones no eran discutidas: a/ el control de la formación y conocimiento del oficio pasaba por los maestros del gremio que eran los que formaban a los futuros maestros a través del aprendizaje y la oficialía y aseguraban esta formación a través de un examen; b/ asegurar una calidad mínima que no acabara desprestigiando la industria de Manresa (como ejemplo la oposición al tejido *a un cap*) y, al mismo tiempo, defensa de libertad de fabricación o «*fuera de ley*» en el sentido de tener flexibilidad en las medidas de las piezas más que en la cantidad de hilos; c/ identidad colectiva a través de la asistencia colectiva a la procesión del jueves santo, mantenimiento de la capilla del Roser en la Seu de Manresa, asistencia a los entierros… y reforzamiento del prestigio social de un colectivo que acabó siendo el más importante y el que más aportaba a la riqueza de la ciudad en el siglo XVIII[57]. Los sederos de Manresa tuvieron para bien o para mal fama en toda Cataluña y el gremio era un elemento cohesionador.

Gráfico 3. Asistentes y porcentage de los asistentes a los capítulos del Gremio de tejedores de velos de Manresa (1744-1842).



56. Somos los historiadores los que hemos acuñado el concepto de modernización que al mismo tiempo implica valorar como positivas o negativas algunas medidas para su desarrollo. En realidad, los individuos defienden sus intereses en un momento concreto y para ello son válidos todos los argumentos. La opción que se imponga en el futuro es otro debate. Las unidades productivas en las ciudades del siglo XVIII se enfrentaban a cambios de escala, a la llegada de nuevas tecnologías y materias primas y, en función de ello, defendieron lo que creían que les iría mejor en cada momento. Otro concepto en discusión es el de eficiencia y su concreción en el entorno artesano (Romero Marin, 2015).

57. No hay noticias sobre protección social de los maestros pobres o proletarizados ni iniciativas para evitar la diferenciación social que se estaba produciendo. Probablemente el crecimiento económico fue tan espectacular que todos los colectivos se aprovechaban de la coyuntura, por lo que no pareció necesario poner en marcha según que iniciativas.

La asistencia a las Juntas es un buen termómetro para observar el arraigo del gremio entre sus teóricos miembros. El Gráfico 3 recoge los asistentes y un porcentaje aproximado de asistentes calculado a partir de los datos del Cuadro 1. No entraremos en detalle, lo que no interesa es que la asistencia a las juntas pasó por diversas fases: una asistencia entorno al 50% hasta 1760; un periodo álgido —seguramente el más complicado y con más enfrentamientos internos— en 1769 y 1771 en que hubo juntas con 400 individuos (el 80/90% de los maestros) para iniciar después un proceso de caída, de tal manera que a partir de 1780 apenas llegaba al 10% y en el siglo XIX todas estuvieron por debajo del 5%. Solo algún tema hacía repuntar la asistencia que nunca pasó del 40%[58]. La pérdida de interés para muchos era evidente, seguramente porque les afectaba poco la organización de la producción.

Las preocupaciones del gremio. Entre 1744 y 1842 se celebraron 366 juntas o capítulos de los que tenemos las actas que hicieron los notarios que se ocupaban de los temas del gremio (tenemos reseñados 387 acuerdos). El Cuadro 2 recoge de forma genérica los temas que se trataron en estas juntas.

El 50% de los acuerdos estaban dedicados a hacer propuesta de nuevos maestros que presentaban todos los papeles necesarios y a la elección anual (aunque no siempre) de los administradores y otros cargos que gestionaban el gremio. Normalmente los administradores proponían ocho nombres y la Junta escogía cuatro, pero entre 1769 y 1777 hubo cinco elecciones con dos candidaturas, uno de los momentos más críticos del gremio en pleno crecimiento[59].

Los conflictos sobre nombramientos y sobre las condiciones de pasar a maestro o quejas por los que trabajaban sin título ocuparon el 9% de los acuerdos de las juntas; el 8,5% eran sobre temas relacionados con la fiscalidad de la seda o municipal; el 7% sobre la contribución al ejército del Rey que se vehiculaba a través de los gremios; otro 7% sobre problemas relacionados con el comercio de seda y los problemas con aduanas para poder abastecerse; el 5,7% sobre libertad de fabricación; el 4,7% sobre nombramiento de procurador y comisionados para distintos temas; el 4,1% sobre calidad de los tejidos y unos pocos acuerdos sobre temas organizativos y sobre sociabilidad (participación en fiestas y procesiones) y un 1,3% sobre robos de seda.

58. Estos cálculos han estado realizados a partir del vaciado de la asistencia de las juntas que se realizaron entre 1744 y 1852 y que se encuentran en los diversos notarios que trabajaron para el gremio (Not. Escorcell, Not. Sala Thomasa, Not, Raurés, Not, C. Mas y Not F. Mas, ACB).

59. La elección más reñida y disputada fue la de 31 de diciembre de 1770 a la que acudieron 401 maestros (la más numerosa) y el resultado fue 214 votos para la candidatura de Tomàs Perera, Josep Grau, Joan Serra Pelfort y Francesc Valès que sacaron 214 votos y Pere Pau Prat, Josep BAdiellas, Domingo Bohigues y Josep Padró (180) (Not. RAures 31/XII/1771, ACB). Dejaremos para otra ocasión el análisis de este complejo periodo del gremio en el que se enfrentaban seguramente dos maneras distintas de verlo.

Cuadro 2. Temas tratados en las Juntas del gremio de tejedores de velos de Manresa (1744-1842).

Temas	Núm. Juntas en que se tratan	% sobre total
Propuesta de nuevos maestros	119	30,7
Elección de administradores	57	14,7
Aprendices, mancebos y maestros	35	9,0
Fiscalidad	33	8,5
Quintas, soldados y guerras	27	7,0
Comercio de seda y aduanas	27	7,0
Libertad de fabricación	22	5,7
Produradores y comisionados	18	4,7
Calidad de los tejidos	16	4,1
Organización	15	3,9
Sociabilidad	13	3,4
Robos de seda	5	1,3
	387	

Un análisis más cualitativo permite deducir en que asuntos el gremio era un elemento activo y de utilidad para los agremiados que estaban implicados en su gestión:

a) Como interlocutor del ayuntamiento. Para la administración era práctico tener un interlocutor que representara un colectivo y que, en defensa de sus intereses, colaborara en determinadas gestiones. El gremio intervino activamente en temas como elegir soldados, imponer tallas para financiarlos, premiar con pasar a maestro a quienes participaran como soldados, etc.[60]. A nivel fiscal, el gremio se encargaba de pasar las listas de los que estaban sujetos al pago de personal en el catastro y en el siglo XIX cuidaron de cobrarlo[61]. Asimismo, el gremio participó en quejas por la evolución de algunos impuestos municipales.

60. Véase las juntas del año 1744 (Not. Sala Thomasa), 1771, 1791 (Not. Raures, Llig. Velers).
61. Junta de 15/III/1805, Not.Raures, ACB.

b) Lobby en temas fiscales. A lo largo del periodo estudiado hubo muchas medidas a nivel fiscal que solían tener relación con la imposición sobre la seda. El gremio actuaba siempre de la misma forma: nombraba comisionados para negociar y buscar alternativas a lo que creían que les perjudicaba. Esto ocurrió cuando pidieron exención de pagar alcabalas (1750)[62]; cuando protestaron por los apremios en el pago de las obras de los cuarteles; cuando se opusieron al pago de 2 sueldos por libra de seda; cuando se abolió el impuesto de la bolla (1769 y 1772) y las alternativas eran peores[63] (Hernandez Sala, 1984); cuando no se quería pagar derechos por la seda extranjera (1804)[64] o por tener que pagar el 5% de todo lo que salía por la aduana (1813)[65]. No nos interesan los hechos en sí, sino que el gremio tenía sentido en cuanto actuaba para presionar a las autoridades en defensa de sus intereses. Ello afectaba a los maestros independientes y a los que formaban parte de grandes compañías.

c) Lobby sobre el comercio de la seda. La provisión de la seda era, como hemos visto, uno de los puntos débiles de la sedería manresana ya que tenía que comprarse toda en el exterior. Y el comercio de la seda tenía, además, un claro interés fiscal por parte de aduanas y convivía con un conflicto entre exportadores y productores. La disputa con la aduana fue constante en el siglo XVIII y las comisiones para presionar al corregidor o al intendente fueron lo habitual. El principal conflicto data de 1748 cuando, con el objetivo de reducir la exportación de seda al extranjero, se organizó un complejo sistema de guías que controlara toda la seda que circulaba, lo que obligaba a los tejedores de velos a declarar la seda que querían y donde la comprarían (Franch Benavent, 1988). La administración pretendía que fueran los gremios los que generaran esta información y a ello se oponían por lo complicado que resultaba. Las presiones y pleitos se sucedieron y se intentaba llegar a acuerdos para dar salida al tema (1748-1760). Asimismo, se quejaban de las aduanas que no hacían los trámites con suficiente rapidez (1775)[66]; de que los ayuntamientos querían cobrar impuestos cuando se había decretado la libertad de circulación (1798)[67]; protestaban por el sistema de control de piezas que aplicaba la aduana, etc. (1794). Como se puede ver todo eran problemas relacionados con la provisión de seda y con la comercialización.

d) Sobre la calidad de la producción. Sobre este tema, la mayoría de los acuerdos tuvieron que ver con la prohibición de los tejidos producidos a un solo hilo o cabo, sin torcer. Es muy probable que esta práctica se extendiera en la primera mitad de siglo, junto a poner menos cantidad de hilos en la urdimbre (1748). Aunque no todo

62. Junta de 28/I/1750, Not. Sala Thomasa, ACB.
63. Junta de 21/XI/1772, Not. Raurés, Velers, ACB
64. Junta de 21/V/1804, Not. Raurés, Velers, ACB.
65. Junta de 11/VII/1813, Not. Raurés, ACB.
66. Junta de 23/XII/1775, Not. Raurés, Velers, ACB.
67. Junta de 19/V/1798, Not. Raurés, ACB.

el mundo estaba de acuerdo con la prohibición[68] el acuerdo era bastante unánime. Tejer la seda con hilo sin torcer resultaba más barata pero el resultado era malo y se creía que perjudicaba seriamente a todo el sector. Lo administradores se lo tomaron en serio y visitaron varios talleres donde encontraron este tipo de tejido. El castigo consistía en aprehender los géneros y el telar y tener que pagar una multa[69]. Sin embargo, algunos afectados recurrieron y el Corregidor falló que se les tenía que devolver el género y el telar y limitarse a pagar una multa[70]. El mismo gremio consideró que el castigo era excesivo y se redujo a pagar diez libras de multa. El proceso pone sobre la mesa el poder coercitivo que tenía el gremio que no parece fuera muy elevado.

No sabemos si se eliminó este tipo de tejido a partir de esta presión. El debate desaparece de las actas y reapareció cuando en el año 1768, la Junta de Comercio consultó al gremio para saber su opinión para tejer a un solo hilo[71]. La respuesta fue muy clara: la calidad que resultaba era tan mala que aconsejaba no producirlos y esto lo decían los de Manresa que tenían fama de producir fuera de ordenanzas[72]. En 1769 se prohibió producirlos en Cataluña.

El debate más importante se produjo cuando Pau Sacristá solicitó la libertad de fabricación y poder exportar al extranjero pañuelos «*fuera de ley*».

e) Sobre la libertad de fabricación. Sin duda los pañuelos y otras producciones manresanas eran muy competitivas en el mercado. ¿Fuera de ley? ¿organización de la producción? La idea de libertad de fabricación estaba en el debate. En el año 1766 el nuevo síndico personero hizo una propuesta sobre libertad de fabricación que quedó en una simple propuesta[73]. Es probable que los tejedores de velos inundaran el mercado de pañuelos al límite que levantaron las iras proteccionistas de los tejedores de velos de Barcelona (Hernandez Sala, 1984). En el año 1770, el gremio se quejaba que los de Barcelona examinaban los pañuelos de Manresa, Reus y Mataró y pedían permiso para ir a Manresa a hacerlo directamente[74].

Los tejedores de velos de Manresa habían descubierto que en el mercado americano se podían vender pañuelos de otras medidas y ello empujó a Pau Sacristà y Cia a solicitar un privilegio para poder exportar a las Américas pañuelos fuera de ley, lo que le fue concedido con limitaciones el 31 de agosto de 1772, en el sentido que los pañuelos fuera de ley tenían que ir a un almacén donde podían ser controlados

68. En la Junta de 19-XII-1748 donde se tomo el acuerdo, hubo varios votos en contra (Not. Sala Tomasa, 19-XII-1748, ACB).
69. Véase nota 44.
70. Junta de 4/XII/1751, Not. Sala Thomasa, ACB.
71. Not RAures, 21/IX/1768, ACB.
72. Not Raures 22-VIII-1769, ACB.
73. Not. RAures, 26/XI/1766,ACB.
74. Not. RAures, 23/VII/1770, ACB

por los vehedores del gremio de Barcelona. Ello generó muchísimos conflictos y discusiones, aunque fue confirmado en el año 1782 y para evitar definitivamente problemas, la libertad de fabricación para el Reino o para América se generalizó en el año 1786 para todo el mundo[75]. El gremio de Barcelona continuó quejándose. El problema es que no podía hacer frente a la competitividad del de Manresa.

Seguramente los pañuelos destinados a la exportación acabaron inundando el mercado interior. El gremio de tejedores de velos de Tortosa se quejó reiteradamente de esta competencia desleal de Manresa (Agramunt Bayerri, 2019). Y en la feria de Bellcaire los pañuelos de Manresa eran descritos como una auténtica invasión (Vilar 1964, IV: 63). Y la Junta de Comercio se quejaba de hallar pañuelos que tenían que ir al mercado americano en el mercado interior[76]. La solución era nombrar una comisión que servía de muy poco.

El gremio de Manresa fue uno de los defensores de este modelo que favorecía a todos los fabricantes. En el mismo gremio se respondía de forma contundente al gremio de Barcelona que intentaban controlar los pañuelos por ser más estrechos que los habituales:

> sepa cuando han maquinado para ver si podrían destruir y aniquilar las fábricas de pañuelos de Manresa, cuya buena fama y felicidad juzgan ser la causa de no acreditarse y tener consumo las suyas, quando en realidad no es este sino el no querer hacer los de Barcelona, lo que executan los fabricantes de Manresa y sobretodo el no acomodarse aquellas como hazen estos en los precios, pues es regular consuma más el que fabrica mejor y que bueno por bueno despache más quien se contenta en ganar menos; jamás le harán creer que su solicitud haya nacido de otro que de un espíritu de envidia y lo acredita el lance expuesto de Pablo Sacristá, pues el ser anchos o estrechos los pañuelos no puede argüir defecto ni en la seda después son fabricados ni en el arte de texerlos y siendo cosa visible y reparable a qualquiera que no sea del arte, no prueba ni de mala calidad la mercaduría ni año de engañar al comprador que es lo que podría ser perjudicial a las fábricas y al comercio[77].

Los pocos asistentes a la Junta (34) no hacían otra cosa que defender los intereses generales de la industria sedera de Manresa por la vía de la libertad de fabricación. Es otro ejemplo de acción lobista que, favoreciendo a los grandes fabricantes y a los productores independientes, indirectamente iba bien a toda la estructura productiva.

f) La defensa corporativa de los agremiados. A pesar de esta mentalidad abierta, el gremio reaccionaba con actitudes proteccionistas en momentos de dificultad.

75. Not. Raurés, 9-I-1786, ACB.
76. Junta. Not. Raurés, 23-I-1776, ACB.
77. Not. Raurés, 21/X/1775, ACB.

En el año 1751, seguramente debido a la crisis, se tomaba la medida de prohibir a los mancebos forasteros que trabajasen en la ciudad para que tuviesen trabajo los maestros[78]. En el año 1773 se opuso a que los torcedores compraran seda por su cuenta —podían hacerlo— porque la vendían a comerciantes ajenos al gremio *«y con esto redundia en grave perjudici de las fabricas del present gremi»*[79]. O el año 1774 que se opusieron a la creación de un gremio de «*botiguers*» para evitar que tuvieran el privilegio de vender pañuelos[80]. O la polémica con los galoneros cuando estalló la crisis a principios del XIX por si podían o no producir galones como parece era tradicional en las décadas anteriores[81].

g) Intereses contrapuestos entre los maestros del gremio. Una actividad productiva que iba desarrollando formas empresariales cada vez más complejas que convivían con pequeños productores y con un volumen cada vez mayor de maestros y mancebos jornaleros, era lógico que provocara tensiones y ello se reflejara en las juntas, aunque las razones de los conflictos apenas se detallan[82]. El análisis de los administradores en la etapa central (1765-1775) está pendiente, pero todo hace suponer que los maestros más acaudalados intentaron controlarlo para que no se pusieran trabas a la organización productiva que iba surgiendo[83]. Así por ejemplo se toleró que en el pueblo vecino de Santpedor hubiese una incipiente industria sedera sin control gremial que completaba la producción de las fábricas de Manresa (Hernandez Sala, 1984). Es este sentido se entendería también que se insistiera en que un maestro no podía prestar su nombre a alguien que no lo fuera para evitar que el capital comercial penetrase en la actividad[84]. Una vez desarrollado el nuevo modelo productivo de la ciudad, las funciones del gremio se diluyeron y perdieron interés, pero mantuvo una cierta carga simbólica y, aunque con poca participación, se limitó a dar maestrías y a la sociabilidad entre los que trabajaban en el oficio.

78. Junta. Not. Raurés 4/XII/1751, ACB.
79. Junta. Not. Raurés, 23/IV/1770, Velers, ACB.
80. Junta. Not. Raurés, 6/II/1774, Velers, ACB.
81. Una de las salidas de la crisis del siglo XIX en Manresa serà la producción de galones y cintas. Ello explica que los tejedores de velos quisiesen recuperar una tradición que venía de cuando formaban gremio con los galoneros y cordoneros (Ferrer Alos, 2011b; Ferrer Alos et al., 2020).
82. Dejamos para otra ocasión el anàlisis social de los administradores del gremio y de los conflictos que se produjeron en algunas elecciones.
83. El interès por controlar el gremio se ve en los acontecimientos del año 1770. A lo largo de este año se dieron 196 maestrías, la mayoría de elles a hijos de maestro. Enla Junta General celebrada el 31 de diciembre de 1770, acudieron 401 maestros. La votación para elegir administradores fue de las más reñidas. El 31,8% de los que asistieron eran los que habían entrado aquel año. Seguramente los dos bandos intentaron tener el máximo número de maestros que hasta entonces no se habían interesado por serlo. Es una estratègia parecida a la que se produjo en Reus (Andreu, 1991).
84. Junta, 18/XII/1769, Not. Raurés, Velers, ACB.

Aunque en el momento de expansión de las sociedades que se habían creado en 1760 se produjeran tensiones entre dos visiones distintas de por donde tenía que ir el gremio, las nuevas dinámicas productivas y organizativas se impusieron y a partir de 1780 nadie lo discutió. El gremio se convirtió en un lobby de presión frente a la administración y de defensa frente al ataque de otros colectivos que ponían en duda el modelo manresano. De ello se deduce que ni aprendices ni mancebos asalariados o que trabajaban para otros no tenían ningún interés en entrar en el gremio. Lo que defendían sus maestros o «amos» en el gremio también les beneficiaba sin estar dentro.

La crisis de finales del siglo XVIII paralizó la industria sedera y supuso el inicio de un proceso de reconversión: emigración, adopción del algodón y la lana, inversión en tierras, paso a la cintería… (Ferrer Alos et al., 2020) (Ferrer Alos, 1999; Serra Rotes, 2020). El gremio subsistió, aunque la participación en las juntas estuvo siempre bajo mínimos y su papel de lobby fue desapareciendo. Había poco que defender en el siglo XIX y con los grandes sederos evolucionando hacía otras actividades. Sin embargo, la experiencia productiva del siglo XVIII influyó en un nuevo modelo. La producción se organizaba en tres niveles: fabricantes, amos y operarios. Los primeros tenían sus talleres y encargaban parte de la producción a los talleres de los amos que eran los que tenían los telares y donde, en cada uno de ellos, trabajaban los operarios. Los amos eran los antiguos maestros proletarizados y los operarios los mancebos. Fue en el siglo XIX cuando los operarios se organizaron en una Asociación de Tejedores de velos y encontraron una fórmula específica de defender sus intereses[85].

5. CONCLUSIÓN

La industria de la seda no existía en Manresa a finales del siglo XVII, pero el incremento exponencial de la demanda y la existencia de un mercado prácticamente infinito si se sabía aprovechar, multiplicó los tejedores de velos. En este contexto las creencias colectivas conducían a disponer de un gremio que encuadrara toda esta dinámica. El gremio surgía y crecía al mismo tiempo que lo hacía la producción de pañuelos de seda. Las primeras ordenanzas (1702) no ordenaban mucho más que el tipo de tejidos y las normas del gremio tenían que inventarse y se perfilaban con el crecimiento de la actividad. Los intereses de los llegados a la actividad irían definiendo las prácticas.

Tenemos pocos detalles de la vida gremial en la primera mitad del siglo XIX, pero durante este tiempo se definió claramente como funcionaría durante todo el siglo la producción de pañuelos de seda. Producir para exportar demandaba

85. Gremis 5/Velers 10, ACB.

disponer de un capital circulante que procedía de activos familiares y de las dotes que recibían los individuos que se pasaban a la seda. Asimismo, era necesario resolver el aprovisionamiento de seda en Valencia o Aragón, ya que Manresa no producía ni una libra. La otra pieza en este esquema era la comercialización que se fue expandiendo en el mercado catalán, en la península ibérica y en las colonias americanas. Casi de forma intrínseca, la diferenciación social estaba implícita. Si no se disponía de capital circulante, se debía trabajar para otro. Al gremio solo quedaba organizar definir el tipo de género a producir y como debía ser el taller.

A mediados del siglo XVIII, las ciudades sederas se dieron nuevas ordenanzas. Manresa no fue una excepción. La libertad de fabricación, quizás excesiva, había llevado a una cierta degradación y, por otro lado, era necesaria una institución fuerte que pudiera actuar de lobby frente a la administración en aquello que afectaba a todo el colectivo y que organizara la visibilidad del gremio en la ciudad. Las ordenanzas de 1749 cumplieron este objetivo, pero solo se ocupaba de los mecanismos de acceso (aprendizaje, oficialía y maestría) y en la calidad de los distintos tejidos. El gremio no se entrometía en el aprovisionamiento ni en la comercialización y, solo tímidamente, en como debían ser los talleres. Y una cosa sería lo que decían las ordenanzas y otras, que se cumplieran.

La organización gremial —que podía ser utilizada en distintas direcciones— reflejaba los problemas y contradicciones que su desarrollo podía tener. Los maestros encontraron, por ejemplo, la manera de disponer del máximo de mano de obra a través de los hijos, los aprendices y los mancebos, forzando claramente las prácticas que permitía el gremio. La organización de la comercialización llevó a la alianza de obradores y a la formación de sociedades de cuñados que canalizaban capital circulante de los socios y de pequeños inversores. Una gran cantidad de aprendices y mancebos trabajaban al margen del gremio a pesar de los lamentos de éste, lo que era tolerado e impulsado por los mismos maestros.

El gremio actuaba según los intereses de sus miembros y esta es la tesis fundamental del trabajo y reflejaría las contradicciones entre las distintas dinámicas de los talleres. Hacia 1770 hubo un enfrentamiento entre los que apostaban por un modelo expansivo a partir de grandes sociedades y entre los maestros independientes. Triunfaron los primeros, aunque a toda la estructura productiva le fue bien la expansión de la segunda mitad del siglo XVIII ya que había oportunidades para todos ellos. El gremio se limitó a actuar como lobby, como una institución que organizaba la resistencia frente a la presión fiscal y los cambios en la tributación, que se enfrentaba a los problemas con aduanas para provisionarse de seda, que hacía de interlocutor con el ayuntamiento por temas de quintas, cobro del catastro o tallas para determinadas inversiones municipales y como un defensor de la libertad de fabricación apoyando la presión de los grandes fabricantes. Se enfrentó al gremio de Barcelona incapaz de hacer frente a la competitividad y habilidad

de los tejedores de velos manresanos para penetrar de forma eficiente en todos los mercados. Defendió puntualmente intereses corporativos (frente a los torcedores cuando se entrometieron en la venta de seda o a los galoneros que querían evitar una práctica tradicional de hacer galones). La institución estaba presente en un mar de intereses contrapuestos de maestros de distinto nivel social y de mancebos y aprendices que vivían entre su independencia y el gremio.

A finales del siglo XVIII, la asistencia a las juntas cayó en picado y los acuerdos perdieron valor cualitativo. La crisis general del sector en las primeras décadas del siglo XIX provocó emigración de algunos a Barcelona y reorientación de la actividad productiva hacia la cintería o el algodón. El gremio continuó existiendo como forma de prestigio social y la mayoría de las familias importantes del sector hicieron veleros a sus hijos en la primera mitad del siglo XIX, aunque la actividad productiva se reorientara. El gremio continuó existiendo pero con un dinamismo cada vez menor en la práctica.

¿Fue el gremio un mecanismo de modernización o de retraso? Nada de ello. La institución no produce el cambio ni lo frena, se adapta a los intereses de sus miembros y estos son los que, en defensa de sus intereses y forma de vida y del contexto en el que viven, producen el cambio o el atraso. A no ser que la vida propia de la institución marque el paso de toda la estructura productiva.

BIBLIOGRAFÍA

Agramunt Bayerri, A. (2019). El fin de un gremio: El caso de los sederos de Tortosa en el siglo XVIII. En *Artesanos, gremios y género en el sur de Europa (siglos XVI-XIX)*; (p. 151-184). Icaria Editorial.

Andreu, J. (1991). La indústria de la seda a Reus. En D. D. A. A. (Ed.), *El món de la seda a Catalunya* (p. 213-223). Diputació de Barcelona.

Congost, R. y Ros, R. (2013). Change in society, continuity in marriage: An approach to social dynamics through marriage contracts (Catalonia, 1750-1850). *Continuity and Change*, *28* (2), 273.

Diez, F. (1990). *Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia Preindustrial*. Edicions Alfons el Magnànim.

Diez, F. (1992). La crisis gremial y los problemas de la sedería valenciana (XVIII-XIX). *Revista de Historia Económica*, *X*, 39-62.

Epstein, S. R. (1998). Craft guilds, apprenticeship, and technological change in preindustrial Europe. *The Journal of Economic History*, *58*(3), 684-713.

Epstein, S. R. (2008). Craft guilds in the pre-modern economy: A discussion. *The Economic History Review*, *61* (1), 155-174.

Epstein, S. R. y Pratt, M. (2008). *Guilds, innovation and the European economy, 1400-1800*. Cambridge University Press.

Ferrer Alos, L. (1982). Genealogia de la família Soler i March. Aspectes socio-econòmics. *Miscel.lània d'Estudis Bagencs*, *2*, 31-52.

Ferrer Alos, L. (1987). *Pagesos, rabassaires i industrials a la Catalunya Central (s. XVIII-XIX)*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

Ferrer Alos, L. (1999). Les primeres fàbriques i els primers fabricants a la Catalunya Central. En D. D. A. A. (Ed.), *Doctor Jordi Nadal. La industrialització i el desenvolupament econòmic d'Espanya: Vol. II* (p. 1038-1056). Universitat de Barcelona.

Ferrer Alos, L. (2006). Notas sobre reemplazo social en Cataluña. De artesanos a rentistas y vuelta a empezar (siglos XVII-XIX). En F. Chacon, X. Roige y E. Rodriguez (Eds.), *Familias y poderes. Actas del VII Congreso Internacional de la ADEH* (p. 323-346). Universidad de Granada.

Ferrer Alos, L. (2007). *Hereus, pubilles i cabalers. El sistema d'hereu a Catalunya*. Afers.

Ferrer Alos, L. (2011a). Apparition, évolution et logique des contrats de marriage en Catalogne (XVIème-XIXème siècles). *Annales de Démographie Historique*, *1*, 23-48.

Ferrer Alos, L. (2011b). *Sociologia de la industrialització. De la seda al cotó a la Catalunya Central (segles XVIII-XIX)*. Fundació Noguera.

Ferrer Alos, L. (2014). De la pell a la seda i de la seda al cotó passant per la vinya i l'aiguardent. L'aprofitament de les oportunitats econòmiques a la Manresa del segle XVIII. *Miscel.lània d'Estudis Bagencs*, *12*, 221-240.

Ferrer Alos, L. (2022). ¿Dónde están los aprendices? La organización del trabajo en la producción sedera en Manresa (Cataluña) (siglos XVIII y XIX). *Investigaciones de Historia económica* (en prensa)

Franch Benavent, R. (1988). La política de liberalización económica de Carlos III y la materia prima sedera valenciana. *Estudis. Revista de historia moderna*, *14*, 51-82.

Franch Benavent, R. (1990). La comercialización de la seda valenciana a finales del Antiguo Régimen: El contraste de la ciudad de Valencia. *Revista de Historia Económica*, *VIII*, 271-304.

Franch Benavent, R. (1994). La producción de seda en el País Valenciano durante el siglo XVIII: distribución geográfica y evolución. *Noticiario de Historia Agraria*, *8*, 67-98.

Franch Benavent, R. (1996). Los negocios de una gran empresa sedera en la Valencia del siglo XVIII: la Compañía de Nuestra Señora de los Desamparados. *Revista de Historia Económica*, *XIV*(3), 557-590.

Franch Benavent, R. (2014). Los maestros del colegio del arte mayor de la seda de Valencia en una fase de crecimiento manufacturero (1686-1755). *Hispania: Revista Española de Historia, CSIC LXXIV 246 41-68*. https://doi.org/10.3989/hispania.2014.002

Franch Benavent, R. (2016). Salario y condiciones de trabajo en la industria de la seda valenciana del siglo XVIII. *Obradoiro de Historia Moderna, 2016, num. 25, p. 207-242*.

Franch Benavent, R. y Navarro Espinach, G. (Eds.) (2017). *Las rutas de la seda en la historia de España y Portugal* . Universitat de València.

Franch, R., Muñoz, D. y Rosado, L. (2016). La reproducción de los maestros y las transformaciones de las condiciones sociales de los miembros del Coelgio del Arte Mayor de la Seda de Valencia en el siglo XVIII. *Revista de Historia Industrial*, 15-50.

Garcia Espuche, A. (1998). *Un siglo decisivo. Barcelona y Catalunya (1550-1640)* (HC-271). alianza Editorial.

Hernandez Garcia, R. y Gonzalez Arce, J. D. (2015). Gremios y corporaciones laborales. Debates historiográficos y estado de la cuestión. *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, *34*, 7-18.

Hernandez Sala, I. (1984). La indústria de la seda a la segona meitat del segle XVIII. *Les Fonts*.

Lapayese, J. (1784). *Tratado del arte de hilar, devanar, doblar y torcer sedas según el método de Mr. Vaucanson*. Valencia.

Lopez Barahona, V. y Nieto Sanchez, J. A. (2020). Artisan Apprenticeship in Early Modern Madrid. En *Apprenticeship in Early Modern Europe*; Prak, Marten and Patrick Wallis, (p. 44-73). Cambridge Universtiy Press.

Martinez Ascaso, P. (1997). *El catalanisme polític a la comarca del Bages. Leonci Soler i March (1858-1932)*. Universitat de Barcelona.

Minns, C. y Wallis, P. (2009). Rules and reality: Quantifying the practice of apprenticeship in early modern Europe. *Working Papers*, *118/09*.

Molas Ribalta, P. (1970). *Los gremios barceloneses del siglo XVIII*. Confederación Española de Cajas de Ahorro.

Muset Pons, A. (2001). *Una Empresa sedera catalana del segle XVIII: Ignasi Parera i Cia, de Manresa*. Centre d'Estudis del Bages.

Nieto Sanchez, J. A. (2013). El acceso al trabajo corporativo en el Madrid del siglo XVIII: Una propuesta de análisis de las cartas de examen gremial. *Investigaciones de Historia Económica-Economic History Research*, *9*(2), 97-107.

Nieto Sanchez, J. A. (2014). La reproducción gremial en el Madrid del siglo XVIII: Desmontando el tópico del aprendizaje como cantera corporativa. *Cambios y Resistencias Sociales en la Edad Moderna: Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía Hispánica.*, 97-108.

Nieto Sanchez, J. A. (2019). Los gremios en Castilla, Navarra y Aragón, 1300-1800: Una síntesis. En *Artesanos, gremios y género en el Sur de Europa (siglos XVI-XIX)* (p. 21-54). Icària.

Nieto Sanchez, J. A. (2021). A propósito del monopolio gremial: Toledo, 1700-1837. *Investigaciones de Historia Económica*, *17*, 12-25.

Nieto Sanchez, J. A. y Zofio Llorente, J. C. (2015). Los gremios de Madrid durante la Edad Moderna: Una revisión. *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, *34*, 47-61.

Nieto Sanchez, J. A. y Zofio Llorente, J. C. (2016). The return of the guilds: A view from early modern Madrid. *Journal of Social History*, *50* (2), 247-272.

Ogilvie, S. (2004). Guilds, efficiency, and social capital: Evidence from German proto-industry. *The Economic History Review*, *57* (2), 286-333.

Ogilvie, S. (2008). Rehabilitating the guilds: A reply. *The Economic History Review*, *61* (1), 175-182.

Ogilvie, S. (2011). *Institutions and European trade: Merchant guilds, 1000-1800*. Cambridge University Press.

Ogilvie, S. (2014). The economics of guilds. *Journal of Economic Perspectives*, *28* (4), 169-192.

Ogilvie, S. (2019). *The European guilds: An economic analysis*. Princeton University Press.

Prak, M., Crowstonc, C. H., de Munk, B., Kissane, C., Minns, C., Schalk, R. y Wallis, P. (2020). Access to the trade: Monopoly and mobility in European craft guilds in the seventeenth and eighteenth centuries. *Journal of Social History*, *54*(2), 421-452.

Prak, M. y Wallis, P. (2020). *Apprenticeship in early modern Europe* (FE-490). Cambridge University Press.

Romero García, E. (1987). Manresa moderna. En Ferrer Alos, L. (Ed.), *Història del Bages: Vol. I* (p. 357-370). Parcir.

Romero Marin, J. (2015). Eficiencia, ¿qué eficiencia? Gremios y desarrollo urbano en Barcelona, 1814-1855. *Areas: Revista internacional de ciencias sociales*, *34*, 93-103.

Sánchez Suárez, A. (2013). *Indianes, 1736-1847: Els orígens de la Barcelona industrial*. Ajuntament de Barcelona.

Sarret Arbos, J. (1923). *Historia de la indústria, del comerç i dels gremis de Manresa: Vol. III*. Imp. de Sant Josep.

Schalk, R., Wallis, P., Crowston, C. y Lemercier, C. (2017). Failure or flexibility? Apprenticeship training in premodern Europe. *Journal of Interdisciplinary History*, *48* (2), 131-158. https://doi.org/10.1162/JINH_a_01123

Segura, A. (1991a). La indústria de la seda a Mataró. En D. D. A. A. (Ed.), *El món de la seda a Catalunya* (p. 225-250). Diputació de Barcelona.

Segura, A. (1991b). La seda a Catalunya. En D. D. A. A. (Ed.), *El món de la seda i Catalunya* (p. 149-168). Diputació de Barcelona.

Segura Mas, A. (1987). La «Relación...» de Vicente de Frigola de 1824: El Bages. *Miscel. lània d'Estudis Bagencs*, *5*, 171-187.

Serra Rotes, R. (2020). La companyia de Pau Miralda. Una història empresarial. *Dovella*, *128-129*, 45-67.

Solà, À. y Yamamichi, Y. (2015). Del aprendizaje a la maestría. El caso del gremio de velers de Barcelona, 1770-1834. *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, *34*, 77-91.

Sola Parera, A. (Ed). (2019). *Artesanos, gremios y género en el sur de Europa (siglos XVI-XIX)* (HC-503). Icaria Editorial.

Sola Parera, A., Ferrer Alos, L., Viros Pujola, L. y Yamamichi, Y. (2020). Silk textiles, crisis and adaptative strategies in Catalonia (1770-1850's) (Barcelona and Manresa). *Continuity and Change*, *35* (1), 53-74.

Torras Elias, J. (1986). *From masters to fabricants. Guild organization and Economic Growth in Eighteenth century Catalonia: A case study*. Work and family in Pre-industrial Europe, Florence.

Torras Elias, J. (1999). Gremis i indústria rural a la Catalunya moderna. En D. D. A. A. (Ed.), *Doctor Jordi Nadal. La industrialització i el desenvolupament econòmic d'Espanya* (p. 925-936). Universitat de Barcelona.

Torras Ribe, J. M. (1991). La sederia, una especialitat efímera en la indústria tèxtil d'Igualada (1750-1790). En D. D. A. A. (Ed.), *El món de la seda i Catalunya* (p. 189-197). Diputació de Barcelona.

Victori Companys, J. (1991). El procés de teixir la seda. En D. D. A. A. (Ed.), *El món de la seda i Catalunya* (p. 89-106). Diputació de Barcelona.

Vilar, P. (1964). *Catalunya dins l'Espanya Moderna. Recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals* (Vol. 1-4). 62.

Wallis, P., Webb, C. y Minns, C. (2010). Leaving home and entering service: The age of apprenticeship in early modern London. *Continuity and Change*, *25*, 377-404.

RESEÑAS

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, *El Atila de Madrid. La forja de un banquero en la crisis de la monarquía (1685-1715).* Madrid: Marcial Pons, 2021, 342 pp., ISBN: 978-84-1795-48-0.

«Atila» era el mote con el que se conocía a los obligados de abastos públicos a quienes se responsabilizada de la carestía de los alimentos y concretamente con ocasión del motín de Oropesa de 1699. Uno de estos era Juan Prieto de Haedo, oriundo de las Encartaciones (Vizcaya), que emigró siendo muy joven a la villa y corte en busca de empleo y fortuna, como tantos hijos de humildes labradores, aunque hidalgos, de la España cantábrica que siguieron ese mismo camino y nutrieron de emprendimiento la vida económica de las ciudades de España y sus Indias a lo largo de toda la Edad Moderna. Al llegar a Madrid en 1677, con apenas dieciséis años de edad, fue recibido por un pariente clérigo que lo colocó como paje en la casa de una familia aristocrática. Al cabo de un año entró a servir como aprendiz y tenedor de libros para otro pariente y paisano, que lo introdujo en el negocio de los abastos públicos, incorporándolo como socio a su compañía y después prestándole su aval para emprender contratos de abastos por su cuenta o, mejor dicho, de las sociedades que creaba para ese fin. El primero de estos contratos u obligaciones fue el de 1683 para el abasto de velas de sebo a la Casa de la Reina Madre, al que siguió enseguida el de tocino, el cual mantuvo hasta la muerte de Mariana de Austria y compaginó con el de la villa. A estas obligaciones de abastos públicos siguieron otras, entre las que destacaron las de la carne, que ya había desempeñado su mentor y que Prieto consiguió mantener durante más de veinte años, hasta su fallecimiento en 1715, y los del aceite, el tocino y el pescado. Sin duda prosperó porque al cabo de unos años consiguió hacerse con la recaudación de algunas rentas de la corona, de modo que se convirtió en un hombre de negocios. En 1702 se hizo por vez primera con el arrendamiento de las sisas reales y municipales del vino de Madrid, a las que siguieron otros, como las rentas de las yerbas de los maestrazgos y las alcabalas, cientos y tercias de Puñonrostro, donde se celebraba el principal mercado de abastos de carne de Madrid. En 1708 participó junto a otros hombres de negocios en la creación de una Compañía de Víveres para el Ejército que resultó fallida. Entre sus últimas iniciativas sobresalen los arrendamientos de las salinas de Galicia y Asturias en 1712, el impuesto de chocolates y azúcares y el de los cortes de lana en 1713, y las rentas reales de la provincia de Murcia en 1714, arrendamientos que fueron suspendidos al poco tiempo por la Junta de Rentas Generales, que pretendía concentrar la recaudación en una

única compañía, como paso previo a la imposición de la administración directa. Por último, venció a Goyeneche en la puja de 1715 por la provisión de galeras por tres años, pero en diciembre falleció y sus herederos no pudieron mantener la concesión. Como tantos negocios familiares, la suerte de la empresa se vinculaba tan directamente a la iniciativa personal del empresario que una vez éste desaparecía sus herederos encontraban enormes dificultades para mantenerla y poder sostener su patrón de vida. Es este sin duda un tema importante de la historia económica y social, presente también en la actualidad, y que explica la tendencia de muchos empresarios a buscar valores seguros por medio de inversiones en bienes inmuebles, títulos de deuda pública y otros instrumentos financieros con los que sostener a los herederos. Sin embargo, no es fácil documentar el origen y trayectoria de estas empresas porque la documentación que generaron no ha sobrevivido al paso del tiempo y el historiador que decide sumergirse en una investigación de esta naturaleza debe recurrir forzosamente a escrituras notariales y judiciales, si es que tiene la fortuna de encontrarlos.

Francisco Andújar Castillo ha logrado reunir por medio de una larga y paciente pesquisa una relación de documentos notariales y judiciales que han permitido reconstruir la trayectoria de un empresario y su empresa desde sus orígenes en Vizcaya y sus comienzos en Madrid hasta después de su muerte, cuando su obra se desvanece en manos de sus herederos. El autor no pretende escribir una biografía del protagonista, lo que no sería posible, sino explicar los mecanismos que le permitieron escalar en la economía y la sociedad de una época en la que, a pesar de los signos todavía visibles de declive, había «oportunidades de empresa» y era posible «medrar y acumular grandes capitales».

El libro se divide en siete capítulos, precedidos por una introducción y seguidos por unas conclusiones y un epílogo. En la introducción y a lo largo del libro se hace una presentación del personaje y su trayectoria profesional, así como de las fuentes que se han utilizado para estudiarlo. Se hace evidente enseguida un rasgo común a la mayoría, si no a todos los empresarios de la época, que es el saber leer, escribir y contar, y disponer de vínculos familiares, de amistad y paisanaje para introducirse en la sociedad de acogida y progresar en la carrera hacia el ascenso económico y el reconocimiento social. Un buen matrimonio y unos buenos contactos eran también necesarios para desenvolverse en el mundo de los negocios, pero, desde luego, ninguno de estos rasgos podía ser suficiente para convertirse en rico empresario.

El primer capítulo cuenta cómo se convierte de hidalgo en caballero y se plantea, al hilo de este proceso de ascenso social, la cuestión de la compatibilidad entre nobleza y empresa, dilema que se resuelve con la clásica distinción entre dirección y trabajo manual, del mismo modo que se hacía para distinguir a mercaderes y negociantes de los meros comerciantes o tenderos. La nobleza no era incompatible con el trabajo ni con la

empresa. Aun así, Juan Prieto procuró mejorar los vínculos con la nobleza después de enviudar de su primera esposa casándose con la hija de un rico terrateniente y señor de ganados, al tiempo que casaba con este a la hija de su primer matrimonio.

Los inventarios que se han conservado, uno coincidiendo con su segundo matrimonio en 1695 y otro efectuado poco después de su muerte en 1715, son objeto de estudio en el segundo capítulo. No es fácil interpretar unos datos que no distinguen con claridad flujos de renta y stocks de riqueza e incorpora en el mismo grupo réditos de títulos de deuda y capitales, y en los que por lo general se omiten con facilidad bienes muebles como joyas y efectivo. Con todo es evidente que Juan Prieto prosperó y que amasó una importante fortuna, si comparable o no con la de Goyeneche es difícil afirmarlo sin más elementos de juicio.

El tercer capítulo se centra en «el gran negocio de los abastos de Madrid» en el que participaban mercaderes de lonja o al por mayor, arrendadores de estancos, obligados, tratantes, proveedores de palacio, tenderos, despenseros y regatones. El protagonista pertenecía al tercero de los tipos mencionados. Los contratos de obligación son bien conocidos, pero es realmente interesante comprobar, como hace el autor de esta obra, que el instrumento que utilizaba para hacerse con los abastos era la sociedad o compañía integrada por varios socios que aportaban capitales en proporciones diversas, conforme a las cuales se repartían pérdidas y ganancias al final del tiempo acordado, que suponemos coincidía con el del contrato de abasto. La adjudicación se hacía mediante concurso al mejor postor y en la puja participaba, no el socio principal, sino una persona interpuesta, un socio minoritario, que actuaba como testaferro, aunque quizás el término no sea el más adecuado. Esto permitía eludir incompatibilidades con el desempeño de oficios públicos y concursar varias personas del grupo y en varias pujas para aumentar las probabilidades de éxito. Una vez conseguida la adjudicación se generaban unas barreras de entrada que hacían muy difícil la concurrencia de nuevos postores, porque se necesitaba capital muy cuantioso, conocimiento de los mercados de aprovisionamiento y relaciones estrechas con los proveedores a lo largo de la cadena de suministro. Las ganancias podían variar mucho de un año a otro, así por ejemplo en 1688-1693 ascendieron a unos 600.000 ducados anuales, de los cuales un décimo correspondió a nuestro protagonista, pero en 1693-1694 —año de carestía— la sociedad quebró y en los años de 1697-1703 las ganancias se concentraron en 1697-1698, correspondiendo solo a este ejercicio casi medio millón de ducados. No es posible determinar la tasa de beneficios, puesto que se desconoce el capital invertido, y puede pensarse que estaba severamente limitada por la forma como se fijaban los precios al por menor por las autoridades, considerando, primero, los costes de compra en los mercados de origen —para lo que se tomaban testimonios cuya veracidad no puede ser

comprobada— y los de transporte y, luego, los tributos que gravaban el consumo y que en el caso de la carne representaban más de la mitad del precio final. El obligado podía reducir costes en origen y quién sabe si influir en los testimonios de los proveedores para ampliar su margen de ganancia, pero el precio final no lo determinaba él, sino la Sala de Alcaldes o la Villa, según de qué especie se tratara, por lo que se hace difícil de comprender las acusaciones de que era él quien manipulaba los precios de venta. Hoy día tenemos un ejemplo muy similar en el caso del precio de la energía eléctrica, cuya mayor parte consiste en impuestos de diversa naturaleza que gravan el consumo.

El ascenso a hombre de negocios, entendiendo por tal el que contrata con la corona la recaudación de un tributo, la transferencia de dinero o la prestación de un servicio y que, además, adelanta fondos, se produce después de convertirse en caballero de Santiago en 1699 y de comprar el oficio de contador mayor del Consejo de Órdenes en 1702. El precio de este oficio fue desproporcionado respecto al salario que devengaba —una ratio de 55 a 1 que equivale a una tasa de interés menor que la de los censos al quitar—, lo que significa que el comprador perseguía honores y probablemente también un medio que le permitiera influir en futuras adjudicaciones —porque, sin duda, a Juan Prieto en cuanto obligado de las carnes le interesaba influir en la adjudicación de las hierbas de los Maestrazgos—, pero también podría tratarse de una forma de empréstito forzoso impuesto por la corona a sus acreedores. De su aventura como arrendador de rentas reales en los años 1712-1714 a la que antes hicimos referencia, queda la duda de si su perseverancia respondía a intereses ajenos más altos para los que él mismo se prestó paradójicamente como simple testaferro, lo que no era en absoluto desconocido en las finanzas reales.

El capítulo quinto se ocupa de la actividad bancaria de nuestro empresario, si bien a este respecto se limitó a tomar censos, obligaciones, juros, efectos de villa, incluso préstamos prendarios o empeños, pero no está claro si se trataba de inversiones buscadas —dado que las tasas de interés fueron disminuyendo y no eran fáciles de cobrar—, o también —lo que el autor apunta como más probable— de adquisiciones forzadas a falta de otros medios de cobrar de sus deudores. Las escrituras notariales no permiten descubrir las intenciones de los contratantes, pero lo cierto es que Juan Prieto acumuló, como se ve en los dos inventarios, importantes atrasos. De cualquier modo, estas actividades de préstamo no constituyen la esencia de la banca, que consiste en la intermediación entre ahorradores e inversores y en la creación de medios de pago, y no hay pruebas de que Juan Prieto aceptara depósitos a plazo de particulares. En este sentido su actividad bancaria quedaría circunscrita al ámbito de los arrendamientos de rentas reales y a la negociación de libranzas, que adquiría, como se preveía en los contratos de asiento, con un descuento a cambio de proporcionar liquidez a los propietarios originales de los títulos.

La «casa de negocios» de Juan Prieto se revela en el capítulo sexto como una empresa modesta, en la que trabajaban catorce empleados y con la que colaboraban numerosos corresponsales repartidos por los mercados de abastos de ambas Castillas y Extremadura. Los gastos de administración más importantes eran los de personal y los numerosos pleitos que mantenía con todo el mundo, y todos juntos alcanzaban los 190.000 reales de vellón al año, cifra que, si se compara con el mejor de los años de la empresa, el de 1697-1698, representa poco más del 15% de las ganancias brutas que correspondieron solo a Juan Prieto. Este porcentaje puede compararse con los costes de administración en que incurría la Hacienda Real por esa época y que se situaban por encima del 5% en 1703-1704 según un conocido documento publicado por Henry Kamen en *La Guerra de Sucesión en España*, Barcelona, 1974, p. 235.

El ocaso y desaparición de la empresa, objeto del último capítulo, se produce después de su fallecimiento como consecuencia del largo y penoso litigio entre sus herederas —Juan Prieto no tuvo descendencia masculina— y de la mala fortuna política. La tardanza en el reparto de la herencia impidió tomar decisiones estratégicas durante unos años decisivos y provocó la acumulación de importantes pérdidas, si bien es cierto que la Casa siguió con el arrendamiento de las sisas del vino, la carne y el aceite de la villa de Madrid e incluso se hizo con el abasto de pan a la guarnición de los presidios, desplazando nada menos que a la Casa de Valdeolmos. La viuda de Juan Prieto se casó con Miguel Fernández Durán, ministro de Felipe V, pero al poco tiempo estalló un escándalo que precipitó la desaparición de la Casa de Negocios. El ministro fue defenestrado cuando se descubrió que era socio de la empresa y se le atribuyó la responsabilidad en un fraude justamente en la provisión de pan a las guarniciones de África. La actividad de la Casa cesó, si bien la Real Hacienda resultó deudora en la liquidación de las cuentas que se concluyó en 1723. Juan Prieto, como la mayoría de los emigrantes afortunados, no se olvidó de su familia de origen y dejó algunas obras pías que todavía hoy siguen en pie en el valle de Carranza.

En suma, estamos ante una obra de investigación importante que nos permite descubrir, como pretendía el autor al comienzo, los mecanismos de creación de riqueza y ascenso social de los empresarios en una época de evidentes dificultades como las que vivió España en el tránsito del siglo XVII al XVIII. La historia de un empresario y hombre de negocios, como cualquier otro objeto de investigación histórica, puede presentar singularidades que planteen si se trata de un caso representativo del conjunto del que forma parte, pero la historia está llena de singularidades que se van descubriendo poco a poco y en medio de ellas se descubren los patrones generales de una época y un proceso. Razones todas ellas, junto con la calidad literaria del texto, para recomendar la lectura de este libro.

Ramón Lanza García
Universidad Autónoma de Madrid

ALBAREDA I SALVADÓ, J. y SALLÉS VILASECA, N. (Eds.). (2021). *La reconstrucción de la política internacional española. El reinado de Felipe V*. Madrid: Casa de Velázquez. ISBN: 978-84-9096-347-0.

El presente libro coordinado por el catedrático Joaquim Albareda i Salvadó y la doctora Núria Sallés Villaseca está destinado a convertirse en un referente de los estudios de las relaciones internacionales. La obra reseñada cuenta con dieciseis aportaciones de autores y autoras procedentes de dispares ámbitos de la historia que ahondan en los recovecos de la política exterior del reinado del primero de los borbones en el trono hispánico (1713-1746). A partir del análisis de las relaciones diplomáticas de Felipe V, el relato reconstruye la consolidación del prístino dominio borbónico hispánico en el orden político europeo y atlántico, y desentraña las tentativas que trataron de poner a prueba el equilibrio resultante de los acuerdos de Utrecht.

El periodo abordado fue una etapa decisiva en la redefinición espacial del escenario político europeo y la conformación de un nuevo orden internacional. Francia e Inglaterra se erigieron como los principales baluartes de una paz general que convulsionó las alianzas cimentadas durante el conflicto sucesorio a medida que los esfuerzos de la guerra fenecieron y los intereses de las potencias implicadas se antojaron divergentes. Las tensas relaciones entre las partes integrantes de la Gran Alianza de La Haya y el distanciamiento entre las dos coronas borbónicas a la muerte de Luis XIV determinaron la concreción de una política exterior filipina cuyos principales objetivos viraban hacia Italia y se centraban en la recuperación de las posesiones hispánicas usurpadas tras los tratados de paz que pusieron fin a la guerra de sucesión de España.

Desde una perspectiva multiforme e innovadora, los capítulos sumen al lector en un objeto de estudio complejo y ambiguo, compuesto por múltiples aristas, que delinean un nuevo paradigma en la compresión de las labores diplomáticas. La usual conceptualización fundamentada en los vínculos establecidos entre los poderes fácticos de las entidades políticas, a través de la actividad de los legados, adquiere una nueva entidad que impregna los distintos ámbitos de la sociedad y altera la propia naturaleza de los intercambios económicos. Las sucesivas contribuciones enfatizan las repercusiones de la política internacional, pues cuanto parlamentaban los representantes de los distintos entes soberanos, comportaba profundas implicaciones en los ámbitos económico, mercantil y jurídico, afectaba a la cotidianeidad de los individuos de cada estado y, en último término, resultaban determinantes en la conformación geopolítica del escenario internacional. La sempiterna beligerancia auspiciada por los dispares intereses dinásticos en liza, la ambición y el anhelo de prestigio del mandatario en cuestión y los ambivalentes nexos entre unos gobernantes distantes entre sí, determinaban la deriva política de las distintas potencias. La vida de un soberano se convertía en un asunto de Estado y de sus relaciones personales con

otros príncipes, convertidas en materias de Estado despersonalizadas, pendía la suerte inmediata de sus súbditos.

La obra presenta una estructura tripartita claramente diferenciada temáticamente: la concreción de la política exterior hispánica en la primera mitad del siglo XVIII, la reacción internacional ante las pretensiones expansionistas filipinas y las implicaciones económico-mercantiles de la política exterior borbónica. Cada una de las partes consta de un balance final elaborado por un especialista que recoge las líneas maestras de las aportaciones de cada una de las partes y relata los principales acontecimientos exteriores consustanciales al afianzamiento del poder borbónico en los dominios hispánicos.

La primera parte consta de cinco capítulos a partir de los cuales podemos constatar el carácter cambiante de la política internacional hispánica a tenor de la coyuntura universal precisa, definir sus principales logros, ponderar las disensiones que fueron surgiendo con otras entidades políticas, y conocer aquellas personalidades que definieron las líneas maestras sobre las que reposó la representación exterior del primero de los borbones hispánicos. En primer lugar, Joaquim Albareda i Salvadó reconstruye el acercamiento hispano-imperial tras el fracaso de la ofensiva mediterránea promovida por el cardenal Alberoni y las infructuosas consecuciones que se pretendieron lograr en el marco de las negociaciones de Cambrai. En esta coyuntura, Felipe V renunció al trono hispánico en favor de su hijo, si bien, la prematura muerte del primogénito y las cábalas cortesanas devolvieron el trono al intempestivo y bipolar monarca. El acercamiento entre los acérrimos enemigos que habían pugnado por la herencia hispánica, fue posible gracias a las inventivas y el genio diplomático de un polémico embajador de origen holandés, Juan Guillermo Ripperda, tal y como analizan profusamente Anna Mur i Raurell. La entente entre ambas cortes, ratificada en el tratado de Viena de 1725, no gozó de gran continuidad a lo largo del tiempo y el capitulado no llegó a materializarse de forma íntegra. Si bien, un hecho quedó patente con el cambiante juego de alianzas, el objetivo principal de la corona hispánica era recuperar la influencia perdida en los dominios italianos y ver reconocidos los derechos dinásticos de la prole de Isabel de Farnesio en los ducados de Parma y Toscana, cuestión desarrollada por María Ángeles Pérez Samper y Lluis Roura i Alinas. A pesar de no ostentar un papel rector en la política exterior de los estados europeos y quedar, en cierta medida, subyugada a los designios del resto de potencias europeas, la neonata corona borbónica no cesó en sus empeños por restituir el prestigio perdido. De hecho, impulsó una perspicaz estrategia matrimonial que incluso pudo llegar a materializarse en una alianza con la lejana Rusia zarista interesada en el comercio con América, como avala el trabajo de Núria Sallés Villaseca. La investigadora, Cinzia Cremonini, concluye este primer apartado con un balance de la política exterior filipina donde examina la frustrada consecución de la herencia universal

carolina, los discordantes afectos entre la corte versallesca y Madrid, y, por último, la final materialización de la reversión de los acuerdos de Utrecht con la anhelada presencia italiana plasmada en la consecución de los ducados de Parma y Toscana y los reinos de Nápoles y Sicilia.

El segundo apartado comienza con una reflexión que plantea la forja de un nuevo concierto geopolítico tras más de una década de conflicto sucesorio. Desde una perspectiva jurídica, Frederik Dhondt indaga en la gestación de la alianza franco-británica erigida como la principal garante del equilibrio europeo y del orden político resultante tras los tratados de Utrecht, Rastadt y Baden. Tras la contienda, Felipe V había perdido sus dominios italianos, más todavía los tambores de Marte zozobraban en el ámbito mediterráneo y la entente con el emperador se antojaba si cabe más remota. Su fraternal adepto se había avenido con sus enemigos de antaño y el nuevo regente, Felipe de Orleans, socavaba las aspiraciones hispánicas por redimir el legado carolino, a pesar de la recuperación de Cerdeña y Sicilia. A continuación, Manuel Alejandro Castellano García infiere en los vínculos existentes entre la prensa escrita inglesa, el poder político parlamentario y el uso propagandístico de la información. Con su aportación, el lector se aproxima al imaginario que los dispares medios de comunicación trataban de proyectar. Asimismo, concebimos la percepción que las poblaciones foráneas forjaban de realidades políticas distantes y de unos hechos que condicionaban su propia existencia y el devenir de sus gobiernos. Por último, esta sección indaga en la principal antagonista de la monarquía hispánica del primer cuarto del siglo XVIII: la diplomacia imperial. En primer lugar, Agustí Alcoberro i Pericay, especialista del exilio austracista, muestra las esperanzas albergadas por los núcleos opositores de Felipe V con el acercamiento entre Viena y Madrid. Con el tratado suscrito por Riperda, el anhelado retorno al pactismo, la recuperación de los fueros y el retorno a la tierra natal se antojaban posibles, empero, prontamente, las expectaciones generadas quedaron frustradas y los focos rebeldes en tierras catalanas, sofocados. Por otro lado, Roberto Quirós Rosado muestra cómo a partir del cruce de fuentes de distinta naturaleza, podemos reconstruir el periplo vital y político de un ilustre pensador y burócrata como Juan Amor de Soria. Las loables capacidades del talaverano en los múltiples confines donde sus servicios fueron requeridos, le reportaron una destacable reputación en el seno del Imperio y le ofrecieron una reseñable experiencia política que quedó plasmada en sus escritos. Como colofón a este apartado, Lucien Bely realiza un sugestivo análisis sobre la gestación de la embrionaria monárquica borbónica, ponderando las conexiones existentes entre las relaciones internacionales y los aspectos internos gubernamentales.

El último apartado aborda las implicaciones económicas y mercantiles de las relaciones internacionales. Desde una perspectiva global, las distintas aportaciones ofrecen al lector una visión de conjunto de los distintos espacios en los que convergían unos hombres de

negocios cuyas finanzas y nuevas vías de riqueza pendían de los inhóspitos caminos abiertos por la diplomacia y la protección ofrecida por los convenios internacionales. Eloy Martín Corrales analiza el ámbito mediterráneo y los vínculos establecidos con el olvidado mundo musulmán, destacando la relevancia de la redención de cautivos y la circulación de agentes islámicos en el contexto europeo. Por su parte, Guillaume Hanotin, quien ya incidió en su publicación sobre el embajador Michel-Jean Amelot en la necesidad de comprender las relaciones entre entes soberanos confiriendo una significativa relevancia a la actividad económica, reconstruye los intereses borbónicos en el comercio americano entre 1713-1743. Lejos de presentarse como un proyecto único fundado en una conciliación familiar de común acuerdo, el investigador francés discierne entre los dispares intereses franco-hispanos que concurrían en el comercio transatlántico. De este modo, el presunto monopolio hispánico parecía más bien una quimera retórica, pues la concurrencia de mercantes de otras entidades soberanas se había convertido en una realidad evidente y la excesiva presión fiscal alentaba otras formas ilícitas para desempeñar el trato ultramarino. Del mismo modo, Sylvain Lloret incide en las complejas y en ocasiones dialécticas relaciones franco-hispanas analizando los intereses del corporativismo mercantil francés en los dominios hispánicos. Sin duda, su metodología resulta novedosa, pues entrelaza las trayectorias de los agentes franceses con los procesos reformistas mercantiles inscritos en un cambiante marco internacional que de forma simultánea determinaba las medidas emprendidas. Por su parte, la investigadora Ana Crespo Solana analiza el paradójico caso de las Provincias Unidas. A través de la Sociedad del Comercio de Levante de Amsterdam y Middelburg, los comerciantes holandeses desempeñaban una labor capital en la interrelación entre el mar Báltico, el espacio atlántico y el ámbito mediterráneo, erigiéndose como los principales intermediarios y transportistas de mercancías procedentes del Báltico, el Atlántico y el Mediterráneo con Cádiz como uno de los principales emporios de referencia. Por consiguiente, tanto la Gran Guerra del Norte como la guerra de Sucesión de Española afectaron a los dos ejes marítimos sobre los que se cimentaba su actividad transnacional. Sin embargo, a pesar de la continuada beligerancia, la autora pone de manifiesto que en ningún momento se llegó a paralizar la actividad mercantil y, sólo en momentos concretos, el flujo de intercambio de productos decreció ostensiblemente. Los conflictos no sólo causaban destrucción, penuria y miseria a las poblaciones, pues nuevas vías de ganancia se ofrecían a ciertos sectores de la población especializados en el negocio de la guerra. Eduard Martí Fraga reconstruye la implicación catalana en la preparación de las campañas italianas de Felipe V. Más allá de circunscribirse a la actividad de los hombres de negocios implicados, el autor catalán reflexiona sobre la presunta recuperación económica catalana a inicios del reinado de Felipe V, los colectivos que pudieron

verse beneficiados por el apresto de las campañas italianas y la militarización del Principado con un aumento significativo de las tropas desplegada en el territorio. Este apartado culmina con la esclarecedora síntesis de Sergio Solbes Ferri que incide en los vínculos existentes entre los circuitos económicos y los vínculos diplomáticos.

La presente obra ofrece vanguardistas planteamientos sobre la historia de las relaciones internacionales, aunando aportaciones en principio divergentes bajo un discurso lógico y estructurado que nos permite comprender las múltiples dimensiones que confluyen en las relaciones internacionales. Gracias a su apuesta por la interdisciplinaridad con otras ciencias auxiliares, la obra trasciende el tradicional enfoque político que ha caracterizado los estudios sobre las relaciones internacionales. A partir de una perspectiva innovadora y actualizada, los nexos establecidos entre entidades soberanas no sólo atañerían a sus mandatarios, más las consecuencias de sus negociados afectarían a los distintos órdenes de la vida cotidiana, militar, económica y jurídica. Asimismo, el libro aboga por una perspectiva global que incide en la relevancia de enclaves escasamente considerados por la historiografía existente, tales como la Rusia zarista o el norte de África, que concurrían en unas dinámicas generales que condicionaban el escenario geopolítico mundial, el concierto cambiante de alianzas y la propia deriva política de las entidades soberanas.

Tal y como pone de manifiesto la obra, toda una generación de jóvenes historiadores, conocedora del prolijo bagaje bibliográfico producido, prosigue el legado de sus predecesores. No obstante, aún queda un largo camino por recorrer. Desde una perspectiva social y prosopográfica, cercana a las vivencias de los emisarios, se podría profundizar en la dimensión personal de las relaciones internacionales y enriquecer una lectura política que fue consustancial a las vivencias cotidianas de los diplomáticos. Asimismo, nuevas perspectivas podrían incidir en el coste económico de legaciones diplomáticas y de los procesos negociadores y ponderar el impacto que pudieron suponer en el conjunto de la Real Hacienda y los mecanismos crediticios, que a pesar de las estrecheces del erario público garantizaron el discurrir de las relaciones internacionales.

Javier Gómez Mesas
Universidad Pompeu Fabra

RIZZUTO, C.C. (2021). *La revuelta de las Comunidades de Castilla en el reino de Dios: profecía, heterogeneidad religiosa y reforma eclesiástica, 1520-1521*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 337 pp., ISBN: 978-84-1311-468-2.

La revuelta de los comuneros es un acontecimiento que siempre ha suscitado, y sigue suscitando, el interés y la curiosidad de la historiografía. El V centenario de tal suceso, como es sólida costumbre en los estudios históricos, ha representado la ocasión para un reflorecer de congresos, publicaciones y estudios al respecto. A esta importante efeméride pertenece *La revuelta de las Comunidades de Castilla en el reino de Dios: profecía, heterogeneidad religiosa y reforma eclesiástica, 1520-1521* de Claudio César Rizzuto.

Esta obra, fruto de la investigación doctoral del autor, pretende ofrecer una visión de la rebelión de las Comunidades mediante una perspectiva de análisis afín a los postulados de la historia cultural. En particular, tal y como afirma Rizzuto en la introducción, la obra toma en cuenta primariamente los aspectos religiosos de la Revuelta Comunera. Dicho enfoque se debe al escaso interés que, tal y como asevera el autor, parte de la historiografía tradicional ha dedicado a la dimensión religiosa de la revuelta. Por lo tanto, frente a esta historiografía denominada por Rizzuto como *mainstream*, el autor pretende —también mediante el rescate de «detalles» y elementos «anómalos o sin importancia» (p. 26)— viabilizar un cambio de orientación en el examen de los agentes que caracterizaron la Guerra de las Comunidades de Castilla. Así pues, merced a la observación de factores tradicionalmente olvidados o considerados irrelevantes en los estudios precedentes, se intenta demonstrar la trascendencia del elemento religioso en la rebelión.

Una vez aclarado el propósito principal de la obra, en el segundo capítulo el autor pasa a mencionar muy brevemente los avatares principales de la revuelta comunera. Aquí probablemente habría resultado más útil para el lector, a la luz de los ambiciosos objetivos expuestos en la introducción, una reconstrucción más extensa de los acontecimientos, encaminada a dialogar de forma crítica con la historiografía *mainstream* y a evidenciar, consecuentemente, la aportación de este estudio.

En el capítulo siguiente, el tercero, el autor se adentra en el análisis de la construcción de la imagen religiosa del rebelde, y de la rebelión en su conjunto, por parte sobre todo de los enemigos de los comuneros. De ahí que se examine la supuesta intervención del «demonio» y sus «agentes», judíos y herejes de toda laya. Se trata de una operación de sumo interés ya que la demonización de los comuneros se convierte, aquí, en una sugestiva clave de lectura de los acontecimientos. Para ello, Rizzuto analiza el lenguaje del bando realista, los discursos y las metáforas adoptadas, y señala, por esta vía, la puesta en práctica de un repertorio antiherético a la hora de caracterizar a los comuneros. Se demuestra, con abundancia de ejemplos, el paralelismo

que los realistas proponían entre los (casi) contemporáneos estallidos de la revuelta comunera y de la reforma protestante. En este sentido, el autor, a pesar de una historiografía que rechaza la comparación entre Lutero y el obispo de Zamora, Antonio Osorio de Acuña, subraya acertadamente la necesidad de dar la debida importancia a algunos documentos —por ejemplo ciertos despachos del embajador español en Roma— que mostrarían la conexión que los realistas percibían (y enunciaban) entre estos dos grandes acontecimientos. Cabe destacar que dicha comparación no se propone, desde luego, en términos de significado histórico entre los dos eventos —de por sí inviable— sino más bien bajo la perspectiva del desorden y del desafío que comportarían para Carlos V en esa precisa coyuntura. Asimismo, entre las descripciones negativas asociadas a la rebelión comunera, no podía faltar la acusa de (cripto)judaísmo. De hecho, los detractores de los comuneros aducían, en sus argumentos, una sospechosa participación de los conversos en los motines. Con todo, la historiografía más reciente, a raíz de las clásicas investigaciones del hispanista francés Joseph Pérez, a las que se hace justamente mención en el curso de esta disertación, ha descartado cualquier tipo de conexión al respecto.

A continuación (cap. 4), el autor intenta demonstrar la existencia de una «eclesiología» que caracterizaría y acompañaría la revuelta. A tal fin, mediante el cotejo de los capítulos comuneros, se afirma la existencia de instancias de reforma eclesiástica en el seno de los rebeldes. En este sentido, por ejemplo, se citan las argumentaciones y las quejas que los rebeldes manifestaron en merito a los «abusos» en la administración de la bula de la Cruzada o sus preocupaciones acerca de las tareas pastorales y del deber de residencia de los obispos.

Las relaciones entre las ciudades castellanas y la Inquisición son el tema principal analizado por Rizzuto en el quinto capítulo. Al igual que en el capítulo precedente, se analizan aquellos textos en los que los comuneros plantean algunos elementos de reforma. Concretamente, por lo que se refiere al Santo Oficio, se mencionan ciertos aspectos, como por ejemplo el tema de la confiscación de los bienes del reo o, más en general, el buen funcionamiento del tribunal. Sea como fuere, en ambos casos (cap. 4 y 5) las argumentaciones aportadas, si bien presentan elementos de interés, resultan demasiado circunstanciales como para producir un cambio de paradigma en el análisis del significado de la revuelta.

El sexto capítulo, por su parte, ofrece algunas reflexiones acerca de la destrucción de los espacios sagrados durante el conflicto y, a la vez, de los procesos de posterior re-sacralización y resignificación de dichos lugar, como advino en el caso de la catedral de Segovia, destrozada durante la revuelta. Posteriormente, el autor (cap. 7), tras una larga digresión sobre el carácter sagrado de la monarquía española, vuelve a concentrarse sobre el vocabulario religioso empleado por los comuneros insistiendo en los objetivos de «corte religioso» de la revuelta, tales como las solicitudes de

reforma eclesiástica o de reforma del Santo Oficio.

En el último capítulo, el octavo, Rizzuto se vale de fuentes no secundarias, como por ejemplo algunos manuscritos de la Biblioteca Nacional, y reconstruye la dimensión profética y mesiánica de la revuelta reflexionando sobre el halo de mesianismo que acompañaba a los líderes comuneros, comenzando por Juan de Padilla o el obispo Acuña. Paralelamente, el autor analiza el lenguaje profético comunero en torno a la figura de Carlos V, a menudo representado como el Anticristo, y de otros enemigos de los rebeldes, entre ellos los nobles, cuya caracterización más frecuente, como se señala, era la del lobo o del tirano.

En las conclusiones se recalcan los aspectos más significativos de la postura religiosa comunera y se afirma, legítimamente, la necesidad de no excluir dicha dimensión a la hora de evaluar el significado de la Guerra de las Comunidades de Castilla. En suma, el lector tiene entre manos una obra que se centra en aspecto no muy investigado de la revuelta comunera y que, por lo tanto, nos ayuda a comprender mejor uno de los acontecimientos más sugerentes de la primer edad moderna española.

Andrea Arcuri

PINEDA ALFONSO, J. A. (2021). Sanar o matar. El poder arzobispal en la Sevilla de la Edad Moderna (siglos XVI-XVII). Sevilla: Diputación, 362 pp., ISBN: 978-84-7798-468-9.

La historia de la Iglesia en la España moderna ha conocido un decidido impulso en las últimas cuatro décadas, con estudios solventes que dibujan un panorama, no completo pero sí suficiente, para conocer la realidad de una institución de tal importancia bajo el Antiguo Régimen y máxime cuando sus vinculaciones con el poder real fueron tan estrechas. Sin embargo, hay campos que quedan aún ensombrecidos, como los sectores del bajo clero al margen del servicio de las parroquias, el análisis generalizado de la economía clerical… y, desde luego, este que nos ocupa sobre la justicia eclesiástica, que también era una herramienta de gobierno.

Y es tanto más relevante ese vacío cuanto que un fondo documental importantísimo para el estudio de la Iglesia, en su núcleo estamental (el clero) y en las variadas instituciones satélites, procede precisamente de autos, edictos y sentencias emanados de esos tribunales eclesiásticos. Y, sin embargo, pocos son los estudios que han profundizado en esta institución eclesial de tanto poder controlador, arma indiscutible de disciplinamiento social —tanto «desde arriba» como «desde abajo»— y motor de modernización, que fue fluyendo con naturalidad sobre todo a raíz del concilio de Trento, de modo que la justicia eclesiástica reforzaba a la real con «un eficaz discurso para el gobierno de los cuerpos, de las conciencias y de las haciendas». Por eso recuerdo, como un descubrimiento esencial para mi andadura por distintas temáticas de la historia de la Iglesia, el trabajo casi solitario de José Fernández García sobre el tribunal eclesiástico giennense en la primera mitad del siglo XVIII, en el que vislumbró que estos tribunales fueron una pieza fundamental en la conformación de «mentalidades y comportamientos individuales y colectivos», tanto o más que los tribunales inquisitoriales, preferidos por la investigación histórica.

La historia social es hoy el encaje lógico de estos estudios y la monografía de José Antonio Pineda nos abre una ventana ciertamente prometedora y más al tratar el tribunal eclesiástico de una sede de sobrada importancia, como es la hispalense, cuya mesa arzobispal, a título de ejemplo, llegó a multiplicar por cinco sus rentas a lo largo del siglo XVI. Una investigación acometida con los fondos de una decena de archivos, entre los que sobresalen, claro está, los eclesiásticos. Su libro se abre con el prólogo de Carlos Alberto González Sánchez, que insiste en el valor exacto que debe darse en este estudio a un paradigma, una categoría historiográfica muy actual, como es el disciplinamiento social, «la confesionalización entendida como un conjunto de mecanismos ideológicos de interiorización de la disciplina por parte de los súbditos».

Desde el siglo XIII se fue perfilando, al hilo de las circunstancias, una jurisdicción ordinaria en Sevilla, delegada por el arzobispo en la persona del vicario

general (capítulo 4), que iba sustrayéndose a sus agentes primigenios, los arcedianos, en un proceso de alejamiento de lo espiritual y afianzamiento de lo temporal. Era una más de las casi treinta jurisdicciones que la bulliciosa Sevilla conocía ya al discurrir el Quinientos. Por supuesto, se trata de una realidad cambiante, dependiente de la voluntad de distintos prelados (capítulo 5), entre los que pueden destacarse por su labor organizadora Cristóbal de Rojas y Rodrigo Caro, en las tres décadas finales del siglo XVI, e incluso de la praxis del cabildo catedralicio en periodos de sede vacante, justamente cuando más afloran las presiones locales y, lejos de ser una etapa gubernativa provisional, se adoptaban a menudo decisiones de calado que evidencian con claridad ese clima de intereses creados.

Es la amalgama, la indefinición, esa maraña jurisdiccional que constituye la esencia del Antiguo Régimen. Es decir, unas acciones impositivas, transidas de discrecionalidad, de subjetividad, y en este caso también de pastoralismo y superioridad moral, derivada de su propio carisma, que pudo devenir en prepotencia y que, a mi juicio, deja traslucir un transaccionalismo conciliador de base, la suma de voluntades diversas, y a veces contrapuestas, que cifran su supervivencia en mantener una preeminencia social, el privilegio, y un entramado político sujeto a intereses grupales. Y la Iglesia lo era, y el serlo se traducía en su ejercicio de la justicia, que, por un lado, reforzaba su estructura jerárquica, sometiendo a disciplina a todo el estamento clerical (hasta donde podía llegar, pues el clero regular, especialmente el masculino, era harina de otro costal) y también al amplio sector del laicado (socialmente el estado llano) en buena parte de sus conductas e incluso de sus haciendas.

Esa intrincada realidad la sustenta Pineda Alfonso en una sólida base documental, en la que, junto a eruditos tratadistas, destacan algunos memorialistas que describen desde la experiencia las fallas del sistema hispalense (Gaspar Aragonés, licenciado Calderón, José Pérez, Díaz Coronado), en vías de especialización, de modo que hasta tres juzgados acabaron consolidándose (capítulo 3), aunque son inevitables las interacciones e interferencias entre ellos: dos de mayor rango, el provisor (y vicario general) y el juez de las iglesias y, en un nivel inferior el tercero, el juez de testamentos. Son la esencia del Consistorio, pero el organigrama no termina ahí y se complica además con la administración de enclaves de señorío, que acabaron reducidos a la villa de Umbrete; y, por el contrario, se advierte la no intervención en territorios exentos del arzobispado, como la abadía de Olivares o el marquesado de Estepa. Interesantes tablas ilustran ese proceso de crecimiento y complejidad del gobierno episcopal.

No hay una fórmula acabada, por tanto, para la audiencia eclesiástica, y sí actuaciones más o menos asentadas en el marco físico del Palacio, muy bien descrito, en el que se mezclan lo público y lo doméstico, los letrados del tribunal con los «familiares» del arzobispo, sin renunciar a una jerarquización de

espacios entre servicio y gobierno. Consistorio y corte, al cabo, a los que dedica el grueso de su obra (capítulo 6), desgranando la composición y quehacer de la secretaría de cámara (enlace con el prelado, donde no falta la mesa de los examinadores sinodales) y la Consulta (los tres jueces, secretario de cámara, visitadores y en ocasiones los abogados); los oficiales del Consistorio tales como fiscal, notarios mayores, secretario de la audiencia, procuradores (ante tribunales regios y hasta la nunciatura y Roma) y más esporádicamente abogados defensores, junto a notarios (receptores, relatores) y oficiales menores (tasadores, llamadores, cursores, etc.). Y desde luego el devenir de las tres audiencias: la del provisor (con amplísimas atribuciones), la del juez de la iglesia (que bregaba con los recurrentes retraídos «a sagrado», además de las farragosas causas decimales y las matrimoniales, siempre jugosas, campo en el que se impuso la sacramentalización del matrimonio) y la del juez de suplicaciones, testamentos y obras pías, en defensa siempre del alma de los difuntos y azote de codiciosos herederos. Todo ello se completaba con el alguacilazgo mayor y la cárcel arzobispal, la colecturía general de misas (benefactora de las ánimas y de la Iglesia), la mayordomía mayor de fábricas y la mesa arzobispal (de ambas gestiones económicas solían ocuparse seglares, a menudo mediante arriendo). En definitiva, dibuja el incremento notable de la burocracia y algo más, como recuerda al lector: el paso de la Iglesia de *societas spiritualis* a *societas iuridica.*

Al hilo de las causas que se dirimen en el tribunal, se antoja que clásicos paradigmas del roce institucional, como invocar el fuero, la inmunidad eclesiástica o la excomunión individual y el entredicho colectivo, traumático para los intereses espirituales de tantas personas, no son más qua la punta del iceberg de una realidad más extensa, más profunda, más rica y a menudo más sórdida. Humana y divina a la vez, la justicia eclesiástica era realmente operante y simbólicamente primacial, con el plus de su imagen revestida de trascendencia espiritual y escatológica, grave y juiciosa, no mundana —guiada oficialmente por «la caridad, la fraternidad y el servicio a Dios», como carisma del buen juez eclesiástico, traducido en bondad, mansedumbre, misericordia, paciencia…—, hasta el punto de remitir la ejecución de penas corporales al «brazo secular», pues su arma principal era la «persuasión» disfrazada de consenso, al cabo acciones de «buen componedor». Pero no exenta de la amenaza y la coacción, lo que hace más benévola su cárcel y el trato recibido, más llevaderas las penas, dulcificadas, especialmente las que cumplían los propios eclesiásticos; lo que el autor califica más ajustadamente como «violencia simbólica», ornada de suficiencia moral.

Centralización y territorialidad se complementan y así la obra desgrana la labor, con frecuencia extra-judicial, de esa voz, ojos y oídos del prelado y, por tanto, fieles testigos de la vida misma de las gentes cuyas costumbres trataban de encauzar sin mucho éxito, que son los visitadores generales (de veredas), sin olvidar los visitadores de monjas,

esenciales en al empeño episcopal por controlar las comunidades femeninas de clausura. Y también los vicarios foráneos, que llegaron a ser más de cuarenta y sujetos a residencia, que constituyen el nodo intermedio entre la mitra y la parroquia (sacerdote-policía, llama al párroco). A esto dedica los capítulos 7 y 8.

A la vez se detecta una avidez pecuniaria —recuérdese que los oficiales debían ajustarse a un arancel, que fácilmente se saltaban, y que como en las otras justicias sus ingresos eran un porcentaje de las penas impuestas— y una arbitrariedad en las decisiones, traducidas en logros personales y aspiraciones grupales. Unos oficiales en número creciente que tejen una red de lealtades de carácter clientelar, llamados a flaquear más cuanto menores eran su cualificación y su estatus. Y esta realidad, frente a esa manida benevolencia de trato, paradójicamente se traduce en un sistema viciado, poco coherente, a veces hasta cínico. Y todo ello con el bien de las almas (en aras a la salvación, con el temor de Dios de por medio, para evitar la eterna condenación) como trasfondo, con la Iglesia como mediadora exclusiva y una obsesión amedrentadora que fácilmente calaba en el tejido social, realidades capaces de disimular prácticas que bien pueden tildarse de extorsión, y flaquezas extremas como el amancebamiento o la solicitación, desapercibidas si no habían saltado a la palestra del escándalo y la murmuración. De ahí la paradoja del título de libro y de la tesis del autor: «sanar o matar», sin que exclusivamente se refiera a la salud corporal y al aliento vital.

Sus conclusiones, en fin, insisten en el proceso de centralización, racionalización y modernización del tribunal ordinario, siempre reforzando el principio de jerarquía, como armonizador de formas «locales» de sociabilidad y convivencia. En este marco aparecen esos procedimientos viciados, como la figura del fiscal eclesiástico, parte del sistema que mantenía la «ficción de imparcialidad del juez y del equilibrio entre las partes», o como los abusos movidos por la codicia, que suscita el parecer rotundo del autor: «los delitos existían, en alguna medida, para mantener el funcionamiento de los tribunales eclesiásticos», sobre todo cuando proyectaban su alargada sombra sobre los seglares, sometidos a una suerte de «presunción de culpabilidad». Sin llegar a veces al delito, se detecta una praxis asumida con naturalidad, «casos donde el favor puede entrar si ofensa de la justicia» y, por supuesto, el ocultamiento de delitos clericales o el carácter secreto de las informaciones más escabrosas, el acaparamiento de atribuciones (frente a la justicia real, por ejemplo, a la que se afeaban los recursos por «vía de fuerza»), la dilación interesada de los pleitos, la insistencia en los legados de los fieles para mandas pías (en teoría un quinto de la herencia) incluso procediendo a embargos, los proverbiales cohechos y vejaciones alguacilescos, la voracidad de arrendatarios de rentas eclesiásticas o el excesivo cobro de derechos de los visitadores. Males, desde luego, que comparte la justicia eclesiástica con otras jurisdicciones del momento; renglones torcidos de la benefactora providencia

divina. Porque sus ministros eran a la vez tremendamente humanos, «negociantes y auténticos hombres de mundo».

Por supuesto, aquel no era un mundo de blanco y negro, de arriba y abajo, pero el discurso oficial aviva esa disyuntiva, de modo que con los controles que se quiera, incluidas las temidas visitas de residencia, los agentes de la justicia de la Iglesia solían tener las manos libres para actuar a su arbitrio, sólo frenados por escrúpulos de conciencia. Y ciertamente la mayor parte de los jueces eclesiásticos debieron ser personas escrupulosas, teñidas de una implícita «calidad moral», aunque si no lo eran tampoco pagaban por ello un alto precio. Estamos, en suma, ante un concienzudo estudio que nos permite tomar el pulso a las investigaciones actuales sobre historia de la Iglesia, en especial de la aún escasamente transitada justicia eclesiástica.

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz
Universidad de Granada

GIMÉNEZ LÓPEZ, E. (2021). *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*. Alicante: Publicacions Universitat d'Alacant, 222 pp. ISBN: 978-84-9717-766-5.

Enrique Giménez López es, sin lugar a dudas, uno de los más reputados especialistas en lo que concierne a la expulsión de la Compañía de Jesús por Carlos III. Destacando, entre otras cosas, por la especial atención que ha venido dedicando, en diversos trabajos de gran altura científica, al destino y peripecia vital de algunos de los exiliados jesuitas más prominentes. Uno de ellos, el protagonista de la obra que nos ocupa, fue el padre alicantino Juan Andrés (1740-1817), amigo y pariente de Gregorio Mayans y, en su momento, profesor de Retórica en Gandía. Un personaje apasionante y lleno de matices; caracterizado por la agudeza de análisis y la amplitud de inquietudes intelectuales, reflejadas ambas en una imponente obra escrita; y por su evidente apertura de mente, que le hizo interesarse por el mundo de las ciencias experimentales y sumergirse de lleno en las corrientes culturales más innovadoras del convulso momento histórico que le tocó vivir.

Nos encontramos, pues, ante el relato de la vida y trayectoria de uno de los jesuitas españoles más sobresalientes de su generación, representante eminente de cierta corriente jesuítica partidaria de introducirse en los ambientes ilustrados con el fin de cristianizarlos. Alguien que, además, experimentó un rápido proceso de adaptación al ámbito cultural de la Italia de la segunda mitad del siglo XVIII, su hogar de adopción. En sus páginas, Enrique Giménez nos presenta a su protagonista como un erudito neoclásico; como un hombre que llegó a convertirse en una figura intelectual de prestigio durante su exilio; como un estudioso que supo imbuirse de los nuevos métodos científicos del racionalismo para aplicarlos a la crítica literaria y a una moderna Historia de la Literatura; y como un autor de primera magnitud, cuya obra fue muy reconocida en toda Europa.

El profesor Giménez estructura su trabajo a partir de siete capítulos. Dedica el primero de ellos a un argumento siempre sugestivo: el análisis de las complejas relaciones que se establecieron entre la Compañía de Jesús y la Ilustración. En el marco de las mismas, se trae a colación la incomodidad manifestada por el instituto ignaciano, a lo largo del Setecientos, ante determinados avances científicos; y, sobre todo, ante las potentes tendencias secularizadoras y defensoras de la libertad de pensamiento de que hacía gala el racionalismo imperante. Los ilustrados, por su parte —aun reconociendo la valía de determinados jesuitas a título individual—, a menudo percibieron a la Compañía como la gran defensora del fanatismo y un obstáculo para la renovación cultural que tanto anhelaban. Un panorama ciertamente contradictorio. Sobre todo porque, tras las distintas expulsiones de la Compañía de los estados católicos europeos y la posterior disolución de la Orden por Clemente XIV en 1773, muchos ex jesuitas terminaron por acercarse a la

cultura ilustrada, llegando a participar en algunos de sus principales proyectos.

El segundo capítulo del libro se centra, de modo particular, en la contextualización de la figura de Juan Andrés. Tras ingresar en la Compañía en 1754, se formó en diversos colegios valencianos y catalanes, comenzando muy joven a enseñar en Gandía. El jesuita salió de España con el resto de sus compañeros de Orden en 1767, debiendo afrontar junto a ellos el dramático periplo que los llevó hacia Córcega y, posteriormente, hasta los Estados Pontificios. En Italia, el jesuita alicantino publicó sus primeros trabajos, introduciéndose paulatinamente en los ambientes intelectuales más brillantes de la época y consagrándose en ellos gracias a su obra *Dell'Origine, progressi e estato attuale d'ogni Letteratura*. Un ambicioso esfuerzo erudito por sistematizar la evolución de la Literatura —incluyendo la Historia, la Poesía, las Ciencias experimentales o las Ciencias Eclesiásticas— desde sus orígenes más remotos hasta su presente inmediato. Es de destacar, en este sentido, que dicha obra, de un calibre verdaderamente enciclopédico, tuvo un gran impacto en Europa, siendo muchas veces reeditada durante el siglo XIX.

Con el tercer capítulo comenzamos a recorrer la experiencia del padre Andrés en diversos territorios italianos, empezando por la Bolonia papal. Una capital —en la que se concentraron muchos jesuitas hispanos— que se constituía como un centro cultural de primer orden gracias a la labor del Istituto delle Scienze. Juan Andrés conoció sobradamente el ambiente intelectual boloñés, cuya apuesta científica y didáctica entendía a la manera de un ejemplo que bien pudiera llegar a imitarse en España. El cuarto capítulo está centrado en la posterior vivencia de Juan Andrés en Toscana, donde investigó en las colecciones diplomáticas, bibliotecarias y de manuscritos de los grandes duques. En especial, llamaron poderosamente su atención los fondos de las bibliotecas Magliabechiana y Laurenziana; las Universidades de Pisa y Florencia; y diversas academias y centros científicos privados dedicados a estudiar Física, Química, Astronomía, Matemáticas o Medicina, visitando el padre Andrés a importantes académicos y naturalistas del momento.

El capítulo quinto aborda la profunda influencia que ejerció, sobre Juan Andrés, su estancia en la Ciudad Eterna. Una Roma cosmopolita y presidida por la exaltación de la Antigüedad, lo que se expresaba en la renovación del interés arqueológico por sus ruinas, en el nuevo gusto Neoclásico y en el desprecio a la estética del Barroco. Siempre apasionado por la cultura, Andrés recorrió museos y bibliotecas, tratando con afamados eruditos y reencontrándose con antiguos compañeros jesuitas. Visitó los monumentos principales, las grandes basílicas y las colecciones privadas, reseñando los *capolavori* que albergaban y dando siempre muestras de una fina sensibilidad artística. Siguiendo, al menos en parte, la senda de las opiniones estéticas del célebre anticuario Johann Joachim Winckelmann, Juan Andrés se mostraba

partidario del orden y la sistematización cronológica de las obras maestras, fueran artísticas o, en su caso concreto, literarias. Como erudito, visitó muchas bibliotecas romanas, lamentando su poca accesibilidad y su rigidez normativa. En el sexto capítulo, Giménez se centra en la estancia napolitana de un Juan Andrés asombrado por el bullicio de la ciudad y el pintoresquismo de su ubicación privilegiada. Como en todos los lugares que recorría, el antiguo jesuita otorgó una atención especial a las bibliotecas de iglesias, instituciones religiosas, centros educativos y particulares. Acudió, igualmente, a Pompeya y Herculano, así como a los museos en los que se exponían sus espléndidos hallazgos arqueológicos, claves para entender las nuevas formas estéticas en boga durante los siglos XVIII y XIX.

La obra que nos ocupa culmina con un capítulo que repasa los últimos años de vida de Juan Andrés. Impactado, como no podía ser de otro modo, por el estallido de la Revolución Francesa de 1789, trató de entender el proceso de la mano de algunos de sus conocidos que lo estaban viviendo *in situ*. La ejecución de los reyes de Francia en 1793 le horrorizó sobremanera, hasta el punto de considerar diabólicos a los revolucionarios galos, suspirando por su aplastamiento decidido por las potencias europeas. La irrupción de las tropas de Napoleón en Italia en 1796 hizo que el jesuita alicantino tuviera que abandonar su residencia habitual en Mantua, moviéndose por distintas capitales italianas. Cuando en 1797 el gobierno español permitió volver a los jesuitas bajo ciertas condiciones, Juan Andrés sintió serias dudas acerca de la conveniencia o no de regresar a España. A la postre nunca volvió a su patria, trabajando entre 1800 y 1804 como bibliotecario mayor del ducado de Parma y reanudando sus lazos con otros antiguos jesuitas, que comenzaban a reorganizar la Compañía de Jesús reabriendo noviciados y colegios en Italia. Nombrado prefecto de la Biblioteca Real napolitana, en 1806 tuvo que sufrir la nueva abolición del instituto ignaciano en el reino partenopeo por su entonces soberano, José Bonaparte. Juan Andrés padeció con inquietud y desconcierto la invasión de España por las tropas francesas en 1808, de la que era informado mediante la correspondencia que mantenía con familiares y amigos. Cada vez más incapacitado por su edad y estado de salud, falleció en Roma en 1817, habiendo podido vivir la restauración de la Compañía de Jesús por Pío VII en 1814.

Por todo lo dicho nos encontramos, en definitiva, ante un volumen más que interesante y de consulta utilísima para todo aquél que intente comprender la Europa ilustrada del siglo XVIII, la evolución de sus ambientes culturales y el impacto de los acontecimientos políticos sobre los mismos. Un libro que, sirviéndose como medio de la mirada privilegiada de Juan Andrés, consigue mostrar al lector un sugestivo fresco del mundo del saber y de las mutaciones científicas, artísticas y políticas que se produjeron entre los siglos XVIII y XIX. Ante una obra de lectura amena, pero sustentada sobre un contundente aparato crítico, que proporciona a

quien a ella se acerca la instantánea de lo que fue una auténtica *república del saber* dieciochesca, caracterizada por la ruptura de fronteras y que aspiraba a difundir el conocimiento con mayúsculas entre los sectores más cultivados de las sociedades occidentales de la época. Ante un trabajo que, para terminar, tiene la gran virtud de contribuir decididamente a la recuperación, para la memoria científica española, de una figura tan destacada, interesante y de inquietudes tan enciclopédicas como la del padre Juan Andrés, lo que hace su lectura más que recomendable.

Julián J. Lozano Navarro
Universidad de Granada

GARCÍA CÁRCEL, R. y SERRANO, E. (eds.) (2021). *Historia de la tolerancia en España*. Madrid: Cátedra, 421 pp., ISBN: 978-84-376-4258-1.

Esta importante obra colectiva ofrece continuidad a una temática que ha suscitado el interés de la historiografía más reciente. Es producto del Seminario ToleranciaS, que durante casi una década ha desarrollado un activo proyecto coordinado del Plan Estatal de I+D+i del Gobierno de España, celebrando una docena de sesiones de trabajo en diversas universidades y el CSIC. Este proyecto ha generado diversas publicaciones, entre las cuales sendos dosieres monográficos en las revistas *Hispania* y *Studia Historica. Historia Moderna* y el volumen que ahora reseñamos, un libro coral en el que un total de diecinueve autores nos ofrecen, a través de veinte trabajos encadenados, una mirada poliédrica sobre la tolerancia en España en un amplio arco temporal que se extiende entre la Edad Media y la Contemporánea, aunque con una especial atención a los siglos modernos.

Después de la pertinente presentación, el libro se abre con un estudio introductorio en el que los dos coordinadores de la obra profundizan en el concepto de tolerancia, equivalente en su origen al de tolerancia religiosa, y cuestionan la tópica identificación de España con la intolerancia y la Inquisición, recordando que ni una ni otra fueron privativas de nuestro país. García Cárcel y Serrano Martín espigan diversos ejemplos de tolerancia y defienden que en la España moderna existió un pensamiento alternativo que la reivindicó frente a la intransigencia. Los autores llevan su análisis hasta la época contemporánea y constatan la polisemia del término tolerancia, señalando que, junto al binomio tolerancia religiosa-libertad de conciencia, existe una visión negativa de la tolerancia que la identifica con debilidad. Asimismo, apuntan que la tolerancia ha degenerado en el relativismo ultraliberal, que representa la imposición a ultranza del pragmatismo sobre los valores morales.

Francisco Martínez Hoyos reexamina en el capítulo que firma el tópico de la tolerancia de la España medieval para proponer una visión más matizada de la coexistencia de las tres religiones: la islámica, la cristiana y la hebraica. Así, en la España musulmana alternaron períodos más tolerantes con otros de mayor intransigencia, como fueron el almorávide o el almohade. Por contra, se constatan actitudes de tolerancia en la España cristiana (uno de cuyos símbolos es la Escuela de Traductores de Toledo) que ponen en tela de juicio persistentes clisés y nos advierten de que la generosidad con el diferente no está reñida con el conflicto.

En una línea coincidente, James S. Amelang incide en la existencia de márgenes más o menos amplios de tolerancia en la sociedad moderna en relación con los judeoconversos. Estos sufrieron un proceso silencioso de asimilación que condujo a un conveniente «olvido estratégico». Amelang nos previene sobre el riesgo de confundir política y ley con realidad: por más que la postura oficial

fue belicosa contra los judeoconversos, en las bases de la sociedad y la cultura españolas la tolerancia fue mucho mayor de lo que se da por sentado.

Por su parte, Ricardo García Cárcel constata la diversidad de las corrientes erasmistas y analiza las diferencias entre Erasmo, Moro y Vives, tres figuras tenidas como representativas de la tolerancia europea en las primeras décadas del siglo XVI. Pertenecientes a generaciones distintas, García Cárcel analiza sus respectivos perfiles intelectuales y se pregunta sobre si fueron realmente pioneros de la tolerancia. De su análisis matizado emergen el antisemitismo de Erasmo, las diferentes actitudes de los tres humanistas ante el cisma anglicano, el pronunciamiento que protagonizaron contra Lutero y sus posiciones respecto a la tolerancia social.

Con una propuesta complementaria, Eliseo Serrano se ocupa de la controversia entre Servet y Calvino. En el cruce de palabras inflamadas entre ambos constata cómo brotan en Servet ideas de tolerancia religiosa y defensa de la libertad de conciencia, algo radicalmente opuesto a su condena a muerte, deplorada por Castellio, quien defendió a su vez la dignidad de las diversas confesiones y la tolerancia. Indaga también este autor en las influencias de los alumbrados sobre Servet, en su antirromanismo y en sus afinidades con el anabaptismo y con los pensadores de la Reforma radical. Analiza sus doctrinas y el rechazo que suscitaron en el campo católico y, sobre todo, en el protestante. El estudio define la figura de Servet como un espíritu libre que colisionó con teólogos y pensadores evangélicos, luteranos y católicos.

Desde una óptica diferente de análisis, Gregorio Colás profundiza en las diferencias entre el absolutismo y el pactismo (o constitucionalismo feudal), a partir del modelo político aragonés. El pacto entre rey y reino implicaba el reconocimiento del otro, aun cuando los intereses respectivos pudieran ser antagónicos, lo que conllevaba un principio de tolerancia política y la necesidad de contar con el otro en beneficio del bien general. Frente a una visión sólidamente establecida que presenta a los Austrias españoles como monarcas respetuosos con el constitucionalismo aragonés, Gregorio Colás ilustra la realidad del absolutismo real y del desprecio hacia los fueros como un sistema que sostenía privilegios.

Trevor J. Dadson estudia la persistencia del Islam entre los moriscos, a pesar de los esfuerzos oficiales por lograr su asimilación. El criptoislamismo tuvo más presencia en aquellas áreas, como el reino de Granada, donde el poder musulmán alcanzó mayor duración, mientras que, en otras como Castilla, Extremadura o Murcia, la prolongada convivencia de cristianos y mudéjares dio lugar a creencias sincréticas y a formas de coexistencia religiosa que garantizaban una tolerancia relativa. Por otro lado, el contacto cotidiano con la mayoría cristiana produjo formas de aculturación de la población mudéjar y morisca, afectando a su identidad, a veces doble, española y musulmana.

La tolerancia en tanto que forma de resistencia popular frente al disciplinamiento social centra el capítulo firmado por Manuel Peña Díaz, quien sostiene que los esfuerzos de disciplinamiento desplegados por el poder político y religioso no excluyeron manifestaciones de resistencia ni evitaron las transgresiones, más frecuentes que excepcionales. En tal sentido, existieron múltiples formas de resistencia, tolerancia y negociación de la realidad cotidiana. Se constatan así «numerosas ocasiones tácticas de resistencias colectivas e individuales que buscaban la supervivencia de la comunidad rural o urbana frente a las exigencias o coerciones de los poderosos». La negociación permanente de la realidad en procesos bidireccionales (de arriba abajo y de abajo arriba) cobra de este modo importancia en el análisis de las tolerancias cotidianas y abre nuevas perspectivas alternativas al discurso dominante del disciplinamiento.

En un trabajo que aporta también un enfoque rompedor, Esther M. Villegas cuestiona que existiera de una falta de tolerancia de género en el campo literario de la primera modernidad. A través del análisis de autoras como Ana Caro Mallén o María de Zayas, analiza el papel de las mujeres en la República literaria, dejando constancia de su afán de distinción social y lucro al situarse dentro de la producción textual más comercial de la época. De este modo concluye que, en un momento en que la literatura se había convertido en un bien de mercado y escribir en profesión, el papel de las mujeres en la República literaria se intensificó, lo que demuestra un nivel de tolerancia de género en la literatura áurea hispánica mucho mayor que el hasta ahora reconocido.

Con una interesante incursión en el universo misional, José Luis Betrán Moya explica cómo el descubrimiento de nuevos mundos en la primera modernidad generó en la conciencia europea las primeras reflexiones sobre la alteridad. El afán de convertir a los naturales de las tierras conquistadas se concretó en la labor de los misioneros, que protagonizaron un intento de negociación cultural con los indígenas y trataron de atraerlos al cristianismo por la vía pacífica de la conversión y no de la coerción. Los misioneros se erigieron en protectores de los indígenas frente a los abusos coloniales y propiciaron debates que promovieron en el pensamiento europeo una atmósfera de relativismo cultural que coadyuvaría a fundamentar las primeras formulaciones sobre la tolerancia.

Rosa M.ª Alabrús plantea el alcance y los límites de la tolerancia ante brujas y visionarias. Esta autora constata el menor impacto de la persecución de brujas en España que en otros países de Europa y plantea la tensión entre la tolerancia escéptica y la intolerancia creyente en las brujas, ilustrando su exposición con diversos casos relativos a la Inquisición catalana. En la segunda parte de su trabajo aborda el problema del mundo visionario femenino de beatas y monjas, constatando que el Santo Oficio fue bastante flexible a la hora de procesar a las religiosas visionarias, aunque la condena del quietismo extremaría los recelos de los tratadistas contra ellas. Rosa M.ª Alabrús concluye afirmando

que las visionarias gozaron en general de una mayor tolerancia que las brujas.

También en el universo de los establecimientos religiosos, Ángela Atienza parte de la realidad de los conventos femeninos como un espacio de diversidad en el que convivían realidades, personas y sensibilidades diferentes. En este contexto, estudia la figura de la carmelita María de San José, autora de «uno de los tratados de tolerancia más pulcros y brillantes salidos de una pluma femenina en el siglo XVI». Se trata de un texto inspirado en el humanismo cristiano, en el que la recomendación de tolerancia a priores y prelados se orienta a garantizar la paz conventual y la gobernabilidad de la comunidad. Este objetivo la llevará al reconocimiento de la diversidad y a aconsejar medir las acciones y aplicar el sentido común y la prudencia. El estudio se completa con una exposición de la experiencia vital de María de San José y con un elogio de su firme voluntad de no callar frente a las ofensas y afrentas que recibió en su defensa de la herencia teresiana.

María Victoria López-Cordón realiza un pormenorizado estudio de la recepción del tacitismo en España, una corriente en la que resalta la defensa de las virtudes políticas de la prudencia y la disimulación frente a la razón de estado maquiavélica. Con este fin, se detiene en la labor de traductores y comentaristas como Sueyro, Álamos de Barrientos o Coloma. A renglón seguido, se centra en la figura de Saavedra Fajardo, como uno de los más destacados representantes del tacitismo hispano y uno de los mejores cultivadores de la literatura emblemática, en la línea de Alciato. Finalmente, esta autora indaga en la trayectoria de la tolerancia desde Tácito a Saavedra, incidiendo en figuras como Lipsio, difusor del tacitismo, quien trató de resolver el dilema entre los principios morales y las prácticas políticas, haciendo de la tolerancia un instrumento de pacificación de los conflictos religiosos de su tiempo.

Adentrándose ya en los umbrales del siglo XVIII, Joaquim Albareda analiza las voces críticas que pusieron a prueba la tolerancia de los monarcas durante la Guerra de Sucesión española. Así, los alegatos antibelicistas de Fénelon o Saint-Pierre frente a la política de Luis XIV, las posturas críticas respecto a las directrices del gobierno de Felipe V sostenidas por Portocarrero y el Consejo de Estado, las reacciones contrarias a la supresión de los fueros aragoneses y valencianos, la conspiración del duque de Orleans, la constitución del partido español o la tolerancia mostrada por Francisco Atmeller en la elaboración de la Nueva Planta catalana.

En tiempos de Jovellanos, el término tolerancia equivalía a una virtud (capacidad de sufrimiento y aguante) y, a la vez, a un defecto (permisividad). Manuel J. de Lara Ródenas analiza el uso oscilante de este concepto en la obra de este ilustrado, un hombre a la vez conservador y dialogante, y examina sus posiciones a favor de la tolerancia y la libertad de conciencia en materia de justicia y en sus posiciones reformistas frente a la Inquisición y a favor de la libertad de imprenta, desde una postura siempre de prudencia y moderación. Aunque Jovellanos es tenido por una víctima de absolutismo y

el fanatismo de su tiempo, Lara Ródenas nos recuerda que el ambiente intelectual de la España ilustrada no fue tan monolítico y dejó ciertos márgenes a la tolerancia que orillaban la presión de la censura oficial.

Por su parte, Antonio Moliner Prada analiza la figura y el pensamiento de Blanco White como iniciador de la tradición moderada del liberalismo español. Anglófilo convencido, Blanco White apostó por el modelo de monarquía parlamentaria y por conciliar las dos Españas, buscando una vía intermedia entre la liberal y la reaccionaria. Para ello propugnó la necesidad de la tolerancia y el respeto a la libertad. El estudio de Moliner Prada propone un interesante recorrido por la trayectoria y el pensamiento de este complejo y a veces contradictorio representante del primer liberalismo español.

Manuel Suárez Cortina analiza la evolución de la tolerancia en la España decimonónica a través del tratamiento de la cuestión religiosa en los diferentes textos constitucionales. Si en el primer constitucionalismo el catolicismo se reafirmó como la religión única y oficial del Estado, la segunda etapa de la revolución liberal asistiría a disputas entre intolerancia y tolerancia. La Revolución Gloriosa supondría el establecimiento de la libertad religiosa y de cultos en la Constitución de 1869. Sin embargo, la Restauración borbónica representó un retroceso, acompañado del intento, plasmado en la Constitución de 1876, de implantar una solución híbrida basada en la transacción entre el liberalismo y la tradición católica.

En la misma línea de evolución lógica, Gonzalo Capellán estudia la actitud del krausismo español ante el problema religioso. La denominada cuestión religiosa adquirió un rango central en la España contemporánea, dividiendo entre sí a los partidarios del catolicismo intransigente y aquellos que, como respuesta al dogmatismo intolerante, incurrieron en un fanatismo de signo opuesto. Entre unos y otros, el krausoinstitucionismo predicó la libertad de pensamiento, de cultos y creencias, reivindicando la convivencia pacífica y defendiendo postulados de tolerancia positiva y neutralidad. En tal sentido, una figura como Sanz del Río ejerció una marcada influencia.

Por su parte, Miguel Escudero analiza el pensamiento de Julián Marías como símbolo de tolerancia a través de las sucesivas etapas de la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición democrática. Julián Marías deploró la extensión de la intolerancia en una España polarizada en extremo y vio en la República un régimen de libertad y convivencia. Sufrió la barbarie de la guerra como un fracaso desalentador, vivió la dictadura como un exilio interior y celebró la transición a la democracia al tiempo que propugnaba una actitud moderada y cívica como camino hacia la libertad.

Finalmente, este extenso recorrido por la evolución de la tolerancia en España incluye una sugerente reflexión de Roberto Fernández que parte de la

consideración de la tolerancia como un valor moral que presupone el reconocimiento de la alteridad y la pluralidad. Este autor profundiza en la tolerancia de la razón científica como virtud intelectual y llama la atención sobre la alarmante falta de tolerancia que se vive en algunos campus universitarios, para concluir que la democracia representativa requiere de la tolerancia mientras que el totalitarismo la repudia.

En suma, una obra oportuna y necesaria, en tanto que reflexión colectiva a partir de la matriz compartida de la Historia Cultural y por cuanto la posmodernidad, con su correlato del pensamiento líquido, ha llevado a cabo una tarea de deconstrucción demoledora de los fundamentos ilustrados de la cultura occidental que amenaza la conquista histórica de la tolerancia en el mundo actual y tiñe el futuro de preocupantes presagios.

Juan José Iglesias Rodríguez
Universidad de Sevilla

LLORENTE ARRIBAS, E. (2021). *La casa y el Imperio. Globalización y hegemonía local de la oligarquía vizcaína altomoderna*. Bilbao: UPV-EHU, 596 pp. ISBN: 978-84-1319-285-7.

El panorama historiográfico modernista del País Vasco se ha ido ampliando en los últimos tiempos gracias a los trabajos de jóvenes investigadores que culminan con éxito sus tesis doctorales, cuyos textos son publicados a través de una muy bien cuidada edición del Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Es el caso de este sólido trabajo de investigación original de Elena Llorente Arribas, cuyo marco metodológico y encuadre historiográfico general se pone de manifiesto a través del título de la obra y se argumenta en la propia introducción: una nueva historia global, muy en boga en el ámbito modernista y entre los estudiosos de los imperios ibéricos que, en realidad, no aspira alcanzar ningún conocimiento de dimensión global, como reconoce la propia autora, aunque sí se aplica a experiencias históricas de enfoques globales. El trabajo se circunscribe más bien en la línea de las historias conectadas, en las que se analizan relaciones de transferencias e influencias a través del estudio de las conexiones entre diversos actores sociales. En particular, la investigación pone el acento en el análisis y la reflexión sobre el proceso dinámico de construcción de grupos oligárquicos en el Señorío de Bizkaia (Vizcaya), cuyo principal elemento común era contar con una base económica forjada en el comercio del hierro y la lana. El trabajo analiza la evolución de quince linajes en cuatro villas mercantiles del Señorío (Portugalete, Lekeitio, Bilbao y Elorrio), en el arco de un espacio amplio, y su adaptación a los cambios planteados en una ancha cronología que se extiende desde el siglo XVI hasta principios del siglo XVIII. De hecho, uno de los grandes méritos del trabajo es la utilización de una perspectiva temporal extensa, que rompe las barreras tradicionales de los estudios históricos y que conlleva sus propias dificultades a causa de la existencia de importantes carencias historiográficas sobre el caso vasco en los reinados de Carlos II y Felipe V. Como la autora apunta, se trata de una investigación de historia social con vocación de globalidad ya que estudia procesos de promoción social ascendente y descendente, provocados como consecuencia de la interacción entre espacios locales y globales, que abarcan desde el marco local vizcaíno hasta su proyección atlántica en el imperio hispánico, consecuencia de la participación activa de esos vascos en el comercio a gran escala desde la segunda mitad del siglo XVI. Este estudio permite realizar una reflexión sobre los procesos de cambio y permanencia a corto, medio y largo plazo, lo que constituye otro de los principales aciertos de esta investigación planteando, además, en todo momento una correcta comprensión sobre el funcionamiento del Antiguo Régimen, al atenderlo en el contexto explicativo a la operatividad de una monarquía negociada, sustentada en el intercambio de favores, de información y de bienes (capítulo 5).

Con un estilo narrativo y gran madurez expositiva y argumental que

facilita su lectura y comprensión, el libro se articula en dos grandes bloques temáticos, el primero integrado por tres capítulos y el segundo por cuatro capítulos. En el primer capítulo, con sólidos apoyos bibliográficos de base, la Dra. Llorente estudia la evolución de dos modelos de élites mercantiles, ambas con fuertes posiciones simultáneas en el ejército y la administración. La autora se retrotrae, primero, al proceso de conformación de dichas oligarquías locales a través de la convergencia con las antiguas élites medievales y enmarca, después, dicho proceso en una dinámica de consolidación simultánea de singularidades forales, articuladas en torno a la hidalguía universal y al servicio real, que ofrecieron amplias oportunidades en esos espacios propios de la primera globalización, en particular en un largo siglo XVI. Las alternativas divergentes planteadas por los distintos linajes vizcaínos analizados ante la contracción económica y la reestructuración del comercio a partir de 1640 están muy bien argumentadas en el trabajo, a través de la presentación detallada de los casos de abandono de algunas familias de las redes de comercio internacional, que fueron sustituidas por un retorno al foco local y por una nueva reorientación económica, asimismo, hacia actividades más rentables y menos arriesgadas, como eran el comercio americano bajo control hispánico y la demanda regia de navíos para la Armada.

El segundo capítulo se centra en una cronología escasamente transitada por la historiografía vasca: el difícil reinado de Carlos II, la guerra de sucesión y la llegada al trono de Felipe V con el establecimiento de la nueva casa de Borbón. Aquí se hacen más visibles e intensos los procesos de ascensos y retrocesos sociales entre las diversas oligarquías vizcaínas estudiadas, lo que lleva a la autora a distinguir y definir la presencia de tres modelos evolutivos en ese momento final del siglo XVII e inicios del XVIII: un modelo que se fue consolidando económica y socialmente a través de las actividades comerciales de largo recorrido y de un exitoso *cursus honorum* en la administración; un segundo que optó por reemplazar el gran comercio por el servicio en la administración y el ejercicio de oficios públicos, ya en la segunda mitad del siglo XVII y, un tercer modelo que, finalmente, abandona el comercio de amplio radio y se centra en el menos arriesgado —y también menos lucrativo— comercio local. Además, fue el momento en el que se intensificó la orientación militar y administrativa de algunos miembros de estos linajes, lo que hizo que las vías de promoción prioritaria se desarrollaran a través de exitosas carreras militares y de la participación en gobiernos coloniales. Por último, los fenómenos de reinversión de los beneficios obtenidos en el gran comercio por esos linajes centran el tercer capítulo, que se ocupa de la íntima relación existente entre el capital mercantil y las economías rentistas, que se beneficiaron de la institución del mayorazgo para cohesionar la riqueza invirtiendo, con visión de futuro, en casas, campos, censos e, igualmente, libros y obras de arte, lo que contribuyó a consolidar las posiciones de esas familias en el espacio más próximo.

De nuevo ya centrado en el ámbito local, la segunda parte del trabajo expone de manera tan extensa como la primera, a lo largo de cuatro capítulos, las alianzas tejidas en el seno de cada linaje para conseguir el fortalecimiento de los mismos y su expansión económica, en particular de base mercantil. El papel de la confianza, la amistad, el honor, la reputación, el parentesco espiritual así como las prácticas de endogamia, exogamia e hipergamia, por ejemplo, permiten presentar y valorar los procesos de promoción social que favorecieron, de hecho, la construcción de hegemonías en las comunidades locales vizcaínas. La vinculación entre el solar y la casa, ambas insertas en la comunidad y la provincia, era deudora de la operatividad de los vínculos de vecindad y paisanaje que son estudiados asimismo por la Dra. Llorente. En este mismo entorno local, se circunscriben los restantes capítulos del trabajo que se centran, en especial, en los mecanismos de acceso al poder local y provincial y el mantenimiento de los procesos de oligarquización a lo largo de todo el período cronológico objeto de análisis. El estudio de las tensiones y conflictos por la conservación de estas hegemonías es analizado extensamente a través de casos específicos de estudio, como son la lucha por los patronatos laicos o el control del contrabando, mientras que el último capítulo se ocupa de la conformación de una identidad común en esas oligarquías cambiantes vizcaínas, con continuos retornos y reintegraciones en las comunidades originarias.

La investigación cuenta con el aparato formal propio y característico de sólidas investigaciones, como son las tesis doctorales en Historia y, en particular, en Historia Moderna. Este trabajo utiliza una variedad importante de fuentes, localizadas en archivos públicos y privados, algunas todavía escasamente explotadas en los estudios históricos de época moderna, como son las fuentes epistolares. Se ha incluido un práctico índice de cuadros y extensos apéndices que serán de gran utilidad, sin duda, para los investigadores que acudan a las fuentes originales de este trabajo. Destacan los prácticos y ricos —en información— árboles genealógicos (descargables además en pdf) y las tablas de cargos políticos, militares, administrativos y eclesiásticos de las comunidades locales analizadas, así como el apéndice final con inventarios de bienes muebles e inmuebles, que permite un acercamiento directo a la cultura material de estas élites. De su consulta se puede apreciar el laborioso, intenso y largo trabajo llevado a cabo por la autora.

En definitiva, la investigación aborda una temática original que pretende aportar una dimensión global al estudio planteado, analizando las diferentes dinámicas que enmarcaron la construcción de un grupo seleccionado de oligarquías vizcaínas, cuya primera base económica se basó en el comercio de medio y largo radio, atendiendo no solo a los éxitos sino también a los fracasos y abandonos, que conllevaron procesos de movilidad y adaptación a las realidades cambiantes en las que no son ajenas las causas sociales, políticas, culturales, además de las económicas.

Dichos procesos son analizados, al mismo tiempo, a través de las conexiones existentes dentro del vasto imperio ibérico de los Habsburgo y los Borbones. La Dra. Llorente realiza una interesante interacción entre perspectivas micro y macro aplicada al análisis concreto de un objeto de estudio muy bien focalizado: el de un reducido grupo de linajes mercantiles de cuatro villas, que son analizados a lo largo de más de dos siglos en espacios no solo locales y peninsulares sino también en marcos más amplios que alcanzan el espacio americano, estudiándose los impactos, influencias y conexiones mutuas en cada uno de esos escenarios. Dicha perspectiva es muy sugerente y novedosa y no ha sido aplicada, hasta el momento, de manera empírica en los trabajos históricos de la época moderna. Además, el estudio de los procesos de movilidad social en la élite apunta los flujos de expansión hacia ese espacio imperial y, de manera más monográfica, valora las experiencias de retorno a la propia comunidad originaria. La focalización del análisis no solo en centros mercantiles de diferente radio sino en quince apellidos y linajes que cuentan, en su mayoría, con estudios previos, facilitan la consecución de objetivos más ambiciosos que alcanzan perspectivas de estudio y cronologías de análisis muy amplias. Finalmente, a lo largo del trabajo se conceptualiza y teoriza sobre la existencia de varios modelos de oligarquías dominantes en el ámbito vizcaíno, unos exitosos, otros fracasados —ambos en términos relativos—. Esta teorización permitirá, sin duda, continuar avanzando en el conocimiento y posibilitará la realización de interesantes estudios comparados en el espacio vizcaíno o vasco en general, y también en contraste con otros grupos mercantiles de la época moderna.

Susana Truchuelo
Universidad de Cantabria

SOLBES FERRI, S. y CASTILLO HIDALGO, D. (2022). *La diferencia insular. El modelo fiscal de Canarias en perspectiva histórica. El Antiguo Régimen: La real Hacienda y el proceso de construcción del estado, circa 1500-1845*. Valencia: Tirant lo Blanch. ISBN: 978-84-1397-979-3.

Se trata de una obra importante y necesaria para entender la historia de Canarias y por ende de una parte de la Corona española.

Publicado en una editorial prestigiosa y rigurosa, situada en el primer puesto en cuanto a impacto académico de las humanidades. Presenta 27 cuadros explicativos elaborados por los autores y 9 documentos en Anexos. Apoyado en más de 240 libros científicos, además, de 8 libros que son de autores de la época objeto de estudio y que forman parte de las fuentes primarias, así como diversos legajos de archivos, especialmente en el Archivo General de Simancas.

Además, cuenta con un prólogo brillante de Francisco Comín, gran especialista de la historia de la hacienda española, que con su magisterio coloca perfectamente la experiencia previa de los autores y los datos esenciales del objeto de estudio.

Aquí se desvelan desde sus inicios las características fiscales del archipiélago que han condicionado la historia de las islas en su conjunto y de cada una de ellas con sus diferencias en este tema cuyas consecuencias perviven en la actualidad.

La historia de la fiscalidad en Canarias y sus relaciones con la Corona y privilegios que se establecen en el inicio de la colonización castellana, fue tratada desde hace bastante tiempo, los primeros trabajos de Serra Ráfols, Rosa OIivera, Aznar Vallejo Peraza de Ayala, Rumeu de Armas, a los que siguieron Bethencourt Massieu y Morales Padrón; y la historiografía más reciente con Antonio M. Bernal, Aznar Vallejo, Antonio Macías y Miranda Calderín, han significado una aportación importante, pero en los trabajos de Sergio Solbes han incidido y ordenado más el estado de la cuestión, que con este libro elaborado por este autor y Daniel Castillo, nos parece que se da un paso importante en ese desarrollo en consonancia con los trabajos más avanzados que existen para otras áreas de España.

Queda bien reflejado que la insularidad es un elemento clave en estos territorios, definitorio y sus características constituyen una estructura en la historia de Canarias. Las islas tienen características particulares por su propia naturaleza, las islas del Atlántico Medio jugaron un papel importante en la formación del moderno sistema económico mundial desde fines del siglo XV. Este libro habla, acertadamente, de «la diferencia insular» en materia fiscal. La insularidad, como puerta en el Atlántico, determinó el modelo económico y fiscal. Como señaló Braudel, con acierto, las islas unían partes continentales y muchas veces estaban menos aisladas que algunas regiones continentales, en Canarias va a ser clave su posición geoestratégica.

El marco cronológico es el Antiguo Régimen en sentido extenso, nos

parece valiente que se adentra en lo que podemos considerar periodo liberal al llegar hasta 1845, con el propósito de exponer la evolución hacia la contemporaneidad y la configuración del Estado liberal.

Es un libro que aporta conocimiento a la historia de España desde la historia regional, bien contextualizada en el marco de la Monarquía hispana, pero con una fiscalidad diferente al resto de territorios hispánicos, tanto de la Península Ibérica como de los territorios americanos. Abre una línea de investigación con muchas perspectivas como podría ser una historia comparativa con las islas portuguesas del océano Atlántico.

El momento de la incorporación de Canarias a la Corona castellana se enmarca en el contexto de formación del Estado absolutista, la clave en la formación de ese Estado Moderno está en sus instrumentos indispensables: Burocracia, Ejército e Impuestos. Los tres aspectos interrelacionados y no se pueden comprender el uno sin los otros. Desde el siglo XVI hasta el XVIII. La hacienda castellana suministraba la base esencial de la política imperial.

A través de los impuestos pueden seguir una de las estructuras del Antiguo Régimen, la lucha entre la Corona, que es el Estado, y las oligarquías que acaparan los poderes locales. A medida que avanzamos en el siglo XVIII ese enfrentamiento va siendo más favorable al rey que se va haciendo más absolutista. El desenlace, avanzado el siglo XIX en el caso español, será que el Estado va siendo arrebatado al monarca, pero no por las antiguas oligarquías, sino por una nueva clase social que dominará los resortes económicos y político-administrativos.

Este argumento va configurando los cuatro capítulos del libro, que como buenos historiadores va estableciendo y continuando la línea cronológica.

Quedan marcadas las diferencias entre las tres islas de realengo (Gran Canaria, La Palma y Tenerife) y las cuatro señoriales (Lanzarote, Fuerteventura, El Hierro y La Gomera) porque hubo cuatro niveles impositivos: el real, el eclesiástico, el señorial y el municipal.

En primer lugar, analizan de forma profunda las características fiscales de la integración de Canarias en la Corona castellana, con un conjunto de especificidades para fomentar el desarrollo productivo del Archipiélago, que comienza en 1483 cuando finaliza la conquista realenga de Gran Canaria y continua con la ocupación de La Palma y de Tenerife que culmina en 1496, pero este proceso formativo en el terreno hacendístico podemos cerrarlo en torno a 1528.

El Consejo de Hacienda de 1523 fue absorbiendo atribuciones de las viejas Contadurías Mayores de Hacienda y de Cuentas, hasta sustituirlas completamente a partir de 1593.

Las necesidades económicas del Estado obligaron a ampliar las fuentes de ingresos y a organizar un complejo sistema de crédito, pero el permanente déficit originó atascos en esas partidas, la penuria de la hacienda imperial fue incapaz de seguir la carrera de los gastos bélicos y esto afectó colateralmente a las

necesidades isleñas, tanto en cuanto a su aportación a la Corona como a las necesidades de costear un sistema defensivo, por el valor geoestratégico de Canarias.

Esa ubicación geográfica intervino en la política atlántica y en las decisiones tomada con respecto a las relaciones con las posesiones americanas, las islas Canarias fueron puerta de esa expansión, ligando a Europa, América y África. Debido a la distancia también fue necesario asegurar el abastecimiento, establecer cultivos de subsistencia, indispensables sí se quería mantener unos costes de producción bajos en la población que trabajaba en los cultivos de exportación. Además, eran necesarios para surtir las embarcaciones que recalaban en sus puertos.

Al ser un territorio lejano de España, había que garantizar el control a través de una burocracia e instituciones político-administrativas que les fuesen fieles, junto con el derecho público y privado procedentes de la Península Ibérica. Además, aplicaron un régimen fiscal más benigno y exenciones en el comercio americano.

Se genera toda una completa legislación tanto profesional como fiscal y judicial. En este marco podemos apreciar cómo, de forma paulatina, Canarias se fue incorporando al sistema económico mundo-capitalista. En este tipo de aspectos se basan algunos historiadores para afirmar que Canarias era base experimental de los sistemas de gobierno, concesiones de tierras y prácticas de cultivos que posteriormente se trasladaron a América.

En Canarias no se cobró alcabala, 10% sobre las transacciones comerciales, que era el tributo más importante de la hacienda real castellana. Se recaudó almojarifazgo en las islas de realengo, al principio 3% para pasar al 5% y terminar en 6%. En las de señorío se cobró el quinto, 20% de las exportaciones, quedaban exentos los productos de importación, para no dejar desabastecidas estas islas.

Hubo ingresos ordinarios de la Corona: alcabala y tercias reales, derechos de aduanas, servicio y montazgo, y diversas rentas y monopolios (salinas, estanco de negros, fabricación y venta de naipes, pólvora, azogue, solimán, y señoreaje y monedaje más las regalías. Los ingresos extraordinarios por el servicio (al que se unió el servicio de millones a partir de 1590) pasó a convertirse en impuesto regular.

Los ingresos eclesiásticos aumentaron gracias a la incorporación a la bula de cruzada de las otras dos de las llamadas «tres gracias»: el subsidio para mantener la flota de galeras contra los turcos; y el excusado, el mayor diezmo de cada parroquia que quedaba excusado de pasar a la Iglesia y se entregaba al Estado desde 1571. Se añadían las rentas de mesas maestrales de las órdenes militares por haber pasado su titularidad al rey. Y, finalmente, la quinta parte de los tesoros americanos.

Sin embargo, las condiciones de cobro disminuían con frecuencia su valor. Las fórmulas más habituales de recaudación fueron el encabezamiento (por el que la comunidad cobraba una cantidad

fijada estableciendo una derrama entre los contribuyentes), el repartimiento (cuando la Hacienda real determinaba la distribución del gravamen) y el arrendamiento, es decir, el adelanto de monto calculado del impuesto por parte de una compañía particular que a continuación se encargaba de cobrar a los afectados.

Pero en un primer momento, en Canarias solamente se aplicó el quinto real, las tercias reales, más ingresos extraordinarios por regalías por moneda forera y sobre orchilla, salinas y conchas más un almojarifazgo reducido. Nunca se aplicó la alcabala, ni siquiera, de forma excepcional.

La Administración fue incapaz de organizar la recaudación directa, lo que dejó margen para la intervención del capital mercantil en las finanzas estatales.

El segundo capítulo abarca el periodo de 1715 a 1770, donde tratan los cambios introducidos por la nueva dinastía borbónica a partir de la institucionalización de los decretos de Nueva Planta. Las islas Canarias por los donativos otorgados quedaron identificadas en el bando borbónico por lo que consiguió un trato preferente debido al agradecimiento de Felipe V, pero lo cierto es que esos privilegios y franquicias que había gozado el archipiélago fueron puestos en cuestión. Se abrió un periodo de negociación entre los representantes isleños y el monarca. Podemos considerar que la Corona se impone a las oligarquías locales.

Nos obstante, la mayor novedad estuvo en la organización y gestión de la recaudación más que en los propios conceptos fiscales, es decir, se trató de modernizar el sistema administrativo.

La remodelación de Hacienda supuso la transferencia de la gestión fiscal a manos del intendente, que se hizo cargo de los ingresos del rey. Las medidas tomadas más importantes fueron la simplificación y regularización de la administración fiscal, y el cambio del sistema de arrendamiento de impuestos por la gestión directa a cargo de funcionarios reales: oficiales de la Secretaría de Hacienda, corregidores, intendentes, funcionarios del Consejo de Castilla para los bienes de propios.

El capítulo 3 analiza desde 1770 a 1808, cuando cambian los principios de estabilidad del periodo anterior, el incremento del gasto militar y el inicio de la crisis del Antiguo Régimen. Se afianza el estado fiscal-militar, con presencia de tropas reales lo que significaba el fin del modelo defensivo, únicamente sustentado por unas milicias casi autónomas, cuya contrapartida fue el aumento del gasto y en consecuencia el incremento de la fiscalidad. Estos cambios vinieron condicionados por las relaciones internacionales de la Corona. Era un momento crítico para la hacienda real, con un importante déficit, consecuencia de los gastos de la guerra y la abusiva creación de los vales reales que obligaron a un aumento de la presión fiscal.

En el último capítulo dibujan un nuevo modelo de Estado con las consiguientes repercusiones en el sistema fiscal, alumbrando el nuevo sistema liberal hasta la reforma de Mon y Santillán con la que acaba el libro. El Estado

absoluto va quebrando y va quedando bajo el control de las clases dominantes más dependientes de su condición económica que de tu origen social, aunque en muchos casos fue coincidente.

Este análisis ayuda a entender los cambios en la hegemonía del archipiélago canario, entre las dos islas centrales, Gran Canaria y Tenerife; sus cargos directivos, el establecimiento de las sedes que guardan una relación directa con las recaudaciones y, de este modo, entendemos la actualidad isleña, y la evolución de determinadas concesiones fiscales que hoy devienen en formas de subvenciones.

Juan Manuel Santana Pérez
Universidad de las Palmas de Gran Canaria

LÓPEZ DÍAZ, M. (ed.) (2021). *Monarquías ibéricas, poderes y territorios. Instituciones, nobleza y dinámica política (siglo XVIII)*. Madrid: Sílex, 2021, 422 pp.

La obra que nos ocupa sigue la línea iniciada hace años por María López Díaz de reconsiderar viejas problemáticas en torno a la historia política de la Monarquía Hispánica ofreciendo nuevas miradas desde el marco de la Historia Social y Cultural al proceso de construcción del Estado. En esta línea, sus esfuerzos por analizar el cuadro político-institucional y las culturas, prácticas y dinámicas políticas de comienzos del siglo de la Ilustración han ofrecido ya sustanciosos resultados, en un grupo de investigación muy consolidado que cuenta con relaciones asentadas en universidades portuguesas y españolas con un esfuerzo común, lo que amplía el ámbito geográfico y favorece la perspectiva comparada. Compuesta por once capítulos que profundizan en la materialización de una nueva política en los territorios hispánicos durante los años del reformismo filipino hispano y del pre-reformismo luso, en ellos se plasma tanto la transferencia de modelos políticos entre ambas monarquías vecinas como las diferencias políticas y culturales, y cómo estas cuestiones afectaron a las elites de poder y grupos dirigentes de los distintos territorios, todo ello estructurado en tres grandes apartados temáticos.

Bajo el título *El primer Reformismo hispano: Instituciones y dinámica política*, en el primer bloque se analiza la implantación de nuevos cargos borbónicos en distintos territorios y la consolidación de una nueva dinámica de los ya existentes a partir de cuatro trabajos bien interrelacionados. Lo inicia Julio D. Muñoz Rodríguez mediante el tratamiento de la práctica de dos agentes reales competentes en materia económica: los Tesoreros provinciales y los Comisarios de guerra, quienes ampliaron la capacidad de gestión militar de la Corona, establecidos en plena de Guerra de Sucesión, un momento propicio a sazón de la cohesión social que se produjo en torno al discurso de lealtad dinástica. Centrándose en la Murcia del cardenal Belluga, se focaliza en comprender su implantación y conocer quiénes fueron, para concluir que supusieron un reajuste de competencias y sobre todo un mecanismo para premiar lealtades y atraer indecisos, sin que pueda hablarse de cambios radicales ni originales. La propia María López Díaz estudia los intendentes gallegos, figura creada en 1718 y de los que apenas conocemos el ejercicio de sus amplias competencias, más allá de los manifiestos deseos de supresión que los otros cargos reales remitieron al Consejo de Castilla y que acabaron produciéndose en 1721 para los de provincia y 1724 para los de Hacienda. La autora analiza este proceso desde los escenarios locales y provinciales, descendiendo a los detalles de su ejercicio cotidiano y a los conflictos con los principales afectados, muy influidos también por la personalidad de alguno de los designados, circunstancias que matizan los avances del proceso centralizador reformista en el reino de Galicia. Del mismo modo,

Eduardo Cebreiro Álvarez centra su trabajo en los intendentes, pero desde la perspectiva de los municipios gallegos, aunque se inicia introduciendo la figura del Superintendente de Rentas Reales, de cometidos similares a la Intendencia, con los mismos problemas competenciales e igual fin: la supresión ante el rechazo de las ciudades. En ambos casos las estrategias urbanas plantearon demoras en su recepción, quejas por el aumento de los gastos en oficiales que suponían y resistencia a una fiscalización de las cuentas que nunca era bien aceptada, para lo cual contaron con el apoyo de otros cargos que, como el Capitán General, también lo miraba con recelo por la aplicación y el deslinde de competencias entre ambos. Dentro del mismo bloque, pero con un planteamiento complementario, encontramos la investigación presentada por M.ª Carmen Irles Vicente sobre los corregidores de Olmedo durante la centuria ilustrada. Centrándose en los méritos y destinos previos y posteriores de estos oficiales reales, los datos se plantean esenciales para la reconstrucción de sus *cursum honorum* y la categorización de las urbes castellanas dentro de él. Un estudio que se une a otros previos de la autora y que, sin duda, puede y debe acabar planteando un mapa detallado de los corregimientos castellanos durante el Setecientos, reconstruyendo las trayectorias profesionales de esos oficiales regios para concluir clarificando a nivel global quiénes eran, de dónde procedían y dónde acabaron, tanto a nivel político como social, esos eficaces instrumentos de la política centralizadora borbónica.

La segunda parte del libro, titulada *Del prereformismo al Reformismo pombaliano*, aborda a lo largo de cuatro aportaciones el ámbito portugués en esta primera mitad de la centuria ilustrada. El primer capítulo corresponde a José Manuel Subtil ocupado en discernir el sistema de gobierno imperante en los reinados previos al reformismo clásico portugués, una etapa en la que los favoritos asumieron gran fuerza gracias al apoyo que disfrutaron en el Conselho de Estado, así como a la cercanía al rey que se convirtió en definitoria. El autor pasa revista a la administración de justicia, que se mantuvo independiente, con mecanismos de contratación y ascenso propios, en un sistema jurisdiccionalmente plural, autónomo y autorregulado, y a las Secretarías, procedentes en su mayoría de la carrera judicial, que tampoco ejercieron un poder político destacable por carecer sobre todo de un programa reformista que cumplir. El trabajo de Nuno Camarinhas versa sobre el aparato administrativo de justicia de fines de XVII y principios del XVIII desde el ángulo de las reformas planteadas en las distintas instancias con el surgimiento de las nuevas figuras administrativas de intendentes y superintendentes. Puestos ocupados por jueces de carrera que supusieron un nuevo gobierno *oeconómico* encargado de sobre-inspeccionar impuestos, materias primas y bienes estratégicos que acabaron creando una nueva comarcalización en función del fisco, dejando ver a las claras las prioridades de la Corona. José Damião Rodrigues analiza la relación entre la Corona y los poderes locales a través de

los *juízes de fora*, piezas importantes de la arquitectura político-administrativa, pero que no llegaron a ser instrumentos de centralización del poder, destinados a las islas Azores. En su trabajo realiza un recorrido por estos cargos judiciales desde el siglo XVII, de forma paralela a la configuración administrativa de las distintas islas, hasta su definitiva estructura determinada en 1766, una reforma de gran trascendencia que pretendía buscar utilidad además de refundar la sociedad bajo el principio ilustrado del bienestar público. Finalmente, João Manuel Oliveira de Carvalho aborda la regeneración de la Alfándega de Lisboa tras el terremoto de 1755, y cómo fue reformada en profundidad por Pombal para recuperarla primero, mejorando la recaudación y la coordinación con otras instituciones, como la Casa de Contos y el Erario Regio, y luego centralizarla, logrando una mejor y más eficaz especialización, dando la importancia adecuada al sistema de almacenaje y su gestión. Buena parte de estas reformas se trasladarían también al ámbito brasileño a través de las Casas o Mesas de Inspecção, tanto de tabaco como de azúcar.

El tercer y último bloque, *Nobleza territorial y élites locales*, se centra de nuevo en la Monarquía Hispánica aplicando una perspectiva más social, como fueron las distintas repercusiones del advenimiento de la nueva dinastía y sus afanes reformistas en los grupos y cuerpos dirigentes llamados a implantarlas en los diversos territorios. Se inicia con el trabajo de David Bernabé Gil sobre la diversidad de la condición nobiliaria en el reino de Valencia y las dificultades sufridas desde el siglo XVI para obtener la equivalencia con la castellana, cuestiones que se harían acuciantes tras los Decretos de Nueva Planta. En este sentido, analiza la tratadística que planteaba la distinta tipología y los *procesos de milicia* que van reflejando una paulatina homogeneización y simplificación de los distintos escalones de la condición nobiliaria. Los Decretos de Nueva Planta abrieron otra etapa por la eliminación de instituciones en las que esa nobleza se ejerció y del derecho foral que los justificaba, cambiaron los sistemas hacia los *juicios petitorios* y la confección de padrones municipales, donde las autoridades locales actuaron con discrecionalidad, homogeneizando la nobleza sin atisbo de conflictividad. Cambiando de ámbito geográfico, Antonio Presedo Garazo relaciona la nobleza provincial gallega con la carrera militar, valorando el interés de los hidalgos por colaborar de este modo en la defensa de la Monarquía, a la vez que aprovechaban esta vía de promoción personal y familiar. Durante el Setecientos la encontraremos en el conflicto portugués y ya en la centuria siguiente en la Guerra de Sucesión, aunque en ambos momentos apenas encuentre miembros que participaran directamente en la lucha y acumularan experiencia militar real. La vocación por la milicia supondría participar en el ejército real como oficiales, cadetes o manteniéndose como capitanes de milicias, pues siguió siendo una vía de acceso a honores que reforzaban el poder de la Casa y de sus integrantes, más aún en el XVIII al calor

de la aristocratización del ejército. Por último, María Seijas Montero aborda los lazos de sangre que relacionaron al Cabildo Catedralicio de Santiago con otras instituciones a través de una familia concreta: los Porras, presentes en la catedral desde el Seiscientos por vía paterna y materna, y también en el regimiento compostelano. La familia combinó estrategias matrimoniales con clientelismo de origen militar para permanecer en los puestos de poder urbano, enviando a los segundones y a las mujeres solteras a la vida religiosa, y enlazando con otras familias hidalgas a fin de mantenerse en este núcleo de poder gallego durante generaciones.

Los trabajos que integran este libro colectivo contribuyen a clarificar distintos aspectos de la dinámica política de la Edad Moderna, tratando tanto instituciones políticas como sus servidores y agentes ejecutores, tanto las transferencias de modelos políticos entre distintas monarquías como sus diferencias, y reflexionando sobre las repercusiones de los cambios y reformas en las noblezas territoriales y elites locales hispanas. Líneas planteadas en el Seminario Científico «Monarquías ibéricas, poderes y territorios. Instituciones, nobleza y dinámica política (siglo XVIII)» celebrado en Ourense en febrero de 2020 en el marco del proyecto de investigación «El reino de Galicia en la monarquía de Felipe V: instituciones y dinámica política» (HAR2017-83605-P), del que proceden, como la editora especifica en su presentación. En resumen, la obra aquí reseñada es una valiosa aportación al debate historiográfico sobre el reformismo ilustrado en la Península Ibérica, al mismo tiempo que una excelente muestra de la potencia investigadora de las universidades gallegas y de su capacidad de liderazgo en equipos internacionales, formales e informales, con intereses comunes. Demostrando así que trabajos locales o regionales, con perspectivas investigadoras amplias y bien trabadas metodológicamente, pueden integrarse con gran acierto en otros ámbitos y contribuir a la revisión de conceptos tan fundamentales como el de la construcción del Estado Moderno.

Pilar Pezzi Cristóbal
Universidad de Málaga

NORMES RELATIVES À LA REMISE DES ORIGINAUX À *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA*[1]

1. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* est un moyen d'expression adressé à toutes les personnes intéressées dans l'Histoire Moderne et dont la seule limitation est l'acceptation préalable des travaux par le Conseil de Rédaction. Le Conseil de Rédaction —respectueux de la liberté intellectuelle des auteurs— ne modifiera pas les opinions ni se solidarisera avec celles-ci.
2. Le Conseil de Rédaction de *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* publiera différents types de travaux, pourvu qu'ils présentent un haut niveau de qualité et aient pour objet la période historique appelée Histoire Moderne. Tous les travaux feront allusion à leur contribution scientifique à la connaissance de l'Histoire Moderne, soit par la nouveauté du sujet, soit par la façon différente ou plus profonde d'envisager un problème déjà identifié dans l'historiographie, soit par l'apport de renseignements méconnus concernant une question historiographique déterminée, soit par les applications potentielles d'une méthodologie plus moderne ou raffinée.
3. L'original sera remis à «eUSAL Revistas» <http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica>.
4. Les articles n'excèderont 15000 mots. Chaque texte sera précédé d'une page contenant le titre du travail, le nom de l'auteur, catégorie professionnelle, lieu de travail, adresse postale complète, téléphone et adresse email.
5. Les articles seront publiés de préférence en espagnol et l'auteur remettra avec l'article un petit résumé de 20 lignes (150 mots) en espagnol et anglais. Les descripteurs du contenu, qui faciliteront l'indexation, y seront également insérés.
6. Les notes de bas de page seront corrélativement numérotées en chiffres arabes en exposant au-dessus du texte. Toutes les notes seront mises à la fin du texte. Un nombre excessif de citations textuelles est déconseillé. Si les citations dépassent deux lignes, elles seront composées en alinéas ou se placeront entre guillemets. Les explications de l'auteur dans les citations textuelles apparaîtront entre crochets pour les distinguer clairement du texte cité.
7. Les références bibliographiques suivront le système APA (6ème édition). À la fin de chaque article, la liste des œuvres citées dans l'article sera incluse. Les références bibliographiques seront complètes et conformes aux normes de citation de la Revue.
8. La numération des divisions et subdivisions des originaux, sera faite exclusivement en arabiques, sans introduire des chiffres romains ni des lettres. Chaque division du premier niveau pourra à la fois se diviser en niveaux successifs numérotés, en commençant par le 1. La numération relative aux divisions des divers niveaux sera toujours faite avec un point entre deux chiffres.
9. Les tableaux, les graphiques et les cartes insérés dans le travail seront numérotés corrélativement en chiffres arabiques. Chaque tableau, graphique ou carte aura un court titre d'identification et les sources de provenance seront signalées.
10. Le Secrétariat de *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* accusera de réception des originaux dans un délai de 30 jours ouvrables après sa réception et le Conseil de Rédaction résoudra sur sa publication dans un délai de 6 mois.
11. Les auteurs ne recevront qu'une épreuve. Le Conseil de Rédaction prie de ne pas introduire des variations d'importance dans l'original pendant la correction, à fin de ne pas répercuter sur les coûts d'édition. Les auteurs corrigeront les épreuves dans un délai de 15 jours à partir du jour de leur réception.
12. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* ne donne droit à aucun type de rémunération. Les droits d'édition appartiennent à *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* et l'autorisation préalable du Conseil de Rédaction doit être obtenue pour toute reproduction totale ou partielle. La provenance sera indiquée dans tous les cas.

1. http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/about/submissions#authorGuidelines

CONDITIONS FOR SENDING ORIGINALS TO *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA*[1]

1. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* is a channel of expression open to those interested in Modern History, the only prerequisite being prior approval by the Editorial Board of the papers sent. The Editorial Board, respecting the intellectual freedom of the authors, will not modify the opinions they express, neither will it declare support for them.
2. The Editorial Board of *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* will consider the publication of papers of all kinds, provided that they have a high level of quality and deal with aspects relating to the chronological period within the sphere of Modern History. In any case reference should be made to the paper's scientific contribution to the knowledge of Modern History, either because of the novelty of the subject, the different or more in-depth treatment of a problem already identified in historiography, the providing of new data on a certain historiographic matter, or the potential applications of a new or more refined methodology.
3. The original should be sent to «eUSAL Revistas» <http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica>.
4. Articles should be no longer than of 15,000 words in total. Each text should be preceded by a page with the title of the study, name of author or authors, professional category, work centre, full postal address, telephone and electronic mail address.
5. Preference will be given to articles in Spanish, although in any case the author must send, together with the article, a brief summary of 20 lines (150 words) in Spanish and English. Content descriptors to facilitate indexation should be included.
6. Notes should be numbered consecutively in Arabic numbers in superscript. All the notes should be placed at the end of the text. An excessive number of textual quotations should be avoided, and, in any case, if the quotation exceeds two lines it should be indented, and, if not, it should be in inverted commas. Author's comments in textual quotations should be placed between square brackets to distinguish them clearly form the text quoted.
7. Bibliographic references will follow the APA system (6th edition). At the end of each article the list of works cited in the article should be included. The bibliographical references will be complete and following the citation standards of the Journal.
8. Arabic numerals should be used in numbering divisions and sub-divisions of the originals, without mixing them with Roman numbers or letters. The divisions of the first level should be numbered consecutively, beginning with 1. Each division of the first level can in turn be subdivided into successive levels numbered consecutively, beginning with 1. A stop should always be placed between the numbers relating to the divisions of the different levels.
9. The tables, diagrams and maps included in the paper should be consecutively numbered with Arabic numerals. Each table, diagram or map should have a short title to identify it and should indicate its sources.
10. The Secretary's Office of *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* will acknowledge receipt of the originals within a period of thirty working days after their reception, and the Editorial Board will decide on their publication in a maximum period of six months.
11. The authors will receive only one print proof. The Editorial Board requests that during the correction of proofs no major variations be introduced into the original text, since this may have repercussions on publishing costs. The authors commit themselves to correct the proofs in a period of 15 days, counted from the day they are handed over to them.
12. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* does not give the right to any payment. The publishing rights correspond to the journal and the permission of the Editorial Board is necessary for its partial or total reproduction. In any case it is necessary to indicate its provenance.

1. http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/about/submissions#authorGuidelines

NORMAS PARA EL ENVÍO DE ORIGINALES A *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA*[1]

1. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* se ofrece como un cauce de expresión abierto a cuantas personas se interesen por la Historia Moderna, poniendo como único requisito la previa aprobación por el Consejo de Redacción de los trabajos remitidos. El Consejo de Redacción, respetuoso con la libertad intelectual de los autores, no modificará las opiniones vertidas por ellos, si bien tampoco se solidariza con las mismas.
2. El Consejo de Redacción de *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* considerará la publicación de trabajos de toda índole, siempre que demuestren un alto nivel de calidad y se ocupen de aspectos relativos al período cronológico comprendido dentro del ámbito de la Historia Moderna. En cualquier caso deberá aludirse a la contribución científica del trabajo al conocimiento de la Historia Moderna, bien sea por lo novedoso del tema, por el tratamiento distinto o más profundo de un problema ya identificado en la historiografía, por la aportación de datos desconocidos en relación con una cuestión historiográfica determinada, o por las aplicaciones potenciales de una metodología nueva o más refinada.
3. El original será enviado a «eUSAL Revistas» <http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica>.
4. Los artículos deberán tener una extensión de 15.000 palabras en total. Cada texto irá precedido de una página que contenga el título del trabajo, nombre del autor o autores, categoría profesional, centro de trabajo, dirección postal, teléfono y dirección electrónica.
5. Se publicarán preferentemente artículos en español, aunque en cualquier caso el autor deberá enviar, junto con el artículo, un breve resumen de 20 líneas (150 palabras) en español y en inglés. Además deberán incluirse en ambos idiomas los descriptores que faciliten la indicación, así como el título de trabajo.
6. Las notas a pie de página irán numeradas correlativamente en caracteres árabes y voladas sobre el texto. Se evitará un número excesivo de citas textuales que, en todo caso, si exceden de dos líneas irán sangradas y si no es así entrecomilladas. Por otra parte, los intercalados del autor en las citas textuales deberán ir entre corchetes para distinguirlos claramente del texto citado.
7. Las referencias bibliográficas en las notas se atenderán al sistema APA (6ª Edición). Al final de cada trabajo se incluirá la relación de obras citadas en el artículo. Las referencias bibliográficas serán completas y siguiendo las normas de citación de la Revista.
8. En la numeración de divisiones y subdivisones de los originales deben emplearse números arábigos, sin mezclarse con cifras romanas o con letras. Las divisiones del primer nivel se numerarán correlativamente, empezando por el 1. Cada división del primer nivel puede a su vez subdividirse en sucesivos niveles numerados consecutivamente, empezando por el 1. Siempre se colocará un punto entre las cifras relativas a las divisiones de los distintos niveles.
9. Los cuadros, gráficos y mapas incluidos en el trabajo deberán ir numerados en números arábigos correlativamente. Cada cuadro, gráfico o mapa deberá tener un breve título que lo identifique y deberá indicar sus fuentes.
10. La Secretaría de *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* acusará recibo de los originales en el plazo de treinta días hábiles desde la recepción, y el Consejo de Redacción resolverá sobre su publicación en un plazo máximo de seis meses.
11. Los autores recibirán una sola prueba de imprenta. El Consejo de Redacción ruega que durante la corrección de pruebas no se introduzcan variaciones importantes al texto original, pues ello puede repercutir en los costos de edición. Los autores se comprometen a corregir las pruebas en un plazo de 15 días, contados desde la entrega de las mismas.
12. *STUDIA HISTORICA. HISTORIA MODERNA* no da derecho a la percepción de haberes. Los derechos de edición corresponden a la revista, y es necesario el permiso del Consejo de Redacción para su reproducción parcial o total. En todo caso será necesario indicar la procedencia.

1. http://revistas.usal.es/index.php/Studia_Historica/about/submissions#authorGuidelines